



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

Serafita

y

Fisiología del matrimonio



de

TOMO XXIX

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Serafita & Fisiología del matrimonio

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXIX

ePub r1.1

Titivillus 26.03.16

Título original: *Séraphîta & Physiologie du Mariage*
Honoré de Balzac, 1835
Traducción: Antonio Ribera & José María Aymamí
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



SERAFITA



A MADAME EVELINA DE HANSKA, CONDESA RZEWUSKA

Señora, he aquí la obra que me habéis pedido; al dedicároslo me siento feliz por poder ofrecer un testimonio del respetuoso afecto que habéis permitido que os exprese. Si soy acusado de impotencia tras haber intentado arrancar a las profundidades de la mística este libro que, bajo la transparencia de nuestro bello idioma, aspiraba a las luminosas poesías del Oriente, la culpa es vuestra... ¿Pues no sois vos quien me ha ordenado esta lucha, semejante a la de Jacob, al decirme que el más imperfecto dibujo de esta imagen, por vos soñada, como lo fue por mí desde la infancia, os supondría aún algo? He pues, aquí, ese algo. Y como esta obra no puede pertenecer exclusivamente si no a esos nobles espíritus preservados, como vos lo estáis, por la soledad, de las pequeñeces mundanas, ellos sabrán imprimirla el melodioso compás que le falta, y que en manos de uno de nuestros poetas habría constituido la gloriosa epopeya que Francia espera aún; mas ellos lo aceptarán de mí como una de esas balaustradas esculpidas por algún artista pleno de fe, y en las cuales se apoyan los peregrinos para meditar el fin del hombre, contemplando el coro de una bella iglesia.

Quedo con todo mi respeto, señora, vuestro devoto servidor,

de Balzac.

París, 23 de agosto de 1835.

I

SERAFITUS

¿Qué imaginación no se sentiría maravillada, viendo en un mapa las costas de Noruega, por sus fantásticos recortes, largo encaje de granito donde mugen incesantemente las olas del mar del Norte? ¿Quién no ha soñado con los majestuosos espectáculos ofrecidos por aquellas riberas sin gravas, por aquella multitud de caletas, de ensenadas, de pequeñas bahías, de las que ninguna se parece a las otras, y que todas son abismos sin senderos? ¿No se diría que la naturaleza se ha complacido en dibujar con imborrables jeroglíficos el símbolo de la vida noruega, prestando a sus costas la configuración de las espinas de un inmenso pez? Pues la pesca constituye su principal comercio y proporciona casi todo el alimento a algunos hombres pegados como un matojo de liquen a aquellas áridas rocas. Allí, sobre catorce grados de longitud, apenas existen setecientas mil almas. Gracias a los peligros desprovistos de gloria, a las nieves perennes que reservan a los viajeros los picos de Noruega, cuyo nombre da ya frío, sus sublimes bellezas han permanecido vírgenes y se armonizarán con los fenómenos humanos, vírgenes aun cuando menos para la poesía que en ellas se ha consumado, cuya historia hela aquí.

Cuando una de esas bahías, simple hendedura a los ojos de los eiders, se encuentra lo bastante abierta como para que el mar no se hiele enteramente en la pétrea prisión en que se debate, las gentes del país llaman a ese pequeño golfo un *fiordo*, vocablo que casi todos los geógrafos han tratado de naturalizar en sus respectivas lenguas. A pesar de la semejanza que entre ellos tienen esas clases de canales, cada cual posee su fisonomía particular: por doquier ha penetrado el mar en sus anfractuosidades, pero, por doquier también, se encuentran las rocas diversamente hendidas y sus tumultuosos precipicios desafían las más extravagantes líneas de la geometría: aquí, la roca está dentada como una sierra; allá, sus paredes, en extremo verticales, no toleran ni el depósito de la nieve, ni los sublimes airones de los abetos del norte; más lejos, las conmociones del globo han redondeado alguna coquetona sinuosidad, hermoso valle que ornan por bancales árboles de negro follaje. Uno se siente tentado de denominar a este país la Suiza de los mares. Entre Drontheim y Cristianía se encuentra una de esas bahías, llamada el Stromfiord. Si este fiordo no es el más bello de aquellos paisajes, tiene cuando menos el mérito de resumir las magnificencias terrestres de Noruega y de haber servido de teatro a las escenas de una historia verdaderamente celeste.

La configuración general del Stromfiord es, a primera vista, la de un embudo horadado por el mar. El pasaje que las olas se han abierto ofrece al ojo la imagen de una lucha entre el Océano y el granito, dos creaciones igualmente poderosas: una por

su inercia, la otra por su movilidad. Como muestras, algunos arrecifes de formas fantásticas impiden la entrada a las naves. Los intrépidos hijos de Noruega pueden, en algunos parajes, saltar de una a otra roca sin asombrarse por un abismo de doscientos metros de profundidad y dos de anchura. Ora un débil y vacilante fragmento de gneis, tendido al través, une dos rocas. Ora los cazadores o los pescadores han lanzado ramajes de abeto, a guisa de puente, para unir los dos malecones cortados a pico, en el fondo de los cuales ruge incesantemente la lengua del océano. Este peligroso boquete se dirige hacia la derecha con movimiento de serpiente, topando una montaña de una altura de más de quinientos metros sobre el nivel del mar, cuyo pie forma un arrecife vertical de una media legua de longitud, donde el inflexible granito no comienza a quebrarse, a henderse, a ondularse, sino a unos sesenta metros sobre las aguas. Penetrando con violencia el mar es, pues, rechazado con una violencia igual por la fuerza de inercia de la montaña hacia los bordes opuestos a los que las reacciones de la marea han impreso suaves combaduras. El fiordo se halla cerrado en el fondo por un bloque de gneis coronado de boscajes, del que cae en cascadas un manantial que, al fundirse las nieves, se convierte en caudal que forma una lámina de inmensa extensión, fluyendo con estrépito, vomitando viejos abetos y antiguos alerces, percibidos apenas en la caída de las aguas. Vigorosamente sumidos en el fondo del golfo, estos árboles no tardan en reaparecer en la superficie, se unen y forman islotes que van a varar a la orilla izquierda, donde los habitantes de la pequeña aldea asentada al borde del Stromfiord los hallan rotos, desbaratados, a veces enteros, mas siempre desnudos y sin ramas. La montaña que en el Stromfiord recibe a sus pies los asaltos del mar y en su cima los de los vientos del norte, se llama el Falberg. Su cresta, siempre envuelta de un manto de nieve y hielo, es la más aguda de Noruega, donde la vecindad del Polo produce, a doscientos cuarenta metros de altura, un frío igual al que reina en las más elevadas montañas del globo. La cima de esta roca, recta hacia el mar, desciende gradualmente hacia el este y se une a las caídas del Sieg por valles dispuestos en gradas, a los que el frío no permite tener sino brezos y árboles entecos. La parte del fiordo de la que se escapan las aguas, bajo los pies del bosque, se llama el Sieghalden, palabra que podría traducirse por «la vertiente del Sieg», nombre del caudal. La combadura que encara las mesas del Falberg es el valle de Jarvis, hermoso paisaje dominado por colinas repletas de abetos, de alerces y de algunos abedules y hayas, la más rica y la más pintoresca de todas las tapicerías que la naturaleza del norte ha tendido sobre aquellas ásperas roquedas. La mirada podía fácilmente prender allí la línea en que los terrenos caldeados por los rayos solares comienzan a tolerar el cultivo y dejan aparecer las vegetaciones de la flora noruega. En aquel paraje el golfo es lo bastante ancho para que la mar, repelida por el Falberg, vaya a morir murmurando sobre la última franja de esas colinas, ribera dulcemente bordeada de fina arena, sembrada de mica, de lindos guijarros, de pórfidos, de mármoles de mil tonalidades traídos de Suecia por las aguas del río, y de restos marinos que impelen las tempestades, sean del Polo sean

del Mediodía.

Bajo las montañas de Jarvis se encuentra la aldea, compuesta de doscientas casas de madera, donde vive una población perdida allí, como en un bosque esas colmenas de abejas que, sin aumentar ni disminuir, vegetan felices, subviniendo a su vida en medio de una naturaleza salvaje. La existencia anónima de esta aldea se explica fácilmente. Pocos hombres tendrían la intrepidez de aventurarse en los arrecifes para alcanzar los bordes del mar y entregarse allí a la pesca que hacen en grande los noruegos en costas menos peligrosas. Los numerosos peces del fiordo bastan en parte para alimentar a sus habitantes; los pastos de los valles les proporcionan leche y mantequilla; luego, algunos terrenos excelentes les permiten cosechar centeno, cáñamo y legumbres, que saben defender contra los rigores del frío y contra el ardor pasajero, pero terrible, de su sol, con la habilidad que despliega el noruego en esta doble lucha. La falta de comunicaciones, bien sea por tierra, donde los caminos son impracticables, o por mar, donde únicamente pequeñas embarcaciones pueden arribar a través de los desfiladeros marítimos del fiordo, les impide enriquecerse sacando partido de sus bosques. Harían falta sumas tan enormes para desembarazar el canal del golfo, como para abrir una vía en el interior de las tierras. Los caminos de Cristianía o Drontheim, contornean todos el Stromfiord, y pasan el Sieg por un puente situado a varias leguas de su caída; la costa, entre el valle de Jarvis y Drontheim, se halla cubierta de inmensos bosques inabordables; en fin, el macizo de Falberg se encuentra igualmente separado de Cristianía por inaccesibles precipicios. La aldea de Jarvis acaso habría podido comunicarse con la Noruega interior y Suecia por el Sieg; mas, para estar en contacto con la civilización, el Stromfiord quería un hombre de genio. Este genio apareció en efecto; fue un poeta, un sueco religioso que murió admirando y respetando las bellezas de este país, como una de las obras más magníficas del Creador.

Ahora, los hombres que el estudio ha dotado con esa vista interior cuyas rápidas percepciones llevan alternativamente al alma, como sobre un lienzo, los paisajes más contrastantes del globo, pueden fácilmente abarcar el conjunto del Stromfiord. Ellos solos, acaso, sabrán arriesgarse en los tortuosos arrecifes del canal donde se debate el mar, huir con sus olas a lo largo de las paredes eternas del Falberg, cuyas blancas pirámides se confunden con las brumosas nubes de un cielo casi siempre de un color gris perla; admirar la linda lámina sesgada del golfo, y oír las caídas del Sieg que pende en anchas hebras, para precipitarse sobre un pintoresco conjunto de hermosos árboles confusamente esparcidos, en pie u ocultos entre fragmentos de gneis; reposar luego sobre los risueños cuadros que presentan las colinas deprimidas de Jarvis, de las que brotan los más ricos vegetales del Norte, por familias, por miríadas; aquí, abedules gráciles como doncellas; allá, columnatas de hayas de fustes centenarios y musgosos; todos los contrastes de los diferentes verdes, de blancas nubaredas entre los abetos negros, landas de brezos empurpurados y matizados hasta el infinito; todos los colores en fin, todos los perfumes de esta flora de ignoradas maravillas. Extended

las proporciones de esos anfiteatros, lanzaos a las nubes, perdeos en las concavidades de las rocas donde reposan las nutrias, mas vuestro pensamiento no alcanzará ni la magnificencia, ni las poesías de este paraje noruego... ¿Podría ser vuestro pensamiento tan grande como el océano que lo limita, tan caprichoso como las fantásticas figuras dibujadas por estos bosques, estas nubes, estas sombras, y por los cambios de su luz? ¿Veis, encima de las praderas de la playa, sobre el último pliegue de terreno que ondula al pie de las altas colmas de Jarvis, doscientas o trescientas casas cubiertas de *naever*, especie de envolturas hechas con la corteza del abedul, casas todas frágiles, planas, y que se asemejan a gusanos de seda sobre una hoja de morera lanzada allí por los vientos? Sobre estas humildes, estas apacibles moradas, se alza una iglesia construida con una simplicidad que armoniza con la pobreza de la aldea. Un cementerio rodea la cabecera de esta iglesia, y más allá se encuentra la casa del cura. Todavía más arriba, sobre una prominencia de la montaña, se encuentra emplazada otra vivienda, la única de piedra, y que por tal motivo la han denominado los habitantes «el castillo sueco». En efecto, un hombre rico vino de Suecia, treinta años antes del día del comienzo de esta historia, estableciéndose en Jarvis, intentando mejorar su fortuna. Aquella pequeña casa, construida con la finalidad de inducir a los habitantes a construir las semejantes, era notable por su solidez y por un muro de cerco, cosa rara en Noruega, donde, a pesar de la abundancia de piedras, se sirven de madera para todos los vallados, hasta para los de los campos. La casa, preservada así de las nieves, se elevaba sobre una loma, en medio de un patio inmenso. Las ventanas estaban protegidas por esos aleros de prodigioso saledizo, sustentados sobre grandes abetos escuadrados, que prestan a las construcciones nórdicas una especie de fisonomía patriarcal. Bajo esos resguardos, era fácil percibir las salvajes desnudeces del Falberg, comparar el infinito de la alta mar a la gota de agua del golfo espumoso, escuchar los vastos vertimientos del Sieg, cuyo caudal parecía de lejos inmóvil al caer en su copa de granito bordeado en un contorno de tres leguas por los glaciares del Norte, y en fin, todo el paisaje en el que van a desarrollarse los sobrenaturales y simples acontecimientos de esta historia.

El invierno de 1799 a 1800 fue uno de los más crudos conservado en el recuerdo por los europeos; el mar de Noruega cuajó enteramente los fiordos, donde la violencia de la resaca la impide generalmente helarse. Un viento cuyos efectos semejaban a los del levante español, había barrido el hielo del Stromfiord expeliendo a las nieves hacia el fondo del golfo. Desde hacía mucho tiempo que no había sido permitido a las gentes de Jarvis ver en invierno el vasto espejo de las aguas reflejando los colores del cielo, espectáculo curioso en el seno de aquellas montañas cuyos accidentes todos estaban nivelados bajo las capas sucesivas de la nieve, y donde las más picudas cimas como los más profundos valles y cañadas no formaban sino débiles pliegues en la inmensa túnica tendida por la naturaleza sobre aquel paisaje, entonces tristemente destellante y monótono. Las largas láminas del Sieg, súbitamente heladas, describían un enorme arco, bajo el cual habrían podido pasar los

habitantes a resguardo de los torbellinos, caso de que algunos de ellos hubiesen sido bastante audaces como para aventurarse en la región. Pero los peligros de la menor correría retenían en casa a los más intrépidos cazadores, quienes temían no reconocer ya bajo la nieve los angostos pasos practicados al borde de los precipicios, de las grietas o de los ribazos. Así, ninguna criatura animaba aquel blanco desierto donde reinaba el cierzo del polo, única voz que resonaba contados momentos. El cielo, casi siempre grisáceo, prestaba al lago los tonos del acero pulido. Acaso un viejo eider atravesaba a veces impunemente el espacio, con la ayuda del cálido plumón bajo el cual se deslizan los sueños de los ricos, quienes no saben por cuantos peligros se compra esta pluma; pero, semejante al beduino que surca solo los arenales del África, el ave no era ni vista ni oída; la entorpecida atmósfera, privada de sus comunicaciones eléctricas, no repetía ni el silbido de sus alas, ni sus alegres gritos. ¿Qué ojo bastante vivo hubiera, por lo demás, podido sostener el destello de aquel precipicio guarnecido por deslumbrantes cristales, y los rígidos reflejos de las nieves apenas irisadas en las cimas por los rayos de un pálido sol, que, por momentos, aparecía como un moribundo ansioso por dar testimonio de vida? A menudo, cuando del amasijo de grises nubes, impelidas en escuadrones a través de las montañas y de los abetos, ocultaban el cielo bajo triples velos, la tierra, falta de resplandores celestes, se iluminaba por sí misma. Allá, pues, se encontraban todas las majestades del frío eternamente asentado sobre el Polo, y cuya principal característica es el real silencio en cuyo seno viven los monarcas absolutos. Todo principio extremo porta en sí la apariencia de una negación y los síntomas de la muerte; ¿no es acaso la vida el combate entre dos fuerzas? Allá, nada revelaba la vida. Una sola potencia, la fuerza improductiva del hielo, reinaba sin contradicción. El mugido de la alta mar agitada no llegaba siquiera a la muda concha, tan ruidosa durante las tres breves estaciones en que la naturaleza se apresura a producir las negras cosechas necesarias a la vida de aquel paciente pueblo. Algunos elevados abetos alzaban sus negras pirámides cargadas de niveos festones, y la forma de sus ramajes de aristas inclinadas, completaba el duelo de aquellas cimas, donde, además, se mostraban como pardos puntos. Cada familia estaba al lado del fuego, en su casa cuidadosamente cerrada, abastecida de galleta, de mantequilla, de pescado seco, de provisiones hechas de antemano para los siete meses de invierno. Apenas se veía el humo de las viviendas. Casi todas se encuentran sepultadas bajo las nieves, contra cuyo peso se hallan no obstante preservadas por largas planchas que parten del techo y van a sujetarse a gran distancia a sólidos postes, formando un camino cubierto en torno a la casa. Durante estos terribles inviernos, las mujeres tejen y tiñen los tejidos de lana o de paño que sirven para vestidos, mientras que la mayoría de los hombres leen o se entregan a esas prodigiosas meditaciones que han creado la profundas teorías, los ensueños místicos del Norte, sus creencias, sus estudios tan completos sobre un punto de la ciencia hurgada como con una sonda; costumbres semimonásticas que obligan al alma a reaccionar sobre sí misma, a buscar en sí su alimento, y que hacen del

campesino noruego un ser aparte en la población europea. En el primer año del siglo XIX, y hacia mediados del mes de mayo, tal era, pues, el estado de Stromfiord.

Cierta mañana en que el sol refulgía en el seno de este paisaje, alumbrando en él los destellos de todos los efímeros diamantes producidos por las cristalizaciones de la nieve y de los hielos, dos personas pasaron sobre el golfo, lo atravesaron y volaron a lo largo de la base del Falberg, hacia la cima del cual se elevaron de friso en friso. ¿Eran dos criaturas? ¿Eran dos flechas? Quien las hubiese visto a aquella altura, las habría tomado por dos eiders cruzando de conserva a través de las nubes. Ni el más supersticioso pescador, ni el cazador más intrépido, hubiesen atribuido a seres humanos el poder de mantenerse a lo largo de las débiles líneas trazadas sobre los flancos del granito, por donde aquella pareja se deslizaba, sin embargo, con la espantosa destreza que poseen los sonámbulos cuando, ha biendo olvidado todas las condiciones de su gravedad y los peligros de la menor desviación, corren por el alero de un tejado manteniendo su equilibrio bajo el imperio de una fuerza desconocida.

—Detente, Serafitus —dijo una pálida muchacha— y déjame respirar. No he querido mirar sino a ti al flanquear las paredes de este precipicio; ¿qué habría sido de mí si no? Pero no soy tampoco más que una débil criatura. ¿Te he cansado?

—No —dijo el ser sobre cuyo brazo se apoyaba—. ¡Sigamos adelante, Minna! El lugar en que estamos no es bastante sólido para detenernos.

De nuevo, ambos hicieron silbar sobre la nieve unas largas y estrechas planchas de madera atadas a sus pies, y llegaron al primer plinto que el azar había dibujado netamente sobre el flanco de aquel abismo. La persona a la que Minna llamaba Serafitus se apoyó sobre su talón para alzar la plancha de madera, de una longitud aproximada de dos metros y estrecha como un pie de niño, la cual se hallaba sujeta a su bota por dos correas de piel de nutria. Esta plancha, de dos dedos de espesor, estaba forrada de piel de reno, cuyo pelo, al erizarse sobre la nieve, detuvo de pronto a Serafitus, quien hizo volver su pie izquierdo, cuyo patín no tenía menos de tres metros y medio de longitud, giró ágilmente sobre su persona, asió a su temerosa compañera, la levantó a pesar de los largos patines de que también estaban provistos sus pies y la sentó sobre un canto rodado, tras haber quitado la nieve con su pelliza.

—Aquí, Minna, estás segura, y podrás temblar a tu gusto.

—Ya hemos subido al tercio del Bonete-de-Hielo —dijo la interpelada, mirando al pico al que dio el nombre popular por el que se le conocía en Noruega—. Aún no puedo creerlo.

Mas, demasiado sofocada para seguir hablando, sonrió a Serafitus, quien, sin responder, y con la mano posada sobre el corazón de su compañera, escuchaba sus sonoras palpitaciones, tan precipitadas como las de un pajarillo sorprendido.

—Late a menudo tan rápidamente como he corrido —dijo ella.

Serafitus inclinó la cabeza sin desdén ni esquivéz. A pesar de la gracia que hizo aquel movimiento casi suave, no dejaba por menos de revelar una negación que, en una mujer, habría sido de embriagadora coquetería. Serafitus estrechó contra sí a la

muchacha. Minna tomó esta caricia por una respuesta, y continuó contemplando a Serafitus, y en el momento en que alzó la cabeza, echando hacia atrás con movimiento casi impaciente los dorados bucles de su cabellera, vio la dicha reflejada en los ojos de su acompañante.

—Sí, Minna —dijo con voz cuyo paternal acento tenía algo de encantador en un ser aún adolescente—. Mírame, no bajas la vista.

—¿Por qué?

—¿Quieres saberlo? Pruébalo.

Minna dirigió vivamente una mirada a sus pies, y gritó al punto como un niño que hubiese tropezado con un tigre. La había invadido la horrible sensación de los abismos, y aquella ojeada sola había bastado para comunicarle su contagio. El fiordo, ansioso de su pasto, tenía un vozarrón con el que le aturdió resonando en sus oídos, como para devorarla más seguramente interponiéndose entre ella y la vida. Luego, desde la raíz de sus cabellos hasta la punta de sus pies, a lo largo de su espalda, le recorrió un escalofrío, glacial primero, pero que después le vertió en los nervios un calor insoportable, latió en sus venas, y quebrantó todas sus extremidades por descargas eléctricas semejantes a las que causa el contacto del pez-torpedo. Demasiado débil para resistir, sentíase atraída por una fuerza desconocida al fondo de aquella pared, donde creía ver algún monstruo que le lanzaba su ponzoña, un monstruo cuyos ojos magnéticos la hechizaban, y cuyas abiertas fauces parecían triturar de antemano a su presa.

—Muerdo, Serafitus, no habiendo amado sino a ti —dijo, haciendo un movimiento maquinal para precipitarse al abismo.

Serafitus le sopló suavemente en la frente y en los ojos. De pronto, al igual de un viajero relajado por un sedante baño, Minna no tuvo más que el recuerdo de sus vivos dolores, ya disipados por aquel aliento acariciador que penetró en su cuerpo, inundándolo de balsámicos efluvios, con la misma rapidez que el soplo había atravesado el aire.

—¿Quién eres, pues? —dijo, con sensación de dulce terror—. Pero ya lo sé; tú eres mi vida... ¿Cómo puedes contemplar ese precipicio sin morir? —añadió tras una pausa.

Serafitus dejó a Minna fuertemente agarrada al granito, y, al igual que lo hubiera hecho una sombra, fue a situarse en el borde de la pared, desde donde sus ojos hurgaron el fondo del fiordo, desafiando su deslumbradora profundidad; su cuerpo no vaciló; su frente permaneció blanca e impasible como la de una estatua de mármol: abismo contra abismo.

—¡Serafitus, si me amas, vuelve! —clamó la muchacha—. Tu peligro reproduce mis dolores... ¿Quién eres tú, pues, para tener esa sobrehumana fuerza a tu edad? —preguntó, al sentirse de nuevo en sus brazos.

—Pero —respondió Serafitus—, ¡si tú misma contemplas sin temor espacios más inmensos!

Y alzando su dedo, aquel ser singular le señaló la azul aureola que las nubes dibujaban, dejando un espacio despejado sobre sus cabezas, y en el cual se veían las estrellas durante el día, en virtud de leyes atmosféricas aún inexplicadas.

—¡Qué diferencia! —dijo ella, sonriendo.

—Tienes razón —respondió Serafitus—. Hemos nacido para tender al cielo. La patria, como el rostro de una madre, no espanta jamás a un niño.

Su voz vibró en las entrañas de su compañera, tomada muda.

—Ea, vamos —añadió Serafitus.

Y ambos se lanzaron de nuevo sobre los tenues senderos trazados a lo largo de la montaña, devorando las distancias y volando de escalón en escalón, de línea en línea, con la rapidez de que está dotado un corcel árabe, esa ave del desierto. En algunos momentos llegaron a una alfombra de hierba, de musgos y de flores, sobre la cual no se había sentado aún nadie.

—¡Qué lindo *soeler*! —dijo Minna, dando a aquella pradera su verdadero nombre—. ¿Pero cómo es que se encuentra a esta altura?

—Aquí cesan, es verdad, las vegetaciones de la flora noruega —dijo Serafitus—. Pero si hay, no obstante, algunas hierbas y flores, es debido a esa roca que las preserva contra el frío del polo... Pon esa mata en tu pecho, Minna —añadió arrancando una flor—; toma esta suave creación que ningún ojo humano ha visto aún, y conserva esta flor única como un recuerdo de esta mañana única en tu vida. Jamás encontrarás otro guía que te traiga a este *soeler*.

Y de pronto le dio una planta híbrida que sus ojos de águila le habían hecho percibir entre silenas sin tallo y saxifragáceas, verdadera maravilla brotada al soplo de los ángeles. Minna tomó con anhelo infantil la flor de un verde transparente y brillante como el de la esmeralda, formada por pequeñas hojas vueltas en cucurucho, de un castaño claro en el fondo, pero que de tonalidad en tonalidad se convertían en verdes en sus puntas repartidas en recortes de infinita delicadeza. Aquellas hojas estaban tan apretadas, que parecían confundirse, y producían una multitud de lindos rosetones. Aquí y allá, sobre aquella alfombra, se elevaban luceros blancos recamados de una hebra de oro, del seno de los cuales salían purpúreas anteras, sin pistilo. Un aroma que contenía al par el de las rosas y los cálices del naranjo, pero fugaz y selvático, acababa de dar no sé qué de celeste a aquella flor misteriosa que Serafitus contemplaba con melancolía, como si su olor le expresara plañideras ideas que él sólo comprendiera. Pero a Minna, aquel inaudito fenómeno le pareció ser un capricho con el que la naturaleza se había complacido en dotar a algunas piedras preciosas del lozano frescor, de la morbidez y del perfume de las plantas.

—¿Por qué ha de ser única? ¿No se reproducirá, pues, nunca más? —dijo la joven a Serafitus, quien enrojeció y cambió bruscamente de conversación.

—¡Sentémonos, vuélvete, mira! A esta altura acaso no temblarás... Los abismos son lo bastante profundos como para que no distingas ya su hondura; han adquirido la perspectiva uniforme del mar, lo vago de las nubes, el color del cielo; el hielo del

fiordo es una turquesa bastante hermosa; no divisas los bosques de abetos sino como leves líneas pardi-negruczas; para nosotros, los abismos deben ser ornados así.

Serafitus pronunció estas palabras con esa unción en el acento y el gesto conocidos únicamente por quienes han llegado a la cima de las elevadas montañas del mundo, y contraído tan involuntariamente, que el más orgulloso amo se ve obligado a tratar a su guía como hermano, y no se cree superior, sino descendiendo hacia los valles donde viven los hombres. Deshacía los patines de Minna, a cuyos pies se había arrodillado. La muchacha ni se daba cuenta, tan maravillada estaba por el imponente espectáculo que ofrece el panorama de Noruega, cuyas extensas roquedas podían ser abarcadas por una sola mirada, y a tal punto se hallaba emocionada por la solemne permanencia de aquellas cimas frías, que no sabrían expresar las palabras.

—No hemos venido aquí por la fuerza humana únicamente —dijo juntando las manos—. Sin duda sueño.

—Llamáis sobrenaturales a los hechos cuyas causas os escapan —respondió Serafitus.

—Tus respuestas —replicó la muchacha— están siempre impregnadas de no sé qué profundidad. A tu lado, lo comprendo todo sin esfuerzo. ¡Ah, soy libre!

—Ya no tienes tus patines, eso es todo.

—¡Oh —respondió ella—, yo que hubiese querido desatar los tuyos besándote los pies!

—Guarda esas palabras para Wilfredo —respondió suavemente Serafitus.

—¡Wilfredo! —repitió Minna con acento colérico que se calmó en cuanto hubo mirado a su compañía—. ¡Tú no te arrebatas nunca...! —dijo intentando en vano tomarle de la mano—. ¡Tú eres en todo de una perfección desesperante!

—¿Concluyes entonces que soy insensible?

Minna quedó espantada por una mirada tan lúcidamente lanzada a su pensamiento.

—Me demuestras que nos entendemos —respondió con la gracia de la mujer que ama.

Serafitus meneó blandamente la cabeza, dirigiéndola una mirada a la vez triste y dulce.

—Tú que lo sabes todo —prosiguió Minna—, dime por qué la timidez que sentía yo allá abajo, a tu lado, se ha disipado aquí en este momento; por qué me atrevo a mirarte por primera vez a la cara, mientras que, allá abajo, apenas osaba hacerlo de soslayo...

—Puede ser porque aquí nos hemos despojado de las pequeñeces de la tierra —respondió Serafitus, quitándose la pelliza.

—Jamás te he visto con tanta belleza —dijo Minna, tomando asiento sobre una roca musgosa, y abismándose en la contemplación del ser que le había conducido a una parte del pico que de lejos parecía inaccesible.

Jamás, era verdad, había brillado Serafitus con destello tan vivo, única expresión

que traduce la animación de su rostro y el aspecto de su persona. ¿Se debía aquel esplendor a la nitidez que presta a la tez el aire puro de las montañas o el reflejo de las nieves? ¿Era producido por el movimiento interior que sobreexcita al cuerpo en el instante en que reposa de una prolongada agitación? ¿Provenía del súbito contraste entre la áurea claridad proyectada por el sol y la oscuridad de las nubes a través de las cuales había pasado aquella linda pareja? Tal vez aún habría que añadir a esas causas los efectos de uno de los más bellos fenómenos que pueda ofrecer la naturaleza humana. Si algún hábil fisiólogo hubiese examinado a aquella criatura que, en aquel momento, a juzgar por la altivez de su frente y el fulgor de sus ojos, parecía ser un joven de diecisiete años; si hubiese buscado los resortes de aquella vida floreciente bajo el más blanco tejido que jamás haya dado el Norte a uno de sus hijos, sin duda habría creído en la existencia de un fluido fosfórico en nervios que parecían relucir bajo la epidermis o en la constante presencia de una luminosidad interior que coloreaba a Serafitus a la manera de esos resplandores contenidos en una copa de alabastro. Por muy mórbidamente ahiladas que fuesen sus manos, desenguantadas para desatar los patines de Minna, parecían poseer una fuerza igual a la que el Creador ha puesto en las diáfanas pinzas del cangrejo de mar. Las brasas que brotaban de su áurea mirada luchaban evidentemente con los rayos del sol, que parecía que no los recibía él, sino que le daba la luz. Su cuerpo, grácil y cenceño como el de una mujer, testimoniaba una de esas naturalezas débiles en apariencia, mas cuya potencia iguala siempre al deseo, y que son fuertes a tiempo. De estatura corriente, Serafitus se engrandecía presentando su frente, como si quisiera lanzarse. Sus cabellos ondulados, y como alzados por un soplo, aumentaban la ilusión que producía su alada actitud; pero aquel continente era más el resultado de un fenómeno moral que un hábito corporal. La imaginación de Minna era cómplice de aquella constante alucinación bajo el imperio de la cual habría sucumbido cualquiera y que prestaba a Serafitus la apariencia de esas figuras soñadas en un sueño feliz. Ningún tipo conocido podría dar una imagen de aquel rostro majestuosamente varonil para Minna, pero que, a los ojos de un hombre, habría eclipsado por su gracia femenina las más bellas cabezas debidas a Rafael. Este pintor de los cielos ha puesto constantemente una especie de tranquilo gozo, de amorosa suavidad, en las líneas de sus angélicas bellezas; pero, a menos de contemplar al propio Serafitus, ¿qué alma inventaría la tristeza mezclada de esperanza que velaba a medias los inefables sentimientos impresos en sus rasgos? ¿Quién sabría, hasta en las fantasías de artista, donde todo se hace posible, ver las sombras que lanzaba un misterioso terror sobre aquella frente demasiado inteligente, que parecía interrogar a los cielos y lamentar siempre la tierra? Aquella cabeza planeaba con desdén como una sublime ave de presa cuyos gritos perturban el aire, y se resignaba como la tórtola cuya voz derrama la ternura al fondo de los silenciosos bosques. La tez de Serafitus era de una blancura sorprendente, que aún hacía resaltar sus labios rojos, unas cejas pardas y sedosas pestañas, únicos rasgos que contrastaran en la palidez de un rostro cuya perfecta

regularidad no perjudicaba en nada el fulgor de los sentimientos, reflejados en él sin violentas sacudidas, mas con esa majestuosa y natural gravedad que nos place prestar a los seres superiores. Todo en aquel rostro marmóreo expresaba la fuerza y el reposo. Minna se levantó para tomar la mano de Serafitus, esperando poder atraerle y depositar sobre su frente seductora un beso arrancado más a la admiración que al amor; pero una mirada que la penetró como un rayo de sol atraviesa el prisma, heló a la muchacha. Sintió, sin comprenderlo, un abismo entre ellos, volvió la cabeza y lloró. De pronto, una poderosa mano la asió por el talle, y una voz llena de suavidad le dijo:

—Ven.

Obedeció, posó su cabeza repentinamente despejada sobre el hombro de su acompañante, quien, acompasando su paso al suyo, en dulce y atenta conformidad, la condujo a un lugar desde el que pudieron ver las radiantes decoraciones de la naturaleza polar.

—Antes de mirar y de escucharte, dime, Serafitus, ¿por qué me rechazas? ¿Te desagrado? Mira, yo no quisiera tener nada mío; desearía que mis riquezas terrestres fuesen tuyas, como lo son ya las de mi corazón; que la luz no me llegase sino por tus ojos, como mi pensamiento deriva del tuyo; no temería así ya ofenderte devolviéndote los reflejos de tu alma, las palabras de tu corazón, la claridad de tu claridad, como devolvemos a Dios las contemplaciones con que alimenta nuestros espíritus. ¡Quisiera ser toda tú!

—Pues bien, Minna, un constante deseo es una promesa que nos hace el futuro. ¡Espera! Pero si quieres ser pura, mezcla siempre la idea del Todopoderoso a los afectos de aquí abajo, y entonces amarás a todas las criaturas, y tu corazón irá bien alto.

—Haré todo cuanto quieras —respondió ella, alzando los ojos hacia él, con tímido movimiento.

—Yo no podría ser tu compañero —dijo Serafitus con tristeza.

Reprimió algunos pensamientos, extendió los brazos hacia Cristianía, que se veía como un punto en el horizonte, y dijo:

—¡Mira!

—¡Cuán pequeños somos! —respondió la muchacha.

—Sí, pero nos hacemos grandes por el sentimiento y por la inteligencia —respondió Serafitus—. En nosotros solos, Minna, comienza el conocimiento de las cosas; lo poco que aprendemos de las leyes del mundo visible, nos hace descubrir la inmensidad de los mundos superiores. Yo no sé si es el momento de hablarte así; ¡pero quisiera tanto comunicarte la llama de mis esperanzas! Acaso un día estemos ambos juntos, en el mundo en que el amor no perece.

—¿Y por qué no ahora y para siempre? —replicó ella, murmurando.

—Nada es estable aquí —manifestó su acompañante con desdén—. Las pasajeras dichas de los amores terrestres son fulgores que revelan a ciertas almas la aurora de

felicidades más duraderas, del mismo modo que el descubrimiento de una ley de la naturaleza hace conjeturar, a algunos seres privilegiados, el sistema entero. Nuestra frágil felicidad de aquí abajo, ¿no es acaso el testimonio de otra completa, como la tierra, fragmento del universo, atestigua el universo? No podemos medir la órbita inmensa del pensamiento divino, del cual no somos sino una partícula tan pequeña como Dios es grande, mas sí podemos presentir su extensión, arrodillamos, adorar, esperar. Los hombres se engañan siempre en sus ciencias, no viendo que todo, en su globo, es relativo y se coordina a una revolución general, a una producción constante que necesariamente acarrea un progreso y un fin. El mismo hombre no es una creación finita... pues de lo contrario, ¡Dios no existiría!

—¿Cómo has encontrado tiempo para aprender tantas cosas? —dijo la muchacha.

—Me acuerdo —respondió Serafitus lacónicamente.

—Me pareces de mayor belleza que cuanto veo.

—Somos una de las obras más grandes de Dios. ¿No nos ha dado Él la facultad de reflexionar la naturaleza, de concentrarla en nosotros por el pensamiento y convertirla en un estribo para lanzamos hacia Él? Nos amamos en razón del más o menos cielo que contienen nuestras almas. Pero no seas injusta, Minna, ¿ves el espectáculo que se despliega a tus pies...?, ¿no es grande? Ahí abajo, el océano se tiende como una alfombra, las montañas son como los muros de un circo, el éter se encuentra arriba como el velo redondeado de este teatro, y desde aquí se respiran los pensamientos de Dios como un perfume. ¡Mira! Las tempestades que destrozan navíos cargados de hombres, no nos parecen aquí sino débiles borboteos, y si levantas la cabeza encima de nosotros, todo es azul. He ahí como una diadema de estrellas. Aquí, desaparecen los matices de las expresiones terrestres. Apoyada sobre esta naturaleza sutilizada por el espacio, ¿no sientes en ti más profundidad que ingenio? ¿No tienes más grandeza que entusiasmo, más energía que voluntad? ¿No experimentas sensaciones cuyo intérprete no se halla ya en nosotros? ¿No te sientes con alas? Recemos.

Serafitus dobló la rodilla, cruzose de brazos el pecho, y Minna se postró también de hinojos a su lado, llorando. Permanecieron así durante unos instantes, en los cuales se agrandó la aureola azul que se agitaba en los cielos encima de sus cabezas, envolviéndoles rayos luminosos sin que se percataran de ello.

—¿Por qué no lloras cuando yo lloro? —le dijo Minna, con voz entrecortada.

—Los que son todo espíritu no lloran —respondió Serafitus levantándose—. ¿Cómo habría de llorar yo? Ya no veo las miserias humanas. Aquí, el bien estalla en toda su majestad: abajo, oigo las súplicas y las angustias del arpa de los dolores que vibra en manos del espíritu cautivo. Desde aquí escucho el concierto de las armoniosas cítaras. Abajo tenéis la esperanza, ese hermoso comienzo dé la fe; mas aquí reina ya la fe, que es la esperanza realizada...

—Nunca me amarás, pues soy demasiado imperfecta; me desdeñas —dijo la muchacha.

—Minna, la violeta oculta al pie de la encina, se dice: «El sol no me ama, no

viene nunca». Y el sol se dice: «Si la alumbrase, esa pobre flor perecería». Amigo de la flor, desliza sus rayos a través de las hojas de la encina, y las debilita para colorear el cáliz de su bienamada. Yo no me encuentro bastantes velos, y temo que aún me veas demasiado: te estremecerías si me conocieras mejor. Escucha, carezco de gusto para los frutos de la tierra; vuestros goces, los he comprendido demasiado bien; y, como esos emperadores licenciosos de la Roma profana, he llegado al hastío y al aborrecimiento de todas las cosas, pues he recibido el don de la visión... Abandóname —añadió dolorosamente Serafitus.

Luego se fue a posarse sobre un canto rodado, dejando caer la cabeza sobre su pecho.

—¿Por qué me desesperas así? —le dijo Minna.

—¡Vete! —clamó Serafitus—. ¡No tengo nada de lo que ves en mí! Tu amor es demasiado grosero para mí. ¿Por qué no amas a Wilfredo? Wilfredo es un hombre, un hombre experimentado por las pasiones, que sabrá estrecharte en sus nervudos brazos, que te hará sentir una mano ancha y fuerte. Tiene bellos cabellos negros, ojos llenos de pensamientos humanos, un corazón que vierte torrentes de lava en las palabras que su boca pronuncia. Será tu bienamado, tu esposo. ¡A ti Wilfredo!

Minna lloraba a lágrima viva.

—¿Te atreves a decir que no le amas? —dijo Serafitus con voz que le penetró el corazón como un puñal.

—¡Por favor, por favor, mi Serafitus!

—Amale, pobre hija de la tierra, a la que tu destino te clava invenciblemente —dijo el terrible Serafitus, enseñoreándose de Minna por un gesto que la obligó a ir al borde del soeler, desde donde la escena era tan extensa, que una muchacha llena de entusiasmo podía fácilmente creerse sobre el mundo—. Yo deseaba una compañía para ir al reino de la luz, he querido mostrarte ese trozo de barro, y te encuentro aún pegada a él. Adiós. Quédate donde estás, goza por los sentidos, obedece a tu naturaleza, palidece con los hombres pálidos, enrojece con las mujeres, juega con los niños, ruega con los culpables, alza los ojos hacia el cielo en tus dolores: tiembla, espera, palpita; tendrás un compañero, podrás aún reír y llorar, dar y recibir. Yo, soy como un proscrito, lejos del cielo; como un monstruo, lejos de la tierra. Mi corazón no palpita ya; no vivo sino por mí y para mí. Siento por el espíritu, respiro por la frente, veo por el pensamiento, muero de impaciencia y de deseos. Nadie aquí abajo tiene el poder de acoger mis deseos, de calmar mi impaciencia, y he olvidado llorar. Soy un ser que está solo. Me resigno y espero.

Serafitus miró a la tierra colmada de flores, sobre la que había situado a Minna, y luego se volvió del lado de los soberbios montes cuyos picos estaban cubiertos de densas nubes, en las que vertió el resto de sus pensamientos.

—¿No oyes un delicioso concierto, Minna? —prosiguió con voz de tórtola, pues el águila había gritado bastante—. ¿No se diría la música de las arpas eólicas que vuestros poetas colocan en el seno de las florestas y de las montañas? ¿Ves las

indistintas figuras que pasan en esas nubes? ¿Percibes los alados pies de quienes preparan las decoraciones del cielo? Esos acentos refrescan el alma; el cielo va a dejar caer pronto las flores de la primavera; un fulgor ha brotado del Polo. Huyamos, ya es hora.

En un momento ataron sus patines, y ambos descendieron el Falberg por las rápidas pendientes que lo unían a los valles del Sieg. Una milagrosa inteligencia presidía su carrera, o, por mejor decir, su vuelo. Cuando aparecía una grieta cubierta de nieve, Serafitus asía a Minna y se lanzaba con rápido movimiento, sin pesar más que un pájaro, sobre la frágil capa que cubría un abismo. Frecuentemente, empujando a su compañera, hacía una ligera desviación para evitar un precipicio, un árbol, un canto rodado que parecía ver bajo la nieve, como ciertos marinos acostumbrados al océano adivinan los escollos en el color, en los remolinos, en la dirección de las aguas. Cuando llegaron a los senderos de Sieghalden y les fue permitido viajar casi sin temor en línea recta para alcanzar el hielo de Stromfiord, Serafitus detuvo a Minna.

—¿No me dices nada? —preguntó.

—Yo creía —respondió respetuosamente la muchacha— que querías pensar completamente a solas.

—Démonos prisa, hermosa mía, que la noche se va a tender —dijo a su vez Serafitus.

Minna se estremeció al oír la voz, por decirlo así, nueva, de su guía: voz pura como la de una muchacha y que disipó los fantásticos fulgores del sueño a través del cual había marchado hasta entonces. Serafitus comenzaba a abandonar su viril fuerza y a despojar las miradas de su excesivamente viva inteligencia. Pronto las dos bellas criaturas se deslizaron sobre el fiordo, alcanzaron la pradera de nieve que se hallaba entre la orilla del golfo y la primera hilera de las casas de Jarvis, y luego, acuciadas por la caída del día, se lanzaron a la subida hacia la casa cural, como si treparan las rampas de un inmenso declive.

—Mi padre debe estar inquieto —dijo Minna.

—No —respondió Serafitus.

En aquel momento, la pareja se hallaba ante el porche de la humilde vivienda donde el señor Becker, rector de Jarvis, leía esperando a su hija para cenar.

—Querido señor Becker —le dijo Serafitus—, os devuelvo a vuestra hija sana y salva.

—Gracias, señorita —respondió el viejo pastor, dejando sus gafas sobre el libro—. Debéis estar cansadas.

—En absoluto —respondió Minna, quien recibió en este momento en la frente el soplo de su acompañante.

—Pequeña, ¿queréis venir pasado mañana por la noche a tomar el té a mi casa?

—Con mucho gusto.

—¿Me la traeréis, señor Becker?

—Sí, señorita.

Serafitus inclinó la cabeza con gesto coquetón, saludó al viejo, partió, y pocos instantes después llegó al patio del castillo sueco. Bajo el inmenso saledizo apareció un criado octogenario, portador de una linterna. Serafitus se quitó los patines con la graciosa destreza de una mujer, se abalanzó al salón del castillo, y se dejó caer sobre un gran diván cubierto de pieles, tendiéndose y arrebujiándose en ellas.

—¿Qué vais a tomar? —le dijo el anciano servidor, encendiendo las bujías desmesuradamente largas, utilizadas en

Noruega.

—Nada, David, estoy demasiado cansada.

Serafitus se quitó la pelliza forrada de marta, se enroscó y durmió. El viejo criado permaneció algunos momentos en pie contemplando con amor a la singular criatura que reposaba ante sus ojos, y cuyo género habría sido difícilmente definido por cualquiera que fuese, hasta por los sabios. Viendo en aquella postura aquel ser, envuelto en su ropaje habitual, que se asemejaba tanto al peinador de mujer como a una bata de hombre, resultaba imposible no atribuir a una muchacha joven los menudos pies que dejaba colgar, como para mostrar la delicadeza de que les habla dotado la naturaleza; pero su frente y el perfil de su cabeza habrían parecido la expresión de la fuerza humana llegada a su más alto grado.

—Sufre y no quiere decírmelo —pensó el anciano—. Muere como una flor herida por un rayo de sol demasiado intenso.

Y el viejo servidor lloró.

II

SERAFITA

Durante la velada, David entró en el salón.

—Ya sé a quién me anunciáis —le dijo Serafita, con voz adormilada—. Wilfredo puede entrar.

Al oír estas palabras, se presentó de pronto un hombre, y vino a sentarse cerca de ella.

—Mi querida Serafita, ¿sufrís? Os hallo más pálida que de costumbre.

Ella se volvió lentamente hacia él, después de haberse echado hacia atrás el cabello, como una linda mujer que, abrumada por la jaqueca, no tiene ya fuerza para quejarse.

—He cometido —respondió— la locura de atravesar el fiordo con Minna, hemos subido al Falberg.

—¿Es que queríais mataros? —exclamó con el espanto de un enamorado.

—No sintáis temor, mi buen Wilfredo; he cuidado bien de vuestra Minna.

Wilfredo golpeó violentamente la mesa con su mano, se levantó, dio algunos pasos hacia la puerta, dejando escapar una exclamación llena de dolor, y luego volvió y quiso expresar una queja.

—¿Por qué ese alboroto, si creéis que sufro? —dijo Serafita.

—¡Perdón, gracia! —respondió él, arrodillándose—. Habladme duramente, exigid de mí cuanto vuestras crueles fantasías de mujer imaginen de más cruel para soportar; pero, mi bienamada, no pongáis en duda mi amor. Tomáis a Minna como un hacha y me asestáis con ella redoblados golpes. ¡Gracia!

—¿Por qué decirme tales palabras, amigo mío, cuando las sabéis inútiles? —respondió ella, lanzándole unas miradas que acabaron por tomarse tan dulces, que Wilfredo no veía ya los ojos de Serafita, sino una fluida luminosidad cuyos parpadeos semejaban a las postreras vibraciones de un canto pleno de languidez italiana.

—¡Ah, no se muere de angustia! —exclamó él.

—¿Sufrís vos? —prosiguió ella con voz cuyas emanaciones producían en el corazón de aquel hombre un efecto semejante al de las miradas—. ¿Qué puedo hacer yo por vos?

—Amarme como yo os amo.

—¡Pobre Minna! —respondió ella.

—¡Yo no llevo jamás armas! —exclamó Wilfredo.

—Sois de un humor atroz —dijo sonriendo Serafita—. ¿No lo he dicho bien, como esas parisinas cuyos amores me contáis?

Wilfredo se sentó, cruzose de brazos, y contempló a Serafita con aire sombrío.

—Os perdono —dijo—, pues no sabéis lo que hacéis.

—¡Oh! —replicó ella—. La mujer, desde Eva, ha sido siempre consciente del bien y el mal que hace.

—Lo creo —convino él.

—Estoy segura de ello, Wilfredo. Nuestro instinto es precisamente lo que nos hace tan perfectas. Lo que vosotros aprendéis, nosotras lo sentimos.

—¿Por qué no sentís ahora cuanto os amo?

—Porque no me amáis.

—¡Gran Dios!

—¿Por qué pues os quejáis de vuestras angustias? —preguntó ella.

—Estáis terrible esta noche, Serafita. Sois un verdadero demonio.

—No; estoy dotada de la facultad de comprender, y eso es espantoso. El dolor, Wilfredo, es una luz que ilumina la vida.

—¿Por qué fuisteis pues al Falberg?

—Minna os lo dirá; yo estoy demasiado cansada para hablar. A vos la palabra, a vos que lo sabéis todo, que halléis aprendido todo y no olvidado nada, vos que habéis pasado por tantas pruebas sociales. Entretenedme, escucho.

—¿Qué os diré que no sepáis? Además, vuestra petición es una mofa. No admitís nada del mundo, destrozáis las nomenclaturas, fulmináis las leyes, las costumbres, los sentimientos, las ciencias, reduciéndolas a las proporciones que esas cosas contraen cuando se sitúan al margen del globo.

—Ya veis bien, amigo mío, que yo no soy una mujer. Os equivocáis amándome. ¡Abandono las regiones etéreas de mi presunta fuerza, me hago humildemente pequeña, me doblego a la manera de las pobres hembras de todas las especies, y vos me realizáis al punto! En fin, estoy en pedazos, estoy destrozada, os pido socorro, tengo necesidad de vuestro brazo, y vos me rechazáis. No nos comprendemos.

—Nunca os había visto tan perversa como esta noche.

—¡Mala! —replicó ella, lanzándole una mirada que fundía todos sentimientos en una sensación celeste—. No, padezco, eso es todo. Así pues, dejadme, amigo mío. ¿No será abusar de vuestro derecho de hombre? Nosotras debemos placeros siempre, relajarnos, estar constantemente alegres, y no tener sino los caprichos que os divierten. ¿Qué debo hacer, amigo mío? ¿Queréis que cante, que baile, cuando la fatiga me priva del uso de la voz y de las piernas? ¡Vaya, señores, aunque estuviésemos en la agonía, debemos sonreiros aún...! A esto lo llamáis, creo, reinar. ¡Pobres mujeres... las compadezco! Decidme, al abandonarlas cuando envejecen, ¿es que no tienen ya ni corazón ni alma? Pues bien, yo tengo más de cien años, ¡Wilfredo... iros pues! Idos a los pies de Minna.

—¡Oh, mi eterno amor!

—¿Sabéis lo que es la eternidad? Callaos, Wilfredo. Vos me deseáis y no me amáis. Decidme, ¿no os recordaré acaso alguna mujer coqueta?

—¡Oh, creed que no reconozco en vos sino a la pura y celeste doncella que por

primera vez vi en la iglesia de Jarvis!

A estas palabras, Serafita se pasó la mano por la frente y cuando volvió a aparecer su rostro, Wilfredo quedó asombrado por la religiosa y santa expresión que en él se había expandido.

—Tenéis razón, amigo mío. Siempre me equivoco al poner los pies sobre vuestra tierra.

—Sí, querida Serafita, sed mi estrella, y no abandonéis el lugar desde el que derramáis sobre mí tan vivas luces.

Al acabar estas palabras, adelantó la mano para tomar la de la joven, quien la retiró sin desdén ni cólera. Wilfredo se levantó bruscamente, yendo a situarse a la ventana, volviéndose hacia ella para evitar que viera Serafita algunas lágrimas que le asomaron a los ojos.

—¿Por qué lloráis? —le dijo ella—. Ya no sois un niño, Wilfredo. Ea, volved a mi lado, lo quiero. Os ponéis de morros, cuando soy yo quien debiera enfadarse. Ya veis que estoy indispuesta, y me obligáis, yo no sé por qué dudas, a pensar, hablar, o compartir caprichos e ideas que me apuran la paciencia. Si tuvierais una comprensión de mi naturaleza, habríais hecho música para adormecer mis preocupaciones; pero ya veo que amáis por vos mismo y no por mí.

La tormenta que agitaba el corazón de Wilfredo fue súbitamente calmada por estas palabras, y se aproximó lentamente para contemplar mejor a la seductora criatura que yacía extendida ante sus ojos, muellemente acostada, con la cabeza apoyada en su mano y acodada en postura engañosa.

—Vos creéis que no os amo —prosiguió ella—. Os engañáis. Escuchadme, Wilfredo. Vos comenzáis a saber mucho, pues habéis sufrido mucho. Dejadme explicaros vuestro pensamiento. ¿Vos queríais mi mano?

Se incorporó quedando sentada, y sus graciosos movimientos parecían lanzar resplandores.

—Una muchacha que se deja tomar la mano, ¿no hace una promesa que debe cumplir? Vos sabéis que no puedo ser vuestra. Dos sentimientos dominan los amores que suceden a las mujeres de la tierra. O bien se consagran a seres dolientes, degradados, criminales, a los que quieren consolar, elevar, redimir; o se entregan a seres superiores, sublimes, fuertes, a los que quieren adorar, comprender, y por los cuales son a menudo aplastadas. Vos habéis sido degradado, mas os habéis depurado en las brasas del arrepentimiento, y hoy sois grande; yo me siento débil para ser vuestra igual, y demasiado religiosa para humillarme bajo una potencia que no sea la de arriba. Vuestra vida, amigo mío, puede traducirse así, estamos en el Norte, entre las nubes donde las abstracciones son de curso corriente.

—Me matáis, Serafita, cuando habláis de ese modo —respondió él—. Sufro siempre viéndoos emplear la monstruosa ciencia con la que os despojáis todas las cosas humanas de las propiedades que las prestan el tiempo, el espacio y la forma, para considerarlas matemáticamente bajo no sé qué expresión pura, como lo hace la

geometría con los cuerpos cuya solidez abstrae.

—Bien, Wilfredo, os obedeceré. Dejemos eso... ¿Qué os parece ese cobertor de piel de oso que mi pobre David ha tendido ahí?

—Pues muy hermoso.

—¿No me habíais visto esta *doucha greka*?

Era una especie de pelliza de cachemira forrada de piel de zorro negro, y cuyo nombre significa *cálida al alma*.

—¿Creéis —prosiguió ella—, que en corte alguna posee un soberano un abrigo de piel semejante?

—Es digno de quien lo lleva.

—¿Y que vos halláis muy bella?

—Las palabras humanas no le son aplicables; es preciso hablarla de corazón a corazón.

—Wilfredo, sois muy bueno en adormecer mis dolores con dulces palabras... que habéis dicho a otras.

—Adiós.

—Quedaos. ¡Os quiero mucho, a vos y a Minna, creedme! Pero os confundo en un solo ser. Reunidos así, vos sois un hermano, o si lo queréis, una hermana para mí. Casaos; que os vea yo feliz antes de abandonar para siempre esta esfera de pruebas y de dolores. ¡Dios mío, simples mujeres lo han obtenido todo de sus enamorados! Les han dicho «¡Callaos!», y ellos han sido mudos. Les han ordenado: «¡Morid!», y ellos han muerto. Les han conminado: «¡Amadme de lejos!», y ellos han quedado a distancia, como los cortesanos ante un rey. Y les han dicho: «¡Casaos!», y ellos se han casado. Yo quiero que seáis feliz, y vos me rehusáis. ¿Estoy pues sin poder? Mirad, Wilfredo, escuchad, venid más cerca; sí, me enfadaría si os casarais con Minna; pero cuando no me veáis más, entonces... prometedme uniros a ella; el cielo os ha destinado el uno al otro.

—Os he escuchado con deleite, Serafita. Por incomprensibles que sean vuestras palabras, resultan deliciosas. Pero ¿qué queréis decir?

—Tenéis razón, olvido ser alocada, ser esa pobre criatura cuya debilidad os place. Os atormento, y vos habéis venido a esta salvaje región para hallar en ella el reposo, vos, quebrantado por los impetuosos asaltos de un genio desconocido, vos, extenuado por los pacientes trabajos de la ciencia, vos que casi habéis bañado vuestras manos en el crimen y llevado las cadenas de la justicia humana.

Wilfredo había caído medio muerto sobre la alfombra. Pero Serafita sopló sobre la frente de aquel hombre, quien al punto se durmió apaciblemente a sus pies.

—Duerme, descansa —dijo ella levantándose.

Tras haber impuesto sus manos sobre la frente de Wilfredo, las frases siguientes se escaparon de sus labios una a una, todas ellas de acento diferente, mas todas melodiosas e impregnadas de una bondad que parecía emanar de su cabeza por ondas vaporosas, como los resplandores que la diosa profana derrama castamente sobre el

bienamado pastor durante su sueño:

—Puedo mostrarme a ti, querido Wilfredo, tal como soy, a ti que eres fuerte.

»Ahora, me es permitido decirte cuánto te amo. ¿No ves cual es mi amor, un amor sin ningún interés propio, un sentimiento pleno de ti sólo, un amor que te sigue en el futuro, para iluminártelo? Pues este amor es la verdadera luz. ¿Concibes ahora con qué ardor quisiera saberte libre de esa vida que te pesa, y verte más cerca aún que lo estás, del mundo en el que se ama siempre? ¿No es sufrir el amar por una vida solamente? ¿No has sentido deseo de los amores eternos? ¿Comprendes ahora a qué arrobos se eleva una criatura, cuando es doble en amar a quien no traiciona jamás el amor, aquél ante quien se arrodilla adorándole?

»¿Quisiera tener alas, Wilfredo, para cubrirte con ellas, poder darte la fuerza necesaria para hacerte entrar anticipadamente en el mundo donde los más puros goces del más puro afecto que se experimenta sobre esta tierra harían una sombra en el día que viene incesantemente a iluminar y alegrar los corazones!

»Perdona a un alma amiga el haberte presentado en una frase el cuadro de tus faltas, con la piadosa intención de adormecer los agudos dolores de tus remordimientos. ¡Escucha los conciertos del perdón! ¡Refresca tu alma respirando la aurora que para ti se levantará allende las tinieblas de la muerte! ¡Sí, tu vida se encuentra más allá!

»Que mis palabras revistan las brillantes formas de los sueños, que se ornen de imágenes, resplandezcan y descendan sobre ti. Sube, asciende al punto donde todos los hombres se ven distintamente, aunque apiñados y pequeños como granos de arena al borde de los mares. La humanidad se ha desplegado como una simple cinta; contempla los diferentes matices de esta flor de los jardines celestes. ¿Ves aquéllos a quienes falta inteligencia, los que comienzan a colorearse, los sometidos a pruebas, los entregados al amor, los inmersos en la sabiduría y que aspiran al mundo de luz?

»¿Comprendes por este pensamiento visible el destino de la humanidad, de donde viene y a dónde va? ¡Persiste en tu camino! En alcanzando la meta de tu viaje, oírás sonar los clarines de la omnipotencia, repercutir los gritos de la victoria, y acordes tales que uno solo haría temblar la tierra, pero que se pierden en un mundo sin oriente ni occidente.

»¿Comprendes, pobre ser sometido a dolorosas pruebas, que sin los torpores, sin los velos del sueño, tales espectáculos arrastrarían y desgarrarían tu inteligencia, como el viento de las tempestades arrastra y desgarrar una débil tela, y arrebatan para siempre a un hombre su razón? ¿Comprendes tú que el alma sola, elevada a su omnipotencia, resiste apenas, en el sueño, las devorantes comunicaciones del espíritu?

»Vuela aún a través de las esferas brillantes y luminosas, admira, corre. Volando así, descansas, marchas sin fatiga. Como todos los hombres, tú quisieras estar sumido siempre así en esas esferas de perfumes, de luz, por donde vas con la ligereza de todo tu cuerpo desvanecido, donde hablas por el pensamiento... ¡Corre, vuela, disfruta un

momento de las alas que conquistarás, cuando el amor sea tan completo en ti que no tengas ya sentido, y seas todo inteligencia y todo amor! ¡Cuanto más subes, menos concibes los abismos! No existen precipicios en los cielos. Mira a quien te habla, a quien te sostiene por encima de ese mundo en el que se encuentran los abismos. Mira, contéplame aún un momento, pues ya no me verás más sino imperfectamente, como me ves a la claridad del pálido sol de la tierra.

Serafita se puso en pie irguiéndose y quedose con la cabeza blandamente inclinada y la cabellera suelta, en la aérea postura que todos los sublimes pintores han prestado a los mensajeros de lo alto: los pliegues de su vestido presentaron esa indefinible gracia que detiene al artista, al hombre que lo traduce todo por el sentimiento, ante las deliciosas líneas del velo de la Polimnia antigua. Luego extendió la mano, y Wilfredo la contempló silenciosamente, pero un respetuoso temor se traslucía en su rostro, reflejándose en su tímido continente.

—Sí, querida —dijo por fin, como si respondiese a una pregunta— estamos separados por mundos enteros. Me resigno y no puedo sino adoraros. ¿Pero qué va a ser de mí, pobre solitario?

—Wilfredo, ¿no tenéis a vuestra Minna?

Él bajó la cabeza.

—¡Oh, no seáis tan desdeñoso!: la mujer lo comprende todo por el amor; cuando ella no oye, siente; cuando no siente, ve; cuando no ve, ni siente, ni oye, pues bien, entonces ese ángel de la tierra adivina para proteger, y oculta su protección bajo la gracia del amor.

—Serafita, ¿soy digno de pertenecer a una mujer?

—Os habéis vuelto repentinamente muy modesto; ¿no será una añagaza? ¡Una mujer se conmueve siempre tanto de ver su debilidad glorificada! Pues bien, pasado mañana por la noche, venid a tomar el té aquí; estará el buen señor Becker y también veréis a Minna, la criatura más cándida que yo conozco en este mundo. Dejadme ahora, amigo mío; tengo que rezar mucho esta noche para expiar mis faltas.

—¿Cómo podéis pecar vos?

—¡Pobre amigo mío!, ¿no es orgullo abusar de su poder? Creo haber sido demasiado orgullosa hoy... Ea, iros. Hasta mañana.

—Hasta mañana —dijo débilmente Wilfredo, lanzando mía larga mirada a aquella criatura, de la que quería llevarse una imborrable imagen.

Mas aunque se dispuso a alejarse, permaneció algunos momentos fuera en pie, ocupado en contemplar la luz que brillaba a través de las ventanas del castillo sueco.

—¿Qué es lo que he visto? —se preguntaba—. No, no es una simple criatura, sino toda una creación. De este mundo, vislumbrado a través de velos y de nubes, me quedan resonancias semejantes a los recuerdos de un dolor disipado, o parecidos a los deslumbramientos causados por esos sueños en los cuales oímos el gemido de generaciones pasadas, que se mezcla a las armoniosas voces de elevadas esferas donde todo es luz y amor. ¿Estoy despierto, o todavía duermo? ¿He conservado en

mis ojos el sueño, estos ojos ante los cuales retroceden indefinidamente luminosos espacios, siguiendo otros espacios? A pesar del frío de la noche, mi cabeza arde todavía. ¡Vayamos a casa del rector; entre él y su hija podré ordenar mis ideas!

Mas aún no abandonó el lugar desde el que podía clavar la mirada en el salón de Serafita. Aquella misteriosa criatura parecía ser el ardiente centro de un círculo que formaba en torno a ella una atmósfera más extensa que lo es la de los demás seres; quienquiera que en ella penetrase, experimentaba el poder de un torbellino de claridades y de pensamientos devoradores. Obligado a debatirse contra aquella inexplicable fuerza, Wilfredo no triunfó de ella sino con grandes esfuerzos; pero, tras haber franqueado el recinto de aquella casa, reconquistó su albedrío y marchó precipitadamente hacia la rectoría, no tardando en hallarse bajo la elevada bóveda de madera que servía de peristilo a la vivienda del señor Becker. Abrió la primera puerta guarnecida de noever, contra la cual había lanzado el viento a la nieve, y sonó con fuerza a la segunda, diciendo:

—¿Querréis permitirme pasar la velada con vos, señor Becker?

—¡Entrad! —invitaron al unísono dos voces, confundiendo sus entonaciones.

Al entrar en la sala de estar y locutorio del pastor, Wilfredo volvió gradualmente a la vida real. Saludó muy afectuosamente a Minna, estrechó la mano del señor Becker, y paseó sus miradas sobre un cuadro cuyas imágenes calmaron las convulsiones de la naturaleza física, en la que se operaba un fenómeno comparable al que se apodera a veces de los hombres acostumbrados a prolongadas contemplaciones. Si algún vigoroso pensamiento arrebatara con sus alas de quimera a un sabio o un poeta, aislándole de las circunstancias exteriores que le encierran aquí abajo, lanzándole a través de las regiones sin límites donde las más inmensas colecciones de hechos se toman abstracciones, donde las más vastas obras de la naturaleza son imágenes, ¡ay de él si algún repentino mido hiere sus sentidos y vuelve su alma viajera a su prisión de carne y hueso! El choque de esas dos potencias, el cuerpo y el espíritu, participando una de la invisible acción del rayo, y compartiendo la otra con la naturaleza sensible esa blanda resistencia que desafía momentáneamente la destrucción, ese combate, o mejor aún, ese horrible acoplamiento, engendra inauditos sufrimientos. El cuerpo ha requerido de nuevo la llama que le consume, y la llama ha vuelto a apoderarse de su presa. Mas esa fusión no se opera sin los hervores, sin las explosiones y las torturas cuyos testimonios visibles nos lo ofrece la química cuando se separan dos principios contrarios, que se había complacido en reunir. Desde hacía algunos días, cuando Wilfredo entraba en casa de Serarita, su cuerpo caía allí en un abismo. Por una sola mirada, aquella singular criatura le arrastraba en espíritu a la esfera donde la meditación arrebatara al sabio, o la oración transporta al alma religiosa, o la visión lleva a un artista, o el sueño conduce a algunos seres; pues cada uno tiene su voz para ir a los abismos superiores, cada uno su guía para dirigirse a ellos, y todos el sufrimiento al retomo. Allí solamente se desgarran los velos y se muestra al desnudo la Revelación, ardiente y terrible confidencia de un mundo desconocido, del cual el

espíritu no trae aquí abajo sino jirones. Para Wilfredo, una hora pasada al lado de Serafita se asemejaba a menudo al sueño que gustan los teriacos, en el que cada papila nerviosa se convierte en centro de un radiante goce. Salía destrozado como una muchacha que se ha agotado siguiendo la carrera de un gigante. El frío comenzaba a calmar con sus agudas flagelaciones la mórbida trepidación que le causaba la combinación de sus dos naturalezas violentamente desunidas; luego volvía siempre a la casa rectoral, atraído al lado de Minna por el espectáculo de la vida vulgar, de la que tenía sed, al igual que un aventurero de Europa tiene sed de su patria, cuando la nostalgia le prende en medio de los encantamientos que le habían seducido en Oriente. En aquel momento, más fatigado que jamás lo estuviera, este extranjero se dejó caer en una butaca, y quedose mirando un rato en derredor suyo, como un hombre que se despierta. El señor Becker y su hija, acostumbrados sin duda a la aparente singularidad de su invitado, continuaron entregados a sus ocupaciones.

El locutorio estaba ornamentado por una colección de insectos y conchas marinas de Noruega. Estas curiosidades, hábilmente dispuestas sobre el fondo amarillo de abeto que cubría las paredes, formaba una magnífica tapicería donde el humo del tabaco había impreso sus tonalidades fuliginosas. En el fondo, enfrente de la puerta principal, se elevaba una estufa enorme de hierro forjado que, esmeradamente frotado por la criada, brillaba como si fuese de acero pulido. Sentado en un gran sofá de tapicería, junto a esa estufa, ante una mesa y con los pies en una especie de bolsa para abrigo, el señor Becker leía un infolio colocado sobre otros libros, como sobre un pupitre; a su izquierda estaba un jarro de cerveza y un vaso, y a su derecha ardía una humeante lámpara alimentada por aceite de pescado. El clérigo parecía de una sesentena de años. Su rostro pertenecía a ese tipo tan del agrado de los pinceles de Rembrandt; allá estaban esos ojillos vivarachos, encajados en círculos de arrugas y coronados por pobladas cejas canas; los cabellos blancos que se escapan en dos bandas vedijosas de bajo un bonete de terciopelo negro; la frente amplia y calva, el corte facial que la prominencia del mentón hace casi cuadrada; y luego aquella profunda calma que indica al observador una potencia cualquiera: la realeza que da el dinero, el poder tribunicio del burgomaestre, la consciencia del arte, o la fuerza cúbica de la ignorancia dichosa. Aquel hernioso viejo, cuya robustez denotaba una vigorosa salud, estaba envuelto en su batín de burdo paño simplemente ornado por su orilla. Tenía gravemente en la boca una larga pipa de espuma de mar, y expelía a intervalos iguales el humo del tabaco, siguiendo con distraída mirada sus caprichosas espirales, ocupado sin duda en asimilarse mediante alguna meditación digestiva, los pensamientos del autor cuyas obras le ocupaban. Al otro lado de la estufa, junto a una puerta que comunicaba con la cocina, se vislumbraba a Minna indistintamente en la niebla producida por el humo, al cual parecía acostumbrada. Ante ella, y sobre una mesita, se encontraban los utensilios necesarios a sus labores, y un montón de servilletas, medias a zurcir, y una lámpara semejante a la que hacía relucir las blancas páginas del libro en el que parecía absorbido su padre. Su lozano rostro, al que

delicados contornos imprimían una gran pureza, se armonizaba con el candor expresado sobre su blanca frente y en sus claros ojos. Se mantenía derecha en su silla, inclinándose un tanto hacia la luz para ver mejor, y mostraba sin saberlo la belleza de su busto. Ya estaba vertida para la noche con un peinador de algodón blanco. Un simple gorro de percal, sin más adorno que una banda del mismo tejido, envolvía su cabellera. Aunque sumida en alguna contemplación secreta, contaba, sin equivocarse, los hilos de su servilleta, o las mallas de su media. Ofrecía así la imagen más completa, el tipo más auténtico de la mujer destinada a las obras terrestres, cuya mirada podría penetrar las nubes del santuario, pero que un pensamiento al par humilde y piadoso mantiene a la altura del ser humano. Wilfredo se había dejado caer, como dijimos, sobre una butaca situada en medio de las dos mesas, y contemplaba con una especie de embriaguez aquel cuadro lleno de armonía, al que las nubes de humo no sentaban mal.

La única ventana que esclarecía este locutorio durante la época estival, estaba entonces cuidadosamente cerrada. A guisa de cortina, pendía, formando grandes pliegues, una antigua tapicería encajada en una vara. No había allí nada de pintoresco, nada de deslumbrante, sino una rigurosa sencillez, una auténtica llaneza, el abandono de la naturaleza, y todos los hábitos de una vida doméstica sin trastornos ni cuidados. Muchas viviendas tienen la apariencia de un sueño, el destello de placer que pasa parece ocultar en él ruinas bajo la fría sonrisa del lujo; pero aquella sala de estar era sublime de realidad, armoniosa de color, y despertaba las ideas patriarcales de una vida plena y recoleta. El silencio no estaba turbado más que por el patulleo de la sirvienta ocupada en preparar la cena, y por el crepitar del pescado seco que freía en mantequilla salada, según el método del país.

—¿Queréis fumar una pipa? —dijo el pastor aprovechando un momento en el que creyó que Wilfredo podía escucharle.

—Gracias, estimado señor Becker —respondió el interpelado.

—Pareéis hoy más doliente que de costumbre —le dijo Minna, impresionada por la debilidad que revelaba la voz del forastero.

—Siempre estoy así cuando salgo del castillo.

Minna se estremeció.

—Está habitado por una persona muy extraña, señor pastor —prosiguió tras una pausa—. Desde hace seis meses que estoy en esta aldea, no me he atrevido a haceros preguntas sobre ella, y hoy he de violentarme para hablaros del particular. He comenzado por lamentar vivamente el ver interrumpido mi viaje por el invierno, siendo obligado a permanecer aquí; pero, en estos dos últimos meses, se han soldado cada día con más fuerza las cadenas que me atan a Jarvis, y tengo miedo de acabar aquí mis días. Ya sabéis cómo he conocido a Serafita, qué impresión me causaron su mirada y su voz, y en fin, cómo fui admitido en su casa, donde no quiere recibir a nadie. Desde el primer día volví aquí para pedir os informes sobre esa misteriosa criatura. Ahí comienza para mí esta serie de encantamientos...

—¡Encantamientos! —exclamó el pastor, sacudiendo las cenizas de su pipa en un tosco plato lleno de arena, que le servía de escupidera—. ¿Es que acaso existen encantamientos?

—Ciertamente que vos que leéis en estos momentos tan concienzudamente la obra sobre *Sortilegios* de Jean Wier, comprenderéis la explicación que puedo daros de mis sensaciones —replicó al punto Wilfredo—. Si se estudia atentamente la naturaleza en sus grandes revoluciones como en sus más pequeñas obras, resulta imposible no reconocer la posibilidad de un encantamiento, prestando a este vocablo su verdadero significado. El hombre no crea fuerzas; emplea la única que existe y que las resume todas: el movimiento, soplo incomprensible del soberano fautor de los mundos. Las especies están harto bien separadas como para que pueda confundirlas la mano humana; y el único milagro de que ella era capaz, se ha realizado en la combinación de dos substancias antagónicas. ¡Y aún la pólvora es hermana del rayo! En cuanto a hacer surgir una creación, y al instante, toda creación exige tiempo, y el tiempo no avanza ni retrocede bajo el dedo. Así, al exterior de nosotros la naturaleza plástica obedece a leyes cuyo orden y ejercicio no podrán ser trastocados por ninguna mano humana. Mas, tras haber tenido así en cuenta la materia, sería irrazonable no reconocer en nosotros la existencia de un monstruoso poder cuyos efectos son a tal punto inconmensurables, que las generaciones conocidas no los han clasificado aún perfectamente. No os hablo de la facultad de la abstracción, de constreñir a la naturaleza a encerrarse en el verbo, acto gigantesco en el que el ser vulgar reflexiona tan poco como piensa en el movimiento, pero que ha conducido a los filósofos indios a explicar la creación por un verbo al que han dado la potencia inversa. La más pequeña porción de su alimento, un grano de arroz del que sale una creación, donde está resumido todo el proceso creador, les ofrecía una imagen tan pura del verbo creador y del verbo abstraedor, que resultaba muy sencillo aplicar ese sistema a la producción de mundos. La mayoría de los hombres debería contentarse con el grano de arroz sembrado en el primer versículo de todos los génesis. San Juan, diciendo que el verbo estaba en Dios, no ha hecho sino complicar la dificultad. Pero la granificación, la germinación y la floración de nuestras ideas, son poca cosa si comparamos esa propiedad, repartida entre muchos hombres, a la facultad absolutamente individual de comunicar a la misma fuerzas más o menos activas, por no sé qué concentración, de elevarla a una tercera, a una novena, a una vigesimoséptima potencia, de hacerla así morder en las masas, y obtener resultados mágicos condensando los efectos de la naturaleza. Así pues, yo llamo encantamientos a esas inmensas acciones desarrolladas entre dos membranas sobre la envoltura de nuestro cerebro. En la naturaleza inexplorada del mundo espiritual se encuentran ciertos seres dotados de esas inauditas facultades, comparables a la terrible potencia que poseen los gases en el mundo físico, y que se combinan con otros seres, los penetran como causa activa, y producen en ellos sortilegios contra los cuales esos pobres ilotas se hallan sin defensa: los encantan, los dominan, los reducen a un

horrible vasallaje, y hacen pesar sobre ellos las magnificencias y el cetro de una naturaleza superior, obrando ora a la manera del pez-torpedo que electriza y entumece al pescador, ora como una dosis de fósforo que exalta la vida o acelera su proyección, o bien como el opio que adormece a la naturaleza corporal, desata al espíritu de sus ligaduras, la deja revolotear sobre el mundo, se lo muestra a través de un prisma, y extrae de él el pasto que más le agrada; y finalmente, como la catalepsia que anula todas las facultades, en provecho de una sola visión. Los milagros, los encantamientos, los hechizos, los sortilegios, en fin los actos impropriamente denominados sobrenaturales, no son posibles ni pueden explicarse más que por el despotismo con el que un espíritu nos obliga a sufrir los efectos de una misteriosa óptica que agranda, reduce, exalta la creación, la hace moverse en nosotros a su antojo, nos la desfigura o nos la embellece, nos arrebatada al cielo o nos sume en el infierno, los dos términos por los cuales se expresan el extremo placer y el extremo dolor. Estos fenómenos están en nosotros y no fuera. El ser que llamamos Serafita me parece uno de esos raros y terribles demonios a los que es dado abarcar a los hombres, estrecharlos, prensar la naturaleza y participar en el oculto poder de Dios. El curso de sus encantamientos ha comenzado en mí por el silencio que me era impuesto. Cada vez que osaba desear interrogaros sobre ella, me parecía que iba a revelar un secreto cuyo incorruptible guardián había de ser yo; cada vez que he querido preguntaros, un ardiente sello se ha posado sobre mis labios y me convertía en ministro involuntario de esa prohibición misteriosa. Me veis aquí por última vez, abatido, destrozado, por haber ido a actuar con el mundo alucinante que lleva en sí esa muchacha dulce y delicada para vosotros dos, pero es la maga más inflexible para mí. Sí, ella es para mí como una hechicera que, en su mano derecha lleva un aparato invisible para agitar el globo, y en la izquierda el rayo para disolverlo todo a su antojo. En fin, no puedo ya mirarle a la frente, pues es de insoportable claridad. Desde hace algunos días flanqueo demasiado inhábilmente los abismos de la locura para callarme. He aprovechado pues el momento en que tengo el valor de resistir a ese monstruo que me arrastra tras sí, sin preguntarme si puedo seguir su vuelo. ¿Quién es? ¿La habéis visto niña? ¿Ha nacido alguna vez? ¿Ha tenido padres? ¿Ha sido engendrada por la conjunción del hielo y el sol? Pues ella hiela y quema, se muestra y se retira como una verdad celosa, me atrae y me rechaza, me da alternativamente la vida y la muerte, yo la amo y la odio. ¡No puedo vivir más así; quiero estar completamente en el cielo, o en el infierno!

Manteniendo en una mano su pipa, nuevamente cargada, y en la otra su tapadera, sin colocarla, el señor Becker escuchaba a Wilfredo con aire misterioso, mirando por instantes a su hija, que parecía comprender aquel lenguaje, en armonía con el ser que lo inspiraba. Wilfredo estaba bello como Hamlet resistiendo a la sombra de su padre, con la cual conversa viendo que se dirigía solamente a él en medio de los vivos.

—Eso se parece mucho al discurso de un enamorado —manifestó cándidamente el buen pastor.

—¡Enamorado! —replicó Wilfredo—. Sí, según las ideas vulgares. Pero, mi estimado señor Becker, ninguna palabra puede expresar el frenesí con que me precipito hacia esa salvaje criatura.

—¿La amáis pues? —dijo Minna, con tono de reproche.

—Señorita, experimento temblores tan singulares cuando la veo, y tan profundas tristezas cuando no la veo, que en todo hombre tales emociones anunciarían el amor; mas este sentimiento acerca ardientemente a los seres, mientras que, entre ella y yo se abre siempre no sé qué abismo, cuyo frío me penetra cuando estoy en su presencia, y cuya conciencia se desvanece cuando estoy lejos de ella. La dejo siempre más desolado, como los sabios que buscan un secreto, y que la naturaleza repele; como el pintor que quiere trasladar la vida a un lienzo, y se estrella con todos los recursos del arte en esa vana tentativa.

—Señor, todo eso me parece muy justo —respondió ingenuamente la muchacha.

—¿Cómo puedes saberlo, Minna? —preguntó el viejo.

—¡Ah, padre mío, si hubieseis ido esta mañana con nosotras a las cimas del Falberg, y la hubierais visto rezando, no me haríais esa pregunta! Diríais, como el señor Wilfredo, cuando la vio por primera vez en nuestro templo: «Es el genio de la plegaria».

A estas últimas palabras siguió un momento de silencio.

—¡Ah, seguro que no tiene nada en común con las criaturas que se agitan en los agujeros de este globo! —manifestó Wilfredo.

—¡Al Falberg! —exclamó el viejo pastor—, ¿Cómo habéis hecho para llegar allá?

—No sé nada —respondió Minna—. Mi excursión es ahora para mí como un sueño del que sólo me queda el recuerdo... Acaso no creería en él, sin este testimonio material.

Sacó la flor de su seno, y la mostró. Los tres quedaron con los ojos pegados a la saxifraga aún lozana, y que, bien iluminada por las lámparas, brilló en las nubes de humo como otra luz.

—¡Es cosa en verdad sobrenatural! —dijo el viejo, al ver una flor brotada en invierno.

—Esta flor me produce vértigo —prosiguió Minna—. Me parece aún oír su palabra, que es la música del pensamiento, como veo todavía la luminosidad de su mirada, que es el amor.

—Por favor, mi estimado señor Becker, contadme la vida de Serafita, enigmática flor humana cuya imagen nos es ofrecida por este misterioso copete.

—Mi querido invitado —respondió el viejo, expeliendo una bocanada de humo—, para explicaros el nacimiento de esa criatura, es necesario despejaros las nubes de la más oscura de todas las doctrinas cristianas; mas no resulta fácil ser claro al hablar de la más incomprensible de las revelaciones, último fulgor de la fe que, según se dice, haya irradiado sobre nuestro montón de barro. ¿Conocéis a Swedenborg?

—De nombre tan sólo; pero de él, de sus libros, de su religión, no sé nada.
—Pues bien, voy a contaros a Swedenborg por entero.

III

SERAFITA-SERAFITUS

Tras una pausa durante la cual el pastor pareció recopilar sus recuerdos, prosiguió en estos términos:

—Emmanuel de Swedenborg nació en Upsala, en Suecia, el mes de enero de 1688, según algunos autores, y en 1689, según su epitafio. Su padre era obispo de Skara. Swedenborg vivió ochenta y cinco años, y su muerte acaeció en Londres el 29 de marzo de 1772. Me sirvo de esta expresión para expresar un simple cambio de estado. Según sus discípulos, Swedenborg habría sido visto en Jarvis y en París posteriormente a esa fecha... Permitid, mi estimado señor Wilfredo —dijo el señor Becker haciendo un gesto para impedir toda interrupción—. Cuento lo hechos sin afirmarlos ni negarlos. Escuchad, y después pensad de todo ello cuanto queráis. Os avisaré cuando yo juzgue, critique, o discuta las doctrinas, a fin de constatar mi neutralidad de inteligencia entre la razón y *ÉL*:

»La vida de Swedenborg estuvo escindida en dos partes —prosiguió el pastor—. De 1688 a 1745 el barón Emmanuel de Swedenborg apareció en el mundo como hombre del más vasto saber, estimado, querido, por sus virtudes, siempre irreprochable, constantemente útil. Al par de su desempeño de elevadas funciones en Suecia, publicó de 1709 a 1740, obras abundantes y sólidas sobre mineralogía, física, matemáticas y astronomía, que han esclarecido al mundo científico. Inventó el método de construir dársenas idóneas para recibir a los navíos. Escribió sobre los más importantes temas, desde la altura de las mareas hasta la posición de la tierra. Halló al par los medios de construir mejores esclusas para los canales, y procedimientos más simples para la extracción de los metales. En fin, no se ocupó de una ciencia sin hacerla progresar. Estudió durante su juventud las lenguas hebraica, griega, latina y las orientales, cuyo conocimiento se le hizo tan familiar, que muchos profesores célebres le consultaron a menudo, y pudo reconocer en la Tartaria los vestigios del más antiguo libro de la Escritura, llamado *Las guerras de Jehová*, y los *Enunciados*, del que habla Moisés en los *Números* (XXI, 14, 15, 17-30), por Josué, Jeremías y Samuel. *Las guerras de Jehová* constituirían la parte histórica, y los *Enunciados* la parte profética de este libro anterior al *Génesis*. Swedenborg ha llegado a afirmar que el *Jaschar*, o *El libro del justo*, mencionado por Josué, existía en la Tartaria oriental, con el culto de las Correspondencias. Según se dice, un francés ha justificado recientemente las previsiones de Swedenborg, anunciando haber hallado en Bagdad muchas partes de la Biblia desconocidas en Europa. A raíz del debate casi europeo que promovió el magnetismo animal en París, y en el cual casi todos los sabios tomaron una parte activa, en 1785 el marqués de Thomé reivindicó la memoria de

Swedenborg recogiendo asertos formulados por los comisarios nombrados por el rey de Francia para examinar el magnetismo. Estos señores pretendían que no existía teoría alguna del imán, mientras que Swedenborg se había ocupado de ello ya desde el año 1720. El marqués de Thomé aprovechó esta ocasión para demostrar las causas del olvido en que los hombres más célebres dejaban al sabio sueco, con el fin de poder hurgar sus tesoros y aprovecharse de ellos para sus propios trabajos. “Algunos de los más ilustres —dijo el señor de Thomé, aludiendo a la *Teoría de la Tierra*, de Buffon— tienen la debilidad de ataviarse con plumas de pavo real, sin rendirle homenaje”. En fin, demostró, mediante citas victoriosas, extraídas de las obras enciclopédicas de Swedenborg, que este gran profeta se había anticipado en varios siglos a la lenta marcha de las ciencias humanas: basta, en efecto, leer sus obras filosóficas y mineralógicas para convencerse de ello. En tal pasaje, se muestra como precursor de la química actual, al anunciar que las producciones de la naturaleza orgánica son todas descomponibles y desembocan en dos principios puros; que el agua, el aire y el fuego, *no son elementos*; en otro, le bastan algunas palabras para ir al fondo de los misterios magnéticos, arrebatando así el primer conocimiento a Mesmer... En fin, he aquí de él —añadió el señor Becker señalando un ancho tablero sujeto entre la estufa y el alféizar de la ventana y sobre el cual había libros de todos los tamaños— aquí tenéis diecisiete obras diferentes, de las cuales una sola, su *Obras filosóficas y mineralógicas*, publicadas en 1734, tiene tres volúmenes in folio. Estas producciones, que atestiguan los conocimientos positivos de Swedenborg cayó en un silencio absoluto, del que no salió sino para abandonar sus ocupaciones temporales, y pensar exclusivamente en el mundo espiritual. Recibió las primeras órdenes del Cielo en 1745. He aquí como ha contado su vocación:

»Una noche en Londres, luego que hubo cenado con gran apetito, se expandió una espesa niebla en su aposento. Al disiparse las tinieblas, se alzó de un rincón del mismo una criatura que había tomado forma humana, conminándole con terrible voz:

»—¡No comas tanto!

»En consecuencia se sometió a una dieta absoluta. La noche siguiente apareció el mismo ser, radiante de luz, y le dijo:

»—He sido enviado por Dios, quien te ha escogido para explicar a los hombres el sentido de su palabra y sus creaciones. Yo te dictaré lo que has de escribir.

»La visión duró pocos momentos. EL ÁNGEL estaba —dijo él— vestido de púrpura. Durante aquella noche, los ojos de su *ser interior* fueron abiertos y dispuestos para ver en el cielo, en el mundo de los espíritus y de los infiernos; tres esferas diferentes, donde encontró personas conocidas, que habían perecido en su forma humana, unas hacía tiempo y otras recientemente. Desde aquel momento, Swedenborg vivió constantemente la vida de los espíritus, y permaneció en este mundo como enviado de Dios. Si su misión le fue denegada por los incrédulos, su conducta fue evidentemente la de un ser superior a la humanidad. En primer lugar, aunque limitado por su fortuna a lo estrictamente necesario, dio sumas inmensas,

levantando, en varias ciudades comerciales, grandes casas caídas o que estaban a punto de serlo. Ninguno de quienes hizo una llamada a su generosidad no dejó de ser satisfecho al punto. Un inglés incrédulo se dedicó a perseguirle, le conoció en París y ha contado que, en su casa, las puertas estaban constantemente abiertas. Habiéndose un día quejado su criado de esa negligencia, que le exponía a que recayeran sobre él las sospechas de los robos realizados en el dinero de su amo, éste manifestó sonriente:

»—Que esté tranquilo; le perdono su desconfianza, pues no ve el guardián que vela en mi puerta.

»En efecto, en cualquier país que viviera, no cerró jamás sus puertas, y nada se perdió en su casa.

»En Gotemburgo, villa situada a sesenta millas de Estocolmo, anunció, tres días antes de la llegada de correo, la hora exacta del incendio que assolaba la capital, haciendo observar que su casa no estaba quemada: todo resultó verdad. La reina de Suecia dijo en Berlín a su hermano el rey, que habiendo sido emplazada una de sus damas a pagar una suma que ella sabía haber sido entregada por su marido antes de su muerte, pero no encontrando el recibo, fue a ver a Swedenborg, rogándole que preguntase a su esposo difunto dónde podría hallarse el comprobante del pago. Al día siguiente, Swedenborg le indicó el lugar en que se hallaba el recibo; mas, como según el deseo de aquella dama, había pedido al finado que se apareciera a su mujer, ésta lo vio en sueños vestido con la bata que llevó antes de morir, y le mostró el recibo en el lugar designado por Swedenborg. Un día, al embarcarse en Londres en el navío del capitán Dixon, oyó preguntar a una dama si se habían hecho bastantes provisiones.

»—No hacen falta tantas —respondió él—. Dentro de ocho días, a las dos, estaremos en el puerto de Estocolmo.

»Y así fue. El estado de visión en el que, a su antojo, se ponía Swedenborg en relación con las cosas de la tierra, y que asombró a todos los que a él se acercaron, por sus maravillosos efectos, no es más que una débil aplicación de su facultad de ver los cielos. Entre esas visiones, no son las menos curiosas aquéllas en que cuenta sus viajes en las *regiones astrales*, y sus descripciones deben necesariamente sorprender por la ingenuidad de los detalles. Un hombre cuyo inmenso alcance científico es incontestable, que reunía en sí la concepción, la voluntad y la imaginación, debería ciertamente haber inventado mejor, de hacerlo. La literatura fantástica de los orientales no ofrece por lo demás nada que pueda dar una idea de esa obra aturdidora y llena de poesías en germen, si es permitido comparar una obra de fe a las de la fantasía árabe. El arrebató de Swedenborg por el ángel que le sirvió de guía en su primer viaje es de una sublimidad que supera, en toda la distancia que Dios ha puesto entre la tierra y el sol, a la de las epopeyas de Klopstock, de Milton, del Taso y de Dante. La parte que sirve de introducción a su obra sobre las *regiones astrales*, no ha sido publicada nunca; pertenece a las tradiciones orales legadas por Swedenborg a los tres discípulos que estaban más próximos a su corazón. El señor Silverichm la poseía

escrita. El señor Serafitus quiso hablarme de ella alguna vez; mas el recuerdo de la palabra de su primo era tan ardiente, que se detenía a las primeras frases, y se sumía en una meditación de la que nadie podía arrancarle. El discurso por el que el ángel demostró a Swedenborg que aquellos cuerpos no son hechos para andar errantes y desiertos, aplasta, me dijo el barón, todas las ciencias humanas bajo lo grandioso de una lógica divina. Según el profeta, los habitantes de Júpiter no cultivan en absoluto las ciencias, a las que denominan sombras; los de Mercurio detestan la expresión de las ideas por la palabra, que les parece demasiado material, y tienen un lenguaje ocular; los de Saturno están continuamente tentados por espíritus malignos; los de la Luna son pequeños como niños de seis años, su voz parte del abdomen, y gatean; los de Venus son de gigantesca estatura, pero estúpidos, y viven de pillajes; sin embargo, una parte de este planeta tiene habitantes de gran dulzura, que viven en el amor al bien. En fin, describe las costumbres de los pueblos anexos a esos globos, y traduce el sentido general de su existencia en relación con el universo en términos tan precisos, da explicaciones que concuerdan tan bien con los efectos de sus revoluciones aparentes en el sistema general del universo, que acaso un día los sabios irán a beber en esas luminosas fuentes. He aquí —dijo Becker, tras haber tomado un libro, y abriéndolo por la página marcada por una cinta— con qué palabras ha terminado esta obra:

»Si se duda que he sido transportado a un gran número de regiones astrales, recuérdese mis observaciones sobre las distancias en la otra vida; ellas no existen sino relativamente al estado externo del hombre; ahora bien, habiendo yo estado dispuesto interiormente como los espíritus angélicos de esas tierras, he podido conocerlas».

«Las circunstancias a las cuales hemos debido el tener en este cantón al barón Serafitus, primo bienamado de Swedenborg, no me han dejado ajeno a ningún acontecimiento de esa vida extraordinaria. Últimamente fue acusado de impostura en algunas publicaciones de Europa, que informaron sobre el hecho siguiente, según la carta del caballero Beylon. Swedenborg, decíase, *instruido por senadores de la correspondencia secreta de la finada reina de Suecia con el príncipe de Prusia, su hermano, reveló sus misterios a esta princesa, haciéndola creer que había sido puesto al comente por medios sobrenaturales*. Un hombre digno de crédito, el señor Charles Leonard de Srahlhammer, capitán de la guardia real y caballero de la Espada, ha respondido por una carta a esa calumnia».

El pastor buscó en el cajón de su mesa entre algunos papeles, y acabó por encontrar una gacetilla, tendiéndola a Wilfredo, quien leyó en voz alta la siguiente carta:

«Estocolmo, 13 de mayo de 1788.

»He leído con asombro la carta que se refiere a la entrevista que ha tenido el famoso Swedenborg con la reina Luisa-Ulrica; las circunstancias son enteramente falsas, y espero que el autor me perdonará si, por un relato fiel cuya verdad puede

ser atestiguada por diversas personas de distinción que estaban presentes, y que aún viven, le muestro hasta qué punto se ha equivocado. En 1758, poco tiempo después de la muerte del príncipe de Prusia, vino a la corte Swedenborg, donde tenía por costumbre estar regularmente. Apenas hubo sido visto por la reina, ésta le dijo: “A propósito, señor asesor, ¿habéis visto a mi hermano?”. Swedenborg le respondió que no, y la reina le replicó: “Si lo veis, saludadle de mi parte”. Diciendo eso, ella no tenía otra intención sino bromear, y no pensaba en absoluto pedirle la menor información referente a su hermano. Ocho días después, y no veinticuatro, ni en una audiencia particular, Swedenborg acudió de nuevo a la corte, pero tan temprano, que la reina no había abandonado aún su aposento, llamado la cámara blanca, donde hablaba con sus damas de honor y otras de la corte. Swedenborg, sin esperar a que la reina saliera, entró directamente en la estancia, hablándola al oído. La reina, suspensa de asombro, se sintió indispuesta y tuvo necesidad de cierto tiempo para reponerse. Vuelta en sí, dijo a las personas que la rodeaban: “¡Solamente Dios y mi hermano pueden saber lo que acaba de decirme!”. Confesó que le había hablado de su última correspondencia con el príncipe, cuyo asunto no era conocido sino de ellos solos. No puedo explicar cómo Swedenborg tuvo conocimiento de este secreto; pero lo que sí puedo asegurar por mi honor, es que ni el conde H..., como dice el autor de la carta, ni nadie, ha interceptado ni leído las misivas de la reina. El senado la permitía escribir a su hermano con la mayor seguridad, y consideraba esa correspondencia como muy indiferente al Estado. Es evidente que el autor de la mencionada carta no ha conocido en absoluto el carácter del conde H... Este respetable señor, que ha prestado los más importantes servicios a su patria, unía a los talentos del espíritu las cualidades del corazón, y su avanzada edad no debilitó en él en modo alguno esos preciosos dones. Durante toda su administración unió siempre la más esclarecida política a la más escrupulosa integridad y se declaró enemigo de las intrigas secretas y los sordos manejos, que consideraba como medios indignos para llegar a su objetivo. El autor no ha conocido mejor al asesor Swedenborg. La única debilidad de este hombre, auténticamente honrado, era la de creer en las apariciones de los espíritus; pero yo le he conocido durante mucho tiempo, y puedo asegurar que estaba tan persuadido de hablar y conversar con los espíritus, como yo lo estoy en estos momentos de escribir la presente carta. Como ciudadano y como amigo, era el hombre más íntegro, horrorizándole la impostura y llevando una vida ejemplar. La explicación que ha querido dar de este hecho el caballero Beylon está, por consiguiente, desprovista de fundamento; y la visita efectuada durante la noche a Swedenborg, por los condes H... y T... es pura invención. Por lo demás, el autor de la carta puede estar seguro que yo no soy en absoluto un sectario de Swedenborg; únicamente el amor a la verdad me ha inducido a describir con fidelidad un hecho que tan a menudo ha sido relatado con detalles enteramente falsos, y afirmo lo que acabo de escribir, estampando mi

firma como cabal refrendo de lo que digo».

—Los testimonios que Swedenborg ha dado de su misión a las familias de Suecia y de Prusia, han fundamentado sin duda la creencia en la cual viven muchas personas de esas dos cortes —prosiguió el señor Becker, volviendo a poner la gacetilla en el cajón—. Sin embargo —añadió—, no os diré todos los hechos de su vida material y visible: sus costumbres se oponían a que fuesen exactamente conocidos. Vivía retirado, oculto, sin querer enriquecerse o alcanzar la celebridad. Hasta se distinguía por una especie de repugnancia a hacer prosélitos, se abría a contadas personas, y no comunicaba esos dones exteriores más que a aquéllas en las que resplandecían la fe, la cordura y el amor. Sabía reconocer con una simple mirada el estado del alma de quienes se le acercaban, y trocaba en videntes a quienes quería tocar con su palabra interior. Sus discípulos no le han visto hacer nada desde el año 1745 por ningún motivo humano. Sólo una persona, un sacerdote sueco, llamado Mathesius, le acusó de locura. Y por un extraordinario azar, fue el mismo Mathesius, enemigo acérrimo de Swedenborg y de sus escritos, quien se volvió loco poco tiempo después, y vivía aún hace algunos años en Estocolmo, de una pensión que le fue otorgada por el rey de Suecia. El elogio de Swedenborg ha sido por lo demás compuesto con minucioso esmero en cuanto a los acontecimientos de su vida, y pronunciado en la gran sala de la Academia Real de Ciencias, en Estocolmo, por el señor de Sandel, consejero de la facultad de Minas, en el año 1786. En fin, una declaración recibida del lord-alcalde de Londres, constata los menores detalles de la postrera enfermedad y de la muerte de Swedenborg, que fue asistido entonces por el señor Ferelius, eclesiástico sueco de la más alta distinción. Las personas circunstantes atestiguan que, lejos de haber desmentido sus escritos, Swedenborg ha confirmado constantemente su verdad.

»Dentro de cien años —dijo al señor Ferelius— mi doctrina regirá la Iglesia.

»Predijo exactamente el día y la hora de su muerte. El mismo día, 29 de marzo de 1772, domingo, preguntó la hora.

»—Las cinco —le respondieron».

»—Bien, esto se acabó; ¡que Dios os bendiga a todos!

»Y diez minutos después, expiró de la manera tranquila, exhalando un leve suspiro. La simplicidad, la mediocridad, la soledad fueron, pues, los rasgos de su vida. Cuando acababa uno de sus tratados, embarcaba para ir a imprimirlo a Londres o a Holanda, no hablando jamás de la obra. Publicó así sucesivamente veintisiete tratados diferentes, todos ellos escritos —dice— al dictado de los ángeles. Sea o no verdad esto, pocos hombres son lo bastante fuertes como para soportar sus llamas orales. Helos aquí todos, añadió el señor Becker, señalando un segundo estante sobre el cual había una sesentena de volúmenes—. Los siete tratados donde el espíritu de Dios lanza sus más vivos fulgores, son: *Las delicias del amor conyugal*, *El cielo y el infierno*, *El Apocalipsis revelado*, *La exposición del sentido interior*, *El amor divino*, *El verdadero cristianismo*, *La sabiduría angélica de la omnipotencia, omnisciencia y*

omnipresencia de quienes comparten la eternidad y la inmensidad de Dios. Su explicación del Apocalipsis comienza por estas palabras —dijo el señor Becker, tomando y abriendo el primer volumen que se hallaba a su lado—: «Aquí, yo no he puesto nada mío; he hablado según el Señor, quien había dicho por el mismo ángel a Juan: “*No sellarás las palabras de esta profecía*”» (Apocalipsis, 22,10).

—Mi estimado señor —dijo el pastor mirando a Wilfredo—, a menudo han temblado todos mis miembros durante las noches de invierno, al leer las terribles obras en las que este hombre declara con perfecta inocencia las mayores maravillas... «He visto —dice— los cielos y los ángeles. El hombre espiritual ve al hombre espiritual mejor que el ser terrestre ve a su congénere. Al describir las maravillas de los cielos y bajo ellos, obedezco a la orden que el Señor me ha dado. Muy dueño se es de no creerme; no puedo poner a los demás en el estado en que Dios me ha puesto; no depende de mí el hacerles conversar con los ángeles, ni operar el milagro de la expresa disposición de su entendimiento; ellos mismos son los únicos instrumentos de su exaltación angélica. Ya son veintiocho años los que estoy en el mundo espiritual con los ángeles, y en la tierra con los hombres; pues ha placido al Señor abrirme los ojos del espíritu, como los abrió a Pablo, a Daniel y a Elíseo».

»Sin embargo, ciertas personas tienen visiones del mundo espiritual por el desprendimiento completo que el sonambulismo realiza entre su forma exterior y su ser interno.

»En este estado —dice Swedenborg en su *Tratado de la sabiduría angélica* (n.º 257)— el hombre puede ser elevado hasta la luz celeste, porque, hallándose abolidos los sentidos corporales, la influencia del cielo obra sin trabas sobre el ser interior.

»Muchas personas —que no dudan que Swedenborg haya tenido revelaciones celestes— piensan sin embargo que no todos sus escritos están igualmente impregnados de la inspiración divina. Otras exigen una absoluta adhesión a Swedenborg, admitiendo empero sus oscuridades; pero creen que la imperfección del lenguaje terrestre ha impedido al profeta expresar sus visiones espirituales, cuyas mentadas oscuridades desaparecen a los ojos de quienes ha regenerado la fe; pues, según la admirable expresión de su más gran discípulo, *la carne es una generación exterior*. Para los poetas y los escritores, su maravilloso es inmenso; para los videntes, todo es de una realidad pura. Sus descripciones han sido, para algunos cristianos, motivo de escándalo. Ciertos críticos han ridiculizado la substancia celeste de sus templos, de sus palacios de oro, de sus soberbias mansiones en las que retozan los ángeles; otros se han burlado de sus boscajes de misteriosos árboles, de sus jardines en los que las flores hablan, donde el aire es límpido, y las pedrerías místicas, la sardónice, el carbuncllo, la crisolita, la crisoprasa, la calcedonia, el berilo, el *urim* y el *tumim*, se hallan dotados de movimiento, expresan verdades celestes, y se les puede interrogar, pues responden por variaciones de luz (*Religión verdadera*, 219); muchas selectas mentes no admiten esos mundos en que los colores hacen oír deliciosos conciertos, las palabras llamean, y el Verbo se escribe en cornículos

(*Religión verdadera*, 278). En el mismo Norte, algunos escritores se han reído de sus perlas y de los diamantes que tapizan y amueblan las mansiones de su Jerusalén, donde los menores utensilios están hechos con las substancias más raras del globo.

»—Pero —dicen sus discípulos— ¿el que todos estos objetos se encuentren esparcidos en este mundo es una razón para que no abunden en el otro? En la tierra, son de una substancia terrestre, mientras que en los cielos se encuentran bajo apariencias celestes y relativas al estado de ángel.

»Swedenborg ha repetido por lo demás, a este respecto, estas grandes palabras de Jesucristo: “Os enseño sirviéndome de las palabras terrestres, y no me entendéis; si hablase el lenguaje del cielo, ¿cómo podríais comprenderme?” (Juan, 3,12).

»Señor, yo he leído a Swedenborg por entero —prosiguió el señor Becker, dejando escapar un gesto enfático—. Lo digo con orgullo, porque he conservado mi razón. Pues leyéndole, o bien hay que perder el juicio, o convertirse en vidente. Aunque yo haya resistido a esas dos locuras, a menudo he experimentado arrobos desconocidos, sobrecogimientos profundos, goces interiores proporcionados únicamente por la plenitud de la verdad, la evidencia de la luz celeste. Todo aquí abajo parece pequeño cuando el alma recorre las páginas devoradoras de esos tratados. Es imposible no ser impresionado al pensar que, en el espacio de treinta años, ese hombre ha publicado, sobre las verdades del mundo espiritual, veinticinco volúmenes en cuarto, escritos en latín, de los cuales el menor tiene quinientas páginas, y todos ellos están impresos en caracteres pequeños. Según se dice, ha dejado otros veinte en Londres, depositados en manos de su sobrino el señor Silverichm, antiguo capellán del rey de Suecia. Ciertamente, el hombre que, desde los veinte a los sesenta años, se había agotado en la publicación de una especie de enciclopedia, ha debido recibir ayudas sobrenaturales para componer esos prodigiosos tratados, en una edad en que las fuerzas del hombre comienzan a extinguirse. En esos escritos se hallan miles de proposiciones numeradas, sin que ninguna se contradiga. Por doquier la exactitud, el método la presencia de espíritu, brillan y derivan de un mismo hecho: la existencia de los ángeles. Su *Religión verdadera*, donde se resume todo su dogma, obra vigorosa de claridad, ha sido concebida, ejecutada a los ochenta y tres años. En fin, su ubicuidad, su omnisciencia, no ha sido desmentida por ninguno de sus críticos, ni por sus enemigos. Sin embargo, cuando yo he bebido en este torrente de celestes resplandores, Dios no me ha abierto los ojos interiores, y he juzgado estos escritos con la razón de un hombre no regenerado. He hallado así a menudo que EL INSPIRADO Swedenborg había debido, a veces, entender mal a los ángeles. He reído de diversas visiones, en las cuales, según los videntes, debiera haber creído con admiración. No he concebido, ni la escritura cornicular de los ángeles, ni sus cingulos, en los que el oro brilla más o menos intensamente. Si, por ejemplo, esta frase: *Es de los ángeles solitarios*, me ha enternecido singularmente de buenas a primeras, luego, al reflexionar, no he concordado esa soledad con sus desposorios. No he comprendido por qué la Virgen

María conserva, en el cielo, vestiduras de raso blanco. He osado preguntarme por qué los gigantescos demonios Enakim y Héphilim iban siempre a combatir a los querubines en los campos apocalípticos de Armageddon. Ignoro cómo los satanes pueden todavía discutir con los ángeles. El señor barón Serafitus me objetaba que esos detalles concernían a los ángeles que permanecían en la tierra bajo forma humana. A menudo, las visiones del profeta sueco están embadurnadas de figuras grotescas. Uno de sus *Memorables*, nombre que les ha dado, comienza por estas palabras: “Vi espíritus congregados, los cuales tenían sombreros en la cabeza”. En otro de los *Memorables*, recibe del cielo un pequeño papel, sobre el cual vio —dice— las letras de que se servían los pueblos primitivos, y que estaban compuestas por líneas curvas con pequeños anillos encima. Para atestiguar mejor su comunicación con los cielos, yo hubiese querido que él depositara su papel en la Real Academia de Ciencias de Suecia. En fin, acaso esté yo equivocado, y tal vez los absurdos materiales sembrados en sus obras tengan significados espirituales. Pues de otro modo, ¿cómo admitir la creciente influencia de su religión? Su iglesia cuenta hoy con más de setecientos mil fieles, tanto en los Estados Unidos de América, donde diferentes sectas se la agregan en masa, como en Inglaterra, donde solamente en la ciudad de Manchester existen siete mil swedenborgistas. Hombres tan distinguidos por sus conocimientos que por su rango en el mundo, bien sea en Alemania, o en Prusia o en el Norte, han adoptado públicamente las creencias de Swedenborg, más consoladoras por otra parte que no lo son las de otras comuniones cristianas. Ahora, yo desearía explicaros en algunas palabras sucintas los puntos capitales de la doctrina que Swedenborg ha establecido para su iglesia; mas este compendio, hecho de memoria, sería necesariamente defectuoso. No puedo, pues, permitirme sino de los arcanos que conciernen al nacimiento de Serafita.

Aquí el señor Becker hizo una pausa durante la cual pareció concentrarse para reunir sus ideas, y prosiguió así:

—Tras haber establecido matemáticamente que el hombre vive eternamente en esferas bien sea inferiores o bien superiores, Swedenborg llama espíritus angélicos a los seres que, en este mundo, son preparados para el cielo, donde se convierten en ángeles. Según él, Dios no ha creado especialmente ángeles; no existen otros que no hayan sido hombres en la tierra. La tierra es por ende el plantel del cielo. Los ángeles no son así ángeles por ellos mismos (*Sabiduría angélica*, 57); se transforman por una fusión íntima con Dios, a la cual Dios no se niega jamás, no siendo nunca la esencia de Dios negativa, sino incesantemente activa. Los espíritus angélicos pasan por tres naturalezas de amor, pues el hombre no puede ser regenerado sino sucesiva mente (*Religion verdadera*). Por primera EL AMOR DE SÍ: la suprema expresión de este amor es el genio humano, cuyas obras obtienen un culto. Luego EL AMOR DEL MUNDO, que produce los profetas, los grandes hombres que la tierra toma por guías y saluda con el nombre de divinos. En fin, EL AMOR DEL CIELO, que hace los espíritus angélicos. Estos espíritus son, por decirlo así, las flores de la humanidad que

se resume y labora en resumirse. Deben tener el amor del cielo o la sabiduría del cielo; pero están siempre en el amor, antes de estar en la sabiduría. Así, la primera transformación del hombre es EL AMOR. Para llegar a este primer amor, sus *existencias* anteriores han debido pasar por la esperanza y la caridad que lo engendran por la fe y la oración. Las ideas adquiridas por el ejercicio de estas virtudes se transmiten a cada nueva envoltura humana, bajo la cual se ocultan las metamorfosis del SER INTERIOR; pues nada se separa, todo es necesario: la esperanza no va sin la caridad, ni la fe sin la oración; las cuatro caras de este cuadrado son solidarias. «Falto de una virtud —dice— el espíritu angélico es como una perla rota». Cada una de estas *existencias* es, pues, un círculo en el que se enroscan las riquezas celestes del estado anterior. La gran perfección de los espíritus angélicos proviene de esa misteriosa progresión por la cual nada se pierde de las cualidades sucesivamente adquiridas, para llegar a su gloriosa encamación; pues, a cada transformación, se despojan insensiblemente de la carne y de sus errores. Cuando vive en el amor, el hombre ha abandonado todas sus malas pasiones: la esperanza, la caridad, la fe, la oración han, según la expresión de Isaías, *aventado* su interior, que no debe ser ya más manchado por ninguno de los afectos terrestres. De ahí esta gran sentencia de San Lucas: *Haceos un tesoro que no perezca en los cielos*. Y la de Jesucristo: *Dejad el mundo a los hombres, es de ellos; haceos puros, y venid a la mansión de mi Padre*. La segunda transformación es la sabiduría. La sabiduría es la comprensión de las cosas celestes, a las que el espíritu llega por el amor. El espíritu de amor ha conquistado la fuerza; resultado de todas las pasiones terrestres vencidas, ama ciegamente a Dios; pero el espíritu de sabiduría tiene inteligencia y sabe por qué ama. Las alas de uno se despliegan y le llevan hacia Dios, y las del otro se repliegan por el terror que le da la ciencia: conoce a Dios. Se desea ver incesantemente a Dios y se lanza hacia Él; el otro lo toca y tiembla. La unión que se forma de un espíritu de amor y de un espíritu de sabiduría, sitúa a la criatura en el estado divino durante el cual es HEMBRA, y su cuerpo VARON, última expresión humana en que el espíritu priva sobre la forma, donde la forma se debate aún contra el espíritu divino; pues la forma, la carne, ignora, se rebela y quiere permanecer grosera. Esta prueba suprema engendra inauditos sufrimientos que sólo los cielos ven, y que Cristo ha conocido en el Jardín de los Olivos. Tras la muerte, se abre el primer cielo a esta doble naturaleza purificada. Así, los hombres mueren en la desesperación, mientras que el espíritu muere en el arrobamiento. Y así, el estado NATURAL, en el que se hallan los seres no regenerados; el ESPIRITUAL, en el que se encuentran los espíritus angélicos, y el DIVINO, en el que permanece el ángel antes de romper su envoltura, son los tres grados de la *existencia*, por los cuales llega el hombre al cielo. Un pensamiento de Swedenborg os explicará maravillosamente la diferencia que existe entre el estado NATURAL y el ESPIRITUAL:

»«Para los hombres —dice—, el natural pasa al espiritual; consideran al mundo según esas formas visibles, y lo perciben en una realidad propia a sus sentidos. Mas,

para el espíritu angélico, el espiritual pasa al natural, y considera el mundo en su espíritu íntimo, y no en su forma”.

»Así, nuestras ciencias humanas no son más que el análisis de las formas. El sabio, según el mundo, es puramente exterior, como su saber, su *interior* no le sirve sino para conservar su aptitud para la inteligencia de la verdad. El espíritu angélico va mucho más allá: su saber es el pensamiento cuya ciencia humana no es más que la palabra; extrae el conocimiento de las cosas en el verbo, aprendiendo las CORRESPONDENCIAS por las cuales los mundos concuerdan con los cielos. La PALABRA de Dios fue enteramente escrita por puras correspondencias, cubre un sentido interno o espiritual que sin la ciencia de las correspondencias no puede ser comprendido. Existen, dice Swedenborg (*Doctrina celeste*, 26), innumerables ARCANOS en el sentido interno de las correspondencias. Así, los hombres que se han burlado de las Sagradas Escrituras donde los profetas han recogido la Palabra, se encontraban en el estado de ignorancia en que se hallan aquí abajo quienes no saben nada de una ciencia, y se burlan de las verdades de la misma. Saber las correspondencias de la Palabra con los cielos, las que existen entre las cosas visibles y ponderables del mundo terrestre y las invisibles e imponderables del mundo espiritual, es *tener los cielos en su entendimiento*. Siendo emanados de Dios todos los objetos de las diversas creaciones, comportan necesariamente un sentido esotérico, como lo dicen estas grandes palabras de Isaías: *La tierra es una vestidura* (Isaías, 5,6). Esta misteriosa ligazón entre las menores parcelas de la materia y los cielos, constituye lo que Swedenborg llama un ARCANO CELESTE. Así, su *Tratado de los arcanos celestes*, en el que se explican las correspondencias o significados del natural al espiritual, debiendo dar, según la expresión de Jacobo Boehm, *la signatura de toda cosa*, no tiene menos de dieciséis volúmenes y trece mil proposiciones.

»“Este maravilloso conocimiento de las correspondencias, que la bondad de Dios permitió a Swedenborg tener”, dice uno de sus discípulos, “es el secreto del interés que inspiran sus obras”. Según ese comentador, “en ellas, todo deriva del cielo, todo llama al cielo. Los escritos del profeta son sublimes y claros: habla en los cielos y se hace comprender en la tierra; sobre una de sus frases se haría un volumen”.

»Y el discípulo cita ésta entre otras mil:

»El reino del cielo, dice Swedenborg (*Arcanos celestes*), “es el reino de los motivos. La ACCIÓN se produce en el cielo, de allí en el universo, y por grados en los infinitamente pequeños de la tierra; hallándose los efectos terrestres ligados a sus causas celestes, hacen que todo sea CORRESPONDIENTE y SIGNIFICATIVO. El hombre es el medio de unión entre lo natural y lo espiritual”.

»Los espíritus angélicos conocen, pues, esencialmente las correspondencias que conectan al cielo cada cosa de la tierra, y saben el sentido íntimo de las palabras proféticas que denuncian las revoluciones. Así, para esos espíritus, todo aquí abajo tiene su significado. La menor flor es un pensamiento, una vida que corresponde a algunos lineamientos del gran todo, del cual tienen una constante intuición. Para

ellos, el ADULTERIO y los desenfrenos de que hablan las Escrituras y los profetas, a menudo desfigurados por presuntos escritores, significan el estado de las almas que, en este mundo, persisten en infectarse de afectos terrestres, continuando así su divorcio con el cielo. Las nubes significan los velos en que se envuelve Dios. Las antorchas, los panes de proposición, los caballos y los caballeros, las prostitutas, las piedras preciosas, todo, en la ESCRITURA, tiene para ellos un sentido exquisito, y revela el futuro de los hechos terrestres en sus relaciones con el cielo. Todos pueden penetrar la verdad de los ENUNCIADOS de San Juan, que la ciencia humana demuestra y prueba materialmente más tarde, tales como éste, preñado, dice Swedenborg, de diversas ciencias humanas: *Vi un nuevo cielo y una nueva tierra, pues el primer cielo y la primera tierra eran pasados (Apocalipsis, XXI, 1)*. Ellos conocían los *festines donde se come la carne de los reyes, de los hombres libres y de los esclavos*, y a los cuales convida un ángel en pie en el sol (Apocalipsis, XIX, 11-18). Ven a *la mujer alada, revestida de sol, y al hombre siempre armado (Apocalipsis)*. El caballo del Apocalipsis es, dice Swedenborg, la imagen visible de la inteligencia humana cabalgada por la muerte, pues porta en ella su principio de destrucción. En fin, reconocen a los pueblos ocultos bajo formas que parecen fantásticas a los ignorantes. Cuando un hombre está dispuesto a recibir la insuflación profética de las correspondencias, ella despierta en él el espíritu de la palabra; y él comprende entonces que las creaciones no son sino transformaciones; ella vivifica su inteligencia y le da una sed ardiente para las verdades, sed que no puede aplacarse sino en el cielo. Concibe, según la mayor o menor perfección de su interior, la potencia de los espíritus angélicos, y marcha, conducido por el deseo, el estado menos imperfecto del hombre no regenerado, hacia la esperanza que le abre el mundo de los espíritus, llegando luego a la oración que le da la llave de los cielos. ¿Qué criatura no desearía hacerse digna de entrar en la esfera de las inteligencias que viven secretamente por el amor o por la sabiduría? Aquí abajo, durante su vida, esos espíritus permanecen puros; no ven, no piensan y no hablan en absoluto como los demás hombres. Existen dos percepciones: una interna y otra externa; el ser humano es todo externo, el espíritu angélico todo interno. El espíritu va al fondo de los números, posee su totalidad, conoce sus significados. Dispone del movimiento y se asocia a todo por la ubicuidad: *Un ángel*, según el profeta sueco, se halla presente a otro cuando lo desea (*Sabiduría angélica*, etc.); pues tiene el don de separarse de su cuerpo, y ve los cielos como los profetas los han visto, y como el mismo Swedenborg los veía.

»“En ese estado —dice (*Religión verdadera*, 136)—, el espíritu del hombre es transportado de un lugar a otro, permaneciendo el cuerpo donde se encuentra; estado en el cual yo he permanecido durante veintiséis años”.

»Debemos entender así todas las palabras bíblicas donde se dice: *El espíritu me arrebató*. La sabiduría angélica es con respecto a la sabiduría humana, lo que las innumerables fuerzas de la naturaleza lo son respecto a su acción, que es una. Todo

revive, se mueve, existe en el espíritu, ya que está en Dios: lo cual lo expresan las palabras de San Pablo: *In Deo sumus, movemur et vivimus* (En Dios estamos, nos movemos y vivimos). La tierra no le presenta ningún obstáculo, como la palabra, no le ofrece ninguna oscuridad. Su próxima divinidad le permite ver el pensamiento de Dios velado por el Verbo, del mismo modo que, viviendo por su interior, el espíritu comunica con el sentido íntimo oculto bajo todas las cosas de este mundo. La ciencia es el lenguaje del mundo temporal, el amor el del mundo espiritual. Por ende, el hombre describe más que explica, mientras que el espíritu angélico ve y comprende. La ciencia entristece al hombre, el amor exalta al ángel. La ciencia busca aún, el amor ha hallado. El hombre juzga la naturaleza en sus relaciones con ella; el espíritu angélico lo hace en sus relaciones con el cielo. En fin, todo habla a los espíritus. Estos están en el secreto de la armonía de las creaciones entre ellas; se entienden con el espíritu de los sonidos, con el de los colores, con el de los vegetales; pueden interrogar al mineral, y el mineral responde a sus pensamientos. ¿Qué son para ellos las ciencias y los tesoros de la tierra, cuando los abarcan en todo momento con su vista, y que los mundos de que tanto se ocupan los hombres, no son para los espíritus sino el último peldaño desde el que van a lanzarse a Dios? El amor del cielo o la sabiduría del cielo, se anuncian en ellos por un círculo de luz que los rodea y que los elegidos ven. Su inocencia, cuya forma exterior es la de los niños, tiene el conocimiento de las cosas que éstos no poseen: son inocentes y sabios al par.

»“Y —dice Swedenborg— la inocencia de los cielos causa tal impresión en el alma, que aquéllos a quienes afecta conservan un arrobamiento que dura toda su vida, como yo mismo lo he experimentado. Basta acaso —dice aún— poseer de ella una mínima percepción para ser cambiado para siempre, para querer ir a los cielos y entrar así en la esfera de la esperanza”.

»Su doctrina sobre los desposorios puede reducirse a estas pocas palabras:

»“El Señor ha tomado la belleza, la elegancia de la vida del hombre, y la ha trasladado a la mujer. Cuando el hombre no se halla unido a esa belleza, a esa elegancia de su vida, es severo, triste y esquivo; cuando lo está, es alegre, jubiloso, es completo”.

»Los ángeles se hallan siempre en el punto más perfecto de la belleza. Sus desposorios se celebran con maravillosas ceremonias. En esta unión, que no produce vástagos, el hombre ha dado el ENTENDIMIENTO, y la mujer la VOLUNTAD: se convierten en un solo ser, UNA SOLA carne aquí abajo; luego, van a los cielos tras haber revestido la forma celeste. Aquí abajo, en el estado natural, la inclinación mutua de los dos sexos hacia las voluptuosidades, es un EFECTO que acarrea la fatiga y el disgusto; mas, bajo la forma celeste, la pareja convertida en *el mismo* espíritu, halla en sí misma una incesante causa de voluptuosidades. Swedenborg ha visto este desposorio de los espíritus, que según San Lucas, no tiene bodas (20,35), y que no inspira sino placeres espirituales. Un ángel se ofreció a llevarle como testigo de uno de estos desposorios, y le arrebató bajo sus alas (las alas son un símbolo y no

una realidad terrestre). Le revistió con su traje de fiesta, y cuando Swedenborg se vio arropado de luz, preguntó el porqué.

»—En esta circunstancia —respondió el ángel—, nuestras vestiduras se iluminan, brillan y se toman nupciales (*Delicias del amor conyugal*, 19, 20, 21).

»Divisó entonces dos ángeles procedentes, uno del mediodía y otro de oriente; el primero iba en un carro tirado por dos caballos blancos, cuyas riendas tenían el color y el resplandor de la aurora; mas cuando estuvieron cerca de él, en el cielo, no vio ya ni los carros ni los caballos. El ángel de oriente, vestido de púrpura, y el de mediodía, vestido de jacinto, acudieron como dos soplos y se confundieron; uno era un ángel de amor, y el otro un ángel de sabiduría. El guía de Swedenborg le dijo que aquellos dos ángeles habían estado enlazados en la tierra por una amistad interior, y siempre unidos, aunque separados por los espacios. El consentimiento, que es la esencia de los buenos desposorios sobre la tierra, es el estado habitual de los ángeles en el cielo. El amor es la luz de su mundo. El arrobamiento eterno de los ángeles proviene de la facultad que Dios les comunica de entregarle a Él el gozo que experimentan. Esa reciprocidad de infinito constituye su vida. En el cielo se toman infinitos al participar de la esencia de Dios, que se engendra por Él mismo. La inmensidad de los cielos donde viven los ángeles es tal, que si el hombre estuviera dotado de una vista tan continuamente rápida como lo es la de la luz que procede del sol sobre tierra, y que la mirase durante la eternidad, sus ojos no hallarían un horizonte donde reposar. Sólo la luz explica las felicidades del cielo. Es —dice (*Sabiduría angélica*, 7, 25, 26, 27)—, un vaho de la virtud de Dios, una emanación pura de su claridad, al par de la cual nuestro más radiante día resulta una cabal oscuridad. Ella puede todo, lo renueva todo y no se absorbe, rodea al ángel y le hace tocar a Dios por goces infinitos que se sienten multiplicarse infinitamente por sí mismos. Y esa luz mata a todo aquel que no está preparado para recibirla. Nadie, aquí abajo, puede ver a Dios y vivir. Por ello se ha dicho (Ex. XIX, 12, 15, 21, 22, 23): *La montaña donde Moisés hablaba al Señor, estaba custodiada, por temor a que alguien que fuese a tocarla, no muriese.* Y aún (Ex. XXXIV, 29-35): *Cuando Moisés trajo las segundas Tablas, su rostro brillaba de tal manera, que se vio obligado a velarlo para no hacer morir a nadie al hablar al pueblo.* La transfiguración de Jesucristo acusa igualmente la luz que despiden un mensajero del cielo, y los inefables goces que experimentan los ángeles estando constantemente imbuidos en ella. *Su rostro —dice San Mateo (xvii, 1-5)— resplandecía como el sol, sus vestiduras se tornaron como la luz, y una nube cubrió a sus discípulos.* En fin, cuando un astro no contiene sino seres que se niegan al Señor, que su palabra es desconocida, que los espíritus angélicos han sido reunidos de los cuatro vientos, Dios envía un ángel exterminador para cambiar la masa del mundo refractario que, en la inmensidad del universo, es para él lo que en la naturaleza un germen infecundo. Al aproximarse al globo, el ángel exterminador llevado sobre un cometa, lo hace girar en su eje: los continentes se convierten entonces en el fondo de los mares, las más elevadas montañas en islas, y los países otrora cubiertos de aguas

marinas renacen ataviados de su lozano frescor, obedeciendo a las leyes del Génesis; la palabra de Dios vuelve a adquirir en esa hora su fuerza sobre una nueva tierra que conserva en todos sus parajes los efectos del agua terrestre y del fuego celestial. La luz, que el ángel trae de lo alto, hace entonces palidecer al sol. Y entonces también, como dice Isaías (19-20), *los hombres entrarán en las hendiduras de las rocas, se acurrucarán en el polvo. Y gritarán* (Apocalipsis, VII, 15-17) *a las montañas: ¡Caed sobre nosotros! Al mar: ¡Llévanos! A los aires: ¡Escóndenlos del furor del Cordero!* El cordero es la gran figura de los ángeles desconocidos y perseguidos aquí abajo. Así Jesucristo ha dicho: *¡Dichosos los que sufren! ¡Dichosos los simples! ¡Dichosos los que aman!* Todo Swedenborg está ahí: Sufrir, creer, amar. ¿No hace falta acaso haber sufrido, y creer, para amar bien? El amor engendra la fuerza, y ésta otorga la sabiduría; de ahí la inteligencia; pues la fuerza y la sabiduría comportan la voluntad. Ser inteligente, ¿no es saber, querer y poder, los tres atributos del espíritu angélico?

»—¡Si el universo tiene un sentido, he aquí el más digno de Dios! —me decía el señor Saint Martin, a quien vi durante el viaje que hizo a Suecia.

»Pero, señor —prosiguió el señor Becker tras una pausa—, ¿qué significan esos jirones tomados en la extensión de una obra, de la que no puede darse una idea sino comparándola a un torrente de luz, a oleadas de llamas? Cuando un hombre se zambulle en él, se halla arrastrado por una corriente terrible. El poema de Dante Alighieri hace apenas el efecto de un punto a quien quiere sumirse en los innumerables versículos mediante los cuales ha hecho Swedenborg palpables los mundos celestes, como Beethoven ha construido sus palacios de armonía con millares de notas, y los arquitectos han edificado sus catedrales con millares de piedras. Uno rueda en abismos sin fin, en los que el espíritu no le sostiene siempre. De seguro que hay que disponer de una poderosa inteligencia para retomar sano y salvo a nuestras ideas sociales.

»Swedenborg —prosiguió el pastor— tenía un particular afecto por el barón de Serafitz, cuyo nombre, según antiguo uso sueco, había adoptado desde tiempo inmemorial la terminación latina *us*. El barón fue el más fervoroso discípulo del profeta sueco, que había abierto en él los ojos del hombre interior, y le había dispuesto para una vida conforme a las órdenes de lo alto. Buscó entre las mujeres un espíritu angélico, y Swedenborg se lo halló en una visión. Su prometida fue la hija de un zapatero de Londres, en la que, decía Swedenborg, resplandecía la vida del cielo y cuyas anteriores pruebas habían sido colmadas. Tras la transformación del profeta, el barón vino a Jarvis para celebrar sus bodas celestes en las prácticas de la oración. En cuanto a mí, señor, que no soy en absoluto un vidente, me he percatado sólo de las obras terrestres de esa pareja: su vida ha sido en efecto la de los santos y santas cuyas virtudes son la gloria de la Iglesia romana. Ambos han mitigado la miseria de los habitantes, y les han dado a todos una fortuna que no va sin algo de trabajo, pero que basta a sus necesidades; las personas que vivieron a su lado jamás les sorprendieron un movimiento de cólera o de impaciencia; fueron siempre benévolos y dulces, llenos

de apacibilidad, de indulgencia y de bondad auténtica; su matrimonio ha sido la armonía de dos almas constantemente unidas. Dos eiders volando al mismo vuelo, el son en el eco, el pensamiento en la palabra, son acaso imágenes imperfectas de esta unión. Aquí, todo el mundo los amaba con un cariño que no podría expresarse sino comparándolo al amor de la planta por el sol. La mujer era sencilla en sus maneras, bella de formas y de rostro, y de una nobleza semejante a la de las más augustas personas. En 1783, a los veintiséis años de edad, esta mujer concibió una criatura: su gestación fue un grave gozo. Los dos esposos daban así su adiós al mundo, pues me dijeron que sin duda serían transformados cuando su vástago abandonara la envoltura de carne que tenía necesidad de sus cuidados hasta el momento en que le fuera comunicada la fuerza de ser por sí mismo. Nació la criatura, que fue la Serafita que en este momento nos ocupa, y desde que fue concebida su padre y su madre vivieron aún más solitarios que en el pasado, exaltándose hacia el cielo por la plegaria. Su esperanza era ver a Swedenborg, y la fe realizó su esperanza. El día del nacimiento de Serafita, Swedenborg se manifestó en Jarvis, inundando de luz la habitación donde venía la criatura. Sus palabras, según se dice, fueron:

»—¡La obra está cumplida; los cielos se regocijan!

»Los servidores de la casa oyeron los sonos extraños de una melodía que, dijeron, parecía ser traída de los cuatro puntos cardinales por el soplo de los vientos. El espíritu de Swedenborg llevó al padre fuera de la casa conduciéndole sobre el fiordo, donde le dejó. Algunos habitantes de Jarvis, que se habían aproximado entonces al señor Serafitus, le oyeron pronunciar estas suaves palabras de la Escritura:

»¡Cuán bellos son sobre la montaña los pies del ángel que nos envía el Señor!

»Yo salía del presbiterio para ir al castillo con el fin de bautizar allí a la criatura, imponerle un nombre y cumplir los deberes que me marcan las leyes, cuando encontré al barón.

»—Vuestro ministerio es superfluo —me dijo—. Nuestra criatura debe estar sin nombre en esta tierra. No bautizaréis con el agua de la Iglesia terrestre a quien acaba de flotar en el fuego del cielo. Esa criatura permanecerá flor, vos no la veréis envejecer, sino pasar; vosotros tenéis la *existencia*, ella tiene la vida; vosotros tenéis sentidos exteriores, mas ella no los tiene; es todo interior.

»Estas palabras fueron pronunciadas con voz sobrenatural que me impresionó aún más vivamente que por el resplandor de su rostro que rezumaba luz. Su aspecto consumaba las fantásticas imágenes que concebimos de los inspirados leyendo las profecías de la Biblia. Mas tales efectos no son raros en medio de nuestras montañas, donde el nitro de las nieves subsistentes produce en nuestro organismo pasmosos fenómenos. Le pregunté la causa de su emoción.

»—Swedenborg ha venido, le acabo de dejar, he respirado el aire del cielo —respondió.

»—¿Bajo qué forma se os ha aparecido? —repliqué.

»—Bajo su apariencia mortal, vestido tal como estaba la última vez que le vi en

Londres, en casa de Richard Shearsmith, en el barrio de *Cold-Bath-Field*, en julio de 1771. Llevaba su levita de ratina tornasolada, con botones de aceró, su chaleco cerrado, su corbata blanca, y la misma peluca magistral, con rizos empolvados a los lados, y cuyos cabellos alzados por delante le descubrían esa frente amplia y luminosa en armonía con su gran rostro cuadrado, en el que todo es potencia y serenidad. He reconocido su nariz de anchas ventanas llenas de fuego; he vuelto a ver esa boca que siempre ha sonreído, boca angélica de la que han brotado estas palabras colmadas de mi felicidad: “¡Hasta pronto!”. Y he sentido los resplandores del amor celeste.

»La convicción que brillaba en el rostro del barón me impedía toda discusión. Le escuchaba en silencio; su voz tenía calor contagioso que me enardecía, y su fanatismo agitaba mi corazón. Le seguí en silencio y fui a su casa, donde vi a la criatura sin nombre, tendida sobre su madre, quien la arrebujaba misteriosamente. Serafita me oyó llegar y alzó la cabeza hacia mí; sus ojos no eran los de una criatura corriente; para expresar la impresión que recibí sería preciso decir que veían y pensaban ya. La infancia de esa criatura predestinada fue acompañada de circunstancias extraordinarias en nuestro clima. Durante nueve años, nuestros inviernos han sido más suaves y nuestros estíos más prolongados que de costumbre. Este fenómeno promovió debates entre los doctos; pero si sus explicaciones parecieron suficientes a los académicos, hicieron sonreír al barón cuando se lo comuniqué. Jamás ha sido vista Serafita desnuda como lo son a veces los niños; jamás ha sido tocada ni por hombre ni por mujer; ha vivido virgen en el regazo de su madre, y nunca ha llorado. El viejo David os confirmará estos hechos si le preguntáis sobre su ama, por la cual siente por lo demás, una adoración semejante a la que tenía por el Arca Santa el rey cuyo nombre lleva. Desde la edad de nueve años ha comenzado la niña a ponerse en estado de oración: la oración es su vida; ya la habéis visto en nuestro templo, en Navidad, el único día que ella acude a él; está separada de los demás cristianos por un espacio considerable. Si este espacio no existe entre ella y los humanos, sufre. Así, la mayor parte del tiempo permanece en el castillo. Por lo demás, son desconocidos los acontecimientos de su vida, pues no se muestra; sus facultades, sus sensaciones, todo es interior; la mayor parte del tiempo también, permanece en el estado de contemplación mística habitual, según dicen los escritores papistas, a los primeros cristianos solitarios en quienes se albergaba la tradición de la palabra de Cristo. Su entendimiento, su alma, su cuerpo, todo en ella es virgen como la nieve de nuestras montañas. A los diez años era tal como ahora la veis. A los nueve años de edad fallecieron al par su padre y su madre tras haber predicho la hora en que cesarían de existir. Derecha a sus pies, ella los contempló con mirada tranquila, sin testimoniar ni tristeza, ni dolor, ni alegría, ni curiosidad; su padre y su madre la sonreían. Cuando fuimos a buscar los dos cuerpos, ella dijo:

»—¡Llevadlos!

»—Serafita —la dije yo, pues así la hemos llamado—, ¿no estáis afectada por la

muerte de vuestro padre y de vuestra madre? ¡Os querían tanto!

»—¿Muertos? —respondió ella— No; están en mí para siempre. Eso no es nada —añadió señalando a los dos cadáveres que se transportaba.

»Yo la veía por tercera vez después de su nacimiento. En el templo es difícil percibirla, pues suele situarse en pie junto a la columna que sustenta el púlpito, en una oscuridad que no permite distinguir sus rasgos. Después de aquel suceso, no quedan otros servidores de la casa más que el viejo David, quien a pesar de sus ochenta y dos años, basta para atender a su ama. Algunas gentes de Jarvis han contado cosas maravillosas sobre esta muchacha. Y habiendo adquirido cierta consistencia sus decires en un país esencialmente amigo de los misterios, me he puesto a estudiar el *Tratado de los sortilegios* de Jean Wier, y las obras relativas a la demonología, donde se consignan los efectos pretendidamente sobrenaturales en el ser humano, a fin de buscar hechos análogos a los que le son atribuidos...

—¿Así pues no creéis en ella? —preguntó Wilfredo.

—Desde luego —respondió campechanamente el pastor— veo en ella a una muchacha extremadamente caprichosa, mimada por sus padres, que le han trastornado la cabeza con las ideas religiosas que acabo de formular.

Minna hizo un ademán con la cabeza que expresó suavemente una negación.

—¡Pobre muchacha! —prosiguió el clérigo— Sus padres le han alejado la funesta exaltación que extravía a los místicos y les torna más o menos dementes. Se somete a dietas que desoían al viejo David. Este buen anciano se asemeja a una planta desmedrada que se agita al menor viento y se abre al menor rayo de sol. Su ama, cuyo incomprendible lenguaje se ha convertido en el suyo propio, es su aire y su sol: ella tiene para él pies diamantes y la frente constelada de estrellas; camina rodeada por una luminosa y diáfana atmósfera; su voz está acompañada de música; y tiene el don de hacerse invisible. Decidle qué queréis ver: responderá que viaja por las regiones astrales. Resulta difícil creer en tales fábulas. Vos lo sabéis, todo milagro se parece más o menos a la historia del Diente de oro. Tenemos un diente de oro en Jarvis, eso es todo. Así, Duncker el pescador, afirma haberla visto ora zambulléndose en el fiordo, de donde vuelve a salir bajo la forma de un eider, ora marchando sobre las islas durante la tempestad. Ferhus, que conduce a los rebaños a los soeler, dice haber visto, en tiempos lluviosos, el cielo siempre despejado sobre la cabeza de Serafita cuando sale. Algunas mujeres oyen los sonos de un órgano inmenso cuando Serafita acude al templo, y preguntan seriamente a sus vecinas si no los oyen también. Pero mi hija, a la que hace dos años ha cobrado afecto Serafita, no ha oído música alguna ni sentido en absoluto los aromas del cielo que, según se dice, embalsaman los aires cuando ella se pasea. Minna ha vuelto a menudo expresándome una cándida admiración de muchacha por las bellezas de nuestra primavera; regresaba embriagada de los olores que exhalan los primeros brotes de los alerces, de los pinos o de las flores que había ido a respirar con ella; pero tras un invierno tan prolongado, nada más natural que ese excesivo placer. La compañía de ese espíritu no tiene nada de

extraordinario, ¿no es así, niña?

—Sus secretos no son los míos —respondió Minna—. A su lado, lo sé todo; lejos de él, ya no sé nada; a su lado, ya no soy yo; lejos de él, he olvidado toda esa vida deliciosa. Verle es un sueño cuyo recuerdo no me queda sino según su voluntad. He podido oír a su lado, sin recordar lejos de él, las músicas de que hablan la mujer de Bancker y la de Erikson; a su lado he podido percibir perfumes celestes, contemplar maravillas, y no conservar luego la menor idea de ello aquí.

—Lo que más me ha sorprendido desde que la conozco, fue el que os tolerase a su lado —prosiguió el pastor, dirigiéndose a Wilfredo.

—¡A su lado! —exclamó el forastero—. ¡No me ha dejado nunca ni besarle, ni siquiera tocarle la mano! Cuando la vi por primera vez, su mirada me intimidó. Ella me dijo: «Sed bienvenido, pues habíais de venir». Pareciome como si me conociera. Temblé. El terror me hace creer en ella.

—Y a mí, el amor —dijo Minna, sin ruborizarse.

—¿No os burláis ambos de mí? —dijo el señor Beker, riendo campechanamente—. ¿Tú, hija mía diciéndote un espíritu de amor, y vos, señor, haciéndoos un espíritu de cordura?

Bebió un vaso de cerveza, y no se percató de la singular mirada que Wilfredo había dirigido a Minna.

—Bromas aparte, —prosiguió el ministro—, he quedado muy sorprendido al saber que hoy, por primera vez, estas dos locuelas han ido a la cima del Falberg; ¿pero no será eso una exageración de muchachas que hayan escalado alguna colina? Es imposible alcanzar la cima del Falberg.

—Padre mío —respondió Minna con conmovida voz—. En ese caso he estado bajo el poder de quien llamáis espíritu o demonio, pues he escalado el Falberg con él.

—Eso ya es cosa que se hace muy seria —opinó el señor Becker—, pues Minna no ha mentado nunca.

—Señor Becker —añadió Wilfredo—, yo os afirmo que Serafita ejerce sobre mí poderes tan extraordinarios, que no hallo expresión alguna que pueda dar una idea de ellos. Me ha revelado cosas que únicamente yo puedo conocer.

—¡Sonambulismo! —dijo el viejo—. Por lo demás, muchos efectos de ese género son referidos por Jean Wier, como fenómenos muy explicables, observados antaño en Egipto.

—Confiadme las obras filosóficas de Swedenborg —dijo Wilfredo—, pues desearía zambullirme en esos abismos de luz..., vos me habéis despertado el deseo de hacerlo.

El señor Becker tendió un volumen a Wilfredo, quien se puso a leer al punto. Eran alrededor de las nueve de la noche. La sirvienta vino a servir la cena. Minna hizo el té. Acabada la refacción, cada cual permaneció silenciosamente ocupado: el pastor en leer el *Tratado de los sortilegios*, Wilfredo en captar el espíritu de Swedenborg, y la muchacha en coser, sumiéndose en sus recuerdos. Fue una clásica

velada de Noruega, apacible, estudiosa, llena de pensamientos, de flores bajo la nieve. Devorando las páginas del profeta, Wilfredo no existía más que por sus sentidos interiores. A veces, el pastor le señalaba, con aire entre serio y burlón, a Minna que sonreía con una especie de tristeza. Para Minna, el rostro de Serafitus le sonreía planeando sobre la nube de humo que les envolvía a los tres. Sonó la medianoche. La puerta exterior fue violentamente abierta. Unos pasos pesados y precipitados, los pasos de un viejo espantado, se oyeron en la especie de estrecha antesala situada entre las dos puertas. Luego, y súbitamente, apareció David en el locutorio.

—¡Violencia! ¡Violencia! —clamó—. ¡Venid, venid todos! ¡Los satanes se han desencadenado! ¡Tienen mitras de fuego! ¡Son Adonis, tragos, sirenas... le tientan como Jesús fue tentado en la montaña! ¡Venid a expulsarlos!

—¿Reconocéis el lenguaje de Swedenborg? Helo ahí puro —dijo riendo el pastor.

Pero Wilfredo y Minna miraban con terror al viejo David, quien con sus blancos cabellos flotantes, los ojos extraviados y sus piernas temblorosas cubiertas de nieve, pues había venido sin patines, estaba agotado como si le atormentase algún tumultuoso viento.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Minna.

—¡Los satanes esperan y quieren reconquistarla...!

Estas palabras hicieron palpar a Wilfredo.

—Ya hace cinco horas que ella está en pie, con los ojos elevados al cielo y los brazos extendidos: sufre, clama a Dios. No puedo franquear los límites, pues el infierno ha puesto de centinela a sus cancerberos, que han elevado murallas de hierro entre ella y su viejo David. ¿Y qué haré yo, si ella tiene necesidad de mí? ¡Socorredme, venid a orar!

Resultaba espantoso ver la desesperación de aquel pobre viejo.

—La claridad de Dios la protege; ¿pero y si cediera a la violencia? —prosiguió David con encantadora buena fe.

—¡Silencio, David, no desvariéis! Ese es un hecho a comprobar. Vamos a acompañaros —dijo el pastor— y veréis que en el castillo no hay ni tragos, ni cancerberos, ni satanes, ni sirenas.

—Vuestro padre está ciego —dijo en voz muy queda David a Minna.

Wilfredo, a quien la lectura de un primer tratado de Swedenborg, que había recorrido rápidamente, acababa de producir un violento efecto, estaba ya en el pasillo, ocupado en colocarse los patines. Minna estuvo también lista en seguida. Y ambos, dejando atrás a los dos viejos, se lanzaron hacia el castillo sueco.

—¿Oís ese crujido? —dijo Wilfredo.

—El hielo del fiordo se remuece —respondió Minna—.

Pero eso anuncia la próxima llegada de la primavera...

Wilfredo guardó silencio. Cuando ambos estuvieron en el patio, no sintieron ni facultad ni fuerza para entrar en la casa.

—¿Qué pensáis de ella? —dijo Wilfredo,

—¡Qué claridades! —exclamó Minna, situándose ante la ventana del salón—, ¡Ahí está, Dios mío, cuán bello es! ¡Oh, Serafitus mío, tómame!

La exclamación de la muchacha fue toda interior. Veía a Serafitus en pie, ligeramente envuelto en una niebla de color opalino, que se escapaba a débil distancia de aquel cuerpo casi fosforescente.

—¡Cuán bella es! —exclamó por su parte, mentalmente también, Wilfredo.

En aquel momento llegó el señor Becker, seguido de David, vio a su hija y al forastero ante la ventana, fue a su lado, miró al salón, y dijo:

—Bueno, David está haciendo sus oraciones.

—Pero, señor, probad de entrar.

—¿Por qué molestar a los que rezan? —respondió el pastor.

En aquel momento, un rayo de la luna, que se hallaba sobre el Falberg, destelló sobre la ventana. Todos se volvieron, impresionados por aquel efecto natural que les hizo estremecer; pero cuando de nuevo giraron para ver a Serafita, ésta había desaparecido.

—¡Qué cosa más rara! —exclamó con sorpresa Wilfredo.

—¡Y yo oigo sonos deliciosos! —dijo Minna.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el pastor—. Sin duda es que va a acostarse.

David entró en el castillo, y ellos volvieron a su casa en silencio, no comprendiendo ninguno de los tres de la misma manera los efectos de aquella visión: el señor Becker dudaba, Minna, adoraba y Wilfredo deseaba.

Wilfredo era un hombre de treinta y seis años. Aunque ampliamente desarrolladas, sus proporciones no carecían de armonía. Su estatura era mediocre, como la de casi todos los hombres que se han elevado sobre los demás; su pecho y hombros anchos, y su cuello corto, como el de los hombres cuyo corazón ha de hallarse cercano a la cabeza; sus cabellos negros, tupidos y finos; sus ojos, de un amarillo pardo, poseían un destello solar que indicaba con cuanta avidez aspiraba a la luz su naturaleza. Si sus facciones varoniles y trastornadas pecaban de una ausencia de calma interior que comunica una vida sin tormentas, anunciaban los inagotables recursos de fogosos sentidos y los apetitos del instinto, al igual que sus movimientos indicaban la perfección del aparato físico, la flexibilidad de los sentidos y la fidelidad de su funcionamiento. Aquel hombre podía luchar con el salvaje, oír como él el paso de los enemigos en la lejanía de los bosques, husmear su olor en el aire, y ver en el horizonte la señal de un amigo. Su sueño era ligero, como el de todos los seres que no quieren dejarse sorprender. Su cuerpo se adaptaba prestamente al clima de los países a donde le conducía su tempestuosa vida. El arte y la ciencia habrían admirado en aquel organismo una especie de arquetipo humano; en él, todo se equilibraba: la acción y el corazón, la inteligencia y la voluntad. A primera vista, parecía deber ser clasificado entre los seres puramente instintivos, que se entregan ciegamente a las necesidades materiales; pero desde el albor de su vida, se había lanzado al mundo

social del que dependían sus sentimientos; el estudio había agrandado su inteligencia, la meditación agudizado su pensamiento, y las ciencias ensanchado su entendimiento. Había estudiado las leyes humanas, el juego de los intereses enfrentados por las pasiones, y parecía haberse familiarizado muy pronto con las abstracciones sobre las cuales reposan las sociedades. Había palidecido sobre los libros que son las acciones humanas muertas, velado luego en las capitales europeas en medio de fiestas, despertándose en más de un lecho, y dormido acaso sobre el campo de batalla la noche que precede al combate y la que sigue a la victoria; tal vez su borrascosa juventud le había lanzado sobre la cubierta de un buque corsario, a través de los países más contrastantes del globo; conocía así las acciones humanas vivientes. Sabía, pues, el presente y el pasado; la historia doble, la de otros tiempos y la de hoy. Muchos hombres han sido, lo mismo que Wilfredo, igualmente potentes por la mano, por el corazón y por la cabeza; y como él, la mayoría de ellos han abusado de su triple poder. Mas, si éste se unía aún por su envoltura a la parte fangosa de la humanidad, ciertamente pertenecía también a la esfera en que la fuerza es inteligente. A pesar de los velos en que se envolvía su alma, se hallaban en él esos indecibles síntomas visibles a los ojos de los seres puros, a los de los niños cuya inocencia no ha recibido el soplo de ninguna pasión malsana, y a los de los ancianos que han reconquistado la suya; aquellas muestras denunciaban a un Caín al que quedaba una esperanza, y que parecía buscar alguna absolución en el confín de la tierra. Minna sospechaba al forzado de la gloria en aquel hombre, y Serafita le conocía; ambas le admiraban y le compadecían. ¿De dónde provenía esa presciencia? Nada al par tan simple ni tan extraordinario. En cuanto el ser humano quiere penetrar los secretos de la naturaleza, donde nada es secreto, donde se trata solamente de ver, se percata que lo simple produce en ella lo maravilloso.

—Serafita —dijo cierta noche Minna, algunos días después de la llegada de Wilfredo a Jarvis—, vos leéis en el alma de ese forastero, mientras que yo no recibo sino vagas impresiones. Él me hiela o me caldea; mas vos parecéis saber la causa de este frío o de este ardor; podríais, pues, decírmela, ya que lo sabéis todo de él.

—Sí, he visto las causas —respondió Serafita, bajando sus ojos sobre sus anchos párpados.

—¿Por qué poder? —preguntó la curiosa Minna.

—Tengo el don de especialidad —respondió Serafita—. La especialidad constituye una clase de vista interior que lo penetra todo, y cuyo alcance no comprenderás sino mediante una comparación. En las grandes ciudades de Europa, de donde salen obras en las que la mano humana intenta representar los efectos de la naturaleza moral tanto como de los de la naturaleza física, hay hombres sublimes que expresan ideas con el mármol. La estatuaria obra sobre el mármol, lo moldea, pone en él un mundo de pensamientos. Existen mármoles a los que la mano del hombre ha dado la facultad de representar todo un lado sublime o todo un lado malo de la humanidad; la mayoría de los hombres ven en ellos una figura humana y nada más, y

algunos otros, situados un poco más arriba en la escala de los seres, perciben una parte de los pensamientos traducidos por el escultor, y admiran la forma; mas los iniciados en los secretos del arte, se hallan todos compenetrados con el escultor: al ver su mármol reconocen en él el mundo entero de sus pensamientos. Esos son los príncipes del arte, llevan en ellos mismos un espejo en el que se refleja la naturaleza con sus más ligeros accidentes. Pues bien, en mí hay como un espejo en el que se viene a reflejar la naturaleza moral con sus causas y sus efectos. Adivino el futuro y el pasado penetrando así la conciencia. ¿Cómo?, me dirás siempre. Haz que el mármol sea el cuerpo de un hombre, y el escultor el sentimiento, la pasión, el vicio o el crimen, la virtud, la falta o el arrepentimiento; y comprenderás cómo he leído en el alma del extranjero, sin no obstante explicarte la especialidad; pues, para concebir este don, es preciso poseerlo.

Si Wilfredo contenía dos porciones de humanidad tan distintas, la de los hombres de fuerza y la de los de pensamiento, sus excesos, su vida atormentada y sus faltas le habían conducido a menudo a la fe, pues la duda tiene dos lados: el lado de la luz y el de las tinieblas. Wilfredo había estrujado demasiado bien el mundo en sus dos formas, la materia y el espíritu, para no ser atacado de la sed del infinito, por el deseo de ir más allá, que se apodera de casi todos los seres que saben, pueden y quieren. Pero ni su ciencia, ni sus acciones, ni su querer tenían dirección. Había huido la vida social por necesidad, al igual que el gran culpable busca el claustro. El remordimiento, esa virtud de los débiles, no le alcanzaba. El remordimiento es una impotencia, repetiría su falta. Sólo el arrepentimiento es una fuerza que lo zanja todo. Mas, al recorrer el mundo, del que se había hecho un claustro, Wilfredo no había hallado en parte alguna bálsamos para sus heridas; en ninguna parte había encontrado naturaleza a la que pudiera prenderse. En él, la desesperación había secado las fuentes del deseo. Era de esos espíritus que, habiendo andado en danza con las pasiones, sintiéndose más fuertes que ellas, no tienen ya nada más que exprimirlas; que, faltos de la ocasión de ponerse a la cabeza de algunos de sus iguales para hollar bajo los cascos de sus monturas poblaciones enteras, comprarían al precio de un horrible martirio la facultad de arruinarse en una creencia: especie de rocas sublimes esperando un toque de varita mágica que no llega, y que podría hacer brotar manantiales lejanos. Lanzado por un designio de su vida inquieta e indagadora a los caminos de Noruega, el invierno le había sorprendido en Jarvis. El día en que, por vez primera, vio a Serafita, aquel encuentro le hizo olvidar el pasado de su vida. La joven le produjo esas sensaciones extremas que no creía ya pudieran reanimarse. Las cenizas dejaron escapar una última llama, y se dispersaron al primer soplo de aquella voz. ¿Quién no se ha sentido nunca tomar joven y puro tras haberse enfriado en la vejez y ensuciado en la impureza? De pronto, Wilfredo amó como jamás lo hiciera; amó secretamente, con fe, con terror, con enajenados frenesís íntimos. Su vida estaba agitada en su raíz misma, ante la sola idea de ver a Serafita. Al oírla, se trasladaba a mundos desconocidos; estaba mudo ante ella; ella le fascinaba. Allí, bajo las nieves,

entre los hielos, había crecido en su tallo esa flor celeste a la que aspiraban sus deseos hasta entonces defraudados, y cuya vista despertaba las ideas lozanas, las esperanzas, los sentimientos que se agrupan en nuestro derredor, para transportarnos a regiones superiores, como los ángeles arrebatan al cielo a los elegidos, en esos cuadros simbólicos dictados a los pintores por algún genio familiar. Un celeste perfume reblandecía el granito de esta roca, y una luz dotada de palabra le vertía las melodías divinas que acompañan en su camino al viajero al cielo. Tras haber apurado la copa del amor terrestre, que sus dientes habían destrozado, descubría el vaso de elección en el que brillaban límpidas ondas, y que da sed de inmarcesibles delicias a quien aproxima a él labios lo bastante ardientes de fe como para no hacer estallar el cristal. Había topado con ese muro de bronce a franquear, que buscaba en la tierra. Iba impetuosamente a ver a Serafita, con el deseo de expresarla el alcance de una pasión bajo la cual piafaba él como el caballo de la fábula bajo aquel caballero de bronce al que nada conmueve y que permanece erguido, y al que los esfuerzos del fogoso animal hacen cada vez más pesado y opresor. Llegaba para contar su vida, para describir la grandeza de su alma por la de sus culpas, para mostrar las ruinas de sus desiertos; pero en cuanto franqueaba el recinto y se hallaba en la inmensa zona abarcada por aquellos ojos cuyo centelleante azur no hallaba límites ante su mirada y no los ofrecía tampoco tras sí, se tornaba manso y sumiso como el león que, lanzado sobre su presa en una llanura de África, recibe en alas del viento un mensaje de amor, y se detiene. Se abría un abismo en el que caían las palabras de su delirio, y de donde se elevaba una voz que le cambiaba: era niño, mozalbete de dieciséis años, tímido y temeroso ante la doncella de frente serena, ante aquella blanca figura cuya inalterable calma se asemejaba a la cruel impassibilidad de la justicia humana. Y el combate no había cesado nunca excepto durante aquella velada en que una mirada de ella le había abatido, como un milano que tras haber descrito sus vertiginosas espirales en torno a la presa, la hace caer pasmada antes de arrastrarla al aire. Hay en nosotros mismos largas luchas cuyo término se encuentra en una de nuestras acciones, y que forman como un reverso a la humanidad. Este reverso es de Dios, y el anverso de los hombres. Más de una vez se había complacido Serafita en probar a Wilfredo que ella conocía ese reverso tan variado, que compone una segunda vida a la mayoría de los humanos. A menudo le había dicho con su voz de tórtola: «¿Por qué toda esa cólera?», cuando Wilfredo se prometía en camino el raptarla para hacerla una cosa suya. Sólo Wilfredo era bastante fuerte para lanzar el grito de rebeldía que acababa de pronunciar en casa del señor Becker, y que el relato del viejo había calmado. Aquel hombre tan burlador, tan insultador, veía apuntar al fin la claridad de una creencia sideral en su noche; se preguntaba si Serafita no sería una exilada de las esferas superiores en camino a la patria. No concedía a este lirio de Noruega las deificaciones de que abusan los amantes de todos los países, sino que creía. ¿Por qué permanecía ella en el fondo de aquel fiordo? ¿Qué era lo que hacía? Los interrogantes sin respuesta abundaban en su espíritu. ¿Qué sucedería sobre todo entre ellos? ¿Qué sino

le había llevado allí? Para él, Serafita era ese mármol inmóvil, pero ligero como una sombra, que Minna acababa de ver posándose en el borde del precipicio: Serafita permanecía así ante todos los precipicios sin que nada pudiera alcanzarla, sin que el arco de sus cejas se torciera, sin que vacilara la luz de sus pupilas. Era, pues, un amor sin esperanza, mas no sin curiosidad. Desde el momento en que Wilfredo receló la naturaleza etérea en la maga que le había dicho el secreto de su vida en pensamientos armoniosos, quiso intentar someterla, conservarla, arrebatarla al cielo donde acaso era esperada. La humanidad, la tierra, recuperaban su presa, él las representaría. Su orgullo, único sentimiento por el cual puede ser exaltado mucho tiempo el hombre, le haría feliz por su triunfo para el resto de la vida. A esta idea, su sangre hirvió en sus venas y su corazón se henchió. Si no lo lograba, la destrozaría. ¡Es tan natural destruir lo que no se puede poseer, negar lo que no se comprende, insultar lo que se envidia!

El día siguiente, Wilfredo, preocupado por las ideas que debían hacer nacer el extraordinario espectáculo del que había sido testigo la víspera, quiso interrogar a David con el pretexto de pedirle noticias sobre Serafita. Aunque el señor Becker creyese vuelto a la infancia al pobre hombre, el forastero fió en su perspicacia para descubrir las parcelas de verdad que revolvería el criado en el torrente de sus divagaciones.

David tenía la inmóvil e indecisa fisonomía del octogenario: bajo sus blancos cabellos se veía una frente donde las arrugas formaban tongadas arruinadas y su rostro estaba socavado como el seco lecho de un torrente. Su vida parecía haberse refugiado por entero en los ojos, donde brillaba un destello; mas aquel resplandor estaba como cubierto de nubes y contenía tanto la ofuscación activa como la estúpida fijeza de la embriaguez. Sus movimientos pesados y lentos anunciaban los hielos de la edad y los comunicaban a quien se entregaba a una prolongada contemplación, pues poseía la fuerza del torpor. Su limitada inteligencia no se despertaba sino al sonido de la voz, a la vista, al recuerdo de su ama. Ella era el alma de este fragmento por entero material. Al ver a David solo, se le habría tomado por un cadáver. Mas en cuanto se mostraba Serafita, o hablaba, o se trataba de ella, el muerto salía de su tumba, recuperaba el movimiento y la palabra. Jamás los descarnados huesos que el soplo divino debe reanimar en el valle de Josafat, jamás esta imagen apocalíptica fue mejor plasmada que por este Lázaro sin cesar vuelto del sepulcro a la vida por la voz de la joven. Su lenguaje constantemente figurado, con frecuencia incomprensible, impedía a los habitantes hablarle; pero ellos respetaban en él aquel espíritu tan profundamente desviado de la senda vulgar, que el pueblo admira instintivamente.

Wilfredo le encontró en la primera sala, aparentemente dormido cerca de la estufa. Como el perro que reconoce a los amigos de la casa, el anciano alzó los ojos, vio al forastero, y no se movió.

—Bueno, ¿dónde está ella? —preguntó Wilfredo al viejo, sentándose a su lado.

David agitó sus dedos en el aire, como para describir el vuelo de un ave.

—¿No sufre ya más?

—Sólo las criaturas prometidas al cielo saben sufrir, sin que el sufrimiento disminuya su amor, tal es la señal de la verdadera fe —respondió gravemente el viejo, al igual que un instrumento ensayado da una nota al azar.

—¿Quién os ha dicho esas palabras?

—El Espíritu.

—¿Qué es lo que le sucedió ayer noche? ¿Lograsteis por fin forzar la guardia de los cancerberos de centinela? ¿Os deslizasteis a través de los Mammones?

—Sí —respondió David, despertando como de un sueño.

El confuso vapor de sus ojos se fundió bajo un fulgor proveniente del alma y que los tornó gradualmente brillantes como los de un águila, inteligentes como los de un poeta.

—¿Qué es lo que habéis visto? —le preguntó Wilfredo, asombrado por aquel súbito cambio.

—¡He visto las Especies y las Formas, he oído el Espíritu de las cosas, he visto la revuelta de los Malignos, he escuchado la palabra de los Buenos! Han venido siete demonios y han descendido siete arcángeles. Los arcángeles estaban lejos, y contemplaban velados. Los demonios están cerca, y brillaban y actuaban. Mammon ha venido sobre su nacarada caracola, bajo la forma de una bella mujer desnuda; la nieve de su cuerpo deslumbraba; jamás las formas humanas serán tan perfectas, y decía: «¡Soy el Placer, y tú me poseerás!». Lucifer, el príncipe de las serpientes, ha venido con su atuendo de soberano; el hombre era en él bello como un ángel, y ha dicho: «¡La humanidad te servirá!». La reina de las avaras, la que no devuelve nada de lo que ha recibido, el Mar, ha venido envuelta en su manto verde; ha abierto su seno, ha mostrado su aderezo de piedras preciosas, ha vomitado sus tesoros, y los ha ofrecido; ha hecho llegar olas de zafiros y esmeraldas; sus producciones se han conmovido, han salido de sus retiros, han hablado; la más bella de las perlas ha desplegado sus alas de mariposa, ha irradiado, ha hecho oír sus músicas marinas, y ha dicho: «Ambas hijas del sufrimiento, somos hermanas; ¡espérame!, partiremos juntas, no me resta sino convertirme en mujer». El ave que tiene las alas del águila y las patas del león, una cabeza de mujer y la grupa de un caballo, la Bestia se ha postrado, le ha lamido los pies, prometiendo setecientos años de abundancia a su hija bienamada. El más temible, el Niño, ha llegado hasta sus rodillas llorando y diciéndole: «¿Me abandonarás a mí, débil y doliente?; ¡quédate, madre!». Jugaba con los demás, expandía la pereza en el aire, y el cielo se habría abandonado a su queja. La Virgen del canto puro ha hecho oír sus conciertos que relajan el alma. Los reyes de Oriente han venido con sus esclavos, sus ejércitos y sus mujeres; los Heridos han pedido su auxilio, y los Desgraciados han tendido la mano: «¡No nos abandones! ¡No nos abandones!». Yo mismo he gritado: «¡No nos abandones! ¡Os adoraremos, quedaos!». Las flores han brotado de sus semillas, rodeándola de sus perfumes que decían: «¡Quedaos!». El gigante Enakim ha salido de

Júpiter, trayendo al Oro y sus amigos, y a los Espíritus de las tierras astrales que se habían unido a él, y todos han dicho: «Seremos tuyos por setecientos años». En fin, la Muerte ha descendido de su macilento caballo y ha dicho: «¡Te obedeceré!». Todos se han postrado a sus pies, y si los hubierais visto... llenaban la gran llanura, y todos la imploraban: «¡Te hemos alimentado, eres nuestra criatura, no nos abandones!». La Vida ha salido de sus rojas aguas, y ha dicho: «¡Yo no te abandonaré!». Luego, hallando a Serafita silenciosa, ha relucido como el Sol, exclamando: «¡Yo soy la luz!». «¡La luz está ahí!», ha exclamado a su vez Serafita, señalando las nubes en las que se agitaban los arcángeles; pero ella estaba fatigada, el Deseo le había destrozado los nervios, y no podía decir más que «¡Oh, Dios mío!». ¡Cuántos espíritus angélicos, al realizar el esfuerzo para escalar la montaña, y a punto de alcanzar la cima, han hallado a sus pies un terreno cascajoso que los ha hecho rodar y vuelto a sumir en el abismo! Todos esos espíritus caídos, frustrados en sus esperanzas, admiraban su constancia; se encontraban allí, formando un coro inmóvil, y todos la decían llorando: «¡Valor!». En fin, ella ha vencido el deseo desencadenado sobre sí bajo todas las formas y en todas las especies. Ha permanecido en oración, y, cuando ha alzado los ojos, ha visto el pie de los ángeles volviendo a volar a los cielos.

—¿Ha visto el pie de los ángeles? —repitió Wilfredo.

—Sí —respondió el viejo.

—¿Es ese un sueño que ella os ha contado? —insistió Wilfredo.

—Un sueño tan serio como el de vuestra vida —afirmó convencido David—. Yo estaba presente.

La calma del viejo criado impresionó a Wilfredo, quien se marchó de allí preguntándose si aquellas visiones eran menos extraordinarias que las expuestas en la obra de Swedenborg, que leyera la víspera.

—Si los espíritus existen, deben actuar —se decía entrando en la casa rectoral, donde halló solo al señor Becker—. Estimado pastor —le dijo—, Serafita no se conserva entre nosotros sino por la forma, y su forma es impenetrable. No me tratéis ni de loco ni de enamorado: una convicción no se discute en absoluto. Convertid mi creencia en conjeturas científicas e intentemos esclarecerlas. Mañana, iremos los dos a su casa.

—¿Y...? —dijo el señor Becker.

—Y si su mirada ignora el espacio —prosiguió Wilfredo—, si su pensamiento es una visión inteligente que le permite abarcar las cosas en su esencia, y de enlazarlas a la evolución general de los mundos; si, en una palabra, lo sabe y lo ve todo, instalemos a la pitonisa sobre su trípode y obliguemos a esa águila implacable a desplegar sus alas, amenazándola... ¡Ayudadme! Respiro un fuego que me devora, y quiero extinguirlo o dejarme consumir. En fin, he descubierto una presa, y la quiero.

—Esa sería —dijo el ministro— una conquista bastante difícil, pues esa pobre muchacha está...

—¿Está...? —replicó Wilfredo.

—Loca —dijo el pastor.

—No os discuto su locura, ni me discutáis su superioridad. Estimado señor Becker, ella me ha confundido a veces por su erudición. ¿Ha viajado?

—De su casa al fiordo.

—¿Que no ha salido de aquí? —exclamó Wilfredo, con el mayor asombro—. ¿Entonces habrá leído mucho?

—Ni una hoja de periódico, nada, ni siquiera una jota. El único que tiene libros en Jarvis soy yo. Las obras de Swedenborg, las únicas existentes en la aldea, helas aquí. Ella jamás se ha llevado una.

—¿Habéis intentado alguna vez hablar con ella?

—¿Y para qué?

—¿No ha vivido nadie bajo su techo?

—No ha tenido otras amistades que vos y Minna, ni más criado que David.

—¿No ha oído hablar ella nunca de ciencias, ni de artes?

—¿Por qué? —dijo el pastor.

—Si ella diserta pertinentemente de esas cosas, como hace frecuentemente conmigo, ¿qué es, pues, lo que vos pensaríais?

—Puede ser que esta muchacha haya conquistado, durante algunos años de silencio, las facultades de que gozaban Apolonio de Tiana y muchos pretendidos hechiceros que la Inquisición ha quemado, no queriendo admitir la segunda vista.

—Si ella habla árabe, ¿qué pensaréis?

—La historia de las ciencias médicas constata varios ejemplos de muchachas que han hablado lenguas desconocidas por ellas.

—¿Qué hacer? —dijo Wilfredo—. Ella sabe del pasado de mi vida cosas cuyo secreto era sólo mío.

—Veremos si ella me dice los pensamientos que yo no he confiado a nadie —dijo el señor Becker.

Entró Minna.

—¿Qué hay, hija mía, qué tal está tu demonio?

—Sufre, padre mío —respondió ella, saludando a Wilfredo—. Las pasiones humanas, revestidas de sus falsas galas y riquezas, la han rodeado durante la noche, desplegándola a la vista inauditas pompas. Pero vos tratáis estas cosas como cuentos.

—Cuentos tan bellos para quien los lee en su cerebro, como lo son para el ser vulgar los de las *Mil y una noches* —dijo sonriendo el pastor.

—¿No ha transportado acaso Satán al Salvador —replicó ella— a lo alto del templo, mostrándole las naciones a sus pies?

—Los evangelistas —manifestó el pastor— no han corregido tan bien los relatos, existiendo varias versiones.

—¿Creéis en la realidad de esas visiones? —preguntó Wilfredo a Minna.

—¿Quién puede dudar cuando él las cuenta?

—¿Él? —preguntó Wilfredo—. ¿Quién?

—El que está ahí —respondió Minna, señalando al castillo.

—¡Habláis de Serafita! —dijo sorprendido el forastero.

La joven bajó la cabeza, lanzándole una mirada de suave malicia.

—Y también vos —prosiguió Wilfredo— os placéis en confundir mis ideas.

¿Quién es? ¿Qué pensáis de ella?

—Lo que siento es inexplicable —respondió Minna, ruborizándose.

—¡Estáis todos locos! —exclamó el pastor.

—¡Hasta mañana! —dijo Wilfredo.

IV

LAS NUBES DEL SANTUARIO

Hay espectáculos en los cuales cooperan todas las magnificencias materiales de que dispone el hombre. Naciones de esclavos y de miserables han ido a buscar en las arenas de los mares y en las entrañas de las rocas esas perlas y diamantes que ornaban a los espectadores. Transmitidos de herencia en herencia, esos esplendores han brillado en todas las testas coronadas, y compondrían la más fiel de las historias humanas si tomasen la palabra. ¿No conocen acaso los dolores y las alegrías tanto de los grandes como de los pequeños? Han sido llevadas por doquier: con orgullo en las fiestas, con desesperación al usurero, arrebatadas entre la sangre y el pillaje, trasladadas a las obras maestras creadas por el arte para conservarlas. Excepto la perla de Cleopatra, ninguna de ellas se ha perdido. Los grandes, los felices, se encuentran reunidos allí y ven coronar a un rey cuyo atavío es producto de la industria de los hombres, pero que en su gloria está vestido de una púrpura menos perfecta que la de una simple flor campestre. Esas fiestas espléndidas de luces, recintos de músicas donde la palabra del hombre intenta tronar, todos esos triunfos de su mano, los pulveriza un pensamiento, un sentimiento. El espíritu puede congregarse en torno al hombre y en él, más vivas luminarias, hacerle oír más melodiosas armonías, establecer sobre las nubes brillantes constelaciones, a las que interroga: pero el corazón puede más aún... El hombre puede hallarse cara a cara con una sola criatura, y hallar en una sola palabra, en una sola mirada, un fardo tan pesado de portar, de un resplandor tan luminoso, de un sonido tan penetrante, que sucumbe y se arrodilla. Las magnificencias más reales no se encuentran en las cosas, sino en nosotros mismos. ¿No es acaso, para el sabio, un secreto científico un mundo entero de maravillas? ¿Acompañan su regodeo las trompetas de la fama, los brillantes de la riqueza, la música de la alegría, un inmenso concurso en fin de seres? No, él va a algún oscuro reducto, donde a menudo un hombre macilento y doliente le dice una sola palabra al oído. Y esta palabra, como una antorcha lanzada a un subterráneo, ilumina las ciencias. Todas las ideas humanas, revestidas de las más atractivas formas que haya inventado el misterio, rodeaban a un ciego sentado en el barro, al borde de un camino. Los tres mundos, el natural, el espiritual y el divino, con todas sus esferas, se descubrían a un pobre proscrito florentino: él caminaba acompañado por los dichosos y por los dolientes, por quienes rezaban y por los que plañían y se quejaban, por ángeles y por condenados. Cuando el ángel de Dios, que sabía y podía todo, apareció a tres de sus discípulos, fue un anochecer, en la mesa común del más pobre de los albergues; en aquel momento, estalló la luz, hizo añicos las formas materiales e iluminó las facultades espirituales; le vieron en su gloria, y la tierra no se pegaba ya a sus pies más que como una

sandalia que se desprendía.

El señor Becker, Wilfredo y Minna se sentían agitados de temor al ir a ver al ser extraordinario al que se proponían interrogar. Para cada uno de ellos, el castillo sueco aumentado comportaba un espectáculo gigantesco, semejante a aquéllos cuyas masas y colores son tan sabiamente, tan armoniosamente dispuestos por los poetas, y cuyos personajes, actores imaginarios para los hombres, son reales para quienes comienzan a penetrar en el mundo espiritual. En las gradas de este coliseo, el señor Becker asentaba a las grises legiones de la duda, sus sombrías ideas, sus viciosas fórmulas de disputa; convocaba allí a los diferentes mundos filosóficos y religiosos que se combaten, apareciendo todos bajo la forma de un sistema descarnado como el tiempo configurado por el hombre, anciano que con una mano levanta la guadaña, y con la otra arrastra un canijo universo, el universo humano. Wilfredo invitaba allí a sus primeras ilusiones y a sus últimas esperanzas, haciéndolo sede del destino humano y sus combates, de la religión y sus dominaciones victoriosas. Minna, por su parte, veía en él confusamente el cielo por una lumbrera, el amor le revelaba una cortina bordada con misteriosas imágenes, y los armoniosos sonos que llegaban a sus oídos, redoblaban su curiosidad. Para ellos, aquella velada era pues lo que la cena fue para los tres peregrinos de Emmaus, una visión para Dante, o una inspiración para Homero; para ellos, las tres formas reveladas del mundo, velos desgarrados, incertidumbres disipadas, tinieblas despejadas. La humanidad en todos sus modos y espera de la luz, no podía estar mejor representada que por aquella muchacha, aquel hombre y los dos viejos, uno de los cuales era lo bastante sabio como para dudar, y el otro lo bastante ignorante como para creer. Jamás escena alguna fue de apariencia más simple, ni más vasta en realidad.

Cuando entraron, conducidos por el viejo David, encontraron a Serafita de pie ante la mesa, sobre la cual estaban servidas las diferentes cosas de que se compone el té, colación que en el norte supe a los goces del vino, reservados a los países meridionales. Ciertamente, nada anunciaba en ella, o en él, al ser que tenía el extraño poder de aparecer bajo dos formas distintas; nada pues revelaba los diversos poderes de que disponía. Vulgarmente ocupada en el acomodo de sus invitados, Serafita ordenaba a David que pusiera más leña en la estufa.

—Buenas tardes, vecinos —dijo—. Mi estimado señor Becker, habéis hecho bien en venir, pues acaso sea la última vez que me veáis con vida. Este invierno me ha matado... Sentaos, señor —dijo a Wilfredo—. Y tú, Minna, ponte ahí —añadió señalándole un sofá al lado del joven—. Veo que has traído la tapicería hecha a mano, ¿has encontrado el punto? El dibujo es muy bonito. ¿A quién va destinada? ¿Es para tu padre o para el señor? —dijo volviéndose hacia Wilfredo—. ¿No le dejaremos antes de su partida un recuerdo de las muchachas de Noruega?

—¿Habéis pues sufrido aún ayer? —dijo Wilfredo.

—No es nada —respondió ella—. Ese sufrimiento me agrada; es necesario para salir de la vida.

—¿Así que la muerte no os espanta en absoluto? —preguntó sonriendo el señor Becker, que no la creía enferma.

—No, estimado pastor. Hay dos maneras de morir; para unos, la muerte es una victoria, para otros una derrota.

—¿Creéis vos haber vencido? —dijo Minna.

—No lo sé; acaso no se trate sino de un paso más —respondió Serafita.

El lácteo esplendor de su frente se alteró, sus ojos se velaron bajo sus párpados lentamente desplegados. Aquel simple movimiento dejó a los tres curiosos emocionados e inmóviles. El señor Becker fue el más osado al decir:

—Estimada muchacha, sois el candor mismo; mas también sois de una divina bondad; desearía de vos, esta noche, otra cosa que las golosinas que acompañan a vuestro té. De creer a ciertas personas, sabéis cosas extraordinarias; mas, siendo así, ¿no sería piadoso de vuestra parte disipar algunas de nuestras dudas?

—¡Ah! —respondió ella sonriendo—. Yo camino sobre nubes, me encuentro mejor con los precipicios del fiordo, el mar es una cabalgadura a la que he puesto un bocado, sé dónde crece la flor que canta, donde irradia la luz que habla, donde brillan y viven los colores que embalsaman; poseo el anillo de Salomón, soy un hada, doy mis órdenes al viento, quien las ejecuta como sumiso esclavo; veo los tesoros escondidos en la tierra; soy la virgen ante la cual vuelan las perlas, y...

—¿Y vamos sin peligro al Falberg? —dijo Minna, interrumpiéndola.

—¡Tú también! —respondió el singular ser, lanzando a la muchacha una luminosa mirada que la llenó de turbación—. Si no poseyera la facultad de leer a través de vuestras frentes el deseo que aquí os trae, ¿sería lo que creéis que soy? —añadió, envolviéndoles a los tres con su mirada invasora, con gran satisfacción de David, que se fue frotándose las manos—. ¡Ah! —prosiguió tras una pausa—. Habéis venido todos animados por infantil curiosidad. Os habéis preguntado, mi pobre señor Becker, si es posible a una muchacha de diecisiete años saber uno de los mil secretos que los sabios buscan con su nariz oteando la tierra, en vez de alzar sus ojos al cielo... Si os dijera cómo y por dónde se comunica la planta al animal, comenzaríais a dudar de vuestras dudas. Confesad que habéis maquinado el interrogarme...

—Sí, querida Serafita —respondió Wilfredo—. ¿Mas no es tal deseo natural a los hombres?

—¿Queréis pues aburrir a esta niña? —replicó ella, posando su mano en los cabellos de Minna, con gesto acariciador.

La muchacha alzó los ojos al cielo, pareciendo querer fundirse en él.

—La palabra es el bien de todos —prosiguió gravemente aquel misterioso ser—. ¡Ay de quien mantuviera el silencio en medio del desierto, no creyendo ser oído por nadie! Todo habla y todo escucha aquí abajo. La palabra mueve los mundos. Yo deseo, señor Becker, no decir nada en vano. Conozco las dificultades que más os ocupan; ¿no sería un milagro abarcar primeramente el pasado de vuestra conciencia?

Pues bien, el milagro va a realizarse. Escuchadme. Vos no os habéis confesado jamás vuestras dudas en toda su extensión; yo sola, inquebrantable en mi fe, puedo decíros las y espantaros de vos mismo. Vos estáis del lado más oscuro de la duda; vos no creéis en Dios, y todo aquí abajo se torna secundario para quien ataca el principio de las cosas todas. Abandonemos las discusiones ahondadas sin fruto por falsas filosofías. ¿No han hecho también no menos vanos esfuerzos las generaciones espiritualistas para negar la materia, que los asimismo intentados por las generaciones materialistas para negar el espíritu? ¿Por qué esos debates? ¿No ofrecía el hombre a uno y otro sistema pruebas irrefutables? ¿No se encuentran en él cosas materiales y cosas espirituales? Únicamente un loco puede negarse a ver un fragmento de materia en el cuerpo humano; descomponiéndolo, vuestras ciencias naturales hallan en él escasa diferencia entre sus principios y los de otros animales. La idea que produce en el hombre la comparación de diversos objetos, a nadie le parece que pertenezca al dominio de la materia. Aquí, yo no me pronuncio; se trata de vuestras dudas y no de mis certidumbres. A vos, como a la mayoría de los pensadores, no parecen deber ser materiales las relaciones que tenéis la facultad de descubrir entre las cosas cuya realidad os es atestiguada por vuestras sensaciones. El universo natural de las cosas y de los seres termina pues en el hombre por el universo sobrenatural de las similitudes o de las diferencias que percibe entre las innumerables formas de la naturaleza, relaciones tan multiplicadas, que parecen infinitas; pues si, hasta el presente, nadie ha podido enumerar las solas creaciones terrestres, ¿quién podría hacerlo con las relaciones? ¿No es la fracción que conocéis, en su suma total, como un número lo es al infinito? Aquí, caéis ya en la percepción del infinito, que, ciertamente, os hace concebir un mundo puramente espiritual. Así, el hombre presenta una prueba suficiente de esos dos modos, la materia y el espíritu. En él viene a desembocar un visible universo finito; en él comienza un universo invisible e infinito, dos mundos que no se conocen; ¿tienen los guijarros del fiordo la inteligencia de sus combinaciones, poseen la conciencia de los colores que presentan a los ojos del hombre, oyen la música de las ondas que los acarician? Franqueemos, sin sondearlo, el abismo que nos ofrece la unión de un universo material y de un universo espiritual, una creación visible, ponderable, tangible, terminada por una creación intangible, invisible, imponderable; ambas completamente desemejantes separadas por la nada, reunidas por acuerdos incontestables, agrupadas en un ser que tiene de la una y de la otra... Confundamos en un solo mundo estos dos inconciliables para vuestros filósofos y conciliados por el hecho. Por abstracta que el hombre la suponga, la relación que liga dos cosas entre sí, comporta una impresión, una marca. ¿Dónde? ¿Sobre qué? No estamos a la búsqueda de a qué punto de utilización puede llegar la materia. Si la cuestión fuese tal, no veo por qué quien ha hilvanado por relaciones físicas los astros a inconmensurables distancias, para crearse un velo, no hubiese podido crear substancias pensantes, ni por qué le prohibiríais dar cuerpo al pensamiento...

»Así pues, vuestro invisible universo moral y vuestro visible universo físico constituyen una sola y misma materia. No separaremos las propiedades y los cuerpos, ni los objetos y las relaciones. Todo cuanto existe, lo que nos comprime y aplasta por encima de nosotros, por debajo, por delante y en nosotros mismos, lo que nuestros ojos y nuestros espíritus perciben, todas esas cosas nombradas e innominadas compondrán, a fin de adaptar el problema de la Creación a la medida de vuestra lógica, un bloque de materia finita; si fuera infinito, Dios no sería ya más el dueño. Aquí, según vos, mi estimado pastor, de cualquier manera que se quiera mezclar un Dios infinito a ese bloque de materia finita, Dios no podía existir con los atributos de que está investido por el hombre; pidiéndolo a los hechos, es nulo; pidiéndolo al razonamiento, sigue siendo nulo aún; espiritual y materialmente, Dios se torna imposible. Escuchemos el verbo de la razón humana exprimido en sus últimas consecuencias.

»Poniendo a Dios frente a frente con ese gran todo, no hay entre ellos sino dos estados posibles. La materia y Dios son contemporáneos. O bien sólo Dios preexistía a la materia. Suponiendo amasada en una sola cabeza a la razón que alumbró las razas humanas desde que viven, este gigantesco cerebro no podría inventar una tercera forma de ser, a menos de suprimir materia y Dios. Que las filosofías humanas amontonen montañas de palabras y de ideas, que las religiones acumulen imágenes y creencias, revelaciones y misterios, es preciso ir a parar a ese terrible dilema y escoger entre las dos proposiciones que lo componen; mas no se puede optar: tanto la una como la otra conducen a la razón humana a la duda. Planteado así el problema, ¿qué importan el espíritu y la materia? ¿Qué importa la marcha de los mundos en uno u otro sentido, desde el momento en que el ser que los conduce está convencido de lo absurdo? ¿A qué buscar si el hombre avanza hacia el cielo o vuelve de él, si la creación se eleva hacia el espíritu o desciende hacia la materia, puesto que los mundos interrogados no dan respuesta alguna? ¿Qué significan las teogonías y sus ejércitos, qué las teologías y sus dogmas, desde el momento que sea cual fuere la elección del hombre entre las dos caras del problema, su Dios no existe ya? Recorramos la primera, supongamos a Dios contemporáneo de la materia. ¿Es ser Dios sufrir la acción o la coexistencia de una substancia ajena a la suya? En este sistema, ¿no se torna Dios en un agente secundario obligado a organizar la materia? ¿Quién le ha constreñido? ¿Quién fue el árbitro entre su grosera compañera y él? ¿Quién ha pagado, pues, el salario de los seis días imputados a ese gran artista? De encontrarse alguna fuerza determinante que no fuese ni Dios ni la materia, al ver a Dios obligado a fabricar la máquina de los mundos, sería tan ridículo llamarle Dios, como denominar ciudadano de Roma al esclavo obligado a dar vueltas a una noria. Además, se presenta una dificultad tan poco soluble para esta razón suprema como lo es para Dios. Trasladar el problema más arriba, ¿no es obrar como los indios, que colocan el mundo sobre una tortuga, y ésta sobre un elefante, y que no pueden decir sobre qué reposan las patas de su elefante? Esa voluntad suprema, surgida del

combate de la materia y de Dios, ese Dios más que Dios, ¿ha permanecido acaso durante una eternidad sin querer lo que ha querido, admitiendo que la eternidad pueda escindirse en dos tiempos? Hállese donde Dios se encuentre, ¿no parece su inteligencia intuitiva, si no ha conocido su pensamiento posterior? ¿Quién, pues, tendría razón entre esas dos eternidades? ¿Sería la eternidad increada o la creada? Si en todo tiempo ha querido el mundo tal cual es, esta nueva necesidad, por lo demás en armonía con la idea de una inteligencia soberana, implica la co-eternidad de la materia. Que la materia sea co-eterna por una voluntad divina necesariamente semejante a sí misma en todo tiempo, o que lo sea por sí misma, debiendo ser absoluta la potencia de Dios, parece con su libre arbitrio; siempre hallará en Él una razón determinante que le habría dominado. ¿Es ser Dios no poder separarse de su creación tanto en una posterior como en una anterior eternidad? ¿Es, pues, insoluble en su causa esta cara del problema? Examinémosla en sus efectos. Si Dios, forzado a haber creado el mundo para toda la eternidad, parece inexplicable, lo es asimismo en la perpetua cohesión con su obra. Dios, obligado a vivir eternamente unido a su creación, se halla tan rebajado como en su primera condición de obrero. ¿Concebís a un Dios que no puede ser más independiente que dependiente de su obra? ¿Puede destruirla sin recusarse a sí mismo? Examinad, escoged. Bien la destruya un día, o bien no la destruya nunca, tanto una como otra decisión es fatal a los atributos sin los cuales no podría existir. ¿Es el mundo un ensayo, una forma percedera cuya destrucción tendrá lugar? ¿No sería en tal caso Dios inconsecuente e impotente? Inconsecuente: ¿no debía haber visto el resultado antes de la experiencia; y por qué tarda en destrozarse lo que ha de serlo? Impotente: ¿debía crear un mundo imperfecto? Si la creación imperfecta desmiente las facultades que el hombre atribuye a Dios, volvamos entonces a la cuestión: supongamos la creación perfecta. La idea se encuentra en armonía con la de un Dios soberanamente inteligente que no ha debido equivocarse en nada; mas entonces, ¿por qué la degradación?, ¿por qué la regeneración? Puesto que el mundo perfecto es necesariamente indestructible, sus formas no deben perecer en absoluto; el mundo no avanza ni retrocede jamás, rueda en una eterna circunferencia de la que nunca saldrá. Dios, pues, será dependiente de su obra; le es así co-eterna, lo que hace volver a presentarse a una de las proposiciones que más impugnan a Dios. Imperfecto, el mundo admite una marcha, un progreso; pero, perfecto, es estacionario. Si es imposible admitir un Dios progresivo, no sabiendo por toda eternidad el resultado de creación, ¿existe Dios estacionario? ¿No supone eso el triunfo de la materia? ¿No es tal la más grande de todas las negaciones? En la primera hipótesis, Dios parece por debilidad; en la segunda, parece por la potencia de su inercia. Así, tanto en la concepción como en la ejecución de los mundos, para todo espíritu de buena fe, suponer la materia contemporánea de Dios, es querer negar a Dios. Obligados a escoger, para gobernar las naciones, entre las dos caras de este problema, generaciones enteras de pensadores han optado por ésta. De ahí el dogma de los dos principios de la magia, que de Asia

ha pasado a Europa bajo la forma de Satán combatiendo al Padre Eterno. Mas esta fórmula religiosa y las innumerables divinizaciones que de ella se derivan, ¿no son crímenes de lesa majestad divina? ¿Qué otro nombre dar a la creencia que presenta a Dios teniendo como rival una personificación del mal debatiéndose eternamente bajo los esfuerzos de su omnipotente inteligencia, sin ningún triunfo posible? Vuestra estática dice que dos fuerzas así dispuestas se anulan recíprocamente.

»¿Os volvéis hacia la segunda cara del problema? Dios preexistía solo, único.

»No reproduzcamos las argumentaciones precedentes, que vuelven con toda su fuerza en relación con la escisión de la eternidad en dos tiempos, el increado y el creado. Dejemos igualmente las cuestiones promovidas por la marcha o la inmovilidad de los mundos; contentémonos con las dificultades inherentes a este segundo tema. Si Dios preexistía solo, el mundo ha emanado de Él, y en tal caso la materia ha emanado de Su esencia. Así pues, ¡no más materia! Todas las formas son velos bajo los cuales se oculta el espíritu divino. ¡Pero entonces el mundo es eterno, pero entonces el mundo es Dios! ¿No es esta proposición todavía más fatal que la precedente a los atributos otorgados a Dios por la razón humana? Salida del seno de Dios, siempre unida a Él, ¿es explicable el estado actual de la materia? ¿Cómo creer que el Todopoderoso, soberanamente bueno en su esencia y en sus facultades, haya engendrado cosas que le son desemejantes, que no sea en todo y por todo semejante a Sí mismo? ¿Se hallaban, pues, en El partes malas de las cuales se ha desembarazado un buen día? Conjetura menos ofensiva o ridícula que terrible, en cuanto contiene en sí esos dos principios que la tesis anterior prueba ser inadmisibles. Dios debe ser UNO, no puede escindirse sin renunciar a la más importante de sus condiciones. ¿Es, pues, imposible admitir una fracción de Dios que no sea Dios? Esta hipótesis pareció talmente criminal a la Iglesia romana, que ha hecho un artículo de fe de la omnipresencia en las menores partículas de la Eucaristía. ¿Cómo, pues, suponer una inteligencia omnipotente que no triunfe? ¿Cómo asociarla, sin un triunfo inmediato, a la naturaleza? Y esta naturaleza busca, combina, rehace, muere y renace; ella se agita aún más cuando crea que cuando todo es fusión; ella sufre, gime, ignora, degenera, hace el mal, yerra, se anula, desaparece, vuelve a comenzar. ¿Cómo justificar el desconocimiento casi general del principio divino? ¿Por qué la muerte? ¿Por qué el genio del mal, ese rey de la tierra, ha sido creado por un Dios soberanamente bueno en su esencia y en sus facultades, quien no ha debido producir nada sino conforme a Sí mismo? Mas, si de esta implacable consecuencia, que nos conduce de buenas a primeras al absurdo, pasamos a los detalles, ¿qué fin podemos asignar al mundo? Si todo es Dios, todo es recíprocamente efecto y causa; o, más bien, no existe ni causa ni efecto: todo es UNO, como Dios, y no se percibe ni punto de partida ni punto de llegada. ¿Sería el fin real una rotación de la materia que va sutilizándose? En cualquier sentido que se produzca, ¿no sería un juego de niños el mecanismo de esa materia emanada de Dios, y volviendo a Él? ¿Por qué había de hacerse grosera? ¿Bajo qué forma es Dios más Dios? ¿Quién tiene razón, la materia o el espíritu,

cuando ninguno de los dos modos podría estar errado? ¿Quién puede reconocer a Dios en esa industria eterna en la cual se repartiría El mismo en dos naturalezas, de las cuales una no sabe nada, y la otra lo sabe todo? ¿Concebís a Dios divirtiéndose de Sí mismo bajo forma humana, burlándose de sus propios esfuerzos, muriendo el viernes para renacer el domingo, y continuando esa broma por los siglos de los siglos, sabiendo por toda la eternidad el fin?, ¿no diciéndose nada a Sí mismo, criatura, de lo que hace Él, Creador? El Dios de la precedente hipótesis, ese Dios tan nulo por la potencia de su inercia, parece más posible, si preciso fuera escoger en lo imposible, que ese Dios tan estúpidamente burlón, que se fusila a Sí mismo cuando se hallan en presencia dos partes de la humanidad, con las armas en la mano. Por cómica que sea esta suprema expresión de la segunda cara del problema, fue adoptada por la mitad del género humano en las naciones que se han creado alegres mitologías. Esas amorosas naciones eran consecuentes; en ellas, todo era Dios, desde el miedo y sus cobardías, hasta el crimen y sus bacanales. Al aceptar el panteísmo, la religión de algunos grandes genios humanos, ¿quién sabe de qué lado se encuentra entonces la razón? ¿Se halla en el salvaje libre en el desierto, vestido en su desnudez, sublime y siempre justo en sus actos, sean los que fueren, escuchando al sol y hablando con el mar? ¿Está en el hombre civilizado que no debe sus mayores goces sino a mentiras, que tuerce y estruja la naturaleza para ponerse un fusil al hombro, que ha utilizado su inteligencia para adelantar la hora de su muerte y para crearse enfermedades en todos los placeres? Cuando el agente de la peste o la plaga de la guerra, cuando el genio de los desiertos ha pasado por un rincón del globo borrándolo todo, ¿quién ha dado cuenta del salvaje de Nubia o del patricio de Tebas? Vuestras dudas descienden de arriba abajo. Lo abarcan todo, el fin como los medios. Si el mundo físico parece inexplicable, el mundo moral demuestra aún más contra Dios. ¿Dónde se encuentra, pues, el progreso? Si todo va perfeccionándose, ¿por qué morimos nosotros? ¿Por qué cuando menos no se perpetúan las naciones? ¿Es estacionario el mundo salido de Dios, contenido en Dios? ¿Vivimos una vez? ¿Vivimos siempre? ¡Si vivimos una vez, acuciados por la marcha del Gran Todo, cuyo conocimiento no nos ha sido dado, obremos a nuestra guisa! ¡Si somos eternos, dejemos hacer! ¿Puede ser culpable la criatura de existir en el momento de las transiciones? Si peca en la hora de una gran transformación, ¿será castigada tras haber sido la víctima? ¿Qué deviene la bondad divina, no poniéndonos inmediatamente en las regiones felices, si es que existe? ¿En qué se convierte la presciencia de Dios, si El ignora el resultado de las pruebas a las que nos somete? ¿Qué es esa alternativa presentada al hombre por todas las religiones, de ir a hervirse en un caldero eterno, o de pasarse con blanca vestidura, una palma en la mano y la cabeza ceñida por una aureola? ¿Cabe que esta invención pagana sea la última palabra de un Dios? ¿Qué espíritu generoso no halla por lo demás indigno del hombre y de Dios la virtud por cálculo, que supone una eternidad de placeres ofrecida por todas las religiones, a quien cumple, durante algunas horas de existencia, ciertas extravagantes condiciones, a menudo contra-natura? ¿No resulta

ridículo dotar de impetuosos sentidos al hombre y prohibirle su satisfacción? Además, ¿a qué esas flacas objeciones, cuando el bien y el mal se hallan igualmente anulados? ¿Existe el mal? Si la substancia en todas sus formas es Dios, entonces el mal es Dios. Habiéndole sido dada al hombre para su empleo la facultad de razonar, así como la de sentir, nada es más perdonable que tratar de buscar un sentido a los dolores humanos, e interrogar el futuro; si esos razonamientos directos y rigurosos inducen a concluir así, ¡qué confusión! Este mundo no tendría, pues, fijeza alguna: nada avanza y nada se detiene, todo cambia y nada se destruye, todo retorna después de haberse reparado; pues, si vuestro espíritu no os demuestra rigurosamente un fin, resulta igualmente imposible demostrar el aniquilamiento de la menor partícula de materia: ella puede transformarse, mas no aniquilarse. Si la fuerza ciega otorga una sentencia favorable al ateo, la fuerza inteligente es inexplicable; pues, emanada de Dios, ¿debe hallar obstáculos?, ¿no ha de ser inmediato su triunfo? ¿Dónde está Dios? Si los vivos no lo perciben, ¿lo hallarán los muertos? ¡Derrumbaos, idolatrías y religiones! ¡Caed, claves demasiado débiles de todas las bóvedas sociales que no habéis retrasado ni el desmoronamiento, ni la muerte, ni el olvido de todas las naciones pasadas, por sólidamente que fueran fundadas! ¡Caed, morales y justicias! ¡Nuestros crímenes son puramente relativos, son efectos divinos cuyas causas no nos son conocidas! Todo es Dios. ¡O nosotros somos Dios, o Dios no existe! Hijo de un siglo del que cada año ha puesto sobre tu frente el hielo de las incredulidades, ¡he aquí, viejo, el resumen de tus ciencias y de tus largas reflexiones! Estimado señor Becker, vos habéis posado la cabeza sobre la almohada de la duda, hallando en ella la más cómoda de todas las soluciones, obrando así como la mayoría del género humano, que se dice: “No pensemos más en este problema, desde el momento que Dios no nos ha concedido la gracia de poseer una demostración algebraica para resolverlo, mientras que nos ha otorgado tanto para ir seguramente de la tierra a los astros”. ¿No son esos vuestros íntimos pensamientos? ¿Los he eludido? ¿No los he, por el contrario, netamente acusado? Bien sea el dogma de los dos principios, antagonismo en el que Dios perece por el hecho mismo que, siendo Todopoderoso, se divierte combatiendo, o bien sea el absurdo panteísmo, en el que, al par de ser Dios, Dios no existe, esas dos fuentes, de las que manan las religiones a cuyo triunfo se ha empleado la tierra, son igualmente perniciosas. He aquí, pues, lanzada entre nosotros el hacha de doble filo con la que cortáis la cabeza a ese albo anciano entronizado por vosotros sobre pintadas nubes. Y ahora, ¡a mí el hacha!

El señor Becker y Wilfredo miraron a la muchacha con una especie de espanto.

—Crear —prosiguió Serafita con su voz de mujer, pues el hombre acababa de hablar—, creer es un don. Creer es sentir. Para creer en Dios, hay que sentir a Dios. Este sentido es una propiedad lentamente adquirida por el ser, como se adquieren los asombrosos poderes que admiráis en los grandes hombres, en los guerreros, los artistas y los sabios, en aquellos que saben, en quienes producen, en los que actúan. El pensamiento, haz de las relaciones que percibís entre las cosas, es una lengua

intelectual que se aprende, ¿no es así? La creencia, haz de las verdades celestes, es igualmente una lengua, pero tan superior al pensamiento, como éste lo es al instinto. Esta lengua se aprende. El creyente responde por un solo grito, por un solo gesto; la fe le pone en las manos una llameante espada con la cual corta y lo ilumina todo. El vidente no vuelve a descender del cielo, lo contempla y se calla. Es una criatura que cree y ve, que sabe y puede, que ama, ora y espera. Resignada, aspirando al reino de la luz, no tiene ni el desdén del creyente, ni el silencio del vidente; ella escucha y responde. Para ella, la duda de los siglos tenebrosos no es un arma mortífera, sino un hilo conductor; acepta el combate bajo todas las formas; acomoda su lengua a todas las lenguas; no se arrebatada, compadece; no condena ni mata a nadie, salva y consuela; no tiene la acerbidad del agresor, sino la dulzura y la tenuidad de la luz que penetra, calienta e ilumina todo. A sus ojos, la duda no es una impiedad, ni una blasfemia, ni un crimen, sino una transición de donde el hombre vuelve sobre sus pasos a las tinieblas de las que avanza hacia la luz. Así pues, estimado pastor, razonemos. Vos no creéis en Dios. ¿Por qué? Dios, según vos, es incomprendible, inexplicable. De acuerdo. Yo no os diré que comprender a Dios por entero sería ser Dios; no os diré que negáis lo que os parece inexplicable, a fin de darme el derecho de afirmar lo que me parece creíble. Para vos es un hecho evidente que se encuentra en vos mismo. En vos, la materia desemboca en la inteligencia; ¿y pensáis que la inteligencia humana desembocaría en las tinieblas, en la duda, en la nada? Si Dios os parece incomprendible, inexplicable, confesad cuando menos que veis, en toda cosa puramente física, un consecuente y sublime operario. ¿Por qué su lógica se detendría en el hombre, su creación más perfecta? Si esta cuestión no es convincente, cuando menos exige algunas meditaciones. Si negáis a Dios, felizmente, a fin de establecer vuestras dudas, reconocéis hechos de doble filo que matan tan bien vuestros razonamientos, como éstos matan a Dios. Hemos admitido igualmente que la materia y el espíritu eran dos creaciones que no se comprendían en absoluto mutuamente, que el mundo espiritual se componía de relaciones infinitas a las cuales daba lugar el mundo material finito; que, si nada sobre la tierra había podido identificarse por la potencia de su espíritu con el conjunto de las creaciones terrestres, con mayor razón nada se podía elevar al conocimiento de las relaciones que el espíritu percibe entre esas creaciones. Así, podríamos zanjar de golpe la cuestión, negándoos la facultad de comprender a Dios, al igual que vos negáis a los guijarros del fiordo la facultad de contarse y de verse. ¿Sabéis vos acaso si no se niegan al hombre, aun cuando éste los coja para edificar con ellos su casa? Es un hecho que os aplasta, el infinito; si lo sentís en vos, ¿cómo no admitís las consecuencias? ¿Puede tener lo finito un cabal conocimiento del infinito? Si no podéis abarcar las relaciones, que según vos mismo confesáis, son infinitas, ¿cómo abarcaríais el lejano fin en el que se resumen? Siendo infinito el orden, cuya revelación es una de vuestras necesidades, ¿la comprenderá vuestra limitada razón? Y no preguntéis por qué el hombre no comprende en absoluto lo que puede percibir, ya que igualmente percibe lo que no comprende. Si os

demuestro que vuestro espíritu ignora todo lo que se encuentra a su alcance, ¿me concederéis que le sea imposible concebir lo que está más allá? ¿No tendría yo entonces razón en deciros: «Uno de los términos bajo los cuales Dios parece en el tribunal de vuestra razón debe ser verdadero, mas el otro es falso; existiendo la creación, sentís la necesidad de un fin? ¿y no debe ser bello este fin?». Ahora bien, si la materia acaba en el hombre por la inteligencia, ¿por qué no os contentaríais con saber que el fin de la inteligencia humana es la luz de las esferas superiores a las cuales está reservada la intuición de ese Dios que os parece ser un problema insoluble? Las especies que se hallan por debajo de vos, no tienen la inteligencia de los mundos, y vos la tenéis; ¿por qué no habrían de hallarse por encima de vos especies más inteligentes que la vuestra? Antes de emplear su fuerza en medir a Dios, ¿no debería el hombre estar más instruido de lo que está sobre sí mismo? Antes de amenazar a las estrellas que le alumbran, antes de atacar a las elevadas certezas, ¿no debería establecer certidumbres que le atañen? Pero, a las negaciones de la duda, yo debo responder por negaciones. Así ahora, yo os pregunto si existe aquí abajo alguna cosa bastante evidente por sí misma a la cual pueda yo prestar fe... Dentro de un momento, voy a demostraros que vos creéis firmemente en cosas que actúan y no son seres, que engendran el pensamiento y no son espíritus, en abstracciones vivientes que el entendimiento no capta bajo forma alguna, que no se hallan en ninguna parte, pero que vos encontráis por doquier; que no tienen nombre posible, pero que vos habéis denominado; que, semejantes al Dios de carne que os figuráis, perecen bajo lo inexplicable, lo incomprensible y lo absurdo. Y os preguntaré cómo, adoptando esas cosas, os reserváis vuestras dudas para Dios. Creéis en el número, base sobre la que asentáis el edificio de las ciencias que llamáis exactas. Sin el número, ya no hay matemáticas. Pues bien, ¿qué ser misterioso, al que se hubiera otorgado la facultad de vivir siempre, podría acabar de pronunciar, y en qué lenguaje bastante rápido diría el número que contendría los números infinitos cuya existencia os es demostrada por vuestro pensamiento? Preguntadle al más grande de los genios humanos, y aunque estuviera sentado mil años ante una mesa y con la cabeza entre las manos, ¿qué os respondería? Vos no sabéis ni dónde el número comienza ni dónde se detiene, ni cuándo acabará. Aquí, lo denomináis tiempo; allá, espacio; nada existe sino por él; sin él, todo sería una sola y misma substancia, pues únicamente él diferencia y califica. El número es para vuestro espíritu, lo que es a la materia: un agente incomprensible. ¿Haréis de él un dios? ¿Es un ser? ¿Es un soplo emanado de Dios para organizar el universo material, donde nada obtiene su forma más que por la divisibilidad, que es un efecto del número? ¿No se distinguen las más pequeñas como las más inmensas creaciones por sus cantidades, por sus dimensiones, por sus fuerzas, todos ellos atributos creados por el número? El infinito de los números es un hecho probado por vuestro espíritu, del que materialmente ninguna prueba puede darse. El matemático os dirá que el infinito de los números existe y no se demuestra. Dios, estimado pastor, es un número dotado de movimiento, que se siente y no se

demuestra, os dirá el creyente. Como la unidad, El comienza números con los cuales no tiene nada de común. La existencia del número depende de la unidad, que, sin ser un número, los engendra a todos. Dios, estimado pastor, es una unidad magnífica que no tiene nada de común con sus creaciones, y que sin embargo las engendra. Convenid, pues, conmigo en que ignoráis tanto dónde comienza como acaba el número, y que por ende ignoráis dónde comienza y acaba la eternidad creada... ¿Por qué, si creéis en el número, negáis a Dios? ¿No está situada la creación entre el infinito de las substancias inorgánicas y el infinito de las esferas divinas, como la unidad se encuentra entre el infinito de las fracciones que denomináis desde hace poco decimales, y el infinito de los números que denomináis enteros? Vosotros solos en la tierra comprendéis el número, ese primer peldaño del peristilo que conduce a Dios, y ya vuestra razón da un traspies... ¡Vaya...! ¿es que no podéis siquiera medir la primera abstracción que Dios os ha sometido, ni captarla, y queréis someter a vuestra medida los fines de Dios? ¿Qué sería, pues, si os viese sumidos en los abismos del movimiento, esa fuerza que organiza el número? Así, cuando os dijese que el universo no es más que número y movimiento, ya veis que hablaríamos un lenguaje diferente. Yo comprendo el uno y el otro, y vos no. ¿Qué sería si añadiese que el movimiento y el número están engendrados por la palabra? De este vocablo, la razón suprema de los videntes y profetas que antaño oyeron ese soplo de Dios, bajo el que cayó San Pablo, vosotros os burláis, vosotros los hombres de quienes sin embargo todas las obras visibles, las sociedades, los monumentos, los actos y las pasiones, proceden de vuestra débil palabra, y que, sin el lenguaje, os pareceríais a esa especie tan vecina del negro, al bosquimano. Creéis firmemente en el número y en el movimiento, fuerza y resultado inexplicables, incomprensibles, a cuya existencia yo puedo aplicar el dilema que os dispensaba poco ha de creer en Dios. Vos, tan poderoso razonador, ¿no me dispensaríais el demostraros que el infinito debe ser por doquier semejante a sí mismo, y que es necesariamente *uno*? Dios solo es infinito, pues ciertamente no puede haber dos infinitos. Si, sirviéndonos de palabras humanas, algo que sea demostrado aquí abajo os parece infinito, estad seguro de entrever en ello una de las caras de Dios. Prosigamos. Vos os habéis apropiado un lugar en el infinito del número, lo habéis acomodado a vuestra talla creando, si de todos modos podéis crear algo, la aritmética, base sobre la cual reposa todo, hasta vuestras sociedades. Del mismo modo que el número, lo único en lo que han creído vuestros pretendidos ateos, organiza las creaciones físicas, así la aritmética, el empleo del número, organiza el mundo moral. Esta numeración debería ser absoluta, como todo lo que es verdadero en sí; pero resulta que ella es puramente relativa, no existe absolutamente, no podéis presentar prueba alguna de su realidad. Por primera, si esa numeración es hábil en cifrar las substancias organizadas, resulta impotente con relación a las fuerzas organizadoras, siendo las unas finitas y las otras infinitas. El hombre, que concibe el universo por su inteligencia, no podría manejarlo en su integridad, pues de lo contrario sería Dios. Vuestra numeración, aplicada a las cosas

finitas, y no al infinito es, pues, verdadera en relación al conjuntó que no percibís. Si la naturaleza es semejante a sí misma en las fuerzas organizadoras o en sus principios, que son infinitos, no lo es jamás en sus efectos finitos; así, no hallaréis en parte alguna en la naturaleza dos objetos idénticos; en el orden natural, dos y dos no pueden hacer nunca cuatro, pues haría falta reunir unidades exactamente parecidas, y ya sabéis que es imposible hallar dos hojas semejantes en un árbol, ni dos ejemplares semejantes en la misma especie de árbol. Ese axioma de vuestra numeración, falso en la naturaleza visible, lo es igualmente en el universo invisible de vuestras abstracciones, donde là misma variedad tiene lugar en vuestras ideas, pero extendidas por sus relaciones; así, las diferencias son aún más señaladas ahí que en cualquier otra parte. En efecto, siendo todo relativo al temperamento, a la fuerza, a las costumbres, a los hábitos de los individuos, que no se asemejan nunca entre ellos, los menores objetos representan sentimientos personales. A buen seguro que si el hombre ha podido crear unidades, ¿no ha sido dando un peso y un título igual a trozos de oro? Pues bien, podéis añadir el ducado del pobre al ducado del rico y deciros, a tenor del tesoro público, que son dos cantidades iguales; mas, a los ojos del pensador, una es ciertamente más considerable que la otra; una representa un mes de felicidad, la otra el más efímero capricho. Dos y dos no hacen pues cuatro sino por una abstracción falsa y monstruosa. La fracción no existe tampoco en la naturaleza, donde lo que llamáis un fragmento es una cosa acabada en sí; ¿mas no acontece a menudo, y vos tenéis pruebas de ello, que el centésimo de una substancia sea más fuerte que lo que llamaríais el entero? Si la fracción no existe en el orden natural, existe aún mucho menos en el orden moral, donde las ideas y los sentimientos pueden ser variados como las especies del orden vegetal, pero son siempre enteros. La teoría de las fracciones es pues aún una insigne complacencia de vuestro espíritu. El número, con sus infinitamente pequeños y sus totalidades infinitas, es pues una potencia de la que os es conocida una escasa parte, y cuyo alcance se os escapa. Os habéis construido una choza en el infinito de los números, la habéis ornado de jeroglíficos sabiamente alineados y pintados, y habéis gritado: «¡Todo está ahí!». Del número puro pasemos al número corporizado. Vuestra geometría establece que la línea recta es el camino más corto de un punto a otro, pero vuestra astronomía os demuestra que Dios no ha procedido sino por curvas. He aquí pues en la misma ciencia dos verdades igualmente demostradas: una por el testimonio de vuestros sentidos aumentados al telescopio, y otra por el de vuestro espíritu, pero que se contradicen entre sí. El hombre sujeto al error afirma una, y el Operario de los mundos, ese artífice de quien en ninguna parte habéis encontrado un error, la desmiente. ¿Quién decidirá pues entre la geometría rectilínea y la curvilínea, entre la teoría de la recta y la de la curva? Si, en su obra, el misterioso artista, que sabe llegar con milagrosa rapidez a sus fines, no emplea la línea recta sino para cortarla en ángulo recto, a fin de obtener una curva, el propio hombre no puede jamás contar con ello: la bala de cañón que quiere dirigir en línea recta, marcha por la curva, y, cuando se quiere alcanzar seguramente un lugar en el

espacio, se ordena a la bomba que siga su cruel parábola. Ninguno de vuestros sabios ha extraído por simple inducción que la curva es la ley de los mundos materiales, y que la recta lo es de los espirituales: una es la teoría de las creaciones finitas; la otra la del infinito. El hombre que posea aquí abajo el conocimiento del infinito, es el único que puede conocer la línea recta; sólo él tiene el sentimiento de la verticalidad situada en un ángulo especial. ¿No sería el apego por las creaciones de la curva, en ciertos hombres, el indicio de una impureza de su naturaleza, sujeta aún a las substancias materiales que nos engendran? ¿y no indicaría el amor de los grandes espíritus por la línea recta, un presentimiento en ellos del cielo? Entre estas dos líneas existe un abismo, como entre lo finito y lo infinito, como entre la materia y el espíritu, entre el hombre y la idea, entre el movimiento y el objeto movido, entre la criatura y Dios. ¡Pedid al amor divino sus alas, y franquearéis ese abismo! Más allá comienza la revelación del Verbo. En parte alguna se encuentran sin profundidad las cosas que nombráis materiales; las líneas son terminaciones de solidez que comportan una fuerza de acción que suprimís en vuestros teoremas, lo cual los torna falsos en relación a los cuerpos tomados por entero; de ahí esa constante destrucción de todos los monumentos humanos, a los que dotáis, sin saberlo, de propiedades operantes. La naturaleza no tiene sino cuerpos, y vuestra ciencia no combina más que las apariencias. Así, la naturaleza da a cada paso un mentís a todas vuestras leyes; hallad una sola que no sea desaprobada por un hecho... Las leyes de vuestra estática son abofeteadas por mil accidentes de la física, pues un fluido derriba las más consistentes montañas, demostrándoos así que las substancias más pesadas pueden ser solevantadas por substancias imponderables. Vuestras leyes sobre la acústica y la óptica están anuladas por los sonos que oís durante el sueño, y por la luz de un sol eléctrico cuyos rayos os anonadan a menudo. No sabéis más sobre cómo la luz se hace inteligente en vosotros, y no conocéis el procedimiento simple y natural que la transforma en rubí, en zafiro, en ópalo, en esmeralda en el cuello de un ave de las Indias, mientras que permanece gris y parda en el del mismo pájaro que habita bajo el nuboso cielo de Europa, ni como se queda blanca aquí, en el seno de la naturaleza polar. No podéis decidir si el color es una facultad de que están dotados los cuerpos, o bien un efecto producido por la aspersion de la luz. Admitís el amargor del mar, sin haber comprobado si es salada en toda su profundidad. Habéis reconocido la existencia de diversas substancias que atraviesan lo que creéis ser el vacío; substancias que no son aprehensibles bajo ninguna de las formas adoptadas por la materia, y que se ponen en armonía con ella, a pesar de todos los obstáculos. Siendo así, creéis en los resultados obtenidos por la química, aun cuando ella no sepa todavía ningún medio de evaluar los cambios operados por el flujo y reflujo de esas substancias que van y vienen a través de vuestros cristales y máquinas sobre las vetas inapresables del calor o de la luz, conducidas, exportadas por las afinidades del metal o del sílex vitrificado. No obtenéis sino substancias muertas, de las que habéis desechado la ignota fuerza que se opone a que todo se descomponga aquí abajo, y

cuya atracción, la vibración, la cohesión y la polaridad no son sino fenómenos. La vida es el pensamiento de los cuerpos; ellos no constituyen sino un medio de fijarla, de contenerla en su camino; si los cuerpos fuesen seres vivientes por sí mismos serían *causa* y no morirían. Cuando un hombre constata los resultados del movimiento general que comparten todas las creaciones, según su facultad de absorción, le proclamáis sabio por excelencia, como si el genio consistiera en explicar lo que es. El genio debe lanzar la mirada más allá de los efectos. Todos vuestros sabios reirían si les dijeseis: «Existen relaciones tan ciertas entre dos seres, uno de los cuales estuviera aquí, y el otro en Java, que podrían experimentar en el mismo momento igual sensación, tener conciencia de ello, interrogarse y responderse sin error». Sin embargo, hay substancias minerales que testimonian simpatías tan lejanas como las que digo. Creéis en la potencia de la electricidad fijada en el imán, y negáis el poder de la que desprende el alma. Según vosotros, la luna, cuya influencia sobre las mareas os parece demostrada, no tiene ninguna sobre los vientos, ni sobre la vegetación, ni sobre los seres humanos; remueve el mar y roe el vidrio, pero debe respetar a los enfermos; tiene relaciones ciertas con una mitad de la humanidad, mas no puede nada sobre la otra. Estas son nuestras más valiosas certidumbres. Vayamos más lejos. ¿Creéis en la física? Pues vuestra física comienza, como la religión católica, por un *acto de fe*. ¿No reconoce ella una fuerza externa, distinta de los cuerpos, y a los cuales comunica el movimiento? Veis sus efectos, pero ¿qué es, dónde está, cuál es su esencia; su vida, tiene límites? ¡Y negáis a Dios...!

»Así, la mayoría de vuestros axiomas científicos, verdaderos en relación con el hombre, son falsos con relación al conjunto. La ciencia es una, y vosotros la habéis dividido. Para saber el verdadero sentido de las leyes fenomenológicas, ¿no sería preciso conocer las relaciones que existen entre los fenómenos y la ley de conjunto? En todo hay una apariencia que impresiona vuestros sentidos; bajo esta apariencia se mueve un alma, que tiene el cuerpo y la facultad. ¿Dónde enseñáis el estudio de las relaciones que ligam a las cosas entre sí? En ninguna parte. ¿No tenéis pues nada de absoluto? Vuestros temas más indudables reposan en el análisis de las formas materiales, cuyo espíritu es sin cesar desatendido por vosotros. Se trata de una ciencia elevada, que ciertos hombres entrevén demasiado tarde, sin atreverse a confesarlo. Estos hombres han comprendido la necesidad de considerar los cuerpos, no sólo en sus propiedades matemáticas, sino aun en su conjunto, en sus afinidades ocultas. El más grande de entre vosotros ha adivinado, hacia el fin de sus días, que todo era causa y efecto recíprocamente; que los mundos visibles estaban coordinados y sometidos a mundos invisibles. Ha gemido por haber intentado establecer preceptos absolutos. Contando sus mundos, como granos de uva sembrados en el éter, había explicado su coherencia por las leyes de atracción planetaria y molecular; habéis saludado a ese hombre... Pues bien, ha muerto desesperado. Suponiendo iguales las fuerzas centrífuga y centrípeta que había hallado para dar razón del universo, éste se detenía, y sin embargo admitía el movimiento en un sentido indeterminado; mas

suponiendo ambas fuerzas desiguales, sobrevénía al punto la confusión de los mundos. Sus leyes no eran, pues, absolutas, existía un problema aún más elevado que el principio sobre el que se apoya su falsa gloria. La ligazón de los astros entre sí y la acción centrípeta de su movimiento interno, ¿no le ha impedido pues buscar la cepa de donde pendía su racimo? ¡Desgraciado! Mientras más engrandecía el espacio, más pesado se tomaba su fardo. Os ha dicho cómo existía equilibrio entre las partes, ¿pero dónde iba el todo? Contemplaba la extensión, infinita a los ojos del hombre, colmada de esos grupos de mundos, cuya inmensidad es revelada por la rapidez de la luz. Esta sublime contemplación le ha dado la percepción de los mundos infinitos que, plantados en ese espacio como flores en una pradera, nacen como niños, crecen como hombres y mueren ancianos, viven asimilándose en su atmósfera las substancias idóneas a alimentarlos, tienen un centro y un principio de vida, se garantizan mutuamente por una área, y como las plantas, absorben, son absorbidos, y componen un conjunto dotado de vida, teniendo su destino. Ante tal aspecto, ese hombre ha temblado... Sabía que la vida es producida por la unión de la cosa con su principio, que la muerte o la inercia, y la gravedad en fin, es producida por una ruptura entre un objeto y el movimiento que le es propio; entonces, ha presenciado el resquebrajamiento de esos mundos, precipitados en un abismo si Dios les retiraba su palabra. Y se ha puesto a buscar en el Apocalipsis las huellas de esa palabra. Le habéis creído loco, mas sabedlo: intentaba hacerse perdonar su genio. Wilfredo, vos habéis venido para rogarme que resuelva ecuaciones, que me eleve sobre una nube de lluvia, que me zambulla en el fiordo y reaparezca como cisne. Si la ciencia o los milagros fuesen el fin de la humanidad, Moisés os habría legado el cálculo diferencial; Jesucristo os habría aclarado las oscuridades de vuestras ciencias; sus apóstoles os habrían dicho de donde salen esos inmensos regueros de gas o de metales en fusión, prendidos a núcleos que giran para solidificarse buscando un puesto en el éter, y que entran a veces violentamente en un sistema cuando se combinan con un astro, chocan con él y lo destrozan, o lo destruyen por la infiltración de sus gases mortales. En vez de haceros vivir en Dios, San Pablo os habría explicado cómo el alimento es el lazo secreto de todas las creaciones y el evidente de todas las especies animadas. Hoy, el más gran milagro sería el de hallar la cuadratura del círculo, problema que juzgáis imposible, y que sin duda se halla resuelto en la marcha de los mundos por la intersección de alguna línea matemática cuyos enroscamientos aparecen a la vista de los espíritus llegados a las esferas superiores. Creedme, los milagros están en nosotros, y no en el exterior. Así se han cumplido los hechos naturales que los pueblos han creído sobrenaturales. ¿No habría sido Dios injusto testimoniando su potencia a generaciones, y rehusando sus testimonios a otras? La vara de bronce pertenece a todos. Ni Moisés, ni Jacob, ni Zoroastro, ni Pablo, ni Pitágoras, ni Swedenborg, ni los más oscuros mensajeros, ni los más brillantes profetas de Dios, ni han sido superiores a lo que vos podéis serlo. Únicamente que para la naciones hay horas en que tienen la fe. Si la ciencia material debiera ser el objetivo de los esfuerzos

humanos, confesadlo, ¿se encontrarían siempre providencialmente dispersadas las sociedades, esos grandes hogares en los que se han congregado los hombres? Si la civilización fuese el objeto de la especie, ¿perecerá la inteligencia? ¿permanecerá puramente individual? La grandeza de todas las naciones que fueron grandes, estaba basada en excepciones; cesada la excepción, la potencia murió. Los videntes, los profetas, los mensajeros, ¿no habrían echado mano de la ciencia en vez de apoyarse en la creencia, no hubiesen actuado sobre vuestros cerebros en vez de tocar a vuestros corazones? Todos han venido para impeler a las naciones a Dios; todos han proclamado la santa senda diciéndoos las simples palabras que conducen al reino de los cielos; todos abrasados de amor y de fe, todos inspirados de esa palabra que planea sobre las gentes, las estrecha, las anima y las hace alzarse, no la empleaban en ningún interés humano. Vuestros grandes genios, poetas, reyes, sabios, han sido engullidos con sus ciudades, y el desierto los ha revestido con sus mantos de arena; mientras que los nombres de esos buenos pastores, bendecidos aún, subsisten tras los desastres. No podemos entendernos sobre ningún punto. Estamos separados por abismos: vos estáis del lado de las tinieblas, y yo vivo en la verdadera luz. ¿Es ésta la palabra que habéis querido? La digo con alegría, ya que puede cambiaros. Sabedlo pues: hay ciencias de la materia y ciencias del espíritu. Allí donde vos veis cuerpos, yo veo fuerzas que tienden unas hacia otras por un movimiento generador. Para mí, el carácter de los cuerpos es el indicio de sus principios y la muestra de sus propiedades. Estos principios engendran afinidades que se os escapan y que están ligados a centros. Las diferentes especies donde se halla distribuida la vida son fuentes incesantes que corresponden entre sí. A cada una su producción especial. El hombre es efecto y causa; es alimentado, pero alimenta a su vez. Al nombrar a Dios el Creador, lo empequeñecéis; no ha creado, como pensáis, ni las plantas, ni los animales, ni los astros; ¿podía El proceder por diversos medios? ¿No ha obrado por la unidad de la composición? Así ha dado principios que debían desarrollarse, según su ley general, según los medios en que se encontrasen. Así pues, una sola substancia y el movimiento; una sola planta, un solo animal, pero relaciones continuas. En efecto, todas las afinidades están ligadas por similitudes contiguas, y la vida de los mundos está atraído hacia centros por una hambrienta aspiración, como vosotros todos estáis impelidos por el hambre, a alimentaros. Para daros un ejemplo de las afinidades enlazadas a similitudes, ley secundaria sobre la que descansan las creaciones de vuestro pensamiento, la música, arte celeste, es el exponente de ese principio: ¿no es ella acaso un conjunto de sonos armonizados por el número? ¿No es el sonido una modificación del aire, comprimido, dilatado, repercutido? Ya conocéis la composición del aire: nitrógeno, oxígeno y carbono. Como no obtenéis el sonido en el vacío, es claro que la música y la voz humana son el resultado de substancias químicas organizadas que se ponen al unísono de las mismas substancias preparadas por vos en vuestro pensamiento, coordinadas por medio de la luz, la gran nodriza de vuestro globo: ¿habéis podido contemplar el gran acopio de nitro depositado por las

nieves? ¿habéis podido ver las descargas del rayo y las plantas aspirando en el aire los metales que contienen, sin concluir que el sol pone en fusión y distribuye la sutil esencia que lo alimenta todo aquí abajo? Como lo ha dicho Swedenborg, ¡*La tierra es un ser!* Vuestras ciencias actuales son miserias al lado de los resplandores que inundan a los videntes. Cesad de interrogarme; nuestros lenguajes son diferentes. Yo me he servido un momento del vuestro para lanzaros un destello de fe al alma y arrastraros a las bellas regiones de la oración. ¿Corresponde a Dios descender a vos? ¿No sois vos quien debe elevaros a Él? Si la razón humana ha agotado tan pronto la escala de sus fuerzas extendiendo a Dios para demostrárselo sin lograrlo, ¿no resulta evidente que es preciso buscar otro camino para conocerle? Este verdadero camino se encuentra en nosotros mismos. Escuchad esta verdad; vuestras ciencias más exactas, vuestras claridades más bellas, son nubes. Encima está el santuario de donde brota la verdadera luz.

Sentose y quedó silenciosa, sin que su rostro trasluciera el más leve temblor.

Wilfredo inclinándose al oído del señor Becker, le dijo:

—¿Quién le ha dicho eso?

—No lo sé —respondió el pastor.

—Estaba más dulce en el Falberg —se decía Minna.

Serafita se pasó la mano por los ojos, y dijo sonriendo:

—Estáis muy cavilosos esta noche, señores. Nos tratáis, a Minna y a mí, como hombres a quienes se habla de política o comercio, mientras que nosotras somos unas muchachas jóvenes a las que deberíais contar cuentos tomando el té, tal como se practica en nuestras veladas de Noruega... Ea, señor Becker, contadme algunas de las *sagas* que yo no conozca... La de Fritjof, por ejemplo, esa crónica en la que creéis y que me habéis prometido. Decidnos esa historia en la que el hijo de un campesino tiene un navío que habla y que posee un alma... ¡Sueño con la fragata *Ellida!* ¿No es sobre esta hada con velas que deberían navegar las muchachas?

—Ya que volvemos a Jarvis —dijo Wilfredo, cuyos ojos se posaban en Serafita como los de un ladrón oculto en la sombra se fijan al lugar donde se esconde el tesoro — decidme, ¿por qué no os casáis?

—Todos nacéis viudos o viudas —respondió ella—; pero mi boda estaba preparada desde mi nacimiento, y estoy prometida...

—¿A quién? —dijeron todos a la vez.

—Dejadme mi secreto —respondió ella—. Os prometo, si nuestro padre lo quiere, invitaros a esos esponsales misteriosos.

—¿Será pronto?

—Lo espero.

Un largo silencio siguió a estas palabras.

—La primavera ha llegado —dijo Serafita— comienza el fragor de las aguas y de los hielos rotos... ¿Venís a saludar la primera primavera de un nuevo siglo?

Se levantó seguida de Wilfredo, y ambos se acercaron a una ventana que David

había abierto. Tras el prolongado silencio del invierno, las aguas crecidas se removían bajo los hielos y resonaban en el fiordo como una música; pues hay sonidos que el espacio depura, y que llegan al oído como ondas plenas al par de claridad y de lozanía.

—Cesad, Wilfredo, cesad de albergar malos pensamientos cuyo triunfo os sería penoso de soportar. ¿Quién no leería vuestros deseos en los destellos de vuestras miradas? Sed bueno, dad un paso en el bien... ¿no es ir más allá que el *amor* de los hombres sacrificarse completamente por la felicidad de aquélla a quien se ama? Obedecedme, y os llevaré por un camino donde obtendréis todas las grandezas con que soñáis, y donde el amor será verdaderamente infinito.

Estas palabras dejaron a Wilfredo pensativo, diciéndose:

«¿Es esta dulce criatura, en efecto, la profetisa que acaba de lanzar chispas por los ojos, cuya palabra ha tronado sobre los mundos, cuya mano ha manejado contra nuestras ciencias el hacha de la duda? ¿Habremos volado durante algunos momentos?».

—Minna —dijo Serafitus volviendo al lado de la hija del pastor— las águilas vuelan donde están los cadáveres, y las palomas donde se hallan las fuentes vivas, bajo las umbrías verdes y apacibles. El águila sube a los cielos, la paloma desciende. Cesa de aventurarte en una región donde no hallarías ni manantiales ni umbrías. Si antes no has podido contemplar el abismo sin ser destrozada, guarda tus fuerzas para quien te amará. Anda, pobre muchacha, tú sabes que tengo mi novia.

Minna se levantó y fue con Serafita a la ventana donde estaba Wilfredo. Los tres escucharon al Sieg brincando bajo el esfuerzo de las aguas superiores, que desprendían ya los árboles atrapados en los hielos. El fiordo había recuperado su voz. Las ilusiones se habían disipado. Todos admiraron la naturaleza que se zafaba de sus trabas, y parecía responder con sublime acorde al espíritu cuya voz acababa de despertar.

Cuando los tres invitados de aquel misterioso ser le dejaron estaban colmados de esa vaga sensación que no es ni sueño, ni torpor, ni asombro, pero que se compone de todo ello; que no es ni el crepúsculo, ni la aurora, pero que da sed de luz. Todos meditaban.

—Comienzo a creer que ella es un espíritu oculto bajo una forma humana —dijo el señor Becker.

Wilfredo, de regreso a su casa, tranquilo y convencido, no sabía cómo luchar con fuerzas tan divinamente majestuosas.

Minna se decía:

—¿Por qué no quiere que yo le ame?

V

LOS ADIOSES

Hay en el hombre un fenómeno desesperante para los espíritus reflexivos que quieren hallar un sentido a la marcha de las sociedades y dar leyes de progresión al movimiento de la inteligencia. Por grave que sea un hecho, y, si pudiesen existir hechos sobrenaturales, por grandioso que fuese un milagro operado públicamente, el relámpago de ese hecho, el rayo de ese milagro, se abismaría en el océano moral, cuya superficie, apenas turbada por algún rápido hervor, recuperaría en seguida el nivel de sus habituales fluctuaciones.

¿Pasa, para hacerse entender mejor, la voz por la boca del animal? ¿Escribe la mano caracteres en los frisos de la sala donde se regala la corte? ¿Alumbra el ojo el dormir del rey? ¿Llega el profeta a explicar el sueño? ¿Se alza el muerto evocado en las luminosas regiones en donde reviven sus facultades? ¿Aplasta el espíritu a la materia al pie de la escala mística de los siete mundos espirituales detenidos los unos sobre los otros en el espacio, y revelándose por ondas brillantes que caen en cascadas sobre los peldaños de la escalinata del atrio celeste? Por profunda que sea la revelación interior, y por visible que sea la exterior, el día siguiente Balaam duda de su burra y de sí mismo; Baltasar y Faraón hacen comentar la palabra por dos videntes, Moisés y Daniel, El espíritu viene, arrebatada al hombre sobre la tierra, le alza los mares, haciéndole ver su fondo, le muestra las especies desaparecidas, y le reanima los descamados huesos que llenan con su polvo el gran valle: ¡el Apóstol escribe el Apocalipsis! Veinte siglos después, la ciencia humana aprueba al Apóstol y traduce sus imágenes en axiomas. ¡Qué importa!, la masa continúa viviendo como lo hacía ayer, como vivía en la primera Olimpiada, y el día siguiente de la Creación, o en la víspera de la gran catástrofe. La duda lo cubre todo con sus olas. Y las mismas baten con el mismo movimiento el granito humano que sirve de límite al océano de la inteligencia. Después de haberse preguntado si ha visto lo que ha visto, si ha oído y entendido bien las palabras pronunciadas, si el hecho era un hecho, si la idea era una idea, el hombre vuelve a su andar, piensa en sus negocios, obedece a no sé qué criado que sigue a la muerte, al olvido, que con su negro manto cubre a una antigua humanidad, de la que la actual no conserva ningún recuerdo. El hombre no cesa de ir, de marchar, de avanzar vegetativamente, hasta el día en que la segur le abate. Si esta potencia de oleada, si esa elevada presión de las aguas amargas impide todo progreso, previene sin duda también la muerte. Sólo los espíritus preparados por la fe entre los seres superiores, perciben la escala mística de Jacob.

Tras haber escuchado la respuesta en la que Serafita, tan seriamente interrogada, había desplegado la extensión divina, al igual que un órgano pulsado llena una iglesia

con su retumbar y revela el universo musical bañando con sus graves sonos hasta las más inaccesibles bóvedas, recreándose, como la luz, en las más pequeñas rosetas de los capiteles, Wilfredo volvió a su casa todo espantado por haber visto el mundo en ruinas, y sobre ellas claridades ignotas, derramadas a raudales por las manos de aquella muchacha. El día siguiente pensaba en ello aún, pero el espanto estaba calmado; ya no se sentía ni destruido ni cambiado; sus pasiones, sus ideas, se despertaron lozanas, vigorosas. Fue a almorzar a casa del señor Becker, y lo encontró seriamente sumido en su *Tratado de los sortilegios*, que había estado hojeando desde buena mañana para tranquilizar a su invitado. Con la pueril buena fe del sabio, el pastor había marcado pliegues en las páginas donde Jean Wier exponía pruebas auténticas que demostraban la posibilidad de los sucesos acontecidos la víspera; pues, para los doctores, una idea es un acontecimiento, así como los más grandes acontecimientos son apenas una idea para ellos. A la quinta taza de té que tomaron los dos filósofos, la misteriosa velada se tomó natural. Las verdades celestes se convirtieron en razonamientos más o menos sólidos y susceptibles de examen; había de tenerse en cuenta su órgano vocal encantador, su belleza seductora, sus fascinantes gestos y ademanes, todos esos medios oratorios en fin, mediante cuyo empleo un actor pone en una frase un mundo de sentimientos y de pensamientos, mientras que en realidad la tal frase es a menudo vulgar.

—¡Bah! —dijo el buen clérigo, haciendo una mueca filosófica, mientras untaba con una capa de mantequilla salada su rebanada de pan. La última palabra de esos bellos enigmas se encuentra a seis pies bajo tierra.

—Sin embargo —objetó Wilfredo, echando azúcar a su té— yo no concibo como una muchacha de dieciséis años puede saber tantas cosas, pues su palabra lo ha comprimido todo, como en una prensa.

—No tenéis más que leer —respondió el pastor— la historia de esa joven italiana, que desde los doce años de edad hablaba cuarenta y dos lenguas, tanto antiguas como modernas; o bien la de ese monje que por el olfato adivinaba el pensamiento... En Jean Wier y en una docena de tratados que os daré a leer, existen mil pruebas por una.

—De acuerdo, estimado pastor; mas, para mí, Serafita debe ser una mujer divina a poseer.

—Ella es todo inteligencia —respondió dubitativamente el señor Becker.

Transcurrieron algunos días, durante los cuales la nieve de los valles se fundió insensiblemente; el verdor de los bosques asomó como la hierba nueva, y la naturaleza noruega aderezó su atavío para sus breves desposorios. Durante esos momentos en que el aire dulcificado permitía salir, Serafita permaneció en la soledad. La pasión de Wilfredo se acrecentó así por la irritación que causa la vecindad de una mujer amada que no se muestra. Cuando aquel indecible ser recibió a Minna ésta reconoció en él los estragos de un fuego interior: su voz se había tornado profunda, y su tez comenzaba a dorarse; y si, hasta entonces, los poetas hubiesen comparado su blancura a la de los diamantes, ahora tenía el fulgor de los topacios.

—¿La habéis visto? —preguntó Wilfredo, quien rondaba en torno al castillo sueco, en espera del regreso de Minna.

—Vamos a *perderle* —respondió la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Señorita, —exclamó el forastero, conteniendo el volumen de voz que excita la cólera—, no os burléis de mí! Vos no podéis amar a Serafita más que como una muchacha quiere a otra, y no con el amor que a mí me inspira. Ignoráis cual sería vuestro peligro si mi anhelo fuese justamente alarmado. ¿Por qué no puedo ir a su lado? ¿Sois vos quien me creáis obstáculos?

—Ignoro —respondió Minna, serena en apariencia, mas presa de profundo terror — con qué derecho sondeáis así mi corazón... Sí, yo le amo —añadió, hallando la intrepidez de las convicciones para confesar la religión de su corazón—. Pero mi anhelo, tan natural a mi amor, no teme aquí a nadie. ¡Ay, tengo celos de un oculto sentimiento que le absorbe! Entre él y yo hay espacios imposibles de franquear. Quisiera saber cuál de las estrellas o yo le ama más, quién de nosotros se sacrificaría antes a su felicidad... ¿Por qué no habría yo de ser libre al declarar mi afecto? En presencia de la muerte, podemos confesar nuestras preferencias, y, señor, ¡Serafitus va a morir!

—Minna, os engañáis, la sirena a la que tan a menudo he bañado con mis deseos, y que se dejaba admirar coquetamente tendida sobre su diván, graciosa, débil y doliente, no es un joven.

—Señor —respondió Minna, turbada— aquél cuya poderosa mano me ha guiado sobre el Falberg, a ese soeler resguardado por el Bonete-de-Hielo, allí —añadió señalando el pico— no es tampoco una débil muchacha. ¡Ah, si la hubieseis oído profetizando! Su poesía era la música del pensamiento. Una muchacha no habría desplegado los graves sonos de la voz que me removía el alma.

—¿Pero qué certidumbre tenéis?... —dijo Wilfredo.

Ninguna más que la del corazón —respondió Minna confusa, apresurándose a interrumpir al forastero.

—Pues bien, yo —exclamó Wilfredo, lanzando a Minna la espantosa mirada del deseo y de la voluptuosidad que matan— yo que también sé cuán poderoso es su imperio sobre mí, yo os demostraré vuestro error.

En este momento en que las palabras se aglomeraban en la lengua de Wilfredo, tan vivamente como las ideas abundaban en su cabeza, vio a Serafita saliendo del castillo sueco, seguida por David. Aquella aparición calmó su efervescencia.

—Ved —dijo— sólo una mujer puede tener esa gracia y esa morbidez.

—Sufre, y se pasea por última vez —dijo Minna.

David se marchó a una señal de su ama, a cuyo encuentro fueron.

—Vamos hasta las cascadas del Sieg —les dijo aquel ser, manifestando uno de esos deseos de enfermo a los cuales uno se apresura a obedecer.

Una ligera niebla blanca cubría entonces los valles y las montañas del fiordo, cuyas cimas, destellantes como las estrellas, al traspasarla, le prestaban el aspecto de

una fugitiva vía láctea. A través de aquella humareda terrestre, veíase al sol como un disco incandescente. A pesar de aquellos últimos juegos del invierno, algunas bocanadas de aire tibio cargadas de aromas del abedul, ataviado ya de sus rubias eflorescencias, llenas de los perfumes exhalados por los alarces, cuyos penachos de seda estaban renovados, esas brisas caldeadas por el incienso y los suspiros de la tierra, atestiguaban la bella primavera del Norte, rápida alegría de la más melancólica de las naturalezas. El viento comenzaba a alzar aquel velo de nubes que sustraía imperfectamente la vista de golfo. Los pájaros cantaban. La corteza de los árboles, donde el sol no había secado el curso de la escarcha, que se había desplegado en murmurantes arroyuelos, amenizaba la vista por fantásticas apariencias. Los tres caminaban en silencio a lo largo de la playa. Sólo Wilfredo y Minna contemplaban este espectáculo mágico para ellos que habían sufrido el cuadro monótono de aquel paisaje en invierno. Su acompañante iba pensativo, como si intentara distinguir una voz en aquel concierto. Así llegaron al borde de las rocas entre las cuales se escapaba el Sieg, al extremo de la larga avenida orillada de viejos abetos, que el curso del torrente había trazado sinuosamente en el bosque, sendero cubierto por arcos de sólidas nevaduras, como las de las catedrales. Desde allí se descubría el fiordo entero, y el mar destellaba en el horizonte como una hoja de acero. En aquel momento, la bruma disipada dejó ver el cielo azul. Por doquier en los vallejitos y cañadas, en torno a los árboles, revoloteaban aún centelleantes partículas, polvo de diamante barrido por una fresca brisa, magníficos engastes de gotas suspendidas al extremo de las ramas en pirámide. El torrente rodaba encima de ellos. De su lámina se escapaba un vapor teñido de todos los matices de la luz por el sol, cuyos rayos se descomponían dibujando fajas de siete colores, haciendo brotar los resplandores de mil prismas, cuyos reflejos se contraponían. Aquel malecón salvaje estaba alfombrado por diversas especies de líquenes, bello tejido anubado por la humedad, y que trazaba una magnífica tapicería de seda. Brezos ya floridos coronaban las rocas con sus guirnaldas hábilmente mezcladas. Todos los follajes móviles atraídos por el frescor de las aguas pendían arriba sus cabelleras; los alerces agitaban sus blondas acariciando a los pinos, inmóviles como viejos preocupados. Aquel lujurioso aderezo ofrecía un vivo contraste con la gravedad de las viejas columnatas que describían los bosques escalonados sobre las montañas, y en la gran lámina de agua del fiordo, extendida a los pies de los tres espectadores, donde el torrente ahogaba su furor. En fin, el mar encuadraba esta página escrita por el más grande de los poetas, el azar, al que es debida la mescolanza de la creación, en apariencia abandonada a sí misma. Jarvis era un punto perdido en aquel paisaje, en aquella inmensidad, sublime como todo lo que, no teniendo sino una vida efímera, ofrece una rápida imagen de la perfección; ya que por una ley, fatal únicamente a nuestros ojos, las creaciones en apariencia acabadas, ese amor de nuestros corazones y de nuestras miradas, no tienen aquí más que una primavera. En lo alto de aquel roquedo, seguro que aquellos tres seres podían creerse solos en el mundo.

—¡Qué delicia! —exclamó Wilfredo.

—La naturaleza tiene sus himnos —dijo Serafita—. ¿No es admirable esta música? Confesad, Wilfredo, que ninguna de las mujeres que habéis conocido ha podido crearse un retiro tan magnífico. Aquí, yo experimento un sentimiento raramente inspirado por el espectáculo de las ciudades, y que me induciría a permanecer tendida en medio de estas hierbas tan rápidamente venidas. Así, con los ojos posados en el cielo, el corazón abierto, perdida en el seno de la inmensidad, me abandonaría a escuchar el suspiro de la flor que, apenas desprendida de su primitiva naturaleza, desearía correr, y los gritos del eider impaciente por no tener alas, acordándome de los deseos del hombre, que los tiene todos, y que aún desea. ¡Mas esto, Wilfredo, es poesía de mujer! Vos percibís un pensamiento voluptuoso en esa caliginosa extensión líquida, en esos cendales bordados donde la naturaleza se recrea como una novia coqueta, y en esa atmósfera en la que perfuma para su himeneo su verdosa cabellera. Vos querríais ver la forma de una náyade en esa gasa de vapores, y, según vos, yo debería escuchar la voz viril del torrente.

—¿No está ahí el amor como una abeja en el cáliz de una flor? —respondió Wilfredo, quien, percibiendo en ella por primera vez las huellas de un sentimiento terrestre, creyó el momento favorable para expresar su ardiente ternura.

—¿Siempre igual pues? —respondió riendo Serafita, a quien Minna había dejado sola, pues escalaba una roca en la que había divisado saxífragas azules.

—¡Siempre! —repitió Wilfredo—. Escuchadme —añadió lanzándola una dominadora mirada, que tropezó con una como coraza de diamante— vos ignoráis lo que soy, lo que puedo y lo que quiero. ¡No rechazéis mi última súplica! ¡Sed mía para la felicidad del mundo que portáis en vuestro corazón! ¡Sed mía para que tenga yo una conciencia pura, para que una voz celeste resuene en mis oídos inspirándome el bien en la gran empresa que he resuelto, aconsejado por mi odio contra las naciones, pero que acaso realizaré entonces para su bienestar, si vos me acompañáis! ¿Qué misión más hermosa daríais al amor? ¿Qué papel más grande puede soñar una mujer? Yo he venido a estas regiones meditando un gran designio.

—Y vos sacrificaréis —dijo ella— las grandezas a una muchacha bien sencilla, a la que amaréis, y que os llevará por una senda tranquila.

—¿Qué me importa? ¡Yo no quiero sino a vos! —respondió él, prosiguiendo su discurso—. Sabed mi secreto. He recorrido todo el Norte, ese gran taller donde se forjan las nuevas razas que se esparcen por la tierra como láminas de agua humanas encargadas de vivificar a las civilizaciones envejecidas. Quisiera comenzar mi obra por uno de esos puntos, conquistando el imperio que dan la fuerza y la inteligencia sobre un pueblo, formarlo para los combates, emprender la guerra, expandirla como un incendio, devorar a Europa gritando libertad a éstos y pillaje a aquéllos, gloria a uno, placer al otro; mas permaneciendo yo, como la figura del Destino, implacable y cruel, yendo como la tempestad que se asimila en la atmósfera todas las partículas de que se compone el rayo, saciándome de hombres como una plaga voraz. Así, habría

conquistado Europa, que se encuentra en una época en que espera ese nuevo Mesías que debe asolar el mundo para rehacer las sociedades. Europa no creará sino a quien la triture bajo sus pies. Un día, los poetas, los historiadores, habrán justificado mi vida, me habrán engrandecido, me habrán prestado ideas, a mí, para quien esta inmensa broma, escrita con sangre, no es más que una venganza. Pero, querida Serafita, mis observaciones me han inspirado repugnancia al Norte; ¡la fuerza es demasiado ciega, y yo tengo necesidad de las Indias! Mi duelo con un gobierno egoísta, cobarde y mercantil, me seduce más. Además, es más fácil impresionar la imaginación de pueblos asentados al pie del Cáucaso, que convencer el espíritu de los países helados en que estamos. Así pues, estoy tentado de atravesar las estepas rusas, llegar al borde de Asia, cubrirla hasta el Ganges con mi triunfante inundación humana, y allá, derribaré el poderío inglés. Siete hombres han realizado ya este plan en diversas épocas. ¡Renovaré el arte como lo han hecho los sarracenos lanzados por Mahoma sobre Europa! Yo no sería un rey mezquino como los que hoy gobiernan las antiguas provincias del imperio romano, disputándose con sus súbditos, con motivo de un derecho de aduana. ¡No, nadie detendrá ni el rayo de mis miradas, ni la tempestad de mis palabras! Mis pies cubrirán un tercio del globo, como los de Gengis-Khan; mi mano asirá el Asia, como lo hizo ya la de Aureng-Zeb. Sed mi compañera, sentaos, bella y blanca figura, sobre un trono. Jamás he dudado del éxito; mas si estáis en mi corazón, estoy seguro de él.

—Yo ya he reinado —dijo Serafita.

Estas simples palabras fueron como el hachazo asestado por un diestro leñador a un joven árbol, que cae al punto. Sólo los hombres pueden saber la rabia que una mujer excita en el alma de un hombre, cuando, queriendo demostrar a esa mujer amada su fuerza o su poder, su inteligencia o su superioridad, la caprichosa inclina su cabeza y dice: «¡Eso no es nada!», cuando, hastiada, ella sonrío y exclama: «¡Yo ya sé eso!», cuando la fuerza es para ella una nimiedad.

—¡Cómo! —clamó Wilfredo, desesperado—. Las riquezas de las artes, las magnificencias de los mundos, los esplendores de una corte...

Ella le detuvo por una sola inflexión de sus labios, y dijo:

—Seres más poderosos que vos lo sois, me han ofrecido aún más.

—Pues bien, ¿es que no tienes alma, es que no te seduce la perspectiva de consolar a un gran hombre que te sacrificará todo para vivir contigo en una casita al borde de un lago?

—Ya soy amada con un amor sin límites —replicó ella.

—¿Por quién? —volvió a clamar Wilfredo, adelantándose con movimiento de frenesí hacia Serafita, para precipitarla en las espumeantes cascadas del Sieg.

Ella le miró, su brazo se distendió y le señaló a Minna, quien venía corriendo, blanca y rosa, linda como las flores que en mano traía.

—¡Niña! —dijo Serafita, yendo a su encuentro.

Wilfredo permaneció en lo alto de la roca, inmóvil como una estatua, perdido en

sus pensamientos, queriendo abandonarse al curso del Sieg, como uno de aquellos árboles que pasaban ante sus ojos, para desaparecer en el seno del golfo.

—Las he recogido para vos —dijo Minna, presentando su ramillete al ser adorado—. Una de ellas, ésta —añadió tendiéndosela— es semejante a la que hallamos sobre el Falberg.

Serafitus miró alternativamente a la flor y a Minna.

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Es que dudas de mí?

—No —respondió la muchacha—, mi confianza en vos es infinita. Si vos sois para mí más bello que esta bella naturaleza, me parecéis también más inteligente que lo es la humanidad entera. Cuando os he visto, creo haber rezado a Dios. Quisiera...

—¿Qué? —dijo Serafitus, lanzándole una mirada reveladora para la muchacha de la inmensa extensión que les separaba.

—Quisiera sufrir en vuestro lugar...

—He aquí la más peligrosa de las criaturas —se dijo Serafita—. ¿Es acaso un pensamiento criminal el querer ofrecérsela, oh Dios mío?... ¿No te acuerdas ya de lo que te dije allá arriba? —dijo en voz alta, dirigiéndose a la muchacha y señalándole la cima del Bonete-de-Hield.

—¡De nuevo se ha tomado terrible! —se dijo a su vez Minna, estremeciéndose de temor.

La voz del Sieg acompañó los pensamientos de aquellos tres seres que permanecieron durante algunos momentos reunidos sobre una plataforma de rocas saledizas, pero separados por abismos en el mundo espiritual.

—Pues bien, Serafitus, enseñadme —dijo Minna con voz argentada como una perla y dulce como el movimiento de una sensitiva—. Enseñadme lo que debo hacer para no amaros... ¿Quién no os admiraría? El amor es una admiración que no se cansa jamás.

—¡Pobre niña! —dijo Serafitus, palideciendo—. No se puede amar así más que a un solo ser.

—¿A quién? —preguntó Minna.

—Ya lo sabrás —respondió Serafitus, con la débil voz de un hombre que se tiende para morir.

—¡Socorro, se muere! —gritó Minna.

Corrió Wilfredo y, viendo a aquel ser graciosamente posado en un fragmento de gneiss, sobre el cual el tiempo había tendido su manto de terciopelo, sus líquenes lustrados y sus malvas y musgos que el sol tornasolaba, dijo:

—¡Cuán bella es!

—Esta es la última mirada que podré lanzar sobre esta naturaleza en eclosión —dijo Serafita, haciendo acopio de fuerzas para levantarse.

Avanzó hasta el borde del roquedo, desde donde podía abarcar, floridos, verdeantes, animados, los espectáculos de aquel grande y sublime paisaje, poco ha sepultado bajo una capa de nieve.

—¡Adiós —dijo—, hogar ardiente de amor, donde todo marcha con anhelo del centro a las extremidades, y cuyas extremidades se reúnen como una cabellera de mujer, para tejer la ignota trenza por la que te sujetas al éter indiscernible, al pensamiento divino!

»Ved al que, curvado sobre un surco regado con su sudor, se incorpora un instante para interrogar al cielo; a la que recoge a los niños para alimentarlos con su leche; a quien anuda los cordeles en lo más recio de la tempestad; a la que permanece sentada en el hueco de una roca esperando al padre. ¿Veis a todos los que tienden la mano tras una vida consumida en ingratos trabajos? ¡A todos paz y valor, a todos adiós!

»¿Oís el grito del soldado muriendo desconocido? ¿El clamor del hombre engañado que llora en el desierto? A todos paz y valor, a todos adiós. Adiós, vosotros que morís por los reyes de la tierra. Mas adiós también, pueblos sin patria; adiós, tierras sin pueblos, que os deseáis los unos a los otros. Adiós sobre todo a ti, que no sabes dónde reposar tu cabeza, proscrito sublime. ¡Adiós, queridas inocentes arrastradas por los cabellos por haber amado demasiado! ¡Adiós, madres sentadas al lado de vuestros hijos moribundos! ¡Adiós, santas mujeres heridas por las ofensas! ¡Adiós, pobres; adiós, humildes, débiles y dolientes, vosotros cuyos dolores tan a menudo he desposado! Adiós, todos vosotros que gravitáis en la esfera del instinto, sufriendo en ella por el prójimo.

»¡Adiós, navegantes que buscáis el rumbo a través de las densas brumas de vuestras abstracciones vastas como principios! ¡Adiós, mártires del pensamiento, llevados a él por la verdadera luz! ¡Adiós, esferas estudiosas donde he oído la queja del genio insultado, el suspiro del sabio esclarecido demasiado tarde!

»He aquí el concierto angélico, la brisa de perfumes, el incienso del corazón exhalado por aquellos que van rezando, consolando, expandiendo la luz divina y el celeste bálsamo en las almas tristes. ¡Valor, coro de amor! Vosotros a los que los pueblos claman: “¡Consoladnos, defendednos!”, ¡valor y adiós!

»¡Adiós granito, que te convertirás en flor; adiós flor, tú te convertirás en paloma; adiós paloma, tú serás mujer; adiós mujer, tú serás sufrimiento; adiós hombre, tú serás creencia; adiós, vosotros que seréis todo amor y plegaria!».

Abatido por la fatiga, aquel ser inexplicable se apoyó por primera vez en Wilfredo y Minna, para volver a su morada. Y ambos acompañantes se sintieron entonces alcanzados por un contagio desconocido. Apenas habían dado algunos pasos, cuando apareció David llorando.

—¡Ella va a morir! ¿Por qué la habéis traído hasta aquí? —gritó desde lejos.

Serafita fue arrebatada por el viejo, quien volvió a hallar las fuerzas de la juventud, llevándola en volandas hasta la puerta del castillo, como un águila que se lleva a alguna blanca oveja a su nido.

VI

EL CAMINO PARA IR AL CIELO

El día siguiente al en que Serafita presintió su fin y dio sus adioses a la tierra, como un prisionero contempla su celda antes de abandonarla para siempre, sintió dolores que le obligaron a permanecer en completa inmovilidad como quienes sufren males extremos. Wilfredo y Minna fueron a verla, encontrándola tendida sobre su diván de peletería. Velada aún por la carne, su alma irradiaba a través de ese velo, blanqueándolo de día en día. Los progresos del espíritu que minaba la postrer barrera por la cual estaba separado del infinito, se llamaban una enfermedad, y la hora de la vida, la muerte. David lloraba viendo sufrir a su ama sin querer escuchar sus consuelos; el anciano estaba irrazonable como un niño. El señor Becker quería que Serafita siguiera un tratamiento médico; mas todo era inútil.

Una mañana mandó llamar a los dos seres a los que había querido, diciéndoles que aquella era ya la jornada final de sus males. Wilfredo y Minna acudieron llenos de terror, pues sabían que iban a perderla. Serafita les sonrió a la manera de quienes van a un mundo mejor, e inclinó la cabeza como una flor demasiado cargada de rocío, que muestra por vez última su cáliz y exhala al aire sus últimos perfumes; los contempló con una melancolía inspirada por ellos, pues ella no pensaba ya en sí misma, y ellos la sentían sin poder expresar su dolor, al cual se mezclaba la gratitud. Wilfredo permanecía en pie, silencioso, inmóvil, perdido en una de esas contemplaciones provocadas por las cosas cuya extensión nos hace comprender aquí abajo una inmensidad suprema. Alentada por la debilidad de aquel ser tan poderoso, o acaso por el temor de perderla para siempre, Minna se inclinó hacia él, para decirle:

—Serafitus, déjame seguirte.

—¿Puedo prohibírtelo?

—¿Pero por qué no me amas lo bastante como para quedarte?

—Aquí no podría amar a nadie.

—¿Qué es lo que amas, pues?

—El cielo.

—¿Eres digna del cielo, despreciando así a las criaturas de Dios?

—Minna, ¿podemos amar a dos seres a la vez? ¿Sería un bienamado tal, si no llenase el corazón? ¿No debe ser él el primero, el último, el único? ¿No abandona el mundo por su bienamado aquella que es todo amor? Su familia entera se convierte en un recuerdo; no tiene más que un pariente, ¡él! ¡Su alma no es ya de ella, sino de él! Si ella conserva en sí misma algo que no sea de él es que no ama; ¡no, ella no ama! ¿Es acaso amar, hacerlo débilmente? La palabra del bienamado la toma jubilosa y se vierte en sus venas como una púrpura más roja que lo es la sangre; su mirada es una

luz que la penetra, ella se funde en él; allá donde él está, todo es bello. Es cálido al alma, lo ilumina todo; junto a él, no hace nunca ni frío ni es de noche. Él no está jamás ausente, se halla siempre en nosotros, pensamos en él, por él y para él. Así es, Minna, como yo amo.

—¿A quién? —dijo Minna, atacada por devoradores celos.

—¡A Dios! —respondió Serafitus, cuya voz brilló en las almas como una hoguera de libertad que se alumbra de montaña en montaña—. ¡A Dios, que jamás nos traiciona! ¡A Dios, que no nos abandona nunca y colma incesantemente nuestros deseos; a Aquel que únicamente puede saciar constantemente a su criatura con un goce infinito y sin mezcla! ¡A Dios que jamás se cansa y que no tiene sino sonrisas! ¡A Dios que, siempre nuevo, vuelca al alma sus tesoros, que purifica y no tiene nada de amargo, que es lodo armonía y todo llama! ¡A Dios, que se introduce en nosotros para florecer, satisface cuanto queremos, no cuenta ya con nosotros cuando somos suyos, sino que se da por entero, nos arrebatata, nos amplifica, nos multiplica en Él! ¡En fin, a DIOS! Minna, yo te amo porque tú puedes ser de Él. Yo te amo, porque, si vas a Él, serás al par mía.

—¡Condúceme, pues! —dijo la muchacha, arrodillándose—. Tómame de la mano; no quiero abandonarte más.

—¡Condúcenos, Serafita! —exclamó Wilfredo, quien fue a unirse a Minna, con impetuoso movimiento—. Sí, tú me has dado sed de la luz y sed de la palabra; estoy transido del amor que me has puesto en el corazón, y conservaré tu alma en la mía; lanza a ella tu querer, que yo haré cuanto me digas que haga. ¡Si no puedo obtenerte, quiero conservar de ti todos los sentimientos que me comunicarás! Si no me puedo unir a ti más que por mi sola fuerza, me uniré a ella como el fuego lo hace con lo que devora. ¡Habla!

—¡Ángel! —exclamó aquel incomprendible ser, envolviéndoles a ambos en una mirada que fue como un manto de azur—. Ángel, el cielo será tu herencia.

Tras aquella exclamación que resonó en las almas de Wilfredo y de Minna como el primer acorde de alguna música celeste, se produjo entre ellos un gran silencio, que finalmente cortó aquella alma dolorida diciendo:

—Si queréis acostumar a vuestros pies a andar por el camino que conduce al cielo, habéis de saber bien que los comienzos son duros. Dios quiere ser buscado por Él mismo. En este sentido, es celoso, os quiere por entero; mas cuando os habéis dado a Él, no os abandona ya jamás. Voy a dejaros las llaves del reino donde brilla su luz, donde estaréis por doquier en el seno del padre, en el corazón del esposo. Ningún centinela impide los accesos; podéis entrar por todos lados; su palacio, sus tesoros, su cetro, nada está guardado; Él dice a todos: «¡Tomadlos!». Mas hace falta querer ir allí. Como para hacer un viaje, es necesario abandonar la casa, renunciar a los proyectos, decir adiós a los amigos, al padre, a la madre, a la hermana y hasta al más pequeño de los hermanos que llora; y darles adioses eternos, pues ya no volveréis, como tampoco los mártires en camino a la hoguera regresaban a su hogar; en fin,

hace falta despojaros de los sentimientos y de las cosas a que tienen apego los hombres; sin lo cual no seríais íntegros en vuestra empresa. Haced por Dios lo que hacéis por vuestros designios ambiciosos, lo que hacéis consagrándoos a un arte, o lo que habéis hecho cuando amasteis a una criatura más que a Él, o cuando perseguís un secreto de la ciencia humana. ¿No es Dios la ciencia misma, el amor mismo, la fuente de toda poesía? ¿No puede excitar la cupidez su tesoro? Éste es inagotable, su poesía infinita, su amor inmutable, su ciencia infalible y sin misterios. No os apeguéis, pues, a nada, que Él os lo dará todo. Sí, volveréis a hallar en su corazón bienes incomparables con los que habréis perdido en la tierra. Lo que os digo es cierto: tendréis su poder, del cual dispondréis como disponéis de lo que pertenece a vuestro amante o a vuestra amada. ¡Ay, la mayoría de los hombres dudan, están faltos de fe, de voluntad, de perseverancia! Si algunos se ponen en camino, luego miran tras sí, y vuelven. Pocas criaturas saben escoger entre estos dos extremos: o quedarse o partir, o el fango o el cielo. Todos vacilan. La debilidad inicia el extravío, la pasión arrastra a la mala vida, el vicio, que es un hábito, atasca, y el hombre no hace progreso alguno hacia los estados mejores. Todos los seres pasan una primera vida en la esfera de los instintos, donde laboran en reconocer la inutilidad de los tesoros terrestres, después de haberse dado mil afanes para amasarlos. ¡Cuántas veces se vive en este primer mundo antes de salir preparado de él para volver a comenzar otras pruebas en la esfera de las abstracciones, donde el pensamiento se ejerce en falsas ciencias, y el espíritu se cansa al fin de la palabra humana! Pues, agotada la materia, viene el espíritu. ¡Cuántas formas ha utilizado el ser prometido al cielo antes de llegar a comprender el precio del silencio y de la soledad, cuyos constelados peldaños son el atrio de los mundos espirituales! Tras haber experimentado el vacío y la nada, los ojos se vuelven hacia el buen camino. Otras existencias han de emplearse entonces para llegar al sendero donde brilla la luz. La muerte es el relevo de este viaje. Las experiencias se hacen entonces en sentido inverso: a menudo es preciso toda una vida para adquirir las virtudes que son lo opuesto de los errores en los cuales ha vivido precedentemente el hombre. Así viene primero la vida en que se sufre, y cuyas torturas dan sed de amor. Seguidamente, la vida en que se ama y donde la devoción por la criatura enseña la devoción por el Creador, donde las virtudes del amor, sus mil martirios, su angélica esperanza, sus alegrías seguidas de dolores, su paciencia, su resignación, excitan el apetito de las cosas divinas. Viene luego la vida donde se busca, en el silencio, las huellas de la palabra, en la que uno se toma humilde y caritativo. Después, la vida en que se desea. Y finalmente, la vida en que se reza. ¡Ahí se encuentra el eterno mediodía, ahí están las flores, ahí la cosecha! Las cualidades adquiridas, desarrolladas lentamente en nosotros, son los lazos invisibles que unen cada una de nuestras *existencias*, y que el alma sola recuerda, pues la materia no puede acordarse de ninguna de las cosas espirituales. Tan sólo el pensamiento tiene la tradición de lo anterior. Este legado perpetuo del pasado al presente, y del presente al futuro, es el secreto de los genios humanos: unos tienen el

don de las formas y otros el de los números, los de más allá el de las armonías. Son progresos en el camino de la luz. Sí, quien posee uno de esos dones toca por un punto al infinito. La palabra de la que os revelo aquí algo, se la ha repartido la tierra, la ha reducido a polvo, y la ha sembrado, en sus obras, en sus doctrinas, en sus poesías. Si algún impalpable grano de ella reluce en una obra, decís: «¡Esto es grande, esto es verdad, esto es sublime!». Esa poca cosa vibra en vosotros y acomete el presentimiento del cielo. Para unos la enfermedad que nos separa del mundo, para otros la soledad que nos aproxima a Dios, para éste la poesía; en fin, todo cuanto nos repliega sobre uno mismo, nos hiere, nos abrumba y nos aplasta, nos eleva o nos rebaja, es una resonancia del mundo divino. Cuando un ser ha trazado recto el primer surco, él le basta para asegurar los demás: un sólo pensamiento ahondado, una voz oída, un sufrimiento vivo, un solo eco que encuentra en una la palabra, cambia para siempre nuestra alma. Todo desemboca en Dios; hay, pues, muchas probabilidades de encontrarle yendo derecho hacia Él. Cuando llega el día feliz en que se pone el pie en el camino y que comienza el peregrinaje, la tierra no sabe nada, no comprende, ni uno la oye más, pues ella está en uno. Los hombres que llegan al conocimiento de estas cosas y que dicen algo de la palabra verdadera, éstos no encuentran parte alguna donde reposar su cabeza, éstos son perseguidos como fieras, y perecen a menudo en cadalsos, con gran júbilo de las gentes reunidas, mientras que los ángeles les abren las puertas del cielo. Vuestro destino será, pues, un secreto entre vos y Dios, como el amor es un secreto entre dos corazones. Seréis el tesoro escondido, sobre el cual pasan los hombres hambrientos de oro, sin saber que está allí. Vuestra existencia se hace entonces incesantemente activa; cada uno de vuestros actos tiene un sentido que se relaciona a Dios, como en el amor vuestras acciones y vuestros pensamientos están colmados de la criatura humana; mas el amor y sus alegrías, el amor y sus placeres limitados por los sentidos, es una imagen imperfecta del amor infinito que une al novio celeste. Todo goce terrestre está seguido de angustias, de descontentos; para que el amor sea sin disgusto es preciso que la muerte lo remate en lo más intenso de su llama, no conociéndose entonces las cenizas; mas aquí, Dios transforma nuestras miserias en delicias, la alegría se multiplica por sí misma, va creciendo y no tiene límites. Así, en la vida terrestre, el amor pasajero acaba por tribulaciones constantes; mientras que, en la vida espiritual, las tribulaciones de un día terminan con alegrías infinitas. El alma está incesantemente jubilosa. Se siente a Dios junto a uno, en uno; da a todas las cosas un santo sabor, irradia en el alma, impregna con su dulzura, le desinteresa a uno de la tierra por sí mismo, y le interesa por Él mismo, permitiendo ejercer su poder. Se hacen en su nombre las obras que El inspira: uno seca las lágrimas, obra por Él, no tiene nada propio, se ama como Él a las criaturas con inextinguible amor, se desearía verlas a todas en camino a Él, como una verdadera amante quisiera ver a todos los seres del mundo obedecer a su bienamado. La última vida, en la que se resumen las otras, donde se tienden todas las fuerzas y cuyos méritos deben abrir la puerta santa al ser perfecto, es la vida de la oración. ¿Quién os

hará comprender la grandeza, las majestades, las fuerzas de la oración? Que mi voz truene en vuestros corazones y que los transforme. ¡Sed en seguida lo que seríais tras las pruebas! Hay criaturas privilegiadas, los profetas, los videntes, los mensajeros, los mártires, todos aquellos que sufrieron por la Palabra o que la han proclamado; esas almas franquean de un salto las esferas humanas, y se elevan de golpe a la oración. Así aquellos que están devorados por la brasa de la fe. Sed una de esas intrépidas parejas. Dios tolera la temeridad, gusta de ser enfrentado con violencia, no rechaza jamás a quien puede ir hasta Él. Sabedlo, el deseo, ese torrente de nuestra voluntad, es tan poderoso en el hombre, que un solo impulso emitido con fuerza puede hacer obtenerlo todo, bastando a menudo un solo grito bajo la presión de la fe. ¡Sed uno de esos seres llenos de fuerza, de deseo y de amor! ¡Sed victoriosos de la tierra, que la sed y el hambre de Dios os apresen! Corred a Él como el sediento ciervo corre a la fuente: el deseo os dotará de sus alas; las lágrimas, esas flores del arrepentimiento, serán como un bautismo celeste de donde saldrá vuestra naturaleza purificada. Lanzaos del seno de esas ondas a la oración. El silencio y la meditación son los medios eficaces para ir por ese camino. Dios se revela siempre al hombre solitario y recoleto. Así se operará la separación necesaria entre la materia que durante tanto tiempo os ha rodeado con sus tinieblas y el espíritu que nace en vos y os ilumina, ya que entonces se hará la claridad en vuestra alma. Vuestro corazón destrozado recibe entonces la luz, ella lo inunda. No sentís entonces ya más convicciones en vos, sino deslumbrantes certidumbres. El poeta expresa, el sabio medita, el justo obra; mas quien se sitúa en el borde de los mundos divinos, reza; y su plegaria es a la vez palabra, pensamiento, acción... Sí, su plegaria encierra todo, lo contiene todo, os consume la naturaleza descubriéndoos su espíritu y su marcha. Blanca y luminosa hija de todas las virtudes humanas, arca de la alianza entre la tierra y el cielo, dulce compañera que tiene algo del león y de la paloma, la plegaria os dará la llave de los cielos. Atrevida y pura como la inocencia, fuerte como todo lo que es uno y simple, esa bella reina se apoya sobre el mundo material, del cual se ha apropiado; ya que, semejante al sol, le ciñe estrechamente con su círculo de luz. El universo pertenece a quien quiere, a quien sabe, a quien puede orar; mas es preciso querer, saber y poder; en una palabra, poseer la fuerza, la sabiduría y la fe. Así, la plegaria que resulta de tantas pruebas, es la consumación de todas las verdades, de todas las potencias, de todos los sentimientos. Fruto del desarrollo laborioso, progresivo, continuo de todas las propiedades naturales, animado por el soplo divino de la Palabra, posee actividades mágicas; ella es el último culto: no es ni el culto material que tiene imágenes, ni el espiritual, que tiene fórmulas; es el culto del mundo divino. No pronunciamos más oraciones; la oración se alumbra en nosotros, es una facultad que se ejerce por sí misma; ha conquistado ese carácter de actividad que la coloca por encima de las formas; enlaza entonces el alma a Dios, con quien uno se une como la raíz de los árboles se une a la tierra; las venas se adhieren al principio de las cosas, y se vive la vida misma de los mundos. La plegaria da la convicción exterior,

haciéndonos penetrar en mundo material por la cohesión de todas nuestras facultades con las sustancias elementales; y la convicción interior, desarrollando nuestra esencia y mezclándola a la de los mundos espirituales. Para llegar a orar así, obtened un cabal desprendimiento de la carne, adquirid al fuego de los crisoles la pureza del diamante, ya que esta completa comunicación no se obtiene más que por el absoluto reposo, por el apaciguamiento de todas las tempestades. Sí, la plegaria, verdadera aspiración del alma enteramente separada del cuerpo, arrebatada todas las fuerzas y las aplica a la constante y perseverante unión de lo visible y lo invisible. Poseyendo la facultad de orar sin cansancio, con amor, con firmeza, con certidumbre, con inteligencia, la naturaleza espiritual es pronto investida con la potencia. Como un impetuoso viento, o como el rayo, ella atraviesa todo y participa en el poder de Dios. Se obtiene la agilidad del espíritu; en un instante, uno se hace presente en todas las regiones, se es transportado como la misma palabra de un extremo al otro del mundo. Hay una armonía en la cual se participa; hay una luz, y se la ve; hay una melodía, y su acorde está en uno mismo. En este estado, sentiréis desarrollarse, engrandecerse vuestra inteligencia, y su vista alcanzará prodigiosas distancias: no hay en efecto ni tiempo ni lugar para el espíritu. El espacio y la duración son proporciones creadas por la materia, y el espíritu y la materia no tienen nada de común. Aunque estas cosas se operen en la calma y en el silencio, sin agitación, sin movimiento exterior, sin embargo todo es acción en la plegaria, pero acción viva, despojada de toda substancialidad, y reducida a ser, como el movimiento de los mundos, una fuerza invisible y pura. Desciende por doquier como la luz y da la vida a las almas que se encuentran bajo sus rayos como la naturaleza está bajo el sol. Resucita por doquier la virtud, purifica y santifica todos los actos, puebla la soledad, da un gusto anticipado de los eternos deleites. Una vez que se han experimentado las delicias de la embriaguez divina engendrada por los trabajos interiores, entonces todo está consumado. Una vez que poseéis el sistro con el que se canta a Dios, no se le abandona más. De ahí la soledad en que viven los espíritus angélicos y su desdén por lo que constituye los goces humanos. Os lo digo, se hallan excluidos del número de quienes deben morir; si entienden los lenguajes, no comprenden ya más las ideas; se extrañan de sus movimientos, de lo que se llama política, leyes materiales y sociedades; para ellos, no hay más misterio, sino verdades. Quienes han llegado al punto donde sus ojos descubren la puerta santa, y que, sin lanzar una sola mirada hacia atrás, sin expresar un solo pesar, contemplan los mundos penetrando los destinos; éstos se callan, esperan y sufren sus últimas luchas; la más difícil es la postrera, la virtud suprema es la resignación: estar en exilio y no quejarse, no tener ya gusto por las cosas de aquí abajo y sonreír, ser de Dios y permanecer entre los hombres... Se escucha bien la voz que dice: «¡Anda! ¡Anda!». A menudo, en celestes visiones, descienden ángeles para envolverle a uno con sus cánticos. Y hay que volverlos a ver volar a su colmena, sin llantos ni murmuraciones. Quejarse, sería decaer. La resignación es el fruto que madura a la puerta del cielo. ¡Cuán poderosas y

bellas son la serena sonrisa y la pura frente de la criatura resignada! ¡Radiante es el resplandor que le orna la frente! ¡Quien vive en su zona, se torna mejor! Su mirada penetra, entenece. Más elocuente por su silencio que lo es por su palabra, triunfa por su sola presencia. Tiende el oído como el fiel can que espera al amo. Más fuerte que el amor, más viva que la esperanza, más grande que la fe, es la hija adorable que, tendida sobre la tierra, conserva un momento la palma conquistada, dejando una huella de sus pies blancos y puros; y, cuando ella ya no está más, corren los hombres en tropel diciendo: «¡Ved!». Dios la mantiene allí como una figura al pie de la cual se arrastran las formas y las especies de la animalidad para reconocer su camino. Ella sacude, por momentos, la luz que sus cabellos exhalan, y se la ve; ella habla, y se la oye, y todos se dicen: «¡Milagro!». Frecuentemente, ella triunfa en nombre de Dios; los hombres espantados la reniegan y la condenan a muerte; ella depone su espada y sonríe a la pira tras haber salvado a los pueblos. ¡Cuántos ángeles perdonados han pasado del martirio al cielo! Sinaí, el Gólgota, no están aquí o allá; el ángel es crucificado en todos los lugares, en todas las esferas. Los suspiros llegan a Dios de todas partes. La tierra en que nos encontramos es una de las espigas de la cosecha y la humanidad una de las especies en el inmenso campo donde se cultivan las flores del cielo. En fin, por doquier es Dios semejante a sí mismo, y, en todas partes, orando, es fácil llegar a Él.

Con estas palabras, caídas de sus labios como los de una otra Agar en el desierto, pero que, llegadas al alma, la removían como flechas lanzadas por el inflamado verbo de Isaías, aquel ser se calló repentinamente para reunir sus últimas fuerzas. Ni Wilfredo ni Minna osaron hablar. De pronto también, se enderezó para morir, diciendo:

—¡Alma de todas las cosas, oh Dios mío, Tú a quien amo por ti mismo, Tú, Juez y Padre, sonda un ardor que no tiene por medida sino tu infinita bondad! ¡Dame tu esencia y tus facultades para que sea mejor de Ti! ¡Tómame para que no sea más yo mismo! ¡Si no soy lo bastante puro, vuelve a sumirme en el horno! ¡Si estoy tallado en segur, haz de mí la reja de algún arado nutricio o la espada victoriosa! ¡Otórgame algún martirio magnífico en el que pueda proclamar tu palabra! Rechazado, bendeciré tu justicia. Si el exceso de amor obtiene en un momento lo que se niega a duros y pacientes trabajos, arrebatame sobre tu carro de fuego... ¡Me otorgues el triunfo o nuevos dolores, sé bendecido! ¿Pues no es sufrir por Ti un triunfo también? ¡Toma, ase, arranca, arrebatame! ¡Si lo quieres, recházame! Tú eres el adorado a quien no sabría causar mal... ¡Ah! —clamó tras una pausa—. Los lazos se quiebran. ¡Espíritus puros, rebaño sagrado, salid de los abismos, volad sobre la superficie de las ondas luminosas! ¡La hora ha sonado, venid, congregaos! Cantemos a las puertas del santuario; nuestros cánticos disiparán las últimas nubes. Unamos nuestras voces para saludar la aurora del día eterno. ¡He aquí el alba de la verdadera luz! ¿Por qué no puedo llevar conmigo a mis amigos? ¡Adiós, pobre tierra, adiós!

VII

LA ASUNCIÓN

Estos cantos postreros no fueron expresados ni por la palabra, ni por la mirada, ni por el gesto, ni por ninguna de las señales que sirven a los humanos para comunicarse sus pensamientos, sino como el alma se habla a si misma; pues en el mismo instante en que Serafita se revelaba en su verdadera naturaleza, sus ideas no eran ya esclavas de las frases humanas. La violencia de su póstuma plegaria había roto las ligaduras. Como una blanca paloma, su alma permaneció durante un momento posada sobre aquel cuerpo cuyas agotadas substancias iban a reducirse a la nada.

La aspiración del alma hacia el cielo fue tan contagiosa que Wilfredo y Minna, viendo los radiantes destellos de la vida, no se percataron de la muerte.

Ambos habían caído de rodillas cuando *él* había enderezado su rumbo, compartiendo su éxtasis.

El temor al Señor, que crea al hombre por segunda vez y le lava de su cieno, había devorado sus corazones.

Aunque apresados por el temblor de Dios, como lo fueron algunos de esos videntes llamados profetas entre los hombres, permanecieron allí como ellos, hallándose en el rayo donde brillaba la gloria del ESPIRITU.

El velo de carne que lo había ocultado a su vista hasta entonces, se evaporaba insensiblemente, permitiéndoles ver la divina substancia.

Permanecieron en el crepúsculo de la naciente aurora, cuyos débiles resplandores les preparaban para contemplar la verdadera luz, para oír la palabra viva, sin morir.

En este estado, ambos comenzaron a comprender las inconmensurables diferencias que separan las cosas de la tierra a las cosas del cielo.

La VIDA, al borde de la cual se mantenían apretados uno contra otro, temblorosos e iluminados, como dos niños se mantienen en un refugio ante un incendio, esa vida no ofrecía ninguna presa a los sentidos.

Las ideas que les sirvieron para comunicarse su visión fueron, respecto a las cosas entrevistas, lo que los sentidos aparentes del hombre pueden serlo a su alma: la envoltura material de una esencia divina.

El ESPIRITU estaba sobre ellos, embalsamaba sin aroma, era melodioso sin recurrir a los sonidos; allá donde ellos estaban no se encontraban superficies, ni ángulos, ni aire.

No osaban ya interrogarlo ni contemplarlo, manteniéndose en su sombra como bajo los ardientes rayos del sol de los trópicos, sin atreverse a alzar los ojos por temor a perder la vista.

Se sabían cerca de *él*, sin poder explicarse por qué medios estaban situados, como

en sueño, en la frontera de lo visible y lo invisible, ni cómo no veían ya más lo visible, y cómo vislumbraban lo invisible.

Se decían: «¡Si él nos toca, moriremos!». Mas el ESPIRITU estaba en el infinito, y ellos ignoraban que ni el tiempo ni el espacio existen ya en el infinito, que estaban separados de él por abismos, aunque en apariencia a su lado.

Sus almas no eran idóneas para recibir en su integridad el conocimiento de las facultades de esa vida, por lo que no tuvieron sino percepciones confusas apropiadas a su debilidad.

De otro modo, cuando resonó la PALABRA VIVA, cuyos lejanos sonos llegaron a sus oídos, y cuyo sentido penetró en su alma como la vida se une al cuerpo, un solo acento de esa palabra les habría absorbido, como un torbellino de fuego arrastra a una débil paja.

No vieron, pues, sino lo que su naturaleza, sostenida por la fuerza del espíritu, les permitió ver; no oyeron sino lo que podían oír.

A pesar de esos atemperamientos, se estremecieron cuando estalló la voz del alma doliente, el canto del ESPIRITU, que esperaba la vida y la imploraba con un grito.

Aquel grito les heló hasta la medula de sus huesos.

El ESPÍRITU llamaba a la PUERTA SANTA.

—¿Qué quieres? —le respondió un CORO, cuya interrogación resonó en los mundos.

—Ir a Dios.

—¿Has vencido?

—He vencido a la carne por la abstinencia, a la palabra falsa por el silencio, a la falsa ciencia por la humildad, al orgullo por la caridad, a la tierra por el amor; he pagado mi tributo por el sufrimiento, me he purificado ardiendo en la fe, he deseado la vida por la oración: espero adorando, y estoy resignado.

No se oyó respuesta alguna.

—¡Que Dios sea bendecido! —respondió el ESPÍRITU, creyendo que iba a ser rechazado.

Derramáronse sus lágrimas y cayeron en rocío sobre los dos testigos arrodillados, que temblaron ante la justicia de Dios.

Mas súbitamente sonaron las trompetas de la victoria alcanzada por el ÁNGEL en aquella última prueba, y su repercutir llegó a los espacios como un sonido en el eco, llenándolos y haciendo temblar el universo, que Wilfredo y Minna sintieron pequeño bajo sus pies. Se estremecieron, agitados por una angustia causada por la aprehensión del misterio que debía cumplirse.

Se produjo en efecto un gran movimiento, como si las legiones eternas se pusieran en marcha y se dispusieran en espiral. Los mundos remolineaban, semejantes a nubes arrastradas por un viento furioso. Todo sucedió rápidamente.

De pronto los velos se desgarraron y vieron en lo alto un astro incomparablemente más brillante que el más luminoso de los astros materiales, el

cual se desprendió y cayó como el rayo centelleando continuos destellos, haciendo su paso palidecer a lo que hasta entonces había tomado por la LUZ.

Era el mensajero encargado de anunciar la buena nueva, cuyo casco tenía por penacho una llama de vida.

Era portador de una espada y una pluma y tocó al ESPÍRITU con la palma. El ESPÍRITU se transfiguró, y sus blancas alas se desplegaron sin ruido.

La comunicación de la LUZ, que convertía al ESPÍRITU en SERAFÍN, el revestimiento de su forma gloriosa, armadura celeste, despidieron tales centelleos, que los dos videntes se sintieron fulminados.

Como los tres apóstoles ante cuyos ojos se mostró Jesús, Wilfredo y Minna sintieron el peso de sus cuerpos oponiéndose a una intuición completa y sin nubes de LA PALABRA y LA VERDADERA VIDA.

Comprendieron la desnudez de sus almas y pudieron medir su escasa claridad por la comparación que establecieron con la aureola del serafín, en la cual se encontraban como una vergonzosa mancha.

Fueron apresados por un deseo ardiente de volver a sumirse en el fango del universo para sufrir en él las pruebas, a fin de poder un día proferir victoriosamente ante la PUERTA SANTA las palabra pronunciadas por el radiante serafín.

Este ángel se arrodilló ante el SANTUARIO, al que podía en fin contemplar frente a frente, y dijo señalándoles:

—Permitidles ver más delante. Ellos amarán al Señor y proclamarán su palabra.

A esta súplica, cayó un velo. Bien fuese porque la fuerza ignota que pesaba sobre los dos videntes hubiese aniquilado momentáneamente sus fuerzas corporales, o bien porque hubiera hecho surgir su espíritu al exterior, sintieron separarse en ellos lo puro de lo impuro.

Las lágrimas del serafín se elevaron en tomo a ellos en forma de un vapor que les ocultó los mundos inferiores, los envolvió, los llevó, les comunicó el olvido de las significaciones terrestres, prestándoles el poder de comprender el sentido de las cosas divinas.

La verdadera luz apareció e iluminó las creaciones, que les parecieron áridas cuando vieron el origen, la fuente, donde los mundos terrestres, espirituales y divinos, extraen el movimiento.

Cada mundo tenía un centro hacia donde tendían todos los puntos de su esfera. En esos mundos ellos mismos eran puntos que tendían al centro de su especie. Cada especie tenía su centro en las grandes regiones celestes que comunicaban con el inagotable y resplandeciente *motor de todo lo que es*.

Así, desde el más grande al más pequeño de los mundos, y desde el más pequeño a la más diminuta porción de los seres que lo componían, todo era individual y, sin embargo, todo era uno.

¿Cuál era el designio de ese ser fijo en su esencia y en sus facultades, que las transmitía sin perderlas, que las manifestaba fuera de él sin separarlas de sí, que

desprendía todas esas creaciones fijas en su esencia y mutables en sus formas? Los dos invitados llamados a aquella fiesta solamente podían ver el orden y la disposición de los seres, admirar su inmediato fin. Sólo los ángeles iban más allá, conocían los medios y comprendían el fin.

Mas lo que los dos elegidos pudieron contemplar, aquello de lo que extrajeron un testimonio que iluminó sus almas para siempre, fue la prueba de la acción de los mundos y de los seres, la conciencia del esfuerzo con el que tienden al resultado.

Oyeron las diversas partes del infinito formando una melodía viviente; y, a cada compás en que el acorde se hacía sentir como una inmensa respiración, los mundos arrastrados por ese unánime movimiento se inclinaban hacia el Ser inmenso que, desde su impenetrable centro, hacía salir todo, para volverlo todo a Él.

Aquella incesante alternativa de voz y de silencio parecía ser el metrónomo del himno santo que resonaba y se prolongaba en los siglos de los siglos.

Wilfredo y Minna comprendieron entonces, viendo la homogeneidad del todo, algunas de las misteriosas palabras de quien se les había aparecido sobre tierra bajo forma distinta a cada uno de ellos, a uno como Serafitus, al otro como Serafita, cuando vieron que el todo era homogéneo.

La luz creaba la melodía, ésta la luz, los colores eran luz y melodía y el movimiento un número dotado de la palabra; en fin, todo era a la vez sonoro, diáfano, móvil; de manera que penetrándose mutuamente cada cosa, la extensión carecía de obstáculos y podía ser recorrida por los ángeles en la profundidad del infinito.

Reconocieron la puerilidad de las ciencias humanas de que les habían hablado.

Fue para ellos un panorama sin línea de horizontes, un abismo en el que un devorante deseo les forzaba a sumirse; pero, atados a su miserable cuerpo, tenían el deseo sin poseer la potencia.

El serafín plegó ligeramente sus alas para tomar su vuelo, y no se volvió más hacia ellos: no tenía ya nada de común con la tierra.

Se lanzó: la inmensa envergadura de su destellante plumaje cubrió a los dos videntes como con una benéfica sombra que les permitió alzar los ojos y verle arrebatado en su gloria, acompañado del jubiloso arcángel.

Ascendió como un radiante sol que sale del seno de las ondas; pero, más majestuoso que el astro, y prometido a más bellos destinos, no debía ser encadenado a una vida circular, como las creaciones inferiores; siguió la línea del infinito, tendiose sin desviación hacia un centro único, para sumirse allí en su vida eterna y recibir, en sus facultades y en su esencia, el poder de gozar por el amor y el don de comprender por la sabiduría.

El espectáculo que se reveló de pronto ante los ojos de los dos videntes los abrumó por su inmensidad, ya que se sentían como puntos cuya pequeñez no podía compararse más que a la más mínima fracción que el infinito de la divisibilidad permite concebir al hombre, puesta en presencia del infinito de los números que Dios sólo puede considerar, como se considera a Sí mismo.

¡Qué rebajamiento y qué grandeza en esos dos puntos, la fuerza y el amor, que el primer deseo del serafín colocaba como dos anillos para unir la inmensidad de los universos inferiores a la inmensidad de los universos superiores!

Comprendieron los invisibles lazos por los cuales se unían los mundos materiales a los mundos espirituales.

Recordando los sublimes esfuerzos de los magníficos genios humanos, hallaron el principio de las melodías oyendo los cánticos del cielo, que daban las sensaciones de los colores, de los perfumes, del pensamiento, y que evocaban los innúmeros detalles de todas las creaciones, como un canto de la tierra reanima ínfimas añoranzas de amor.

Llegados por una exaltación inaudita de sus facultades a un punto para el que el lenguaje carece de palabras, pudieron posar durante un momento la vista sobre el mundo divino. Allí estaba la fiesta.

Miríadas de ángeles acudieron volando al unísono, sin confusión, todos parecidos y todos diversos, simples como la rosa campestre, inmensos como los mundos.

Wilfredo y Minna no los vieron venir ni irse, pues sembraron de pronto el infinito con su presencia, como brillan las estrellas en el indiscernible éter.

El centelleo de sus diademas reunidas iluminó los espacios, como los resplandores del cielo en el momento en que el alba asoma en nuestras montañas.

De sus cabelleras brotaban ondas de luz y sus movimientos eran estremecimientos ondulantes, semejantes a las olas de un fosforescente mar.

Los dos videntes divisaron al serafín todo oscuro en medio de las legiones inmortales cuyas alas eran como el inmenso airón de los bosques agitados por una brisa.

Luego, como si fuesen disparadas al mismo tiempo todas las flechas de un carcaj, los espíritus ahuyentaron de un soplo los vestigios de su antigua forma; el serafín, a medida que ascendía, se tornaba más diáfano, y pronto no les pareció más que un leve esbozo de lo que habían visto cuando se transfigurara: líneas de fuego sin sombra.

Ascendía constantemente, recibiendo de círculo en círculo un nuevo don; luego, el signo de su elección se transmitía a la esfera superior, a la que siempre subía purificado.

Ninguna de las voces se callaba; el humo se propagaba en todas sus modulaciones...

«¡Salve a quien suba viviente! ¡Ven, flor de los mundos, diamante salido del fuego de los dolores, perla sin mácula, deseo sin carne, león nuevo de la tierra y del cielo; sé luz!

¡Espíritu vencedor, reina del mundo, vuela a tu corona! ¡Triunfador de la tierra, toma tu diadema! ¡Sé nuestro!».

Las virtudes del ángel reaparecían en su belleza.

Su primer deseo del cielo reapareció gracioso como una verdegueante infancia.

Como otras tantas constelaciones, sus acciones le condecoraron con su fulgor.

Sus actos de fe brillaron como el jacinto del cielo, color de fuego sideral.

La caridad le destinó sus perlas orientales, ¡bellas lágrimas recogidas!

El amor divino le rodeó con sus ropas, y su piadosa resignación le borró con su albura todo vestigio terrestre.

A los ojos de Wilfredo y Minna, pronto no fue más que un punto ígneo que se avivaba constantemente, cuyo movimiento se perdía en la melodiosa aclamación que celebraba su llegada al cielo.

Los celestes acentos hicieron llorar a los dos proscritos.

De pronto, un silencio de muerte, propagado como un sombrío velo de la primera a la última esfera, sumió a Wilfredo y Minna en una indecible expectación.

En aquel momento, el serafín se perdía en el seno del santuario donde recibió el don de la vida eterna.

Se produjo un movimiento de adoración profunda que sumió a los dos videntes en un éxtasis mezclado de espanto.

Sintieron que todo se prosternaba en las esferas divinas, en las esferas espirituales, y en los mundos de tinieblas.

Los ángeles doblaban la rodilla para celebrar su gloria y los espíritus doblaban la rodilla para testimoniar su impaciencia; se doblaba la rodilla en los abismos estremeciéndose de espanto.

Un clamor de júbilo brotó como un manantial estancado que vuelve a hacer brotar sus millares de gavillas florecientes en las que cabrillea el sol sembrando de diamantes y de perlas las luminosas gotas, en el instante en que el serafín reapareció refulgente y gritó:

—¡ETERNO! ¡ETERNO! ¡ETERNO!

Los universos le oyeron y le reconocieron; él los penetró como Dios los penetra y tomó posesión del infinito.

Los siete mundos divinos se conmovieron a su vez y le respondieron.

En aquel instante se produjo un gran movimiento como si astros enteros, purificados, se elevasen en deslumbrantes claridades tomadas eternas.

Acaso el serafín había recibido como primera misión la de llamar a Dios a las creaciones penetradas por la Palabra.

Mas ya el sublime ALELUYA resonaba en el entendimiento de Wilfredo y de Minna, como las postreras ondulaciones de una música acabada.

Ya los resplandores se desvanecían como las tonalidades de un sol que declina entre lenguas de púrpura y oro.

Lo impuro y la muerte volvían a recuperar su presa.

Al retornar a los lazos de la carne, de los que su espíritu se había desprendido momentáneamente por un sublime sueño, los dos mortales se sentían como en la mañana de una noche colmada de brillantes sueños, cuyo recuerdo revolotea en el alma, pero cuya conciencia es negada al cuerpo, y que el lenguaje humano no sabría expresar.

La profunda noche en cuyos limbos rodaban era la esfera donde se mueve el sol de los mundos visibles.

—Descendamos allá abajo —dijo Wilfredo a Minna.

—Hagamos como él ha dicho —respondió ella—. Después de haber visto los mundos en marcha hacia Dios conocemos ya la buena senda. Nuestras diademas de estrellas están allá arriba.

Rodaron en los abismos, volvieron a entrar en el polvo de los mundos inferiores y vieron de pronto a la tierra como un paraje subterráneo, cuyo espectáculo les fue iluminado por la luz que traían en su alma y que los rodeaba aún con una nube en la que se repetían, disipándose, vagamente, las armonías del cielo. Aquel espectáculo era el que antaño impresionara los ojos interiores de los profetas. Ministros de religiones diversas, todas pretendidamente verdaderas, reyes consagrados todos por la fuerza y por el terror, guerreros y grandes repartiéndose mutuamente los pueblos, sabios y ricos sobre una muchedumbre ruidosa y doliente, a la que trituraban bajo sus pies: todos eran acompañados por sus servidores y sus mujeres; todos vestidos de ropajes de oro, de plata, de azur; cubiertos de perlas, de piedras preciosas arrancadas a las entrañas de la tierra, hurtadas al fondo de los mares, y para lo cual se había empleado mucho tiempo la humanidad, sudando y blasfemando. Mas aquellas riquezas y aquellos esplendores amasados en sangre, fueron como andrajosos harapos a los ojos de los dos proscritos.

—¿Qué hacéis así, alineados e inmóviles? —les gritó Wilfredo.

Ellos no respondieron.

—¿Qué hacéis así, alineados e inmóviles?

Ellos no respondieron.

Wilfredo les impuso las manos, gritándoles:

—¿Qué hacéis así, alineados e inmóviles?

Con unánime movimiento, todos abrieron sus vestidos, dejando ver cuerpos descamados, roídos por gusanos, corrompidos, atormentados por horribles enfermedades.

—Conducís a las naciones a la muerte —les dijo Wilfredo—. Habéis adulterado la tierra, desnaturalizado la palabra, prostituido la justicia. Tras haber comido la hierba de los pastos, matáis ahora a las ovejas. ¿Os creéis justificados mostrando vuestras llagas y calamidades? Voy a advertir a aquellos de mis hermanos que aún pueden oír la VOZ, para que puedan ir a saciarse a las fuentes que vosotros habéis ocultado.

—Reservemos nuestras fuerzas para orar —le dijo Minna—. Tú no tienes la misión de los profetas, ni la del reparador, ni la del mensajero. No nos encontramos aún sino sobre los confines de la primera esfera; intentemos franquear los espacios en alas de la plegaria.

—¡Tú serás todo mi amor!

—¡Tú serás toda mi fuerza!

—Hemos vislumbrado los elevados misterios; somos el uno para el otro el único ser aquí abajo con el que puedan ser comprensibles la alegría y la tristeza; oremos pues, conocemos el camino, marchemos.

—Dame la mano —dijo la muchacha—. Si vamos siempre juntos, la vida me resultará menos dura y menos larga.

—Contigo solamente —respondió el hombre— podré atravesar la gran soledad sin permitirme una queja.

—E iremos juntos el cielo —dijo ella.

Se cernieron nubes formando un sombrío dosel. De pronto, los dos amantes se encontraron arrodillados ante un cadáver que el viejo David preservaba contra la curiosidad de todos y que quería enterrar él mismo.

Fuera eclosionaba en toda su magnificencia el primer estío del siglo XIX. Los dos amantes creyeron oír una voz en los rayos del sol. Respiraron un espíritu celeste en las nuevas flores, y se dijeron, manteniéndose cogidos de la mano:

—El inmenso mar que allá abajo reluce es una imagen de lo que allá arriba hemos visto.

—¿A dónde vais? —les preguntó el señor Becker.

—Queremos ir a Dios —respondieron ellos—. Venid con nosotros, padre mío.

Ginebra y París, diciembre 1833-noviembre 1835



FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO
0
MEDITACIONES DE FILOSOFÍA ECLÉCTICA



SOBRE LA FELICIDAD Y LA INFELICIDAD CONYUGAL

DEDICATORIA

Fíjese usted, lector, en estas palabras que encontrará en la Meditación III: «El hombre superior a quien se le dedica este libro». ¿No es como si dijese que es usted?

El Autor.

La mujer que al ver el título de este libro sienta la tentación de leerlo, puede evitarse esta molestia, pues lo ha leído ya sin saberlo. Un hombre, por malicioso que pueda ser, nunca hablará tan bien ni tan mal de las mujeres como ellas piensan de sí mismas. Si, a pesar de esta advertencia, una mujer insiste en leer este libro, la delicadeza deberá imponerle la obligación de no decir mal del autor, toda vez que éste, privándose de las aprobaciones que tanto halagan a la mayoría de los escritores, en cierto modo ha grabado en el frontispicio de su libro la prudente inscripción que se pone sobre la puerta de algunos establecimientos: *Las señoras no entran aquí.*

INTRODUCCIÓN

«El matrimonio no deriva de la Naturaleza. —La familia oriental difiere totalmente de la occidental—. El hombre es el ministro de la Naturaleza, y la sociedad se injerta en ella. —Las leyes se hacen para las costumbres, y las costumbres varían».

Así, pues, el matrimonio puede experimentar el perfeccionamiento gradual a que están sujetas todas las cosas humanas.

Estas palabras, pronunciadas ante el Consejo de Estado por Napoleón con ocasión de la discusión del Código Civil, impresionaron intensamente al autor de este libro, y quizá, a su pesar, dejaron en él el germen de la obra que hoy ofrece al público. En efecto, en la época en que, mucho más joven, estudió Derecho francés, la palabra «adulterio» le causó singulares impresiones. Inmerso en el Código, jamás esta palabra dejó de aparecersele en su imaginación sin arrastrar tras ella un lúgubre cortejo. Las Lágrimas, la Vergüenza, el Odio, el Terror, los Crímenes secretos, sangrientas Guerras, Familias sin jefe, la Desdicha, se personificaban ante él y se levantaban en toda su dimensión en cuanto leía la palabra sacramental: «adulterio». Tiempo después, al frecuentar las esferas más cultivadas de la sociedad, el autor comprobó la severidad de las leyes que rigen el matrimonio, y que estaban generalmente suavizadas por el Adulterio. Encontró que los matrimonios desdichados abundaban mucho más que los felices. Y creyó observar, siendo el primero en hacerlo, que de todos los conocimientos humanos, el del Matrimonio era el menos adelantado. Pero fue una observación de joven, y en él, como en tantos otros, pareciendo una piedra lanzada en un lago, se perdía en las anfractuosidades de sus tumultuosos pensamientos. No obstante, el autor siguió observando, a pesar de él; después se fue formando en su imaginación como un enjambre de ideas más o menos justas sobre la naturaleza de las cosas conyugales. Tal vez las obras se van formando en las almas de manera tan misteriosa como crecen las trufas en medio de las perfumadas llanuras del Périgord. Del primitivo y santo terror que le causó el Adulterio y de la observación que tan alocadamente había hecho, nació una buena mañana el mínimo pensamiento en el que sus ideas se formularon. Se trataba de una broma: dos esposos se amaban por primera vez al cabo de veintisiete años de matrimonio.

Se divirtió con el pequeño libelo conyugal y pasó una deliciosa semana agrupando alrededor del inocente epigrama la multitud de ideas que había ido adquiriendo a su pesar, y que se extrañó de hallar en él. La chanza se derrumbó ante una observación magistral. Dócil al aviso, el autor se dejó llevar nuevamente de la despreocupación de sus hábitos perezosos. No obstante, aquel leve principio de ciencia y de chanza se perfeccionó por sí solo dentro del terreno de las ideas; cada frase de la obra condenado echó raíces, y se fortificó, quedando como una pequeña rama de árbol que, abandonada sobre la arena en una tarde de invierno, se encuentra al día siguiente cubierta por esa blanca y extraña cristalización que dejan las

caprichosas heladas de la noche. Así, el desvarío sobrevivió, y se convirtió en el punto de partida de una multitud de ramificaciones de tipo moral. Fue como un pólipo que nació de sí mismo. Las sensaciones de su juventud, las observaciones que una fuerza inoportuna le llevó a hacer, encontraron puntos de apoyo en los menores acontecimientos. Además, aquella masa de ideas se fue armonizando, animando, se personificó casi, y empezó a andar por las regiones fantásticas donde el alma deja que vagabundeen sus locas progenituras. A través de las preocupaciones del mundo y de la vida, el autor oía constantemente una voz que le hacía revelaciones burlonas en el momento mismo en que examinaba con el mayor deleite a una mujer bailando, sonriendo o hablando. Lo mismo que Mefistófeles señala con el dedo a Fausto en la terrible asamblea del Broken los siniestros rostros, el autor notaba la presencia de un demonio que en medio de un baile venía a golpearle suavemente el hombro para decirle: «¿Ves esa sonrisa encantadora? Es una sonrisa de odio». Acto seguido el demonio se pavoneaba como un capitán de las antiguas comedias de Hardy. Agitaba la púrpura de una capa bordada y se esforzaba en volver a poner en su lugar la bisutería y los oropeles de la gloria. A veces lanzaba, a la manera de Rabelais, una risotada franca y prolongada, y trazaba sobre una pared de la calle una palabra que se podría comparar a la de «¡Brindemos!», único oráculo salido de la divina redoma. A menudo aquel Trilby literario se dejaba ver sentado sobre un rimerero de libros; y con sus ganchudos dedos señalaba maliciosamente dos volúmenes amarillos cuyos títulos atraían las miradas. Luego, cuando veía al autor atento, deletreaba con voz tan temblorosa como los sonidos de una armónica: «*Fisiología del Matrimonio*». Pero casi siempre se aparecía por las noches, a la hora de los sueños. Acariciante como un hada, intentaba apoderarse por medio de dulces palabras del alma que le estaba sometida. Tan alegre como seductor, tan dúctil como una mujer, tan cruel como un tigre, su tono amistoso era tan temible como su odio, pues le era imposible acariciar sin arañar. Una de aquellas noches probó el poder de todos sus sortilegios y los coronó con un último esfuerzo. Llegó, se sentó al borde de la cama, como una muchacha enamorada, que de momento se calla, pero con los ojos encendidos, y a la cual le es imposible conservar por más tiempo su secreto. «Esto —dijo—, es un proyecto de escafandra con la que uno se podrá pasear por el Sena sin mojarse. Ese otro volumen es el informe del Instituto sobre un traje con el cual se podrán atravesar las llamas sin quemarse. ¿No podrías proponer tú algo para preservar al matrimonio de los estragos del frío y del calor? Pero escucha. He aquí *el arte de conservar las substancias alimenticias, el arte de evitar que las chimeneas echen humo, el arte de hacer buen mortero, el arte de anudarte perfectamente la corbata, el arte de cortar la carne*».

En un minuto enumeró tan prodigiosa cantidad de títulos que el autor se quedó anonadado.

—Estas miríadas de libros han sido devorados —dijo— y, no obstante, no todo el mundo construye casas, ni tiene que cortar la carne, ni usa corbata, ni tiene

calefacción, y, en cambio, todo el mundo se casa un poco... Pero fíjate...

Tendió el brazo y pareció descubrir allá lejos un océano en el que se agitaban, como impulsados por el movimiento de las olas, todos los libros del siglo. Se agitaban los 18.º; los in-8.º que se tiraban allí producían un sonido grave, caían hasta el fondo, y no volvían a la superficie sin esfuerzo, obstaculizados por los in-12.º y los in-32.º, que se revolvían y apelonaban. Las furiosas olas estaban cargadas de periodistas, de regentes de imprenta, de fabricantes de papel, de aprendices, de empleados, de impresores, de los cuales sólo podían verse las cabezas mezcladas con los libros. Miles de voces gritaban como colegiales en el baño. Iban y venían en barcas unos hombres ocupados en pescar libros y dejarlos en la orilla, ante un hombre alto, desdeñoso, vestido de negro, delgado y adusto: eran los libreros y el público. Con un dedo, el demonio señaló un esquife recientemente botado al agua, singlando a toda vela y con un cartel a guisa de pabellón; después, lanzando una risa sardónica, leyó con voz penetrante: «*Fisiología del Matrimonio*».

El autor empezó a enamorarse y el diablo le dejó tranquilo, ya que habría tenido que enfrentarse con demasiados graves problemas si hubiese regresado a una casa habitada por una mujer. Pasaron varios años sin otros tormentos que los que trae el amor, y el autor pudo creerse curado de una enfermedad por otra enfermedad. Pero una noche se encontró en un salón de París, donde uno de los hombres que formaba parte del círculo de amistades de la casa tomó la palabra estando sentado frente a la chimenea y con voz sepulcral explicó la siguiente anécdota:

—Cuando yo vivía en Gante ocurrió allí un hecho interesante. Cierta dama que sufría una enfermedad mortal, viuda desde hacía diez años, estaba en cama. Tres herederos colaterales esperaban su último suspiro, y no se separaban de ella ante el miedo de que hiciera testamento en favor de los centros benéficos de la ciudad. La enferma no decía nada, estaba como aletargada, y parecía que la muerte se iba apoderando lentamente de su rostro lívido y mudo. Ya pueden imaginarse qué larga es una noche de invierno para tres parientes silenciosamente sentados al lado de la cama. Una anciana enfermera está también allí con la cabeza baja, y el médico, viendo que la enfermedad estaba llegando a su último período, tenía ya en una mano su sombrero y con la otra hizo un ademán a los parientes, como si les dijese: «Ya no habrá que hacer más visitas». Un silencio solemne permitió oír el vago silbar del aguanieve que azotaba los postigos de las ventanas. Por miedo a que la luz no hiriese los ojos de la moribunda, el más joven de los herederos puso mía pantalla a la bujía de la mesita de noche, de manera que el círculo luminoso de la llama apenas llegaba a la fúnebre almohada, sobre la cual el amarillento rostro de la enferma se destacaba como un crucifijo mal dorado sobre una cruz de plata mate. Los resplandores ondulantes lanzados por las azules llamas de un chisporroteante hogar eran los únicos que iluminaban la sombría habitación donde se iba a desarrollar el drama. En efecto, un tizón rodó desde el fuego al piso de madera como para presagiar un acontecimiento. Al oír el ruido, la enferma se incorpora bruscamente, abre dos ojos

tan claros como los de un gato, y todos la miran sorprendidos. Mira como rueda el tizón, y, antes de que nadie pueda pensar en oponerse al impulso inesperado producido por una especie de delirio, salta de la cama, coge las tenazas y devuelve el tizón al fuego. La enfermera, el médico y los parientes corren hacia la enferma, la cogen, la acuestan y le ponen la almohada bajo la cabeza. Pero aún no han transcurrido muchos minutos cuando ya está muerta, y muerta, sigue con la mirada fija en el mismo sitio donde fue a caer el tizón. En cuanto la condesa Van Oström expiró, los tres coherederos se dirigieron una mirada de sospecha, y no pensando ya más en su tía, se señalaron uno al otro el misterioso suelo. Como eran belgas, el cálculo fue en ellos más rápido que sus miradas. Con tres breves frases quedó convenido que ninguno abandonaría la habitación. Un lacayo fue a buscar a un obrero. Esos corazones colaterales palpitaron intensamente cuando, reunidos alrededor del rico entarimado, los tres belgas vieron a un aprendiz dar el primer golpe con la azuela. Levantó la tabla. «La tía ha hecho un gesto...»; dijo el más joven de los herederos. «No, sólo ha sido un efecto de las ondulaciones de la llama», respondió el de más edad, quien miraba a la vez el entarimado y a la muerta. Los afligidos parientes hallaron, precisamente en el lugar en el que había ido a parar el tizón, un bulto artísticamente envuelto en una capa de yeso. «Adelante...», dijo el mayor de los herederos. El aprendiz hizo saltar una cabeza humana, y no sé qué vestigio les hizo reconocer al conde a quien la ciudad creía que había muerto en Java y cuya pérdida lloró tanto su mujer.

El narrador de esa vieja historia era un hombre alto y delgado, de mirada intensa y cabellos negros, y el autor creyó percibir ciertas semejanzas entre él y el demonio que en otros tiempos tanto le había atormentado; pero aquel forastero no tenía pezuñas. De repente, llegó al oído del autor la palabra «adulterio»; y entonces esa especie de campana revivió en su imaginación los rostros más lúgubres del cortejo que en aquellos días desfiló en seguimiento de esas prestigiosas sílabas.

Después de esa velada, se repitieron las persecuciones fantasmagóricas de una obra que no existía, y en ninguna época de su vida el autor se sintió asaltado por tantas ideas falaces sobre el tema fatal de este libro. Pero resistió valerosamente, por mucho que relacionase los más mínimos acontecimientos de la vida con esa obra desconocida, y que, como un agente de aduanas, marcaba con sus garabatos burlones.

Unos días más tarde, el autor se encontró en compañía de dos damas. La primera había sido una de las más humanas y más espirituales mujeres de la corte de Napoleón. Llegada muy pronto a una elevada posición social, la Restauración la sorprendió en ella, y la derribó; se convirtió en una eremita. La segunda, joven y hermosa, representaba en aquellos momentos, en París, el papel de una mujer de moda. Las dos eran amigas, porque teniendo la una cuarenta años y la otra sólo veintidós, sus pretensiones raramente tenían que oponer sus respectivas vanidades en un mismo terreno. Como el autor carecía de importancia para una de esas damas, y la otra sospechaba de él, prosiguieron una conversación bastante franca que había

iniciado sobre sus problemas femeninos.

—¿Ha observado, querida, que generalmente las mujeres, sólo aman a los tontos? ¿Qué me dice, duquesa? ¿Y cómo podría compaginar esta observación con la aversión que sienten por sus maridos? —(Pero esto es una tiranía, se dijo el autor. ¿Estará aquí el diablo cornudo...?) —No, querida; no bromeo —prosiguió la duquesa —, y es para estremecerse cuando una ha examinado fríamente a las personas que tuvo el placer de conocer en otro tiempo. La inteligencia tiene siempre un resplandor que nos hiere, y el hombre demasiado inteligente nos puede asustar si es orgulloso, pero no será nunca celoso, y no sabrá hacerse querer. Y es posible que nosotras prefiramos elevar a un hombre hasta nosotras que subir nosotras hasta él... El talento consigue éxitos que nosotras podemos compartir, pero el tonto le permite a una gozar, y nosotras siempre preferimos que digan: «¡Ese es un hombre!», cuando se refieren a nuestro amante, mejor que verle elegido miembro del Instituto.

—No siga usted, duquesa, que me asusta.

Y la joven coqueta, repasando la lista de los amantes que traían de cabeza a las mujeres que conocía, no encontró ninguno que fuera de verdad inteligente.

—Pero voy viendo —dijo— que sus maridos valen mucho más...

—Es que son los maridos —respondió gravemente la duquesa...

—¿Pero —preguntó el autor— el infortunio que amenaza al marido en Francia es inevitable?

—Sí —respondió la duquesa riendo—. Y el encarnizamiento de ciertas mujeres contra las que tienen la feliz desgracia de vivir una pasión, demuestran lo que les pesa la castidad. Sin el temor al diablo, una sería una especie de Laïs; otra debe su virtud a la aridez del corazón, y aquélla a la estupidez con que procedió su primer amante; otra...

El autor detuvo aquel torrente de revelaciones haciendo partícipes a las dos señoras de su proyecto de obra por el que se veía perseguido, ellas se sonrieron y le prometieron sus consejos. La más joven le proporcionó alegremente el primer capital de la empresa, diciendo que se encargaría de demostrar matemáticamente que las mujeres enteramente virtuosas eran antes de razón.

Al regresar a su casa, el autor dijo entonces a su demonio: «Ven. Estoy dispuesto. Firmemos un pacto». Pero el demonio no apareció.

Si el autor escribe aquí la biografía de su libro, no es por ninguna inspiración de la fatuidad. Relata hechos que pueden servir para la historia del pensamiento humano, y que explicarán sin duda la obra misma. Quizá no sea indiferente a ciertos anatomistas del pensamiento el saber que el alma es femenina. Así, mientras el autor se prohibía pensar en el libro que debía hacer, el libro se le aparecía escrito por todas partes. Hallaba una página de él en la cama de un enfermo, y otra en un sofá de un salón. Las miradas de las mujeres cuando giraban arrastradas por el torbellino de un vals, despertaban en él toda clase de ideas; un gesto, una palabra, eran capaces de fecundar su desdeñoso cerebro. El día que se dijo: «Esta obra que me obsesiona se

hará...» todo se desvaneció, huyó..., y, como los tres belgas, se encontró con un esqueleto allí donde se inclinó creyendo encontrar un tesoro.

Una dulce y pálida cara sucedió al demonio tentador, tenía ademanes francos y campechanía, sus actitudes estaban desprovistas del filo de la crítica. Prodigaba más las frases que las ideas, y parecía asustarse del ruido. Se trataba quizá del genio familiar de los diputados que se sientan en el centro de la Cámara.

—¿No es mejor —decía— dejar las cosas como están? ¿Tan mal van? Debemos creer en el matrimonio como en la inmortalidad del alma, y tú no pretendes hacer mi libro para exaltar la felicidad conyugal. Por otra parte, te dispones a sacar conclusiones basándote en un millar de matrimonios parisienses que no son sino excepciones. Quizá encontrarás maridos dispuestos a abandonar a sus esposas, pero ningún hijo abandonará a su madre... Muchas personas heridas por las opiniones que emitirás dudarán de tus costumbres y calumniarán tus intenciones. Luego, para revolver entre las escrófulas sociales, hay que ser un rey, o por lo menos, un primer cónsul.

Aunque apareciera en la forma que más podía gustar al autor, la Razón no fue escuchada, pues allá lejos la Locura agitaba los atributos del bufón de Panurgo, y la quería apresar, pero cuando lo intentó el autor se encontró con que era más pesada que la maza de Hércules; por otra parte, el cura de Meudon la había adornado de tal manera que aquel joven que mejor quería vestir bien que escribir un buen libro no pudiera tocarla.

—¿Está ya terminada nuestra obra? —preguntó la más joven de las dos cómplices femeninas del autor—. ¡Ay, señora...! ¿Me podría recompensar usted de todos los odios que va a levantar en contra mía? —Ella hizo una mueca, y entonces el autor respondió a su indecisión con una expresión de indolencia—. ¿Cómo, duda usted? Publíquelo, no tenga miedo. Hoy consideramos un libro más por la encuadernación que por el texto.

Aunque el autor no puede considerarse más que como un humilde secretario de las dos damas, ha realizado, mientras coordinaba sus observaciones, más de un trabajo. En lo que se refiere al matrimonio, quizá ha quedado una sola, la de ir recogiendo las cosas que todo el mundo piensa y que nadie se atreve a expresar; pero también el hacer semejante Estudio con la misma inteligencia que pudiera hacerlo todo el mundo, ¿no sería exponerse a que no gustara a nadie? No obstante, el eclecticismo de este Estudio quizá pueda salvarle. Aunque bromeando, el autor ha intentado popularizar algunas ideas consoladoras. Casi siempre ha procurado despertar resortes desconocidos en el alma humana. Mientras se encarga de la defensa de los intereses de tipo más material, juzgándolos o condenándolos, posiblemente haya puesto de manifiesto más de un deleite espiritual. Pero el autor no ha tenido la estúpida pretensión de haber conseguido siempre la plasmación de bromas de buen gusto; únicamente ha tenido en cuenta la diversidad de inteligencias existentes para recibir tanto improperios como aprobaciones. La materia era tan grave que

continuamente ha intentado *anecdotalizar*, ya que en nuestros días las anécdotas son un pasaporte para toda moral y un antinarcótico para toda clase de libros. En éste, en el que todo es análisis y observación, la fatiga del lector y el yo del autor son inevitables. Es una de las mayores desdichas que le pueden suceder a una obra, y el autor no ha pretendido disimularla. Ha dispuesto los rudimentos de este largo *Estudio* regulando los descansos del lector. Este sistema ha sido consagrado por un escritor que hizo sobre el *gusto* un trabajo bastante parecido al dedicado al *matrimonio*, y al cual se le permitirá tome prestadas algunas expresiones para expresar un pensamiento que les es común. Será una especie de homenaje a su predecesor, la muerte del cual siguió tan de cerca a su éxito.

«Cuando escribo y hablo de mí en singular supone una confabulación con el lector; puede examinar, discutir, dudar, incluso reírse; pero cuando me armo con el temible *nosotros*, es que estoy profesando, y hay que sometérseme». (Brillat-Savarin, prefacio a la *Fisiología del gusto*).

5 de diciembre de 1829.

PRIMERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES

Hablamos contra las leyes insensatas hasta que son reformadas, y mientras lo esperamos nos sometemos a ellas ciegamente.

DIDEROT, *Suplemento al Viaje de Bougainville.*

MEDITACIÓN I

EL TEMA

Fisiología, ¿qué quieres de mí?

¿Tu finalidad no es demostrarnos que el matrimonio une, para toda la vida, a dos seres que no se conocen?

¿Que la vida se halla en la pasión, y que ninguna pasión resiste el matrimonio?

¿Que el matrimonio es una institución necesaria para la supervivencia de las sociedades, pero que es contraria a las leyes de la naturaleza?

¿Que el divorcio, este admirable paliativo a los males del matrimonio, será unánimemente puesto en tela de juicio?

¿Que a pesar de todos sus inconvenientes, el matrimonio es la base fundamental de la propiedad?

¿Que ofrece incalculables prendas de seguridad a los gobiernos?

¿Que hay algo realmente impresionante en la asociación de dos seres para soportar las penas de la vida?

¿Que hay algo realmente ridículo al pretender que un mismo pensamiento rij a dos voluntades distintas?

¿Que la mujer es tratada como una esclava?

¿Que no hay matrimonios absolutamente felices?

¿Que en el matrimonio se dan muchos delitos, y que los asesinatos conocidos no son los peores?

¿Que la fidelidad es algo imposible, por lo menos en el hombre?

¿Que una actuación pericial, de poder realizarse, demostraría la existencia de más enredos que seguridades en la transmisión patrimonial de la propiedad?

¿Que el adulterio ocasiona más males que bienes produce el matrimonio?

¿Que la infidelidad de la mujer se remonta a los tiempos primitivos de la sociedad, y que el matrimonio resiste a esta perpetuidad de fraudes?

¿Que las leyes del amor unen tan estrechamente a dos seres que ninguna ley humana sería capaz de separarlos?

¿Que si bien existen matrimonios inscritos en los registros civiles, los hay también formados por votos de la naturaleza, por una dulce conformidad o por una total semejanza de pensamiento, y por conformaciones físicas, y que así el cielo y la tierra se contrarían continuamente?

¿Que hay maridos ricos y de inteligencia superior cuyas esposas tienen amantes feos, viles o estúpidos?

Todas estas preguntas podrían ser origen de numerosos libros, pero esos libros ya se han escrito, y las preguntas se han contestado siempre.

Fisiología, ¿qué quieres de mí?

¿Revelas principios nuevos? ¿Pretendes que las mujeres deben vivir aparte? Licurgo y algunos pueblos griegos, los tártaros y los salvajes lo ensayaron.

¿Hay que tener encerradas a las mujeres? Los otomanos lo hacían, y hoy las dejan en libertad.

¿Deberían casar a las hijas sin dote y excluirlas del derecho a heredar...? Ciertos autores ingleses y los moralistas han demostrado que esto sería, junto con el divorcio, el medio más seguro para que los matrimonios fueran felices.

¿Será que en cada casa hace falta una pequeña Agar?

Para esto no haría falta ninguna ley. El artículo del código que establece una serie de penas para la mujer adúltera, donde sea que el delito se haya cometido, y el que castiga al marido en el caso de que su concubina habite bajo el mismo techo conyugal, admiten implícitamente que haya titulado *Del Matrimonio*.

Sánchez ha disertado sobre todos los casos punibles en el matrimonio; incluso ha argumentado sobre la legitimidad, la oportunidad de cada uno de sus goces; ha precisado los deberes morales, religiosos y corporales de los esposos; en resumen, su obra requeriría una docena de volúmenes en octavo si se reimprimiera ese enorme infolio titulado *De Matrimonio*.

Nubes de jurisconsultos han publicado nubes de tratados sobre las dificultades legales que nacen del matrimonio. Existen incluso obras sobre el congreso judicial.

Legiones de médicos han hecho aparecer legiones de libros sobre el matrimonio en sus relaciones con la cirugía y la medicina.

En el siglo XIX la *Fisiología del Matrimonio* es, pues, una insignificante

recopilación o la obra de un ingenuo escrita para leerla por otros ingenuos; viejos sacerdotes han recurrido a sus balanzas de oro y han pesado los menores escrúpulos; viejos médicos han cogido el escalpelo y han rebuscado en todas sus llagas; viejos jurisconsultos se han puesto los lentes, se han sentado en sus poltronas y han juzgado y han dictado sentencia sobre todos los casos redhibitorios; generaciones enteras han pasado por el mundo lanzando sus gritos de alegría o de dolor; cada siglo ha depositado su voto en la urna; el Espíritu Santo, los poetas, los escritores, lo han registrado todo, desde Eva a la guerra de Troya, desde Helena hasta la señora de Maintenon, desde la mujer de Luis XIV hasta la Contemporánea.

Fisiología, ¿qué quieres, pues, de mí?

Por casualidad deseas exhibirnos cuadros más o menos bien pintados para convencemos de que un hombre se casa:

por Ambición..., lo que ya es muy sabido;

por Bondad, para sacar a una muchacha de la tiranía de su madre;

por Indignación, para desheredar a los colaterales;

por Despecho de una amante infiel;

por Aburrimiento de la deliciosa vida de soltero;

por Locura, que sólo se tiene una vez;

por Apuesta, que fue el caso de Lord Byron;

por Honor, como Jorge Dandin;

por Interés, lo más corriente;

por Juventud, al terminar los estudios y sin experiencia; por Fealdad, temiendo que llegue un día en que no se tenga una mujer;

por Maquiavelismo, para heredar pronto a una anciana; por Necesidad, para dar una situación legal a *nuestro* hijo;

por Obligación, por haber sido débil la señorita; por Pasión, para curarse con seguridad; por Querella, para terminar un proceso; por Agradecimiento, lo cual es dar más de lo que se ha recibido;

por Prudencia, lo que todavía les sucede a los doctrinarios;

por Testamento, cuando un tío fallecido grava la herencia con una muchacha con quien casarse; por Ancianidad, para poner fin a algo; por Costumbre, para imitar a los antepasados.

(falta una X, quizá a causa de su poco empleo como inicial considerada como signo de *lo desconocido*).

por *Yaditi*, que es la hora de acostarse y que significa, en turco, toda clase de necesidades;

por Celo, como el duque de Saint-Aignan, que no quería cometer pecados.

Pero todos estos accidentes han sido el tema de treinta mil comedias y de cien mil novelas.

Fisiología, por tercera y última vez, ¿qué quieres de mí? Aquí todo es trivial como el adoquinado de una calle, vulgar como una encrucijada. El matrimonio es

más conocido que el Barrabás de la Pasión; todos los antiguos pensamientos que despierta corren por las literaturas del mundo desde que el mundo es mundo, y no hay opinión útil ni proyecto absurdo que no hayan ido en busca de un autor, un impresor, un librero y un lector.

Permitidme que os diga, como Rabelais, el maestro de todos: «Gentes de bien, Dios os salve y os guarde. ¿Dónde estáis? No puedo veros. Esperad a que me ponga los lentes. ¡Ah, ah!, ya os veo. Vosotros, vuestras esposas, vuestros hijos, ¿tenéis buena salud? Me gusta mucho».

Pero no es para vosotros que yo escribo. Puesto que tenéis hijos mayores, todo está dicho.

«¡Ah!, es a vosotros, muy ilustres borrachines; a vosotros, distinguidos gotosos; a vosotros, sarnosos infatigables; a vosotros, pícaros mozalbetes; a los que “pantagruelizáis” todo el día, que tenéis el andar galante y vais a terciada, a sexta, a nonas, e igualmente a vísperas y completas, y a las que seguiréis yendo siempre».

No es a vosotros a quienes se dirige la *Fisiología del Matrimonio*, ya que vosotros no estáis casados. Y que sea siempre así.

«Vosotros, hatajo de mojigatos, de vagabundos, de hipócritas, de corrompidos, de maleantes, de peregrinos y otras tales gentes que se me aparecen disfrazadas como para una mascarada, para engañar al mundo... Atrás, mastines, ¡fuera de este recinto, fuera de aquí, cerebros vacíos! Mil diablos, ¿todavía seguís aquí...?»

Quizá ya sólo me quedan almas buenas a las que les gusta reír. No esos lloricones que quieren anegarse en lágrimas por cualquier explicación en verso o en prosa, que se hacen los enfermizos en odas, en sonetos o en meditaciones; no esos hombres sin sueños de ninguna clase, sino alguno de aquellos antiguos pantagruelistas que no se detienen cuando se trata de banquetear o de chocarrear, que encuentran deleite en el libro de los *Guisantes con tocino*, “*cum commente*”, de Rabelais, en el de la *Dignidad de las pretinas*, y que consideran estos hermosos libros como de gran espiritualidad, originales y atrevidos.

Ya no puede uno reírse del Gobierno, amigos míos, desde que ha encontrado el procedimiento para recaudar mil quinientos millones en concepto de contribuciones. Los papagayos, los monjes y las monjas no son todavía lo bastante ricos para que uno pueda ir a beber a su casa; pero viene san Miguel, que fue quien expulsó al diablo del cielo, y veremos cómo vuelven los buenos tiempos. Así, para reírnos, únicamente nos queda en Francia el matrimonio». Yo no quisiera como lectores más que discípulos de Panurgo. Sabrían coger y dejar un libro, hacerlo más fácil, comprender las cosas con palabras veladas y sacar alimento de un hueso medular.

Las gentes de microscopio que sólo son capaces de ver un punto, y los censores, ¿lo han dicho ya todo, lo han pasado todo por el cedazo? ¿Han pronunciado ya la última sentencia sobre un libro que trate de realizar como recomponer un vaso roto?

—Sí, mi loco amigo. Exprime el matrimonio, que no sacarás nada de él si no son placeres para los solteros y preocupaciones para los maridos. Es la eterna canción. Si

se imprimieran sobre este asunto un millón de páginas no se podría sacar otra substancia.

No obstante, he aquí mi primera proposición: el matrimonio es un combate a ultranza antes del cual los dos esposos piden al cielo su bendición, porque amarse siempre es la más temeraria de las empresas; el combate no tarda en iniciarse, y la victoria, es decir, la libertad, sonríe al más capacitado.

De acuerdo. ¿Dónde se ve ahí una nueva concepción?

Muy bien; yo me dirijo a los casados de ayer y a los de hoy, a los que al salir de la iglesia o del registro civil conciben la esperanza de conservar a sus esposas únicamente para ellos; a los que un no sé qué clase de egoísmo o de sentimiento indefinible hace decir cuando observan las desventuras ajenas: «A mí no me pasará eso».

Me dirijo a esos marinos que después de ver cómo se hunden los barcos se lanzan nuevamente a la mar; a esos solteros que después de ser la causa del naufragio de más de una virtud conyugal, se atreven a casarse. ¡Y este es el tema, es eternamente nuevo, y eternamente viejo!

Un joven, un anciano quizás, enamorado o no, acaba de adquirir, por medio de un contrato debidamente registrado en la Alcaldía, en el cielo, y en el Registro de la Propiedad, a una muchacha de largos cabellos, de ojos negros y húmedos, de diminutos pies, de dedos afilados, de rojos labios y dientes de marfil, bien hecha, temblorosa, apetitosa y pimpante, blanca como un lirio y colmada de los más deseables tesoros de la hermosura; sus pestañas parecen los dardos de la corona de hierro; su piel, de un tejido tan fresco como la corola de una camelia blanca, matizada por la púrpura de las camelias rojas; en su rostro virginal la mirada cree ver la flor de un fruto temprano y la pelusa de un melocotón; el azur de sus venas destila un rico calor a través de su claro tul; está pidiendo dar y recibir vida; es toda ella felicidad y amor; toda gentileza e ingenuidad. Quiere a su esposo, o por lo menos cree que le quiere...

El enamorado marido se ha dicho desde el fondo de su corazón: «Estos ojos sólo me mirarán a mí; esta boca no se estremecerá de amor más que por mí; esta mano tan dulce no entregará los sutiles tesoros de la voluptuosidad más que a mí; este seno sólo palpitará al oírme a mí; esta alma dormida no despertará más que a mi voluntad; solamente yo podré hundir mis dedos entre sus brillantes trenzas; únicamente yo me pasearé con soñadoras caricias por esa amorosa cabeza. Haré que en mi cabecera vele la muerte para impedir el acceso a mi lecho nupcial del extraño raptor; ese trono del amor nadará en la sangre de los imprudentes o en la mía. Tranquilidad, honor, felicidad, lazos paternales, fortuna de mis hijos, todo está aquí; quiero defenderlo como la leona defiende a sus cachorros. Desgraciado el que ponga el pie en mi propiedad».

—Pues bien, esforzado atleta; nosotros aplaudimos tus propósitos. Hasta el momento presente, ningún geómetra se ha atrevido a trazar sobre el mar conyugal las

líneas de longitud y latitud. A los antiguos maridos les daba vergüenza indicar los bancos de arena, los arrecifes, los escollos, los rompientes, los monzones, las costas y las corrientes que destruyeron sus embarcaciones; tanto les avergonzaba haber naufragado. Carecen de guía, los peregrinos casados precisan de una brújula... y esta obra sólo quiere servirles.

Sin hablar de los tenderos y de los comerciantes, hay tantas personas que se ocupan excesivamente en perder el tiempo procurando hallar las razones secretas que impulsan a las mujeres, que es una auténtica obra de caridad el clasificar para ellas, por títulos y capítulos, todas las situaciones secretas del matrimonio; a ellos, una buena tabla de materias les permitirá poner el dedo sobre los movimientos del corazón de sus respectivas esposas, del mismo modo que la tabla de logaritmos les da el producto de una multiplicación.

Y bien, ¿qué os parece? ¿No se trata de una empresa original a la cual todos los filósofos han renunciado, eso de enseñar cómo se puede impedir que una mujer engañe a su marido? ¿No es esto la comedia de las comedias? ¿No es esto otro *speculum vitae humanae*? No se trata ya de esas cuestiones ociosas con las cuales hemos hecho justicia en esta Meditación. Hoy, en cuestiones de moralidad, lo mismo que en cuestiones de ciencias exactas, el siglo exige hechos, observaciones. Nosotros vamos a proporcionarlos.

Empecemos por examinar el verdadero estado de cosas, analizando las fuerzas con que cuenta cada bando. Antes de armar a nuestro campeón imaginario, calculemos el número de sus enemigos, contemos los cosacos que quieren invadir su pequeña patria.

Que se embarque con nosotros quien quiera, y que ría el que pueda. ¡Levad anclas, izad las velas...! Sabéis ya desde qué pequeño punto se parte. Es esta una gran ventaja que tenemos sobre la mayoría de los libros.

En cuanto a nuestra fantasía de reír llorando y de llorar riendo, del mismo modo que el divino Rabelais bebía comiendo y comía bebiendo; en cuanto a nuestra manía de poner a Heráclito y a Demócrito en una misma página, de no saber nada sobre estilo, ni premeditación de frases...; si alguno de la tripulación se atreve a murmurar... Fuera del combés los decrepitos cerebros de serrín, los clásicos en camiseta, los románticos en calzoncillos, ¡y que los remos impulsen la galera!

Toda esa gente nos reprochará tal vez el parecemos a aquellos que dicen con aire alegre: «Voy a contaros una historia que os hará reír mucho...». Realmente, no se puede hablar del matrimonio sin bromear. ¿Suponéis que consideramos al matrimonio como una enfermedad benigna, a la cual estamos todos expuestos, y que este libro es su monografía?

—Pero tú, tu galera o tu obra, tiene el mismo aire que esos postillones que al hablar de una posta hacen restallar el látigo sólo porque llevan a un inglés en su coche. No se habrá hecho media legua al galope cuando tendrán que detenerse para beber un trago o dejar que descansen los caballos. ¿Por qué tocar las trompetas antes

de la victoria?

—¡Ay, mis queridos pantagruelistas...! Hoy en día basta con buscar el éxito para conseguirlo, y como, después de todo, las grandes obras no son otra cosa que insignificantes ideas exactamente desarrolladas, no veo por qué no debo intentar conseguir laureles, aunque no fuera más que para dar gusto al jamón cocido. ¡Un momento, piloto! No zarpemos sin antes dar una pequeña definición.

Lectores, si halláis de trecho en trecho, como en el mundo, las palabras *virtud* o *mujeres virtuosas* en esta obra, convengamos en que la virtud consistirá en la penosa facilidad por medio de la cual una esposa reserva su corazón para un marido, a menos que la palabra no sea utilizada en sentido general, distinción que queda abandonada a la natural sagacidad de cada uno.

MEDITACIÓN II

ESTADÍSTICA CONYUGAL

Hace aproximadamente unos veinte años que la Administración se viene preocupando en saber cuántas hectáreas de bosque, de prado, de viñedo o de barbecho contiene el suelo de Francia. Pero no se ha detenido aquí; ha querido saber el número y la especie de los animales. Los sabios han ido más lejos aún: han calculado los metros cúbicos de madera, los kilos de carne de buey, los litros de vino, las patatas y los huevos que se consumen en París. Pero nadie se ha preocupado, ya sea en nombre del honor marital, ya sea en interés de los que aún siguen solteros, o en provecho de la moral y de la perfectibilidad de las instituciones humanas, en averiguar el número de mujeres honestas que hay en el país. En realidad, el ministerio francés al que se le dirigiese la pregunta, podría responder exactamente cuántos hombres hay bajo las armas, cuántos espías, cuántos empleados o cuántos estudiantes; pero respecto a las mujeres honestas... nada. Si a un rey de Francia se le pasara por la imaginación ir a buscar a su augusta compañera entre sus súbditas, la Administración sería incapaz de indicarle la suma de las ovejas blancas entre las cuales podría escoger. Se vería obligado a recurrir a alguna institución de esas que conceden premios a la virtud, lo que movería a risa.

¿Será que los antiguos pueden darnos lecciones en materia política como moral? La historia nos enseña que Asuero, queriendo casarse con una mujer persa, eligió a Esther, por ser la más virtuosa y la más bella. Esto demuestra que sus ministros tuvieron que encontrar un procedimiento cualquiera para hacer un registro de la población. Desgraciadamente, la Biblia, tan explícita en todas las cuestiones matrimoniales, ha omitido informarnos de qué ley rige la elección conyugal.

Intentemos suplir ese silencio de la Administración estableciendo el descuento del sexo femenino en Francia. Aquí tenemos que reclamar la atención de todos los amigos de la moral pública, y les nombramos jueces sobre nuestra manera de proceder. Procuraremos ser bastante generosos en nuestras evaluaciones, bastante exactos en nuestros cálculos, para que todo el mundo admita el resultado de este análisis.

Se calculan en treinta millones los habitantes de Francia.

Determinados sociólogos creen que el número de mujeres es superior al de hombres, pero como muchos estadísticos son de la opinión contraria, admitiremos el número de mujeres más verosímil, dejándolo en quince millones.

Empezaremos por restar a este número total aproximadamente unos nueve millones de criaturas que, de momento, parecen tener una cierta semejanza con la mujer, pero que un severo examen nos obliga a rechazar.

Nos explicaremos.

Los naturalistas no consideran en el hombre más que un género único de este orden de bimanos, establecido por Duméril en su *Zoología analítica*, página 16, al cual Bory-Saint-Vincent ha creído deber añadir el género Orangután, con el pretexto de completarlo.

Si esos zoólogos no ven en nosotros más que un mamífero de treinta y dos vértebras, que tiene un hueso hioides, y que posee más pliegues en los hemisferios del cerebro que cualquier otro animal; si para ellos no existen otras diferencias de este orden que las que produce la influencia del clima, las cuales han proporcionado la nomenclatura de quince especies de las que es inútil enumerar sus nombres científicos, el fisiólogo debe tener también derecho a establecer sus géneros y sus subgéneros según determinados grados de inteligencia y ciertas condiciones de existencia moral y pecuniaria.

Los nueve millones de seres de los cuales se trata aquí ofrecen al primer aspecto todos los caracteres atribuidos a la especie humana; tienen el hueso hioides, el pico coracoides, el acromión y el arco cigomático; permitido, pues, a esos caballeros del Jardín Botánico clasificarlos en el género bimano; pero también mujeres... Esto es algo que la Fisiología no admitirá nunca.

Para nosotros, y para aquéllos a quienes va destinado este libro, una mujer es una variedad rara dentro del género humano, cuyas principales características fisiológicas damos a continuación.

Esta especie es resultado de los cuidados particulares que los hombres han podido dar a su cultura, gracias al poder del oro y al calor moral de la civilización. Se reconoce principalmente por la blancura, la finura y la suavidad de la piel. Su natural inclinación le lleva a ser exquisitamente limpia. Sus dedos se resisten a tocar otra cosa que no sean objetos suaves, muelles, perfumados. Como el armiño, muere a veces de pena al ver hollada su blanca túnica. Le gusta alisarse los cabellos, hacerles exhalar perfumes enervantes, cepillar sus uñas rosadas, cortarlas en forma de almendra y bañar frecuentemente sus delicados miembros. No se recuesta durante la noche más que sobre el más mullido plumón; durante el día, sólo en sillones de crin; así, la posición horizontal es la que prefiere. Su voz es de una dulzura penetrante, y sus movimientos son agradables. Habla con una asombrosa facilidad. No le gusta ningún trabajo fatigoso, y no obstante, a pesar de su aparente fragilidad, hay fardos que sabe llevar con una agilidad milagrosa. Huye de los rayos del sol y los evita por medio de ingeniosos procedimientos. Para ella, andar es una fatiga. ¿Come? Esto es un misterio. ¿Comparte las necesidades de las demás especies? Esto es un problema. Curiosa en exceso, se deja impresionar fácilmente por cualquiera que tenga la habilidad de saber esconderle algo, ya que su espíritu la impulsa constantemente a buscar lo desconocido. Su religión es amar, y sólo piensa en agrandar a aquél a quien ella quiere. Ser querida es la finalidad de todos sus actos, excitar el deseo de él con sus gestos. Así piensa constantemente en destacar y brillar; no se mueve más que en una esfera de gracia y elegancia. Por eso, para ella, la joven india hila el suave pelo

de las cabras del Tibet, la tártara teje sus velos de aire, Bruselas hace correr lanzaderas del más puro lino, Visapur disputa a las entrañas de la tierra piedras resplandecientes, y Sèvres dora su blanca arcilla. Piensa de noche y de día en nuevos vestidos y adornos, gasta la vida entera almidonando su ropa y planchando sus cintas y sus lazos. Se muestra brillante y juvenil a desconocidos cuyos homenajes la halagan, cuyos deseos la encantan, aunque le sean indiferentes. Las horas que quita a su propio cuidado y a la voluptuosidad las emplea en cantar las tonadas más dulces: es para ella que Francia e Italia componen sus deliciosos conciertos y Nápoles da a las cuerdas un alma armoniosa. Finalmente, esa especie es la reina del mundo y la esclava de un deseo. Teme al matrimonio porque sabe que termina por deformar el talle, pero se le rinde porque le promete felicidad. Si tiene hijos, es por pura casualidad, y cuando son mayores, procura esconderlos.

Estos rasgos, tomados a la aventura entre mil, concurren también en esas criaturas cuyas manos son negras como las de los simios y la piel tiene el color de los antiguos pergaminos de un *olim*, cuyo rostro ha quemado el sol y el cuello está arrugado como el de los pavos; que visten harapos, que tienen la voz ronca, la inteligencia nula y el olor insoportable; que no piensan más que en un pedazo de pan, que andan innecesariamente encorvadas, que cavan, que rastrillan, que siegan el heno y el trigo, que amasan pan, que cortan cáñamo, que, mezcladas con el ganado, con niños y hombres, viven en cuevas llenas de paja; que, en resumen, les importa poco de dónde les llueven los hijos. Producir muchos para entregar muchos a la miseria y al trabajo es todo lo que saben hacer, y si su amor no es un trabajo como el que exige el campo, por lo menos es una especulación.

Y ¡ay!, si hay en el mundo tenderas que se pasan el día sentadas entre las velas y el azúcar cande, granjeras que cuidan las vacas, infortunadas que trabajan como bestias de carga en las manufacturas, o que van cargadas con cuévanos, azadas o palas; si hay por desgracia infinidad de criaturas para las que la vida del alma, los beneficios que produce la educación, las deliciosas tormentas del corazón son un paraíso inaccesible, y si la naturaleza ha dispuesto que tengan un pico coracoide, un hueso hioides y treinta y dos vértebras, que sigan para el fisiólogo perteneciendo al género del orangután. Aquí solamente estipulamos para los ociosos, para los que tienen tiempo y espíritu para amar, para los ricos que han comprado la propiedad de las pasiones, para las inteligencias que han conquistado el monopolio de las quimeras. Anatema contra todo aquel que no viva por el pensamiento. Califiquemos de chusma o morralla a todo aquel que no sea apasionado, joven, apuesto y atractivo. Será la expresión pública de un sentimiento secreto de todos los filántropos que saben leer o que pueden subir a un coche de su propiedad. En nuestros nueve millones de proscritas, el maestro, el magistrado, el legislador y el sacerdote ven sin duda a unos administrados, a unas almas, a unos justiciables y a unos contribuyentes; pero el hombre de sentimientos, el filósofo de salón, mientras se come un panecillo de harina de trigo sembrado y recolectado por esas criaturas, las expulsarían, como nosotros lo

hacemos, del género Mujer. Para él, no hay otro género de mujer que la que es capaz de inspirar amor; no hay otra que la investida del sacerdocio del pensamiento por medio de una educación privilegiada, y en la cual la ociosidad ha desarrollado todos los poderes de la imaginación; en fin, no hay para él otro ser que aquél cuya alma sueña en amor, lo mismo deleites intelectuales que placeres físicos.

No obstante, nosotros haremos observar que estos nueve millones de parias femeninos producen aquí y allá unos millares de campesinas que, por curiosas circunstancias, son hermosas como amorcillos: llegan a París o a las grandes ciudades, y terminan por escalar el rango de las mujeres propiamente dichas, pero para esos dos o tres millares de criaturas privilegiadas, hay otras cien mil que siguen siendo siervas, o que se ven obligadas a sucumbir a los más espantosos desórdenes. Más adelante tendremos ocasión de referirnos a la población femenina de esas Pompadours de pueblo.

Este primer cálculo se basa en un descubrimiento de la estadística: en Francia hay dieciocho millones de pobres, diez millones de gente relativamente acomodada y dos millones de ricos.

No hay, pues, en Francia, más que seis millones de mujeres de las cuales los hombres de sentimiento se ocupan, se han ocupado o se ocuparán.

Sometemos a esta selección social a un examen filosófico.

Creemos, sin temor a ser desmentidos, que los esposos que llevan veinte años de matrimonio deben dormir tranquilos sin tener que temer la invasión del amor y el escándalo de un proceso en criminal conversación. De estos seis millones de individuos hay que restar unos dos millones de mujeres extremadamente amables, porque una vez pasados los cuarenta años han visto ya el mundo; pero como no pueden hacer latir el corazón de nadie, quedan fuera de la cuestión de que se trata. Si tienen la desgracia de no ser halagadas por su amabilidad, las vence el aburrimiento; se entregan a la devoción, al cuidado de gatos, de perritos, y otras manías que no ofenden a nadie más que a Dios.

Los cálculos realizados por la Sección de Longitudes sobre la población nos autorizan a restar de la masa total a dos millones de niñas, bonitas de verdad. Están en el abecé de la vida, y juegan inocentemente con otros niños, sin pensar que esos *nenes* que las hacen reír, las harán llorar un día.

Ahora, de los dos millones de mujeres que quedan, ¿quién será el hombre razonable que no aparte del conjunto a cien mil pobres mujeres jorobadas, feas, bronquíticas, raquíticas, enfermas, ciegas, tullidas, pobres aunque bien educadas, que quedándose solteras no ofenden, por esa razón, las santas leyes del matrimonio?

¿Podemos rechazar a otras cien mil, hermanas de Santa Camila, hermanas de la caridad, monjas, institutrices, señoritas de compañía...? Y podemos situar junto a esa santa vecindad el número bastante difícil de evaluar de las jóvenes demasiado mayores para jugar con los niños, y demasiado jóvenes para adornarse con el ramo de azahar.

Por último, del millón quinientos mil súbditos que quedan en el fondo de nuestra redoma, debemos separar también otras quinientas mil unidades que atribuiremos a las hijas de Baal, que tanto agradan a las personas de gustos poco delicados. Comprenderemos en su número, sin temor a que se molesten por ello, a las entretenidas, a las modistas, a las empleadas, a las costureras, a las actrices, a las cantantes, a las muchachas de la Opera, a las figurantas, a las criadas-queridas, a las camareras... La mayoría de estas criaturas excitan violentas pasiones, pero toda su indecencia consiste en hacer caer en sus redes a un notario, a un alcalde, a un eclesiástico, y a un enjambre de juerguistas del día o del momento en que se entregan a su amante. Su sistema, justamente vilipendiado por una sociedad curiosa, tiene la ventaja de no obligarlas a nada con respecto a los hombres, con respecto al alcalde, con respecto a la justicia. Y al no atentar contra ningún juramento público, esas mujeres nada tienen que ver con una obra exclusivamente consagrada a los matrimonios legítimos.

Es pedir bien poco para este artículo, se dirá, pero será como una compensación para aquellos que los concedores pueden considerar como demasiado hinchados. Si alguien, por amor a una bella aduanera, quiere incluirla dentro del millón que queda, debe sacarla del capítulo de hermanas de la caridad, de las muchachas de la Ópera o de las jorobadas. Por último hemos decidido que quinientas mil cabezas formen la última categoría, porque a menudo sucede, como lo hemos visto más arriba, que los nueve millones de campesinas se aumentan con un gran número de individuos. Hemos dejado a la clase obrera y a la de pequeños comerciantes por la misma razón: las mujeres pertenecientes a estas dos secciones sociales son el producto de los esfuerzos que realizan los nueve millones de bimanos hembras para elevarse hasta las altas regiones de la civilización. Sin esta escrupulosa exactitud, muchas personas considerarían esta Meditación de Estadística Conyugal como un capricho.

Hemos pensado mucho en la conveniencia de organizar una especie de pequeña caja de compensación y amortización de la especie, para que sirva de asilo a las mujeres que caen en un estado intermedio, como son las viudas, por ejemplo; pero hemos preferido hacer los cálculos más amplios posibles.

Es muy fácil demostrar la exactitud de nuestro análisis: basta con una sola reflexión.

La vida de la mujer puede dividirse en tres épocas perfectamente distintas: la primera empieza en la cuna y termina en la edad núbil; la segunda comprende el tiempo en que la mujer pertenece al matrimonio; la tercera se inicia en la edad crítica, sentencia brutal que la Naturaleza dicta contra las pasiones para que terminen. Siendo estas tres esferas de existencia, aproximadamente iguales en duración, deben dividirse en número igual a una cantidad determinada de mujeres. Así, de una masa de seis millones, hay, salvo las fracciones que dejamos al cuidado de los sabios, que encontrar aproximadamente dos millones de mujeres entre uno y dieciocho años; otros dos millones de cuarenta años a lo sumo, y dos millones de mujeres ya viejas.

Los caprichos del Estado social han distribuido los dos millones de mujeres aptas para el matrimonio en tres categorías de existencia, a saber: las que se quedan solteras, por las razones que ya hemos expuesto; aquéllas cuya honestidad importa muy poco a los maridos, y el millón de mujeres legítimas de las que nos vamos a ocupar.

Ved, pues, como por medio de esta clasificación bastante exacta de la población femenina, que apenas existe en Francia un pequeño rebaño de un millón de ovejas blancas, aprisco privilegiado en el que todos los lobos quieren entrar.

Metamos en otro cedazo a ese millón de mujeres ya pasadas por la criba.

Para conseguir una estimación más verdadera del grado de confianza que un hombre puede tener en su mujer, supongamos por un momento que todas las esposas engañan a sus maridos.

En esta hipótesis, habrá que separar aproximadamente a una veinteava parte formada por mujeres jóvenes, las cuales, siendo recién casadas, serán por lo menos fieles a su juramento durante un cierto tiempo.

Otra veinteava parte estará constituida por enfermas. Esto será atribuir un poco importante papel a los dolores humanos.

Ciertas pasiones que, según se dice, destruyen el dominio del hombre en el corazón de la mujer, como la fealdad, las penas, los embarazos, reclaman, asimismo, otra veinteava parte.

El adulterio no entra en el corazón de una mujer como una bala. Incluso cuando la simpatía hace nacer sentimientos a primera vista, se produce siempre una lucha cuya duración forma un cierto no-valor en la suma total de las infidelidades conyugales. Es casi insultar al pudor de Francia el no tener en cuenta la duración de esos combates, precisamente en una nación de un natural guerrero, y no establecerla más que en una veinteava parte del total de mujeres; pero también debemos considerar que ciertas mujeres enfermas siguen conservando sus amantes en medio de pociones calmantes, y que hay mujeres cuyo embarazo hace sonreír a algún soltero. Salvaremos, pues, el pudor de las que combaten por la virtud.

Por la misma razón, no nos atreveremos a creer que una mujer abandonada por su amante pueda encontrar a otro *hic et nunc*; pero este no-valor, como es necesariamente más débil que el precedente, lo estimaremos únicamente en una cuarentava parte.

Esos encogimientos reducirán nuestra masa a ochocientas mil mujeres cuando se trate de determinar el número de las que ofenden a la ley conyugal.

En ese momento, ¿quién no quisiera estar persuadido de que todas estas mujeres son honestas? ¿No son ellas la flor del país? ¿No son todas ellas atractivas y encantadoras, un dechado de juventud, de belleza, de vida y de amor? Creer en su virtud constituye una especie de religión social puesto que ellas son el adorno del mundo y la gloria de Francia.

Es, pues, entre ese millón donde debemos buscar: el número de mujeres honestas;

el número de mujeres virtuosas.

Esa investigación y esas dos categorías exigen Meditaciones enteras, que servirán de apéndice a la presente.

MEDITACIÓN III

DE LA MUJER HONESTA

La Meditación anterior ha demostrado que poseemos en Francia una masa flotante de mujeres que explotan el privilegio de inspirar las pasiones que un hombre galante puede confesar sin vergüenza o esconder con deleite. Es, pues, sobre ese millón de mujeres que debemos pasear nuestra linterna «diogénica», para encontrar las mujeres honestas del país.

Esta investigación nos obliga a algunas digresiones.

Dos jóvenes bien trajeados cuyos esbeltos cuerpos y brazos redondeados recuerdan a la doncella de un contratista, y cuyo Calzado es de buena calidad, se encuentran una mañana en el bulevar a la salida del pasaje de los Panoramas. «Anda, eres tú». «Sí, querido; me parezco a mí mismo, ¿verdad?». Y se ríen más o menos espiritualmente, continuando la chanza que abre la conversación.

Cuando se les examina con la malsana curiosidad de un gendarme que intenta comprobar una información; cuando están convencidos de la moda respectiva de sus guantes y de sus chalecos, y de la gracia con que se han hecho el nudo de la corbata; cuando están casi seguros de que a ninguno le ha ocurrido ninguna desgracia, se cogen del brazo, y si se van al Teatro de las Variedades, no llegarán a la altura de *Frascati* sin que se hayan hecho una pregunta un poco apretada, de la cual damos una traducción libre: «¿Con quién podríamos casarnos de momento...?».

Por regla general, siempre se trata de una mujer encantadora.

¿Quién es el peatón de París en cuyo oído no hayan silbado, como balas en un día de batalla, millares de frases pronunciadas por otros paseantes, y que no le hayan impresionado algunas de las innúmeras palabras, heladas en el aire, de que nos habla Rabelais? Pero la mayoría de los hombres se pasean por París del mismo modo que comen o que viven; es decir, sin pensar en nada. Existen pocos músicos hábiles, pocos fisonomistas que sepan reconocer a qué clave pertenecen esas notas, de qué pasión proceden. ¡Oh!, errar por las calles de París, adorable y deliciosa existencia... Callejear es una ciencia, es la gastronomía del ojo. Pasearse es vegetar; gaudular por las calles, es vivir. La joven y hermosa mujer mucho tiempo contemplada por ojos ardientes, será mucho más aceptada si pretende un salario que el pastelero que exige veinte sueldos al lemosín cuya nariz, hinchada a toda vela, aspira los nutritivos aromas. Callejear es gozar, es ir recogiendo rasgos de espíritu, es poder admirar sublimes cuadros de desgracia, de amor, de alegría, retratos encantadores o grotescos; es hundir la mirada en el fondo de mil existencias diversas: joven, es deseárselo todo, poseerlo todo; anciano, es vivir la vida de los jóvenes, es casarse con sus pasiones. Entonces, ¿cuántas respuestas ha recogido un deambulador artista ante esa categórica pregunta que hemos formulado?

—¡Tiene treinta y cinco años, pero no le echarías ni veinte! —dice un joven de ojos chispeantes, el cual, liberado del colegio, quiere, como Querubín, abarcarlo todo—. ¿Pues cómo? Nosotros tenemos peinadores de batista y anillos de noche de diamantes... —dice el pasante de un notario—. Tiene coche y un palco en los Franceses —dice un militar—. Yo —exclama otro ya de cierta edad y con aspecto de repeler un ataque— lo tengo todo sin que me cueste un sueldo. Cuando uno está ya tan corrido... ¿Eres de los nuestros, mi respetable amigo? —Y el paseante da un golpe con la palma de la mano en el abdomen de su camarada—. ¡Oh!, me quiere —dice otro—, y me quiere como no podéis haceros una idea, pero tiene el marido más estúpido que os podáis imaginar. ¡Ah...! Buffon ha descrito admirablemente la mayor parte de los animales, pero a ese bípedo conocido con el nombre de marido... (¡Lo agradable que resulta escuchar cosas como esta cuando uno está casado!). «¡Oh!, amigo mío, como un verdadero ángel...», es la respuesta a una pregunta hecha discretamente al oído. —¿Puedes decirme cómo se llama o enseñármela...? —Eso no; es una *mujer honesta*.

Cuando un estudiante es amado por una tabernera, dice su nombre con orgullo, y lleva a sus amigos a almorzar a casa de ella. Si un joven ama a una mujer cuyo marido se dedica a un comercio de artículos de primera necesidad, responderá, sonrojándose: «Es una planchadora, la mujer de un papelerero, de un sombrerero, de un comerciante de tejidos, de un empleado...».

Pero esta confesión de un amor subalterno, nacido en medio de fardos, de sacos de azúcar, o de chalecos de franela, va siempre acompañado de un pomposo elogio de la fortuna de la dama. Sólo el marido se dedica al comercio; es rico, tiene magníficos muebles, y, por otra parte, es la bienamada la que acude a casa del amante; tiene un abrigo de cachemira y una casa de campo.

En resumen, a un joven no le faltan jamás excelentes razones para demostrar que su amante está a punto de convertirse en una mujer decente, si no lo es ya. Esta distinción, producto de la elegancia de nuestras costumbres, se ha convertido en algo tan indefinible como la línea donde empieza el buen tono. ¿Qué es, pues, una mujer honesta?

Esta materia importa demasiado a la vanidad de las mujeres, a la de sus amantes, e incluso a la de sus maridos, para que no establezcamos aquí unas reglas generales, resultado de largas observaciones.

Nuestro millón de cabezas privilegiadas representa una multitud de elegibles al título glorioso de mujer honesta, pero no todas son elegidas. Los principios de esa elección se hallan en los axiomas siguientes:

AFORISMOS

I

Una mujer honesta debe ser necesariamente una mujer casada.

II

Una mujer honesta tiene menos de cuarenta años.

III

Una mujer casada cuyos favores pueden ser *pagados*, no es nunca una mujer honesta.

IV

Una mujer casada que tiene coche propio es una mujer honesta.

V

Una mujer que lleva la cocina de su casa no es una mujer honesta.

VI

Cuando un hombre gana veinte mil libras de renta, su mujer es una mujer honesta, sea cual sea la clase de comercio al que debe su fortuna.

VII

Una mujer que dice una letra de *encambio*, en vez de una letra de cambio; *indicción* en vez de inyección, y que puede decir de un hombre: «Se trata del caballero tal», no puede ser jamás una mujer honesta, sea la que sea su fortuna.

VIII

Una mujer honesta debe disfrutar de una situación pecuniaria que permita a su

amante pensar que ella no le será nunca una carga.

IX

Una mujer que viva en un tercer piso (con la excepción de las calles de Rivoli y de Castiglione) no es una mujer honesta.

X

La mujer de un banquero es siempre una mujer honesta; pero una mujer sentada detrás de un mostrador no puede serlo, a no ser que su marido tenga un comercio muy importante y que ella no viva encima de la tienda.

XI

La sobrina, no casada, de un obispo, cuando vive en la misma casa que él, puede pasar por una mujer honesta, porque si tiene una intriga, se ve obligada a engañar a su tío.

XII

Una mujer honesta es aquélla a la que se teme comprometer.

XIII

La mujer de un artista es siempre una mujer honesta.

Aplicando estos principios, un hombre del departamento del Ardeche puede resolver todas las dificultades que se le presenten en esta materia.

Para que una mujer no tenga que cocinar ella misma, haya recibido una brillante educación, posea el sentido de la coquetería, tenga derecho a pasarse horas enteras en su gabinete, y pueda vivir la vida del alma, le es necesario, por lo menos, unos ingresos de seis mil francos en provincias, o de veinte mil libras en París. Estos dos límites de fortuna nos indicarán el presunto número de mujeres honestas que hay en el millón, producto bruto de nuestra estadística.

Trescientos mil rentistas a mil quinientos francos representan la suma total de las pensiones, los intereses pasajeros o vitalicios, pagados por el Tesoro, y la de sus rentas hipotecarias.

Trescientos mil propietarios que disfrutan de tres mil quinientos francos representan la totalidad de la fortuna territorial.

Doscientas mil partidas, a razón de mil quinientos francos cada una, representan el reparto del presupuesto del Estado, y el de los presupuestos municipales y departamentales, hecha la correspondiente resta de la deuda, de los fondos destinados al clero, de las sumas destinadas a los héroes a cinco sueldos diarios, y de las cantidades concedidas para su vestido, para su armamento, para víveres, etc.

Doscientas mil fortunas comerciales, a razón de veinte mil francos de capital, representan todos los establecimientos industriales posibles de Francia.

He aquí, pues, un millón de maridos.

Pero ¿cómo sacar la cuenta de los rentistas a diez, a cincuenta, a ciento, doscientos, trescientos, cuatrocientos, quinientos y seiscientos francos solamente de renta inscritos en el Gran Libro y en otras partes?

¿Cuántos propietarios hay que no pagan más de cien sueldos, veinte francos, ciento, doscientos y doscientos ochenta francos de impuestos?

¿Cuántos podríamos presumir, entre presupuestívoros pobres plumíferos que no tienen más de seiscientos francos de sueldo al año?

¿Cuántos comerciantes no habrá que únicamente poseen capitales ficticios; cuantos que, siendo ricos en créditos, no tienen ni un sueldo en el bolsillo, y que parecen cribas por las que pasa el erario? ¿Y cuántos comerciantes que no poseen un capital real de mil, dos mil, cuatro mil, o cinco mil francos? ¡Oh, Industria... salve!

Supongamos que hay más afortunados de los que hay en realidad, y repartamos ese millón en dos partes: quinientos mil matrimonios tendrán de cien francos a tres mil francos de renta, y quinientas mil mujeres cumplirán los requisitos necesarios para que se les pueda considerar honestas.

Después de las observaciones que determinan nuestra Meditación de Estadística, estamos autorizados a separar de este número cien mil unidades; en consecuencia, se puede considerar como una proposición matemáticamente demostrada que no existen en Francia más que cuatrocientas mil mujeres cuya posesión pueda procurar a los hombres delicados los placeres exquisitos y distinguidos que buscan en el amor.

En efecto, aquí debemos hacer observar a los adeptos para los cuales estamos escribiendo que el amor no se limita a ciertas solícitas conversaciones, a algunas noches de voluptuosidad, a unas caricias más o menos inteligentes, y a una chispa de amor propio bautizada con el nombre de celos. Nuestras cuatrocientas mil mujeres no son de aquellas de las que se pueda decir: «La más hermosa mujer del mundo sólo puede dar lo que tiene». No, están tan ricamente dotadas de los tesoros que toman prestados a nuestras ardientes imaginaciones y saben vender caro lo que tienen, para compensar la vulgaridad de lo que dan.

¿Es besando el guante de una modistilla que se siente más placer que agotando aquella voluptuosidad de cinco minutos que os pueden ofrecer todas las mujeres?

¿Es que la conversación de una tendera os hará esperar goces infinitos?

Entre vosotros y una mujer inferior a vosotros, las delicias del amor propio son para ella. Vosotros no estáis en el secreto de la felicidad que dais.

Entre vosotros y una mujer que esté por encima de vosotros, por su fortuna o por su posición social, los cosquilleos que produce la vanidad son algo inmenso y compartido. Un hombre jamás ha podido elevar a su amante hasta él; pero una mujer sitúa siempre a su amante al mismo nivel que ella. «Yo puedo hacer príncipes; en cambio, usted no hará nunca más que bastardos», es una respuesta deslumbrante de verdad.

Si el amor es la primera de las pasiones, es porque las halaga a todas a la vez. Se ama en razón del mayor o menor número de cuerdas que nuestra amante hace vibrar en nuestro corazón.

Biren, hijo de un orfebre, en el lecho de la duquesa de Çurlandia y ayudándola a firmar la promesa de ser proclamado rey del país, como ya lo era de la joven y hermosa soberana, constituye el tipo de felicidad que deben proporcionar nuestras cuatrocientas mil mujeres a sus amantes.

Para tener derecho a hacer tabla rasa de todas las cabezas que se amontonan en un salón, es necesario ser el amante de una de esas mujeres de selección. A todos nos gusta brillar, poco o mucho.

También es en esta brillante parte de la nación hacia la cual se dirigen los ataques de los hombres a los cuales la educación, el talento o la inteligencia les han conquistado el derecho a ser tenidos en cuenta en esta clase de fortuna humana que enorgullece a los pueblos; es precisamente entre esa clase de mujeres donde únicamente puede encontrarse aquélla cuyo corazón será defendido a ultranza por *nuestro* marido.

Que las consideraciones a que da lugar nuestra aristocrática hembra se apliquen o no a las demás clases sociales, ¿qué puede importar? Lo que sea verdad para esas mujeres tan rebuscadas en sus modales, en su manera de hablar, en sus ideas; en las que una educación privilegiada ha desarrollado el gusto por las artes, la facultad de sentir, de comparar, de reflexionar; que tienen un sentimiento tan elevado de las conveniencias y de la gentileza, y que rigen sobre las costumbres de Francia, debe también aplicarse a las mujeres de todas las naciones y de todas las especies. El hombre superior al que va dedicado este libro posee necesariamente una cierta óptica de pensamiento que le permite seguir las degradaciones de la luz en cada clase y de captar el punto de civilización para el cual tales observaciones siguen siendo verdaderas.

¿No es, entonces, del más alto interés para la moral el buscar ahora el número de las mujeres virtuosas que puedan hallarse entre esas amables criaturas? ¿No puede considerarse esto como una cuestión «marito-nacional»?

MEDITACIÓN IV

DE LA MUJER VIRTUOSA

El problema no es quizá saber cuántas mujeres virtuosas existen, sino saber si una mujer honesta puede seguir siendo virtuosa.

Para hacer un poco más de luz en un punto tan importante, dediquemos una rápida ojeada a la población masculina.

De nuestros quince millones de hombres, separemos en primer lugar los nueve millones de bimanos de treinta y dos vértebras, y no admitamos en nuestro análisis fisiológico más que a seis millones de individuos. Los Marceau, los Massena, los Rousseau, los Diderot y los Rollin germinan a menudo súbitamente en este marco social de fermentación; pero aquí vamos a incurrir, adrede, en ciertas inexactitudes. Estos errores de cálculo recaerán con toda la fuerza de su peso sobre la conclusión, y corroborarán los terribles resultados que van a revelarnos los mecanismos de las pasiones públicas.

De los seis millones de hombres privilegiados, separemos tres millones de niños y ancianos.

Esta sustracción, se dirá, ha dado como resultado cuatro millones cuando tratábamos de mujeres.

Esa diferencia puede, a primera vista, parecer extraña, pero es muy fácil de justificar.

La edad media de las mujeres que se casan es de veinte años; a los cuarenta dejan de pertenecer al campo del amor. Un muchacho de diecisiete años da terribles puñaladas a los pergaminos de los contratos, y particularmente a los más antiguos, dicen las crónicas escandalosas.

Un hombre de cincuenta años es más temible a esa edad que ningún otro. Es en esa hermosa época de la vida cuando se vale de una experiencia difícilmente adquirida, y de toda la fortuna de que puede disponer. Las pasiones bajo el látigo de las cuales corre son las últimas, y se muestra implacable y fuerte como un hombre arrastrado por una corriente que se agarra a una verde y flexible rama de sauce, joven retoño del año.

Físicamente, un hombre es hombre mucho más tiempo que una mujer es mujer.

XIV

Con relación al matrimonio, la diferencia de duración que hay entre la vida amorosa del hombre y la de la mujer es, pues, de quince años. Esto equivale a las tres cuartas partes del tiempo durante el cual las infidelidades de una mujer pueden causar

el infortunio de su marido. No obstante, la resta de la sustracción hecha sobre la masa de nuestros hombres no refleja más que una diferencia de una sexta parte, comparándola con la que resulta de la sustracción efectuada sobre la masa femenina.

Grande es la modestia de nuestros cálculos. En cuanto a nuestras razones, son de una evidencia tan vulgar que sólo las hemos expuesto por un exceso de exactitud y para prevenir toda crítica.

Queda, pues, demostrado a todo filósofo, por poco calculador que sea, que existe en Francia una masa flotante de tres millones de hombres de edades comprendidas entre los diecisiete años como mínimo hasta cincuenta y dos años como máximo, que están vivos y coleando, que tienen buenos dientes, que están decididos a morder, que muerden, y que no desean otra cosa que pisar fuerte y firme por los senderos del paraíso.

Las observaciones ya realizadas, nos autorizan a separar de esta masa a un millón de maridos. Supongamos por un momento que, satisfechos y felices, como debe ser nuestro «marido-modelo», se contentan con el amor conyugal.

Pero nuestra masa de dos millones de solteros no tiene necesidad de disponer ni de cinco sueldos de renta para poder hacer el amor;

pero un hombre que tenga buena planta y bonitos ojos no necesita más para descolgar el retrato de un marido;

pero tampoco es necesario que uno tenga buena figura ni un hermoso rostro;

pero en el supuesto de que un hombre sea espiritual, posea un rostro distinguido y atractivo, las mujeres no le preguntan nunca de dónde ha salido, sino adónde va;

pero los encantos de la juventud son el único bagaje del amor;

pero un traje confeccionado por Buisson, un par de guantes adquiridos en casa Boivin, unas elegantes botas que el industrial tiembla de haberlas hecho, una corbata bien anudada, bastan a un hombre para convertirse en el rey de un salón;

pero, por último, los militares, aunque la manía por las charreteras y las estrellas haya ido de baja; los militares, ¿no forman ya por sí solos una temible legión de célibes...? Sin hablar de Eginhard, puesto que se trataba de un secretario particular, ¿un periódico no ha traído la noticia de que últimamente una princesa de Alemania ha dejado toda su fortuna a un simple teniente de coraceros de la Guardia Imperial?

Pero el notario de pueblo, que en lo más alejado de la Gascuña no extiende más de treinta y seis actas por año, manda a su hijo a París a estudiar derecho; el sombrerero desea que su hijo sea notario; el procurador destina el suyo a la magistratura; el magistrado aspira a ser ministro para dotar a sus hijos de una dignidad. En ninguna época de la historia ha habido una tan ardiente sed de instrucción. Hoy en día ya no es el espíritu el que anda por las calles; es el talento. Por todas las grietas de nuestro estado social salen brillantes flores, como la primavera las hace brotar de entre los muros en ruinas; de los sótanos incluso salen matas un tanto descoloridas que probablemente reverdecerán al sol de la instrucción por poco que el sol las penetre. Desde que se ha producido este inmenso desarrollo de

las ideas; desde esta equitativa y fecunda dispersión de la luz, no tenemos ya casi hombres superiores, pues cada uno representa la masa de instrucción de un siglo. Nos hallamos rodeados de enciclopedias vivientes que andan, piensan, actúan y quieren eternizarse. De ahí las espantosas sacudidas de ambiciones ascendentes y pasiones delirantes; nos son precisos otros mundos; necesitamos colmenas preparadas para recibir a esos enjambres y, sobre todo, nos hacen falta muchas mujeres hermosas.

Pero las enfermedades que afligen a los hombres, ¿no producen un no-valor en la masa total de las pasiones del hombre? Para vergüenza nuestra, una mujer no nos es nunca tan leal y devota como cuando estamos enfermos...

Ante este pensamiento, todos los epigramas dirigidos contra el sexo débil (está ya pasado de moda calificarlo de sexo bello) deberían renunciar a sus agujones y trocarse en madrigales... Todos los hombres deberían pensar que la única virtud de la mujer consiste en amar, que todas las mujeres son prodigiosamente virtuosas, y cerrar aquí el libro y la Meditación.

¿Os acordáis de ese instante lúgubre y negro en que solo y enfermo, acusando a la humanidad y especialmente a los amigos; en que débil, descorazonado y pensando en la muerte, la cabeza apoyada en una almohada fríamente cálida, y acostado sobre una sábana cuyo blanco lino se imprimía dolorosamente en vuestra piel; en que paseabais vuestra mirada por el verde papel de las paredes de vuestra habitación muda? ¿Os acordáis, digo, de haberla visto abriendo la puerta, sin ruido, asomando su joven, su dorada cabeza enmarcada con bucles de oro y con un coquetón sombrero, apareciendo como una estrella en una noche de tormenta, sonriente, avanzando, medio dolorida, medio feliz, para inclinarse sobre vosotros?

—¿Cómo has podido venir? ¿Qué le has dicho a tu marido? —le preguntasteis.
Un marido... ¡Ah! ya entramos de lleno en nuestro tema.

XV

Moralmente, un hombre es más a menudo y durante más tiempo hombre que la mujer es mujer.

No obstante, debemos considerar que entre esos millones de célibes, hay muchos desdichados en quienes el profundo sentimiento de su miseria y de los trabajos obstinados que deben realizar apagan su ansia de amor;

Aunque no todos ellos han pasado por las aulas, y que hay muchos artesanos, muchas lacayos (el duque de Gèvres, extraordinariamente feo y bajo de estatura, paseándose por el parque de Versailles, observó a unos criados de buena planta y dijo a sus amigos: «¡Fijaos en la clase de tipos que nosotros hacemos, y cómo nos hacen a nosotros!...»), muchos albañiles, muchos industriales que no piensan en otra cosa que en el dinero; muchos horteras;

Que hay hombres más estúpidos y realmente mucho más feos de lo que Dios les

ha hecho.

Que los hay cuyo carácter es como una castaña sin pulpa;

Que el clero es generalmente casto;

Que hay hombres situados en la vida de forma tal que no pueden entrar jamás en la esfera brillante donde se mueven las mujeres honestas, sea por carecer de trajes adecuados, sea por timidez, sea por falta de un lazarillo que les introduzca.

Pero dejemos a cada uno el cuidado de aumentar el número de las excepciones según su propia experiencia (pues, ante todo, la finalidad de un libro es hacer pensar), y suprimamos de un golpe una mitad de la masa total, no aceptando más que un millón de corazones dignos de ofrecer sus homenajes a las mujeres honestas; ese es, aproximadamente, el número de nuestros hombres superiores, en cualquier clase. Las mujeres no aman más que a los hombres de ingenio; pero, una vez más, demos libertad de movimientos a la virtud.

Ahora, puestos a escuchar a nuestros amables solteros, cada uno puede explicar una serie de aventuras que, en su totalidad, comprometen seriamente a mujeres honestas. Hay mucho de modestia y de contención al conceder únicamente tres aventuras por soltero; pero si algunos las cuentan por decenas, es porque se han limitado a dos o tres pasiones, e incluso a una sola durante su vida, y así hemos seguido, a manera de estadística, la moda de conceder una por cabeza. Y si se multiplica el número de solteros por el número de buenas suertes, se obtendrán tres millones de aventuras, y para hacer frente a eso ¿no disponemos más que de cuatrocientas mil mujeres honestas...?

Si el Dios de bondad y de indulgencia que campea sobre el mundo no hace una segunda colada del género humano, sin duda es a causa del poco éxito obtenido con la primera...

He aquí, pues, lo que es un pueblo. He aquí a una sociedad pasada por el cedazo, y he aquí el resultado que ofrece».

XVI

Las costumbres son la hipocresía de las naciones; la hipocresía está más o menos perfeccionada.

XVII

Quizá la virtud no sea otra cosa que la cortesía del alma.

El amor físico es una necesidad comparable al hambre, pero mientras el hombre come casi todos los días, en amor su apetito no es tan constante ni tan regular como el

que siente en la mesa.

Un pedazo de pan y un trago de agua aplacan la sed y el hambre de cualquier hombre; pero nuestra civilización ha inventado la gastronomía.

El amor tiene sus pedazos de pan, pero existe también un arte de amar que conocemos con el nombre de coquetería, palabra encantadora, típicamente francesa, pues es en Francia donde ha nacido esta ciencia.

Pues bien, ¿no hay para hacer temblar a todos los maridos si se detienen a pensar que el hombre está tan convencido de la necesidad de cambiar de alimentación, que incluso en países salvajes a los cuales han llegado los exploradores, éstos han encontrado bebidas alcohólicas y guisos variados?

El hambre no es tan violenta como el amor; pero los caprichos del alma son mucho más numerosos, mucho más acuciantes, mucho más rebuscados en su furor que los caprichos de la gastronomía; pero todo lo que los poetas y los acontecimientos nos han revelado sobre el amor humano arma a nuestros solteros con un poder terrible; son como los leones de que nos habla el Evangelio buscando presas que devorar.

Aquí, que cada cual interroge a su conciencia, que evoque sus recuerdos, y se pregunte si alguna vez ha encontrado a un hombre que se haya contentado con el amor de una sola mujer.

¿Cómo, ¡ay!, explicar por medio del honor de los pueblos el problema resultante de tres millones de ardientes pasiones que no encuentran para saciarse otro pasto que cuatrocientas mil mujeres...? ¿Se pueden repartir cuatro solteros por mujer y reconocer que las mujeres honestas han establecido por instinto, una especie de turno entre ellas y los solteros parecido al que han ideado los presidentes de Tribunales Reales para destinar a sus consejeros a las diferentes salas, sucesivamente, una vez transcurrido cierto número de años...?

Triste manera de resolver la dificultad.

¿Se puede incluso conjeturar que ciertas mujeres honestas actúan, en el reparto de los solteros, como el león de la fábula...? Pues si así fuese, una mitad por lo menos de nuestros altares serían sepulcros enjalbegados...

Por el honor de las damas francesas, ¿se puede suponer que en tiempos de paz los demás países nos importan una determinada cantidad de mujeres honestas, principalmente Inglaterra Alemania y Rusia...? Pero las naciones europeas pretenderán establecer una balanza, objetando que Francia exporta también una determinada cantidad de mujeres hermosas.

La moral y la religión sufren tanto con semejantes cálculos que cualquier hombre decente, en su deseo de absolver a las mujeres casadas, encontraría cierto gozo creyendo que las mujeres ancianas y las jóvenes se hallan mitad y mitad en esta corrupción general, o, por mejor decirlo, en esta corrupción que mencionan los célibes.

Pero ¿cuáles son estos cálculos? Pensad en los maridos que, para vergüenza de las

costumbres, se comportan casi todos como solteros, y se vanaglorian, *in petto*, de sus secretas aventuras.

¡Oh!, nosotros creemos que todo hombre casado, si desea asegurar a su esposa un lugar honorífico, como diría el viejo Corneille, puede buscar una cuerda y un clavo: *foenum habet in cornu*.

No obstante, es precisamente entre esas cuatrocientas mil mujeres honestas donde es preciso, linterna en mano, buscar el número de mujeres virtuosas de Francia... En efecto, en nuestra estadística conyugal sólo hemos separado a las criaturas de las cuales la sociedad no se ocupa. ¿No es más cierto que en Francia las *personas honestas*, las *personas como deben de ser*, forman apenas un total de tres millones de individuos, a saber: un millón de célibes, quinientas mil mujeres honestas, quinientos mil maridos y un millón de ancianas, niños y niñas?

Entonad, pues, el famoso verso de Boileau. Ese verso anuncia que el poeta había hábilmente profundizado en las reflexiones matemáticamente desarrolladas ante vuestras miradas en estas aflictivas Meditaciones y que no se trata de una hipérbole.

Sin embargo, existen mujeres virtuosas:

Sí, son las que jamás han sentido tentación alguna y las que mueren en su primer parto, suponiendo que sus maridos las hayan encontrado vírgenes.

Sí, las que son feas como la Kaifakatadary de las *Mil y Una Noches*.

Sí, aquellas que Mirabeau califica de *hadas cohombros*, y que están compuestas de átomos exactamente iguales a los de las raíces de lechuza o de nenúfar; pero no debemos fiamos...

Además, confesemos, para gloria del siglo, que desde la restauración de la moral y de la religión, y por los tiempos que corremos, hay, aisladas, algunas mujeres tan morales, tan religiosas, tan cumplidoras de sus deberes, tan estrictas, tan rectas, tan áridas, tan virtuosas, tan..., que ni el mismo diablo se atrevería a mirarlas; se protegen con rosarios, con devocionarios y con directores espirituales... ¡Chitón!

No intentaremos hacer un recuento de las mujeres virtuosas por estupidez; nadie ignora que en amor todas las mujeres son inteligentes.

Por último, no sería, empero, imposible que hubiese, en algún apartado rincón, mujeres hermosas y virtuosas a quienes nadie conoce.

Pero guardaos muy bien de dar el calificativo de virtuosa a la mujer que, luchando contra una pasión involuntaria, nada ha concedido a un amante al que idolatra desesperadamente. Es la más sangrienta injuria que pueda hacerse a un marido enamorado. ¿Qué le queda a él de su mujer? Algo sin nombre, un cadáver con vida. En el seno de los placeres, su mujer permanece como un invitado avisado por un Borgia, a la mitad del banquete, de que ciertos alimentos están envenenados; se le quita el apetito, come con la punta de los dientes, o finge que come. Añora la comida que ha dejado por la del terrible cardenal y lanza un suspiro de alivio en el momento en que el festín ha terminado y puede levantarse de la mesa.

¿Cuál es el resultado de estas reflexiones sobre la virtud femenina? Véanlo,

aunque las dos últimas máximas nos las ha dado un filósofo ecléctico del siglo dieciocho.

XVIII

Una mujer virtuosa tiene en el corazón una fibra de más o de menos que las demás mujeres: es estúpida o sublime.

XIX

La virtud de las mujeres es quizá una cuestión de temperamento.

XX

Las mujeres más virtuosas tienen en sí mismas algo que no es casto.

XXI

Que un hombre inteligente dude de su amante se concibe; pero que dude de su mujer..., tendría que ser muy estúpido.

XXII

Los hombres serían demasiado desgraciados si, al lado de las mujeres, se acordasen de todo lo que saben perfectamente de memoria.

El número de mujeres raras que, parecidas a las vírgenes de que nos habla la parábola, han sabido conservar encendida su lámpara, será siempre demasiado reducido a los ojos de los defensores de la virtud y de los buenos sentimientos; pero también habrá que restarlo de la suma total de mujeres honestas, y esta consoladora sustracción agrava más el peligro que corren los maridos, le da más vuelo al escándalo y contamina el resto de las esposas legítimas.

¿Qué marido podrá desde ahora dormir tranquilo al lado de su joven y hermosa esposa, sabiendo que tres solteros, por lo bajo, están al acecho; que si hasta el momento no han producido daños en la propiedad, consideran a la casada como una presa que les pertenece, que tarde o temprano caerá en sus garras, sea por astucia, a la fuerza, por conquista, o con la mejor voluntad? Es imposible que no llegue el día en

que se sepan victoriosos en esta lucha.

¡Espantosa conclusión...!

Aquí los puristas en cuestiones de moralidad, los *cuellos almidonados*, nos acusarán tal vez de presentar cálculos excesivamente desoladores; desearán encargarse de la defensa de las mujeres honestas o de los solteros; pero hemos reservado para los que lo pretendan una última observación.

Podéis aumentar a voluntad el número de las mujeres honestas y disminuir el de los solteros, y siempre encontraréis que son más las aventuras galantes que las mujeres honestas; siempre encontraréis una masa enorme de solteros reducidos por nuestras costumbres a tres clases de delitos.

Si se conservan castos, su salud se resentirá debido a las irritaciones más dolorosas; harán vanas las visiones sublimes de la naturaleza, y morirán de una enfermedad pulmonar mientras beberán leche en alguna montaña suiza.

Si sucumben a sus legítimas tentaciones, comprometiendo a alguna mujer honesta, y entonces caen de lleno en el tema de este libro, o se degradan frecuentando las quinientas mil mujeres de que hemos hecho mención en la última categoría de la primera Meditación, es la mejor oportunidad para terminar también bebiendo leche y morir en Suiza...

¿No os habéis dado nunca cuenta, como nosotros, de un fallo de organización de nuestro orden social, cuya observación va a servir de prueba moral para nuestros últimos cálculos?

La edad media del hombre que se casa es de treinta años; la edad media de sus pasiones, de sus más violentos deseos de goces genésicos, es de veinte años. Y durante los diez más bellos años de su vida, durante la tierna época en que su hermosura, su juventud y su inteligencia le hacen más temible para los maridos que en cualquier otra época de su existencia, vive sin poder satisfacer *legalmente* esa irresistible necesidad de amar que le quema constantemente. Ese lapso de tiempo representa una sexta parte de la vida humana, y debemos admitir que la sexta parte por lo menos de nuestra masa de hombres, y precisamente la sexta parte más vigorosa, vive perpetuamente en una situación tan agotadora para ellos como peligrosa para la Sociedad.

—¿Por qué no se casan? —exclamará inmediatamente una devota.

¿Pero dónde está el padre con sentido común que permita que su hijo se case a los veinte años?

¿No es sobradamente conocido el peligro que entrañan esas uniones precoces? Parece como si el matrimonio fuese un estado de perfecta contradicción con las costumbres naturales, puesto que exige una madurez de raciocinio particular. Por último, todo el mundo sabe lo que ha dicho Rousseau: «Es necesario siempre un cierto período de libertinaje, sea en un estado o en otro. Es una mala levadura que tarde o temprano fermenta».

¿Y dónde está la madre de familia que expondría la felicidad de su hija a los

azares de esa fermentación cuando todavía la ignora ella?

Por otra parte, ¿hay verdadera necesidad de justificar un hecho bajo el imperio del cual existen todas las sociedades? ¿No hay en todos los países, como ya hemos demostrado, una inmensa cantidad de hombres que viven lo más honestamente posible fuera del celibato y del matrimonio?

—¿Es que estos hombres —seguirá objetando la devota— no pueden practicar la continencia como los sacerdotes?

De acuerdo, señora.

No obstante, debemos hacer constar que el voto de castidad es una de las más fuertes excepciones del estado natural necesitadas por la sociedad; que la continencia es un punto importante en la profesión sacerdotal; que el sacerdote debe ser casto como el médico es insensible al dolor físico, como el notario y el abogado lo son ante la miseria que les muestra sus llagas, como lo es el militar ante la muerte que le rodea en un campo de batalla. Porque las necesidades de la civilización osifiquen determinadas fibras del corazón y formen callos en ciertas membranas, no hay que llegar a la conclusión de que todos los hombres tengan que sufrir esa especie de muerte parcial y excepcional del alma. Sería conducir al género humano a un execrable suicidio moral.

Pero si en el seno de un salón llega a darse un tipo de jansenista a ultranza y un joven puede llegar a los veintiocho años conservando la túnica de la inocencia y tan virgen como los pollos del campo que tanto celebran los gastrónomos, ¿no creéis que la más virtuosa y austera de las mujeres no dejará de decirle algún amargo cumplido sobre su valor, que el más severo de los magistrados que haya subido a un estrado no inclinará la cabeza y sonreirá, y que todas las mujeres no se esconderán para que no oiga sus carcajadas? La heroica e insólita víctima puede retirarse del salón, pero entonces, ¡qué diluvio de bromas de más o menos buen gusto no cae sobre su inocente cabeza...! ¡Cuántos insultos! ¿Qué hay que sea considerado como más vergonzoso en Francia que la impotencia, que la frialdad, que la ausencia de toda pasión, que la ingenuidad?

El único rey de Francia que no se ahogaría de risa, sería tal vez Luis XIII; pero el viejo verde de su padre habría quizá expulsado de su presencia a un tal jovenzuelo, quizá acusándole de no ser francés, o de ser un peligroso ejemplo.

¡Extraña contradicción! Un joven es igualmente criticado si se pasa la vida en «tierra santa», para emplear una expresión propia de la vida de soltero... ¿Será tal vez por casualidad, y en provecho de las mujeres honestas, que los prefectos de policía y los alcaldes han dispuesto que las pasiones públicas sólo pueden exteriorizarse cuando anochece y terminar a las once de la noche?

¿Dónde queréis que nuestra masa de solteros alivie sus males? Y, como pregunta Fígaro, ¿quién es ahora el que engaña a quién? ¿Son los gobiernos o los gobernados? ¿El orden social es como esos niños que en el teatro se tapan los oídos para no oír los disparos? ¿Tiene miedo de remover sus propias llagas? ¿Cómo puede decidirse que

ese mal no tiene remedio y que no hay más solución que dejar que las cosas sigan su curso? Pero hay aquí una cuestión de legislación, ya que es imposible eludir el dilema material y social que resulta de este balance de la virtud pública en lo que respecta al matrimonio. No nos corresponde a nosotros resolver esta dificultad; no obstante, supongamos por un momento que para preservar a tantas familias, a tantas mujeres, a tantas muchachas honestas, la Sociedad se viese obligada a conceder a unos corazones patentados y registrados el derecho a satisfacer las pasiones de los solteros. ¿Nuestras leyes no deberían entonces erigir en gremio de artesanía al conjunto de esa especie de Decios femeninos tan devotos de la República y que con sus cuerpos levantan un baluarte en defensa de las familias honestas? Los legisladores han cometido un grave error al omitir hasta este momento reglamentar la suerte de las cortesanas.

XXIII

La cortesana es una institución si es una necesidad.

Esta cuestión está tan erizada de *sis* y de *peros*, que la dejamos en herencia a nuestros sobrinos; debemos dejarles alguna cosa en que ocuparse. Por otra parte, es completamente accidental en esta obra, porque precisamente hoy más que en ningún otro tiempo está desarrollada la sensibilidad; porque más que en ninguna otra época existen buenas costumbres; porque jamás se ha sabido tan perfectamente que el placer proviene del alma. ¿Y quién es el hombre de sentimientos, el soltero, que en presencia de cuatrocientas mil jóvenes y hermosas mujeres, rodeadas de los esplendores de la fortuna y de las gracias del espíritu, ricas en tesoros de coquetería y pródigas de felicidad, desearía ir a...? ¡Punto en boca!

Expongamos, para nuestros futuros legisladores, en forma clara y concisa, los resultados de estos últimos años.

XXIV

Dentro del orden social, los abusos inevitables son leyes de la naturaleza, según las cuales el hombre debe concebir sus leyes civiles y políticas.

XXV

El adulterio es una quiebra, con la diferencia, como dice Chamfort, que el que

hace bancarrota es el que queda deshonrado.

En Francia, las leyes sobre el adulterio y las quiebras tienen que ser radicalmente modificadas. ¿Son demasiado suaves? ¿Se basan en principios falsos? *Caveant consules!*

Pues bien, tú, esforzado atleta que has tomado a tu cargo el pequeño apostrofe que nuestra primera Meditación ha dirigido a los que tienen a su cuidado una mujer, ¿qué dices? Esperemos que esta ojeada en tomo a la cuestión no te haga estremecer, que no seas tú ninguno de esos hombres cuya espina dorsal huele a chamusquina, cuyo fluido nervioso se hiela ante la visión de un precipicio o de una *boa constrictor*... ¡Ay, amigo...! El que tiene tierras, tiene guerras. Los hombres que codician tu dinero son mucho más numerosos todavía que los que codician a tu esposa.

Al fin y al cabo, los maridos son perfectamente libres de considerar esas bagatelas como cálculos, o estos cálculos como bagatelas. Lo más hermoso de la vida son precisamente las ilusiones de la vida. Lo más respetable son nuestras más fútiles creencias. ¿No existen muchas personas cuyos principios no son otra cosa que prejuicios, y que no teniendo la energía suficiente para concebir la felicidad y la virtud por sí mismas, aceptan una virtud y una felicidad que se les dan hechas y confeccionadas por los legisladores? Así, no nos dirigimos más que a todos esos *Manfredos* que, por haber tentado demasiados vestidos, desean levantar toda clase de velos en los momentos en que una especie de *spleen* les atormenta. Para ellos, la cuestión está ahora atrevidamente planteada, y sabemos cuál es la extensión del mal.

Nos queda por examinar las posibilidades generales que pueden hallarse en la vida conyugal de cada marido, y que le hacen menos fuerte en el combate del que nuestro campeón debe salir vencedor.

MEDITACIÓN V

DE LOS PREDESTINADOS

Predestinado quiere decir destinado por anticipado a la felicidad o al infortunio. La Teología se ha apropiado esa palabra y la emplea siempre para designar a los bienaventurados; nosotros debemos dar a ese término un significado fatal para nuestros elegidos, de quienes se puede decir lo contrario de lo que dice el Evangelio: «Muchos son los llamados, y muchos los elegidos».

La experiencia ha demostrado que existen determinadas clases de hombres más sujetas que otras a determinadas desgracias: así, del mismo modo que los gascones son exagerados, los parisienses son vanidosos; del mismo modo que la apoplejía ataca a las personas que tienen el cuello corto, que el carbunco se ceba especialmente en los carniceros, la gota en los ricos, la salud en los pobres, la sordera en los reyes, la parálisis en los administrativos..., también se ha observado que cierta clase de maridos son más particularmente víctimas de pasiones ilegítimas que otros. Esos maridos y sus esposas acaparan a los solteros. Es una aristocracia de un género especial. Si algún lector se hallara en una de estas clases aristocráticas, tendrá, esperémoslo, bastante presencia de ánimo, él o su esposa, para acordarse al instante del axioma favorito de la gramática latina de Lhomond: No hay regla sin excepción. Incluso algún amigo de la casa puede citar este verso:

Toda persona presente está siempre exceptuada.

Y, entonces, cada uno de ellos tendrá, *in petto*, el derecho de creerse una excepción. Pero nuestro deber, el afecto que sentimos por los maridos y el deseo que tenemos de preservar a tantas y tan hermosas mujeres de los caprichos y las desgracias que puede traerle un amante, nos obligan a señalar por orden la clase de maridos que deben estar particularmente en guardia.

En esta relación deben figurar en primer término todos aquellos maridos a quienes sus negocios, sus empleos o sus funciones obligan a estar determinadas horas del día o durante cierto tiempo fuera de casa. Estos deben ser los portaestandartes de la cofradía.

Entre ellos incluimos a los magistrados, lo mismo si son amovibles que inamovibles, obligados a permanecer en el Palacio de Justicia durante una gran parte del día; los demás funcionarios encuentran de vez en cuando la manera de salir de la oficina, pero un juez o un procurador del rey, sentado en su sillón, debe, por así decirlo, morir durante la audiencia pública. Está en su campo de batalla.

Lo mismo puede decirse de los diputados y los pares que deben discutir las leyes, de los ministros que deben despachar con el rey, de los directores que deben

despachar con los ministros, de los militares en campaña, y, por último, del cabo que dirige una patrulla, como lo demuestra la carta de Lafleur en el *Viaje Sentimental*.

A continuación de los hombres obligados a ausentarse de sus casas a horas fijas, vienen los hombres a quienes amplias y serias preocupaciones no les dejan ni un solo minuto para ser amables; ceñudos siempre, difícilmente sonrían una vez.

A la cabeza de esas tropas inclasificables, colocaremos a los banqueros que trabajan removiendo millones, cuyas cabezas están de tal modo repletas de cálculos que los números terminan por taladrar el occipucio y por elevarse en columnas de sumas por encima de sus frentes.

Esos millonarios olvidan la mayor parte del tiempo las sagradas leyes del matrimonio y los cuidados que necesita la tierna flor que tienen la obligación de cultivar; nunca piensan en regalarla, ni en preservarla del frío o del calor. Casi no se dan cuenta de que se les ha confiado la felicidad de una esposa; si alguna vez lo recuerdan, es en la mesa, al ver frente a ellos a una mujer ricamente vestida o cuando la coqueta, temiendo un posible brutal ataque, se les acerca, tan graciosa como Venus, para aligerar el peso de su cartera... ¡Oh...!, entonces, por la noche, se acuerdan perfectamente, y a veces con bastante intensidad, de los derechos especificados en el artículo 213 del Código Civil, y sus esposas les reconocen; pero, como esos terribles impuestos que las leyes imponen sobre las mercancías extranjeras, ellas los sufren y los toleran en virtud del siguiente axioma: No hay placer que no cause dolor.

Los sabios que se pasan meses enteros royendo un hueso de animal antediluviano, calculando las leyes de la naturaleza, o espiando sus secretos; los griegos y los latinos que almuerzan con un pensamiento de Tácito, cenan con una frase de Tucídides, viven quitando el polvo de los libros de las bibliotecas, al acecho de una nota o de un papiro, son unos predestinados. Nada de lo que sucede a su alrededor es capaz de interesarles, tanta es su absorción o su éxtasis; su desgracia podría consumarse en pleno mediodía, y apenas se darían cuenta. ¡Felices ellos! ¡Mil veces felices! Ejemplo: Beauzée, quien al regresar a su casa después de una sesión de la Academia, sorprendió a su esposa con un alemán. «Cuando yo le decía, señora, que lo mejor era que me vaya...», gruñó el extranjero. «¡Venga, caballero!, por lo menos diga usted: “Que me fuera”, le corrigió el académico».

Vienen después, con la lira en la mano, unos poetas, la totalidad de cuyas fuerzas animales abandonan en el entresuelo para ir a alojarse en los pisos superiores. Siendo mucho más diestros en montarse sobre Pegasus que sobre la burra del compadre Pedro, raramente se casan, acostumbrados como están a dirigir sus furores, por intervalos, contra unas Cloris vagabundas o imaginarias.

Y también los hombres con la nariz embadurnada de rapé;
y aquellos que para su desgracia han nacido con una flema perpetua;
y los maridos que fuman o mascan tabaco;
y las personas que tienen un carácter seco y bilioso y que tienen aspecto avinagrado;

y los hombres que en su vida privada tienen ciertas costumbres cínicas, ciertos hábitos ridículos y que, a pesar de todo, conservan un acreditado desaseo;
y los maridos que merecen el deshonroso calificativo de calientasábanas;
y, finalmente, los viejos que se casan con mujeres jóvenes.

Todos esos individuos son predestinados por excelencia.

Hay también otra clase de predestinados cuyo infortunio es casi cierto. Nos referimos a los hombres inquietos, desasosegados, quisquillosos y déspotas, que tienen determinadas ideas sobre la autoridad doméstica, que hablan abiertamente mal de las mujeres y que no conocen de la vida más que los abejorros de Historia Natural; Cuando hombres así se casan, parecen avispa a las que un chico ha cortado la cabeza y que dan vueltas alrededor de un cristal. Para esa clase de predestinados el presente libro es letra muerta. No escribimos para esas imbéciles estatuas ambulantes que parecen esculturas de catedral, como tampoco escribimos para las anticuadas máquinas de Marly, las cuales no pueden elevar el agua de los jardines de Versailles sin que se expongan a una rápida desintegración.

Raramente me es dado observar en los salones las singularidades conyugales que hormigean sin que se me venga a la memoria un espectáculo del que fui testigo en mi juventud.

En el año 1819 pasé un cierto tiempo en una cabaña levantada en el rincón del delicioso valle de la Isle-Adam. Mi refugio estaba cerca del parque de Cassan, el más dulce retiro, el más voluptuoso de contemplar, el más amable para el paseante, el más húmedo en verano de todos los que han creado el lujo o el arte. Esa verde residencia fue construida por un administrador general de los felices tiempos pasados, un cierto Bergeret, hombre célebre por su originalidad, el cual, entre otras muchas cosas propias de Heliogábalo, iba a la Opera con los cabellos empolvados de oro y por sí solo daba brillo a su parque, donde se daba a sí mismo suntuosas fiestas. Ese Sardanápalo burgués había vuelto de Italia, y se apasionó tanto por los lugares de aquella hermosa comarca que, con un arrebató de fanatismo, gastó cuatro o cinco millones reproduciendo en su parque los grabados que llevaba en la cartera. Los más encantadores contrastes de follaje, los árboles de las más raras especies, los amplios valles, los panoramas más deliciosos que había visto, las Islas Borromeas flotando sobre aguas claras y caprichosas, son otros tantos rayos que aportan sus tesoros ópticos a un centro único, a una *isola bella* desde la cual la vista maravillada distingue el más mínimo detalle; una isla en la cual se levanta una pequeña mansión oculta bajo el ramaje de unos sauces centenarios; una isla rodeada de gladiolos, de rosales, de flores y que parece una esmeralda ricamente engastada. Es como alejarse mil leguas del mundo... El más enfermizo, el más apesadumbrado, el más adusto de nuestros hombres geniales que no se hallase bien de salud, moriría allí de satisfacción al cabo de quince días de estancia, agobiado por las suculentas riquezas de una vida vegetativa. El hombre que quizá no daba demasiada importancia a aquel Edén, y que entonces era su propietario, sentía cierta debilidad por un mono, ya que no por un hijo

o una mujer. En otros tiempos amado por una emperatriz, según se decía, quizá nada podía esperar ya de la especie humana. Una elegante jaula de madera, sostenida por una columna esculpida, servía de habitáculo al malicioso animal, el cual, siempre encadenado y raramente acariciado por un dueño fantástico, que pasaba mucho más tiempo en París que en su propiedad, había adquirido muy mala reputación. Recuerdo haberlo visto, en presencia de ciertas damas, mostrarse casi tan insolente como un hombre. El dueño se vio obligado a matarlo, de tanto como aumentó su descaro. Una mañana que estaba yo sentado bajo un tulipán florido, ocupado en no hacer nada, pero respirando los embriagadores perfumes que unos altos álamos impedían que escapasen de aquel brillante recinto, saboreando el silencio de los bosques, escuchando el murmullo del agua y el roce de las hojas de los árboles, admirando los claros de cielo azul que se abrían por encima de mi cabeza y por los cuales corrían nubes de nácar y de oro, soñando quizá en mi vida futura, oí a un inoportuno, llegado la víspera de París, que tocaba el violín con la rabia súbita de un desquiciado mental. No le desearía ni a mi más cruel enemigo que tuviera que experimentar un choque tan violento y tan en contraste con la sublime armonía que reinaba en aquel rincón. Si los sonos lejanos del cuerno de Rolando hubiesen temblado en el aire, quizá..., pero una chillona cantilena que tiene la pretensión de proporcionaros ideas humanas y frases musicales... Aquel Amphion que se paseaba a lo largo y a lo ancho del comedor acabó por sentarse en el antepecho de una ventana, precisamente frente al mono. Tal vez necesitaba público. De repente vi que el animal descendía de su torrecilla, se ponía en pie, inclinaba la cabeza como un nadador antes de arrojar al agua y se cruzaba los brazos sobre el pecho, igual que hubiera podido hacerlo Espartaco encadenado, o Catilina escuchando las diatribas de Cicerón. El banquero, llamado por una suave voz cuyo timbre argentino despertó los recuerdos de un gabinete que yo me sabía de memoria, dejó el violín en el marco de la ventana y escapó como una golondrina que va a reunirse con su compañera de un vuelo horizontal y rápido. El gran simio, cuya cadena era muy larga, se acercó a la ventana y cogió con la mayor seriedad el violín. No sé si habéis experimentado, como yo, el placer de ver a un mono intentando aprender música; pero en los días actuales, en que no suelo reír tanto como en aquellos otros de despreocupación, no puedo nunca pensar en mi mono sin sonreír. El semihombre empezó por empuñar el instrumento con las dos manos y a olerlo como si fuera a comerse una manzana. Probablemente su aspiración nasal hizo despedir una sorda armonía a la sonora madera, y entonces el orangután inclinó la cabeza, volvió, revolvió, alzó y bajó el violín, lo puso derecho, lo agitó, se lo llevó al oído, lo dejó y lo volvió a coger con una rapidez de movimientos de la que no es capaz ningún otro animal. Interrogaba a la muda madera con una sagacidad sin propósito, que tenía un no sé qué de maravilloso y de incompleto. Finalmente intentó, de la manera más grotesca imaginable, colocarse el violín debajo del mentón, sosteniendo el mango con una mano; pero, como un niño mimado, pronto se cansó de un estudio que exigía una habilidad demasiado difícil de adquirir, pulsó las cuerdas

sin conseguir otra cosa que unos sonidos desacordes, y se enfadó; volvió a dejar el violín sobre el antepecho de la ventana, y, cogiendo el arco, se puso a rascar el instrumento, igual que un marmolista sierra una piedra. Como fuera que la nueva tentativa no había hecho otra cosa que fatigar aún más sus sabios oídos, cogió el arco con las dos manos y empezó a golpear el inocente instrumento, fuente de placer y de armonía, con rabia. Me pareció ver a un escolar que tenía debajo de él a un camarada de colegio al que obsequiaba con una tanda de puñetazos precipitadamente asestados, para castigarle de alguna cobardía. El violín, juzgado y condenado, cumplió su pena, el mono se sentó sobre sus restos y se divirtió con la alegría más estúpida, enmarañando las rubias cuerdas del arco roto.

Nunca más, desde aquel día, he podido ver matrimonios de predestinados sin comparar a la mayoría de los maridos con aquel orangután que pretendió tocar el violín.

El amor es la más melodiosa de todas las armonías, y nosotros tenemos un sentimiento innato. La mujer es un delicioso instrumento de placer, pero hay que reconocer sus vibrantes cuerdas, estudiar las actitudes, las claves tímidas, y la pulsación cambiante y caprichosa. ¡Cuántos orangutanes..., cuántos hombres, quiero decir, se casan sin saber qué es una mujer! ¡Cuántos predestinados han obrado con ellas como el simio de Cassan con su violín! Han destrozado unos corazones que no entendían ni comprendían, como han roto y menospreciado la alhaja cuyo secreto desconocían. Niños durante toda la vida, se van de la vida con las manos vacías, habiendo hablado del amor y del placer, del libertinaje y de la virtud, del mismo modo que los esclavos hablan de la libertad. Casi todos se han casado en la ignorancia más profunda de la mujer y del amor. Han empezado por forzar la puerta de una casa ajena, y han querido ser bien recibidos en su salón. Pero el más vulgar de los artistas sabe que existe entre él y su instrumento (su instrumento de madera o de marfil) una especie de amistad indefinible. Sabe, por experiencia, que ha necesitado una serie de años para establecer la misteriosa relación entre una materia inerte y él. En el primer momento le ha sido imposible adivinar sus posibilidades, sus caprichos, sus defectos o sus virtudes. Su instrumento no se convierte en un alma para él, y sólo es fuente de melodías después de prolongados estudios; no llegan a reconocer su mutua amistad más que a lo largo de sabias conversaciones.

¿Es quedándose agachado ante la vida, igual que un seminarista dentro de su celda, como un hombre puede aprender algo sobre las mujeres y a desentrañar ese admirable pentagrama? ¿No hay hombres que tienen el oficio de pensar para los demás, de juzgar a los demás, de gobernar a los demás, de robar el dinero de los demás, de alimentar, de curar, de matar a los demás? ¿Acaso todos nuestros predestinados pueden perder parte de su tiempo estudiando a las mujeres? Si venden su precioso tiempo, ¿cómo podrían emplearlo comprando felicidad? El dinero es su dios. No se puede servir a dos amos a la vez. Así el mundo está lleno de una serie de mujeres que se arrastran pálidas y débiles, enfermas y dolientes. Unas son presa de

inflamaciones más o menos graves, otras sufren el cruel dominio de ataques nerviosos más o menos intensos. Los maridos de esas mujeres son unos ignaros y unos predestinados. Han causado su infortunio con el mismo esmero con que un marido-artista habría empleado en hacer brotar las tardías y deliciosas flores del placer. El tiempo que un ignorante gaste consumiendo su propia ruina es precisamente el mismo que un hombre hábil sabe emplear en la educación de su felicidad.

XXVI

No empecéis jamás el matrimonio con una violación.

En las Meditaciones precedentes hemos puesto al descubierto la extensión del mal con la misma irrespetuosa audacia del cirujano que descubre osadamente los tejidos mendaces bajo los cuales se oculta una vergonzosa herida. La virtud pública, trasladada a la mesa de nuestro anfiteatro quirúrgico, no ha permitido que quedara ni el mismo cadáver sin pasar por el escalpelo. Amante o marido, ¿te has estremecido o has sonreído ante la llaga? Muy bien, ha sido con maliciosa alegría que hablamos y comentamos ese inmenso peso que gravita sobre la conciencia de los predestinados. Arlequín, al querer averiguar si su caballo puede acostumbrarse a no comer, no es más ridículo que esos hombres que pretenden hallar la felicidad del matrimonio sin cultivarlo con todos los cuidados que su naturaleza exige. Las faltas cometidas por las mujeres son otros tantos alegatos acusatorios contra el egoísmo, la despreocupación y la nulidad de los maridos.

Ahora eres tú mismo, lector, tú, que tan frecuentemente habrás condenado tu propio crimen en cabeza ajena; es a ti a quien corresponde sostener la balanza de la justicia. Uno de los platillos está bastante cargado; mira a ver qué puedes poner en el otro. Calcula el número de predestinados que puede hallarse en la suma total de los casados, y mira su peso; sabrás dónde está el mal.

Intentemos adentrarnos en las causas de esta enfermedad conyugal.

La palabra «amor» aplicada a la reproducción de la especie, constituye la más odiosa blasfemia que las costumbres modernas han aprendido a proferir. La naturaleza, al elevarnos por encima de los animales por medio del divino presente del raciocinio, nos ha hecho aptos para experimentar sensaciones y sentimientos, necesidades y pasiones. Esta doble naturaleza crea en el hombre al animal y al amante. Esta distinción puede hacer algo de luz en el problema social que nos ocupa.

El matrimonio puede ser considerado política, civil y moralmente como una ley, como un contrato, como una institución; como ley, es la reproducción de la especie; como contrato, es la transmisión de la propiedad; como institución, es una garantía cuyas obligaciones interesan a todos los hombres: tienen un padre y una madre, y

tendrán unos hijos. El matrimonio debe, pues, ser objeto del respeto y consideración generales. La sociedad no ha podido considerar más que este aspecto que, para ella, domina la cuestión conyugal.

Para la mayoría de los hombres, el matrimonio no consiste más que en un procedimiento para la reproducción, para la transmisión de la propiedad, o la consecución de hijos; pero ni la reproducción, ni la propiedad, ni los hijos constituyen la felicidad. El *crescite et mutiplicanini* no implica necesariamente la existencia de amor. El pedir a una muchacha a la cual se ha visto catorce veces en quince días que sienta amor por la ley, el rey o la justicia, es un absurdo en el que incurre la mayoría de predestinados.

El amor es una conjunción de necesidad y de sentimiento, y la felicidad en el matrimonio el resultado de un perfecto entendimiento de las almas de los esposos. Se infiere de ello que, para ser feliz, un hombre está obligado a observar una serie de reglas de honor y de delicadeza. Después de haber usado del beneficio de la ley social que consagra la necesidad, debe obedecer a las leyes secretas de la naturaleza que hacen brotar sentimientos. Si cifra su felicidad en ser amado, es necesario que él ame sinceramente: nada es capaz de resistir a una pasión auténtica.

Pero ser apasionado, es desear continuamente. ¿Se puede desear siempre a la propia esposa?

Sí.

Es tan absurdo pretender que es imposible amar siempre a la misma mujer como lo sería decir que un artista tiene precisión de varios violines para ejecutar un fragmento musical y para crear una melodía encantadora.

El amor es la poesía de los sentidos. Constituye el destino de todo cuanto en el hombre hay de grande y de todo lo que procede de su pensamiento. O es sublime, o no es nada. Cuando existe, existe para siempre y crece continuamente. Es aquel amor que en la Antigüedad se creía era hijo del Cielo y de la Tierra.

La literatura hace uso de siete situaciones; la música puede expresarlo todo con siete notas; la pintura sólo dispone de siete colores; del mismo modo que estas tres artes, el amor se compone quizá de siete principios, y creemos preferible dejar su estudio para el próximo siglo.

Si la poesía, la música y la pintura poseen expresiones infinitas, los placeres del amor deben ofrecer muchas más; ya que en las tres artes que nos ayudan a buscar, por analogía y quizás infructuosamente, la verdad, el hombre se encuentra sólo con su imaginación, mientras que el amor es la reunión de dos cuerpos y de dos almas. Si las tres principales formas que sirven para expresar el pensamiento exigen estudios preliminares a aquéllos a quienes la naturaleza ha hecho nacer poetas, músicos o pintores, ¿no cae por su propio peso que es necesario iniciarse en los secretos del placer para poder ser feliz? Todos los hombres sienten la necesidad de la reproducción, del mismo modo que todos tienen hambre y sed; pero no todos son llamados a ser amantes y gastrónomos. Nuestra civilización actual ha demostrado que

el gusto es una ciencia, y que es privativo sólo de unos pocos privilegiados el saber beber y comer. El placer, considerado como un arte, está esperando su fisiólogo. Para nosotros, nos basta el haber demostrado que únicamente la ignorancia de los principios constitutivos de la felicidad produce el infortunio que espera a todos los predestinados.

Es con la mayor timidez que nos atrevemos a publicar algunos aforismos que podrían dar nacimiento a este nuevo arte, del mismo modo que los moldes han contribuido a crear la geología; y los entregamos a la meditación de los filósofos, de los jóvenes casaderos y de los predestinados.

CATECISMO CONYUGAL

XXVII

El matrimonio es una ciencia.

XXVIII

Un hombre no debe casarse sin antes haber estudiado la anatomía y disecado por lo menos una mujer.

XXIX

La suerte de un matrimonio depende de la primera noche.

XXX

Una mujer privada de su libre albedrío no puede tener jamás el mérito de hacer un sacrificio.

XXXI

En amor, la mujer es como una lira que no entrega sus secretos más que a aquel que sabe pulsar sus cuerdas.

XXXII

Independientemente de un cierto instinto de repulsión, existe en el corazón de todas las mujeres un sentimiento que tiende a proscribir tarde o temprano los placeres de la pasión.

XXXIII

El interés de un marido lo prescribe casi tanto como el honor el no permitirse un goce que no haya tenido talento suficiente para hacerlo desear a su mujer.

XXXIV

Como sea que el placer es producido por la alianza de sensaciones y de sentimientos, se puede llegar a la audaz conclusión de que los placeres son como una especie de ideas materializadas.

XXXV

Si las ideas se combinan hasta el infinito, lo mismo debe de suceder con los placeres.

XXXVI

En la vida de un hombre no pueden hallarse dos momentos de placer idénticos, como no hay dos hojas idénticas en un mismo árbol.

XXXVII

Si existen diferencias entre un momento de placer y otro, un hombre puede ser feliz con una misma mujer.

XXXVIII

Captar hábilmente todos los matices del placer, desarrollarlos, darles un estilo particular, una expresión original, constituye el talento de un marido.

XXXIX

Entre dos seres que no se aman, ese talento es el libertinaje; pero las caricias presididas por el amor no son nunca lascivas.

XL

La más casta de las mujeres casadas puede ser también la más voluptuosa.

XLI

La mujer más virtuosa puede ser indecente a pesar de ella.

XLII

Cuando dos seres se hallan unidos por el placer, quedan dormidos todos los convencionalismos sociales. Esa situación esconde un escollo contra el cual se han estrellado muchas embarcaciones. Un marido está perdido si se olvida una sola vez de que existe un pudor independiente de los velos. El amor conyugal no debe jamás ponerse ni quitarse la venda, si no es a propósito.

XLIII

La fuerza no consiste en dar potentes y frecuentes golpes, sino en darlos con la energía y precisión justas.

XLIV

Hacer nacer un deseo, alimentarlo, desarrollarlo, verle crecer, irritarlo, excitarlo, satisfacerlo, constituye un poema completo.

XLV

El orden de los placeres debe ir del dístico a la cuarteta, de la cuarteta al soneto, del soneto a la balada, de la balada a la oda, de la oda a la cantata, de la cantata al ditirambo. El marido que empieza por el ditirambo es un estúpido

XLVI

Cada noche debe tener su menú especial.

XLVII

El matrimonio debe incesantemente combatir a un monstruo que todo lo devora: el hábito.

XLVIII

Si un hombre no sabe distinguir la diferencia del placer de dos noches consecutivas, es que se ha casado demasiado pronto.

XLIX

Es más fácil ser amante que marido, por la misma razón que es más fácil ser ingenioso de vez en cuando que a todas horas.

L

Un marido no debe ser nunca el primero en dormirse ni el último en despertarse.

LI

El hombre que entra en el tocador de su mujer es un filósofo o un imbécil.

LII

El marido que no deja nada que desear es hombre perdido.

LIII

La mujer casada es una esclava que hay que saber colocar en un trono.

LIV

Un hombre no puede alardear de conocer a su mujer y hacerla feliz más que cuando la tiene a menudo sentada en sus rodillas.

Es a la tropa ignorante de nuestros predestinados, de nuestras legiones de catarrosos, de fumadores, de ancianos, de gruñones, etc., a quienes Sterne dirigió precisamente la carta, escrita en el *Tristan Shandy*, por Gauthier Shandy a su hermano Tobie, cuando éste estaba decidido a casarse con la viuda de Wadman.

Las célebres instrucciones que el más original de los escritores ingleses ha consignado en esta carta podrían, con muy pocas excepciones, completar nuestras observaciones sobre la forma de conducirse con las mujeres, y las ofrecemos textualmente a la reflexión de los predestinados, rogándoles que las mediten como una de las más sustanciales obras maestras del ingenio humano.

Carta de míster Shandy

AL CAPITÁN TOBIE SHANDY

«Mi querido hermano Tobie:

»Lo que voy a decirte tiene relación con la naturaleza de las mujeres y a la forma de hacerles el amor. Y quizá constituya una suerte para ti (aunque tal vez no lo sea para mí) el que se haya presentado la ocasión de hacerlo, y que me haya sentido capaz de escribir algunas instrucciones sobre este tema.

»Si hubiese sido designio de aquel que hace las leyes concederte más conocimientos que a mí, me habría encantado que fueses tú el que estuviera sentado en mi sitio, y que esta pluma estuviese en tus manos; pero ya que me toca a mí el instruirte y que la señora Shandy está aquí, a mi lado, disponiéndose a meterse en la cama, voy a pergeñar sin orden ni concierto, sobre el papel, una serie de ideas y preceptos relativos al matrimonio, tal como se me irán ocurriendo, y que creo podrán ser de utilidad para ti; quiero darte una prueba de mi amistad, y no dudo, mi querido Tobie, del agradecimiento con que la recibirás.

»En primer lugar, en lo que se refiere a la importancia de la religión en este asunto (aunque el fuego que se me va subiendo al rostro me haga dar cuenta de que estoy enrojeciéndome al hablarte de ese tema) hay, no obstante, una que desearía destacarte de la manera más particular para que no la olvides nunca, por lo menos mientras duren tus amores. Y es, mi querido hermano Tobie, que no te presentes jamás en casa de la que es objeto de tus desvelos, sea por la mañana, sea por la tarde, sin haberte encomendado antes a la protección de Dios Todopoderoso, para que te preserve de todo mal.

»Deberás afeitarte la cabeza, y te la lavarás por lo menos cada cuatro o cinco días, y a ser posible, más a menudo, para que si en un momento de distracción se

te cae la peluca, no pueda distinguir los cabellos que te han caído por obra de la mano del Tiempo, y cuantos por la de Trim.

»Debes, mientras puedas, alejar de su imaginación toda idea de cabeza calva.

»Métete bien en los sesos lo que voy a decirte, Tobie, y sigue esta máxima como de segura eficacia:

»*Todas las mujeres son tímidas*. Y es una verdadera suerte que lo sean. De lo contrario, ¿quién querría tratos con ellas?

»Que tus calzones no sean ni demasiado estrechos ni demasiado anchos, y que no se parezcan a aquellos enormes calzones que usaban nuestros antepasados.

»Un justo *medium* evita cualquier comentario desfavorable.

»Cualquier cosa que tengas que decir, ya sea que pretendas hablar mucho, ya sea que desees hablar poco, procura moderar siempre el tono de tu voz. El silencio y todo lo que se le parece grava en las memorias los misterios de la noche. Entonces, si puedes evitarlo, no dejes que se te caigan de las manos ni la paleta ni las tenazas.

»En tus conversaciones con ella, evita las bromas y las picardías; mientras puedas, no le prestes ningún libro jovial. Puedes permitirle la lectura de ciertos tratados de devoción (aunque preferiría que no los leyera), pero no permitas de ningún modo que lea a Rabelais, a Scarron o *Don Quijote*.

»Todos estos libros excitan la risa, y tú sabes, mi querido Tobie, que nada hay más serio que los fines del matrimonio.

»Antes de entrar en su casa, abróchate bien.

»Si te permite sentarte en el mismo sofá que ella, y te da facilidades para que pongas tu mano sobre la suya, resiste a esta tentación. Te sería imposible coger su mano sin que la temperatura de la tuya le revelase lo que sucede dentro de ti. Déjala siempre sumida en la indecisión sobre este aspecto y sobre muchos otros. Comportate como te digo, por lo menos habrás despertado su curiosidad hacia ti, y si tu bella no está todavía sometida del todo, y el *asno* que llevamos dentro empieza a soltar coces (lo cual es más que probable), hazte sacar unas cuantas onzas de sangre de detrás de las orejas, siguiendo la práctica de los antiguos escitas, que curaban con ese procedimiento los más desordenados apetitos de nuestros sentidos.

»Avicena advierte que a continuación se deben hacer fricciones de extracto de eléboro, y, además, las evacuaciones y purgas convenientes, y yo pienso igual que él. Pero sobre todo, no comas demasiado, y abstente de carne de chivo y de ciervo; abstente también cuidadosamente, es decir, tanto como puedas, de comer pavos, grullas, somormujos, y pollas de agua.

»No debo decirte que, en cuanto a bebida, debes limitarte a una infusión de verbena y hierba de anea, de la cual Eliano explica efectos sorprendentes. Pero si tu estómago se resistiera, debes inmediatamente suspender su uso, y vivir de cohombros, de melones, de berros y de lechugas.

»Por el momento, no se me ocurre nada más.
»A menos que se declare la guerra...
»Así, mi querido Tobie, deseo que todo sea para tu bien.
Y quedo tu afectísimo hermano,

»Gauthier Shandy».

En las circunstancias actuales, el propio Sterne suprimiría de su carta lo referente al *asno*, y en vez de aconsejarle a un predestinado se hiciera sangrar, cambiaría el régimen cohombros y lechuga por otro mucho más eminentemente substancioso. Entonces, recomendaba economía para conseguir una profusión mágica en el momento en que estallara la guerra, imitando en esto al admirable gobierno inglés, el cual, en tiempo de paz, tiene una flota de doscientos buques, pero sus astilleros pueden, si llega el caso, construir el doble, llenar todos los mares y enfrentarse a todas las marinas del mundo.

Cuando un hombre pertenece al reducido número de aquéllos a los que una educación generosa invierte del dominio del pensamiento, debería siempre, antes de contraer matrimonio, hacer un examen de sus fuerzas físicas y morales. Para luchar con ventaja contra las tempestades que tantas seducciones se aprestan a levantar en el corazón de su mujer, un marido debe poseer, además de la ciencia del placer y una fortuna que le permita no estar incluido en ninguna de las clases de predestinados, una salud a toda prueba, un tacto exquisito, mucha inteligencia, bastante sentido común como para no hacer sentir su superioridad más que en las circunstancias oportunas, y, por último, una extraordinaria finura de oído y de vista.

Aunque tenga un rostro, muy atractivo, una estatura conveniente, un aspecto varonil, si desmiente todas estas anteriores promesas, caerá inmediatamente en la clase de los predestinados. Así, un marido feo, pero cuyo rostro sea expresivo, estará, siempre que su esposa haya podido olvidarse de su fealdad, en la más favorable de las situaciones para combatir al espíritu del mal.

Procuraría, y esto es un olvido en la carta de Sterne, aparecer completamente inodoro, para no dar prisa al cansancio. Así hará un mediocre empleo de perfumes, que siempre exponen a las bellezas a las más injuriosas sospechas.

Deberá estudiar su comportamiento, cuidar su conversación como si fuese el galanteador de la mujer más inconstante del mundo. Fue para él que un filósofo hizo la siguiente reflexión:

«Tal mujer fue desgraciada toda la vida, se perdió, se deshonró por un hombre al que dejó de amar porque eligió mal un traje, porque se cortó mal las uñas, se puso un calcetín del revés, o tuvo dificultades para desabrocharse un botón».

Uno de los deberes más importantes deberá ser ocultar a su esposa el verdadero estado de su fortuna, para poder satisfacer las fantasías y los caprichos que ella pueda tener, como hacen los generosos célibes.

Por último, cosa difícil de conseguir, y para lo cual se precisa de un valor

sobrehumano, debe ejercer el dominio más absoluto sobre el asno de que nos habla Sterne. Este asno debe estar sometido como un siervo del siglo trece lo estaba bajo su señor, obedecer y callar, andar y detenerse a la menor orden.

Provisto de todas estas cualidades, tampoco podrá un marido entrar en liza con la esperanza absoluta de conseguir el éxito. Como todos los demás, corre también el riesgo de ser, para su mujer, una especie de editor responsable.

Bien, ya veo que van a exclamar ciertos personajillos para los cuales el horizonte termina en su nariz, que ahora resulta que hay que darse un trabajo ímprobo para poder llegar a amarse; que para ser feliz en el matrimonio hay que pasar previamente por la escuela. ¿El gobierno tiene la intención de fundar para nosotros una cátedra de amor, del mismo modo que no hace mucho ha inaugurado una de derecho público?

He aquí la respuesta:

Esta multiplicidad de reglas difíciles de comprender, estas observaciones tan minuciosas, estas nociones tan auténticas, según los temperamentos, preexisten, por así decirlo, en el corazón de los que nacieron para el amor, como es innato el sentimiento del gusto en el alma de los poetas, de los pintores o de los músicos. Los hombres que experimenten cierto cansancio en poner en práctica las enseñanzas facilitadas por esta Meditación, son por naturaleza predestinados, del mismo modo que aquel que no puede darse cuenta de las relaciones existentes entre dos ideas diferentes es un imbécil. En efecto, el amor tiene sus grandes hombres desconocidos, como la guerra tiene a su Napoleón, la poesía a su Andrés Chénier, y la filosofía a Descartes.

Esta última observación contiene el germen de una contestación a la pregunta que todos los hombres se hacen desde mucho tiempo: ¿por qué es tan poco frecuente un matrimonio feliz?

Este fenómeno del mundo moral se cumple muy raramente, por la razón de que hay muy pocas personas verdaderamente inteligentes. Una pasión duradera es un drama sublime representado por dos actores iguales en talento, un drama en el que los sentimientos son catástrofes, los deseos acontecimientos, en el que el más ligero pensamiento puede hacer cambiar la escena. ¿Y cómo hallar con cierta frecuencia entre todo ese rebaño de bimanos que recibe el nombre de nación, a un hombre y a una mujer que posean el mismo grado de genialidad en el amor, cuando las personas de talento son tan raras ya en las otras ciencias en las que para tener éxito un artista sólo necesita entenderse consigo mismo?

Hasta el momento nos hemos limitado a hacer presentir las dificultades, en cierto modo físicas, que dos esposos deben vencer si quieren ser felices, pero ¿qué será cuando se trate de mostrar a la luz del día el espantoso cuadro de las obligaciones morales que nacen de la diferencia de caracteres...? ¡Detengámonos! El hombre que posea suficiente habilidad para frenar el temperamento será con seguridad dueño de su propia alma.

Aceptamos el que nuestro marido-modelo posea las primeras condiciones

exigidas para disputar con ciertas ventajas su mujer a los asaltantes. Admitimos el hecho de que no está incluido en ninguna de las numerosas clases de predestinados a las que hemos pasado revista. Convenimos en que se halla imbuido de todas nuestras máximas; que posee aquella ciencia admirable de la cual le hemos revelado algunos de sus secretos; que se ha casado con un gran bagaje de conocimientos; que conoce a su mujer, y que ella le quiere; y proseguiremos la enumeración de todas las causas generales que pueden empeorar la situación crítica a la cual le haremos llegar para instrucción del género humano.

MEDITACIÓN VI

LOS PENSIONADOS

Si te has casado con una señorita cuya educación recibió en un pensionado, hay treinta posibilidades más contra ti y contra tu felicidad que todas aquéllas cuya enumeración precede, y te pareces a un hombre que ha metido su brazo en un avispero.

Entonces, inmediatamente después de la bendición nupcial, y sin dejarte impresionar por la inocente ignorancia, por las gracias ingenuas, por la pudibunda continencia de tu mujer, debes meditar y seguir los axiomas y preceptos que nos proponemos desarrollar en la Segunda Parte de este libro. Incluso deberías practicar los rigores de la Tercera Parte ejerciendo inmediatamente una activa vigilancia, y desplegando una paternal solicitud a toda hora, pues quizás el mismo día siguiente de tu boda, o quizá la víspera, *hubo peligro en la casa*.

En efecto, ten en cuenta únicamente los conocimientos secretos y profundos que los estudiantes adquieren sobre *de natura rerum*, sobre la naturaleza de las cosas. La Pérouse, Cook, o el capitán Parry ¿pusieron tanto ardor para llegar al Polo como los estudiantes de instituto en surcar los parajes prohibidos del océano de los placeres?

Como que las muchachas son mucho más astutas, más ingeniosas y más curiosas que los muchachos, sus citas clandestinas, sus conversaciones, que todo el arte de sus vigilantes no pueden impedir, deben ser dirigidas por un genio mil veces más infernal que el de los estudiantes. ¿Qué hombre ha podido oír las reflexiones morales y las malignas intenciones de esas muchachas? Únicamente ellas conocen esta clase de juego en el que el honor se ha perdido ya por anticipado, esos ensayos de placer, ese ir a tientas por la voluptuosidad, esos simulacros de felicidad, que pueden compararse a los robos de los niños de un postre guardado bajo llave. Es probable que una muchacha salga virgen del pensionado; pero casta, no. Más de una vez habrá discutido en secretos conventículos la importante cuestión de los amantes, y la corrupción se habrá infiltrado en su corazón o en su espíritu, dicho sea sin antítesis.

Admitamos, no obstante, que tu mujer no haya participado en esas golosinas virginales, en esas picardías prematuras. Pero porque no haya tenido voz deliberativa en los consejos secretos de las *mayores*, ¿será ella mejor? En el pensionado habrá contraído amistad con otras señoritas, y seríamos muy modestos no concediéndole más que dos o tres amigas íntimas. ¿Estás seguro de que una vez salida tu mujer del pensionado, sus jóvenes amigas no habrán sido admitidas en esa clase de conciliábulos en que se intenta conocer por anticipado, y aunque sólo sea por analogía, los arrullos de las palomas? Por último, sus amigas se casarán, y entonces tendrás que vigilar a cuatro mujeres en lugar de una, cuatro caracteres que observar, y estarás a merced de cuatro maridos y de una docena de solteros de quienes lo ignoras

todo, sus principios, su vida, sus costumbres, cuando nuestras Meditaciones te hayan avisado de que un día u otro deberías prestar atención de todas las personas con quienes te has casado al casarte con tu mujer, sin que te hayas dado cuenta. Únicamente Satanás ha sido capaz de imaginar un pensionado de señoritas levantado en el centro de una gran ciudad... Por lo menos la señora Campan había instalado su famosa institución en Ecoeu. Esta prudente precaución demuestra que no era ciertamente una mujer vulgar. Allí sus señoritas no tenían ocasión de ver el museo de las calles, compuesto por inmensas y grotescas imágenes y de expresiones obscenas debidas al lápiz del espíritu maligno. No tenían allí que tener bajo su mirada el espectáculo de las miserias humanas puestas de manifiesto en cada esquina de París, y en los pérfidos gabinetes literarios que no vomitan precisamente en secreto la ponzoña de sus libros instructivos e incendiarios. Por eso aquella sabia instructora consideró que sólo en Ecoeu podía conservar a una señorita intacta y pura, si eso era posible. Probablemente confías en que podrás impedir que tu mujer se vea con sus amigas de pensionado. Vana locura. Se encontrará con ellas en los bailes, en los teatros, en el paseo, en la sociedad, y ¡cuántos servicios pueden prestarse mutuamente dos mujeres...! Pero meditaremos sobre este nuevo tema de horror a su debido tiempo y lugar.

Y no es esto todo. Si tu suegra ha colocado a su hija en un pensionado, ¿crees que únicamente lo hizo en interés de su hija? Una señorita de doce o quince años es un terrible argos, y si la suegra no quiere argos en casa, empiezo a sospechar que tu señora suegra pertenece inevitablemente al género más dudoso de nuestras mujeres honestas. Así, en cualquier ocasión, siempre será para su hija o un ejemplo fatal o un peligroso consejero.

Pero ¡alto...! La suegra exige, para ella sola, una Meditación completa.

Entonces, hacia cualquier lado que te vuelvas, el lecho conyugal es, en estas circunstancias, igualmente espinoso.

Antes de la Revolución, ciertas familias aristocráticas mandaban a sus hijas a un convento. Ese ejemplo era seguido también por otras muchas familias que se imaginaban que metiendo a sus hijas allí donde vivían las hijas de un personaje, aprenderían su tono y sus modales. Este error del orgullo era, en primer lugar, fatal para la felicidad doméstica, ya que los conventos reunían los mismos inconvenientes que los pensionados. La más terrible ociosidad reina en ellos. Las rejas claustrales inflaman la imaginación. La soledad es una de las provincias más queridas del Demonio y no puede llegarse a pensar las devastaciones que los más comunes fenómenos de la vida pueden llegar a producir en el alma de unas muchachas soñadoras, ignorantes y desocupadas.

Unas, a fuerza de acariciar quimeras, dan lugar a un *quid pro quo* más o menos curioso. Otras, habiéndose formado una idea exagerada de la felicidad conyugal, se dicen a sí mismas: «Anda, ¿no es más que esto?» cuando ya pertenecen a un marido. De cualquier forma, la instrucción incompleta que pueden adquirir unas muchachas

educadas en común tiene todos los peligros de la ignorancia y todos los inconvenientes de la ciencia.

Una muchacha educada en el seno de la familia por una madre o por una anciana tía virtuosa, devota, amable o regañona; una muchacha cuyos pasos no han franqueado la puerta doméstica sin ir rodeada de carabinas, cuya infancia laboriosa ha sido agobiada por trabajos incluso inútiles, para la cual, por último, todo es completamente desconocido, incluso el espectáculo de Serafín, es uno de esos tesoros que se encuentran alguna que otra vez en el mundo, como esas flores silvestres que, por crecer entre espinos y tanta maleza, los ojos mortales no han podido verlas nunca. Ese que, dueño de una tan dulce flor, permite que la cultiven otros, ha merecido una y mil veces su desgracia. O es un monstruo o es un estúpido.

Creemos que este sería el momento adecuado para examinar la cuestión de si existe manera alguna para casarse bien, y de ir eliminando indefinidamente las precauciones cuyo conjunto será presentado en la Segunda y Tercera Partes de este libro; ¿pero no ha sido ya abundantemente demostrado que es más fácil leer *La Escuela de las Mujeres* en un homo herméticamente cerrado que poder conocer el carácter, las costumbres y la inteligencia de una muchacha casadera?

La mayoría de los hombres, ¿no se casan exactamente igual como si compraran un paquete de acciones en la Bolsa?

Y si en la Meditación anterior hemos conseguido demostrar que la mayor parte de los hombres queda en la más profunda ignorancia sobre su propia felicidad en lo que se refiere al matrimonio, ¿sería razonable creer que pueden encontrarse personas lo suficientemente ricas, lo suficientemente inteligentes, o lo suficientemente observadoras, para malgastar, como el Burchell del *Vicario de Wakefield*, uno o dos años de su tiempo investigando, vigilando a las muchachas que serán sus esposas, cuando tan poco se ocupan de ellas después de haberlas conyugalmente poseído durante aquel lapso de tiempo que los ingleses llaman *luna de miel*, y de la cual no tardaremos en discutir su influencia?

No obstante, como hemos meditado durante largo tiempo sobre esta importante materia, debemos observar que existen ciertos procedimientos para elegir más o menos bien, incluso en el caso de que la elección se realice rápidamente.

Queda, por ejemplo, fuera de duda que las probabilidades estarán en favor vuestro;

1.º: si habéis elegido a una señorita cuyo temperamento se parezca al de las muchachas de la Luisiana o de la Carolina.

Para conseguir información cierta sobre el temperamento de una joven, hay que poner en vigor cerca de las camareras el sistema de que habla Gil Blas y empleado por un hombre de Estado para enterarse de alguna conspiración o para saber cómo habían pasado la noche los ministros.

2.º: si habéis elegido a una señorita que, sin ser fea, no pertenezca al género de las mujeres hermosas.

Consideramos como un principio absolutamente cierto que, para ser lo menos desdichado posible en el matrimonio, los dos elementos infalibles para conseguirlo son una gran dulzura de alma unida a una mujer de fealdad soportable.

Pero ¿queréis saber la verdad? Leed a Rousseau, pues no va a discutirse una cuestión de moral pública de la cual no se haya inclinado previamente su alcance. Ved lo que dice:

«En los pueblos que tienen costumbres, las muchachas son fáciles, y las esposas difíciles. Es todo lo contrario de los pueblos que no las tienen».

Resultaría, de la adaptación del principio que consagra esta observación profunda y cierta, que no existirían tantos matrimonios desgraciados si los hombres se casaran con sus amantes. En este caso, la educación de las mujeres solteras debería sufrir, en Francia, profundas modificaciones. Hasta este momento las leyes y las costumbres francesas, colocadas entre un delito y un crimen que debe ser evitado, han estado favoreciendo al crimen. En efecto, la falta cometida por una mujer soltera es casi un delito si se la compara con la misma falta cuando la comete una mujer casada. ¿No hay, pues, incomparablemente menos peligro en dar libertad a las mujeres solteras que en dársela a las casadas? La idea de vivir con una mujer soltera, a prueba, hará pensar a muchos hombres serios más que reír a despreocupados. Las costumbres de Alemania, de Suiza, de Inglaterra y de los Estados Unidos conceden a la mujer soltera unos derechos que serían considerados en Francia como el derrumbamiento de toda moral, y, no obstante, es rigurosamente cierto que en esos países hay mucho menos matrimonios desdichados que en Francia.

«Cuando una mujer se ha entregado plenamente a un amante, debe de haber conocido cuanto podía ofrecerle el amor. La donación de su cariño y de su confianza ha tenido que ir necesariamente precedida por la de su corazón».

Resplandecientes de verdad, quizá estas mismas líneas iluminaron la mazmorra desde el fondo de la cual las escribió Mirabeau, y la profunda observación que encierran, aunque debida a la más fogosa de sus pasiones, no domina menos el problema social de que nos ocupamos. En efecto, un matrimonio cimentado en los auspicios del religioso examen que presupone el amor, y bajo el imperio del desencanto que sigue a la posesión, debe ser la más indisoluble de todas las uniones.

Una mujer no tendría entonces que reprochar a su marido el derecho legal en virtud del cual ella le pertenece. No podría hallar en esa forzada sumisión una razón para entregarse a un amante, cuando más tarde tiene en su propio corazón un cómplice cuyos sofismas la seducen preguntándole veinte veces por hora por qué, habiéndose entregado a un hombre al que no quiere en absoluto, no tiene que entregarse de buen grado a otro al que sí quiere. No podría admitírsele a una mujer que se quejara de esos defectos inseparables de la naturaleza humana, ya que por anticipado ha probado el peso de su tiranía, y experimentado sus caprichos.

¡Cuántas muchachas no se sentirán decepcionadas en las esperanzas depositadas en su amor...! ¿Pero para cuántas también no será un inmenso beneficio el no

considerarse compañeras de hombres a quienes tendrían derecho de despreciar?

Algunos alarmistas pondrán el grito en el cielo, afirmando que un cambio así en nuestras costumbres induciría a una espantosa disolución pública; que las leyes, o las costumbres, que dominan a las leyes, no pueden, después de todo, consagrar el escándalo y la inmoralidad, y que si bien existen males que son inevitables, por lo menos la sociedad no debe santificarlos.

Sería fácil contestar, antes que nada, que el sistema propuesto tiende precisamente a prevenir esos males que hasta nuestros días se han considerado como inevitables; pero por poco exactos que sean los cálculos de nuestra estadística, en todo momento han acusado la existencia de una inmensa llaga social, con lo que nuestros moralistas parecen preferir el mayor mal al menor, la violación del principio sobre el cual descansa la sociedad, a una dudosa licencia entre sus mujeres solteras; la disolución de las madres de familia que corrompe las fuentes mismas de la educación pública y hace la desgracia a por lo menos cuatro personas, a la disolución de una muchacha que no compromete a nadie más que a ella misma, y todo lo más a un hijo. ¡Perezca la virtud de diez vírgenes antes que esta santidad de costumbres, antes que esta corona de honor con la cual debe ir revestida una madre de familia...! En el cuadro que ofrece la visión de una joven soltera abandonada por su seductor hay algo de impresionante; sentimientos arruinados, confianzas traicionadas, y sobre los restos de las más fáciles virtudes, la inocencia en llanto dudando de todo, y dudando del amor de un padre hacia su hijo. La infortunada es aún inocente; puede convertirse en esposa fiel, en madre tierna; y si en el pasado hay nubarrones, el futuro es azul como el más puro cielo. ¿Encontraríamos estos suaves colores en el sombrío cuadro de los amores ilegítimos? En un caso, la mujer es víctima; en el otro, criminal. ¿Dónde está la esperanza de la mujer adúltera? Si Dios le perdona su falta, la vida más ejemplar sería incapaz de borrar aquí en la tierra los frutos vivos. Si Jacobo I fue hijo de Rizzio, el crimen cometido por María se ha prolongado tanto como su deplorable y real casa, y la caída de los Estuardos es un acto de justicia.

Pero, dicho con la mejor buena fe, ¿es que la emancipación de las solteras encerraría tantos peligros como dicen?

Es fácil acusar a una joven de dejarse decepcionar por el deseo de escapar de su estado de soltera, pero esto es sólo cierto en la situación actual de nuestras costumbres. Hoy, una joven no conoce ni la seducción ni sus trampas; no puede apoyarse más que en su propia flaqueza, y aclarando las cómodas máximas de la buena sociedad, su engañosa imaginación, gobernada por los deseos que todo lo fortifican es un guía tanto más ciego cuando que *raramente una muchacha soltera confía a otras los secretos pensamientos de su primer amor...*

Si fuese libre, una educación exenta de prejuicios le daría armas para defenderse del amor del primer recién llegado. Sería, como todo el mundo, mucho más fuerte contra los peligros conocidos que contra aquéllos cuya intensidad está oculta. Por otra parte, para ser dueña de sí misma, ¿una mujer soltera lo sería menos bajo la vigilante

mirada de su madre? ¿No contarían, pues, para nada ese pudor y esos temores que la naturaleza ha puesto en las almas de las jóvenes más que para preservarlas de la infelicidad de ser entregadas a un hombre al que no se le quiere? Por último, ¿dónde está la muchacha lo bastante poco calculadora para no sospechar que el hombre más inmoral desea encontrar en su esposa principios que todo dueño desea hallar en sus criados para considerarlos perfectos, y que entonces, para ella, la virtud es más rica y más fecunda que todos los comercios?

Después de todo, ¿de qué se trata aquí? ¿Para quién creéis que estamos analizando la cuestión? Todo lo más para quinientas o seiscientas mil virginidades armadas con sus repugnancias y del alto precio en que ellas mismas se valoran; saben tan bien defenderse como venderse. Los dieciocho millones de seres que hemos dejado fuera de la cuestión se casan casi todos siguiendo el sistema que procuramos hacer prevalecer en nuestras costumbres; y en cuanto a las clases intermedias, de las cuales nuestros pobres bimanos están separados de los hombres privilegiados que marchan a la cabeza de la nación, la cantidad de hijos que estas clases medio acomodadas libran al infortunio va en aumento desde la paz, si debemos creer al señor Benoiston de Châteauneuf, uno de los más valerosos sabios que se hayan entregado a los áridos y útiles estudios estadísticos. ¿Y a qué profunda llaga no llevaríamos remedio si pensásemos por un momento en la multiplicidad de los bastardos que nos denuncia la estadística y a los infortunios que, según nuestros cálculos, sufre la alta sociedad? Pero es algo difícil hacer notar aquí todas las ventajas que resultarían de la emancipación de las solteras. Cuando llegamos a observar todas las circunstancias que acompañan al matrimonio tal como lo han concebido nuestras costumbres, los espíritus juiciosos podrán apreciar todo el valor del sistema de educación y de libertad que pedimos para las solteras, en nombre de la razón y de la naturaleza. El prejuicio que sostenemos en Francia sobre la virginidad de las esposas es el más estúpido de todos los que nos quedan. Los orientales van a buscar a sus mujeres sin preocuparse poco ni mucho de su pasado, y las encierran para estar seguros del porvenir; los franceses colocan a sus hijas en una especie de serrallos defendidos por las madres, por los prejuicios y por las ideas religiosas, y conceden la más completa y total libertad a sus esposas, preocupándose mucho más por el pasado que por el futuro. Se trataría, pues, únicamente de provocar una inversión en nuestras costumbres. Terminaríamos por dar a la fidelidad conyugal todo el sabor y el placer que las esposas encuentran hoy en la infidelidad.

Pero esta discusión nos alejaría demasiado de nuestro tema si debiéramos examinar, en todos sus detalles, esta inmensa mejora moral, la cual exigirá sin duda alguna la Francia del siglo veinte; ¡pero las costumbres se reforman con tanta lentitud...! ¿Es que no se precisa, para conseguir el más ligero cambio, que la más atrevida idea del siglo pasado se haya convertido en trivial en el siglo presente? Ha sido, en cierto modo, por coquetería que hemos planteado esta cuestión; ya sea para demostrar que no se nos ha pasado por alto, ya sea para legar esta obra a nuestros

sobrinos; pero, además, hay una tercera razón: la primera se refiere a las cortesanas, y la segunda a la fisiología del placer:

Cuando seremos diez, haremos una cruz.

En el estado actual de nuestras costumbres y de nuestra imperfecta civilización, existe un problema que por el momento es insoluble, y que hace superflua toda disertación relativa al arte de elegir esposa; lo entregamos, como todos los demás, a la meditación de los filósofos.

PROBLEMA

Aún no se ha podido aclarar si una mujer se siente impelida a la infidelidad por la imposibilidad en que se halla de cambiar de situación o por la libertad que se le concede a este respecto.

Además, como en esta obra cogemos a un hombre precisamente en el momento en que acaba de contraer matrimonio, si se ha unido a una mujer de temperamento sanguíneo, de imaginación viva, de constitución nerviosa o de carácter indolente, su situación será más que grave.

Un hombre se encontrará en un peligro aún más crítico si su mujer sólo bebe agua (véase la Meditación titulada *Higiene conyugal*); pero si demuestra algún talento para el canto, o si se resfría con facilidad, temblará siempre, pues es bien sabido que las cantantes son por lo menos tan apasionadas como las mujeres cuyo sistema mucoso es de una gran delicadeza.

Por último, el peligro aumentará mucho más todavía si vuestra esposa tiene menos de diecisiete años, y aún más si su tez es pálida, ya que esta clase de mujeres son casi todas artificiosas.

Pero no queremos anticiparnos a los terrores que causarán a los maridos estos diagnósticos de desdichas que podrán observar en los caracteres de sus respectivas esposas. Esta digresión nos ha alejado demasiado de los pensionados donde se elaboran tantos infortunios, de los que salen las muchachas incapaces de apreciar los penosos sacrificios por los cuales el hombre honrado que les hace el honor de casarse con ellas ha conseguido llegar a la opulencia; muchachas impacientes por gozar del lujo, ignorantes de nuestras leyes, ignorantes de nuestras costumbres, cogiendo con avidez el imperio que les proporciona su belleza, y dispuestas a abandonar los verdaderos acentos del alma por los zumbidos proporcionados por el halago.

Que esta Meditación deje en el recuerdo de todos los que la hayan leído, incluso en el caso de que hayan abierto las páginas de este libro por aburrimiento o para distraerse, una profunda aversión hacia todas las señoritas educadas en un pensionado, y ya se habrán rendido notables servicios a la cosa pública.

MEDITACIÓN VII

DE LA LUNA DE MIEL

Si nuestras primeras Meditaciones han demostrado que es casi imposible que una mujer casada siga siendo virtuosa en Francia, la evaluación del número de solteros y de predestinados, nuestras observaciones sobre la educación de las muchachas y nuestro somero examen de las dificultades que comporta la elección de una esposa, explican hasta cierto punto esta fragilidad nacional. Así, después de acusar francamente la sorda enfermedad que está minando el estado social, hemos intentado hallar sus causas en la imperfección de las leyes, en la inconsecuencia de las costumbres, en la incapacidad de las inteligencias y en las contradicciones de nuestros hábitos. Una sola cosa queda por examinar: la invasión del mal.

Llegamos a este primer principio al abordar las altas cuestiones encerradas en la Luna de Miel; y, del mismo modo que hallamos en ella el punto de partida de todos los fenómenos conyugales, nos proporciona el brillante eslabón al cual se van uniendo nuestras observaciones, nuestros axiomas, nuestros problemas, anillos sembrados expreso a lo largo de las prudentes locuras propaladas por nuestras Meditaciones charlatanas. La Luna de Miel será, por así decirlo, el apogeo del análisis al cual debemos entregarnos antes de enfrentar a nuestros dos campeones imaginarios.

Esta expresión, «Luna de Miel», es un anglicismo que sin duda será adoptado por todos los idiomas, tan graciosamente expresa la gracia de la temporada nupcial, tan fugaz, durante la cual la vida no es más que dulzura y encanto; quedará como quedan las ilusiones y los errores, puesto que constituye el más odioso de todos los embustes. Si se presenta como una ninfa coronada de frescas flores, acariciadora como una sirena, es porque es la desgracia misma, y la desgracia llega, la mayor parte de las veces, jugando.

Los esposos destinados a quererse durante toda la vida no pueden concebir la luna de miel; para ellos no existe, o, por mejor decirlo, existe siempre; son como esos inmortales que no comprenden la muerte. Pero esa felicidad queda al margen de nuestro libro, y, para nuestros lectores, el matrimonio se desarrolla bajo la influencia de dos limas: la Lima de Miel y los Cuernos de la Lima. Esta última está determinada por una revolución que la cambia en cuarto menguante, y, cuando brilla sobre un matrimonio, es para la eternidad.

¿Cómo es posible que la Luna de Miel ilumine a dos seres que no están destinados a amarse?

¿Cómo es posible que se oculte una vez que ha salido...?

Procedamos con orden para resolver estas tres cuestiones.

La admirable educación que damos a las muchachas y los prudentes usos bajo

cuya ley los hombres se casan van a dar ahora todos sus frutos. Examinemos las circunstancias que preceden y acompañan a los matrimonios menos infortunados.

Nuestras costumbres han desarrollado en la muchacha de la que hacéis vuestra esposa una natural y excesiva curiosidad; pero como las madres en Francia se esfuerzan en poner a sus hijas sobre el fuego sin admitir que se quemen, su curiosidad no tiene límites.

Una profunda ignorancia de los misterios del matrimonio priva a esa criatura, tan ingenua como avispada, del conocimiento de los peligros que siguen a la boda, y como el matrimonio se le ha presentado constantemente como una época de tiranía y de libertad, de placeres y de soberanía, sus deseos aumentan con todos los intereses de la existencia que hay que satisfacer; para ella, casarse es como llamarla al vacío de la vida.

Si hay en ella el sentimiento de la felicidad, de la religión y de la moral, las leyes y su madre le han repetido mil veces que esa felicidad sólo puede provenirle de usted.

En ella la obediencia es siempre una necesidad, si carece de virtud, pues lo espera todo de usted: en primer lugar, las sociedades consagran la esclavitud de la esposa, pero la esposa no acaricia ni por asomo el deseo de liberación, ya que se sabe débil, tímida e ignorante.

A menos que haya un error debido al azar, o una repugnancia que sería imperdonable en usted no haberla adivinado, ella debe siempre tratar de gustarle; ella no le conoce.

Y luego para facilitar su gran triunfo, usted la coge en el momento en que la naturaleza exige, a menudo con energía, los placeres de los que usted es el dispensador. Como san Pedro, usted tiene las llaves del Paraíso.

Yo le pregunto a toda criatura razonable: ¿un demonio sería capaz de reunir a su alrededor, o al de un ángel cuya perdición sé hubiese jurado, los elementos de su desgracia con tanta solicitud como hay en las buenas costumbres cuando conspiran para conseguir el infortunio de un marido...? ¿No es usted como un rey rodeado de aduladores?

Entregada con todas sus ignorancias y deseos a un hombre que, aun estando enamorado, no puede ni le es dable conocer sus secretas y delicadas costumbres, esa muchacha ¿no se mostrará vergonzosamente pasiva, sumisa y complaciente durante todo el tiempo en que su joven imaginación la persuadirá de que debe esperar el placer o la felicidad hasta un mañana que no llega jamás?

En esta curiosa situación en que las leyes sociales y las de la naturaleza luchan una con otra, una muchacha obedece, se abandona, sufre y calla por propio interés. Su obediencia es una especulación; su complacencia una esperanza; su lealtad una especie de vocación de la que usted se aprovecha, y su silencio es generosidad. Será la víctima de sus caprichos mientras ella no los comprenda; sufrirá su manera de ser hasta que le haya estudiado; se sacrificará sin amar, porque ella cree en ese simulacro de pasión que usted le ofrece en los primeros momentos de su posesión; pero no se

callará más así que comprenda la inutilidad de su sacrificio.

Entonces, llega un día en que todos los contrasentidos que han presidido esa unión se levantan como las ramas de un árbol dobladas bajo un peso que por grados se va aligerando. Usted ha tomado por amor la existencia negativa de una muchacha que esperaba la felicidad, que corría delante de los deseos de usted con la esperanza de que usted correría delante de los suyos, y qué no se atrevía a quejarse de sus penas secretas, de las cuales ella era la primera en acusarse. ¿Qué hombre no se vería cogido en una trampa preparada desde tanto tiempo antes, y de la cual una muchacha es inocente, cómplice y víctima? ¿No sería preciso ser Dios para escapar a la fascinación de que le rodean la naturaleza y la sociedad? Para ser feliz, ¿no tendría usted que defenderse contra los impetuosos deseos de sus sentidos? ¿Dónde está, para contenerlos, esa potente barrera que levanta la gentil mano de una mujer a la que se quiere gustar, porque aún no se la ha poseído...? Así, lo que usted ha hecho es formar y desfilar sus tropas cuando ya no había nadie asomado a las ventanas; usted ha quemado un castillo de fuegos artificiales del que sólo queda el esqueleto en el momento en que sus invitados se presentan para verlo. Su mujer se hallaba ante los placeres del matrimonio como un mohicano en la Ópera: el instructor está aburrido cuando el salvaje empieza a comprender algo de lo que sucede.

LV

En un matrimonio, el momento en que dos corazones pueden comprenderse es tan fugaz como un relámpago, y una vez pasado, nunca más vuelve.

Este primer ensayo de vida en común, durante el cual una esposa se siente alentada por la esperanza de felicidad, por el sentimiento todavía reciente de sus deberes como esposa, por el deseo de gustar, por la virtud tan persuasiva en el momento en que descubre al amor en perfecto acuerdo con su deber, recibe el nombre de Luna de Miel. ¿Cómo es posible que dure mucho tiempo entre dos esposos que se asocian para toda la vida, sin conocerse perfectamente? Si debiéramos extrañarnos de algo, ¿no sería porque las deplorables absurdidades acumuladas por nuestras costumbres alrededor del lecho nupcial despertasen un poco de odio...?

Pero que la existencia del hombre prudente sea como un apacible arroyo, y la del pródigo como un torrente; que el niño cuyas manos imprudentes hayan deshojado todas las rosas durante el camino, y que a su regreso no encuentre más que espinas; que el hombre cuya loca juventud devoró un millón no pueda ya disfrutar, durante el resto de su vida, de las cuarenta mil libras de renta que ese millón le habría proporcionado, son nada más que verdades triviales y sin importancia si se piensa en la moral, y nuevas si se piensa en la conducta de la mayoría de los hombres. Ved las verdaderas imágenes de todas las Limas de Miel; es su historia, es el hecho y no la

causa.

Pero que hombres dotados de una cierta fuerza intelectual debido a una educación privilegiada, acostumbrados a profundas combinaciones para destacar, sea en política, sea en literatura, en las artes, en el comercio o en la vida privada, se casen con la intención de ser felices, de gobernar a una esposa por amor o por la fuerza, y caigan todos en la misma trampa, se conviertan en verdaderos estúpidos después de haber gozado de una cierta felicidad durante un cierto tiempo, es que hay, sin duda alguna, un problema cuya solución reside más bien en las desconocidas profundidades del alma humana que en las clases de verdades físicas por medio de las cuales hemos ya intentado explicar algunos de estos fenómenos. La peligrosa investigación de las leyes secretas que casi todos los hombres se ven obligados a pesar suyo a violar, en esta circunstancia proporciona todavía bastante gloria a aquel que fracase en esta empresa para que nosotros intentemos la aventura. Intentémoslo.

A pesar de todo lo que los tontos tienen que decir sobre la dificultad que encuentran para explicar qué cosa es el amor, existen principios tan infalibles como los de la geometría; pero como cada carácter los modifica a su gusto, nosotros lo acusamos de haber cometido todos los caprichos creados por nuestras innumerables organizaciones. Si nos fuera permitido no ver más que los tan variados efectos de la luz, sin que pudiésemos darnos cuenta de su principio, muchas inteligencias se negarían a creer en la marcha del sol y en su unidad. También los ciegos pueden gritar a voz en cuello; yo me alabo, como Sócrates, aunque sin ser tan sabio como él, de no conocer otra cosa que el amor; y voy a intentar deducir algunos de sus preceptos, para evitar a las personas casadas o que están a punto de casarse la molestia de estrujarse el cerebro, y así no llegarán demasiado pronto al fondo.

Todas las observaciones precedentes se resumen en una sola proposición que puede ser considerada como el término último, o el primero si se prefiere, de esa secreta teoría del amor, que terminaría por causar aburrimiento si no la dejásemos terminada en un santiamén. Ese principio se halla contenido en la fórmula siguiente:

LVI

Entre dos seres susceptibles de amor, la duración de la pasión está en razón directa de la resistencia primitiva de la mujer, o en los obstáculos que los azares sociales colocan para dificultar vuestra felicidad.

Si no se os permite desear más que un solo día, es probable que vuestro amor no dure más de tres noches. ¿Dónde hay que buscar las causas de semejante ley? Lo ignoro. Si queremos dirigir la mirada a nuestro alrededor, veremos que abundan las pruebas de esa regla: en el orden vegetal, las plantas que tardan más tiempo en crecer son aquéllas a las que les está destinada una más larga vida; en el orden moral, las

obras realizadas ayer mueren mañana; en el orden físico, el seno que infringe las leyes de la gestación da un fruto muerto. En todo, una obra de duración es largamente madurada por el tiempo. Un largo futuro exige un largo pasado. Si el amor es un niño, la pasión es un adulto. Esta ley general, que gobierna la naturaleza, los seres y los sentimientos, es precisamente la que infringen todos los matrimonios, como hemos demostrado. Ese mismo principio es el que ha creado las fábulas amorosas de nuestra Edad media: los Amadís, los Lancelot, los Tristán de los romances, cuya constancia en amor parece, con justo título, realmente fabulosa, no son más que alegorías de esa mitología nacional que nuestras imitaciones de la literatura griega han matado en flor. Las graciosas figuras descritas por la imaginación de los trovadores consagran esta verdad.

LVII

Nos sentimos atraídos de forma duradera hacia una cosa según las preocupaciones, los esfuerzos o los deseos que nos ha costado.

Todo lo que nuestras meditaciones nos han demostrado sobre las causas de esta ley primordial de los amores, se reduce al siguiente axioma, que es a la vez el principio y la consecuencia.

LVIII

En todo, sólo se recibe en razón de lo que se da.

Este último principio es tan evidente por sí mismo, que no intentaremos ni siquiera demostrarlo. Sólo añadiremos a él la única observación que no creemos carezca de importancia. El que ha dicho: *Todo es cierto y todo es falso*, ha proclamado un hecho que el espíritu humano, naturalmente sofístico, interpreta a su manera, ya que realmente parece como si las cosas humanas tuviesen tantas facetas como inteligencias las consideran. El hecho es éste:

No hay en la creación ninguna ley que no tenga el contrapeso de otra ley contraria; en las cosas de la vida todo se resuelve por el equilibrio de dos fuerzas opuestas. Así, en la materia que nos ocupa, en el amor, es rigurosamente cierto que si dais demasiado, no recibiréis bastante. La madre que deja ver a sus hijos toda su ternura crea en ellos la ingratitud, y la ingratitud quizá proviene de la imposibilidad en que uno se halla de librarse de ella. La mujer que ama más de lo que es amada, será necesariamente tiranizada. El amor duradero es aquel que mantiene las fuerzas de dos seres en equilibrio. Y ese equilibrio puede en todo momento establecerse: aquel de los dos que ama más debe permanecer en la esfera del que ama menos. ¿Y

no es ese, después de todo, el más dulce sacrificio que puede hacer un alma amante, si el amor se acomoda a esa desigualdad?

Qué sentimiento de admiración no se elevará en el alma de un filósofo al descubrir que quizá no hay en el mundo más que un solo principio del mismo modo que no hay más que un Dios, y que nuestras ideas y nuestros afectos están sometidos a las mismas leyes que hacen que el sol se mueva, que florezcan las flores y que viva el universo...

Quizá sea necesario buscar en esta metafísica del amor las razones de la siguiente proposición, que lanza la más intensa luz sobre la cuestión de las Lunas de Miel y de los Cuernos de la Luna:

TEOREMA

El hombre camina de la aversión al amor; pero cuando ha empezado por amar y llega a la aversión le es imposible ya volver al amor.

En determinados organismos humanos los sentimientos son incompletos como quizá lo es el pensamiento en ciertas imaginaciones estériles. Así, lo mismo que las inteligencias están dotadas de la facilidad de captar las relaciones existentes entre las cosas sin necesidad de sacar una conclusión; de la facultad de poder captar cada relación separadamente, sin necesidad de reunir las; de la facultad de ver, de comparar y de expresar...; de igual manera las almas pueden concebir sentimientos de manera imperfecta. El talento, en amor como en cualquier otro arte, consiste en la conjunción del poder de concebir y el de ejecutar. El mundo está lleno de personas que cantan tonadas sin ritornello, que poseen cuartas partes de idea del mismo modo que poseen cuartas partes de sentimiento, y que no coordinan más los impulsos de sus afectos que sus pensamientos. Son, en una palabra, seres incompletos. Unid una hermosa inteligencia a una inteligencia deficitaria, y lo que hacéis es provocar una desgracia, ya que lo que se necesita es que en todo haya equilibrio.

Dejamos para los filósofos de tocador y para los sabios de trastienda el placer de buscar las mil maneras distintas por medio de las cuales los temperamentos, las inteligencias, las situaciones sociales y la fortuna rompen los equilibrios, y dediquémonos a examinar la causa última que influye en el ocaso de las Lunas de Miel y en el orto de los Cuernos de la Luna.

Hay en la vida un principio mucho más poderoso que la vida misma. Es un movimiento cuya rapidez procede de un impulso desconocido. El hombre no está en posesión del secreto de este cambio como la tierra ignora las causas que motivan su rotación. Este no sé qué, al que calificaría de curso de la vida, arrastra nuestros más queridos pensamientos, gasta la voluntad de la mayoría y nos lleva a todos detrás de él, a pesar nuestro. Así, un hombre lleno de sentido común, que no dejará incluso de pagar sus facturas, en el caso de que sea un comerciante, y que haya podido escapar a

la muerte, o a algo quizá más cruel, una enfermedad, por medio de la observación de una sencilla práctica, pero cotidiana, se puede ver perfecta y debidamente encerrado entre cuatro tablas clavadas, des pués de haberse dicho todas las noches antes de acostarse: «Mañana no me olvidaré de mis pastillas». ¿Cómo explicar esa extraña fascinación que domina todas las cosas de la vida? ¿Es una carencia de energía? Los hombres de más poderosa voluntad se someten a ella; ¿es debida a falta de memoria? Personas que poseen esta facultad en su grado máximo también conocen el mismo proceso.

Este hecho, que todos hemos podido comprobar en el vecino, es una de las causas que excluyen a la mayoría de los maridos de la Luna de Miel. El más prudente de los hombres, aquel que ha logrado escapar a todos los escollos que hemos ido señalando, no puede evitar caer a veces en los engaños, en las trampas que se ha tendido a sí mismo.

Me he dado cuenta de que el hombre obra, respecto al matrimonio y sus peligros, como con las pelucas; y quizá las frases siguientes constituyan una fórmula para la vida humana:

Primera época. — ¿Será posible que llegue un día en que tenga blanco el cabello?

Segunda época. — En todo caso, aunque tenga canas, jamás me pondré peluca: ¡Por Dios, qué cosa más fea es una peluca!

Una mañana, oís una joven voz que el amor ha hecho vibrar más veces que no la ha apagado, exclamando: «Mira, tienes una cana...».

Tercera época.— ¿Por qué no tener una peluca bien hecha, y engañar así a la gente? Hay algo verdaderamente meritorio en engañar al mundo; además, una peluca conserva el calor, impide los resfriados, etc.

Cuarta época. — La peluca está tan bien hecha que puede engañar a cualquiera que no le conozca.

La peluca le preocupa, y el amor propio le convierte cada mañana en el rival de los más hábiles peluqueros.

Quinta época.— La peluca queda abandonada. «Por Dios, qué pesado es esto de tener que cubrirse la cabeza todas las noches y tener que rizarla todas las mañanas».

Sexta época. — La peluca deja escapar unos cabellos blancos; vacila, y el observador se da cuenta de que en la nuca de usted aparece una línea blanca que contrasta con los tonos más oscuros de la peluca circularmente levantada por el cuello de su traje.

Séptima época. — La peluca parece de grama, y (perdóneseme la expresión) usted se burla de su propia peluca...

—Caballero —me dijo una de las poderosas inteligencias femeninas que se han dignado informarme sobre algunos de los pasajes más oscuros de mi libro—, ¿qué entiende usted por peluca...?

—Señora —le respondí—, cuando un hombre cae en la indiferencia lo mismo que

la peluca, es..., es..., es lo que su marido probablemente no es.

—Pero si mi marido no es... (Buscó la palabra). No es... amable; no es... alto; no es... de un humor sin altos y bajos; no es...

—En este caso, señora, debe ser indiferente a la peluca.

Nos miramos, ella con una dignidad bastante bien representada; yo, con mi imperceptible sonrisa. «Compruebo, dije, que hay que respetar de manera especial el oído del sexo débil, porque probablemente es la única cosa casta que posee». Adopté la actitud del hombre que tiene algo importante que decir, y la hermosa dama bajó la mirada como si abrigara la sospecha de haberse sonrojado durante la conversación.

—Señora, en nuestros días no se calificaría a un ministro, como antes, por un sí o por un no; un Chateaubriand no podría ya torturar a una Francisca de Foix, y no usamos tampoco largas espadas al cinto para vengar una injuria. Y en un siglo en el que la civilización ha realizado progresos tan rápidos, en el que se nos enseña la menor ciencia en veinticuatro lecciones, todo debe seguir este mismo impulso hacia la perfección. No podemos ya expresarnos en la forma viril, ruda y basta de nuestros antepasados. La época en que se fabrican telas tan finas, tan brillantes, muebles de tanta elegancia y tan ricas porcelanas, debería ser la época de las perífrasis y de los circunloquios. Es necesario, pues, forjar una nueva palabra para reemplazar la cómica expresión utilizada por Molière, ya que, como ha dicho un autor contemporáneo, el lenguaje de este gran hombre es excesivamente libre para unas damas que encuentran la gasa demasiado tupida para sus vestidos. Actualmente las personas de la alta sociedad no ignoran menos que los sabios el gusto innato de los griegos por los misterios. Esta poética nación supo pintar con colores fabulosos las antiguas tradiciones de su historia. A la voz de sus rapsodas, a la vez poetas y novelistas, los reyes se convertían en dioses, y sus galantes aventuras se transformaban en inmortales alegorías. Según el señor Chompré, licenciado en derecho, clásico autor del *Diccionario de Mitología*, el Laberinto era «un recinto plantado de árboles y adornado con edificios dispuestos de tal manera, que cuando un joven había entrado una vez, le era imposible encontrar la salida». Aquí y allá, algunos arriates floridos se ofrecían a su vista, pero en medio de una multitud de avenidas que se cruzaban en todos los sentidos y daban la impresión de un camino uniforme; entre las zarzas, las rocas y los espinos, el paciente tenía que combatir con una fiera llamada Minotauro. Entonces, señora, si me hace usted el honor de recordar que el Minotauro fue, de entre todas las bestias cornudas, aquella que la Mitología nos indica como la más peligrosa; que para librarse de los males que causaban los atenienses se avinieron en entregarle cada año, fuera bueno o malo el año, cincuenta vírgenes, no debería usted compartir el error del bueno del señor Chompré, quien no ve en todo esto más que un jardín inglés; y reconocer en esta ingeniosa fábula una delicada alegoría, o, por mejor decir, una imagen fiel y terrible de los peligros del matrimonio. Las pinturas recientemente descubiertas en Herculanium han terminado por demostrar esta afirmación. En efecto, los sabios creyeron durante mucho tiempo, de acuerdo con

algunos autores, que el Minotauro era un animal mitad hombre y mitad toro; pero la quinta plancha de las pinturas de Herculano nos representa a este monstruo alegórico con el cuerpo entero de hombre y únicamente con la cabeza de toro, y, para borrar cualquier clase de duda, se le ve derribado a los pies de Teseo. Y bien, señora, ¿por qué no podemos pedir a la Mitología que venga en ayuda de la hipocresía que nos vence y nos impide reír como reían nuestros padres? Así, cuando en la alta sociedad una joven dama no ha sabido tender suficientemente bien el velo bajo el que una mujer honesta debe cubrir su conducta; cuando nuestros antepasados lo hubiesen explicado todo, con rudeza, con una sola palabra, ustedes, como una bandada de hermosas damas reticentes, se limitan a decir: «Ah, sí, se trata de una muchacha muy agradable, pero...». «¿Pero qué...?». «Pues que a veces se muestra francamente *inconsecuente*...». He intentado averiguar durante mucho tiempo, señora, el verdadero significado de ese calificativo, y especialmente la figura retórica con la cual ustedes expresan exactamente todo lo contrario de lo que se desea significar; mis meditaciones han sido en vano. Así, pues, Vert-Vert fue el último en pronunciar las palabras que emplearían nuestros antepasados, y aún lo hizo para dirigirse, por desgracia, a unas inocentes religiosas cuyas presuntas infidelidades para nada agraviaban el honor de los hombres. Cuando una mujer es inconsecuente, el marido debe ser, en mi opinión, *minotaurizado*. Si el minotaurizado es un hombre apuesto, si goza de una cierta estimación, y muchos maridos merecen ser realmente compadecidos, entonces, al hablar de él, dicen ustedes con una vocecilla aflautada: «El señor A... es un hombre de cualidades muy estimables, su esposa es muy hermosa, pero se dice que no es totalmente feliz en su interior». Así, señora, el hombre de cualidades estimables e infeliz en su interior; el hombre que tiene una esposa inconsecuente, o el marido minotaurizado, no son otra cosa que simples maridos de la clase de los que describe Molière. Pues bien, ¡oh diosa de los gustos modernos!, ¿todas estas expresiones le parecen a usted de una transparencia suficientemente casta?

—¡Ah, Dios mío! —dijo ella sonriendo—, si existe la cosa, ¿qué puede importar que sea expresada en dos sílabas o en ciento?

Me saludó con una leve inclinación irónica y se fue, sin duda, a reunirse con aquellas condesas de prefacio y con todas aquellas criaturas metafóricas tan a menudo empleadas por los novelistas o que pueden encontrarse en los manuscritos antiguos.

En cuanto a vosotros, seres mucho menos numerosos y más reales, que me leéis, si entre vosotros hay algunas personas que hagan causa común con mi campeón conyugal, os aseguro que no os sentiréis repentinamente infelices en vuestro interior. Un hombre llega a esa temperatura conyugal por grados e insensiblemente. Muchos maridos permanecen infelices en su interior toda su vida, incluso sin saberlo. Esta revolución doméstica se realiza siempre según unas determinadas leyes plenamente establecidas; las revoluciones de la Luna de Miel son casi tan exactas como las fases

de la luna del cielo y pueden aplicarse a todos los matrimonios. ¿No hemos demostrado ya que la naturaleza moral tiene sus propias leyes, lo mismo que las tiene la naturaleza física?

Como hemos indicado anteriormente, vuestra joven esposa nunca se echará un amante sin antes haberse hecho las más serias reflexiones. En el momento en que la Luna de Miel está en cuarto menguante, habéis despertado en ella el sentimiento del placer más de lo que lo habéis satisfecho; le habéis abierto el libro de la vida, ha concebido admirablemente por el prosaísmo de vuestro fácil amor la poesía que puede resultar del acuerdo de dos almas o de dos voluptuosidades. Como un pájaro tímido, asustado todavía por el ruido de los disparos que acaban de cesar, saca la cabeza por encima del nido, mira a su alrededor y ve el mundo; y adivinando la solución de la charada que le habéis planteado, siente instintivamente el vacío de vuestra pasión languideciente. Adivina que sólo por medio de un amante podrá reconquistar el delicioso uso de su libre albedrío en amor.

Habéis secado una madera verde para un fuego futuro.

En la situación en que os encontráis uno y otro, no hay mujer, ni aun la más virtuosa, que no se haya considerado digna de una gran pasión, que no haya soñado en ella, y que no se crea muy inflamable, pues siempre hay algo de amor propio que trata de aumentar las fuerzas de un enemigo vencido.

—Si la profesión de mujer honesta sólo fuese peligrosa, podría pasar... —me decía una anciana dama—; pero aburre, cansa, y nunca he conocido a una mujer virtuosa que no pensara en jugar una mala pasada.

Entonces, antes incluso de que haya hecho su aparición ningún amante, una mujer discute, por así decirlo, su legitimidad; afronta un combate que libran en su interior los deberes, las leyes, la religión, y los deseos secretos de una naturaleza que no tiene otro freno que el que ella misma se impone. Allí se inicia para vosotros un orden de cosas completamente nuevo; allí está la primera advertencia que la naturaleza, esa indulgente y bondadosa madre, da a todas las criaturas que están en trance de correr algún serio peligro. La naturaleza ha colocado una campanilla en el cuello del Minotauro, lo mismo que en la cola de aquella espantosa serpiente, terror del viajero. Entonces se declaran en vuestra esposa lo que podríamos calificar de *primeros síntomas*, y desgraciado el que no los haya sabido combatir. Los que al leemos recuerden haberlos visto manifestarse anteriormente en su interior, pueden pasar directamente a la conclusión de esta obra, pues hallarán en ella consuelo para sus desdichas.

Esta situación, en la cual permanece un matrimonio más o menos tiempo, será el punto de partida de nuestra obra, del mismo modo que es el punto final de nuestras observaciones de carácter general. Un hombre inteligente debe saber reconocer los indicios misteriosos, los signos imperceptibles y las revelaciones involuntarias que una mujer deja entrever en esos momentos, ya que la Meditación siguiente podrá todo lo más señalar a los neófitos los trazos más importantes de la sublime ciencia del

matrimonio.

MEDITACIÓN VIII

DE LOS PRIMEROS SÍNTOMAS

Cuando vuestra esposa atraviesa la crisis en que la hemos dejado, vosotros os meceréis en una dulce y total seguridad. Habéis tenido tantas ocasiones de ver el sol que empezáis a creer que puede brillar para todos. Ya no prestáis entonces a los menores actos de vuestra esposa aquella atención a que os obligaba el primer ardor del temperamento.

Esa indolencia impide que muchos maridos se den cuenta de los síntomas por medio de los cuales las mujeres anuncian una primera tempestad, y esa disposición de espíritu ha hecho minotaurizar a muchos más esposos que la ocasión, los coches de punto, los sofás y los pisos de soltero. Tal sentimiento de indiferencia por el peligro está en cierto modo producido y justificado por la aparente calma que os rodea. La conspiración urdida contra vosotros por nuestro millón de célibes hambrientos parece unánime en su marcha. Aunque todos esos señoritingos sean enemigos unos de otros y que no se conozcan entre sí, una especie de instinto hace correr entre ellos la consigna.

Dos personas se casan, y los esbirros del Minotauro, jóvenes o viejos, tienen todos la delicadeza, en general, de dejar a los esposos entregados a sí mismos. Miran al marido como a un obrero encargado de desbastar, pulir y cortar en facetas y montar el brillante que pasará de mano en mano para ser un día admirado por todo el círculo. Así, la visión de un matrimonio joven, formado por dos seres intensamente enamorados, alegra siempre a aquellos solteros a quienes se les llama los Truhanes, y que se guardan muy bien de turbar un trabajo que debe ser provechoso a la sociedad; saben también que las lluvias torrenciales duran poco; entonces se quedan a distancia, al acecho, espiando con una increíble astucia el momento en que los esposos empiezan a cansarse del séptimo cielo.

El tacto con que los solteros descubren el momento en que el cierzo empieza a soplar en un matrimonio no puede compararse más que con la despreocupación a que se entregan los maridos para quienes empieza a salir la Cornuda luna. Hay, incluso en cuestiones galantes, una madurez que se debe saber esperar. El hombre realmente grande es el que sabe juzgar todo lo que pueden traer las más variadas circunstancias. Por ejemplo, esas personas de cincuenta y dos años, a las que hemos presentado como sumamente peligrosas, comprenden perfectamente que ese hombre que se ofrece para ser amante de una mujer y que es altivamente rechazado, será recibido con los brazos abiertos tres meses más tarde. Pero también es muy cierto que, en general, las personas casadas ponen al traicionar su frialdad la misma ingenuidad que cuando delatan su amor.

Durante el tiempo en que recorréis con vuestra esposa los encantadores campos

del séptimo cielo, y donde, según las maneras de ser, acampáis más o menos tiempo, como lo demuestra la Meditación anterior, os asomáis poco o nada a la sociedad. Felices en vuestra casa, si salís, es para hacer, a la manera de los amantes, un papel distinguido, para ir al teatro, para hacer una excursión, etcétera. En el momento en que se os ve asistir con asiduidad a los bailes, a las fiestas y a todas esas vanas diversiones creadas para poder huir de la vida sentimental y afectiva, los solteros adivinan que vuestras esposas van allí a buscar una distracción, lo que significa que el matrimonio y su marido las aburren.

Entonces el soltero sabe que la mitad del camino está ya recorrido. Entonces vosotros os encontráis a punto de ser minotaurizados, y vuestra esposa tiende a mostrarse inconsecuente: es decir, a todo lo contrario, pues se mostrará perfectamente consecuente en su conducta, pues la razonará con pasmosa profundidad, y vosotros no veréis otra cosa que fuego y pasión. Desde este momento no faltará aparentemente a ninguno de sus deberes, y procurará subrayar más que nunca los colores de la virtud, cuando cada día va quedándole menos. ¡Ay!, exclamaba Crébillon,

¿Uno, pues, debe heredar a aquéllos a quienes asesina?

Nunca la habréis visto más deseosa de gustaros. Procurará adormeceros para que no advirtáis la secreta herida que piensa infligir a vuestra felicidad conyugal, y recurrirá a proporcionaros nimias felicidades que os harán creer en la perpetuidad de su amor; de ahí se deriva el proverbio: feliz como un tonto. Pero según las diferentes maneras de ser de las mujeres, o desprecian a sus respectivos maridos por el mismo hecho de que consiguen engañarles fácilmente, o les odian si ellos las contrarían en sus intenciones, o caen, ante los ojos del marido, en una indiferencia mil veces peor que el odio.

En estas circunstancias, el primer diagnóstico en la mujer es una gran excentricidad. Una mujer anhela escapar a sí misma, huir de su interioridad, aunque sin la avidez propia de los esposos completamente desgraciados. Se viste con el mayor cuidado para, os dirá, halagar vuestro amor propio consiguiendo que los demás estén pendientes de ella en medio de las fiestas y las diversiones.

Vuelta al seno de su aburrido hogar la veréis a veces triste y pensativa, y de golpe, riéndose y divirtiéndose como para aturdirse, o adoptando el aire grave de un alemán que marcha al combate. Tan frecuentes variaciones anuncian siempre la terrible duda que hemos indicado.

Hay mujeres que acostumbran a leer novelas para alimentarse con la imagen hábilmente descrita y siempre diversificada de un amor contrariado que termina por triunfar, o para acostumbrarse, con el pensamiento, a los peligros de una intriga.

Le profesará la mayor estimación, le dirá que le quiere como se quiere a un hermano, que esa amistad razonable es la única verdadera, la única perdurable, y que el matrimonio no tiene otra finalidad que el establecerla entre dos esposos.

Distinguirá con la mayor habilidad que ella sólo tiene deberes que cumplir, y que puede aspirar a ejercer esos derechos.

Ella ve con una frialdad que sólo usted puede calcular todos los detalles de la felicidad conyugal. Esa felicidad quizá no la ha complacido nunca suficientemente, y, por otra parte, para ella sigue estando allí; ella la conoce, ella la ha analizado, y ¡cuántas ligeras pero terribles pruebas vienen entonces a demostrar a un marido inteligente que ese ser frágil argumenta y razona en vez de ser arrastrado por la voráGINE de una pasión...!

LIX

Cuanto más se juzga, menos se ama.

Así incurre ella en esas bromas con las que vosotros sois los primeros en reír, y esas reflexiones que os sorprenden por su profundidad. De ahí provienen esos cambios súbitos y esos caprichos de un espíritu que flota. A veces es de una exquisita ternura, como un arrepentimiento de sus secretos pensamientos y de sus proyectos; a veces se os aparece desabrida y como indescifrable; en fin, realiza el *varium et mutabile femina* que hasta aquí hemos atribuido únicamente a su constitución. Diderot, en su deseo de dar una explicación a estas variaciones casi atmosféricas de la mujer, llegó incluso hasta a hacerlas derivar de lo que él calificó de *bestia feroz*; pero jamás observaréis esas frecuentes anomalías en una mujer feliz.

Estos síntomas, ligeros como una gasa, se parecen a esas nubes que matizan apenas el azul del cielo y les llaman flores de tempestad. No pasa mucho tiempo sin que sus colores adquieran tonos más intensos.

En medio de esta meditación solemne, destinada a poner, según expresión de la señora de Staël, un poco más de poesía en la vida, ciertas mujeres, a las que madres virtuosas por cálculo, por deber, por sentimiento o por hipocresía, han inculcado principios de tenacidad, entienden que las devoradoras intenciones con que se las asalta son sugerencias del demonio; y entonces podéis verlas trotando regularmente hacia la iglesia para oír misa, para asistir a los oficios, incluso a vísperas. Esta falsa devoción se inicia con hermosos libros de oraciones encuadernados lujosamente y con cuya ayuda esas muy queridas pecadoras se esfuerzan vanamente en cumplir los deberes impuestos por la religión y relajados por los placeres del matrimonio.

Expongamos aquí un principio y grabadlo con letras de fuego en vuestra memoria.

Cuando una mujer joven reanuda de golpe las prácticas religiosas que había abandonado, es que ese nuevo sistema de existencia esconde siempre un motivo de alta importancia para la felicidad del marido. De cada cien mujeres por lo menos en setenta y nueve ese regreso a Dios demuestra que han sido inconsecuentes o que lo van a ser muy pronto.

Pero un síntoma más claro, más decisivo, y que todo marido está en disposición de reconocer, so pena de que sea un estúpido, es el siguiente:

En los tiempos que vosotros estabais hundidos en las engañosas delicias de la Luna de Miel, vuestra esposa, como verdadera amante, hacía constantemente vuestra santa voluntad. Feliz de poderos demostrar una sumisión que los dos tomabais por amor, habría deseado que la hubieseis ordenado andar por los aleros de la casa, e inmediatamente, ágil como una ardilla, habría subido a pasear por los tejados. En una palabra, encontraba un placer inefable en sacrificaros ese yo que la hacía un ser distinto de vosotros. Se sentía identificada con vuestra naturaleza y obedecía a este voto del corazón: *Una caro*.

Todas esas hermosas disposiciones de un día se han ido borrando insensiblemente. Lacerada al ver aniquilada su voluntad, vuestra esposa intentará ahora reconquistarla por medio de un sistema desarrollado gradualmente y de día en día con una energía creciente.

Es el sistema de la *Dignidad de la mujer Casada*. El primer efecto de dicho sistema es aportar a vuestros placeres una cierta reserva y una cierta tibieza, de la cual únicamente vosotros podéis ser jueces.

Según la mayor o menor intensidad de vuestro arrebató sensual, habréis podido adivinar, durante la Luna de Miel, algunas de las veintidós voluptuosidades que en otros tiempos dieron origen en Grecia a veintidós clases distintas de cortesanas dedicadas particularmente al cultivo de cada una de estas ramas del mismo arte. Ignorante e ingenua, curiosa y llena de esperanza, vuestra joven esposa habrá podido avanzar algunos grados en esa ciencia tan difícil como desconocida y que ponemos particularmente a la consideración del futuro autor de *La Fisiología del Placer*.

Entonces, una mañana de invierno, y parecidas a esas bandadas de pájaros que temen los fríos de Occidente y de un solo vuelo llegan a la Felátrica, fértil en coqueterías que engañan el deseo para prolongar sus ardientes accesos; la Tractatriz, procedente del perfumado Oriente donde enaltecen los placeres que hacen soñar; la Subagitatriz, hija de la Magna Grecia; la Lémana, con sus dulces y cosquilleantes voluptuosidades; la Corintia, que podría, en caso necesario, sustituirlas todas, y, por último, la excitante Ficidisea, de dientes devoradores y traviosos y cuyo esmalte parece inteligente. Quizá solamente una os ha faltado, pero una noche, la brillante y fogosa Propétida extiende sus blancas alas y huye, con la frente baja y mostrándose por última vez como el ángel que desaparece ante la mirada de Abraham en el cuadro de Rembrandt, los encantadores tesoros cuya posesión ella misma ignora, y que sólo a vosotros os era dable completar con una mirada embriagadora, halagar con una mano acariciadora.

Privado de todos esos matices del placer, de todos esos caprichos del alma, de esas flechas del Amor, quedáis reducidos a la más vulgar de las formas de amar, a ese primitivo e inocente andar por el himeneo, pacífico homenaje tributado por el ingenuo Adán a nuestra madre común, y que fue seguramente lo que sugirió a la

Serpiente la idea de abrirle los ojos. Pero un síntoma tan completo no es muy frecuente. La mayoría de los matrimonios son demasiado cristianos para seguir las prácticas de la Grecia pagana. Así hemos incluido entre los *primeros síntomas* la aparición en el apacible tálamo nupcial de esas voluptuosidades desvergonzadas que, la mayor parte de las veces, son hijas de una pasión ilegítima. En su debido momento y lugar trataremos más ampliamente ese diagnóstico encantador; aquí, posiblemente, se limita a una indiferencia y aun a una repugnancia conyugal que vosotros sois los únicos que estáis en situación de apreciar.

Al mismo tiempo que ennoblece de este modo, por su dignidad, los fines del matrimonio, vuestra esposa pretende que tiene derecho a tener su propia opinión y vosotros la vuestra. «Al casarse, dirá, una mujer no hace voto de abdicar su razón. ¿Es que las esposas son realmente esclavas? Las leyes humanas han podido encadenar el cuerpo, pero el pensamiento... Dios lo ha colocado demasiado cerca de Él para que los tiranos puedan sujetarlo».

Esas ideas provienen necesariamente o de una educación excesivamente liberal que vosotros mismos le habéis permitido adquirir, o de reflexiones que le permitisteis hacer. Una Meditación entera ha estado consagrada a la *Educación en el matrimonio*.

Luego vuestra esposa empieza a decir: «Mi habitación, mi cama, mi piso». A muchas de vuestras preguntas, responderá: «Pero esto, amor mío, no te importa». O bien: «Los hombres tenéis vuestra participación en la dirección de una casa, y las mujeres tenemos la nuestra». O, ridiculizando a los hombres que se meten en las cosas de la casa, pretenderá que «los hombres no entienden nada de ciertas cosas».

Y el número de cosas de las cuales no entenderéis nada irá en aumento cada día.

Una buena mañana podréis ver, en vuestra pequeña capilla, dos altares allí donde antes sólo había uno. El altar de vuestra esposa y el vuestro serán distintos, y la distinción irá en aumento, siempre en virtud del sistema de la dignidad de la esposa.

Aparecerán entonces las siguientes ideas, que se os irán inculcando, a pesar vuestro, por virtud de una *fuerza viva*, muy antigua y poco conocida. La fuerza del vapor, la de los caballos, la de los hombres o la del agua, son excelentes invenciones, pero la naturaleza ha provisto a la mujer de una fuerza moral a la cual esas últimas no pueden ni compararse: la llamaremos *la fuerza de la matraca*. Esa fuerza consiste en una perpetuidad de sonido, en una repetición tan exacta de las mismas palabras, en una rotación tan completa de los mismos pensamientos que, a fuerza de escucharlas, terminaréis por admitirlas para libraros de la discusión. Así, la fuerza de la matraca os demostrará:

Que debéis consideraros muy felices por tener una esposa de su mérito;

que os ha hecho un verdadero honor al casarse con vosotros;

que muy frecuentemente las mujeres ven las cosas mejor que los hombres;

que deberíais tener en consideración las opiniones de vuestra esposa, y casi siempre seguirlas;

que deberíais *respetar* a la madre de vuestros hijos, honrarla, tener confianza en

ella;

que la mejor manera de no ser engañado es confiar en la delicadeza de una mujer, porque, siguiendo ciertas ideas antiguas que hemos tenido la debilidad de dejar que se acreditasen, le es imposible a un hombre evitar que su esposa le minotaurice;

que una esposa legítima es la mejor amiga que un hombre puede tener;

que una esposa es dueña de su casa y reina en su salón, etcétera.

Los que ante esas conquistas de la dignidad de la esposa sobre el poder del esposo, pretenden oponer una firme resistencia, caen inmediatamente en la categoría de los predestinados.

En primer lugar, porque se inician disputas que a los ojos de sus esposas les dan un acento tiránico. La tiranía de un marido es, siempre, una terrible excusa para la inconsecuencia de una esposa. Después, con esas discusiones sin importancia ellas saben demostrar a sus familias, a las nuestras, a todo el mundo, a nosotros mismos, que nosotros estamos equivocados. Si, para obtener la paz, o por amor, reconocéis los pretendidos derechos de la mujer, concedéis a la vuestra una serie de ventajas de las que ella se aprovechará eternamente. Un marido, como un gobierno, no debe jamás confesar un error. De hacerlo, vuestro poder se vería desbordado por el sistema oculto de la dignidad femenina; si lo hicierais, todo estaría irremisiblemente perdido para vosotros; desde ese momento ella iría de concesión en concesión hasta echaros de su cama.

Como la mujer es astuta, ingeniosa, maliciosa; como tiene todo el tiempo que necesita para pensar en una ironía, os puede poner en ridículo durante el choque momentáneo de vuestras opiniones. El día que consiga ridiculizaros será el fin de vuestra felicidad. Vuestro poder habrá expirado. Una mujer que se ha reído de su marido no puede ya quererle. Un hombre debe ser, para la mujer que le ama, un ser lleno de energía, de grandeza, imponente en todo momento. Una familia no podría existir sin el despotismo. Naciones, ¡pensadlo!

Así, la difícil conducta que un hombre debe adoptar ante tan graves acontecimientos, la alta política del matrimonio será precisamente el tema de la Segunda y la Tercera Partes de nuestro libro. Ese breviario del maquiavelismo marital os enseñará la manera de resultar más importantes para esos espíritus superficiales, para esas almas de encaje, como decía Napoleón. Sabréis cómo un hombre puede demostrar una alma de acero, puede aceptar la participación en una pequeña guerra doméstica, y no ceder jamás el imperio de la voluntad sin comprometer su dicha. En efecto, si abdicáis, vuestra mujer os subestimarán por el simple hecho de que os considerará sin energía; ya no volveréis a ser un *hombre* para ella. Pero todavía no hemos llegado al momento de desarrollar nuestras teorías y los principios mediante los cuales un marido podrá conciliar la elegancia de modales con la acritud de las medidas adoptadas; bástenos por el momento entrever la importancia del futuro, y prosigamos.

En esta época fatal, la veréis como muy hábilmente va imponiendo el derecho de

salir sola.

Poco antes erais su dios, su héroe, su ídolo. Ahora ha alcanzado ese grado de devoción que permite ver los agujeros de los hábitos de los santos.

—¡Oh, Dios mío, amigo mío —decía la señora de La Vallière a su marido—, qué mal llevas la espada! El señor de Richelieu tiene un procedimiento para llevarla recta a su lado que tú deberías imitar; es del mejor gusto.

—Querida mía, es imposible decirme de una manera más ingeniosa y espiritual que hace ya cinco meses que nos hemos casado... —replicó el duque, cuya respuesta se hizo famosa durante el reinado de Luis XV.

Estudiará ella vuestro carácter para encontrar armas contra vosotros. Ese estudio, que debería horrorizar al amor, se descubrirá por las mil pequeñas trampas que os irá tendiendo para adrede hacerse gruñir, reñir y gritar por vosotros, ya que cuando una mujer no tiene ninguna buena excusa para minotaurizar a su esposo, procura crearla.

Tal vez incluso se sentará a la mesa sin esperaros.

Si pasa por las calles de una ciudad, os señalará algunos objetos que no habíais visto; se pondrá a cantar delante de vosotros sin el menor reparo; os interrumpirá cuando habláis; a veces dejará sin respuesta vuestras preguntas, y os demostrará de mil maneras diferentes que a vuestro lado goza de todas las facultades y de su buen sentido común.

Procurará abolir totalmente vuestra influencia en la administración de la casa, y buscará la manera de convertirse en la única dueña de vuestra fortuna. De momento, esa lucha será como una distracción para su alma vacía o excesivamente agitada; después irá encontrando en vuestra oposición un nuevo motivo de ridículo. No dejarán de faltarle frases consagradas, y en Francia cedemos tan rápidamente ante la sonrisa irónica de los demás...

De vez en cuando aparecerán jaquecas y ataques de nervios; pero estos síntomas darán lugar a una Meditación entera.

En sociedad, hablará de vosotros sin enrojecer, y os mirará con seguridad.

Empezará por criticar vuestros menores actos, porque estarán en contradicción con sus ideas o con sus secretas intenciones.

Dejará de tener el cuidado que tenía en lo que atañe a vosotros, e incluso ignorará si os falta algo. Dejaréis de ser el término de sus comparaciones.

A imitación de Luis XIV, que llevaba a sus amantes los ramos de flores de azahar que el primer jardinero de Versailles ponía todas las mañanas en su mesa, el señor de Vivonne ofrecía casi todos los días a su esposa un ramo de flores raras durante los primeros tiempos de su matrimonio. Una noche, encontró el ramo tirado sobre una consola, sin que lo hubiese puesto, como de ordinario, en un jarro con agua. «¡Oh, oh!, se dijo. Si no soy un tonto, no tardaré mucho en serlo».

Si os vais de viaje por ocho días y no recibís ni una sola carta, o recibís una con tres páginas en blanco... Síntoma.

Si llegáis montado en un caballo de precio, al que queréis mucho, y, entre dos

besos, vuestra mujer se preocupa por el caballo y por su avena... Síntoma.

A estos detalles podríais añadir muchos más. Nosotros procuraremos siempre en este libro hacer pintura al fresco, y dejaros a vosotros las miniaturas. Según los caracteres, esos indicios, ocultos bajo los accidentes de la vida cotidiana, varían hasta el infinito. Fulano descubrirá un síntoma en la forma de ponerse una manteleta, mientras que otro necesitará que le arreen un cogotazo para empezar a darse cuenta de la indiferencia de su compañera.

En una hermosa mañana de primavera, al día siguiente de un baile, o la víspera de una excursión campestre, esta situación llega el último período. Vuestra esposa se aburre y la felicidad permitida no tiene ya atractivo para ella. Sus sentidos, su imaginación, el capricho de la naturaleza quizá, exigen un amante. No obstante, todavía no se atreve a embarcarse en una intriga cuyas consecuencias y detalles la estremecen. Todavía estáis allí para algo; seguís pesando en la balanza, pero ya muy poco. Por su lado, el amante se presenta adornado con todas las gracias de la novedad, con todos los encantos del misterio. El combate que se ha entablado en el corazón de vuestra esposa resulta, al aparecer el enemigo, más real y más peligroso que antes. Cuantos más peligros y riesgos haya que correr, más ella arde en deseos de precipitarse en el delicioso abismo de temores, de delicias, de angustias y de voluptuosidades. Su imaginación se ilumina y parpadea. Su vida futura se va coloreando a sus ojos con tintes románticos y misteriosos. Su alma considera que su existencia ha alcanzado el tono suficiente en esas discusiones tan solemnes para las mujeres. Todo se agita en ellas, todo tiembla, todo se conmueve. Viven tres veces más intensamente que antes, y juzga el porvenir por el presente. Las pocas voluptuosidades que les habéis prodigado constituyen entonces un alegato en contra vuestra, ya que empiezan a irritarse menos por los placeres que va a disfrutar que por los que ha disfrutado ya; ¿su imaginación no les promete una felicidad mucho más intensa con el amante que le prohíben las leyes que con vosotros? En fin, vuestra esposa encuentra cierto placer en el espanto y espanto en los placeres. Además, la atrae ese peligro inminente, esa espada de Damocles suspendida sobre su cabeza por vosotros mismos, prefiriendo así las delirantes agonías de una pasión a esa inanidad conyugal peor que la muerte misma; a esa indiferencia que es por lo menos un sentimiento, antes que la ausencia de todo sentimiento.

Vosotros, que quizás vais al Ministerio de Hacienda a dar refrendos, a la Banca a hacer estados, a la Bolsa a presentar informes, o a la Cámara a pronunciar discursos; vosotros, hombres jóvenes, que habéis repetido tan ardientemente en nuestra primera Meditación el juramento de defender vuestra felicidad al mismo tiempo que defendéis a vuestra esposa, ¿qué podéis oponer a esta clase de sentimientos tan naturales en ella? Como para esas criaturas volcánicas vivir es sentir, en el momento en que dejan de sentir, están muertas. La ley, en virtud de la cual andáis, produce en ellas ese minotaurismo involuntario. «Es, decía D'Alembert, una consecuencia de las leyes del movimiento». Pues bien, ¿dónde están vuestros medios de defensa...? ¿Dónde?

¡Ay!, si vuestra esposa no ha dejado todavía morder la manzana a la Serpiente, la Serpiente se yergue ante ella; estáis durmiendo, nosotros nos despertamos, y nuestro libro va a empezar.

Sin pretender averiguar cuántos maridos entre los quinientos mil a quienes esta obra concierne, se habrán quedado con el grupo de predestinados; ni cuántos se habrán casado mal; ni cuántos habrán empezado mal con sus esposas, y sin querer averiguar si de esta numerosa tropa hay pocos o muchos que reúnen las condiciones requeridas para luchar contra el peligro que se acerca, vamos a exponer en la Segunda y en la Tercera parte de esta obra los procedimientos para combatir contra el Minotauro y conservar intacta la virtud de las esposas. Pero si la fatalidad, el demonio, el celibato, la ocasión desean nuestra pérdida, reconociendo el desarrollo de las intrigas, asistiendo a las batallas que tienen lugar en la intimidad de todos los matrimonios, tal vez os podréis consolar. Muchas personas poseen un carácter tan feliz que al enseñarles el sitio, al explicarles el porqué y el cómo, se rascan la frente, se frotan las manos, le pegan una patada al suelo..., y tan contentos.

MEDITACIÓN IX

EPÍLOGO

Fieles a nuestra promesa, esta Primera parte ha estudiado las causas generales que hacen que todos los matrimonios lleguen al momento de crisis que acabamos de describir, y mientras redactábamos estos prolegómenos conyugales hemos indicado la manera de sortear la desgracia, demostrando la clase de errores que la engendran.

Pero estas primeras consideraciones serían incompletas si después de intentar ofrecer alguna luz sobre la inconsecuencia de nuestras ideas, de nuestras costumbres y de nuestras leyes, relativas a una cuestión que abarca la vida de casi todos los seres, no buscásemos establecer, por medio de una breve peroración, las causas políticas de esa enfermedad social. Después de poner de manifiesto los vicios secretos de la institución, ¿no sería también un examen filosófico investigar por qué y cómo ha sido que nuestras costumbres la han convertido en viciosa?

El sistema de leyes y de costumbres que rige hoy en Francia a las mujeres y al matrimonio es el fruto de antiguas creencias y tradiciones que no están en relación con los eternos principios de la razón y la justicia impuestos por la Gran Revolución del año 1789.

Tres han sido las grandes conmociones que han sacudido a Francia: la conquista romana, el cristianismo y la invasión de los francos. Cada uno de estos acontecimientos ha dejado profundas huellas en el suelo patrio, en las leyes, en las costumbres y en el espíritu de la nación.

Grecia, con un pie en Europa y otro en Asia, sufrió la influencia de su clima apasionado en cuanto a su elección de las instituciones conyugales; las recibió de Oriente, adonde fueron a estudiar sus filósofos, sus legisladores y sus poetas, trayéndose la velada antigüedad de Egipto y Caldea. La reclusión absoluta de las mujeres, obligada por la acción del ardiente sol de Asia, dominó las leyes de Grecia y de Jonia. La mujer quedó confinada entre los mármoles de los Gineceos. Como la Patria se reducía al recinto de una ciudad, o a un territorio muy poco extenso, las cortesanas, unidas a la religión y a las artes por medio de tantos nexos, parece que fueron las primeras en sufrir las pasiones de una juventud poco numerosa, cuyas energías estaban entonces dedicadas a la práctica de violentos ejercicios de una gimnasia exigida por el arte militar de aquellos tiempos heroicos.

En los principios de su real carrera, Roma, que había ido a pedir a Grecia los principios de una legislación que fuese conveniente al cielo de Italia, imprimió en la frente de la mujer casada el sello de una total servidumbre. El senado comprendió la importancia que en una república tiene la virtud, consiguió la mayor severidad en las costumbres por medio de un incremento excesivo del poder marital y paterno. Por todas partes se hallaba escrita la dependencia de la mujer al varón. La reclusión

oriental se convirtió en un deber, en una obligación moral, en una virtud. De ahí los templos levantados al Pudor, y los templos consagrados a la santidad del matrimonio; de ahí los censores, la institución dotal, las leyes suntuarias, el respeto a las matronas, y todas las demás disposiciones del Derecho romano. Así, tres violaciones llevadas a término se convirtieron en otras tantas revoluciones; así constituyó un gran acontecimiento solemnizado por los decretos la aparición de la mujer en la escena política. Aquellas ilustres romanas, condenadas a sólo ser esposas y madres, pasaron la vida dentro de su casa, entregadas a la tarea de educar dueños para el mundo. En Roma no hubo cortesanas porque la juventud bastantes preocupaciones tenía con sus continuas guerras. Si más tarde llegó el relajamiento de las costumbres, fue por el despotismo de los emperadores, y los prejuicios establecidos de antiguo eran tan vivos que Roma nunca vio mujeres en un teatro. Estos hechos no carecen de importancia para esta rápida ojeada a la historia del matrimonio en Francia.

Una vez conquistada la Galia, los romanos impusieron sus leyes a los pueblos vencidos; pero fueron impotentes para destruir el profundo sentido de respeto que nuestros antepasados sentían por la mujer y aquella serie de supersticiones que hacían de ella el órgano inmediato de la Divinidad. No obstante, las leyes romanas terminaron por reinar, con exclusión de las demás, sobre todo este territorio conocido en otros tiempos por «de derecho escrito» que representaba a la *Galla fogata*, y sus principios fundamentales penetraron más o menos en el territorio *de costumbres*.

Pero durante ese período de lucha entre las leyes y las costumbres, los francos invadieron las Galias, a las que les pusieron el dulce nombre de Francia. Estos guerreros, llegados del Norte, importaron el sistema de galantería nacido en sus regiones occidentales, donde la mezcla de sexos no exige, debido a sus fríos climas, la pluralidad de mujeres y las celosas precauciones de Oriente. Lejos de esto, entre los francos aquellas criaturas casi divinizadas dieron nuevo calor a la vida privada por medio de la elocuencia de sus sentimientos. Los adormecidos sentidos solicitaban aquella variedad de procedimientos enérgicos y delicados, aquella diversidad de acción, aquella excitación de las ideas y aquellas barreras quiméricas creadas por la coquetería, sistema cuyos principios, o alguno de los cuales, han sido estudiados en esta Primera parte, y que se adaptan perfectamente al cielo templado de Francia.

En Oriente, pues, la pasión y sus delirios, las largas cabelleras morenas y los harenes, las divinidades del Amor, la pompa, la poesía y los monumentos. En Occidente, la libertad de la mujer, la soberanía de sus rubias trenzas, la galantería, las hadas, las brujas, los profundos éxtasis del alma, las dulces emociones de la melancolía y los amores duraderos.

Estos dos sistemas salidos de dos puntos opuestos del globo vinieron a rivalizar en Francia; en Francia, donde una parte de su territorio, la Lengua D'Oc, podía prohijar las creencias orientales, mientras que la otra, la Lengua D'Oil, era la patria de aquellas tradiciones que atribuyen poderes mágicos a la mujer. En la Lengua D'Oil, el amor exige cierto misterio; en la Lengua D'Oc, verse es amarse.

En lo más intenso de este combate el cristianismo triunfó en Francia, y llegó predicado por mujeres, y llegó consagrando la divinidad de una mujer que, en las selvas de la Bretaña, de la Vandée y de las Ardenes, tomó, bajo el nombre de Nuestra Señora, el sitio que hasta entonces había ocupado un ídolo en los huecos de los viejos robles druídicos.

Si la religión de Cristo, que antes que otra cosa es un código de moral y de política, reconocía un alma a todos los humanos, proclamaba la igualdad de los seres ante Dios y fortificaba con sus principios las doctrinas caballerescas septentrionales, esas ventajas estaban contrabalanceadas por la residencia del Soberano Pontífice en Roma, de la cual se instituía heredero, por la universalidad de la lengua latina, que se convirtió en la de toda Europa durante la Edad Media, y por el gran interés que los monjes, los escribas y las gentes de leyes tuvieron en hacer triunfar los códigos hallados por un soldado en el saqueo de Amalfi.

Los dos principios de servidumbre y soberanía de la mujer siguieron, pues, uno frente al otro, enriquecidos ambos con nuevas armas.

La ley sálica, error legal, hizo triunfar la servidumbre civil y política sin abatir el poder que las costumbres concedieron a las mujeres, pues el entusiasmo que se apoderó de Europa por la caballería sostuvo el partido de las costumbres contra las leyes.

Así se fue formando el extraño fenómeno presentado, desde entonces, por nuestro carácter nacional y nuestra legislación, ya que desde esas épocas que parecen ser la antesala de la Revolución, cuando un espíritu filosófico se eleva y considera la historia, ve que la de Francia ha sido presa de tantas convulsiones; el Feudalismo, las Cruzadas, la Reforma, las luchas de la realeza y la aristocracia, el despotismo y el sacerdocio la han aprisionado y prensado tan fuertemente, que la mujer ha quedado expuesta a las más absurdas contradicciones, nacidas de la conjunción de los tres acontecimientos capitales que hemos esbozado. ¿Había posibilidades de que se preocuparan por la mujer, por su educación, o por el matrimonio, cuando el Feudalismo estaba luchando contra el Trono, cuando la Reforma amenazaba a los dos, y cuando el pueblo sufría el olvido del sacerdocio y el Imperio? Según una expresión de la señora Necker, las mujeres fueron, a lo largo de aquellos grandes acontecimientos, como plumones metidos en jaulas de porcelana: sin concedérseles la menor importancia, todo se rompería sin ellos.

La mujer casada ofrecía entonces en Francia el espectáculo de una reina servil, de una esclava a la vez libre y prisionera. Las contradicciones producidas por la lucha de los dos principios, estallaron entonces en medio del orden social estableciendo las más extrañas circunstancias y características por millares. Entonces, como la mujer era físicamente poco conocida, lo que en ella fue enfermedad se consideró un prodigio, una brujería o el colmo de la perversidad. Entonces aquellas criaturas, tratadas por las leyes como hijos pródigos y colocadas bajo tutela, eran deificadas por las costumbres. Semejantes a los libertos de los emperadores, disponían de las

coronas triunfales o regias, de las fortunas, de los golpes de Estado, de los crímenes, de las virtudes, por el solo brillo de sus ojos, y no poseían nada, no se poseían ni a sí mismas. Fueron igualmente felices y desdichadas. Armadas de su debilidad y fortificadas por su instinto, se lanzaron entonces a la conquista de la esfera en la cual debían las leyes colocarlas, mostrándose todopoderosas para el mal e impotentes para el bien; sin méritos en su virtud obligada, sin excusa para sus vicios; acusadas de ignorancia y privadas de educación; ni del todo madres, ni del todo esposas. Teniendo todo el tiempo posible para alimentar pasiones y desarrollarlas, sucumbían a la coquetería de los francos, mientras que, como romanas, debían permanecer encerradas en los recintos amurallados de los castillos, criando y educando guerreros. Como ningún sistema se había desarrollado en la legislación intensamente, los espíritus fueron siguiendo sus propias inclinaciones y se vieron tantas Marion Delormes como Cornelias tantas virtudes como vicios. Se trataba de seres tan incompletos como las leyes que las gobernaban; consideradas por unos como una especie intermedia entre el hombre y los animales, como una bestia maligna a la que las leyes no sabían o no podían atar con bastantes cadenas y que la naturaleza había destinado como a tantas otras al placer de los humanos; considerada por otros como un ángel desterrado, fuente de toda felicidad y de amor, como la única criatura que podía corresponder a los sentimientos del hombre, las miserias del cual debían vengarse por medio de la idolatría. ¿Cómo la unidad que faltaba a las instituciones políticas podía existir en las costumbres?

La mujer fue, pues, lo que las circunstancias y los hombres hicieron de ella, en vez de ser lo que el clima y las instituciones debieron hacerla; vendida, casada contra su voluntad en virtud de la potestad paternal de los romanos, al mismo tiempo que caía bajo el despotismo marital que deseaba su reclusión, se veía solicitada por las únicas represalias que le estaban permitidas. Entonces se volvió disoluta cuando los hombres dejaron de estar intensamente ocupados en las guerras intestinas, del mismo modo que fue virtuosa en medio de las conmociones civiles. Cualquier hombre instruido puede matizar este cuadro, y nosotros queremos de los acontecimientos sus lecciones, pero no su poesía.

La Revolución estuvo demasiado ocupada en demoler y reedificar, tenía demasiados adversarios, o quizás estuvo demasiado cerca de los deplorables tiempos de la Regencia y de Luis XV para poder precisar el lugar que la mujer debía ocupar en el orden social.

Los hombres importantes que erigieron el monumento inmortal de nuestros códigos eran casi todos antiguos legistas impresionados por la importancia de las leyes romanas, y, por otra parte, no fundaron ninguna institución política. Hijos de la Revolución, creyeron, con ella, que la ley del divorcio, prudentemente restringida, y que la facultad de las sumisiones respetuosas eran ya mejoras suficientes. Ante los recuerdos del antiguo orden de cosas, esas nuevas instituciones parecieron un avance inmenso.

En nuestros días, la cuestión del triunfo de los dos principios, muy debilitados por tantos acontecimientos y por el progreso de las luces intelectuales queda totalmente entero para ser tratado por sabios legisladores. Los tiempos pasados contienen enseñanzas que deben producir sus frutos en el futuro. ¿La elocuencia de los hechos caerá en saco roto?

El desenvolvimiento de los principios del Oriente exigió eunucos y serrallos; las costumbres bastardas de Francia han llevado a la llaga de las cortesanas y a la llaga más profunda de nuestros matrimonios. Así, para servimos de la frase empleada por un contemporáneo, el Oriente sacrifica a la paternidad, a los hombres y a la justicia; en Francia, a las mujeres y al pudor. Ni el Oriente ni Francia han alcanzado el fin que esas instituciones se propusieron: la felicidad. El hombre no es más querido por las mujeres de su harén que lo que un marido francés puede estar seguro de ser el padre de sus hijos; y el matrimonio no vale todo lo que cuesta. Tiempo es ya de no sacrificarle nada más a esa institución, y de construir los fundamentos de una mayor suma de felicidad en el estado social, conformando nuestras costumbres y nuestras instituciones a nuestro clima.

El gobierno constitucional, feliz mezcolanza de los dos sistemas políticos extremistas, el despotismo y la democracia, parece señalar la necesidad de confundir también los dos principios conyugales que hasta hoy se han mantenido separados en Francia. La libertad que tan osadamente hemos reclamado para las mujeres jóvenes pondría remedio a esa multitud de males cuya fuente se ha indicado, al exponer los contrasentidos que se deben a la esclavitud de las solteras. Rindamos a la juventud las pasiones, las coqueterías, el amor y sus dulzuras, el amor y sus terrores, y el seductor cortejo de los francos. En esa época primaveral de la vida, ninguna falta es irreparable, el himen brotará del seno de las pruebas armado de confianza, desarmado de odio, y el amor quedará justificado con útiles comparaciones.

En este cambio de nuestras costumbres, perecerá por sí misma la vergonzosa llaga de las mujeres públicas. Es especialmente en el momento en que el hombre posee todo el candor y toda la timidez de la adolescencia cuando le es igual, para su felicidad, encontrar grandes y auténticas pasiones que combatir. El alma se siente feliz con sus luchas, sean las que sean; mientras el alma se agite, se mueva, poco le importa ejercer su poder contra sí misma. Existe en esta observación, que todos han podido hacer, un secreto de legislación, de tranquilidad y de felicidad. Además, hoy en día los estudios han tomado un vuelo tal, que el más fogoso de los Mirabeau en ciernes puede dedicar sus energías a una pasión o a una ciencia. ¿Cuántos jóvenes no se han salvado de la disipación y de la locura por medio de trabajos constantes, unidos a los siempre renovados obstáculos de un primero, de un puro amor? En efecto, ¿cuál es la joven que no desea prolongar la deliciosa infancia de sus sentimientos, que no se siente orgullosa de ser conocida, y que no tenga, para oponer los temores enervantes de su timidez, el pudor de sus secretas transacciones consigo misma, los jóvenes deseos de un amante tan inexperto como ella? La galantería de los

francos y sus encantos serían, pues, el patrimonio de la juventud, y entonces podrían establecerse naturalmente todas aquellas relaciones de espíritu, de alma, de carácter, de costumbres, de temperamento y de fortuna que conducen al feliz equilibrio exigido para la dicha de los dos esposos. Este sistema estaría asentado sobre bases mucho más amplias y más francas si las muchachas estuvieran sometidas a una exheredación sabiamente calculada; o si para obligar a los hombres a no determinarse en su elección más que en favor de aquellas que les ofreciesen suficientes prendas de felicidad por sus virtudes, su carácter o sus talentos, se casasen, como en Estados Unidos, sin dote.

Entonces, el sistema adoptado por los romanos podría, sin inconveniente alguno, aplicarse a las mujeres casadas que, de solteras, hubiesen usado de su libertad. Exclusivamente encargadas de la educación primaria de los hijos, la más importante de todas las obligaciones de una madre, ocupadas en hacer nacer y en sostener esta felicidad de todos los momentos, tan admirablemente descrita en el cuarto volumen de *Julia*, serían, en su casa, como las antiguas romanas, una imagen viva de la Providencia que resplandece por todas partes, y que en ninguna parte se deja ver. Entonces, las leyes sobre la infidelidad de la mujer deberían ser lo más rigurosas posible. Deberían prodigar más la infamia que las penas aflictivas y coercitivas. Francia ha visto pasear por las calles de sus ciudades a mujeres montadas sobre asnos por pretendidos crímenes de brujería, y más de una inocente ha muerto de vergüenza. Ahí está el secreto de la futura legislación sobre el matrimonio. Las hijas de Mileto se curaban del matrimonio por medio de la muerte, y el Senado condenaba a las suicidas a ser arrastradas desnudas sobre un serón, y las vírgenes se condenaban a vivir.

Así, pues, las mujeres y el matrimonio no serán respetados en Francia más que por un cambio radical, el que exigimos y pedimos para nuestras costumbres. Ese profundo pensamiento es el que anima las dos más bellas producciones de un genio inmortal. El *Emilio* y *La Nueva Eloísa* no son más que dos elocuentes alegatos en favor de ese sistema. Su voz repercutirá a lo largo de los siglos, porque ha penetrado en los verdaderos móviles de las leyes y de las costumbres de los siglos futuros. Poniendo a los hijos en el seno maternal, Juan Jacobo rendía ya un inmenso servicio a la virtud; pero su siglo estaba excesivamente comido por la gangrena para comprender las nobles razones que encerraban estos dos poemas; debemos, empero, reconocer que el filósofo fue vencido por el poeta, y que al dejar en el corazón de Julia casada rescoldos de su primer amor, quedó seducido por una situación poética más impresionante que la verdad que pretendía demostrar, aunque menos útil.

No obstante, si el matrimonio, en Francia, es un inmenso contrato por medio del cual los hombres se entienden tácitamente para dar algo más de sabor a las pasiones, más curiosidad, más misterio al amor, más atractivo a las mujeres; si una mujer es más bien un ornamento de salón, un figurín para las modas, una percha, que un ser cuyas funciones, en el orden político, pueden coordinarse con la prosperidad del país, con la gloria de una patria; que una criatura cuyos cuidados pueden competir en

utilidad con la de los hombres..., confieso que toda esta teoría, que todas estas extensas consideraciones desaparecerían ante tan importantes destinos...

Pero hemos recurrido demasiado a los sucesos pasados para sacar de ellos unas gotas de filosofía; hemos sacrificado excesivamente a la pasión dominante de la época actual por la *historia*, y así importa que volvamos nuestras miradas a las costumbres presentes. Volvamos a ponemos el gorro con cascabeles y a empuñar aquella insignia de bufón de la cual Rabelais hizo en otros tiempos un cetro, sin conceder a una broma más importancia que la que puede tener, y sin dar a las cosas serias más jocosidad de la que realmente merecen.

SEGUNDA PARTE

DE LOS MEDIOS DE DEFENSA EN EL INTERIOR Y EN EL EXTERIOR

To be or not to be...
«Ser o no ser, he aquí el problema».

SHAKESPEARE, Hamlet

MEDITACIÓN X

TRATADO DE POLÍTICA MARITAL

Cuando un hombre se encuentra en la situación en que le coloca la Primera Parte de este libro, nos suponemos que el pensamiento de que su mujer es poseída por otro puede todavía hacer palpitar su corazón, y que su pasión volverá a crepitar, sea por amor propio o por egoísmo, sea por interés, pues si no tuviera ya más a su mujer, sería el penúltimo de los hombres y merecería su suerte.

Durante esa prolongada crisis, es muy difícil para un marido no cometer errores, porque, para la mayoría de ellos, el arte de gobernar a una esposa aún lo conocen menos que el de elegirla. No obstante, la política marital no consiste más que en la constante aplicación de tres principios que deben constituir el alma de una conducta. El primero, es el de no creer jamás en lo que diga una mujer; el segundo, buscar siempre el espíritu de sus acciones y no la letra, y el tercero, no olvidar en ningún momento que nunca una mujer habla tanto como cuando está callada, y que nunca realiza un mayor despliegue de energías que cuando está quieta.

Desde ese momento, usted es como un caballero que, montado en un caballo díscolo, debe mirar siempre por entre sus dos orejas, para que no lo descabalgue.

Pero el arte se halla mucho menos en el conocimiento de los principios que en la manera de aplicarlos; el revelarlos a personas ignorantes es como dar una navaja barbera a un mono. Así, el primero y el más vital de sus deberes está en un perpetuo disimulo, deber al que faltan la mayoría de los maridos. Al darse cuenta del primer

signo minotáurico un poco acusado en sus mujeres, la mayoría de los hombres testimonian, inmediatamente, insultantes desconfianzas. Los caracteres adquieren una acrimonia que se revela en su conversación o en sus modales, y el miedo se le ha metido ya en el alma, como un quinqué de gas bajo un globo de cristal, e ilumina su rostro de forma tan intensa que explica su conducta.

Una mujer que tiene sobre usted la ventaja de disponer de doce horas al día para pensar y observarle lee las sospechas reflejadas en su frente en el mismo instante en que nacen. Esa injuria gratuita no se la perdonará jamás. Ya no hay entonces remedio; todo está decidido; al día siguiente, si hay oportunidad, se intercala entre las esposas inconsecuentes.

Debe usted, pues, dentro de la situación respectiva de las dos partes beligerantes, empezar por afectar hacia su esposa la misma confianza sin límites que le ha demostrado hasta ese día. Si pretende mantenerla en el error por medio de frases almibaradas, está perdido, pues no le creará, porque ella tiene su política propia, del mismo modo que usted tiene la suya. Es necesaria tanta astucia como campechanía en sus actos para inculcarle, a su pesar y sin que se dé cuenta, aquel precioso sentimiento de seguridad que le invite a sacudir las orejas, y que le permite emplear la brida y la espuela en el momento que usted lo considere oportuno.

Pero ¿cómo atrevemos a comparar un caballo con la más cándida de todas las criaturas, con un ser al que los espasmos de su pensamiento y las afecciones de sus órganos hacen por momentos más prudentes que el servita Fra Paolo, el más terrible Consultor que los Diez hayan tenido en Venecia; más disimulada que un rey, más lista que Luis XI, más profunda que Maquiavelo, tan sofista o más que Hobbes, astuta como Voltaire, más fácil que la Prometida de Mamolin, y que, entre toda la gente del mundo, sólo desconfía de usted?

Así, a este disimulo, merced al cual los resortes de la conducta de usted deben permanecer tan invisibles como los del Universo, le es tan necesario como el pan conseguir un dominio absoluto sobre usted mismo. La tan cacareada imperturbabilidad diplomática de Talleyrand será la menos importante de sus cualidades; su exquisita educación y la gracia de sus modales, traslucirán en todas sus conversaciones. El profesor le prohíbe aquí de la manera más formal y expresa el uso del látigo, si lo que usted quiere es seguir llevando las riendas de su graciosa jaca.

LX

El que un hombre pegue a su amante..., es una bajeza; pero a su esposa..., es un suicidio.

¿Cómo se puede concebir un gobierno sin gendarmería, una acción sin fuerza, un poder sin armas...? Este es el problema que intentaremos resolver en nuestras

Meditaciones futuras. Pero existen todavía dos observaciones preliminares que debemos someter a vuestra consideración. Os revelarán dos teorías más que entrarán en la aplicación de todos los procedimientos mecánicos cuyo empleo seguidamente os propondremos. Un ejemplo vivo refrescará estas áridas y secas disertaciones. ¿No será como dejar el libro para operar sobre el mismo terreno?

En el año 1822 y en una hermosa mañana del mes de enero, yo subía por los bulevares de París desde las pacíficas esferas del Marais hasta las elegantes regiones de la Chaussée-d'Antin, observando por primera vez, no sin cierta alegría filosófica, esas curiosas degradaciones de fisonomía y la variedad de vestidos que, desde la calle del Pas-de-la-Mule hasta la Magdalena, hacen de cada trozo de bulevar un mundo aparte, y de toda esa zona parisiense un extenso muestrario de costumbres. No teniendo aún ninguna idea sobre las cosas de la vida, y no sintiendo la menor preocupación por si el día de mañana me tendría que convertir en legislador del matrimonio, iba a almorzar a casa de uno de mis amigos de colegio quien muy jovencito, quizá demasiado, había cargado con una esposa y dos hijos. Mi antiguo profesor de matemáticas vivía cerca de la casa de mi camarada, y me prometí hacerle una visita al digno matemático antes de entregar mi estómago a las delicias de la amistad. Entré fácilmente hasta el riñón de un despacho donde una capa de polvo lo tapaba todo, prueba fehaciente de las honorables distracciones del sabio. Allí me esperaba una sorpresa. Vi a una hermosa señora sentada en el brazo de un sillón como si montase un caballo inglés; ella dirigió esa ligera mueca convencional reservada a las amas de casa para las personas que no conocen, pero no disimuló lo bastante bien el gesto enfurruñado que, en el momento de llegar yo, entristecía su rostro, para que no me diera cuenta de la inoportunidad de mi presencia. Ocupado sin duda en una ecuación, mi profesor aún no había levantado la cabeza; entonces agité mi mano derecha en dirección a la joven señora, como el pez mueve la cola, y me retiré de puntillas dirigiéndole una misteriosa sonrisa que podía traducirse por un: «Tenga usted la seguridad de que no seré yo quien le impida cometer una infidelidad a Urania». Hizo uno de aquellos movimientos de cabeza cuya graciosa vivacidad es imposible traducir. «Eh, amigo mío, no se vaya usted, exclamó el geómetra. Es mi mujer». Hice un nuevo saludo... ¡Oh..., Coulon!, ¿dónde estás, para aplaudir al único de tus alumnos que comprendió tu calificativo de *anacreóntico* aplicado a un saludo...? El efecto debió de ser muy intenso, ya que la *señora profesora*, como dicen los alemanes, se sonrojó y se levantó precipitadamente para irse, al tiempo que me dirigía una ligera inclinación que pareció decir: «¡Adorable...!». Su marido la retuvo diciéndole: «Quédate, hija mía. Es uno de mis alumnos». La muchacha adelantó la cabeza en dirección al sabio, como un pájaro que, posado en una rama, tiende el cuello para alcanzar un grano. «Eso no es posible..., dijo el marido lanzando un suspiro, y voy a demostrártelo con $A > B$ ». «Señor, dejemos esto, se lo ruego», respondió ella guiñando los ojos y señalándome a mí. (Si sólo se hubiera tratado de álgebra, mi profesor habría podido comprender su mirada, pero como para él era

como si fuese chino, prosiguió:) «Hija mía, mira, tú serás el juez. Tenemos diez mil francos de renta...». Al oír estas palabras, me retiré hacia la puerta como si hubiera sentido repentina pasión por unas acuarelas que había colgadas en la pared del pasillo y que me puse a examinar. Mi discreción se vio recompensada con una elocuente ojeada. ¡Ay!, ella ignoraba que yo habría podido representar en *Fortunio* el papel de «Oído Fino», el que oye crecer las trufas. «Los principios de la economía general, decía mi profesor, exigen que sólo se empleen dos décimas de los ingresos para atenciones de alquiler y otros gastos domésticos, y nuestro piso y nuestra servidumbre nos cuestan cien lises. Yo te doy mil doscientos francos para tus gastos de ropa y de tocador. (Recalcó él cada una de las sílabas de la frase). Nuestra cocina consume cuatro mil francos, prosiguió; nuestros hijos exigen, por lo menos, veinticinco lises, y yo únicamente me reservo ochocientos francos. El lavado de la ropa, la leña para la calefacción y la luz cuestan unos mil francos; por lo tanto, sólo quedan unos seiscientos francos que nunca han bastado, como sabes muy bien, para los gastos imprevistos. Para poderte comprar la cruz de brillantes deberíamos sacar unos mil escudos de nuestro capital, y una vez abierto ese camino, mi querida y bella esposa, no habría ya razón para no irnos de este París que tanto te gusta, y nos veríamos obligados a tener que vivir en alguna provincia para restablecer nuestra comprometida fortuna. Los hijos y los gastos van creciendo... Entonces, sé prudente». «Claro que sí, dijo ella, pero recuerda que tú serás el único hombre en París que no haya hecho un regalo de esta clase a su esposa». Y se marchó como un colegial que acaba de terminar un castigo que se le había impuesto. Mi profesor bajó la cabeza en señal de contento. Cuando vio la puerta cerrada, se frotó las manos. Hablamos de la guerra de España, y luego me fui hacia la calle de Provenza, sin que se me ocurriese pensar que acababa de recibir la primera parte de una gran lección conyugal, lo mismo que no pensaba en la conquista de Constantinopla por el general Diebitsch. Llegué a casa de mi anfitrión en el momento en que los dos esposos se sentaban a la mesa, después de haberme estado esperando durante la media hora exigida por las disciplinas ecuménicas de la gastronomía. Creo que fue al cortar una tarta de manzana cuando la bella ama de casa le dijo a su marido con un tono premeditado: «Alejandro, si fueses un esposo gentil, me regalarías aquellos brazaletes que vimos en Fossin». «Cásate y verás», exclamó bromeando mi amigo, sacando de su cartera tres billetes de mil francos que agitó ante los centelleantes ojos de su mujer. «Me es imposible resistir al placer de regalártelos, añadió, como a ti al de pedírmelos. Hoy es el aniversario del día en que te vi por primera vez; quizá esos brazaletes te lo recuerden...». «¡Qué malo eres...!», dijo ella con una sonrisa encantadora. Se metió dos dedos en el corsé y sacó un ramito de violetas, tirándolo con infantil despecho a la nariz de mi amigo. Alejandro le dio el dinero exclamando: «¡Gracias por las flores...!». Nunca olvidaré el rápido ademán y la alegre avidez con que, como el gato que le echa la zarpa al ratón, cogió aquella mujercita los tres billetes de banco, cómo los dobló sonrojándose de placer, y cómo los puso en el mismo sitio donde estaban

las violetas que le perfumaban el pecho. No pude evitar el pensar en mi profesor de matemáticas. No vi entonces otra diferencia entre él y su ex alumno que la que existe entre un hombre económico y un hombre pródigo, sin darme la menor cuenta de que aquel de los dos que mejor calculaba era el que peor calculaba. El almuerzo terminó, pues, alegremente. Acomodados luego en un saloncillo deliciosamente decorado, sentados ante un fuego que nos calentaba dulcemente, reponiéndonos del frío, como si hubiese llegado la primavera, me creí en la obligación de dedicar a aquella pareja de felices enamorados una frase de invitado sobre el mobiliario de su pequeño oratorio.

«¡Qué lástima que todo esto sea tan caro...!, dijo mi amigo; pero es necesario que el nido sea digno del pájaro. Pero, ¡qué diablo!, ¿vas ahora a elogiarme objetos que todavía no han sido pagados...? Me haces recordar, cuando todavía hago la digestión, que aún debo dos mil francos a un turco que vende tapices y alfombras». Al oír aquello, la dueña de la casa inventarió con la mirada el hermoso salón, y, de optimista, su rostro se quedó pensativo. Alejandro me cogió del brazo y me llevó hasta una ventana. «¿Por casualidad, tú podrías prestarme mil escudos?, me dijo en voz baja. Sólo tengo doce mil libras de renta, y este año...». «Alejandro..., exclamó la encantadora criatura mirando a su marido, corriendo hasta donde estábamos y alargándole los tres billetes; Alejandro, ahora veo que esto es una locura...». «¿Por dónde sales tú ahora?, le respondió él...; guárdate tu dinero». «Pero, amor mío, ¡te estoy arruinando! Debería saber que me quieres demasiado para que yo me permita confiarte todos mis deseos...». «Guárdatelo, querida; es tuyo. Eso no tiene importancia. Cuando llegue el invierno jugaré y recuperaré ese dinero». «¡Jugar!, dijo ella con una expresión de terror. Alejandro, toma estos billetes. Vamos, querido, quiero que los guardes». «No, no, replicó mi amigo, rechazando una pequeña y delicada mano; ¿no querías ir el próximo jueves al baile de la señora de...?». «Pensaré en lo que me pides», le dije yo a mi camarada; y me largué, saludando a su mujer, pero, tras aquella escena, llegué a la convicción de que mis reverencias anacreónticas no producirían ningún efecto. «Es necesario estar loco, iba pensando mientras salía de la casa, para pedirle mil escudos a un estudiante de derecho...». Cinco días más tarde estaba yo en casa de la señora de..., cuyos bailes se habían puesto de moda. En medio de la más brillante de las cuadrillas, distinguí a la esposa de mi amigo y a la del matemático. La esposa de Alejandro lucía un sugestivo peinado y algunas escogidas flores, y una blanca muselina eran todo su alarde. Llevaba una pequeña cruz de poco precio colgando de una cinta de terciopelo negro que hacía resaltar la blancura de su perfumada piel, y unos largos y delgadísimos pendientes de oro adornaban sus orejas. En el cuello de la señora profesora centelleaba una soberbia cruz de brillantes. «Es curioso esto...», le dije a un personaje que todavía no había podido leer el gran libro del mundo, ni descifrado ningún corazón femenino. Ese personaje era yo mismo. Si tuve el deseo de bailar con aquellas dos mujeres tan hermosas fue únicamente porque empecé a adivinar un secreto de

conversación que enardeció mi timidez. «Y bien, señora, veo que ha conseguido su cruz...», le dije a la primera. «Creo que me la he ganado...», me respondió con una indefinible sonrisa. «¿Y cómo no ha conseguido los brazaletes?», le pregunté a la esposa de mi amigo. «¡Ah...!, los disfruté durante todo un almuerzo..., pero ya ve usted, pude convencer a Alejandro... Es tan fácil de seducir...». Y me miró con aire de triunfo.

Ha sido ocho años después cuando de repente esa escena, hasta entonces sin significado para mí, empezó a tenerlo en mi recuerdo; y a la luz de las velas, al fuego de las plumas, leí distintamente su moraleja. Sí, la mujer siente horror por la convicción; cuando se la convence, experimenta una seducción y se identifica con el papel que la naturaleza le ha asignado. Para ella, dejarse ganar es como conceder un favor; pero los razonamientos exactos la irritan y la matan; para dirigirla, es necesario saberse servir del poder al que ella a menudo recurre: la sensibilidad. Es, pues, en su esposa, y no en sí mismo, donde un marido podrá encontrar las bases para su despotismo; como para cortar un diamante hay que emplear otro diamante. Saber ofrecer unos brazaletes para que los devuelvan o renuncien a ellos, es un arte que debe aplicarse a los más mínimos detalles de la vida.

Pasemos ahora a la segunda observación.

Quien sabe administrar una aldea, sabe administrar cien mil, dice un proverbio indio; y yo doy mayor extensión a la sabiduría asiática, diciendo: «Quien puede gobernar a una mujer, puede gobernar una nación». Existen, en efecto, muchas analogías entre estas dos clases de gobierno. ¿La política de los maridos debe ser diferente de la de los reyes? ¿Pero no vemos a los reyes procurando distraer al pueblo para irle quitando su libertad; echándole alimentos durante un día para hacerle olvidar la miseria de un año; predicándole que no debe robar, mientras se le despoja, y mientras se le va diciendo: «Me parece que si yo fuera pueblo, sería virtuoso»?

Inglaterra es la que nos va a proporcionar el *precedente* que los maridos deben importar en su matrimonio. Los que tienen ojos han tenido que ver que desde el momento en que la *governabilidad* se perfeccionó en ese país, los whigs sólo en raras ocasiones han ocupado el poder. Siempre un largo ministerio *tory* ha sucedido a un efímero gabinete liberal. Los oradores del partido nacional se parecen a los ratones que emplean los dientes para roer un tabique podrido que se tapona el agujero que han hecho en cuanto huelen las nueces y el tocino guardados en los reales armarios. La mujer es el whig de vuestro gobierno. En la situación en la que la hemos dejado debe, naturalmente, aspirar a la conquista de algún privilegio. Cerrad los ojos a sus intrigas, permitidle que vaya gastando sus energías en subir la mitad de los peldaños del trono en que estáis sentados, y cuando crea que está a punto de alcanzar el cetro, derribadla al suelo, con suavidad y con infinitas precauciones, gritándole ¡Bravo!, y permitiéndole esperar un próximo triunfo. La malicia de este sistema deberá corroborar el empleo de todos los medios que gustéis emplear y elegir de nuestro arsenal para domar a vuestra esposa.

Tales son los principios generales que debe practicar un marido, si no quiere cometer errores en su pequeño reino.

Ahora, a pesar de la minoría del concilio de Mâcon (Montesquieu, quien quizás había adivinado la posibilidad de un régimen constitucional, dijo, no sé exactamente dónde, que el sentido común se hallaba en todas las asambleas del lado de la minoría), debemos distinguir en la mujer un alma y un cuerpo, y empezaremos por analizar los medios de hacemos dueños de su moral. La acción del pensamiento es, por mucho que se diga, más noble que la del cuerpo, y daremos paso a la ciencia antes que a la cocina, a la educación antes que a la higiene.

MEDITACIÓN XI

DE LA EDUCACIÓN EN EL MATRIMONIO

Educar o no a las mujeres, este es el problema. De todas las alternativas que hemos expuesto, esta es la única que presenta dos premisas extremas y ningún término medio. La ciencia y la ignorancia son los dos términos irreconciliables de ese problema. Entre estos dos abismos nos parece ver a Luis XVIII calculando la felicidad del siglo XIII y las desgracias del XIX. Sentado en el fiel de la balanza, cuyos platillos tan bien sabía hacer inclinar con su propio peso, contempla en uno de ellos la fanática ignorancia de un hermano lego, la apatía de un siervo, los rutilantes arneses del caballo de un mesnadero; cree oír el grito de: «France et Monjoie-Saint Denis! ...», pero se vuelve, y se sonríe al ver el ceño de un manufacturero, capitán de la guardia nacional; el elegante cupé de un agente de cambio y bolsa; la sencillez del traje de un Par de Francia convertido en periodista, y haciendo ingresar a su hijo en la Escuela Politécnica; luego, las magníficas telas, los periódicos, las máquinas a vapor, y finalmente, él se bebe su café en una taza de porcelana de Sèvres en cuyo fondo brilla todavía una N coronada.

¡Atrás la civilización! ¡Mueran las ideas...! He aquí vuestro grito. Debéis de tener horror por la educación de las mujeres, por aquella razón, tan bien sentida en España, de que es más fácil gobernar a un pueblo de estúpidos que a un pueblo de sabios. Una nación embrutecida es feliz; si no tiene el sentido de la libertad, no siente ni inquietud ni desasosiego; vive como viven los pólipos, y, como los pólipos, puede escindirse en dos o tres fragmentos; cada fragmento sigue siendo una nación completa y vegetante, apta para ser gobernada por el primer ciego armado de un báculo pastoral. ¿Qué produce esta maravilla humana? La ignorancia; gracias a ella se mantiene el despotismo; necesita las tinieblas y el silencio. Entonces, la felicidad en el matrimonio es, como en política, una felicidad negativa. El afecto de los pueblos por el rey de una monarquía absoluta es quizás algo menos contra natura que la fidelidad de una esposa hacia su marido cuando no existe amor entre ellos; entonces, nos consta que en vosotros el amor apoya en estos precisos momentos un pie en la ventana para saltar a la calle. Obligado es, pues, poner en práctica los rigorismos saludables por medio de los cuales el señor de Metternich va prolongando su *statu quo*; pero nosotros nos permitimos aconsejarle que los emplee con más finura y más amenidad que él, pues su esposa es, con seguridad, mucho más lista que todos los alemanes juntos, y por lo menos tan voluptuosa como todos los italianos.

Así, usted debe aplazar el máximo de tiempo posible el fatal momento en que su esposa le pedirá un libro. Esto le será fácil. Empezará usted por pronunciar, con un cierto desprecio, la palabra «cursilería»; y cuando le pregunte de qué se trata, le explicará el ridículo que rodea, según rumorean sus vecinos, a las mujeres pedantes.

Después, le repetirá a menudo que las mujeres más encantadoras y más espirituales del mundo están en París, donde las mujeres no leen nunca;

que las mujeres son como las personas de calidad, las cuales, según Mascarille, lo saben todo sin haber aprendido nunca nada;

que una mujer, sea bailando, sea jugando, y sin tener aspecto de estar escuchando, debe saber captar en las conversaciones de los hombres inteligentes las frases hechas con las cuales los tontos consiguen un crédito en París;

que en este país los juicios decisivos sobre los hombres van pasando de mano en mano, y que el tonillo irónico con que una mujer critica a un autor, hunde una obra, desprecia un cuadro, tiene mucha más fuerza que una sentencia del tribunal;

que las mujeres son como espejos, que reflejan con la mayor naturalidad las ideas más brillantes.

que la inteligencia natural lo es todo, y que instruye mucho más lo que se ha aprendido en el mundo que lo que se lee en los libros;

y en fin, que la lectura acaba por enturbiar los ojos, etc.

Dejar a una mujer que lea los libros que la naturaleza de su inteligencia la lleva a elegir... Pero si esto sería como introducir una chispa en una santabárbara; sería algo peor; sería enseñar a su mujer a prescindir de usted, a vivir en un mundo imaginario, en un paraíso. ¿Pues qué leen las mujeres? Obras apasionadas, las *Confesiones* de Juan Jacobo, novelas, y toda clase de composiciones que actúan poderosamente sobre su sensibilidad. No gustan ni de la razón ni de los frutos maduros. ¿Ha pensado alguna vez en los fenómenos que producen esas poéticas lecturas?

Las novelas, e incluso todos los demás libros, describen los sentimientos y las cosas con colores mucho más hermosos de los que ofrece la propia naturaleza. Esta especie de fascinación proviene menos del deseo que siente todo autor de aparecer como perfecto, afectando pensamientos delicados y rebuscados, que de un indefinible trabajo de nuestra inteligencia. Está en el destino del hombre depurar todo lo que le interesa del tesoro de su pensamiento. Cuántas estatuas, cuántos monumentos no se embellecen con la descripción... El alma del lector colabora en esa conspiración contra la verdad, por el silencio profundo de que goza o por el ardor de los conceptos, o por la pureza con la que las imágenes se reflejan en su entendimiento. ¿Quién, al leer las *Confesiones* de Juan Jacobo, no ha imaginado a la señora Warens más hermosa de lo que realmente fue? Se diría que nuestra alma acaricia las formas vistas en otros tiempos bajo más bellos cielos; no acepta la creación de otras almas más que como alas para lanzarse al espacio; el rasgo más delicado aun lo perfecciona al apropiárselo, y la más poética expresión en sus imágenes aporta otras imágenes todavía más puras. Leer es, quizá, como crear entre dos. Estos misterios de la transubstanciación de las ideas, ¿son el instinto de una más alta vocación que la de nuestros presentes destinos? ¿Será la tradición de una vida pasada? ¿Qué puede ser si el resto nos proporciona tantas delicias...?

Así, al leer dramas y novelas, la mujer, criatura todavía más susceptible que

nosotros de exaltarse, debe sentir éxtasis embriagadores. Se va creando una existencia ideal, al lado de la cual todo palidece; no tarda en desear poner en práctica aquella vida voluptuosa, en pretender transportar a ella aquella magia. Involuntariamente, pasa del espíritu a la letra, y del alma a los sentidos.

¿Y tendrá usted la ingenuidad de creer que los modales, los sentimientos de un hombre como usted, que la mayoría de las veces se desnuda, se viste, y... etcétera, delante de su mujer, pueden luchar con ventaja con los sentimientos expresados en esos libros, y en presencia de sus ficticios amantes, en cuyos trajes la hermosa lectora no ve ni agujeros ni manchas...? ¡Pobre necio! Demasiado tarde, ¡ay!, para su desdicha y para la de usted, su esposa irá comprobando que los *héroes* de la poesía son tan raros como los *Apolos* de la Escultura...

Muchos maridos sentirán cierto embarazo al impedir a sus mujeres que lean, y hay incluso algunos que pretenden que la lectura les da la ventaja de que así saben lo que están haciendo sus mujeres mientras leen. En primer lugar, podrá ver en la Meditación siguiente de qué modo una vida sedentaria hace belicosa a una mujer. ¿Usted no ha visto nunca a esa clase de seres sin poesía que consiguen petrificar a sus pobres compañeras reduciendo su vida a todo cuanto la vida tiene de mecánico? Estudie a esos grandes hombres en sus disquisiciones. Apréndase de memoria los admirables razonamientos por medio de los cuales condenan la poesía y los deleites de la imaginación.

Pero si después de todos los esfuerzos que usted haga, su mujer persiste en querer leer..., ponga inmediatamente a su disposición todos los libros posibles, desde el *Abecedario* de su crío hasta el *Renato*, libro mucho más peligroso en sus manos que *Teresa filósofa*. Usted podría despertarle hostilidad contra la lectura dándole libros aburridos, hundirla en el más completo idiotismo con *María Alacoque*, *El cepillo de la penitencia*, o con las canciones que estaban de moda en tiempos de Luis XV; pero más adelante usted encontrará en este libro los medios para llenar el tiempo de su esposa, de tal modo que le podrá prohibir toda clase de lecturas.

Antes que nada compruebe los recursos inmensos que le proporciona la educación de las mujeres para desviar la suya de su gusto pasajero por la ciencia. Examine con qué admirable estupidez se prestan las muchachas a los resultados de la enseñanza que se les ha impuesto en Francia; nosotros las entregamos a las doncellas, a las señoritas de compañía, a gobernantas que poseen veinte mentiras de coquetería y de falso pudor que enseñarles contra una sola idea noble y verdadera que les inculquen. Las muchachas son educadas como esclavas y se van acostumbrando a la idea de que están en el mundo para imitar a sus abuelas, para cuidar canarios, hacer tisana con hierbas, regar rosales de Bengala, bordar tapices o cortarse una blusa. Así, si a los diez años una muchacha tiene más astucia que un muchacho, a los veinte es tímida, torpe. Se asustará por un arañazo, dirá tonterías, pensará en lazos, hablará de modas, y no tendrá el valor de ser ni madre ni una esposa casta.

Vea usted el camino que ha seguido: se le habrá enseñado a colorear rosas, a

bordar pañuelos para que se pueda ganar ocho sueldos al día. Ellas han aprendido la historia de Francia en *Le Ragois*, la cronología en las *Tablas del ciudadano Chantreau*, y se habrá dejado volar su imaginación sobre todo lo referente a la geografía; el conjunto, con la finalidad de que nada peligroso se inculque en su alma, pero, al mismo tiempo, sus madres, sus institutrices, les habrán ido repitiendo con incansable voz que toda la ciencia que debe poseer una mujer está en cómo se pone aquella hoja de parra que sirvió a nuestra madre Eva. Durante quince años no oyen, decía Diderot, otra cosa que: «Hija mía, tu hoja de parra te cae mal; hija mía, tu hoja de parra te sienta bien; hija mía, ¿no sería mejor que te pusieras la hoja de parra así?».

Mantenga, pues, a su esposa dentro de esta hermosa y noble esfera de conocimientos. Si por casualidad su mujer desea tener una biblioteca cómprele obras de Florian, de Malte-Brun, el *Gabinete de las Hadas*, *Las mil y una noches*, *Las Rosas de Redouté*, *Las costumbres de China*, *Los palomos* de la señora Knip, la gran obra sobre Egipto, etc. Finalmente, ponga en práctica aquella espiritual opinión de la princesa que, al escuchar la explicación de una algarada que promovió la carestía del pan, exclamó: «Si no tienen pan, que coman pasteles...».

Quizás una noche su esposa le reprochará que es desabrido y habla poco; quizá le dirá que ha sido amable cuando dijo algo ingenioso, pero es este un ligero inconveniente en nuestro sistema, y, además, que la educación de las mujeres sea, en Francia, la más curiosa de las absurdidades, y el que su oscurantismo marital le ponga a una muñeca en sus brazos, ¿qué puede importarle? Como no tiene el suficiente valor para emprender una tarea más bella, ¿no es preferible dejar a su esposa en la rutina conyugal, perfectamente segura, que arriesgarse a hacerle nacer los más osados principios del amor? Cuando sea madre, no le debe importar que sus hijos sean unos Gracos, sino ser realmente el *pater quem nuptiae demonstrant*, y, para ayudarle a conseguirlo, debemos hacer de este libro un arsenal, del que cada uno, según el carácter de su esposa, o el suyo, pueda elegir la armadura conveniente para combatir con éxito el terrible genio del mal, siempre pronto a manifestarse en el alma de una esposa; y, después de considerarlo todo, como los ignorantes son los más crueles enemigos de la educación de las mujeres, esta Meditación será, para la mayoría de los maridos, como una especie de breviario.

Una mujer que haya recibido una educación masculina posee, en verdad, las más brillantes y fértiles facultades de felicidad para ella y para su esposo; pero esa mujer es tan rara como la misma felicidad; y usted si no se trata de su esposa, conserve a la suya, en nombre de la felicidad común, en la región de las ideas donde ella ha crecido, ya que hay que tener presente que un momento de orgullo que se produzca en su interior puede llevarle a la perdición, poniendo en el trono a un esclavo que en cualquier momento puede tentarle el abuso del poder.

Después de todo, siguiendo el sistema prescrito por esta Meditación, un hombre superior quedará en libertad de cambiar sus pensamientos e ideas en calderilla cuando desee ser comprendido por su mujer, siempre que ese hombre superior haya cometido

la tontería de contraer matrimonio con una de esas infelices criaturas en vez de casarse con una muchacha de la que durante un largo tiempo haya estudiado su alma y su corazón.

Por esta última observación matrimonial queda demostrado que nuestra finalidad no consiste en prescribir a todos los *hombres superiores* que se casen con *mujeres superiores*, y no pretendemos en modo alguno dejar que cada cual explique nuestros principios como lo hacía la señora de Staël, que intentó burdamente casarse con Napoleón. Esos dos seres habrían sido totalmente desdichados en el matrimonio, y Josefina era una esposa de muy otras cualidades que aquel virago del siglo diecinueve.

En efecto, cuando cantamos las alabanzas de esas *muchachas inhallables*, tan bien educadas por la casualidad, tan conformes a la natura, cuyo espíritu delicado soporta el rudo contacto del alma grande de eso que calificamos de *un hombre*, oímos hablar de esas nobles y raras criaturas de las cuales Goethe ha proporcionado el modelo en la Clara del *Conde de Egmont*; pensamos en esas mujeres que no aspiran a otra gloria que a la de representar con dignidad su papel, sometándose con una asombrosa flexibilidad a los placeres y a la voluntad de aquellos que la naturaleza les ha dado por dueños; elevándose alternativamente hasta las altas esferas de su pensamiento, y descendiendo hasta la vulgar tarea de divertirles como si fueran niños; comprendiendo a la vez las extrañezas de esas almas tan intensamente atormentadas, y las miradas y palabras más vagas; felices en el silencio, y felices en la efusión; adivinando, en fin, que los placeres, las ideas y la moralidad de un lord Byron no pueden ser las mismas de un tendero. Pero detengámonos; esta descripción podría apartarnos mucho de nuestro tema: aquí se trata del matrimonio y no del amor.

MEDITACIÓN XII

HIGIENE DEL MATRIMONIO

Esta meditación tiene por finalidad someter a su atención un nuevo método de defensa por medio del cual podrá someter en una postración invencible la voluntad de su esposa. Se trata de la reacción producida en la moral por las vicisitudes físicas y por las sabias gradaciones de una dieta hábilmente dirigida.

Esta importante y filosófica cuestión de medicina conyugal hará sin duda sonreír a todos los gotosos, a todos los impotentes, a los catarrosos, y a toda la legión de vejestorios, a los cuales hemos despertado de su apatía con el artículo destinado a los Predestinados; pero va destinada principalmente a aquellos maridos lo bastante audaces para seguir el camino maquiavélico digno de aquel gran rey de Francia que intentó asegurar la felicidad de la nación a expensas de algunas cabezas feudales. Siempre es cuestión de la amputación o del debilitamiento de determinados miembros para la mayor felicidad de las masas.

¿Usted cree seriamente que un soltero sometido al régimen de la hierba *enea*, de la verdolaga, o a la aplicación de sanguijuelas en las orejas, recomendado por Sterne, sería capaz de abrir brecha en el homo de su esposa? Suponga a un diplomático que hubiese tenido el talento de poner en el cráneo de Napoleón una cataplasma permanente de harina de linaza, o que hubiese conseguido hacerle aplicar cada mañana una lavativa de miel, ¿cree usted que Napoleón, Napoleón el Grande, habría podido conquistar Italia? Napoleón sufrió terriblemente de disuria durante la campaña de Rusia... He aquí unas cuestiones cuya solución ha gravitado sobre el mundo entero. ¿No es menos cierto que los refrescantes, las duchas, los baños, producen cambios notables en las afecciones más o menos agudas del cerebro? En medio de los tórridos calores del mes de julio, cuando cada uno de sus poros filtra lentamente y devuelve a una atmósfera devoradora las limonadas heladas que se ha bebido de un trago, ¿ha sentido aquel soplo de valor, aquel vigor de pensamiento aquella energía total que le hacían ligera y suave la existencia unos meses antes?

No, no, el hierro mejor empotrado en la más dura piedra levantará y deshará siempre el más duradero de los monumentos como consecuencia de la influencia secreta que ejercen sobre él las lentas e invisibles depresiones de calor y frío que atormentan la atmósfera. En principio, pues, convengamos en que si los medios atmosféricos influyen en el hombre, el hombre debe, con mucha más razón, influir a su vez en sus semejantes por medio de la mayor o menor intensidad con que proyecta su *voluntad*, lo cual produce, una verdadera atmósfera a su alrededor.

Ahí reside el talento de un actor, el de la poesía y el del fanatismo, puesto que una es la elocuencia de la palabra del mismo modo que la otra es la elocuencia de los actos; ahí, en fin, se halla el principio de una ciencia que en los momentos actuales

está en los primeros balbuceos.

Esta *voluntad*, tan poderosa de hombre a hombre; esta fuerza nerviosa y fluida, eminente móvil y transmisible, está sujeta a los cambios experimentados por nuestro sistema, y a muchas otras circunstancias que modifican el frágil organismo. Aquí se detendrán nuestras observaciones metafísicas, y volveremos a introducirnos en el análisis de las circunstancias que van elaborando la voluntad del hombre y la conducen al más alto grado de poder o de abatimiento.

Ahora no vaya usted a creer que nuestra finalidad sea poner cataplasmas en el honor de su esposa, encerrarla en una estufa, o sellarla como se sella una carta; no. Tampoco intentaremos desarrollar el sistema magnético que le daría el poder de hacer triunfar su voluntad sobre la de su mujer; no habría ni un solo marido que aceptase la felicidad de un amor eterno al precio de esa tensión perpetua de las fuerzas animales; lo que intentaremos será desarrollar un sistema higiénico formidable, por medio del cual usted podrá apagar el fuego cuando esté encendido en la chimenea.

Existe, en efecto, entre las costumbres de las melindrosas de París y de provincias (las melindrosas forman una clase muy distinguida entre las mujeres honestas), suficientes recursos para poder alcanzar lo que nos proponemos, sin tener necesidad de recurrir al arsenal de la terapéutica para buscar las cuatro semillas frías, el nenúfar y los mil inventos dignos de las brujas. Dejaremos incluso para Eliano su hierba enea, y a Sterne su verdulaga y sus cohombros, que revelan intenciones antiflogísticas demasiado evidentes.

Usted dejará que su esposa se vaya apagando y pase días enteros en muelles sofás en los que se pueda hundir hasta medio cuerpo en un auténtico baño de edredón o de plumas.

Favorecerá, por todos los medios posibles que no hieran su conciencia, la propensión de toda mujer a no respirar más que el aire perfumado de una habitación que raramente se abre, y que la claridad encuentra grandes dificultades para atravesar sus voluptuosas y diáfnas muselinas.

Conseguirá resultados maravillosos de este sistema después de haber experimentado previamente todos los estallidos de su exaltación, pero si es usted lo bastante fuerte para soportar esa tensión momentánea de su mujer, verá como no tarda mucho tiempo en irse debilitando su ficticio vigor. En general, a las mujeres les gusta vivir de prisa, pero después de sus tempestades sensoriales tienen calmas tranquilizantes para la felicidad de un marido.

Juan Jacobo, a través del órgano encantador de Julia, ¿no puede demostrarle a su esposa que tendrá un encanto infinito si no deshonra su delicado estómago y su divina boca, haciendo quilo con innobles trozos de buey y grandes tajadas de carne de cordero? ¿Hay algo en el mundo más puro que esas interesantes legumbres, siempre frescas e inodoras; que esas frutas de vivos colores; que ese café, ese chocolate perfumado, esas naranjas, esas manzanas de oro de Atalanta; los dátiles de Arabia, las galletas de Bruselas, alimento sano y agradable que consigue resultados satisfactorios

al mismo tiempo que da a una mujer un no sé qué de misteriosa originalidad? Puede conseguir una cierta celebridad por su régimen, como podría conseguirla por su modo de vestir, por una acción hermosa, o por una frase ingeniosa. Su pasión debe de ser Pitágoras, como si Pitágoras fuese un perrito faldero o un tití.

No cometa la imprudencia de ciertos hombres que, para darse una capa de inteligencia y de dureza de carácter, combaten esta creencia femenina: *se conserva la línea comiendo poco*. Las mujeres que están a dieta no engordan, esto es claro y positivo; usted no lo destruirá.

Alabe el arte con que las mujeres famosas por su belleza han sabido conservarla bañándose, varias veces al día, en leche, o en agua con determinadas sustancias propias para suavizar la piel, y debilitando el sistema nervioso.

Sobre todo, recomiéndele, en nombre de su salud, tan preciosa para usted, que se abstenga de lociones de agua fría, que siempre el agua caliente o templada sea el ingrediente fundamental de toda clase de ablución.

Broussais será el ídolo de usted. A la menor indisposición de su mujer y con el menor pretexto, practíquele enérgicas aplicaciones de sanguijuelas; no tema aplicarlas a usted mismo de vez en cuando, para imponer en su casa el sistema del famoso doctor. Su estado marital le obliga siempre a encontrar a su mujer excesivamente colorada; intente incluso hacerle subir la sangre a la cabeza, para tener el derecho de introducir, en determinados momentos, una escuadra de sanguijuelas en su casa.

Su esposa tiene que beber agua ligeramente coloreada con vino de Borgoña agradable al paladar, pero carente de toda virtud tónica; cualquier otro vino sería malo.

No sufra nunca porque beba agua pura; estaría usted perdido.

«¡Impetuoso fluido!, en el instante en que presionas contra las presas del cerebro, ves como ellas ceden a tu ímpetu. La Curiosidad aparece nadando, haciendo señas a sus compañeras para que la sigan; se lanzan en medio de la corriente. La Imaginación se sienta en la orilla, soñando. Sigue el curso del torrente con la mirada, y cambia las briznas de hierba y los juncos en palos de mesana y en bauprés. En cuanto ha tenido lugar la metamorfosis, el Deseo, sosteniendo con sus manos su falda arremangada hasta la rodilla, aparece corriendo, lo ve y se apodera de ellos. ¡Oh, vosotros, bebedores de agua!, ¿es con la ayuda de esa fuente encantadora como habéis podido tantas veces volver y revolver el mundo a placer, pisando los pies al impotente, destrozando su rostro, y cambiando incluso alguna vez la forma y el aspecto de la naturaleza?».

Si por medio de este sistema basado en la inacción, unido a nuestro sistema alimenticio, no conseguís resultados satisfactorios, probad decididamente otro sistema que vamos a exponer seguidamente.

El hombre tiene una cantidad determinada de energía. Tal hombre o tal mujer es a tal otro, como diez es a treinta, como uno es a cinco, y hay un límite que ninguno de nosotros puede sobrepasar. La cantidad de energía o de voluntad que hay en cada uno

de nosotros se transmite como el sonido: a veces es intensa y otras es débil. Sufre modificaciones según las octavas que puede recorrer. Esta fuerza es única, y aunque se traduzca en deseos, en pasiones, en trabajos intelectuales o manuales, aparece allí donde el hombre la llama. Un boxeador la gasta en puñetazos, el panadero en amasar pan, el poeta en una exaltación que le absorbe y le exige una enorme cantidad de ella, el bailarín la malgasta con los pies; en fin, que cada cual la distribuye según su fantasía, y que vea yo esta noche al Minotauro sentado tranquilamente en el borde de mi cama, si no sabéis, como yo, en qué forma se manifiesta más intensamente. Casi todos los hombres gastan en trabajos estrictamente necesarios o en angustias de pasiones funestas esta gran cantidad de energía y de voluntad con que la naturaleza les ha obsequiado; pero nuestras honestas mujeres son todas esclavas de los caprichos y las luchas de esta fuerza que no sabe en qué emplearse. Si en vuestra esposa la energía no ha terminado por sucumbir al régimen dietético, lanzadla a una agitación que vaya en aumento de día en día. Procurad hallar la manera de trasladar la cantidad de energía que os preocupa a una ocupación que la consuma por entero. Sin que sea necesario atar a vuestra mujer a la manivela de una manufactura, hay mil maneras para dejarla agotada con el castigo de un trabajo constante.

Dejando a vuestro gusto los medios de ejecución, los cuales pueden variar según las circunstancias, diremos que el baile es una de las simas donde se entierran los amores. Como sea que esta materia ha sido muy bien tratada por un contemporáneo, le dejaremos que se explique.

«Una pobre víctima que admira un círculo encantado paga muy caros sus éxitos. ¿Qué fruto podrá esperarse de tan poco proporcionados esfuerzos a los medios de un sexo delicado? Los músculos, fatigados sin discreción, consumen energía sin tregua ni medida. Los espíritus, destinados a alimentar el fuego de las pasiones y el trabajo del cerebro, se desvían de su camino. La ausencia de deseos, el gusto por el descanso, la elección exclusiva de alimentos substanciales, indican una naturaleza depauperada, más ávida de reparar que de gozar. Así una bailarina de conjunto me dijo un día: “Quien ha vivido con danzarinas famosas ha vivido como un cordero, pues su agotamiento no puede prescindir de ese enérgico alimento”. Creedme, pues el amor que inspire una bailarina es sumamente engañoso: hay en él, bajo la capa de una primavera ficticia, un suelo frío y avaro, y sentidos incombustibles. Los médicos calabreses ordenan el baile para remediar las pasiones histéricas, las cuales son bastante frecuentes entre las mujeres de su región, y los árabes suelen emplear la misma receta para las nobles yeguas cuyo temperamento demasiado lascivo impide su fecundidad. “Estúpido como un bailarín”, es un proverbio muy conocido en los ambientes teatrales. Finalmente, los cerebros mejor constituidos de Europa están convencidos de que todo baile lleva en sí una cualidad eminentemente refrigerante.

»Como prueba de todo esto, es preciso añadir otras observaciones. La vida pastoril da origen a una serie de amores desordenados. Las costumbres de las tejedoras fueron horriblemente criticadas en la Grecia antigua. Los italianos han

dedicado un proverbio a la lubricidad de las cojas. Los españoles, cuyas venas recibieron, a través de varias mezclas de sangre, la incontinencia africana, depositan el secreto de sus deseos en la siguiente máxima que les es familiar: *Mujer y gallina, pierna quebrantada*^[1]. La profundidad de los orientales en el arte de la voluptuosidad se manifiesta por entero en la ordenanza del califa Hakim, fundador de la secta de los drusos, que prohíbe, bajo pena de muerte, fabricar dentro de sus estados cualquier clase de calzado de mujer. Parece como si en todo el mundo las tempestades del corazón esperasen, para estallar, el descanso de las piernas».

Qué admirable maniobra hacer bailar a una mujer y mantenerla sólo con carne blanca...

No creáis que todas estas observaciones, tan ciertas como inteligentemente expuestas, contradigan nuestro sistema precedente; sea con un sistema o con otro, podréis provocar en una mujer aquella atonía tan deseada, garantía de descanso y de tranquilidad. Con el último, dejáis una puerta abierta para que el enemigo pueda huir; con el otro lo matáis.

Nos parece ver por ahí a ciertas gentes timoratas y de visión estrecha, protestando contra nuestro sistema de higiene en nombre de la moral y de los sentimientos.

La mujer, entonces, ¿no tiene un alma? ¿No tiene, como nosotros, unos sentidos? ¿Con qué derecho se la trata, con desprecio de sus penas, de sus ideas y de sus necesidades, como el vil metal que un obrero convierte en un apagavelas o en un blandón? ¿Será porque esas pobres criaturas son de por sí débiles y desdichadas, para que un bruto puede arrogarse el poder de atormentarlas en provecho exclusivo de sus ideas más o menos justas? Y si con vuestro sistema debilitante y enervador, que alarga, reblandece y endurece las fibras, causáis espantosas y crueles enfermedades, y si lleváis a la tumba a una mujer a la que amáis, y sí..., sí...

He aquí nuestra respuesta:

¿Habéis podido contar alguna vez las diversas formas que Arlequín y Pierrot dan a su pequeño sombrerito blanco? Lo vuelven y revuelven tan bien, que sucesivamente adquiere la forma de un trono, de un barco, de un vaso, de una media luna, de una gorra, de una cesta, de un pez, de un puñal, de un niño, de una cabeza humana...

Imagen exacta del despotismo con que debéis atacar y contraatacar a vuestra esposa.

La mujer es una propiedad que se adquiere bajo contrato, es un bien mueble, pues su posesión equivale a un título, y, luego, la mujer no es, propiamente hablando, más que un anexo del hombre; y, entonces, cortad, rascad, roed, puesto que os pertenece con todos los títulos. No os preocupen nunca sus gruñidos, ni si grita, ni si sufre. La naturaleza la ha creado para nuestro uso y para cargar con todo: hijos, penas, golpes... y todo lo que se presente.

No os acuséis de ser demasiado duros con ella. En todos los códigos de las naciones que se llaman civilizadas, los hombres redactan las leyes que regulan el destino de la mujer bajo el sanguinario epígrafe de *Vae victis!* ¡Ay del vencido!

Finalmente, pensad en esta última observación, la más preponderante quizá de todas las que hemos hecho hasta aquí: si no es usted, marido, quien doblega bajo el látigo de su voluntad a ese débil y encantador rosal, lo hará, con un azote más atroz aún, cualquier soltero caprichoso y déspota; su esposa soportará dos látigos en vez de uno. En compensación, la humanidad le obliga, pues, a seguir nuestros principios higiénicos.

MEDITACIÓN XIII

DE LOS MEDIOS PERSONALES

Posiblemente las Meditaciones anteriores habrán desarrollado una serie de sistemas generales de conducta mejor que expuesto los medios de rechazar la fuerza con la fuerza. Son farmacopeas y no tópicos. Entonces, aquí van los medios personales que la naturaleza ha puesto en vuestras manos para defenderos, ya que la Providencia no se ha olvidado de nadie: si ha dado a la sepia (pez del Adriático) ese color negro que le sirve para producir una nube entre la cual se esconde de su enemigo, debéis también comprender que no ha dejado a ningún marido sin espada; así, ha llegado el momento de sacar la vuestra.

Al casaros, debéis de haber exigido a vuestra esposa que sea ella quien críe a sus hijos; dejadla con la preocupación y cuidados de una crianza, y así retrasaréis el peligro por lo menos en un año o en dos. Una mujer ocupada en poner un hijo en el mundo y criarlo, no tiene tiempo para pensar en un amante, aparte de que ni antes ni después de dar a luz está para presentarse en sociedad. En efecto, ¿desde cuándo la más inmodesta de las mujeres distinguidas, las cuales son el tema de esta obra, se atrevería a enseñar su embarazo y a pasear su fruto escondido, su acusador público? ¡Oh, Lord Byron...! Tú que no querías ver a ninguna mujer comiendo...

Seis meses después del parto, y cuando el crío ya come las primeras papillas, apenas empieza una mujer a poder disfrutar de su lozanía y de su libertad.

Si vuestra esposa no ha criado a su primer hijo, creemos que tenéis suficiente inteligencia para no sacar provecho de esta circunstancia; haciéndole desear que el que ya se anuncia lo criará ella. Le podéis leer el *Emilio* de Juan Jacobo; inflamaréis su imaginación respecto a los deberes de una madre, exaltaréis su moralidad, y etcétera. En el primer aspecto podéis ser un estúpido, o un hombre inteligente; incluso leyéndole esta obra, seréis irremisiblemente minotaurizado; en el segundo aspecto, estáis obligados a entenderlo con media palabra.

Este primer medio es virtualmente personal. Dejará suficiente campo ante vosotros para poner en ejecución otros procedimientos.

Desde que Alcibíades le cortó las orejas y la cola a su perro, para darle gusto a Pericles, quien andaba metido en una especie de guerra de corte español y muebles Ouvrard, con lo que entonces se entretenían los atenienses, no ha habido ningún ministro que no haya querido cortarle las orejas a algún perro.

Por último, en medicina, cuando se declara una inflamación en algún punto vital del organismo, se provoca otra pequeña contrarrevolución en otro punto, por medio de moxas, de escarificaciones, de acupunturas...

Otro medio consiste en poner a vuestra esposa un cauterio, o introducirle en el espíritu alguna aguja que la pinche intensamente y actúe en favor vuestro, en forma

de diversión. Un hombre sumamente inteligente consiguió hacer durar su Luna de Miel cuatro años; la Luna fue menguando, y él empezó a percibir el arco fatal. Su mujer estaba precisamente en el estado en que hemos situado a toda mujer honesta al final de nuestra Primera Parte; había empezado a sentir *cierta complacencia* por un tipo bastante poco recomendable, bajo y feo, pero que en definitiva no era su marido. En esa coyuntura, el sujeto recurrió a un corte de orejas y rabo que renovó, para varios años más, el frágil arriendo de su felicidad. La esposa se había conducido con tanta astucia y habilidad, que le era muy difícil cerrar la puerta de su casa al amante con el que ella había descubierto una lejana relación de parentesco. El peligro era más inminente cada día que pasaba. El olor a Minotauro se siente desde varias leguas a la redonda. Una noche, el marido se hundió en una preocupación terrible, profunda, visible. Su mujer se le acercó para demostrarle más amistad incluso que la que le demostraba en los tiempos de la Luna de Miel, y, en seguida, pregunta tras pregunta. Él, el más taciturno de los silencios. Ella redobló las preguntas, y al marido se le escaparon ciertas reticencias que anunciaban una tremenda desdicha. Había aplicado un cauterio japonés que ardía como un auto de fe del año 1600. La mujer empleó al principio una serie de maniobras para saber si la pena y preocupación de su marido era debida al amante en ciernes, primera intriga que para llevarla a cabo había desplegado mil astucias. La imaginación se desbocaba... ¿Del amante? Ni una palabra. ¿No era necesario, antes que nada, descubrir cuál era el secreto de su marido? Una noche, el esposo, sucumbiendo al deseo de contar sus penas a su tierna compañera, le confesó que había perdido toda su fortuna. Había, pues, que renunciar a los coches, al palco de los Bufos, a los bailes, a las fiestas y a París; quizá desterrándose a una de sus propiedades del campo durante un año o dos podrían recuperarlo todo... Dirigiéndose a la imaginación de su esposa, y a su corazón, la compadeció por haberse unido a un hombre que si bien era cierto que estaba enamorado de ella, carecía ya de fortuna; se arrancó unos pocos cabellos, y la esposa se vio obligada a emocionarse en provecho del honor; entonces, en pleno delirio de esta fiebre conyugal, se la llevó a una propiedad. Allí, nuevas escarificaciones, sinapismos sobre sinapismos, nuevos rabos de perro cortados; hizo construir una ala gótica en el castillo; la señora recorrió cien veces el parque para ver el agua, los lagos, las variaciones del paisaje..., y etcétera. Por último el marido, en medio de tantas cosas, no se olvidó de la suya: lecturas apropiadas, delicadas atenciones... Observad que nunca le confesó a su esposa aquella estratagema; y si recobró la fortuna fue precisamente a consecuencia de la construcción de aquellas alas góticas y de las enormes sumas gastadas en canalizar el río; le demostró que el río daba un salto de agua, y el agua hacía trabajar los molinos, y etcétera.

Ese es un cauterio conyugal tal como debe ser, pues el marido no se olvidó de hacer hijos, ni de invitar a su casa a personas idiotas, pesadas, viejas..., y si en invierno iba a París, metía a su mujer en un torbellino tal de bailes y de carreras de caballos, que ella no tenía ni un minuto para pensar en amantes, el fruto necesario a

una vida ociosa.

Los viajes por Italia, Suiza o Grecia, las enfermedades repentinas que exigen una toma de aguas en un balneario, y precisamente las aguas más alejadas del punto de residencia, son los mejores cauterios. Y, para terminar, un hombre inteligente debe saber encontrar mil si la situación lo reclama.

Continuemos el examen de los medios personales.

Aquí tenemos que observar que estamos razonando según una hipótesis, sin la cual dejaríais el libro donde está y es la siguiente: que vuestra Luna de Miel ha durado un tiempo prudencial y que la señorita a la cual habéis hecho vuestra esposa era virgen; de lo contrario, y de acuerdo con las costumbres francesas, vuestra esposa no se casó con vosotros más que para ser inconsecuente.

En el preciso momento que en vuestro matrimonio se inicia la lucha entre la virtud y la inconsecuencia, el asunto reside en el paralelo perpetuo e involuntario que la esposa establece entre vosotros y su amante.

Aquí se puede emplear otro medio de defensa, completamente personal y muy raramente utilizado por los maridos, pero que los hombres superiores no temen ensayar. Consiste en triunfar sobre el amante sin que la esposa sospeche vuestros propósitos. Debéis conseguir que, cualquier noche, mientras se pone los tirabuzones, diga con despecho: «Mi marido vale más».

Para conseguirlo, y teniendo la ventaja de saber cómo es vuestra esposa, y sabiendo cómo herirla, debéis con toda la astucia de un diplomático, hacer que incurra en equivocaciones el amante, hasta el extremo de que se irrite contra sí mismo, y sin que se dé cuenta de vuestro juego.

En primer lugar, según la costumbre, tal amante buscará vuestra amistad, o tendréis amigos comunes; entonces, sea por medio de dichos amigos, o por medio de insinuaciones pérfidas y hábiles, debéis engañarle sobre los puntos esenciales; y con un poco de mano izquierda veréis cómo vuestra mujer va separándose de su amante, sin que ni ella ni él puedan nunca adivinar la razón. Habéis creado, dentro de vuestro matrimonio, una comedia en cinco actos, en la que debéis interpretar, en provecho vuestro, los tan brillantes papeles de Fígaro o de Almaviva, y durante algunos meses os divertiréis tanto como vuestro orgullo, vuestra vanidad y vuestro interés intervengan en el juego.

Yo tuve la suerte de caerle simpático en mi juventud a un anciano emigrado que me dio los últimos rudimentos de educación que los jóvenes acostumbran a recibir generalmente de las mujeres. Aquel amigo, cuya memoria me será siempre grata, me enseñó, con su ejemplo, a poner en práctica esa clase de estratagemas diplomáticas que exigen tanta astucia como habilidad.

El conde de Nocé había regresado a Coblenza en el momento en que otra vez hubo peligro para los nobles en Francia. Nunca nadie demostró tanta bondad y tanto valor, además de astucia y descuido. De unos sesenta años, acababa de casarse con una señorita de veinticinco, habiéndose decidido a aquella locura por simple caridad:

arrancaba a aquella muchacha de las despóticas garras de una madre caprichosa. «¿Te gustaría ser mi viuda...?», le había preguntado a la señorita de Pontivy el amable anciano; pero su alma era demasiado amante para no sentirse atraído por su esposa más de lo que le está permitido a un hombre prudente. Como durante su juventud había sido aleccionado por algunas de las mujeres más inteligentes de la corte de Luis XV, no desesperaba de preservar a la condesa de cualquier obstáculo. A nadie le sería dable ver a otro hombre poner en práctica con tanta habilidad las enseñanzas que intentó dar a los maridos. ¡Qué de encantos prodigaba con sus suaves modales y su inteligente conversación! Su mujer no supo hasta después de su muerte, y por mí, que sufría de gota. Sus labios destilaban amenidad del mismo modo que sus ojos respiraban amor. Prudentemente se había retirado a un valle, cerca de un bosque, y Dios sabe los paseos con que entretuvo a su mujer... Su afortunada estrella quiso que la señorita de Pontivy tuviese un corazón excelente, y fuese muy delicada, y aquel pudor sensitivo capaz de embellecer, creo yo, a la más fea de las muchachas. De repente, uno de sus sobrinos, apuesto militar escapado del desastre de Moscú, fue a vivir en casa de su tío, tanto para saber hasta qué punto debía temer a sus primos como con la esperanza de querellarse con su tía. Su pelo negro, su bigote, su atractivo uniforme de Estado Mayor, una cierta *disinvoltura* tan elegante como ágil, unos ojos vivarachos...; todo servía para poner de relieve el contraste entre el tío y el sobrino. Yo llegué precisamente en el momento en que la joven condesa le estaba enseñando a su sobrino a jugar a las damas. El proverbio dice que las mujeres suelen aprender este juego de sus amantes, y recíprocamente. Entonces, una mañana y durante una de las partidas, el señor de Nocé sorprendió entre su esposa y el vizconde una de esas miradas confusamente mezcladas de inocencia, de miedo y de deseo. Por la noche nos propuso una partida de caza, que fue aceptada. Nunca le había visto tan bien dispuesto y tan alegre como a la mañana siguiente, a pesar de la amenaza de un ataque de gota. Ni el mismo demonio habría sido capaz de su disimulo. Se mostraba como el mosquetero que fue, y fue amigo de Sofía Arnoult. Con eso ya está dicho todo. Entre los tres la conversación fue amena, tocando todos los temas. ¡Que Dios me perdone! «Nunca habría creído que mi tío tuviese tan buena estampa», me dijo el sobrino. Hicimos un alto, y sentados los tres en la hierba de uno de los más verdes claros del bosque, el conde nos llevó a hablar de las mujeres mejor que no lo hubieran hecho Brantôme y Aloísa. «Vosotros sí que habéis tenido suerte de vivir en estos tiempos... Las mujeres tienen costumbres... (Para poder apreciar en su justo valor la frase del anciano sería preciso haber escuchado los horrores contados por el capitán). Y, prosiguió el conde, ésta es una de las ventajas que debemos a la Revolución. El sistema da a las pasiones mucho más encanto y misterio. Antiguamente, las mujeres eran fáciles, y no podéis imaginaros cuánta inteligencia se necesitaba para despertar aquellos temperamentos hastiados; siempre teníamos que estar alerta. Pero también hay que reconocer que un hombre se hacía célebre por una galantería bien dicha, o por una afortunada insolencia. A las mujeres les gusta esto, y siempre será el mejor

procedimiento para ganarlas...». Las últimas palabras las dijo con un desprecio concentrado. Se detuvo, y dio algunas vueltas a la escopeta, como para disimular una profunda emoción. «Pero bah, mi época ya ha pasado... Hay que tener la imaginación joven... y el cuerpo también... ¿Y, por qué me habré casado? Lo más pérfido que tienen las muchachas criadas por madres que vivieron en aquellos brillantes y galantes tiempos, es que afectan un aire de candor, una gazmoñería... Parece como si la más dulce miel tuviese que ofender sus labios delicados, y los que las conocen saben que son capaces de comerse terrones de sal». Se levantó, agitó la escopeta con un movimiento de rabia y, arrojándola al suelo, clavó la culata en el húmedo césped. «Parece que a mi querida tía le gustan las frivolidades...», me dijo en voz baja el oficial. «O las complicaciones sin consecuencias», le contesté yo. El sobrino se arregló la corbata, se reajustó el cuello y saltó como una cabra calabresa. Regresamos a casa hacia las dos de la tarde. El conde, para hacer tiempo hasta la cena, me llevó a sus habitaciones con el pretexto de enseñarme unas monedas de las que ya me había hablado durante el regreso. La cena fue triste. La condesa prodigaba a su sobrino todos los rigores de una gélida educación. Vueltos al salón, el conde dijo a su esposa: «¿Vais a jugar vuestra partida de damas? Entonces, os dejamos». La joven condesa no contestó. Miraba el fuego, y parecía no haberle oído. El marido se adelantó unos pasos hacia la puerta, invitándome con un ademán a seguirle. Al ruido que hizo al andar, su esposa volvió rápidamente la cabeza, y le preguntó: «¿Por qué te vas...? Mañana tendrás todo el tiempo que quieras para enseñarle al caballero el reverso de tus monedas». El conde se quedó. Sin prestar ninguna atención al imperceptible embarazo que había sustituido al desparpajo militar de su sobrino, el conde desplegó durante toda la velada el inefable encanto de su conversación. Nunca le había visto tan brillante ni tan afectuoso. Hablamos mucho sobre mujeres. Las ironías de nuestro anfitrión iban marcadas con el sello de la más exquisita delicadeza. Me era imposible ver sus cabellos blancos, pues brillaba con aquella juventud de corazón y de alma que borra las arrugas y funde las nieves del invierno. Al día siguiente el sobrino se fue. Incluso después del fallecimiento del señor de Nocé, intentando aprovecharme de la intimidad de las conversaciones que a veces las mujeres tienden a evocar, nunca pude saber cuál fue la impertinencia cometida por el vizconde con su tía. Su insolencia debió de revestir inusitada gravedad por cuanto desde entonces la señora de Nocé se ha negado a recibir a su sobrino, e incluso hoy no puede escuchar su nombre sin fruncir el ceño. En los primeros momentos no comprendí la finalidad perseguida con la cacería organizada por el conde de Nocé, pero más adelante vi que había jugado un papel importante.

No obstante, si conseguís, como el señor de Nocé, una gran victoria, no os olvidéis de poner en práctica el sistema de los cauterios, y no os imaginéis que se pueden renovar imprudentemente esta clase de recursos. Si prodigáis vuestros talentos, terminaréis por desvalorizaros ante los ojos de vuestras esposas, pues las veríais exigiendo el doble de lo que podéis ofrecerles, y llegaría un momento en que

os quedaríais cortos. El alma humana está sometida, en cuanto a sus deseos, a una especie de progresión aritmética cuyo fin y origen son igualmente desconocidos. Lo mismo que el fumador de opio debe ir doblando la dosis para conseguir el mismo efecto, igual nuestro espíritu, tan imperativo como débil, exige que los sentimientos, las ideas y las cosas vayan en aumento. De ahí se desprende la necesidad de distribuir hábilmente el interés en una obra dramática, y el de graduar los remedios médicos. Así veréis que si alguna vez abordáis el empleo de esos medios, debéis subordinar vuestra atrevida conducta a muchas circunstancias, y el éxito dependerá siempre de los recursos que empleéis.

Y luego, ¿tenéis crédito, tenéis amigos poderosos? ¿Ocupáis algún puesto importante? Un medio final cortará el mal en sus raíces. ¿No tendréis el poder de quitar a vuestra esposa su amante por medio de un ascenso, por algún cambio de residencia, o por una permuta de destino si se trata de un militar? Suprimid la correspondencia, y os daremos más adelante los medios para conseguirlo; entonces, *sublata causa, tollitur effectus*, palabras latinas que pueden traducirse libremente por: no hay efecto sin causa; si no hay dineros, no hay gendarmes.

No obstante, os oléis que vuestra mujer podría fácilmente elegir otro amante; pero después de esos recursos preliminares, estamos seguros que tendréis siempre otro a vuestra disposición y preparado para ganar tiempo y tratar de salir del asunto con nuevas artimañas.

Procurad combinar el sistema de los cauterios con las decepciones mímicas de Carlin. El inmortal Carlin, de la comedia italiana, tenía a toda una asamblea en suspenso y divertida durante horas enteras con sólo unas palabras y con el arte de la pantomima, pronunciadas con mil distintas inflexiones de voz: «El rey dijo a la reina». «La reina dijo al rey». Imitad a Carlin. Hallad la manera de tener siempre a vuestra mujer en jaque, para no encontraros vosotros en situación de *mate*. Haced como los ministerios constitucionales en lo que se refiere a promesas. Acostumbraos a saber mostrar convenientemente al polichinela que hace correr a un niño, sin que pueda darse cuenta del camino que recorre. Todos somos niños, y las mujeres están siempre predispuestas, por su innata curiosidad, a perder el tiempo persiguiendo un fuego fatuo. Llama brillante y demasiado pronto apagada, ¿no tenéis la imaginación para ayudaros?

Por último, estudiad el difícil arte de estar y de no estar a su lado, de captar los instantes en que es posible conseguir un éxito en su espíritu, sin que jamás asome el vuestro, ni vuestra superioridad, ni siquiera la felicidad de ella. Si la ignorancia en que la mantenéis no ha conseguido borrar del todo su inteligencia, podréis, durante algún tiempo más, deseáros todavía el uno al otro.

MEDITACIÓN XIV

DE LOS DEPARTAMENTOS

Los medios y los sistemas que proceden son, en cierto modo, puramente morales. Participan de la nobleza de nuestras almas y nada tienen de repugnantes; pero ahora vamos a tener que echar mano de recursos y precauciones dignos de Bartolo. No aflojéis. Hay un valor marital, como hay un valor cívico y otro militar, como hay un valor de guardia nacional.

¿Cuál es el primer cuidado que tiene una jovencita después de haberse comprado un periquito? ¿No es el meterlo en una bonita jaula de la que no pueda salir sin su permiso?

Esa niña os enseña cuál debe ser vuestro deber.

Todo lo que tiende a la disposición de vuestra casa y a sus habitaciones debe ser concebido con la idea de no dejar a vuestra esposa ninguna posibilidad, en el caso de que hubiese decidido entregaros al Minotauro, ya que la mitad de las desgracias ocurren gracias a las deplorables facilidades que ofrecen los pisos.

Ante todo, procurad tener de portero a *un hombre solo* y muy leal a vuestra persona. Es un tesoro fácil de encontrar. ¿Qué hombre no tiene en el mundo un ayo, o un viejo criado que en otros tiempos le sentó en sus rodillas?

Un muro de Atrea y de Thiestes deberá ser elevado por vosotros mismos entre vuestra esposa y ese Néstor, guardián de vuestra puerta. Esa puerta es la Alfa y la Omega de una intriga. ¿No es verdad que todas las intrigas amorosas se reducen a esto: entrar, salir?

Vuestra casa no os valdría para nada si no está entre el patio y el jardín, y construida de manera que no esté pared por pared con ninguna otra.

En primer lugar debéis suprimir de vuestros pisos toda clase de cavidades. Un armario que no contenga más que seis potes de confitura debe ser inmediatamente tapiado. Os prepararéis para la guerra, y la primera intención de un general será cortar los aprovisionamientos del enemigo. Así, todas las paredes deben ser lisas, para que ofrezcan a la vista líneas fáciles de distinguir, y para que permitan reconocer al primer vistazo cualquier cuerpo extraño. Consultad los restos de los monumentos antiguos, y comprobaréis que la belleza de las casas griegas y romanas proviene principalmente de la pureza de líneas, de la sobriedad de las paredes, de la escasez de muebles. Los griegos se habrían sonreído y compadecido al ver en un salón nuestros aparatosos armarios.

Ese magnífico sistema de defensa deberá ser especialmente puesto en práctica en las habitaciones de vuestra esposa; no le permitáis nunca que arregle su cama de manera que pueda pasearse a su alrededor como por entre un dédalo de cortinajes; sed implacables en lo que se refiere a las comunicaciones, quered su alcoba hacia el

fondo de los salones de recepción; no permitáis que su dormitorio tenga otras salidas que las que dan a la sala de estar, para de una sola mirada ver a los que entran y a los que salen.

Las Bodas de Fígaro os habrán seguramente enseñado a situar el dormitorio de vuestra esposa a la mayor altura del suelo posible. Todos los solteros son querubines.

Vuestra posición da, sin duda, a vuestra esposa el derecho de exigir un cuarto tocador, un cuarto de baño y una habitación para la doncella; entonces, pensad en Susana, y no cometáis nunca el error de situar la habitación de la doncella debajo de la habitación de la señora; queredla siempre encima, y no temáis deshonorar vuestra casa poniendo barrotes en las ventanas.

Si a mala suerte quiere que ese peligroso apartamiento comunique con el de vuestra mujer por medio de una *escalera disimulada*, consultad detenidamente con vuestro arquitecto; que procure agotar su ingenio dándole a esa siniestra escalera la inocencia de las escaleras primitivas, como las escaleras de un molino; que esa escalera, a la que os conjuramos, no tenga ninguna pérvida oquedad, que sus gradas angulosas y empinadas no tengan nunca aquella voluptuosa curvatura en la que tan bien se encontraban Faublas y Justina mientras esperaban que el marqués de B... se hubiera ido. Los arquitectos, hoy en día, construyen unas escaleras más cómodas que las otomanas. Restableced inmediatamente las escaleras de caracol de nuestros antepasados.

En lo que se refiere a la chimenea de la habitación de la esposa, tendréis buen cuidado de que pongan en el tubo una reja de hierro cinco pies más arriba de la campana de la chimenea, aunque tengáis que renovarlo cada vez que haya que deshollinar. Si vuestra mujer encuentra ridícula esta pretensión, alegad los numerosos asesinatos que se han cometido con la complicidad de las chimeneas. Casi todas las mujeres temen a los ladrones.

La cama es uno de los muebles cuya estructura más debe estudiarse. Es de un interés capital. He aquí los resultados de una larga experiencia. Dad a ese mueble una forma lo bastante original para que siempre se la vea con agrado en medio de las modas que se suceden con tanta rapidez destruyendo las precedentes creaciones del genio de nuestros decoradores, pues es esencial que vuestra esposa no quiera cambiar caprichosamente ese escenario del placer conyugal. La base de ese mueble será compacta y maciza, y no dejará ningún espacio entre ella y el piso. Y recordad bien que la señora Julia de Byron escondió a Don Juan debajo de la almohada. Pero sería ridículo tratar a la ligera un tema tan delicado.

LXI

La cama lo es todo en el matrimonio.

Así no tardaremos en ocuparnos de esta admirable creación del ingenio humano, invento que debemos inscribir en el libro de nuestro agradecimiento en lugar mucho más destacado que los buques, que las armas de fuego, que el encendedor de Fumade, que los carruajes y sus ruedas, que las máquinas a vapor, a simple o a doble presión, de sifón o de escape, más importante incluso que los barriles y las botellas. En primer lugar, la cama tiene algo de todo eso, por poco que nos detengamos a meditar; pero si, además, pensamos que es como nuestro segundo padre, y que la mitad más tranquila y más agitada de nuestra existencia discurre bajo su corona protectora, nos faltarán palabras para hacer su elogio. (Véase la Meditación XVII, titulada: *Teoría de la cama*).

Cuando estalle la *guerra* entre usted y su mujer, de quien hablaremos en la Tercera Parte de este libro, siempre tendrá usted algún pretexto para revolver entre los cajones de sus cómodas o de sus escritorios; pues si su mujer quita para que usted no la vea una estatua, debe averiguar dónde la ha escondido. Un *gineceo* construido siguiendo este sistema le permitirá saber con sólo una ojeada si tiene dos libras de seda más de lo normal. Si permite que se le añada un solo armario, ¡está usted perdido! Sobre todo, procure acostumbrar a su esposa, durante la Luna de Miel, a que ponga el más minucioso cuidado en el arreglo de las habitaciones, que nada quede por hacer. Si no la acostumbra a un detenido repaso de los muebles y las cosas no están siempre en su sitio, le meterá tal desorden que usted ya no podrá saber si allí hay o no hay las dos libras de seda de más o de menos.

Los cortinajes de sus habitaciones deben ser siempre hechos con telas muy transparentes, y usted tiene que acostumbrarse a pasearse cada noche por la habitación, para que la señora no se sorprenda al verle ir por distracción hasta la ventana. Luego, y para terminar este artículo de las ventanas, haga construir las ventanas de forma que el antepecho no sea tan ancho que se le pueda poner encima un saco de harina.

Cuando las habitaciones de su esposa estén de acuerdo con los principios indicados, aunque hubiesen en su casa hornacinas para todos los santos del Paraíso, usted estará salvado. Todas las noches, de acuerdo con su amigo el portero, podrá compensar la entrada con la salida, y, para conseguir resultados seguros, nada impedirá que él tenga en la portería un libro de visitas por partida doble.

Si en su casa hay un jardín, apasiónese por los perros. Dejando siempre debajo de las ventanas a uno de esos incorruptibles guardianes, conseguirá el respeto del Minotauro, especialmente si acostumbra a su cuadrúpedo amigo a no comer nada que no sea dado por el propio portero, a fin de que los solteros indelicados no puedan envenenarlo.

Todas estas precauciones se adoptarán con la mayor naturalidad y de manera que no despierten ninguna sospecha. Si hay hombres tan imprudentes que al casarse no ordenaron su domicilio conyugal según estos sabios principios, no pasará mucho

tiempo sin que tengan que vender su casa, comprar otra, o con el pretexto de unas reparaciones hacerla de nuevo.

Desterrará implacablemente de sus habitaciones los sofás, las otomanas, las poltronas... Primero, porque esta clase de muebles ya sólo son hoy adorno en los hogares de los tenderos de ultramarinos, y los hay en todas partes, incluso en las casas de los peluqueros, y porque se trata esencialmente de unos muebles que son la perdición; yo nunca los he podido ver sin sentir escalofríos; siempre me ha parecido ver sentado en ellos al diablo con sus cuernos y sus pezuñas.

Después de todo, nada hay tan peligroso como una silla, y es una verdadera pena que no se pueda encerrar a las mujeres entre cuatro paredes... ¿Dónde está el marido que, al sentarse en una silla desvencijada, no ha creído siempre que le ha tocado el trato del *Sopha* de Brébillon, hijo? Pero felizmente hemos ordenado sus habitaciones según tal sistema de previsión que nada fatal le puede ocurrir, si no es usted quien facilita lo «fatal» con su negligencia.

Uno de los defectos que usted contraerá (y del que nunca se corregirá) radica en una especie de curiosidad distraída que le llevará continuamente a registrar los cajones, a mirar qué hay en cada cesta, en cada armario... Usted procederá a ese registro domiciliario con originalidad, con gracia, y cada vez que lo haga conseguirá el perdón de su esposa si excita su regodeo.

Demostrará siempre el mayor estupor al ver un mueble nuevo en esas habitaciones tan bien dispuestas. Inmediatamente hará que le explique su utilidad; después usted se torturará queriendo adivinar si su uso encierra algún tácito propósito, algún pérfido escondrijo.

Pero esto no lo es todo. Usted es demasiado inteligente para no comprender que su lindo periquito sólo admitirá su hermosa jaula mientras la jaula siga siendo hermosa. Los menores accesorios respirarán buen gusto y lujo. El conjunto ofrecerá un cuadro sencillo, elegante y amable. Renovará a menudo las colgaduras y las muselinas. La novedad del decorado es muy esencial para que en ese aspecto se economice. Es como la matinal hoja de escarola que los niños meten cuidadosamente en su jaula de pájaros, para hacerles creer que se trata de la verdura de los huertos. Unas habitaciones así son entonces la *última ratio* de los maridos; una mujer nada tiene que oponer cuando se ha sido pródigo con ella.

Los maridos condenados a vivir en pisos alquilados están en la peor de las situaciones.

¿Qué influencia, afortunada o fatal, no puede ejercer el portero en su vida?

¿No estará su casa flanqueada a derecha y a izquierda por otros edificios? Verdad es que instalando las habitaciones de las esposas en un solo lado del piso, el peligro se reducirá a la mitad, ¿pero no se verán ellos obligados a aprenderse de memoria y de meditar en la edad, en el estado, en la posición, en el carácter y en las costumbres de los demás inquilinos del piso contiguo, y saber quiénes son sus amigos y sus parientes?

Un marido prudente nunca vivirá en un piso bajo.

Cualquier hombre puede aplicar a su hogar las precauciones que hemos aconsejado para una residencia, y entonces el inquilino tendrá sobre el propietario la ventaja de que, siendo un piso mucho más reducido, se lo vigila mucho mejor.

MEDITACIÓN XV

DE LA ADUANA

—¡Ah, no, señora, no...!

—Pero, caballero, ¿qué inconveniente habría...?

—¿Cree usted, señora, que nosotros queremos registrar, como en las aduanas, a las personas que franquean la puerta de vuestros pisos o que salen furtivamente, para saber si llevan alguna joya de contrabando? Oh, eso no sería decente. Y nuestros procedimientos, señora, no tienen nada de odioso, porque no tienen nada de fiscal: tranquilícese.

—Caballero, la aduana conyugal es, de entre todos los expedientes de esta Segunda Parte, el que quizás exija más tacto, más delicadeza, más conocimientos adquiridos *a priori*; es decir, antes del matrimonio. Para poder *ejercer*, un marido debe haber hecho un profundo estudio del libro de Lavater y calar cada uno de sus principios; haber acostumbrado su mirada y su inteligencia a juzgar, a captar con maravillosa rapidez los más ligeros indicios por los cuales el hombre traiciona su pensamiento.

La «Fisiognomía» de Lavater ha creado una verdadera ciencia. Ha adquirido carta de naturaleza entre los conocimientos humanos. Si, en un principio, ciertas dudas, ciertas bromas acogieron la aparición de ese libro, posteriormente, el célebre doctor Gall ha venido, con su sagaz teoría del cráneo, a completar el sistema del suizo, y a dar solidez a sus agudas y luminosas observaciones. Las personas inteligentes, los diplomáticos, las mujeres, y todos los raros y fervientes discípulos de esos dos célebres hombres, frecuentemente han tenido ocasión de observar otros signos evidentes con los cuales han penetrado en el pensamiento humano. Los hábitos del cuerpo, la escritura, el cuidado de la voz, los modales, han instruido más de una vez a una mujer enamorada, a un diplomático que engaña, al administrador hábil o al propio soberano, obligados a ver de una sola mirada el amor, la traición o el mérito ignorado. El hombre cuya alma actúa enérgicamente es como una pobre luciérnaga que, a su pesar, deja escapar la luz por todos sus poros. Se mueve en medio de una esfera brillante donde cada esfuerzo conduce a una sacudida de la luz y revela sus movimientos por medio de largas lenguas de fuego.

He aquí, pues, los elementos de los conocimientos que usted debe poseer, pues la aduana conyugal consiste únicamente en un examen rápido pero profundo del estado moral y físico de todas las personas que entran y salen de su casa, cuando han visitado, o van a visitar, a su mujer. Un marido debe parecer entonces una araña que, en el centro de su imperceptible tela, recibe una sacudida de la pequeña mosca que la roza, y, un poco apartado, escucha, juzga, ve la presa o el enemigo.

Así, se procurará la manera de observar al célibe que llama a su puerta, en dos

situaciones bien distintas: cuando va a entrar y cuando ha entrado.

En el momento de entrar, ¡cuántas cosas puede decir sin necesidad de abrir los labios...!

Sea que con un breve ademán, metiéndose varias veces los dedos en el pelo, aplastando o corrigiendo el característico tupé;

sea que adopte un cierto aire italiano o francés, alegre o triste, con voz de tenor, de contralto, de soprano o de barítono;

sea que se asegure de que el nudo de su significativa corbata esté hecho con gracia;

sea que se alise la pechera bien planchada o arrugada de la camisa;

sea que quiera saber, por medio de un gesto interrogador y furtivo, si su peluca rubia o morena, rizada o lisa, está como debe estar;

sea que mire si sus uñas están limpias o bien cortadas; sea que con una mano blanca o poco cuidada, bien o mal enguantada, se atuse el bigote o las patillas, o pase y repase entre sus dientes un palillo de concha;

sea que, por medio de movimientos suaves y repetidos, trata de que la barbilla le quede exactamente encima de la corbata;

sea que se balancee ahora sobre un pie y luego sobre otro, y con las manos en los bolsillos;

sea que no quite la vista de sus zapatos, como diciéndose: «¡Vaya, estos pies míos decididamente no están mal hechos...!».

sea que llegue andando o en coche, que se quite o no las salpicaduras de barro que le ensucian el calzado;

sea que permanezca inmóvil, impasible como un holandés fumando;

sea que, los ojos fijos en la puerta, parezca un alma saliendo del Purgatorio y esperando a San Pedro y sus llaves;

sea que dude en tirar del cordón de la campanilla, y sea que lo coja negligentemente, precipitadamente, familiarmente, o como hombre seguro de lo que hace;

sea que llame tímidamente, haciendo vibrar el tintineo de la campanilla perdiéndose en el silencio de las habitaciones como el primer toque de maitines en invierno y en un convento de Mínimos, o sea que después de haber llamado enérgicamente, sigue llamando, impaciente al no oír el paso de un lacayo;

sea que dé a su aliento un perfume delicado masticando una pastilla de cachunde.

sea que precipitadamente se tome una pizca de rapé y limpie cuidadosamente las motas de polvo que pueden alterar la blancura de su camisa;

sea que mire a su alrededor haciendo como que se fija en el quinqué de la escalera, en la alfombra, en el pasamanos, igual que si él fuese un fabricante de muebles o un contratista de obras;

sea, por último, que ese célibe sea joven o maduro, tenga frío o calor, llegue despacio, triste o alegre, y etc.

En cualquier caso, usted advierte que allí, en la escalera, hay muchas cosas que se deben considerar.

Las leves pinceladas que hemos intentado dar a ese rostro le demuestran que se trata de un verdadero caleidoscopio moral con sus millones de desinencias. Y conste que no hemos querido hacer llegar a ninguna mujer hasta ese rellano revelador, pues nuestras observaciones, ya considerables, serían innumerables y livianas como los granos de arena del mar.

En efecto, ante esa puerta cerrada, un hombre se cree completamente solo, y por poco que tenga que esperar, inicia un monólogo mudo, un soliloquio indefinible, en el que todo, hasta sus pasos, revela sus esperanzas, sus deseos, sus intenciones, sus secretos, sus cualidades, sus defectos, sus virtudes, etc.; en fin, un hombre parado en un rellano está como una muchacha de quince años ante un confesonario la víspera de su primera comunión.

¿Usted quiere una prueba de lo que decimos...? Examinad el súbito cambio que se opera en el rostro y en la manera de producirse de ese soltero tan pronto como pasa desde fuera para dentro. El tramoyista de la Opera, la temperatura, las nubes o el sol, no cambian con más rapidez el aspecto de un escenario, de la atmósfera y del cielo.

Después de dar el primer paso por su antecámara, de todas las miríadas de ideas que ese célibe le ha revelado con tanta inocencia en la escalera, no queda ni una sola mirada de la cual pueda desprenderse una observación. La máscara social de convencionalismo lo ha envuelto ya todo con un espeso velo, pero un marido hábil ha adivinado ya, con una sola mirada, la intención de la visita, y lee en el alma del recién llegado como en un libro abierto.

La manera como él se acerca a su esposa, como le habla, como la mira, como la saluda, como se aleja de ella...; hay ahí volúmenes de observaciones más minuciosas las unas que las otras.

El timbre de la voz, el modo de vestir, la turbación, una sonrisa, el mismo silencio, la tristeza, el cuidado con que mira cómo mira usted...; todo puede ser indicio, y todo debe ser estudiado con una mirada, sin esfuerzo. Usted debe disimular el más desagradable de los descubrimientos con la capa de la flema y el florido diálogo de un hombre de salón. Ante la impotencia en que nos hallamos de enumerar los múltiples detalles del tema, nos remitimos totalmente a la sagacidad del lector, el cual estimará convenientemente la extensión de esta ciencia; empieza con el análisis de las miradas y termina en la percepción de los movimientos que el despecho imprime al dedo gordo de uno de los pies, escondido bajo la seda de un zapato de mujer o bajo el cuero de una bota.

Pero ¿y la salida...? Hay que prever el caso de que usted no haya podido hacer el riguroso examen que recomendamos cuando el visitante está en el umbral de la puerta, y entonces la salida adquiere un interés capital, mayormente cuando ese nuevo estudio del soltero debe hacerse con los mismos elementos, pero en sentido inverso al primero.

En la salida hay, no obstante, una situación muy particular; es el momento en que el enemigo ha rebasado todos los atrincheramientos dentro de los cuales podía ser observado, y llega a la calle... Entonces un hombre inteligente debe adivinar qué ha sido la visita con sólo ver a un hombre junto a la puerta de un coche. Los indicios son mucho más escasos, pero ¡qué claros! Es el desenlace, y el hombre traiciona inmediatamente su gravedad por medio de la más simple expresión de felicidad, de pena o de alegría.

Entonces es fácil recoger las observaciones; es una mirada dirigida o a la casa o a las ventanas del piso; es un andar lento y ocioso; el frotar de manos del estúpido, o la carrerilla saltarina del fatuo, o la detención involuntaria del hombre intensamente emocionado; en fin, usted tiene sobre el rellano las preguntas tan claramente hechas como si un instituto de provincias ofreciese cien escudos por una conferencia; a la salida, las soluciones son claras y precisas. Nuestra tarea estaría por encima de las posibilidades humanas si tuviéramos que enumerar las distintas maneras con que los hombres revelan las sensaciones que experimentan; entonces, todo es tacto y sentimiento.

Si usted aplica estos principios de observación a los extraños, con mayor motivo someterá a su esposa a las mismas formalidades.

Un hombre casado habrá hecho un profundo estudio del rostro de su mujer. Ese estudio es fácil, se puede hacer incluso involuntariamente y en cualquier momento. Para él, la hermosa fisonomía de la mujer no debe tener ningún secreto. Él sabe cómo se reflejan en ella las sensaciones, y con qué expresión rehúyen el fuego de la mirada.

El más ligero movimiento de los labios, la más imperceptible contracción de las aletas nasales, las gradaciones insensibles de las pupilas, las alteraciones de la voz, y esas nubes indefinibles que envuelven los rasgos faciales, o esas llamas que los iluminan, serán el mejor lenguaje para usted.

La mujer está ahí; todos la miran, y ninguno puede comprender su pensamiento. Pero, para vosotros, su pupila está más o menos irritada, más dilatada, o más contraída; el párpado ha vacilado, la ceja se ha movido; una arruga, tan rápidamente borrada como una ola en el mar, ha aparecido en su frente; el labio se ha hundido, se ha inclinado o se ha erguido... Para usted, la mujer ha hablado.

Si, en esos momentos difíciles en que una mujer disimula en presencia de su marido, usted tiene el alma de una esfinge para poder adivinar en qué esté pensando, advertirá que los principios de la aduana son un juego de niños para ella.

Al llegar a su casa, o al salir, cuando ella se cree sola, su esposa se producirá con toda la imprudencia de una corneja, y se dirá a sí misma, en voz alta, su secreto; así, por medio de un cambio repentino de sus facciones en el momento en que se da cuenta de que usted está observándola, contracción que, a pesar de la rapidez de su juego, no se opera con suficiente rapidez como para no dejar traslucir la expresión que tenía su cara cuando usted no estaba, puede y debe leer en su alma como en un libro sin secretos. Por último, su esposa se encontrará a menudo en el principio de los

monólogos, y, entonces, un marido podrá en cualquier momento comprobar los sentimientos de su esposa.

¿Existe un hombre lo bastante despreocupado por los misterios del amor para no haber admirado, muchas veces, el paso leve, menudo, coquetuelo de una mujer que corre a una cita? Ella se desliza entre la multitud como una serpiente sobre la hierba. La moda, las telas y las resplandecientes trampas tendidas por las modistas despliegan en vano para ella sus seducciones; anda y anda, como el fiel animal que busca invisible rastro de su dueño, sorda a todos los cumplidos, ciega a todas las miradas, insensible incluso a los ligeros roces inseparables de la circulación en París. Oh, cómo aprecia el valor de un minuto... Su andar, su vestido, su cara cometen mil indiscreciones. Pero qué magnífico cuadro para el que sabe interpretarlo y qué siniestra página para un marido es la expresión de esa mujer cuando ella regresa del secreto nido en el que nunca deja de vivir su alma... Su felicidad se revela hasta en la indescriptible imperfección del peinado, cuya graciosa forma y ondulantes trenzas no ha podido recobrar, con el peine roto del soltero, el brillante tono, el aspecto elegante y cuidado que le imprimieron las hábiles manos de la camarera. ¡Y qué adorable tranquilidad en el andar! ¿Cómo describir ese sentimiento que deja un tan vivo color en su cutis, que altera la seguridad de su mirada y que conduce a la melancolía, a la alegría, al pudor y al orgullo?

Esos indicios, sacados de la Meditación *De los últimos síntomas*, y que pertenecen a una situación en la cual una mujer intenta su mayor disimulo, le permitirán adivinar, por analogía, la opulenta cosecha de observaciones que puede recoger cuando su esposa regresa y, como el gran crimen no se ha cometido aún, abre inocentemente el secreto de sus pensamientos. En cuanto a nosotros, nunca hemos visto el rellano de una escalera sin sentir el deseo de enriquecerlo con una rosa de los vientos y una mirilla.

Los medios que hay que emplear para conseguir tener en su casa una especie de observatorio, puesto que dependen exclusivamente del lugar y de las circunstancias, nos remitiremos a la habilidad de los interesados en poner en práctica las prescripciones de esta Meditación.

MEDITACIÓN XVI

CONSTITUCIÓN CONYUGAL

Confieso que no conozco ninguna casa en París que esté acondicionada según el sistema expuesto en las dos Meditaciones anteriores. Pero debo añadir que he construido el sistema basándome en la casa, admirable fortaleza, de un joven subsecretario ebrio de amor y de celos.

Cuando se enteró de que había en Francia un hombre dedicado exclusivamente a perfeccionar el matrimonio, tuvo la honradez de abrirme las puertas de su residencia y de mostrarme el gineceo. Admiré la inteligencia que tan hábilmente disimulaba las precauciones de unos celos casi orientales entre unos elegantes muebles, unas bonitas alfombras y un agradable decorado. Convine en que le sería imposible a su mujer hacer de sus habitaciones un cómplice para una traición.

«Caballero, le dije a aquel Otelo del Consejo de Estado que no me parecía estar demasiado impuesto sobre la alta política conyugal, yo no dudo de que a la señora vizcondesa no la entusiasme vivir siempre en medio de este pequeño paraíso; puede ocurrir incluso que ahora no le desagrade, especialmente si usted viene a menudo a visitarla; pero llegará un momento en que estará saturada, pues quienquiera que sea se cansa de todo, hasta de lo sublime. ¿Qué hará usted cuando la señora vizcondesa, no encontrando ya en todo esto su encanto primitivo, empiece a abrir la boca para bostezar, y quizá para presentarle una instancia solicitando la concesión del ejercicio de dos derechos indispensables para su felicidad: la libertad individual, es decir, la facultad de poder ir y venir según su capricho y su *voluntad*, y la libertad de prensa, o sea la facultad de escribir y de recibir cartas, sin temer la censura marital...?».

Apenas terminaba yo de pronunciar estas palabras cuando el señor vizconde de V... me cogió fuertemente del brazo y exclamó: «Aquí tiene usted la ingratitud de las mujeres... Si algo hay más ingrato que un rey, es un pueblo; pero, caballero, puedo asegurarle que la mujer es todavía más ingrata que los dos. Una mujer casada se comporta con nosotros como los ciudadanos de una monarquía constitucional con un rey; se les asegura a aquéllos una agradable existencia en un agradable país; un gobierno se apoya, para el bienestar del pueblo, en los gendarmes, en las cámaras, en la administración y en todo el aparato de la fuerza armada, para evitar que sus súbditos no se mueran de hambre, para iluminar las ciudades con gas a costa de los ciudadanos, para que todo el mundo pueda calentarse al sol del cuarenta y cinco grado de latitud, y para evitar que nadie, excepto los maestros de escuela, pida dinero; tiene que preocuparse también de adoquinar las carreteras... Pues bien, ninguna de las ventajas de una tan hermosa *utopía* es apreciada. Lo que desean los ciudadanos es algo muy diferente... No sienten vergüenza alguna en reclamar el derecho a pasarse por las carreteras, el de saber adónde va a parar el dinero destinado a los maestros de

escuela, y, al final se acabará con que el monarca tendrá que ceder a cada uno una pequeña parte de su trono, si hubiera que hacer caso del charlatanismo de algunos escritorzuelos, o adoptar determinadas ideas tricolores, especie de títeres que hacen mover una tropa de sujetos que se califican a sí mismas de patriotas, gentes de alpargata y cuerda, siempre dispuestas a vender sus conciencias por un millón, por una mujer decente o por una corona ducal».

—Señor vizconde —le dije interrumpiéndole—, estoy completamente de acuerdo con usted sobre ese último punto, pero ¿qué hará usted para contestar a las justas demandas de su esposa?

—Caballero, haré... contestaré cómo obran y cómo responden los gobiernos, pues no son tan estúpidos como los miembros de la Oposición aseguran a sus partidarios. Empezaré por promulgar solemnemente una especie de constitución, en virtud de la cual mi mujer será declarada totalmente libre. Le reconoceré plenamente el derecho que tiene de ir adonde le plazca, de escribir a quien quiera y de recibir cartas prohibiéndome enterarme de lo que dicen. Mi mujer tendrá todos los derechos del Parlamento británico; dejaré que diga lo que quiera, que discuta, que proponga medidas duras y enérgicas, pero sin que pueda ponerlas en ejecución, y después... ya veremos.

«¡Por san José...!, me dije a mí mismo, aquí hay un hombre que comprende tan bien como yo la ciencia del matrimonio».

—Y entonces, caballero —le dije levantando la voz para ver si conseguía mejores revelaciones—, usted verá cuando menos lo espere que se habrá convertido en un ser tan bobo como muchos otros.

—Señor —me replicó seriamente—, déjeme que termine. He aquí lo que los grandes políticos llaman una teoría, pero saben hacer que esa teoría desaparezca con la práctica, como el humo, y los ministerios poseen, mejor que todos los procuradores de Normandía, el arte de hacer triunfar la *forma* sobre el *fondo*. El señor de Mettemich y el señor de Pilat, hombres de mucho mérito, hace tiempo que se están preguntando si Europa está en sus cabales, si está soñando, si sabe adónde va, si ha pensado en lo que hace, lo que les es imposible a las masas, a los pueblos y a las mujeres. Los señores de Metternich y de Pilat al ver a este siglo arrastrado por la manía de las constituciones, como el anterior lo estuvo por la filosofía, y como el de Lutero lo fue por la reforma y los abusos de la religión romana, ya que, en realidad, parece como si las generaciones fuesen como aquellos conspiradores cuyas acciones tienen lugar por separado, pero todas encaminadas a la misma finalidad, obedeciendo a una consigna. Pero se asustan equivocadamente, y es por eso únicamente que yo les condeno, pues tienen perfecta razón al querer disfrutar del poder, sin necesidad de que los burgueses lleguen, a fecha fija, desde cada uno de sus seis reinos para fastidiarles. ¿Cómo es posible que hombres tan notables no hayan adivinado la profunda moraleja que encierra la comedia constitucional, y no hayan visto que es de la más alta política el dar un hueso al siglo para que lo roa? Yo pienso exactamente lo

mismo que ellos en lo que se refiere a la soberanía. Un *poder* es un ente moral tan interesado como un hombre en su conservación. El sentimiento de la conservación está dirigido por un principio esencial, expresado en tres palabras: *No perder nada*. Para no perder nada, hay que ir en aumento, o no limitarse, pues un poder estacionario es nulo. Si retrocede, ya no es un poder, puesto que otro tira de él. Yo sé, como esos señores, la falsa situación en que se encuentra un poder infinito cuando hace una concesión; permite el nacimiento dentro de su propio centro de otro poder cuya esencia será avanzar. Uno terminará necesariamente por aniquilar al otro, puesto que todo ser tiende al mayor desarrollo posible de sus fuerzas. Un poder, pues, no hace jamás concesiones si no puede reconquistar lo perdido. Esa lucha entre dos poderes constituyen nuestros gobiernos constitucionales, cuyo juego asusta, erróneamente, al patriarca de la diplomacia austríaca, porque, comedia por comedia, la menos peligrosa y la más lucrativa es la que representan Inglaterra y Francia. Estas dos patrias le han dicho a su pueblo: «Eres libre», y el pueblo se ha quedado satisfecho; entran en el gobierno como una multitud de ceros que dan valor a la unidad. Pero el pueblo desea moverse, y se inicia con él el drama de la comida de Sancho, cuando el escudero, convertido en rey de su isla de tierra firme, intenta comer. Y nosotros, los hombres, debemos parodiar esa admirable escena en nuestras casas. Así, mi mujer tiene el derecho de salir, pero siempre que me explique adónde va, cómo va y por qué va y cuándo volverá. En vez de exigir esa información con la brutalidad de nuestros policías, los cuales algún día se corregirán, trataré de emplear los modales más amables. En mis labios, en mis ojos y en mis facciones se representarán y aparecerán uno tras otro los acentos y los signos de la curiosidad y de la indiferencia, de la seriedad y del gracejo, de la contrariedad y del amor. Son pequeñas escenas conyugales llenas de espiritualidad, de finura y de encanto, siempre agradables de representar. El día que quité de la cabeza de mi mujer el ramo de azahar que llevaba, comprendí que habíamos estado representando, como en el acto de la coronación de un rey, las primeras escenas de una larga comedia. «Yo tengo mis gendarmes... Tengo mi guardián real, tengo mis fiscales generales...», prosiguió con cierto entusiasmo. ¿Podría yo consentir que mi esposa fuera a pie y sin que la acompañase un lacayo de librea? ¿No es eso del mejor tono? Sin contar la satisfacción con que ella puede decir a todo el mundo: «Tengo servidumbre». Pero mis principios conservadores han hecho que en todo momento hiciera coincidir mis salidas con las de mi mujer, y desde hace dos años le vengo demostrando que para mí es un placer siempre nuevo el darle el brazo. Si no le gustara pasear, intentaría que aprendiese a conducir con garbo un caballo nervioso, pero le juro que por mucho interés que pusiese yo en esa enseñanza, tal como lo haría no habría manera de que aprendiese. Si, por casualidad o por efectos de su voluntad firmemente declarada, quisiera escapar sin pasaporte, es decir, con su coche y sola, ¿no tengo yo un cochero, un palafrenero y un groom? Luego, mi mujer puede ir adonde quiera, pues siempre que sale va detrás de ella toda una *santa hermandad*, y yo puedo estar tranquilo...

Pero, mi querido señor, ¿de cuántos medios disponemos para destruir la constitución conyugal por la práctica y la letra por la interpretación? He observado que las costumbres de la alta sociedad comportan una vagancia que devora la mitad de la vida de una mujer, sin que ella pueda sentirse vivir. Yo, por la cuenta que me tiene, he ido madurando el proyecto de hacer llegar a mi esposa a los cuarenta años sin que piense ni un momento en el adulterio, del mismo modo que el difunto Musson se divertía llevando a un burgués de la calle Saint-Denis a Pierrefitte sin que él se diese cuenta de que se había alejado de la sombra del campanario de Saint-Leu.

—Pero ¿cómo? —le dije yo interrumpiéndole—. ¿Por casualidad ha adivinado usted las admirables decepciones que me proponía describir en una Meditación titulada: *Arte de introducir la muerte en la vida...*? ¡Ay!, creía que yo era el primero en descubrir esta ciencia. Ese conciso título me lo sugirió el relato que hizo un joven médico de una admirable composición inédita de Crabbe. En esa obra, el poeta inglés supo personificar un ser fantástico, llamado *La Vida en la Muerte*. Ese personaje persigue, a través de los océanos del mundo, a un esqueleto animado, llamado *La Muerte en la Vida*. Recuerdo que muy pocas personas, de entre los invitados del elegante traductor de la poesía inglesa, comprendieron el misterioso sentido de una fábula tan real como fantástica. Quizá yo sólo, hundido en un silencio animal, pensaba en esas generaciones enteras que, acosadas por la VIDA, pasan sin vivir. Millares de rostros de mujer, miríadas de ellos se levantaban delante de mí, todos muertos, doloridos, derramando lágrimas de desesperación al contemplar las horas perdidas de su juventud ignorante. Yo veía como en la lejanía Iba naciendo una Meditación burlona, oía ya las risas satánicas, y usted está matándola... Pero vamos a ver, confíe usted en mí, y explíqueme los medios que ha encontrado para hacer que una mujer malgaste los instantes en que se halla en la flor de su hermosura, cuando tienen más fuerza sus deseos... Quizás ha dejado usted algunas estrategias por describir, algunos ardidés...

El vizconde se echó a reír de este desengaño de autor, y me dijo con tono satisfecho: «Mi mujer, como todas las hijas de este bienhadado siglo, ha estado aporreando, durante tres o cuatro años consecutivos, las teclas de un piano hasta que ya no ha podido más. Ha descifrado a Beethoven, ha gargarizado las arias de Rossini y ha ejecutado todos los ejercicios de Crammer. Pero yo me he cuidado de convencerla de sus facultades musicales; de cara a esta finalidad, la he aplaudido, la he oído cantar y tocar, y sin bostezar una vez, las más aburridas sonatas del mundo, y me he resignado a abonarme a un palco de los Bufos. Así he conseguido tres veladas tranquilas de las siete que Dios creó en una semana. Estoy al acecho de todas las *casas de música*. En París existen unos salones que se parecen exactamente a las cajas de rapé de Alemania, una especie de *Componiums* perpetuos, a los que voy regularmente a buscar las indigestiones de armonía que mi mujer llama conciertos. Pero también pasa ella la mayor parte del tiempo enterrada entre partituras...».

—Pero, señor, ¿no sabe usted el peligro que desafía dejando que se desarrolle en

una mujer el gusto por el canto, y abandonarla a las excitaciones de una vida sedentaria...? Sólo le faltaría alimentarla con carne de cordero, y hacerle beber agua...

—Mi mujer no come más que carne de pluma, y tengo buen cuidado de que un baile suceda a un concierto, y hacerla andar un poco después de una representación en los Italianos. Así he conseguido que durante seis meses del año se acueste entre la una y las dos de la madrugada. ¡Ah, caballero, las consecuencias de acostarse un poco tarde son incalculables! En primer lugar, cada uno de estos placeres significa un favor, con lo que se me censura constantemente de que sólo hago lo que quiere mi mujer; pero la he convencido, sin decirle una sola palabra, de que se está divirtiendo constantemente después de las seis de la tarde, cuando ya hemos cenado y ella se ha arreglado, hasta las once de la mañana, la hora en que nos levantamos.

—¡Oh, caballero, cuánto agradecimiento le debe su esposa por una vida tan bien distribuida!

—No hay más que tres horas peligrosas que soportar; pero ¿no tiene ella que estudiar sus sonatas, repetir sus arias...? ¿No tengo siempre preparados unos paseos por el bosque de Boulogne, pruebas de calesas, visitas que hacer? Y esto no lo es todo. El más bello adorno de una mujer es el cuidado extremado de su persona, pues en ese aspecto nunca es excesivo ni ridículo, y eso, las horas que se pasa en el tocador es el mejor truco para que, sin darse cuenta, invierta muchas horas del día.

—Usted merece que yo le explique... —exclamé—. Ustedes llenarán cuatro horas al día comiendo si le enseña el arte más interesante para nuestras amas de casa modernas... Enumere a la señora de V... las extraordinarias precauciones adoptadas por las damas romanas en su vida de lujo oriental, pase revista a la diversidad de esclavas que empleaban únicamente en el baño, y especialmente las de la emperatriz Popea: las *unctores*, las *fricadores*, las *alipilarili*, las *dropacistae*, las *picatrices*, las *tractatrices*, las secadoras con plumas de cisne, y qué sé yo cuántas más. Explíqueme los trabajos realizados por esas esclavas cuya nomenclatura nos ha sido dada por Mirabeau en *Erotika Biblion*. Si ella intenta sustituir esa multitud de siervas, le proporcionará a usted unas lindas horas de tranquilidad, sin contar los atractivos personales que resultarán para usted de la importación en su casa del sistema de aquellas ilustres romanas, cuyas guedejas, artísticamente arregladas, recibieron el rocío de los más delicados perfumes, cuyas venas parecía haber renovado la sangre con la mirra, el lino, los perfumes, las flores, y todo al son de una música voluptuosa.

—Ay, caballeros —prosiguió el marido, más entusiasmado cada vez—, ¿no tengo también admirables pretextos velando por la salud? Esta salud tan preciada, tan querida, me permite prohibirle que salga a la calle cuando hace mal tiempo, con lo que gano la cuarta parte del año. ¿Y no he sabido introducir en nuestras costumbres la muy dulce de no salir jamás uno u otro sin darnos un beso de despedida, diciéndonos: «Ángel mío, voy a salir»? Finalmente, he sabido prever el futuro y tener siempre a mi mujer cautiva en la casa, como un recluta en su garita... Le he inspirado un

entusiasmo increíble por los sagrados deberes de la maternidad.

—¿Llevándole la contraria? —pregunté.

—Lo ha adivinado usted... —dijo él riendo—. Le aseguro que le es imposible a una mujer de mundo cumplir sus obligaciones para con la sociedad, gobernar su casa, entregarse a todos los caprichos de la moda, a los de un marido que la quiere, y educar a sus hijos... Pretende entonces que a ejemplo de Catón, quien quería ver como la nodriza le cambiaba los pañales al gran Pompeyo, no consentiría dejar a los demás los más minuciosos cuidados exigidos por las débiles inteligencias y los tiernos cuerpos de esos pequeños seres cuya educación empieza en la cuna. Usted comprenderá, señor, que mi diplomacia conyugal no me serviría de gran cosa si, después de haber puesto a mi esposa a buen recaudo, no emplease un maquiavelismo inocente, que consiste en obligarla a hacer continuamente lo que ella quiere hacer, en pedirle su opinión en todo y sobre todo. Como esa ilusión de libertad va destinada a enseñar a una criatura bastante inteligente, tengo buen cuidado de sacrificarlo todo para poder convencer a la señora de V... de que es la mujer más libre que hay en París, y, para conseguir ese objetivo me guardo muy bien de cometer esa serie de tonterías políticas que tan a menudo cometen nuestros ministros.

—Le veo a usted —dije— cuando quiere escamotearle a su esposa uno de los derechos que concede al contrato conyugal; le veo adoptando una actitud suave y comedida, escondiendo el puñal en un ramo de rosas, y, hundiéndoselo con cuidado en el corazón, la pregunta con voz amable: «Ángel mío, ¿te duele?». Como esas personas a las que se les pisa un callo, probablemente ella le contesta: «¡Oh, no, al contrario!».

No pudo impedir una sonrisa, y dijo:

—¿No cree que mi esposa se extrañará mucho cuando comparezca ante el Juicio Final?

—No lo sé —le respondí—. No sé quién de los dos, si usted o ella, quedará más extrañado.

El celoso fruncía ya el ceño, pero su rostro recobró su serenidad cuando le añadí: «Doy gracias a la casualidad, señor, que me ha permitido conocerle. Sin su conversación, no me habría sido posible desarrollar con tanta claridad ciertas ideas que nos son comunes. Así, le ruego que me permita redactar nuestras conclusiones. Donde nosotros hemos descubierto altas concepciones políticas, otros quizá sólo encontrarán ironías más o menos picantes, y yo pasaré por hombre hábil a los ojos de los dos partidos...».

Mientras pensaba darle las gracias al vizconde (el primer marido perfecto que a mi entender encontraba), me paseé una vez más por su piso, en el que todo parecía irreprochable.

Estaba a punto de despedirme de él cuando, abriendo la puerta de un pequeño tocador, me lo enseñó con un gesto que parecía decir: «¿Puede haber aquí el menor desorden sin que yo no lo vea?».

Respondí a la muda interrogación con una de esas inclinaciones de cabeza que hacen los invitados a su anfitrión cuando saborean un plato sabrosísimo.

—Todo mi sistema —me dijo en voz baja— me lo sugirió una frase que mi padre le oyó a Napoleón en pleno Consejo de Estado, cuando se debatía el divorcio. «*El adulterio, exclamó, es un asunto de sofá*». Ya lo ve usted. He sabido transformar esos cómplices en espías —añadió el subsecretario, señalándome un diván cubierto con una tela de casimir color de té, cuyos cojines estaban ligeramente arrugados—. Mire, este hueco me indica que mi mujer ha tenido jaqueca y que ha puesto la cabeza ahí...

Dimos unos pasos hacia el diván, y vimos la palabra TONTO dibujada caprichosamente en el mueble fatal por cuatro

*De ces je ne sais quoi, qu'une amante tira
De verger de Cypris, labyrinthe des fées,
Et qu'un duc autrefois jugea si précieux
Qu'il voulut honorer d'une chevalerie,
Illustre et noble confrérie
Moins pleine d'hommes que de Dieux*^[2].

—¡No hay nadie en mi casa que tenga el pelo negro! —exclamó el marido palideciendo.

Quise huir, pues necesitaba soltar la carcajada.

«He aquí a un hombre juzgado..., me iba diciendo. No ha hecho más que prepararle increíbles diversiones a su mujer, con todas las barreras que le ha puesto».

Esta idea me entristeció. La aventura destruía completamente tres de mis más importantes Meditaciones, y la infalibilidad católica de mi libro quedaba atacada en su esencia. Habría pagado de buen grado la fidelidad de la señora vizcondesa de V... con la cantidad que muchas personas hubiesen querido comprar una sola falta suya. Pero tenía que guardar para siempre mi dinero.

En efecto, tres días después me encontré con el subsecretario en el vestíbulo de los Italianos. En cuanto me vio, vino corriendo. Impulsado por una especie de pudor, intenté evitarlo, pero cogiéndome del brazo me dijo al oído: «¡Oh, acabo de pasar tres días terribles...! Afortunadamente mi mujer es quizá más inocente que un niño de pecho...».

—Ya me dijo usted que la señora vizcondesa era muy inteligente... —repliqué con una cruel ingenuidad.

—Bueno, esta noche puedo escuchar con tranquilidad toda clase de bromas, porque esta mañana he tenido pruebas irrefutables de la fidelidad de mi mujer. Yo me levanté muy temprano para terminar un trabajo urgente... Al mirar distraídamente hacia el jardín, vi que el ayuda de cámara de un general vecino de mi casa trepaba y saltaba un muro. La doncella de mi mujer, sacando la cabeza por el recibidor, acariciaba mi perro y protegía la retirada del galán. Cojo los prismáticos, le enfoco..., y tiene el pelo más negro que el azabache... ¡Ah, nunca he visto una cara de cristiano

que me fuera más agradable...! Pero, como puede usted suponer, hoy mismo he hecho arrancar el emparrado. De modo, mi querido amigo —prosiguió—, si algún día se casa usted, le recomiendo que tenga el perro atado con la cadena, y meter trozos de vidrio en lo alto de los muros del jardín...

—¿La señora vizcondesa se ha dado cuenta durante estos tres días de su desasosiego...?

—¿Me toma usted por un niño? —me dijo encogiéndose de hombros...—. Nunca me vio más alegre.

—Es usted un gran hombre desconocido —exclamé—, y no es usted...

No me dejó terminar, pues desapareció al ver que uno de sus amigos parecía tener la intención de ir a saludar a la vizcondesa.

¿Qué podríamos añadir que no sea una fastidiosa paráfrasis de las enseñanzas que se desprenden de esta conversación? Todo en ella es germen o fruto. No obstante, ya lo habéis visto, maridos: vuestra felicidad pende de un pelo.

MEDITACIÓN XVII

TEORÍA DE LA CAMA

Serían las siete de la tarde. Sentados en sus sillones académicos, describían un semicírculo frente a una ancha chimenea, en la que ardía tristemente un fuego de carbón vegetal, eterno símbolo del tema de sus importantes conversaciones. Al ver los rostros serios pero apasionados de los miembros de esa reunión, era fácil adivinar que sus lucubraciones giraban en torno a la vida, la fortuna o la felicidad de sus semejantes. No obedecían más que a los mandatos que manaban de su conciencia, como los miembros de un antiguo y misterioso tribunal, pero ellos representaban intereses mucho más trascendentales que los de los reyes o de los pueblos; hablaban en nombre de las pasiones y de la felicidad de las innúmeras generaciones que habían de sucederles.

El nieto del célebre Boulle estaba sentado junto a una mesa redonda sobre la cual estaba la pieza de convicción, realizada con una rara inteligencia; yo, humilde secretario, ocupaba un sitio entre el grupo sin otro objeto que el de redactar el acta de la sesión.

—Señores —dijo un anciano—, la primera de las cuestiones sometidas a su deliberación está claramente expuesta en un párrafo de una carta dirigida a la princesa de Gales, Carolina d’Anspach, por la viuda de Monseñor el hermano de Luis XIV, madre del Regente.

»La reina de España tiene un procedimiento seguro para hacer que su marido le diga todo lo que ella quiere saber. El rey es muy devoto; se creería condenado si tocara a otra mujer que no fuese la suya, y este excelente príncipe es de un temperamento muy amoroso. La reina consigue así todo lo que desea de él. Ha hecho poner unas ruedas en la cama de su marido. ¿Que él le niega algo...?, pues ella empuja la cama lejos de la suya. ¿Le concede lo que le pide?, pues las camas se acercan y admite al monarca en la suya. Esto proporciona la mayor felicidad del rey, pues el hombre es extraordinariamente apasionado...

—No quiero seguir, señores, toda vez que la virtuosa franqueza de la princesa alemana podría tacharse aquí de inmoral.

¿Deben los maridos prudentes adoptar la cama con ruedas...? Ese es el problema que debemos resolver.

La unanimidad de los votos no dejó lugar a dudas. Se me ordenó consignar en el libro registro de las deliberaciones que, si dos esposos se acostaban en camas separadas y en la misma habitación, las camas no debían de tener ruedas.

—Pero sin que esta decisión —hizo observar un miembro— pueda prejuzgar lo que será estatuido sobre la mejor manera de acostarse los esposos.

El presidente me pasó un volumen elegantemente encuadernado que contenía la

edición original, publicada en el año 1788, de las cartas de *Madame* Carlota-Elisabeth de Baviera, viuda de *Monsieur*, hermano único de Luis XIV, y mientras yo transcribía el párrafo citado, él continuó así: «Pero, señores, ustedes deben de haber recibido a domicilio el boletín en el que se consigna la segunda cuestión».

—Pido la palabra... —exclamó el más joven de los celosos reunidos.

El presidente se sentó después de dirigirle una mirada de conformidad.

—Señores —preguntó el joven marido—, ¿estamos lo suficientemente preparados para deliberar sobre un asunto tan grave como el que sugiere la indiscreción casi general de las camas? ¿No hay en él, y con la necesidad de resolverla, una cuestión mucho más complicada que una simple dificultad de ebanistería? Por mi parte, veo un problema que afecta a la inteligencia humana. Los misterios de la concepción, señores, todavía están envueltos en tinieblas que la ciencia moderna sólo ha conseguido disipar muy débilmente. No sabemos hasta qué punto las circunstancias externas actúan sobre los animales microscópicos cuyo descubrimiento debemos a la paciencia infatigable de hombres como Hill, Baker, Joblot, Eichorn, Gleichen, Spallanzani, y especialmente de Müllery, y, en último lugar, al señor Bory de Saint-Vincent. La imperfección de la cama encierra una cuestión musical de la mayor importancia, y por mi parte tengo que declarar que acabo de escribir a Italia para conseguir un veraz informe sobre la manera con que allí se construyen las camas. Conviene tener cuanto antes datos sobre el número de travesaños, de tornillos y de ruedas, y saber si su construcción está más perfeccionada en nuestro país que en el extranjero, y si la sequedad de la madera debida a la acción del sol no produce, *ab ovo*, la armonía cuyo sentimiento innato poseen los italianos... Por todos estos motivos, pido un aplazamiento de la discusión.

—Ah, ahora resulta que estamos reunidos para decidir sobre asuntos musicales... —exclamó un *gentleman* del Oeste levantándose bruscamente—. Antes que de nada, se trata de costumbres, y la cuestión moral predomina sobre las demás...

—No obstante —dijo uno de los miembros más influyentes del consejo—, la consideración del primer opinante no me parece desdeñable. En el siglo pasado, señores, uno de nuestros escritores, el más filosóficamente divertido y el más divertidamente filósofo, Sterne, se quejaba del poco cuidado con que se hacían los hombres. «¡Oh, vergüenza!, exclamaba. Que el que copia la divina fisonomía del hombre reciba coronas de laurel y aplausos, mientras que el que presenta la obra maestra, el prototipo de un trabajo mímico, no tiene, lo mismo que la virtud, otra recompensa que su obra...». ¿No deberíamos ocuparnos de la mejora de la raza humana antes que ocuparnos de la mejora caballar? Señores, he tenido ocasión de pasar por una localidad del Orleanesado donde toda su población se compone de jorobados, de gente con rostros desfigurados o contrahechos, de verdaderos anormales... Pues bien, lo que ha dicho el primer opinante me ha hecho recordar que todas las camas del pueblo estaban en mal estado, y que las habitaciones no ofrecían a las miradas de los esposos más que un desagradable espectáculo... Señores,

nuestros espíritus, ¿no pueden hallarse en análoga situación que nuestras ideas cuando, en vez de la música de los ángeles que revolotean aquí y allá de los cielos bajo los cuales vivimos, oímos las chillonas notas de la más importuna, de la más impaciente, de la más execrable melodía terrestre...? Quizá los nobles genios que tanto han honrado a la humanidad los debamos a camas sólidamente construidas, y la gente turbulenta que hizo la Revolución francesa quizá fue concebida sobre muebles descoyuntados, de patas torcidas e inseguras; los orientales, cuyas razas son tan bellas, tienen un sistema muy particular de acostarse... Me decido por el aplazamiento.

Y el *gentleman* se sentó.

Entonces se levantó un hombre que pertenecía a la secta de los Metodistas.

—¿Y por qué pasar a otro tema? Aquí no se trata de mejorar la raza, ni de perfeccionar la obra. No debemos perder de vista los intereses de los celos maritales y los principios de una sana moral. ¿Ignoran ustedes que los ruidos de que se lamentan le parece más temible a la esposa incierta de un crimen que la estrepitosa voz de la trompeta del Juicio final? ¿Olvidan que todos los procesos de conversación criminal han sido ganados por los maridos gracias a esos lamentos conyugales...? Les invito, señores, a estudiar los divorcios de milord Abergaveny, del vizconde Bolinbroke, el de la difunta reina, el de Elisa Draper, el de la señora Harris, y todos los que se incluyen en los veintidós volúmenes publicados por... (El secretario no entendió bien el nombre del editor inglés).

Se acordó el aplazamiento. El miembro más joven propuso hacer una colecta para recompensar al autor de la mejor disertación dirigida a la Sociedad sobre el asunto, considerado por Sterne de tanta importancia, pero al terminar la sesión no encontró más que dieciocho chelines en el sombrero del presidente.

Esa deliberación de la sociedad que recientemente se ha fundado en Londres para el perfeccionamiento de las costumbres y del matrimonio, y a la que Lord Byron perseguía con sus burlas, se nos ha transmitido gracias a la diligencia del honorable W. Hawkins, Esq, primo hermano del célebre capitán Clutterbuck.

Este resumen puede servir para resolver las dificultades que concurren en la teoría de la cama respecto a su construcción.

Pero el autor de este libro considera que la asociación inglesa ha dado demasiada importancia a esta cuestión prejudicial. Tal vez existan igual número de razones para ser *rossinista* como para ser *solidista* en lo que se refiere a la cama, y el autor debe confesar que dilucidar esta dificultad es algo que está por encima o por debajo de él. Piensa, con Lorenzo Sterne, que es algo vergonzoso para la civilización europea tener tan pocas experiencias fisiológicas sobre la calipedia, y renuncia a publicar los resultados de sus meditaciones sobre este tema porque serían sumamente difíciles de formular en un lenguaje gazmoño, y serían deficientemente comprendidas o mal interpretadas. Ese desdén dejará una eterna laguna en esta parte de su libro, pero tendrá la dulce satisfacción de legar una cuarta obra al próximo siglo, que enriquecerá

con todo lo que él no hace, magnificencia negativa cuyo ejemplo será seguido por todos los que alardean de tener muchas ideas.

La teoría de la cama nos obligará a resolver cuestiones mucho más importantes que las que se planteaban nuestros vecinos con las ruedas y los murmullos de la conversación criminal.

No reconocemos más que tres maneras de organizar una cama (en el sentido general dado a la expresión) en las naciones civilizadas, y especialmente para las clases privilegiadas, a las cuales se dirige este libro.

Estas tres maneras son:

1. Las dos camas juntas,
2. Dos habitaciones separadas,
3. Una sola y única cama.

Antes de entregarnos al examen de estas tres formas de cohabitación, que necesariamente tienen que ejercer influencias muy diversas sobre la felicidad de las mujeres y de los maridos, debemos lanzar una rápida ojeada sobre la acción de la cama y el papel que representa en la economía política de la vida humana.

El principio más incontestable en esta materia es que *la cama se inventó para dormir*.

Será fácil demostrar que la costumbre de acostarse juntos los dos esposos se adoptó muy tarde en relación a la antigüedad del matrimonio.

¿Por qué clase de silogismos el hombre ha llegado a poner de moda una práctica tan fatal para la dicha, para la salud, para el placer, para el mismo amor propio...? Esto sí que sería curioso averiguarlo.

Si usted supiese que uno de sus rivales ha encontrado la manera de exponerle, delante de aquélla a quien usted ama, a una situación en la que estuviese soberanamente en ridículo, como, por ejemplo, mientras tiene la boca torcida como la de una máscara de teatro, o mientras sus elocuentes labios, parecidos al grifo de cobre de una fontana avara, están destilando gota a gota un agua pura...; posiblemente usted lo cosería a puñaladas. Ese rival es el sueño. ¿Existe en el mundo un hombre que sepa bien cómo es él, y qué es lo que hace cuando duerme...?

Cadáveres vivos, somos presa de una fuerza desconocida que se apodera de nosotros contra nuestra propia voluntad, y se manifiesta por medio de los más curiosos efectos: unos tienen un dormir espiritual y otros un dormir estúpido.

Hay personas que descansan con la boca abierta, de la forma más ingenua.

Hay otros que roncan como para hacer temblar las paredes.

La mayoría se parecen a esos pequeños demonios que esculpió Miguel Ángel, que sacan la lengua para burlarse de los que pasan.

No conozco ni a una sola persona que duerma de una manera noble. Quizás únicamente el Agamenón que Guerin ha representado tendido en su cama en el momento en que Clitemnestra, impulsada por Egisto, se le acerca para asesinarle. Por eso siempre he ambicionado estar acostado como lo estaba el rey de reyes, y eso

desde que temo que durante mi sueño me vean otros ojos que no sean los de la Providencia. También, desde el día que vi a mi vieja nodriza *soplando los guisantes*, para servirme de una expresión popular pero consagrada, he tenido buen cuidado de añadir, en la letanía particular que recito todas las noches a san Honorato, mi patrón, una oración para que me preserve de esa lastimosa elocuencia.

Que un hombre se despierte por la mañana, mostrando un rostro atontado, grotescamente tocado con un madrás que le cae sobre la sien izquierda como un gorro de cuartel, parece ciertamente un bufón, y sería difícil reconocer en él al glorioso esposo célebre por las estrofas de Rousseau; pero al fin y al cabo hay un cierto resplandor de vida en la estupidez de esa cara muerta a medias... Y si usted quiere recoger ejemplos de ello no tiene más que viajar en una diligencia-correo, y en cada aldea donde el ambulante despierta al valijero, fíjese bien en los rostros lugareños...

Pero, aunque usted sea cien veces más atractivo que cualquier cara burocrática, por lo menos tiene en esos momentos la boca cerrada, los ojos abiertos, y su expresión es aceptable... ¿Sabe usted cómo estaba una hora antes de despertar, o durante la primera hora de su sueño, cuando, ni hombre ni animal, caía bajo el imperio de los sueños que llegan por la puerta del rincón...? Este es un secreto entre su esposa y Dios.

¿Sería, pues, para tener siempre presente lo imbécil que es el sueño por lo que los romanos adornaban la cabecera de sus camas con una cabeza de asno...? Dejaremos que esta cuestión sea resuelta por los miembros que componen la Academia de Inscripciones.

Con toda seguridad, el primero que se dio cuenta, por inspiración del diablo, que no se debía separar de su mujer, ni durante el sueño, debía de saber dormir a la perfección. Ahora estamos seguros de que no olvidará hacer que figure, entre las ciencias que se deben dominar para ingresar en el estado matrimonial, al arte de dormir con elegancia. Por eso agregamos aquí, como apéndice del axioma xxv del Catecismo Conyugal, los dos aforismos siguientes:

LXII

Un marido debe tener un sueño tan ligero como el de un dogo, para que nunca se le pueda ver durmiendo.

Un hombre debe acostumbrarse desde su más tierna infancia a dormir sin nada en la cabeza.

Ciertos poetas querrán ver en el pudor, en los pretendidos misterios del amor, una causa para la reunión de los dos esposos en una misma cama; pero se ha demostrado que si el hombre primitivo buscó la sombra de las cavernas, el musgo de los arroyos y el techo silíceo de las grutas para proteger sus placeres, fue porque el amor lo entrega indefenso a sus enemigos. No, no es natural que se apoyen dos cabezas sobre la

misma almohada, como no es razonable envolverse el cuello con una cinta de muselina. Pero llegó la civilización, y encerró a un millón de hombres dentro de cuatro leguas cuadradas; los ha ido colocando en las calles, en las casas, en los pisos, en las habitaciones, en despachos de ocho pies cuadrados; un paso más, y tratará de que se metan unos dentro de otros como los tubos de unos prismáticos.

De esto y de muchas otras cosas más, como la economía, el miedo o los celos mal entendidos, ha derivado la cohabitación de los esposos, y esa costumbre ha creado la periodicidad y la simultaneidad del levantarse de la cama y del acostarse.

Y véase la cosa más caprichosa del mundo, véase el sentimiento más eminentemente móvil, que no puede valorarse más que por inspiraciones repentinas, que no tiene otro encanto que la instantaneidad de los deseos, que no tiene otra gracia que la verdad de sus expansiones, es decir, el amor, sometido a una regla monástica y a la geometría de la oficina del catastro.

Padre, sería capaz de llegar a odiar al hijo que, puntual como un reloj, tuviera, por la mañana y por la noche, una explosión de sensibilidad al venir a desearme los buenos días o las buenas noches como si lo hiciera por encargo. Es así como se ahoga todo cuanto hay de generoso y de instantáneo en los sentimientos humanos. Juzgue, entonces, lo que es el amor a horas determinadas...

Sólo al autor de todas las cosas corresponde hacer salir y hacer que se ponga el sol, que sea mañana o tarde, en medio de un aparato siempre espléndido, siempre nuevo, y nadie aquí en la tierra, a pesar de la hipérbole de Juan Jacobo Rousseau, puede representar el papel de sol.

De estas observaciones preliminares resulta que nada tiene de natural que dos personas estén acostadas en la misma cama;

que un hombre, cuando duerme, casi siempre está ridículo;

que, por último, la cohabitación constante significa para los maridos peligros inevitables.

Vamos, pues, a intentar que nuestras costumbres se acomoden a las leyes de la naturaleza, y combinar la naturaleza y las costumbres de forma que los maridos encuentren un auxiliar útil y medios de defensa en la caoba de su cama.

I. Las dos camas juntas

Si el más brillante, el mejor constituido, el más inteligente de los maridos desea verse minotaurizado al cabo de un año de vida matrimonial, lo conseguirá infaliblemente si comete la imprudencia de reunir dos camas bajo el voluptuoso techo de una misma alcoba.

La sentencia es concisa, y he aquí los motivos:

El primer marido al que se le debe el invento de las dos camas juntas sería sin

duda algún comadrón que, temiendo los tumultos involuntarios de su sueño, quiso preservar al hijo que su mujer llevaba ya en las entrañas de las patadas que podía darle.

Pero no; probablemente se trataría de algún predestinado que desconfiaba de un melodioso catarro o de sí mismo.

Tal vez fue un hombre joven que, temiendo la superabundancia de su ternura, estaba siempre o en el borde del lecho a punto de caerse, o demasiado cerca de su encantadora esposa, con lo que le turbaba el sueño.

Pero ¿no se trataría de alguna Maintenon ayudada por algún confesor, o, mejor quizá, de alguna mujer ambiciosa que quería gobernar a su marido...? O, más seguro aún, una menuda y encantadora Pompadour aquejada de esa enfermedad parisiense tan graciosamente explicada por el señor de Maurepas en aquella cuarteta que le valió una larga desdicha, y que ciertamente contribuyó a las desgracias del reinado de Luis XVI.

*Iris, on aime vos appas,
Vos grâces sont vives et franches
et les fleurs naissent sous vos pas,
Mais ce sont des fleurs^[3]...*

Finalmente, ¿por qué no pudo ser un filósofo asustado por el desencanto que sin duda debía experimentar su esposa ante el aspecto de un hombre dormido? Y ése dormiría siempre bien abrigado, y sin gorro de dormir.

Desconocido autor de este jesuítico método, quienquiera que seas, en nombre del diablo, ¡salud y fraternidad...! Has sido la causa de muchos infortunios. Tu obra lleva el mar chamo de todas las medidas a medias; no satisface nada y participa de los inconvenientes de los otros dos partidos sin proporcionar ninguno de sus beneficios.

¿Cómo el hombre del siglo diecinueve, cómo esta criatura soberanamente inteligente que ha desarrollado una energía sobrenatural, que ha usado los recursos de su intelecto para encubrir el mecanismo de su existencia, desafiando sus necesidades para no despreciarlas, llegando incluso a pedir a unas hojas de China, a unas habas egipcias, a unas semillas de Méjico sus perfumes, sus tesoros, sus almas; que ha conseguido cincelar el cristal, tornear la plata, fundir el oro, pintar la arcilla, y acudir a todas las artes para decorar, para enriquecer su vajilla alimenticia...? ¿Cómo ese rey, después de haberse escondido entre los pliegues de la muselina, cubierto de brillantes, sembrado de rubíes, envuelto en lino, en tramas de algodón, en los ricos colores de la seda, en los delicados dibujos de los encajes, la segunda de sus pobrezas, puede hacerla fracasar con todo este despliegue de lujo en dos camas de madera...? ¿Con qué objeto hacer al universo entero cómplice de nuestra existencia, de nuestras mentiras, de esta poesía? ¿Con qué objeto crear leyes, morales, religiones, si el invento de un tapicero (es posible que haya sido un tapicero el inventor de las

camas juntas) le quita a nuestro amor todas sus ilusiones, lo despoja de su majestuoso cortejo y no le deja más que lo que hay en él de feo y de odioso? Ahí está concentrada la historia de las dos camas.

LXIII

Aparecer sublimes o grotescos, he aquí la alternativa a que nos reduce un deseo.

Compartido, nuestro amor es sublime, pero acostados en dos camas juntas, la del marido será siempre grotesca. Los contrasentidos a los cuales da lugar esa semiseparación pueden reducirse a dos situaciones que nos revelarán las causas de muchos males.

Hacia la medianoche, una mujer joven se pone los tirabuzones y bosteza. Ignoro si su melancolía proviene de alguna jaqueca a punto de inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda de su cerebro, o si atraviesa uno de esos instantes de aburrimiento durante los cuales lo vemos todo negro; pero al examinarla mientras se peina de noche con negligencia, al contemplarla levantar lánguidamente la pierna para quitarse la liga, me parece evidente que preferiría mejor ahogarse que fortalecer su vida descolorida con un sueño reparador. En ese momento está en no sé qué grado de latitud norte, en Spitzberg o en Groenlandia. Indiferente y fría, se mete en la cama pensando quizá, como hacía la señora Gauthier Shandy, que el día siguiente será un día de enfermedad, que su marido regresará a casa muy tarde, que los huevos con nata que comió esa noche no tenían bastante azúcar, que debe más de quinientos francos a la modista; piensa, en fin, en todo lo que se puede suponer que piensa una mujer aburrida. Entre tanto, llega un fornido muchacho, el marido, el cual, durante una conferencia de negocios, ha bebido unos cuantos vasos de ponche y se ha «emancipado». Se quita los zapatos, deja el traje en un sillón, los calcetines en el sofá y el tirabotas en la chimenea; y mientras se enfunda la cabeza en un gorro de dormir de color rojo, sin ni siquiera recoger el forro, le suelta a su mujer una serie de frases con puntos de interjección, pequeñas caricias conyugales que constituyen frecuentemente la conversación de un matrimonio a esas avanzadas horas en que la razón, adormecida, no brilla casi en nuestra máquina cerebral. «¿Ya te has acostado? ¡Demonio, qué frío hace esta noche! ¡No dices nada, ángel mío! ¿Estás ya en la cama, bien tapadita...? Pillina, te haces la dormida...». Esos arrumacos están amenizados con bostezos, y luego de muchos minúsculos acontecimientos que, según las costumbres de cada matrimonio, deben entonar este prefacio de la noche, ya tenemos a nuestro hombre haciendo gruñir la cama en cuanto se acuesta. Pero ahora vienen hacia la tela fantástica que hemos tendido ante nosotros, cerrando los ojos, las seductoras imágenes de algunas encantadoras caritas, de ciertas piernas elegantes aquí aparecen los amorosos contornos que ha visto durante el día. Lo están matando unos imperiosos deseos... Mira a su mujer. Él ve un rostro encantador encuadrado

por los más delicados encajes; aunque el sueño le venza, el fuego de su mirada parece quemar el embozo que imperfectamente tapa los ojos de la esposa; y al final, unas formas maravillosas quedan al descubierto bajo los pliegues indiscretos del cobertor... «Queridita...». «¿No ves que estoy durmiendo, querido?». ¿Cómo desembarcar en esa Laponia? Concedamos que se sea joven, apuesto, inteligente, seductor. ¿Cómo se puede franquear ese estrecho que separa Groenlandia de Italia? El espacio que media entre el paraíso y el infierno no es más mayor que la línea que impide hacer de dos camas una cama, pues su mujer es fría, y usted quema, Aunque únicamente se precisara la acción técnica de pasar de una cama a otra, ese movimiento coloca a un marido tocado con un gorro de dormir en la situación más desdichada del mundo. El peligro, la falta de tiempo, la ocasión, todo, entre dos amantes, da encanto a esta clase de situaciones, pues el amor posee un manto de púrpura y oro que puede taparlo todo, incluso los humeantes escombros de una ciudad tomada al asalto, y, en cambio, para no encontrarse con escombros sobre las más risueñas alfombras, bajo los más seductores pliegues de la seda, el himen necesita los prestigios de que está rodeado el amor. Aunque usted tardase sólo un segundo en entrar en las posesiones de su mujer, el *deber*, esta divinidad matrimonial, ha tenido tiempo suficiente para aparecérselo en toda su fealdad.

¡Ah...!, a los ojos de una mujer fría, qué insensato debe de parecerle un hombre cuando el deseo le impulsa sucesivamente a ser colérico y tierno, insolente y suplicante, mordaz como un epigrama y dulce como un madrigal; cuando representa, más o menos espiritualmente, la escena donde, en la *Venecia libertada*, el genio de Orway nos ha representado al senador Antonio repitiendo cien veces a los pies de Aquilina: Aquilina, Quilina, Lina, Lina, Nacki, Aquí, Nacki..., sin conseguir otra cosa que latigazos cuando se aviene a hacer de perro. Ante los ojos de una mujer, incluso si se trata de una mujer legítima, cuanto más apasionado se muestra un hombre en esas circunstancias, más ridículo se le encuentra. Es odioso cuando ordena, y es minotaurizado si abusa de su poder. Aquí hay que recordar algunos de los aforismos del Catecismo Conyugal, y usted verá que viola los más sagrados preceptos. Que una mujer ceda o no ceda, no implica para que las dos camas juntas introduzcan en el matrimonio algo tan brusco, tan claro, tan evidente, que la más casta de las mujeres y el marido más delicado llegan a alcanzar grados de verdadero impudor.

Esta escena, que se representa de mil maneras distintas y a la cual otros mil incidentes pueden dar lugar, tiene como *pendant* otra situación, menos divertida, pero más terrible.

Una noche, en que estaba comentando estas importantes materias con el difunto señor conde de Nocé, de quien ya he tenido ocasión de hablar, un anciano de cabello blanco, su íntimo amigo, de quien no diré su nombre porque vive todavía, nos miró con aire bastante melancólico. Adivinamos que estaba a punto de iniciar la narración de alguna anécdota escandalosa, y entonces nos pusimos a mirarle casi como el

taquígrafo del *Monitor* mira subir a la tribuna a un ministro cuya improvisación se le ha anunciado. El narrador era un viejo marqués emigrado, cuya fortuna, la mujer y los hijos, desaparecieron entre los desastres de la Revolución. La marquesa había sido una de las más inconsecuentes mujeres de su tiempo, y él no carecía de documentación sobre la naturaleza femenina. Llegado a una edad desde la cual se ven las cosas casi desde el borde del sepulcro, hablaba de sí mismo como si su tema fuesen Marco Antonio o Cleopatra.

—Mi joven amigo (me hizo el honor de dirigirse a mí, pues yo había sido el último en hablar), sus reflexiones me recuerdan una noche en que uno de mis amigos se condujo de tal forma que perdió para siempre la estimación de su mujer. Y le aseguro que en aquellos tiempos una mujer podía vengarse con una maravillosa facilidad, puesto que no había mucha distancia entre la copa y la boca. Esos esposos dormían precisamente en camas distintas, pero las dos juntas bajo el cielo de una misma alcoba. Regresaban de un baile muy brillante dado por el conde de Mercy, embajador del Emperador. El marido había perdido en el juego una cantidad considerable, por lo que estaba completamente absorto en sus pensamientos. Al día siguiente tenía que pagar seis mil escudos..., y, ¿tú te acuerdas, Nocé?, había veces que diez mosqueteros no podían reunir ni cien escudos... La joven esposa, como nunca deja de suceder en casos semejantes, estaba de una alegría desesperante. «Dale al señor marqués, le dijo ella al ayuda de cámara, todo lo que necesite para desnudarse y pasar la noche». En aquellos tiempos la gente se acicalaba para acostarse. Esas palabras bastante extraordinarias no consiguieron sacar al marido de su letargo. Entonces la señora, secundada por la doncella, se puso a hacer mil coqueterías. «¿Te gusto esta noche...?», preguntó. «Me gustas siempre», le respondió el marqués sin interrumpir sus paseos por la habitación. «Estás muy triste y preocupado... Dime algo, querido tenebroso...», le dijo ella plantándose delante de él, con el más seductor salto de cama. Nunca se imaginará usted los encantos de la marquesa; hay que haberla conocido. Tú sí la conociste, Nocé... —dijo con una sonrisa socarrona—. Luego, a pesar de su astucia y su belleza, todas sus picardías fracasaron ante los seis mil escudos que torturaban la cabeza del imbécil del marido, y se acostó sola. Pero las mujeres tienen siempre una buena provisión de recursos, y en cuanto el hombre demostró que se iba a acostar, la marquesa exclamó: «¡Oh, qué frío tengo...!». «Y yo también, contestó él. ¿Por qué los criados no han calentado las camas...? Voy a llamar...».

El conde de Nocé no pudo evitar la carcajada, y el anciano marqués, un poco desconcertado, se calló.

No adivinar los deseos de una esposa, roncar cuando ella no duerme y estar en la Siberia cuando ella está en los trópicos, son los menores inconvenientes de las camas juntas. ¿Qué no intentará una mujer apasionada cuando sepa que su marido tiene el sueño pesado...?

Yo le debo a Beyle una anécdota italiana, a la cual su voz seca y sarcástica dio un

singular interés cuando me la contó como ejemplo de astucia femenina.

Ludovico tenía su palacio en un extremo de la ciudad de Milán, y en el otro estaba el de la condesa Pemetti. A medianoche, con peligro de su vida, Ludovico decidió arriesgarlo todo para poder contemplar durante un segundo una cara adorada, y se introdujo en el palacio de su adorada como por arte de magia. Se fue acercando a la cámara nupcial. Elisa Pemetti, cuyo corazón compartía probablemente los deseos de su amante, oyó el mudo de sus pasos y reconoció su andar. Adivinó, a través de las paredes, un rostro inflamado de amor. Se levantó de la cama conyugal. Tan ligera como una sombra, esperó en el umbral de la puerta, abrazó de una mirada a Ludovico entero, le cogió de la mano, le hizo una señal y se lo llevó. «Pero él te matará...», le dijo él. «Es posible».

Pero todo esto no es nada. Concedamos a muchos de los maridos que tengan un sueño ligero. Concedámosles que duerman sin roncar, y que sepan comprender en qué grado de latitud se encuentran sus mujeres. Pues todas las razones que hemos dado para condenar las camas juntas serán, si se quiere, de muy poco peso. Entonces, una última consideración debe hacer proscribir el uso de dos camas dentro de una misma alcoba.

Dada la situación en que se encuentra un marido, hemos considerado el lecho conyugal como uno de los medios de defensa. Es en la cama únicamente donde puede saber cada noche si el amor de su esposa crece o decrece. Ahí está el barómetro conyugal. Luego, dormir en camas juntas, es querer ignorarlo. Usted verá, cuando se trate de la *guerra civil* (véase la Parte Tercera), de qué increíble utilidad es una cama, y los secretos que involuntariamente descubre en ella una mujer.

Entonces, no se deje usted seducir nunca por la falsa ingenuidad de dos camas juntadas.

Es la invención más estúpida, la más pérfida y la más peligrosa que haya en el mundo. ¡Vergüenza y anatema para quien la inventó!

Pero todo lo pernicioso que es este método para los esposos jóvenes, es saludable y conveniente para los que han llegado al vigésimo aniversario de su boda. Lo mismo el marido que la mujer pueden llevar a cabo con toda comodidad los dúos que reclaman sus respectivos catarros. Será quizás al achaque que van arrastrando, sea un reumatismo, sea una gota pertinaz, o incluso a la necesidad de tomar un poco de rapé, a lo que deberán los trabajosos beneficios de una noche animada por un reflejo de sus primeros amores, siempre, claro, que la tos no se imponga.

No hemos juzgado conveniente mencionar las excepciones que, en ciertos casos, autorizan a un marido a usar las camas juntas. Son calamidades que hay que sobrellevar. No obstante, la opinión de Bonaparte era que una vez establecido el *intercambio de alma y de sudor* (son sus propias palabras), nada, ni la misma enfermedad, podía separar a los esposos. Esta materia es demasiado delicada para poderla someter a principios.

Ciertos cerebros obtusos podrán objetar también que existen muchas familias

patriarcales cuya jurisprudencia erótica es inconvencional en lo que se refiere al artículo de las alcobas con dos camas, y que en ellas se es feliz *de padres a hijos*. Pero, por toda respuesta, el autor declara que conoce a muchas personas respetables que se pasan la vida yendo a ver jugar al billar.

Esa manera de dormir debe, pues, ser juzgada de ahora en adelante por todos los hombres sensatos, y vamos a pasar a la segunda manera de organizar un tálamo nupcial.

II. De las habitaciones separadas

No existen en Europa cien maridos por nación que posean la suficiente ciencia del matrimonio, o, si se quiere, de la vida, para poder habitar una alcoba separada de la de su mujer.

Saber poner en práctica ese sistema..., es el último grado de la potencia intelectual y viril.

Dos esposos que viven en habitaciones separadas es, o que están divorciados, o que son felices. Se desprecian o se adoran.

No intentaremos deducir aquí los admirables preceptos de esta teoría, cuya finalidad es hacer de la constancia y la fidelidad algo fácil y delicioso. Esta reserva es respeto y no impotencia del autor. Le basta con proclamar que, únicamente por medio de este sistema, dos esposos pueden realizar los sueños de muchas bellas almas; lo comprenderán todos los fieles.

En cuanto a los profanos..., no le será difícil hacer justicia a sus curiosas preguntas, diciéndoles que la finalidad de esta institución es dar la felicidad a una sola mujer. ¿Quién es aquel de entre ellos que desearía privar a la sociedad de todos los talentos de que se cree dotado?, ¿en provecho de quién...? Pues ¡de una mujer...! No obstante, hacer feliz a su compañera es el más honroso título de gloria que puede darse en este valle de Josafat, pues, según el Génesis, Eva no quedó satisfecha del Paraíso terrenal. Ella quiso probar el fruto prohibido, eterno emblema del adulterio.

Pero hay una razón perentoria que nos impide desarrollar esta brillante teoría. Sería en este libro una auténtica obra maestra. En la situación en que hemos supuesto que debía hallarse un matrimonio, el hombre que fuera lo bastante imprudente para dormir lejos de su mujer no merecería ni siquiera la lástima que podría inspirar una desgracia que él mismo habría provocado.

Entonces, resumamos.

No todos los hombres son lo bastante fuertes para pretender vivir en una habitación separada de la de su mujer, mientras que todos los hombres pueden solventar más o menos bien las dificultades que se presentan en una misma cama.

Vamos a dedicarnos, entonces, a resolver las dificultades que las inteligencias

superficiales pueden distinguir en este último sistema, por el cual nuestra predilección es bien visible.

Pero que este párrafo, en cierto modo mudo, abandonado por nosotros a los comentarios de más de un matrimonio, sirva de pedestal a la imponente figura de Licurgo, aquel legislador de la antigüedad a quien los griegos debieron los más profundos pensamientos sobre el matrimonio. ¡Que su sistema sea comprendido por las generaciones futuras! Y si las costumbres modernas adolecen de demasiada blandura para adoptarlo totalmente, por lo menos que se impregnen del robusto espíritu de esa admirable legislación.

III. *De una sola y única cama*

Durante una noche del mes de diciembre, estando el gran Federico contemplando el cielo y viendo que las estrellas destilaban esa luz viva y pura que anuncia un frío intenso, exclamó: «He aquí un tiempo que le valdrá muchos soldados a Prusia...».

El rey expresaba con una sola frase el principal inconveniente que presenta lo cohabitación constante de los esposos. Admitido que Napoleón y Federico aprecien más o menos a una mujer según el número de sus hijos, pero un marido inteligente debe, según las máximas de la Meditación XIII, no considerar la fabricación de un hijo más que como un medio de defensa, y a él le corresponde decidir si es necesario prodigarlo o no.

Esta observación conduce a ciertos misterios de los cuales debe huir la Musa fisiológica. Se le ha permitido la entrada en las cámaras nupciales mientras éstas están desocupadas, pero, virgen y púdica, enrojece ante la visión de los juegos del amor.

Puesto que es en esta parte del libro donde la Musa se apresura a taparse con sus blancas manos los ojos para no ver nada, como una doncella que mira a través de los intersticios que haya entre sus afilados dedos, se aprovechará de este acceso de pudor para dirigir una reprimenda a nuestras costumbres.

En Inglaterra, la cámara nupcial es un lugar sagrado. Sólo los dos esposos tienen el privilegio de entrar en ella, e incluso más de una lady, según se dice, hace ella misma su cama. De todas las manías del otro lado del Canal, ¿por qué la única que hemos rechazado es precisamente ésta, cuyo encanto y misterio tenían que impresionar a todas las almas tiernas del continente? Las mujeres delicadas condenan la impudicia con que en Francia se introducen personas extrañas en el santuario matrimonial. Para nosotros, que hemos anatematizado enérgicamente a las mujeres que exhiben con énfasis su embarazo, nuestra opinión no es dudosa. Si queremos que el celibato respete al matrimonio, es preciso también que las personas casadas tengan consideraciones para la combustibilidad de los solteros.

Acostarse un marido todas las noches con su esposa puede parecer —hay que confesarlo— un acto de fatuidad de lo más insolente.

Muchos maridos van a preguntarse cómo un hombre que tiene la pretensión de perfeccionar el matrimonio se atreve a prescribir a su esposo un régimen que sería la pérdida de un amante.

No obstante, tal es la decisión del doctor en artes y ciencias conyugales.

De momento, a menos de tomar la resolución de no dormir nunca en casa, ese partido es el único que le queda a un marido, pues ya hemos demostrado los peligros de los dos sistemas precedentes. Debemos, pues, tratar de demostrar que esta última forma de dormir ofrece más ventajas y menos inconvenientes que las dos primeras, en lo referente a la crisis que atraviesa un matrimonio.

Nuestras observaciones sobre las camas unidas han debido de enseñar a los maridos que en cierto modo están obligados a situarse siempre en el grado de temperatura que rige la armoniosa organización de sus esposas, y nos parece que esa perfecta igualdad de sensaciones debe establecerse con suficiente naturalidad bajo la blanca égida que los cubre con su lino protector; y esto ya es una inmensa ventaja.

En efecto, nada es más fácil que comprobar a toda hora el grado de amor y de expansión a que llega una mujer cuando la misma almohada recibe las cabezas de los dos esposos.

El hombre (no nos referimos aquí a la especie) actúa sobre la pauta indicada por un estadillo ya confeccionado, el cual pone de manifiesto, limpio y sin error, el volumen de sensualidad que lleva en sí. Ese misterioso *gynómetro* está marcado en la palma de la mano. La mano es, efectivamente, aquel de nuestros miembros que más inmediatamente revela nuestros afectos sensuales. La *quirolología* es un quinto libro que lego a mis sucesores, ya que aquí me limitaré a insinuar los elementos útiles a mi tema.

La mano es el órgano esencial del tacto. Y el tacto es el sentido que reemplaza menos imperfectamente a todos los demás, los cuales no pueden sustituirle. Habiendo sólo la mano ejecutado todo cuanto el hombre ha podido concebir hasta hoy, puede considerársela como a la *acción* misma. La suma total de nuestra fuerza pasa por ella, y debemos observar que los hombres de poderosa inteligencia tienen casi todos bellas manos, cuya perfección es carácter distintivo de un alto destino. Jesucristo realizó sus milagros con la simple imposición de las manos. La mano transpira vida, y donde se pone deja las huellas de un poder mágico; así es ella la mitad de todos los placeres del amor. Revela al médico todos los misterios de nuestro organismo. Exhala, más que ninguna otra parte de nuestro cuerpo, los fluidos nerviosos o la desconocida substancia que debemos llamar *voluntad*, al carecer de otro término. Los ojos pueden reflejar el estado de nuestra alma, pero la mano traiciona a la vez los secretos del cuerpo y los del pensamiento. Adquirimos la facultad de imponer silencio a nuestros ojos, a nuestros labios, a nuestras cejas y a la frente, pero la mano no disimula, y nada en nuestros rasgos podría compararse con su riqueza expresiva. El frío y el calor, a

los que es sensible, presentan matices tan imperceptibles que escapan a los sentidos de las personas irreflexivas; pero un hombre sabe distinguirlos, por poco que conozca la anatomía de los sentimientos y de las cosas de la vida humana. Así la mano tiene mil maneras de ser adusta, húmeda, ardiente, helada, suave, reseca, untuosa. Palpita, se lubrica, se endurece, se reblandece. Y aún ofrece un fenómeno inexplicable que uno llamaría la «encarnación del pensamiento». Desespera al escultor y al pintor cuando quieren expresar el cambiante dédalo de sus misteriosos lineamientos. Tender la mano a un hombre, es salvarle. Es el amparo de nuestros sentimientos. En todos los tiempos las brujas han querido leer nuestros destinos futuros en sus líneas, que nada tienen de fantástico y que corresponden a los principios de la vida y del carácter. Cuando se acusa a un hombre de carecer de tacto, una mujer le condena sin remisión posible. Y se dice: la mano de la justicia, la mano de Dios; luego, un golpe con la mano cuando uno quiere explicar una empresa atrevida.

Aprender a conocer los sentimientos por las variaciones atmosféricas de la mano, que generalmente una mujer abandona sin desconfianza, constituye un estudio menos ingrato y más seguro que el de la fisonomía.

De este modo usted podrá, dominando esta ciencia, armarse de un gran poder y asegurarse un hilo que le guiará al laberinto de los corazones más impenetrables. Ahí tiene su cohabitación absuelta de muchos errores y enriquecida con muchos tesoros.

Ahora, ¿usted cree de buena fe que está obligado a ser un Hércules, por el hecho de acostarse todas las noches con su mujer...? ¡Qué ingenuidad! En la situación en que se encuentra, un marido hábil posee muchos más recursos para salir adelante que los que tenía la señora de Maintenon cuando se veía obligada a sustituir un plato con la narración de una historia.

Buffon y algunos fisiólogos pretenden que nuestros órganos se fatigan mucho más por el deseo que por los goces más vivos. En efecto, ¿no constituye el deseo una especie de posesión intuitiva? ¿No es a la acción visible lo que los accidentes de la vida intelectual de que disfrutamos durante el sueño lo que a los acontecimientos de nuestra vida material? Esa enérgica *aprehensión* de las cosas, ¿no necesita un impulso interior más intenso que el que recibe del exterior? Si nuestros gestos no son otra cosa que la manifestación de actos ya realizados por nuestro pensamiento, piénsese de qué modo los deseos a menudo repetidos deben consumir los fluidos vitales. Pero las pasiones, que no son más que un cúmulo de deseos, ¿no dejan surcos en los rostros de los ambiciosos, de los jugadores, y no desgastan los cuerpos con maravillosa rapidez?

Entonces estas observaciones deben contener los gérmenes de un sistema misterioso, protegido igualmente por Platón y por Epicuro; lo dejamos para que se medite en él, cubierto con el velo de las estatuas egipcias.

Pero el mayor error que pueden cometer los hombres es creer que el amor sólo reside en esos momentos fugitivos que, según la magnífica expresión de Jossuet, se parecen, en nuestras vidas, a clavos sembrados en una pared; a la vista, parece que haya muchos, pero si se cogieran, cabrían en la mano.

El amor invierte el tiempo casi siempre hablando. Una sola cosa es inagotable en un amante, y es la bondad, la gracia y la delicadeza. Sentirlo todo, adivinarlo todo, prevenirlo todo; hacer reproches sin herir la ternura; despojar un regalo de toda presunción; doblar la importancia de una actitud por medio de formas ingeniosas; halagar con los actos y no con las palabras; hacerse comprender antes que obligar a entender por la fuerza; tocar sin golpear; poner caricias en las miradas y hasta en las inflexiones de la voz; no molestar jamás; divertir sin ofender al buen gusto; dirigirse siempre al corazón, hablar al alma... He ahí todo lo que las mujeres desean; abandonarían todos los placeres de las noches de Mesalina para vivir con un ser que les prodigue aquellas caricias del alma que tanto apetecen, y que nada les cuestan a los hombres, o sólo un poco de atención.

Estas líneas encierran la mayor parte de los secretos del lecho conyugal. Habrá posiblemente algunos que tomarán esta larga definición de la educación por la del amor, cuando no es, a lo sumo, más que una recomendación de cómo hay que tratar a la mujer, igual a como se trataría al ministro de quien dependiera la plaza que se persigue.

Oigo millares de voces exclamando que esta obra aboga más a menudo por la causa de la esposa que por la del marido;

que la mayoría de las mujeres son indignas de estos delicados cuidados, y que ellas abusarían;

que hay mujeres inclinadas al libertinaje, y éstas no se acomodarían demasiado a lo que calificarían de mixtificaciones;

que ellas son todo vanidad, y que no piensan más que en trapos;

que padecen obcecaciones realmente inexplicables;

que a muchas de ellas las irritaría recibir una atención;

que son tontas, que no comprenden nada, que no valen nada, etc.

En contestación a ese clamor, imprimiremos aquí esta frase que, puesta entre dos líneas en blanco, puede que parezca un pensamiento, para emplear una expresión de Beaumarchais:

LXIV

La mujer es para su marido tal como su marido la ha hecho.

Tener un intérprete fiel que traduzca con absoluta fidelidad los sentimientos de una mujer, hacerla espía de sí misma, mantenerse a la altura de su temperamento en amor, no dejarla sola, procurar oír su sueño, evitar los contrasentidos que llevan a tantos matrimonios al fracaso, son razones que deben hacer triunfar la cama única sobre los otros dos sistemas de organizar el tálamo nupcial.

Como no existe ningún beneficio sin impuesto, hay que imponerse la obligación

de aprender a dormir con elegancia, de conservar la dignidad bajo el gorro de dormir, de ser educado, de tener el sueño ligero, de no toser demasiado, y de imitar a los autores modernos, que escriben más prólogos que libros.

MEDITACIÓN XVIII

DE LAS REVOLUCIONES CONYUGALES

Llega siempre un momento en que los pueblos y las mujeres, incluso las más estúpidas, se dan cuenta de que abusan de su inocencia. La más hábil política puede engañar mucho tiempo, pero los hombres serían demasiado felices si ella pudiera engañarles siempre, y eso ahorraría mucha sangre entre los pueblos y en los matrimonios.

No obstante, esperemos que los medios de defensa que hemos proporcionado en las Meditaciones anteriores serán suficientes para que un cierto número de maridos pueda librarse de las garras del Minotauro.

¡Oh...!, concedámosle al doctor que algunos amores, envueltos en una sorda conspiración, perecerán bajo los golpes de la Higiene, o se reblandecerán gracias a la Política Marital. Sí (consolador error), más de un amante será rechazado por los Procedimientos Personales; más de un marido sabrá cubrir con un velo impenetrable los resortes de su maquiavelismo, y más de un hombre saldrá mejor librado que el antiguo filósofo que exclamó: «*Nolo coronari!*».

Pero desgraciadamente tenemos que reconocer una triste verdad. El despotismo tiene su seguridad, se parece a esa hora que precede a la tempestad y cuyo silencio permite al viajero, tumbado sobre la hierba reseca, escuchar a una milla de distancia el canto de una cigarra. Entonces, cualquier día una mujer honesta, y la mayoría de las nuestras le imitará, descubre con mirada de águila las sutiles maniobras que la han hecho víctima de una política infernal. Al principio se enfurece por haber sido virtuosa durante tanto tiempo. ¿A qué edad, qué día tendrá lugar esa terrible revolución...? Esta cuestión de cronología depende por entero del temperamento de cada marido, ya que no todos reúnen condiciones para poner en práctica con la misma inteligencia los preceptos de nuestro evangelio conyugal.

«Debes de quererme muy poco para dedicarte a esos cálculos», exclamará la mixtificada esposa. «¡Qué bien! Ahora resulta que desde el primer día has estado sospechando de mí... Eso es monstruoso; ninguna mujer sería capaz de una conducta tan pérfida».

Este es el tema. Cada marido puede adivinar las variaciones con que le sorprenderá el carácter de la joven Euménide de quien ha hecho su compañera.

Una mujer no se deja vencer por los nervios en ese momento. Calla y disimula. Su venganza será un misterio. Usted sólo tendrá que luchar contra las dudas después de la crisis que suponemos atravesará cuando termine la Luna de Miel, mientras que ahora tendrá que forcejear contra una resolución. Ella ha resuelto vengarse. Desde ese día, su máscara es de bronce para usted, lo mismo que su corazón. Usted le es indiferente, e insensiblemente llegará a serle insoportable. La guerra civil no estallará

hasta el momento en que, como una gota de agua que hace derramar un vaso lleno, un acontecimiento, cuya mayor o menor gravedad nos parece difícil determinar, le habrá hecho odioso. El lapso de tiempo que debe transcurrir entre este último momento, epílogo fatal de la armonía que antes hubo entre los dos, y el día en que su mujer se ha dado cuenta de sus manejos, es, sin embargo, lo bastante considerable para que usted pueda poner en práctica la serie de medios de defensa que vamos a exponer.

Hasta aquí, únicamente ha estado protegiendo su felicidad por medio de los juegos de un poder totalmente oculto. De ahora en adelante, el mecanismo de su máquina conyugal será tan claro como el día. Allí donde antes preveía el crimen es donde ahora tendrá que golpear. Usted ha empezado por negociar y terminará montando a caballo y blandiendo el sable, como un gendarme de París. Usted hará caracolear al corcel, usted, le sacará reflejos al sable, usted gritará como un energúmeno y usted tratará de desarticular la algarada sin herir a nadie.

Del mismo modo que el autor ha tenido que valerse de una transición para poder pasar de los medios ocultos a los medios visibles, igual es necesario a un marido justificar el cambio demasiado brusco de su política, pues en el matrimonio como en la literatura el arte radica en la gracia de sus transiciones. Para usted, todo eso es de la mayor importancia. ¿En qué horrible situación no se vería si su esposa tuviese que dolerse de su conducta en el momento quizá más crítico de la vida conyugal...?

Entonces, hay que encontrar un medio que justifique la secreta tiranía de su primera política; un medio que prepare el espíritu de su mujer para la crueldad de las medidas que usted tomará; un medio que, lejos de hacerle perder su afecto, les reconcilie; un medio que le haga digno del perdón, que le devuelva incluso un poco de aquel encanto de que usted se valió para seducirla antes del matrimonio...

¿Pero a qué política pedirle ese remedio...? ¿Existe esa política...?

—Sí.

¡Pero qué habilidad, qué tacto, qué arte teatral no ha de poseer un marido para desplegar las riquezas mímicas del tesoro que vamos a descubrirle! Para representar la pasión cuyo fuego se va a renovar, hay que ser un comediante tan grande como Taima...

Esta pasión son *los celos*.

«Mi marido está celoso. Lo ha sido desde que nos casamos... Me disimulaba ese sentimiento por un principio de delicadeza. Entonces, ¿me quiere todavía? Yo haré de él lo que quiera...».

Aquí tiene los descubrimientos que una mujer habrá de hacer sucesivamente después de las escenas de la comedia que usted tendrá que representar; un hombre de mundo tendría que ser muy estúpido para no hacerle creer a una mujer lo que la halaga.

¿Con qué hipócrita perfección no habrá usted de coordinar los actos de su conducta de modo que despierte la curiosidad de su mujer, impulsándola a que le estudie de nuevo, a que intente penetrar en el laberinto de sus pensamientos...?

Actores sublimes, ¿adivináis las reticencias diplomáticas, los gestos astutos, las palabras misteriosas, las miradas de doble llama que una noche inducirán a vuestra mujer a tratar de arrancaros el secreto de vuestra pasión?

¡Oh...!, reírse en sus propias barbas poniendo ojos de tigre; no mentir y no decir la verdad; captar el caprichoso espíritu de una mujer y dejarle creer que os tiene cogidos cuando estáis a punto de ponerle un dogal de hierro... ¡Oh, comedia sin público, interpretada de corazón a corazón, en la que los dos aplaudís un éxito seguro...!

Será ella quien le hará comprender que está usted celoso; quien le demostrará que ella le conoce mejor que usted mismo; quien le demostrará la inutilidad de sus artimañas, que quizá desafiará. La superioridad que se atribuye sobre usted le hace creer en un triunfo que la embriagará; usted se va ennobleciendo a sus ojos, pues empieza a encontrar natural su conducta. Lo que hay es que su desconfianza será inútil; si ella quiere traicionarle, ¿quién se lo impedirá...?

Después, una noche la pasión le arrastrará, y, encontrando un pretexto en cualquier bagatela, hará usted una escena durante la cual su cólera le arrancará el secreto de los extremos a que ha llegado. He aquí la promulgación de nuestro nuevo código.

No crea usted que una mujer se irrite, pues ella necesita sus celos. Ella misma exigirá sus rigores. En primer lugar, porque busca en ellos la justificación de su conducta; después, porque verá enormes beneficios representando ante la sociedad el papel de víctima; ¿no cree usted que la envanecerá ir coleccionando deliciosas conmisericordias? Y en seguida tendrá un arma contra usted mismo, esperando utilizarla para tenderle una trampa.

Ve distintamente mil placeres en el futuro de sus traiciones, y su imaginación sonríe ante la visión de las barreras de que usted la rodea; ¿pero no llegará un momento en que habrá que saltarlas?

La mujer posee mejor que nosotros el arte de analizar los dos sentimientos humanos de que se arma contra nosotros o de los cuales es víctima. Ellas tienen el instinto del amor, porque el amor es toda su vida, y el de los celos, porque es casi el único medio de que disponen para gobernarnos. En la mujer los celos son un sentimiento auténtico, producido por el instinto de conservación; encierra la alternativa de vivir o morir. Pero en el hombre, ese afecto casi indefinible es siempre un contrasentido cuando no se sirve de él como medio.

Tener celos de una mujer que nos quiere constituye uno de los singulares vicios del razonamiento. Se nos quiere o no se nos quiere; colocados entre estos dos extremos, los celos son un sentimiento inútil en el hombre; no se explican, como no se explica el miedo, y quizá los celos no sean otra cosa que el miedo en el amor. Pero no consisten en dudar de la mujer, sino en dudar de uno mismo.

Ser celoso, es a la vez el colmo del egoísmo, falta de amor propio y la irritación de una falsa vanidad. Las mujeres mantienen con cuidados maravillosos ese ridículo

sentimiento, porque a él le deben sus vestidos, la plata de su tocador, los brillantes, todo lo que, para ellas, es el barómetro de su poder. Entonces, si a usted no le ciegan los celos, su mujer se pondrá en guardia, pues si hay una trampa de la que ella no desconfíe, será la que ella se tenderá a sí misma.

Así, una esposa puede ser fácilmente engañada por un marido lo bastante hábil para dar, a la inevitable revolución que tarde o temprano ha de estallar, la prudente dirección que indicamos. Usted llevará a su domicilio el singular fenómeno cuya existencia nos ha demostrado con las asíntotas la geometría. Su mujer siempre tenderá a minotaurizarlo, aunque no lo consiga. Como esos nudos que se cierran más cuanto más se intenta deshacerlos, trabajará en provecho de su poder creyendo trabajar en favor de su independencia.

El último grado de «interpretación escénica» en un príncipe radica en hacer creer a su pueblo que se bate por él, cuando lo que hace es mandarle a la muerte con tal de conservar el trono.

Pero muchos maridos encontrarán una dificultad primitiva en la ejecución de ese plan de campaña. Si el disimulo de la mujer es mucho, ¿por medio de qué signos adivinará el momento en que ella se ha dado cuenta de los recursos de la prolongada mixtificación de usted?

En primer lugar, la Meditación de la Aduana y la Teoría de la Cama han desarrollado ya muchos medios para adivinar el pensamiento femenino, pero no tenemos la pretensión de agotar en este libro todos los recursos de la inteligencia humana, los cuales son incontables. Vea usted una prueba. El día de las Saturnales, los romanos descubrían en diez minutos más cosas en lo referente a sus esclavas que en el resto del año. Hay que saber crear Saturnales en el matrimonio, e imitar a Gessler, quien, después de ver a Guillermo Tell atravesando la manzana puesta sobre la cabeza de su hijo, debió de decirse: «He aquí un hombre del que debo deshacerme, pues si quiere matarme no le fallará la puntería».

Tiene usted que comprender que si su esposa quiere beber vino del Rosellón, comer filetes de cordero, salir de casa a cualquier hora y leer la Enciclopedia, usted la empuja de una manera apremiante. Primero empezará a desconfiar de sus propios deseos al verle obrar en sentido contrario al de todos sus sistemas precedentes. Supondrá un interés imaginario en este cambio de política, y entonces toda la libertad que le conceda la preocupará tanto que no podrá disfrutarla. En cuanto a las desdichas a que pudiera traer ese cambio, el tiempo lo dirá. En cuestiones de revolución, el primer principio es dirigir el mal que no se puede evitar, y atraer al rayo con pararrayos, para meterlo en un pozo.

Ahora preparemos el último acto de la comedia.

El amante que desde el día en que el más débil de todos los *primeros síntomas* se ha declarado a su mujer hasta el momento de producirse la *revolución conyugal*, ha estado dando vueltas, ya como figura material, ya como ente de razón, *el amante*, llamado por una señal de ella, ha dicho: «Aquí estoy».

MEDITACIÓN XIX

DEL AMANTE

Ofrecemos las siguientes máximas a vuestra meditación.

Sería para desesperar de la raza humana si no se hubiesen hecho más que en el 1830; pero establecen de forma categórica las relaciones y las desemejanzas que se dan entre vosotros, vuestra esposa y un amante; deben iluminar con tanta brillantez vuestra política, y revelaros con tanta precisión las fuerzas del enemigo, que el dómine ha renunciado totalmente a su amor propio, y si, por casualidad, hubiese en ellas un solo pensamiento nuevo, ponedla en la cuenta del diablo que aconsejó escribir esta obra.

LXV

Hablar de amor es hacer el amor.

LXVI

En un amante, el más vulgar de los deseos se presenta siempre como un impulso de una admiración consciente.

LXVII

Un amante tiene todas las cualidades y todos los defectos que no tiene un marido.

LXVIII

Un amante no sólo da vida a todas las cosas, sino que también hace que se olvide la vida; el marido no da vida a nada.

LXIX

Todas las monerías de sensibilidad que hace una mujer maravillan a un amante, y allí donde un marido se encoge de hombros, un amante está en éxtasis.

LXX

Un amante no traiciona más que por medio de sus modales el grado de intimidad a que ha llegado con una mujer casada.

LXXI

Una mujer no sabe siempre por qué ama. Es raro que un hombre no tenga un interés u otro en amar. Un marido debe hallar esta secreta razón de egoísmo, puesto que para él será como la palanca de Arquímedes.

LXXII

Un marido inteligente no supone jamás abiertamente que su mujer tenga un amante.

LXXIII

Un amante obedece a todos los caprichos de una mujer, y como un hombre nunca es vil en brazos de su querida, empleará para complacerla los medios que a menudo repugnan a un marido.

LXXIV

Un amante enseña a una mujer todo lo que un marido le ha ocultado.

LXXV

Todas las sensaciones que una mujer aporta a su amante, las intercambia; vuelven a ella más intensas; se han enriquecido más con lo que ha dado que con lo que ha recibido. Es este un comercio en el que casi todos los maridos terminan por caer en una bancarrota.

LXXVI

Un amante no habla a una mujer más que de lo que puede enaltecerla, mientras

que un marido, aunque esté enamorado, no puede evitar el darle consejos, los cuales siempre tienen un acento de crítica.

LXXVII

Un amante procede siempre de su querida a él, que es lo contrario de lo que sucede con un marido.

LXXVIII

Un amante desea siempre parecer amable. Hay en ese sentimiento un principio de exageración que lleva al ridículo, y debe saberse aprovechar.

LXXIX

Cuando se comete un crimen, el juez de instrucción sabe (excepto cuando un preso asesina en la misma prisión) que no hay más de cinco personas a las cuales pueda atribuir el delito. Parte de este hecho para hacer sus conjeturas. Un marido debe razonar como un juez: no hay más de tres personas en la sociedad de las que pueda sospechar que sean el amante de su mujer.

LXXX

Un amante no se equivoca jamás.

LXXXI

El amante de una mujer casada acaba de decirle: «Señora, usted necesita descanso. Debe dar ejemplo de virtud a sus hijos. Ha jurado hacer feliz a un marido, el cual, a excepción de algunos pequeños defectos (y yo tengo más que él), merece su afecto. Pues bien, lo que pretendo es que me sacrifique usted su familia y su vida, porque he notado que tiene usted unas hermosas piernas. Que no se le escape a usted ni la menor protesta, ya que una simple lamentación es una ofensa que estoy dispuesto a castigar con una pena mucho más severa que la que señala la ley para las esposas adúlteras. En premio a sus sacrificios, yo le proporcionaré tantos placeres como disgustos». Y, lo que es increíble, el amante triunfa... La forma que emplea en

su lindo discurso lo hace olvidar todo. Sólo dice una frase: «Te quiero». Un amante es un heraldo que pregona el mérito, o la belleza, o la inteligencia de una mujer. ¿Qué pregona un marido?

En resumen, el amor que una mujer casada inspira, o el que ella siente, es el sentimiento menos halagador que hay en el mundo; en ella, es una inmensa vanidad; en el amante, es egoísmo. El amante de una mujer casada contrae demasiadas obligaciones para que puedan hallarse tres hombres en cada siglo que merezcan ese nombre; debería consagrar toda su vida a su amiga del alma, a la que siempre acaba por abandonar; el uno y el otro lo saben, y desde que existen sociedades humanas, siempre ha sido ella tan sublime como él ingrato. Una gran pasión excita alguna vez la piedad de los jueces que la condenan, pero ¿dónde hallar pasiones auténticas y duraderas? ¿Qué poder no le hace falta a un marido para luchar con probabilidades de éxito contra un hombre cuyo prestigio lleva a una mujer a someterse a tantas desdichas?

Consideramos que, por regla general, un marido puede, sabiendo emplear adecuadamente los medios de defensa que hemos expuesto, dirigir a su esposa hasta los veintisiete años, no sin que ella haya elegido un amante, sino sin que haya llegado a perpetrar el gran crimen. Se pueden encontrar aquí y allá ciertos hombres que, dotados de un profundo genio conyugal, pueden conservar sus mujeres para ellos solos, en cuerpo y alma, hasta los treinta o treinta y cinco años; pero esas excepciones son la causa de una especie de escándalo y de estupor. Ese fenómeno suele darse en provincias, donde siendo la vida diáfana y las casas abiertas a la gente, un hombre dispone de un gran poder. Esa milagrosa ayuda que le proporcionan a un marido los hombres y las cosas se diluye siempre en una ciudad cuya población llegue a los doscientos cincuenta mil habitantes.

Queda, entonces, casi demostrado que la edad de treinta años es la edad de la virtud. En ese crítico momento, una mujer es tan difícil de vigilar que, para tenerla constantemente encadenada al paraíso conyugal, hay que recurrir a los últimos medios de defensa que nos quedan, y a los cuales nos remitiremos en el *Ensayo sobre la Policía*, en el *Arte de regresar a Casa*, y en *Las Peripecias*.

MEDITACIÓN XX

ENSAYO SOBRE LA POLICÍA

La policía conyugal se compone de todos los medios que nos dan las leyes, las costumbres, la fuerza y la astucia para impedir que vuestra esposa realice los tres actos que constituyen en cierto modo la vida del amor: escribirse, verse y hablarse.

La policía se combina, más o menos, con varios de los medios de defensa contenidos en las Meditaciones anteriores. Únicamente el instinto puede indicar en qué proporción y en qué ocasiones deben ponerse en práctica esos distintos elementos. El conjunto del sistema es ciertamente elástico: un marido hábil hallará fácilmente la manera y el momento de ceder, de esperar, de exigir. Con la ayuda de la policía, un hombre puede llevar a su mujer a cumplir los cuarenta años pura de toda falta.

Dividiremos este tratado de policía en cinco partes:

I. De las Ratoneras.

II. De la Correspondencia.

III. De los Espías.

IV. Del Índice.

V. Del Presupuesto.

I. DE LAS RATONERAS

A pesar de la crisis que atraviesa un marido, no supondremos que el amante haya adquirido «derecho de ciudadanía» en la ciudad marital. A menudo muchos maridos piensan que su esposa tiene un amante, pero no saben sobre cuál, de los cinco o seis elegidos de que hemos hablado, han de recaer las sospechas. Esta vacilación proviene sin duda de una especie de enfermedad moral, en cuyo socorro debe acudir el profesor.

Fouché tenía en París tres o cuatro casas adonde acudían las personas de mayor distinción, y sus propietarias le eran fieles. Esa fidelidad le costaba grandes sumas al Estado. El ministro calificó esas reuniones, de las que nadie desconfió en aquel tiempo, de *ratoneras*. Más de una detención se llevó a cabo al salir de un baile donde la más brillante sociedad de París había sido cómplice del pretor.

El arte de enseñar unos fragmentos de nuez tostada, para ver si vuestra esposa avanza su blanca mano hacia la trampa, queda muy circunscrito, pues una mujer acostumbra a estar siempre en guardia; sin embargo, contamos por lo menos con tres clases de ratoneras: la *Irresistible*, la *Falsa* y la de *Resorte*.

DE LA IRRESISTIBLE

Dos maridos, que serán A y B, se supone que quieren descubrir quiénes son los amantes de sus esposas. Situemos al marido A en el centro de una mesa llena de las más hermosas pirámides de frutas, de cristales, de dulces y de licores, y al marido B en el lugar del deslumbrante círculo que queráis. Ha corrido el champaña, brillan los ojos de los comensales y las lenguas no se dan un segundo de reposo.

Marido A (pelando una castaña): — ¡Ah!, muy bien, yo admiro a la gente de letras, pero de lejos; los encuentro insoportables, tienen una conversación despótica; no sé si lo que más nos fastidia son sus cualidades o sus defectos, pues verdaderamente parece que la superioridad de su inteligencia sólo les sirve para poner de relieve sus defectos y sus cualidades. En resumen... (*se come la castaña*). Las personas muy inteligentes son, si ustedes quieren, elixires, pero hay que usarlos con sobriedad.

Esposa B (que estaba muy atenta). — Pero, señor A, sí que es usted difícil... (*Sonríe ella maliciosamente*). Me parece que los tontos tienen tantos defectos como los hombres de talento, con la diferencia de que no saben hacérselos perdonar.

Marido A (amoscado). — Tendrá que reconocer por lo menos, señora, que a su lado no se muestran muy amables, que digamos...

Esposa B (con viveza). — ¿Quién se lo ha dicho?

Marido A (sonriendo). — ¿No se siente aplastada con el peso de su superioridad? La vanidad es algo tan poderoso en sus almas, que entre usted y ellos debe de haber...

La dueña de la casa (aparte, a la esposa A). — *Te lo has merecido, querida...* (La esposa A se encoge de hombros).

Marido A (sin interrumpirse). — Además, la costumbre que tienen de combinar ideas revelando el mecanismo de sus sentimientos, hace que para ellos el amor sea algo puramente físico, y ya se sabe que no descuellan...

Esposa B (mordiéndose los labios e interrumpiendo). — Me parece, señor, que nosotras somos los únicos jueces posibles de este proceso. Pero le confieso que no concibo que las personas de la alta sociedad no quieran los hombres de letras... Claro que es más fácil criticarlos que imitarlos.

Marido A (desdeñosamente). — ¡Oh, señora!, las personas de la alta sociedad pueden atacar a los autores de hoy sin que se las tilde de envidiosas. Hay hombres de la mejor sociedad que si se decidieran a escribir...

Esposa B (con calor). — Desdichadamente para usted, señor, algunos de sus amigos de la Cámara han escrito novelas, y, ¿las ha podido leer...? Pero es cierto que actualmente hay que llegar a una serie de investigaciones históricas para concebir algo; hay que...

Marido B (sin responder a su vecina de mesa, y aparte). — ¡Oh, oh! ¿se tratará, pues, del señor de L. (el autor de *Los Sueños de una Doncella*) a quien ama mi

esposa...? Esto es curioso, pues creía que se trataba del doctor M... Veamos... (*En voz alta*). ¿Sabes, querida, que tienes mucha razón en lo que dices? (*Risas*). Ciertamente preferiría tener siempre en mi salón artistas y gente de letras (*Aparte*: Cuando los invitemos) que no personas de otra profesión. Por lo menos los artistas hablan de cosas que están al alcance de todas las inteligencias, y, al fin y al cabo, ¿quién no se cree persona de gustos refinados? En cambio, los jueces, los abogados y los médicos especialmente... ¡Ah!, confieso que el tener que oírles constantemente ha blando de procesos y de enfermedades, las dos clases de males humanos que...

Esposa B (abandonando la conversación que sostenía con su vecino para contestar a su esposo). — *Los médicos son realmente insoportables...*

Esposa A (*la vecina de mesa del marido B, hablando al mismo tiempo*). — ¿Pero qué estaba usted diciendo? Se equivoca totalmente. Hoy nadie quiere parecer lo que es: los médicos, puesto que usted alude a los médicos, se esfuerzan en no hablar del arte que profesan. Hablan de política, de modas, de teatros; explican sucesos, y son capaces de escribir libros mejores que los autores consagrados, y los médicos de hoy están muy lejos de los médicos de Molière...

Marido A (*aparte*). — Vaya... ¿Estará mi mujer enamorada del doctor M...? Esto es muy curioso. (*En voz alta*). Es posible lo que dices, querida, pero yo no confiaría mi perro a los médicos que escriben.

Esposa A (*interrumpiendo a su marido*). — Lo que dices es injusto: conozco a alguno que ocupa cinco o seis cargos, y en quien el gobierno parece tener mucha confianza; por otra parte, es extraño que seas tú quien diga eso, pues siempre has hecho mucho caso del doctor M...

Marido A (*aparte*). — Ya no hay duda.

LA FALSA

Un marido (al regresar a casa). — Querida, la señora Fischtaminel nos ha invitado al concierto que dará el martes próximo. Esperaba poder ir para hablar con el joven primo del ministro que tenía que cantar, pero se ha ido a Fréville, a casa de una tía suya. ¿Qué quieres hacer?

La esposa. — Los conciertos me aburren hasta ponerme a morir... Hay que estarse clavada en una silla durante horas enteras sin poder decir nada. Además, sabes que ese día comemos en casa de mi madre, y que nos es imposible no ir a felicitarla en su día.

El marido (negligentemente). — *Ah, es verdad...*

(*Tres días más tarde*)

El marido (metiéndose en la cama). — Mañana, ángel mío, te dejaré con tu madre, porque el conde ha regresado de Fréville y estará en casa de la señora

Fischtaminel.

La esposa (vivamente). — ¿Y por qué tienes que ir solo? Recuerda que la música me apasiona...

LA RATONERA CON RESORTE

La esposa. — ¿Por qué te vas tan temprano hoy? ¿Adónde vas?

El marido (misteriosamente). — Oh..., un asunto tan desagradable que no sé qué hacer para solucionarlo...

La esposa. — Dime, ¿de qué se trata? Adolfo, eres un monstruo si no me dices qué vas a hacer...

El marido. — Mira, querida, ese atolondrado de Próspero Magnan tiene un desafío con el señor de Fontanges por culpa de una muchacha de la Ópera... ¿Qué te pasa...?

La esposa. — Nada... Aquí hace mucho calor. No sé a qué se debe, pero durante todo el día he sentido como si me ardiesen las mejillas...

El marido (aparte). — Está enamorada del señor de Fontanges... (*En voz alta*). ¡Celestina...! (*Grita aún más fuerte*). ¡Celestina!, ven en seguida que la señora se encuentra mal...

Ya se comprenderá que un marido inteligente debe disponer de mil maneras distintas de preparar estas tres clases de ratoneras.

II. DE LA CORRESPONDENCIA

Escribir una carta y mandarla al correo; recibir la contestación, leerla y quemarla; he aquí la correspondencia reducida a la más simple expresión.

Pero considerad los inmensos recursos que la civilización, nuestras costumbres y el amor han puesto a disposición de las mujeres para sustraer estos actos materiales a la penetración marital.

La caja inexorable que muestra una boca abierta a todo el que se le acerca recibe el informe de su presupuesto de todas las manos.

Hay la fatal invención llamada *Lista de correos*.

Un amante encuentra cien personas caritativas, masculinas o femeninas, que, con intención vengativa, estarán dispuestas a deslizar un dulce billete en la mano amorosa e inteligente de su hermosa querida.

La correspondencia es un Proteo. Tiene tintas simpáticas, y un joven célibe nos ha confiado que escribió una carta en la blanca contraportada de un libro recién publicado, el cual, encargado al librero por el marido, llegó a las manos de su amante, quien desde la víspera conocía el adorable ardid.

La mujer enamorada que teme los celos de su marido, leerá las dulces misivas durante el tiempo dedicado a esas misteriosas ocupaciones, y el más tiránico de los maridos está obligado a no importunarla con su presencia.

Por último, los amantes dominan el arte de crear una telegrafía particular cuyos caprichosos signos son muy difíciles de comprender. En el baile, una flor colocada en determinada forma; en el teatro, un pañuelo abierto en la barandilla del palco; rascarse la nariz, el particular color de una cinta, un sombrero puesto o no, un vestido en vez de otro, la romanza cantada en un concierto, o ciertas notas tocadas en un piano; la mirada fija en un sitio convenido..., todo, desde el organillo que pasa por delante de vuestra ventana y que se va sin que se haya abierto una sola persiana, hasta el anuncio de un caballo en venta que publica un periódico, e incluso dirigido especialmente *a vosotros*, todo será correspondencia.

En efecto, ¿cuántas veces una mujer no habrá rogado astutamente a su marido que le haga tal encargo, ir a tal tienda, a tal casa, habiendo prevenido a su amante de que vuestra presencia en tal sitio significa un sí o un no?

Aquí el profesor debe confesar, para vergüenza suya, que no existe ningún medio para impedir que los amantes se comuniquen. Pero el maquiavelismo marital sale más fuerte de esa impotencia, lo que no habría conseguido recurriendo a medios coercitivos.

Un convenio que debe permanecer sagrado entre los esposos es aquél por el que se juran mutuamente respetar el secreto de sus respectivas cartas. Debe adoptarlo todo marido hábil que establece este principio al entrar en el matrimonio, y que sabe debe obedecerlo concienzudamente.

Al dejar a una mujer en libertad ilimitada para escribir y recibir cartas usted se proporciona el medio de saber el momento en que se escribe con su amante.

Pero suponiendo que su esposa desconfíe de usted y que cubra con las más impenetrables sombras los recursos empleados para ocultarle su correspondencia, ¿no es precisamente entonces cuando ha llegado el momento de desplegar ese poder intelectual de que hemos hablado en la Meditación de la Aduana? Un hombre que no vea cuándo su esposa ha escrito a un amante o cuándo ha recibido una respuesta es un marido incompleto.

El profundo estudio que usted tiene que hacer de los impulsos, de los actos, de los gestos y de las miradas de su mujer, será posiblemente doloroso y agotador, pero durará poco, pues sólo se trata de saber cuándo su esposa y el amante se escriben y cómo lo hacen.

Nos resistimos a creer que un marido, aunque sea de una inteligencia mediocre, no sepa adivinar esta maniobra femenina cuando sospecha que se recurre a ella.

Juzgue ahora, por una sola aventura, todos los medios de policía y de represión que le proporciona la correspondencia.

Un joven abogado a quien una frenética pasión reveló algunos de los principios consagrados en esta importante parte de nuestra obra, se casó con una joven de la

cual estaba débilmente enamorado (lo que él consideró como una gran suerte), y, al cabo de un año de matrimonio, se dio cuenta de que su querida Ana (ella se llamaba Ana) estaba enamorada del primer empleado de un agente de cambio.

Adolfo era un hombre de unos veinticinco años, de buena planta y amigo de divertirse como la mayoría de los solteros. Era hombre ahorrador, limpio, con un corazón excelente, montaba bien a caballo, tenía una conversación amena, un bonito cabello negro, siempre ondulado, y no carecía de elegancia en el vestir. Total, que habría hecho feliz a una duquesa. El abogado era feo, pequeño, rechoncho, cuadrado y marido. Ana, hermosa y alta, tenía unos ojos rasgados en forma de almendra, tez blanca y rasgos delicados. Era toda amor, y la pasión iluminaba su mirada con una expresión mágica. Pertenecía a una familia pobre, y el abogado Lebrun poseía doce mil libras de renta. Todo se explica. Una noche, Lebrun entró en su casa con aspecto visiblemente abatido. Se metió en su despacho para trabajar, pero al poco rato volvió temblando a las habitaciones de su esposa; tenía fiebre y no tardó en acostarse. Gimió, lloró, se lamentó de no poder atender a sus clientes, y sobre todo a una pobre viuda a la cual al día siguiente tenía que salvar la fortuna por una transacción. Se había convenido una cita con los representantes de la otra parte, y no se sentía con fuerzas para ir. Después de dormir un cuarto de hora, se despertó, y, con voz débil, rogó a su esposa que escribiese a uno de sus amigos íntimos para que le reemplazara en la reunión que tendría lugar el día siguiente. Dictó una larga carta, y siguió con la mirada el espacio que ocupaban las frases en el papel. Cuando hubo que empezar a escribir en el anverso de la segunda hoja, el abogado describía a su cofrade la alegría que tendría su cliente si se firmaba la transacción, y el fatal anverso empezaba con estas frases;

 Mi querido amigo, ve, corre inmediatamente a casa de la señora Vernon; allí alguien te estará esperando impacientemente. Vive en la calle de Sentier, n.º 7. Perdóneme que sea tan breve, pero cuento que tu admirable buen sentido adivinará lo que yo no puedo explicarte.

Siempre tuyo.

—Dame la carta —dijo el abogado— para que vea si hay alguna falta antes de firmarla.

La ingenua, cuya prudencia había quedado adormecida por la naturaleza de esa epístola casi plagada de los más bárbaros términos del idioma judicial, le entregó la carta. En cuanto Lebrun se apoderó del falaz escrito, empezó a quejarse, a retorcerse y a exigir no sé qué buen servicio de su esposa. Ella salió y volvió a los dos minutos, ausencia que aprovechó el abogado para saltar de la cama, doblar un papel en forma de carta, y esconder la que había escrito su mujer. Cuando Ana regresó, el hábil marido metió el papel en blanco dentro de un sobre, lo cerró, hizo que su esposa escribiera la dirección de uno de sus amigos al cual la carta sustraída parecía

destinada, y la pobre criatura entregó el inocente mensaje a un criado. Lebrun pareció calmarse insensiblemente; se durmió o aparentó dormir, y a la mañana siguiente repitió que le seguían molestando aquellos vagos dolores. Dos días más tarde, cogió la primera hoja de la carta, rectificó poniendo una *a* allí donde había una *o* en la palabra *tuyo*, dobló misteriosamente el papel inocentemente falsario, lo metió en un sobre, salió del dormitorio conyugal, llamó a la criada y le dijo: «La señora te ruega que lleves esto a don Adolfo, pero en seguida». Vio salir a la criada, e inmediatamente, pretextando un asunto urgente, se fue a la calle de Sentier, a la dirección indicada. Esperó tranquilamente a su rival en casa de un amigo que se había prestado a ayudarlo. Acude el amante, ebrio de felicidad, y pregunta por la señora de Vernon; se le hace pasar, y se encuentra cara a cara con el señor Lebrun, pálido, sí, pero sereno, y una mirada fría, pero implacable. «Caballero, le dice con voz emocionada al joven agente cuyo corazón le salta de pavor, usted está enamorado de mi mujer, y usted trata de conquistarla; yo no puedo recriminárselo porque en su lugar, y a su edad, habría hecho lo mismo. Pero Ana está desesperada; ha turbado usted su felicidad, y su corazón es un infierno. De ahí que lo haya confesado todo. Una discusión fácilmente calmada la impulsó a escribirle el billete que ha recibido usted, y ha querido que en vez de ella viniese yo. No voy a decirle, señor, que de persistir en sus proyectos de seducción, será usted la desgracia de la mujer que usted quiere, que ella perdería mi afecto y no tardaría en perder el de usted; que usted sería el autor de un crimen a plazo corto, porque también sería el culpable del mayor dolor de mis hijos; no quiero hablarle de la amargura que llenaría mi vida... Desgraciadamente, esto es una vieja canción... Pero yo le aseguro, caballero, que el menor paso que usted dé será la señal para llegar al crimen, pues no recurriría a un duelo para atravesarle el corazón».

Al llegar aquí, los ojos del abogado destilaban muerte.

—¡Ay, caballero! —prosiguió con voz más suave—, es usted muy joven, tiene el corazón generoso..., pero haga un sacrificio para que esa mujer a la que usted adora sea feliz. Abandónela, no vuelva a verla. Y si lo que usted quiere es cautivar a alguien de la familia, tengo una tía en la que nadie se ha fijado aún; es encantadora, muy inteligente y rica; intente su conquista, pero deje tranquila a una mujer virtuosa.

Esta mezcla de humor y de terror, la seguridad de su mirada y de su voz causaron la mayor impresión al amante. Se quedó dos minutos petrificado, como a las personas demasiado apasionadas y a quienes la violencia de un choque quita toda presencia de ánimo. Si Ana tuvo amantes (pura hipótesis), ciertamente que Adolfo no lo fue.

Este hecho puede servir para hacerle comprender que la correspondencia es un puñal de doble filo que igual puede ser eficaz para defenderse el marido como para la *inconsecuencia* de una esposa. Favorezca, pues, la correspondencia, por la misma razón que el prefecto de policía cuida de que estén alumbradas las calles de París.

III. DE LOS ESPÍAS

Rebajarse hasta pedir información a la servidumbre, caer más bajo que ella pagando una confidencia, no es un crimen; puede ser una cobardía, pero seguro que sí es una estupidez, puesto que no hay nada que os garantice la honradez de un criado que traiciona a su dueña, y nunca sabréis si está a favor vuestro o a favor de vuestra esposa. Este punto debe ser, pues, juzgado sin apelación.

La naturaleza, esa bondadosa y tierna madre, ha colocado al lado de una madre de familia los espías más seguros y más astutos, los más veraces y a la vez los más discretos que haya en el mundo. Son mudos y hablan, lo ven todo y parece que no vean nada.

Un día, uno de mis amigos me encontró en el bulevar; me invitó a cenar, y nos fuimos a su casa. La mesa estaba ya puesta, y la dueña de la casa servía a sus dos hijas un potage que humeaba. «He aquí mis *primeros síntomas*», me dije. Nos sentamos a la mesa. Lo primero que dijo el marido, quien no es muy delicado, y cuando habla lo hace sin el menor tacto, fue: «¿Ha venido alguien hoy?». «Ni un gato», le respondió su mujer sin mirarle. Nunca olvidaré la rapidez con que las dos niñas miraron a su madre. Singularmente la mayor, de ocho años, la miró con estupor. Había en sus ojos revelación y misterio a la vez, curiosidad y silencio, sorpresa y seguridad. Si hay algo comparable a la velocidad con que la cándida llama escapó de sus ojos, fue la prudencia con que las dos bajaron, como celosías, los graciosos pliegues de sus blancos párpados.

Dulces y encantadoras criaturas que, desde los nueve años hasta la pubertad, sois el tormento de una madre, incluso cuando ella no tiene nada de coqueta, ¿es por privilegio o por instinto que vuestros tiernos oídos oyen la más leve voz de hombre a través de las paredes y las puertas, que vuestros ojos lo ven todo, que vuestra joven inteligencia se esfuerza en adivinar todo lo que ocurre, incluso el significado de una frase dicha distraídamente, o el de un pequeño ademán de vuestras madres?

En la predilección de los padres por sus hijas hay algo de predestinación, algo de instintivo, lo mismo en la que sienten las madres por sus hijos.

Pero el arte de introducir espías en cierto modo materiales es una infantilidad, y nada es más fácil que encontrar algo mejor que lo del bedel que puso cáscaras de huevo en su cama, sin conseguir otra expresión de condolencia de su estupefacto compadre que un: «Tú no los habrías aplastado mejor».

El mariscal de Sajonia no consoló mucho a La Popelinière cuando descubrieron juntos aquella famosa chimenea en forma de espiral, inventada por el duque de Richelieu: «Nunca vi una construcción con cuernos tan bien hecha», comentó el vencedor de Fontenoy.

Esperamos que vuestro espionaje no le informará de nada tan enojoso. Estas desdichas son fruto de la guerra civil, y todavía no hemos llegado a ella.

IV. EL ÍNDICE

El papa sólo mete libros en el Índice; vosotros marcaréis con un sello de reprobación los hombres y las cosas.

Prohibir a la esposa que se bañe en otro sitio que no sea en casa.

Prohibir a la esposa que reciba en sus habitaciones a ese del que usted ya sospecha que es su amante, y a todas las demás personas que pudieran estar interesadas en sus amores.

Prohibir a la esposa que vaya de paseo sin vosotros.

Pero las cosas extrañas a las que da nacimiento en cada matrimonio las diferencias de carácter, los innumerables incidentes producidos por las pasiones, y las costumbres establecidas entre los esposos, imprimen a ese *Libro Negro* tales cambios, multiplican o tachan sus líneas con tanta rapidez, que un amigo del autor decía que índice es la *historia de las variaciones de la iglesia conyugal*.

Únicamente hay dos cosas que puedan someterse a principios fijos: el campo y el paseo.

Un marido no debe permitir jamás que su mujer vaya al campo. Si tenéis alguna propiedad campestre, podéis vivir en ella, y no recibir visitas más que de señoras y de ancianos, pero no dejéis sola a vuestra mujer. Pero llevarla, aunque sólo sea para medio día, a la casa de otro..., es ser más imprudente que un avestruz.

Vigilar a una mujer en el campo es el empeño más difícil. Podéis recorrer constantemente los matorrales, podéis subir a todos los árboles, seguir las huellas de un amante en la hierba que la noche ha humedecido, pero el rocío de la mañana le ha devuelto su normal rigidez. ¡Oh, el campo y la primavera...! Son los dos brazos derechos del celibato.

Cuando una mujer llega a la crisis en la cual suponemos que se halla, un marido debe seguir en la ciudad hasta el momento en que estalle la guerra, o entregarse a los placeres de un cruel espionaje.

En lo que se refiere a los paseos, ¿quiere la esposa ir a fiestas, a representaciones, al bosque de Boulogne, o salir para comprar unas telas, o ver las últimas creaciones de la moda? Pues la señora irá, saldrá y verá en la honorable compañía de su dueño y señor.

Si ella supiera escoger el momento en que una ocupación que os sería imposible dejar reclama vuestra presencia, para intentar conseguir una tácita adhesión a determinada salida previamente meditada; si para conseguirlo pone en juego todos los prestigios y todas las seducciones de esas escenas de mimos en las que toda mujer descuella y cuyas profundas intenciones deben ser adivinadas por vosotros, ¡muy bien!, entonces, el profesor os invita a dejaros convencer, a vender cara la autorización solicitada, y sobre todo, a convencer a esa criatura cuya alma es sucesivamente tan calmada como las aguas estancadas y tan firme como el acero, de que os es imposible, dada la importancia del asunto que os acapara, abandonar el

despacho.

Pero en el momento que vuestra esposa haya puesto un pie en la calle, si va andando, no le permitáis que avance cincuenta pasos; seguidle las huellas, seguidla sin que ella se dé cuenta.

Existirán seguramente algunos Werthers cuyas tiernas y delicadas almas se sublevarán ante esta inquisición. Esta conducta no es más criticable que la del propietario que por la noche se levanta de la cama y mira por la ventana para vigilar los melocotones de su huerto. Quizá con ella podáis conseguir, antes de que se cometa el crimen, información exacta sobre la situación de esos pisos que suelen alquilar los enamorados con nombres supuestos. Si por una casualidad (Dios os guarde), veis que vuestra esposa entra en una casa que os inspira sospechas, informaos inmediatamente de si el edificio tiene más de una salida.

Vuestra mujer sube a un coche de punto..., ¿qué podéis temer? Un prefecto de policía a quien los maridos deberían ofrecer una corona de oro mate, ¿no ha obligado a poner una garita en cada parada de coches de alquiler, donde hay un incorruptible guardián de la moralidad pública? ¿No puede saberse adónde van y de dónde vienen esas góndolas parisienses?

Uno de los principios vitales de vuestra policía será acompañar de vez en cuando a vuestra mujer a casa de los proveedores, si acostumbra ir. Debéis examinar cuidadosamente si hay cierta familiaridad entre ella y la dueña de la mercería, la dueña de la casa de modas, la modista, y etc. Debéis aplicar ahí las reglas de la Aduana Conyugal, y sacar conclusiones.

Si estando vosotros ausentes, vuestra esposa, que ha salido a pesar de todo, pretende haber ido a tal o cual sitio, a esa tienda, id hasta allí al día siguiente, y tratad de saber si ella ha dicho la verdad.

Pero la pasión os dictará, mejor aún que esta Meditación, los recursos de la tiranía conyugal, y nos detenemos en estas fastidiosas enseñanzas.

V. DEL PRESUPUESTO

Al hacer el boceto de un esposo válido (véase la Meditación sobre los *Predestinados*), hemos recomendado cuidadosamente que se le oculte a la esposa la verdadera cantidad a que ascienden vuestros ingresos.

Apoyándonos en esta base para establecer nuestro régimen financiero, esperamos echar por los suelos la opinión, bastante extendida, de que no hay que dejar a la mujer el manejo del dinero. Este principio es uno de los errores populares que en el matrimonio conducen a más contrasentidos.

Pero antes que nada tratemos el problema del corazón ante el problema del dinero.

Decretar una reducida lista civil para vuestra esposa y para las necesidades de la

casa y entregársela como si se tratara de una contribución por doceavos y de mes en mes, comporta una cierta mezquindad, una cierta estrechez de miras, que no puede interesar más que a espíritus sórdidos o desconfiados. Obrando de este modo, os preparáis grandes quebrantos.

Comprendo perfectamente que durante los primeros años de vuestra unión *melífica*, las escenas más o menos graciosas, las bromas de buen tono, los bolsos elegantes y las caricias han ido acompañando y decorando las entregas mensuales; pero llegará un momento en que una distracción de vuestra esposa, o un derroche imprevisto, la obligarán a suplicar un empréstito en la alcoba. Yo supongo que siempre accederéis a conceder ese *bill* de indemnización sin venderlo excesivamente caro por medio de discursos como nuestros infieles diputados no se olvidan nunca de soltar. Pagan pero gruñen; vosotros pagaréis y diréis frases amables. Eso es.

Pero en la crisis en que nos encontramos las previsiones del presupuesto anual jamás son suficientes. Sube el precio de los lacitos, de los sombreros, de las telas; aparecen unos gastos inapreciables exigidos por los congresos, los correos diplomáticos, los caminos y los medios del amor, mientras que los ingresos son los mismos. Entonces se inicia en un matrimonio la más odiosa y la más espantosa de las educaciones que se le puedan dar a una mujer. No conozco muchas almas lo suficientemente nobles y generosas para considerar más importante que los millones la pureza de corazón, la franqueza de alma, y que perdonen mil veces una pasión antes que una mentira, y cuya instintiva delicadeza haya adivinado el principio de esta peste del alma, último grado de la corrupción humana.

Entonces, en efecto, se suceden en un matrimonio las más deliciosas escenas de amor. Entonces una mujer se hace dúctil, y, parecida a la más brillante de todas las cuerdas de un arpa arrojada al fuego, se enrosca a vuestro alrededor, os enlaza, os oprime; se presta a todas vuestras exigencias; jamás sus frases han sido más tiernas; las prodiga, o, por mejor decirlo, las vende; llega a caer más bajo que una bailarina de la Opera, puesto que se prostituye a su marido. En sus más dulces besos hay dinero; en sus palabras hay dinero. Metida en ese oficio, sus entrañas son de plomo para vosotros. El más refinado usurero, el más pérfido, no llega a sopesar mejor con una mirada el valor en metálico de un hijo de familia al que le hace firmar un pagaré, que vuestra esposa al valorar uno de vuestros deseos saltando de rama en rama como una ardilla que huye, para aumentar la suma de dinero por medio de la suma de deseos. Y no creáis que podréis escapar a tales seducciones. La naturaleza ha dotado a la mujer de tesoros de coquetería, y la sociedad los ha aumentado, decuplicándolos, con las modas, con los vestidos, con los bordados y con las fantasías.

—Si llego a casarme —decía uno de los más dignos generales de nuestros viejos ejércitos—, no pondré ni un sueldo en el cesto...

—¿Y qué pondrá en ella, pues? —le preguntó una joven.

—La llave de la caja.

La señorita hizo una pequeña mueca de aprobación. Ladeó suavemente su

cabecita con un movimiento parecido al de la aguja imantada; levantó un poco la barbilla, pareciendo que dijera: «Me casaría a gusto con el general, a pesar de sus cuarenta y cinco años».

Pero en cuestiones de dinero, ¿qué interés queréis se tome una mujer por una máquina que la tiene a sueldo lo mismo que a un tenedor de libros?

Examinemos el otro sistema.

Entregando a vuestra esposa, a título de una confianza absoluta, las dos terceras partes de vuestra fortuna, y dejándola que dirija la administración conyugal, conseguiréis una estimación que nada podrá borrar, pues la confianza y la nobleza suelen encontrar poderosos ecos en el corazón de una mujer. La esposa se verá sujeta a una responsabilidad que levantará a menudo una barrera más poderosa contra sus posibles derroches que la que ella le habrá impuesto a su corazón. Vosotros os habréis conquistado un sitio en el hogar, y podréis estar seguros de que vuestra mujer no se envilecerá quizá nunca.

Ahora, buscando aquí los medios de defensa, considerad qué admirables recursos os ofrece ese plan financiero.

Tendréis, en vuestro matrimonio, una cota exacta de la moralidad de vuestra mujer, del mismo modo que la de la Bolsa da la medida del grado de confianza conseguido por el gobierno.

En efecto, durante los primeros años de matrimonio, vuestra esposa procurará daros toda clase de lujos y una satisfacción por el empleo dado a vuestro dinero.

Conseguirá una mesa espléndidamente servida, renovará el mobiliario y el vestuario; tendrá siempre en el cajón destinado al bienamado una suma dispuesta para gastarla. Pues bien, en las circunstancias actuales, ese cajón estará frecuentemente vacío, y el esposo gastará con exceso. Las economías ordenadas por la Cámara no alcanzan nunca más que a los empleados que tienen mil doscientos francos de sueldo anual, y vosotros os convertiréis en los empleados de mil doscientos francos de vuestra casa. Os podéis reír, puesto que habréis amasado, capitalizado, el otro tercio de vuestra fortuna durante los años transcurridos; como Luis XV, que fue recogiendo cantidades y poniéndolas aparte, *para un caso de necesidad*, decía él.

Así, cuando vuestra esposa hable sobre temas económicos, sus discursos equivaldrán a las variaciones de la cotización bursátil. Para poder adivinar los progresos realizados por el amante, bastará con las fluctuaciones de cotización, y todo podrá ser conciliado por vosotros: *E sempre bene*.

Si, no apreciando ese exceso de confianza, vuestra esposa disipase un día una buena parte de la fortuna, en primer lugar será difícil que esa prodigalidad alcance al tercio de los ingresos guardados por vosotros al cabo de diez años, pero también la Meditación de las *Peripecias* os enseñará que en la crisis producida por las locuras de vuestra esposa hay inmensos recursos para matar al Minotauro.

Por último, el secreto del tesoro amasado por vosotros sólo se debe saber cuando hayáis muerto; y si os veis obligados a hacerle alguna sangría para acudir en socorro

de vuestra mujer, debéis dejar que suponga que habéis conseguido la suma gracias a la suerte en el juego, o al préstamo de algún amigo.

Tales son los verdaderos principios en cuanto al presupuesto conyugal.

La policía conyugal tiene un martirologio. No citaremos más que un solo hecho, pero podrá hacer comprender la necesidad que tienen los maridos de tomar medidas un poco duras para velar para sí mismos como para sus esposas.

Un viejo avaro que vivía en T..., ciudad de diversiones como no ha habido otra, se casó con una joven y hermosa mujer, y estaba tan enamorado y celoso que el amor, triunfó sobre la usura; abandonó los negocios para poder vigilar mejor a su mujer, con lo que no hizo más que cambiar de avaricia. Confieso que debo la mayor parte de las observaciones contenidas en este ensayo, sin duda todavía imperfecto, a la persona que antes estudió ese admirable fenómeno conyugal; y, para describirla, bastará un solo trazo. Cuando iba al campo, ese marido nunca se acostaba sin antes recorrer secretamente las avenidas del jardín, rastrillando la arena y las terrazas. Había hecho un estudio particular de los vestigios dejados por los pies de las varias personas de la casa, y en las primeras horas de la mañana iba a examinar sus huellas. «Todo esto es tierra inútil, decía a la persona a quien me he referido, mostrándole su parque, pues no valen para nada los cabreros...». Su mujer quería a uno de los más seductores jóvenes de la localidad. Desde hacía nueve años anidaba la pasión, brillante y fecunda, en el corazón de los dos amantes que se habían adivinado uno a otro con una sola mirada en medio de un baile y, mientras bailaban, sus dedos temblorosos les revelaron, a través de la piel perfumada de sus guantes, la intensidad de su amor. Desde aquel día encontraron uno y otro innúmeros recursos en las naderías desdeñadas por los amantes afortunados. Un día el joven enamorado llevó a su único confidente, con aire misterioso, a un gabinete en el que, sobre una mesa y junto a unos globos de cristal, conservaba, con más cuidado que el que habría dedicado a las más bellas joyas del mundo, unas flores caídas de la cabeza de su amada debido al vértigo de la danza, algo insignificante arrancado de los árboles que ella había tocado en su jardín. Había incluso la pequeña huella dejada por la mujer en una tierra arcillosa. «Oía, me dijo más tarde el confidente, la fuerte y sorda palpitación de su corazón en medio del silencio que guardábamos ante las riquezas contenidas en aquel museo del amor. Yo miré hacia el techo como para confiar al cielo un sentimiento que no me atrevía a expresar. “Pobre humanidad...”, pensé. La señora de... me ha dicho que una noche, en un baile, te encontraron casi desvanecido en la sala de juego; ¿eso es verdad?», le pregunté. «Claro que es verdad, me dijo, velando todo el fuego que despedía su mirada; ¡si le había besado un brazo...! Pero, añadió estrechándome la mano y lanzándome una de esas miradas que oprimen el corazón, su marido sufre ahora una enfermedad que parece grave...». Algún tiempo después el viejo avaro se repuso, y pareció haber conseguido un nuevo plazo, pero cuando estaba en la convalecencia, una mañana se metió en la cama y murió de repente. Los síntomas de envenenamiento fueron apareciendo de forma tan distinta y

evidente en el cadáver del avaro, que la justicia tomó cartas en el asunto, y los dos amantes fueron detenidos. Entonces aconteció en el Tribunal la más desgarradora escena que haya alterado el pulso de un jurado. Durante la instrucción del proceso, los dos amantes confesaron abiertamente su crimen, cada uno con la intención de salvar al otro. Aparecieron dos culpables allí donde la justicia sólo buscaba uno. El juicio no fue otra cosa que una serie de mentís que se dirigieron uno a otro con todo el furor de la pasión amorosa. Se reunían por primera vez, pero en el banquillo de los criminales y separados por un gendarme. Fueron condenados por unanimidad de los jurados, los cuales lloraban. Nadie, entre los que tuvieron el bárbaro valor de ir a ver cómo les llevaban al patíbulo, puede todavía hoy recordarlo sin estremecerse. La religión les arrancó el arrepentimiento de su crimen, pero no consiguió que abjurasen de su amor. El patíbulo fue su lecho nupcial, y se acostaron juntos en la larga noche de la muerte.

MEDITACIÓN XXI

EL ARTE DE VOLVER A CASA

Incapaz de dominar los hirvientes transportes de su inquietud, más de un marido comete la equivocación de llegar a su casa y meterse en las habitaciones de su esposa para triunfar de su debilidad como los toros de España, que excitados por el *banderillo*^[4] rojo, abren con sus cuernos los vientres de los caballos y de los picadores, banderilleros, toreros y consortes.

Ah, entrar en casa con aspecto temeroso y suave, como Mascarilla, que espera recibir una sarta de palos y se pone alegre como un jilguero al ver que su amo está de buen humor... A esto se le llama un hombre inteligente...

—Sí, mi querida amiga, ya sé que durante mi ausencia has podido hacer el mal que hayas querido... En tu lugar, otra habría tirado la casa por la ventana, y tú sólo has roto un jarrón... Dios bendiga tu clemencia. Sigue siempre así, y podrás contar con mi agradecimiento.

Tales son los pensamientos que deben traicionar vuestros modales y vuestro rostro; pero, aparte, debéis deciros; «Quizás él ha venido...».

Llegar siempre con una expresión amable, es una de las leyes conyugales que no consienten ninguna excepción.

Pero el arte de salir de casa para no regresar más que cuando la policía os ha informado de una conspiración, saber regresar oportunamente... ¡ah...!, estas enseñanzas son imposibles de formular. Aquí de la astucia y el tacto. Los acontecimientos de la vida son siempre más fecundos que la imaginación humana. Entonces nos contentaremos con tratar de enriquecer este libro con una historia digna de que se inscriba en los archivos de la abadía de Teleme. Tendrá el gran mérito de revelaros un nuevo medio de defensa someramente indicado por uno de los aforismos del profesor, y de poner en práctica la moraleja de la presente Meditación, única forma de instruiros.

El señor de B..., oficial de ordenanza y momentáneamente agregado en calidad de secretario al séquito de Luis Bonaparte, rey de Holanda, estaba en el castillo de Saint-Leu, cerca de París, donde la reina Hortensia tenía su corte y adonde todas las damas de su servicio la habían acompañado. El joven oficial era bastante atractivo y rubio; algo afectado, parecía muy contento de sí mismo y bastante engreído por su estirpe militar; por otra parte, era pasablemente espiritual y extremadamente obsequioso. ¿Por qué todas sus galanterías les eran insoportables a las damas que rodeaban a la reina...? La historia no lo dice. ¿Había cometido, tal vez, el error de ofrecerles a todas el mismo homenaje...? Sí, seguramente. Pero en él era una astucia. Adoraba, por entonces, a una de ellas, la señora condesa de... La condesa no se atrevía a defender a su amante, porque habría sido descubrir su secreto; por una

curiosidad explicable, los más sangrientos epigramas salían de sus hermosos labios, mientras que su corazón albergaba la imagen del hermoso militar. Existe una clase de mujeres ante las cuales triunfan los hombres medianamente inteligentes, cuyos vestidos son elegantes y llevan el mejor calzado. Son las mujeres mimadas, delicadas y cuidadosas. La condesa era, salvo en las menudencias, que en ella adquirirían un aspecto de inocencia y de veracidad, una de esas mujeres. Pertenecía a la familia de los N..., en la que los buenos modales se conservan como una tradición. Su marido, el conde de..., era hijo de la anciana duquesa de L..., y había inclinado la cabeza ante el héroe del día: Napoleón, quien poco antes lo nombró conde; alardeaba de que no tardaría en conseguir una embajada pero, mientras la esperaba, tenía que conformarse con una llave de chambelán; y si dejaba a su esposa al lado de la reina Hortensia, era sin duda por cálculo, por ambición. «Hijo mío, le dijo una mañana su madre, tu mujer se está descarriando. Está enamorada del señor de B...». «Estás bromeando, madre; precisamente ayer me pidió que le prestase cien napoleones». «Si tienes el mismo cuidado con tu mujer que con tu dinero, no digas nada más», le contestó secamente la anciana. El futuro embajador observó a los dos enamorados, y mientras el oficial y la dama jugaban al billar con la reina, fue cuando consiguió una de esas pruebas, tan endebles en apariencia pero tan irrefutables para un diplomático. «Han adelantado más de lo que ellos mismos creen», dijo el conde de... a su madre. Y volcó en el corazón tan sabio como astuto de la duquesa el dolor que le produjo el amargo descubrimiento. Él quería a la condesa, y su mujer, sin que poseyera eso que llamamos principios, llevaba poco tiempo de casada para no sentirse todavía atada a sus deberes. La duquesa se encargó de sondear el corazón de su nuera. Juzgó que existían aún recursos que explotar en aquel corazón tierno y delicado, y prometió a su hijo que perdería de vista al señor de B... Una noche, cuando terminaron las partidas y todas las damas habían iniciado una de esas conversaciones familiares en que se confían las maledicencias, y cuando la condesa estaba sirviendo a la reina, la señora de L... aprovechó la ocasión para enterar al cenáculo femenino del gran secreto amoroso del señor de B... por su nuera. Rechifla general. Habiendo hecho recuento de las voces, la duquesa llegó a la conclusión de que se había aprobado por unanimidad que la que consiguiera expulsar del castillo al oficial rendiría un señalado servicio a la reina Hortensia, la cual ya estaba harta de él, como las demás damas, quienes le odiaban, y con alguna razón. La anciana señora reclamó la ayuda de las bellas conspiradoras, y cada una prometió su colaboración para todo lo que se intentase. En cuarenta y ocho horas, la astuta suegra consiguió ser la confidente de su nuera y del amante. Tres días después, le prometió al joven oficial la fortuna de una entrevista a solas luego de una comida. Quedó convenido que el señor de B... se iría por la mañana a París y que regresaría en secreto. La reina había anunciado su intención de ir, con todas sus damas, a seguir una cacería de jabalíes, y la condesa fingiría una indisposición. El conde, que había ido a París por orden del rey, no inspiraba ninguna inquietud. Para comprender la perfidia del plan de la duquesa, hay

que explicar, siquiera brevemente, la disposición del exiguo apartamiento que la condesa ocupaba en el castillo. Estaba en el primer piso, encima de los pequeños apartamientos de la reina y al final de un largo corredor. Se entraba inmediatamente en un dormitorio, a cuyas derecha e izquierda había otras dos habitaciones. La de la derecha era un tocador, y la de la izquierda la había transformado recientemente la condesa en sala de estar. Ya se sabe lo que son las salas de estar en el campo: aquélla no tenía más que sus cuatro paredes. La decoraron con colores grises y sólo había un diván y una alfombra, pues el resto del mobiliario estaría terminado unos días más tarde. La duquesa había concebido su estratagema de acuerdo con estas circunstancias, que aunque poco importantes en apariencia, servían admirablemente a sus planes. Hacia las once, se preparó en la habitación un delicado almuerzo. El oficial, al regreso de París, hirió a espolazos los flancos del caballo. Al fin llega; confía el noble animal a un lacayo, escala los muros del parque, vuela al castillo y llega a la habitación sin que nadie le haya visto, ni el jardinero. Por si no lo recuerdan ustedes, en aquellos días los oficiales de ordenanzas llevaban unos pantalones muy estrechos y un marsellés estrecho y alargado, uniforme adecuado para hacerse admirar en una revista, pero impropio para acudir a una cita galante. La anciana dama había calculado la inoportunidad del uniforme. La comida fue de una alegría loca. Ni la condesa ni su madre política bebían vino, pero el oficial, que conocía el proverbio, le sacudió de firme al champaña, a fin de poner a tono su amor y su espíritu. Terminado el almuerzo, el oficial miró a la suegra, la cual, prosiguiendo en su papel de cómplice, dijo: «Creo que oigo un coche...». Y salió. A los tres minutos estaba de vuelta. «Es el conde...», exclamó empujando a los dos enamorados a la salita. «¡Podéis estar tranquilos ahí...!, les dijo. Recoja su chaqueta...», añadió dirigiéndose al imprudente enamorado y alentándole con un gesto. Retiró rápidamente la mesa hasta el tocador, y, gracias a sus cuidados, el desorden de la habitación se había corregido en el momento en que apareció su hijo. «¿Está enferma mi mujer...?», preguntó el conde. «No, hijo. Se encontraba un poco mal, pero ya se le pasó; me parece que ha ido a la caza...». Después le hizo al conde una señal con la cabeza, como diciéndole:

Están ahí... «¿Pero es que te has vuelto loca, exclamó el conde en voz baja, encerrándolos ahí dentro...?». «No tengas ningún miedo, prosiguió la duquesa, pues en el vino que han tomado he puesto...». «¿Qué?». «El más rápido de todos los laxantes». Entra el rey de Holanda. Viene a pedirle al conde que le informe del resultado de la misión que le ha encargado. La duquesa intenta, por medio de esas misteriosas frases que tan bien saben colocar las mujeres, obligar a Su Majestad a que se lleve al conde a su apartamiento. En cuanto los dos enamorados se vieron solos en la salita, la condesa, aterrada al reconocer la voz de su marido en la habitación de al lado, dijo en voz baja al seductor oficial: «¡Ah, caballero, ya ve a lo que me expongo por usted...!». «Pero, mi amada María, mi amor sabrá recompensar todos tus sacrificios y te seré fiel hasta la muerte. (*Aparte y para sí: ¡Ay, ay, qué*

descomposición...!)). «¡Ay!, exclamó la joven esposa, que se retorció las manos al oír los pasos de su marido cerca de la puerta de la salita, no hay ninguna clase de amor que pueda compensar el terror que siento... Caballero, no se acerque...». «Mi bien amada, caro tesoro, dijo él arrodillándose con respeto, seré para ti lo que tú quieras que sea... Mándame... Di una sola palabra, y me alejaré de aquí. Llámame, y vendré. Seré el más obediente de los hombres... (Santo Dios..., ¡eso es cólico!), el más constante de los hombres... ¡Oh, mi hermosa María...! (Yo estoy perdido. Me voy a morir...)). En ese momento el oficial corrió hacia la ventana, la abrió y se precipitó, la cabeza delante, al jardín; entonces vio a la reina Hortensia y a sus damas de honor. Se volvió hacia la condesa llevándose la mano a la parte más decisiva de su uniforme, y en su desesperación gritó, con voz ahogada, «Perdón, señora, pero me es imposible aguantar más tiempo». «Caballero, ¿está usted loco...?», exclamó la joven al darse cuenta de que no era únicamente el amor lo que alteraba su rostro. El oficial, llorando de rabia, se inclinó rápidamente para recoger su chaqueta, que había dejado en un rincón. «Y bien, condesa..., dijo la reina Hortensia entrando en la habitación de la que hacía poco había salido el conde, ¿cómo estás? ¿Pero dónde se ha metido?». «Señora, exclamó la joven saliendo precipitadamente por la puerta de la salita, no entre usted..., por Dios, ¡no entre usted!». La condesa se calló al ver a todas sus compañeras reunidas en la habitación. Miró a la reina Hortensia, la cual demostraba tanta indulgencia como curiosidad a la vez que hizo una seña a sus damas para que se retirasen. El mismo día el oficial partió a incorporarse al ejército, llegó a las avanzadillas, buscó la muerte y la encontró. Era un valiente, pero no era un filósofo.

Se dice que uno de nuestros más célebres pintores, sintiendo por la mujer de uno de sus amigos un amor que fue compartido, tuvo que sufrir todos los horrores de una entrevista muy parecida a la relatada más arriba, y que el marido había preparado para vengarse. Pero si hay que creer a la crónica del suceso, hubo una doble vergüenza, aunque, más sensatos que el señor de B..., los dos amantes, sorprendidos por la misma treta, no se mataron, ni él ni ella.

La manera de comportarse al regresar a casa depende también de muchas circunstancias. Por ejemplo:

Lord Catesby tenía una fuerza prodigiosa. Sucedió que un día, al regresar de una cacería de zorros a la que prometió asistir sin duda para despistar, se fue hacia un seto de su parque donde dijo que había visto un hermoso caballo. Como tenía pasión por los caballos, se fue hacia aquél para admirarlo más de cerca. Y ve a *lady* Catesby, en socorro de la cual ya era tiempo de que acudiese por poco que él fuese celoso de su honor. Cae sobre un *gentleman* e interrumpe el criminal diálogo cogiéndolo por la cintura; luego lo arroja por encima del seto al camino. «Tenga presente, caballero, que desde ahora será a mí a quien se dirigirá siempre que necesite algo de aquí», le dijo sin la menor acritud. «Muy bien, milord, ¿tendría la bondad de arrojarme también mi caballo...?». Pero el flemático lord había cogido ya del brazo a su mujer, y le decía gravemente: «Siento mucho, mi querida pequeña, que no me previnieses

que debía amarte por dos. De ahora en adelante, todos los días pares te amaré a cuenta de ese *gentleman*, y los otros días a cuenta mía».

Esta aventura se tiene, en Inglaterra, como una de las sorpresas maritales más bellas que se conocen. La verdad es que coinciden una rara y feliz elocuencia en el ademán y en la palabra.

Pero el arte de regresar a casa, cuyos principios no son más que nuevas deducciones del sistema de educación y de disimulo recomendado en las anteriores Meditaciones, es la constante preparación de las *Peripecias* conyugales de que nos vamos a ocupar.

MEDITACIÓN XXII

DE LAS PERIPECIAS

La palabra *peripezia* es un término literario que significa *golpe teatral*.

Introducir una peripezia en el drama que estáis representando es un medio de defensa tan fácil de intentar como difícil es su éxito. Mientras os aconsejaremos su uso, no os ocultaremos sus peligros.

La peripezia conyugal podría compararse a esas fiebres que son capaces de llevarse al otro mundo a la persona mejor constituida o de ponerla bien para toda la vida. Así, cuando la peripezia conyugal consigue lo que se propone, somete a una mujer durante varios años a las prudentes regiones de la virtud.

Además, este medio es el último de todos los que la ciencia ha permitido descubrir hasta hoy.

La Noche de San Bartolomé, las Vísperas sicilianas, la muerte de Lucrecia, los dos desembarcos de Napoleón en Fréjus, son peripezias políticas. No os está permitido que tengan tanta extensión; mas, guardando las proporciones, vuestros golpes de teatro conyugal no deben ser menos intensos que los indicados.

Pero como el arte de crear situaciones y de cambiar, por acontecimientos naturales, la faz de una escena, constituye una genialidad; como el retomo a la virtud de una mujer cuyo pie dejó ya algunas huellas en la mullida y dorada arena de los caminos del vicio es la más difícil de todas las peripezias, y como el genio ni se aprende ni se enseña, el licenciado en derecho conyugal se ve obligado a tener que confesar aquí su impotencia para reducir a principios fijos una ciencia tan cambiante como las circunstancias, tan fugaz como la ocasión, y tan indefinible como el instinto.

Para servirnos de una expresión que ni Diderot, ni d'Alembert, ni Voltaire pudieron naturalizar a pesar de su energía, una peripezia conyugal *se olfatea*. Así, nuestro único recurso será subrayar imperfectamente algunas situaciones conyugales análogas, imitando al filósofo de los tiempos antiguos que, buscando en vano una explicación de lo que era el movimiento, se ponía a andar para ver si captaba sus inmutables leyes.

Un marido, según los principios consignados en la Meditación sobre la policía, habrá prohibido a su esposa recibir visitas del célibe del que sospecha es su amante; ella le ha prometido no volver a verle. Se trata de pequeñas escenas del interior que nosotros abandonamos a las imaginaciones matrimoniales; un marido podría describirlas mejor que nosotros, trasladándose con el pensamiento a los días en que unos deliciosos placeres le condujeron a sinceras confidencias, cuando los recursos de su política han puesto en movimiento algunas máquinas hábilmente trabajadas.

Supongamos, para dar más interés a esta escena normal, que sea usted, usted,

marido que me lee, cuya policía bien organizada descubre que su esposa, aprovechándose de las horas consagradas a una cena ministerial a la cual ha hecho todo lo posible para que le invitasen a él, tiene que recibir la visita del señor A-Z.

Aquí se dan todas las condiciones requeridas para llevar a término una de las más bonitas y posibles peripecias.

Usted regresa a casa con tiempo para que su llegada coincida con la del señor A-Z, pues no le aconsejaremos que corra el peligro de un entreacto demasiado largo. Pero ¿cómo volverá a casa...? Nunca siguiendo los principios de la Meditación precedente... «¿Furioso, pues...? Menos aún». Volverá a casa de la manera más campechana posible, como un atontado que se ha olvidado el dinero o la memoria, el pañuelo o la tabaquera.

Entonces, o usted sorprenderá a los dos amantes juntos, o su esposa, advertida por la criada, habrá escondido al soltero.

Analicemos estas dos situaciones únicas.

Aquí haremos observar que todos los maridos deben hallarse en condiciones de inspirar terror a los habitantes de la casa, y tener preparado con mucha anticipación un Dos de Septiembre matrimonial.

Así, un marido, desde el momento en que su mujer ha dejado entrever alguno de los *primeros síntomas*, no dejará de manifestar de cuando en cuando su opinión personal sobre la conducta que deben seguir los esposos en las grandes crisis conyugales.

—Yo, dirá usted, no vacilaría en matar a un hombre al que le sorprendiese de rodillas ante mi mujer.

A propósito de alguna discusión que usted mismo habrá provocado, tiene que haber buscado una ocasión para decir: «que la ley debió dar a un marido, como en tiempos de Roma, derecho de vida y de muerte sobre los hijos, para poder matar a los adúlteros».

Estas feroces opiniones a nada le comprometen, y, en cambio, inspirarán un saludable temor a su esposa; puede anunciarlas incluso riendo, y diciendo: «Oh, Dios mío, sí, mi querido amor, yo sería capaz de matarte. ¿Te gustaría que yo te matara...?».

Ninguna mujer evitará pensar que quizás algún día lo que hoy es broma se convierta en serio, ya que en esa clase de crímenes involuntarios hay también mucho amor; además, como las mujeres saben mejor que nadie decir las verdades riendo, sospechan que sus maridos emplean a veces ese ardid femenino.

Entonces, cuando un marido sorprende a su esposa con su amante, incluso en medio de una inocente conversación, su cabeza, virgen todavía, debe producir el efecto mitológico de la célebre Gorgona.

Para conseguir una peripecia favorable en esa coyuntura, es necesario, según el carácter de su esposa, o representar una escena patética a lo Diderot, o mostrarse irónico como Cicerón, o lanzarse sobre una pistola cargada con pólvora y dispararla

si usted quiere producir un gran efecto.

Un marido hábil debe saber encontrar el momento justo para representar con moderación una escena *sensiblera*. Entra, ve al amante y lo echa de casa de una mirada. Una vez que el soltero se ha ido, el marido cae de rodillas ante su mujer, recita una parrafada en la que, entre otras frases, habrá éstas: «¡Ay, mi querida Carolina, yo no te he sabido querer...!».

Y usted llora, ella llora, y esta peripecia lacrimosa nada tiene de incompleta.

Explicaremos, cuando lleguemos a la segunda forma de realizar la peripecia, los motivos que obligan a un marido a modular esta escena según el grado más o menos crecido de la energía femenina.

Sigamos.

Si su felicidad exige que se esconda el amante, la peripecia será mucho más bella.

Por poco que el piso esté dispuesto según los principios consagrados por la Meditación XIV, le será fácil adivinar el sitio en que se ha ocultado el soltero, aunque se hubiese, como el Don Juan de Lord Byron, acurrucado bajo el cojín de un sofá. Si, por casualidad, su piso está en desorden, lo conocerá lo bastante bien para saber que no hay dos sitios en los que pueda meterse un hombre.

Por último, si por alguna inspiración diabólica se hubiese quedado tan pequeño que fuese capaz de deslizarse por algún escondrijo inimaginable (pues hay que esperarlo todo de un soltero), entonces, o su esposa no podrá evitar una mirada dirigida hacia ese lugar, o procurará dirigirla hacia un sitio totalmente opuesto, y ya, nada hay más fácil para un marido que tenderle a su mujer esta pequeña trampa.

Una vez descubierto el escondrijo, usted se dirige al amante. Usted lo encuentra...

En ese momento usted... muy gallardo. Procura tener bien alta la cabeza, con aire de superioridad. Esta actitud ayudará mucho para conseguir el efecto que debe producir.

La más esencial de sus obligaciones consiste en ese momento en aplastar al célibe con una frase que lo deje turulato, y que usted ha tenido mucho tiempo para «improvisarla»; después de haberlo anonadado, le dirá con la mayor frialdad que ya puede irse. Tiene que ser usted muy correcto, pero también más cortante que el hacha de un verdugo y más impasible que la ley. Ese desprecio glacial quizá produzca una peripecia en la mente de su mujer. Nada de gritos, nada de gestos, nada de arrebatos. Los hombres de las altas esferas sociales, ha dicho un joven inglés, no deben parecerse jamás a esas gentes vulgares que no saben coger un tenedor sin alarmar a todo el barrio.

Una vez que el soltero se habrá ido, se quedará usted solo con su mujer, y es en ese momento cuando tiene que reconquistarla para siempre.

En efecto, usted quedarse clavado delante de ella, y adoptar uno de esos aspectos en que la calma afectada traiciona las más hondas emociones, y, después, elegir, entre las soluciones que le vamos a exponer en forma de amplificación retórica, la que más

convenga a sus principios: «Señora, yo no le hablaré ahora ni de sus juramentos ni de mi amor, pues es usted demasiado inteligente y yo tengo demasiado orgullo para que la importune con los triviales lamentos que todos los maridos están en el derecho de hacer en casos como éste; su menor defecto, entonces, es el de tener demasiada razón. No le demostraré ni indignación ni resentimiento. En realidad, no soy yo el ultrajado, pues tengo bastante corazón para que me asuste la opinión vulgar que cubre justamente de ridículo y de oprobio a un marido cuya esposa se conduce mal. Yo me examino, y no veo por qué he podido merecer, como tantos maridos, que se me traicionase. La amo todavía. Nunca he faltado, no a mis deberes, pues no he tenido que hacer ningún esfuerzo para adorarla, sino a las dulces obligaciones que nos impone un sentimiento verdadero. Ha tenido toda mi confianza y administra mi fortuna. Nada le he negado. Pero esta es la primera vez que muestro un rostro, no diré severo, sino contrariado. No obstante, dejemos esto, pues no se trata de hacer mi apología en un momento en que usted me demuestra muy enérgicamente que me falta algo, y que no he sido destinado por la naturaleza para conseguir la difícil obra de su felicidad. Yo le preguntaría, hablando de amigo a amigo, cómo ha podido exponer la vida de tres seres a la vez...; la de la madre de mis hijos, que para mí siempre será sagrada; la del jefe de la familia, y por último la de ese... la de ése al que usted quiere... (posiblemente se echará a sus pies, y no hay que consentírsele; es indigno de estar en esa posición), porque usted ya no me ama, Elisa. Pues bien, mi pobre niña (sólo le dirá “pobre niña” en el caso de que el crimen no se haya cometido), ¿para qué engañarnos...? ¿Por qué no lo dijo...? Si el amor entre dos esposos se va extinguiendo, ¿no queda la amistad, la confianza mutua...? ¿No somos dos compañeros que hacemos un viaje jímios, siguiendo un mismo camino? Durante el trayecto, ¿no tendrá uno varias veces que tender la mano al otro para levantarlo del suelo o para impedir que caiga? Pero quizás estoy hablando demasiado e hiriendo su orgullo... ¡Elisa..., Elisa...!».

¿Qué demonios quiere usted que responda una mujer...? Necesariamente hay una peripecia.

De cada cien mujeres, habrá por lo bajo una buena media docena de criaturas débiles que, en medio de esta gran sacudida, vuelven tal vez para siempre a sus esposos, como auténticas gatas escaldadas que huyen desde entonces del agua fría. Sin embargo, esa escena es un verdadero alexifármaco cuyas dosis deben administrarlas manos prudentes.

Para ciertas mujeres de fibras blandas, cuyas almas son dulces y temerosas, bastará con señalar el escondrijo donde está acurrucado el amante, y decir: «El señor A-Z está ahí... (Un encogimiento de hombros). ¿Cómo es posible que le guste un juego que puede costar la vida a dos personas dignas? Yo me voy, tú le dices que se vaya, y que esto no se repita».

Pero también hay mujeres cuyo corazón está demasiado dilatado y que se excita aún más en medio de estas terribles peripecias; otras en las que la sangre se les

revuelve y que contraen graves enfermedades. Algunas son capaces de volverse locas. Y hay ejemplos que nos demuestran a otras envenenándose o muriendo de sopetón, y nosotros no creemos que usted quiera la muerte del pecador.

No obstante, la más hermosa, la más galante de todas las reinas de Francia, la graciosa, la infortunada María Estuardo, después de haber visto asesinar a Rizzio casi en sus brazos, no tuvo inconveniente en amar al conde de Bothwell; pero era una reina, y las reinas son naturalezas aparte.

Supondremos, pues, que la mujer cuyo retrato adorna nuestra primera Meditación es una pequeña María Estuardo, y no tardaremos mucho en levantar el telón para el quinto acto de este gran drama titulado *Matrimonio*.

La peripecia conyugal puede estallar en cualquier parte y puede nacer de mil incidentes indefinibles. A veces será un pañuelo, como en el *Moro de Venecia*, y otras unas zapatillas, como en el *Don Juan*; quizá se deberá al error de su mujer al exclamar: «¡Querido Alfonso!», en vez de: «¡Querido Adolfo!». Finalmente, a veces un marido, al enterarse de que su mujer tiene deudas, irá a ver al mayor de sus acreedores, y hará que vaya un día cualquiera, por la mañana, a su casa, para preparar una peripecia.

—Señor Josse, es usted orfebre, y la pasión que tiene usted por vender joyas sólo es igual a la que siente para que le paguen. La señora condesa le debe treinta mil francos. Si quiere cobrarlos mañana (siempre hay que tener la precaución de ir a visitar al industrial a finales de mes), vaya usted a su casa al mediodía. Su marido estará en la habitación; no haga caso de ninguna de las señas que ella seguramente le hará para invitarle a guardar silencio. Hable usted claro. Yo pagaré.

Ahora hay que decir que la peripecia es, en la ciencia del matrimonio, lo que los números son en la aritmética.

Todos los principios de alta filosofía conyugal que animan los medios de defensa señalados en esta Segunda Parte de nuestro libro, han sido extraídos de la propia naturaleza de los sentimientos humanos, los hemos encontrado esparcidos en el gran libro del mundo. En efecto, lo mismo que las personas inteligentes aplican instintivamente las leyes del gusto, por muy embarazadas que se sintieran si se viesan en la precisión de deducir sus principios, igualmente hemos visto a muchas otras apasionadas empleando con rara habilidad las enseñanzas que acabamos de desarrollar, y algunos de ellos no tenían ningún plan fijo. El sentimiento de su situación no les revelaba más que fragmentos incompletos de un vasto sistema, parecidos en esto a los sabios del siglo XVI, cuyos microscopios no estaban todavía lo bastante perfeccionados para permitirles observar todos los seres cuya existencia les fue demostrada por su paciente genio.

Esperamos que las observaciones ya presentadas en este libro y las que las sucederán serán de tal naturaleza que destruirán la opinión de muchos hombres frívolos, la cual les hace ver el matrimonio como una simple sinecura. Según

nosotros, un marido que se aburre es un herético, más aún: es un hombre que está al exterior de la vida conyugal y que no la conoce. En ese sentido, quizás estas Meditaciones revelarán a muchos ignorantes los misterios de un mundo ante el cual permanecen con los ojos muy abiertos y sin ver.

Esperemos también que estos principios prudentemente aplicados puedan producir una buena cantidad de conversiones, y que entre las hojas casi blancas que separan esta Segunda Parte de la GUERRA CIVIL, habrá habido muchas lágrimas, y muchos arrepentimientos.

Sí; de las cuatrocientas mil mujeres honestas que tan cuidadosamente hemos escogido en el seno de todas las naciones europeas, deseamos creer que habrá sólo un cierto número de ellas, trescientas mil, por ejemplo, que serán lo bastante perversas, lo bastante encantadoras, lo bastante adorables y lo bastante belicosas para levantar el estandarte de la GUERRA CIVIL.

—¡A las armas, pues, a las armas!

TERCERA PARTE
DE LA GUERRA CIVIL

Hermosas como los serafines de Klopstock,
terribles como los demonios de Milton.

DIDEROT

MEDITACIÓN XXIII

DE LOS MANIFIESTOS

Los preceptos preliminares por los cuales la ciencia puede dar armas a un marido no son muchos, y se trata mucho menos de saber si sucumbirá que de examinar las posibilidades que tiene de triunfar.

No obstante, colocaremos aquí algunos faroles para que iluminen este palenque en el que pronto un marido estará solo con la religión y la ley, enfrentado a su mujer, ayudado por la astucia y la sociedad.

LXXXII

Uno puede esperarlo todo y suponerlo todo de una mujer enamorada.

LXXXIII

Los actos de una mujer que quiere engañar a su marido serán casi siempre estudiados, pero nunca razonados.

LXXXIV

La mayor parte de las mujeres proceden como las pulgas, por saltos y brincos sin continuidad. Se escapan por la altura o por la profundidad de sus primeros pensamientos, y las interrupciones de sus planes las favorecen. Pero no actúan más que en un espacio que le es fácil a un marido circunscribir, y si él tiene sangre fría, puede terminar apagando esa pólvora organizada.

LXXXV

Un marido jamás debe permitir una palabra hostil contra su mujer delante de un tercero.

LXXXVI

En el momento en que una mujer se decide a traicionar la fe conyugal, cuenta con su marido para todo o para nada. Se puede partir de ahí.

LXXXVII

La vida de la mujer puede estar en su cerebro, en su corazón o en su pasión. A la edad en que su esposa ha podido ya juzgar la vida, un marido debe saber si la causa primera de la infidelidad en que está meditando procede de la vanidad, del sentimiento o del temperamento. El temperamento es una enfermedad que se puede curar, el sentimiento ofrece al marido grandes posibilidades de éxito, pero la vanidad es incurable. La mujer que vive con la cabeza es un terrible azote. Reunirá todos los defectos de la mujer apasionada y de la mujer amante, sin tener sus excusas. Es un ser sin piedad, sin amor, sin virtud, sin sexo.

LXXXVIII

Una mujer que vive del cerebro, intentará inspirar indiferencia a un marido; la mujer que vive con el corazón, intentará inspirar odio; la mujer apasionada, asco.

LXXXIX

Un marido jamás arriesga nada haciendo ver que cree en la fidelidad de su mujer,

y en adoptar un aire paciente, o permanecer callado. El silencio sobre todo inquieta prodigiosamente a las mujeres.

XC

Demostrar que se está enterado de la pasión de la esposa es propio de tontos; en cambio, fingir ignorarlo todo, es propio de hombres inteligentes, y no hay otro partido que tomar. Así se dice que en Francia todo el mundo es inteligente.

XCI

La gran dificultad es el ridículo. «Por lo menos, parezcamos enamorados cuando estemos en público», debe ser el axioma de todo matrimonio. Sería perder demasiado si los dos perdieran el honor, el aprecio, la consideración, el respeto, como queráis calificarlo y que tiene un no sé qué de social.

Estos axiomas no se refieren más que a la lucha. Cuando se produzca la catástrofe, ésta tendrá los suyos.

A esta guerra la hemos calificado de *guerra civil* por dos razones: jamás guerra alguna fue más intestina y al mismo tiempo más educada. ¿Pero cómo y dónde estallará esta guerra fatal?

¡Ay!, ¿creéis que vuestra mujer dispone de regimientos y que tocará la trompeta? Como máximo, lo que tendrá será un oficial. Y ese débil cuerpo de ejército se bastará para destruir la paz de vuestro matrimonio.

«Tú me prohíbes que vea a los que me son agradables», es un exordio que ha servido de manifiesto en la mayor parte de los matrimonios. Esta frase, y todas las ideas que arrastra tras sí, es la fórmula más frecuentemente empleada por las mujeres vacuas y artificiosas.

El manifiesto más general es el que se proclama en el lecho conyugal, principal teatro de la guerra. Esta cuestión será tratada con más detalle en la Meditación que lleva por título *De las diferentes armas empleadas*, en el párrafo *Del pudor en sus relaciones con el matrimonio*.

Ciertas mujeres linfáticas afectarán que sufren de *spleen*, y se harán las muertas para conseguir los beneficios de un secreto divorcio.

Pero casi todas deben su independencia a un plan cuyo efecto es infalible en la mayor parte de los maridos y del cual vamos a revelar su perfidia.

Uno de los mayores errores humanos consiste en la creencia de que nuestro honor y nuestra reputación quedan reconocidos según nuestros actos, o son el resultado de la aprobación que la conciencia da a nuestra conducta. Un hombre que vive en

sociedad ha nacido esclavo de la opinión pública. Y un hombre que viva retirado tiene, en Francia, mucha menos influencia en la sociedad que facilidad tiene su mujer de ridiculizarle. Las mujeres poseen a maravilla el talento de colorear con razones especiosas las recriminaciones que se permiten hacer. Nunca defienden otra cosa que sus propios errores, y es este un arte en el que descuellan, sabiendo oponer autoridades a los razonamientos, aseveraciones a las pruebas, y conseguir algunos limitados éxitos de detalle. Se adivinan y se comprenden admirablemente cuando una de ellas presenta a otra un arma que le está prohibido afilar. Es así como a veces pierden a un marido, incluso sin quererlo perder. Ponen la cerilla, y, mucho tiempo después, se espantan ante las proporciones del incendio.

En general, todas las mujeres se alían contra un hombre casado acusado de tiranía, pues existe un lazo secreto entre ellas, como entre los sacerdotes de una misma religión. Se odian entre sí, pero ellas se protegen. Jamás podréis conseguir ganar más que a una sola, y aún, para vuestra esposa, esa seducción será un triunfo.

Aparecéis entonces en el pregón del imperio femenino. Veis sonrisas de ironía en todos los labios, halláis epigramas en todas las respuestas. Esos seres espirituales afilan puñales mientras se distraen y se divierten esculpiendo el mango antes de hundíroslo con el mayor encanto.

El pérfido arte de las reticencias, la malicia de los silencios, la maldad contenida en las suposiciones, la falsa ingenuidad de un ruego, todo es utilizado en contra vuestra. Un hombre que pretende mantener a su mujer bajo el yugo es un mal ejemplo excesivo, y como ellas no pueden tolerarlo tienen que destruirlo; su conducta, ¿no será una sátira para todos los maridos? Así, todas se lanzan al ataque, sea por medio de bromas amargas, por medio de argumentos serios, o por medio de las triviales máximas de la galantería. Un enjambre de solteros apoya sus tentativas, y sois considerado como un original, como un tirano, como un hombre que no sabe acostarse, como un tipo raro, y en definitiva, como un hombre del que hay que desconfiar.

Vuestra esposa os defiende como el oso de la fábula de La Fontaine: os tira adoquines a la cabeza para espantar a las moscas que os molestan. Una noche os explica todas las cosas que ha oído decir de vosotros, y os pedirá cuenta de actos que no habéis realizado, de discursos que no habéis pronunciado. Os perdonará imaginarios delitos, se envanecerá de tener una libertad de que carece, para disculpar el error en que estáis de no dejarla libre. La gran carraca que vuestra esposa va agitando os perseguirá por todas partes con su ruido importuno. Vuestra amada esposa os aturdirá, os atormentará y se divertirá haciéndoos sentir las espinas del matrimonio. Os dedicará las más dulces sonrisas cuando estéis en sociedad, pero será arisca en casa. Estará de mal humor cuando estéis contento, y os sacará de quicio con su alegría cuando os sintáis triste. Vuestros dos rostros serán una perpetua antítesis.

Pocos hombres hay que tengan la suficiente energía para resistir esa primera comedia, siempre hábilmente representada, y que se parece a los *hurras* que lanzan

los cosacos al marchar al combate. Ciertos maridos se enfadan y cometen errores irreparables. Otros terminan por abandonar a sus mujeres. Luego quedan determinadas inteligencias superiores que no saben manejar con suficiente destreza la varita mágica que debe disipar esa fantasmagoría femenina.

Las dos terceras partes de las mujeres saben conquistar su independencia con sólo emplear esta maniobra, la cual, en cierto modo, no es otra cosa que el repaso de sus fuerzas. Así, pronto llegará el final de las hostilidades. Pero un hombre fuerte y que tenga el valor de conservar su sangre fría en pleno primer asalto, puede divertirse mucho demostrando a su mujer, por medio de estratagemas ingeniosas, los secretos sentimientos que la hacen actuar, siguiéndola paso a paso por el laberinto en que se ha metido, haciéndole ver que se está mintiendo a sí misma, y sin abandonar jamás un tono risueño, y no acalorándose.

No obstante, la guerra está declarada, y si un marido no ha sido derrotado con los primeros fuegos de artificio, una mujer puede asegurar su triunfo con otros recursos que las Meditaciones siguientes pondrán de manifiesto.

MEDITACIÓN XXIV

PRINCIPIOS DE ESTRATEGIA

El archiduque Carlos escribió un hermoso Tratado sobre Arte Militar titulado *Principios de Estrategia aplicados en las Campañas del 1796*. Esos principios nos ha parecido que tienen cierta semejanza con los comentarios poéticos sobre poemas publicados. En nuestros días nos hemos vuelto más fuertes, inventamos reglas para las obras y obras para las reglas. ¿Pero de qué han servido los antiguos principios del arte militar ante el impetuoso genio de Napoleón? Si hoy reducís a sistema las enseñanzas que dejó ese gran capitán, ¿qué garantía tenéis de que el futuro no alumbrará a otro Napoleón? Los libros sobre arte militar deben correr, aparte, algunas excepciones, la suerte de los libros antiguos sobre química o física. Todo cambia sobre el terreno por períodos seculares.

Aquí serán precisas algunas breves indicaciones sobre la historia de nuestra obra.

En tanto hemos operado con una mujer inerte, adormecida, nada ha sido más fácil que trenzar las redes dentro de las cuales la hemos podido sujetar, pero en el momento en que se despierta y empieza a agitarse, todo se confunde y se complica. Si un marido pretendiera obrar de acuerdo con los principios del sistema precedente, para envolver a su esposa en las agujereadas redes que ha tenido la Segunda Parte, se parecería a Wurmser, a Mack y a Beaulieu, que hacían marchas, campamentos y contramarchas mientras Napoleón les envolvía con hábil maniobra, y para perderles se valía de sus propias combinaciones.

Pues así actuará su mujer.

¿Cómo es posible saber dónde está la verdad cuando se la ocultan el uno al otro bajo una misma mentira y cuando preparan la misma ratonera? ¿A quién le sonreirá la victoria cuando los dos se cojan la mano en la misma trampa?

—Tesoro mío, tengo que salir; he de ir a casa de la señora tal, he pedido que enganchen los caballos. ¿Quieres venir conmigo? Anda, sé amable y acompaña a tu mujercita.

Interiormente usted se dice: «El chasco se lo daría si aceptase. Cuando me insiste tanto, es que quiere que me niegue». Y entonces usted le contesta: «Precisamente tengo que ir a casa del señor tal, está preparando un informe que puede comprometer nuestros intereses, y es imprescindible que hable con él. Además, tengo que ir al Ministerio de Hacienda; así todo va como sobre ruedas».

—Muy bien, ángel mío; ve a arreglarte mientras Celina termina de vestirme, pero no me hagas esperar.

—No, querida; estaré en seguida... —dice usted, y vuelve a los pocos minutos calzado, afeitado y vestido

Pero todo ha cambiado. Acaba de llegar una carta; la señora se encuentra mal; el

vestido no le cae bien; ha venido la modista, y si no es la modista, es su hijo, es su madre. De cada cien maridos, hay noventa y nueve que se van contentos creyendo que dejan a sus mujeres puertas adentro cuando son ellas las que los echan a ellos puertas afuera.

Una esposa legítima de la que su marido no sepa escapar, a la que no atormenta ninguna preocupación pecuniaria, y que, para emplear el tesoro de inteligencia con que la naturaleza la ha dotado, contempla noche y día el cuadro de sus cambiantes jomadas y pronto descubre el error que ha cometido al caer en la trampa o al dejarse sorprender por una peripecia; entonces intentará volver todas estas armas contra usted.

Existe en la sociedad un hombre cuya presencia produce una rara contrariedad a su mujer; ella no puede sufrir ni su tono, ni sus modales, ni su característico ingenio. Todo lo de él la molesta; es una obsesión, le es antipático; odioso, y que nadie le hable de él. Parece como si se dedicase a fastidiaros, pues se trata de un hombre al que usted le concede mucho crédito; le gusta su carácter porque le halaga; entonces su esposa pretende que el afecto con que le distingue obedece a su vanidad satisfecha. Si ustedes dan un baile, una velada, un concierto, casi siempre tienen que discutir por culpa de él, y la señora le echa a usted en cara que siempre la obliga a soportar personas que la desagradan.

—Por lo menos, no tendré que reprocharme no haberte advertido. Ese hombre te dará algún disgusto. Debieras confiar más en las mujeres cuando se trata de juzgar a un hombre. Permíteme que te diga que ese *barón*, del que tan entusiasmado estás, es un peligroso sujeto, y que haces muy mal trayéndole a casa. Pero tú eres así: me obligas a ver una cara que no puedo sufrir, pero si me atreviese a pedirte que invitases a *un señor tal*, tú te negarías porque crees que me encanta verle. Confieso que tiene una conversación agradable, que es atento, amable, pero tú vales mucho más que él.

Estos rudimentarios informes de una táctica femenina fortalecida con gestos de decepción, con miradas de una increíble sagacidad, con pérfidas inflexiones de voz, incluso con las trampas de un silencio malicioso, son en cierto modo el espíritu de su conducta.

Entonces, hay pocos maridos que no sientan la tentación de preparar una pequeña ratonera: entronizan en su casa al *señor tal*, y al fantástico *barón*, el cual encarna el personaje aborrecido por sus esposas, esperando descubrir un amante en la persona del célibe querido en apariencia.

¡Oh!, a menudo me he encontrado en la buena sociedad a ciertos jóvenes, verdaderos estorninos del amor, que se dejaron engañar por la falsa amistad que les demostraban unas mujeres obligadas a realizar un movimiento de diversión, y a aplicar un sinapismo a sus maridos, del mismo modo que antes los maridos se los aplicaron a ellas. Esos pobres inocentes pasaban su precioso tiempo realizando encargos, yendo a comprar entradas para el teatro, y paseando a caballo por el bosque de Boulogne, acompañando la calesa de sus pretendidas amantes; públicamente se les

daban mujeres de las que ni siquiera besaron la mano; su amor propio les impedía desmentir el amistoso rumor, y, parecidos a esos curas jóvenes que dicen misas blancas, gozaban de una pasión de gala, verdaderos supernumerarios del amor.

En esas circunstancias, a veces al regresar a casa un marido le pregunta al portero: «¿Ha venido alguien?». «El señor *barón* ha pasado a las dos para saludar al señor; como la señora estaba sola, no ha subido; pero el *señor tal* está de visita con la señora». Usted entra en casa, usted ve a un joven soltero, pimpante, perfumado, bien encorbatado...: un perfecto *dandy*; su actitud es muy correcta; su esposa escucha discretamente, y baila casi siempre con él. Si le prohíbe a ella que vuelva a verle, ella se desgañita, y es al cabo de unos años (véase la Meditación sobre los *Últimos síntomas*) que usted se da cuenta de la inocencia del *señor tal* y de la culpabilidad del *barón*.

Hemos observado, como una de las más hábiles maniobras, la de una joven esposa arrastrada por una irresistible pasión, que había abrumado con su odio al que ella no quería y prodigaba a su amante las imperceptibles muestras de su amor. En el momento en que su marido se convenció de que ella quería al *chichisbeo* y detestaba al *patito*, ella recurrió a la treta de meter al *patito* en una situación cuyos riesgos calculó de antemano, haciendo creer al marido y al soltero execrado que su aversión y su amor eran igualmente fingidos. En cuanto vio que el marido forcejeaba con la incertidumbre, dejó que le cayera de las manos una carta apasionada. Noches después, en lo mejor de la peripecia que estaba *cocinando*, la señora se echó a los pies del marido, los regó con sus lágrimas y llegó al más fructífero golpe teatral. «Te estimo y te honro lo suficiente —exclamó—, para no tener otro confidente que tú. ¡Estoy enamorada! ¿Es un sentimiento que puedo fácilmente dominar? Pero lo que sí puedo hacer es confesártelo y suplicarte que me protejas contra mí misma, que me salves de mí. Sé mi dueño, y sé severo conmigo; arráncame de aquí y aléjame del que tanto daño me está causando, consuélame; yo lo olvidaré, quiero olvidarle. Lo que no quiero es traicionarte. Te pido humildemente perdón por la perfidia que me ha sugerido el amor. Sí, te confieso que el sentimiento que fingía por mi primo era una trampa tendida a tu perspicacia, y que le quiero, no como amigo, sino con amor... ¡Oh, perdóname...!, yo no puedo querer a nadie más que a... (Aquí muchos sollozos). ¡Oh, vámonos, dejemos París!». Ella llora, se le ha deshecho el peinado, el vestido se le cae... Son las doce de la noche, y el marido la perdona. Desde entonces, el primo apareció por la casa sin peligro, y el Minotauro devoró a una víctima más.

¿Qué preceptos pueden darse para combatir semejantes adversarios? Toda la diplomacia del congreso de Viena está en sus cerebros; son tan fuertes cuando se rinden como cuando se escapan. ¿Qué hombre es lo suficientemente fuerte para renunciar a su energía y a su fuerza, y para seguir a su mujer por esa clase de dédalo?

Discutir a cada instante lo falso para saber lo verdadero, lo verdadero para descubrir lo falso; cambiar de improviso el emplazamiento de la batería, y asegurar el cañón en el momento de hacer fuego; subir con el enemigo a una montaña, para cinco

minutos después descender hacia el llano; acompañarle en sus rodeos, obedecer cuando es necesario y oponer una calculada resistencia inerte; poseer el arte de recorrer, como un joven artista recorre desde la más grave hasta la más alta de las notas de su piano, toda la escala de las suposiciones y adivinar la secreta intención que mueve a una mujer; temer sus caricias, y procurar buscar en ellas más los pensamientos que los placeres... Todo esto es un juego de niños para cualquier hombre inteligente y para esas imaginaciones lúcidas y observadoras que tienen el don de actuar mientras piensan; pero existe también una inmensa cantidad de maridos aterrados ante la idea de poner en práctica esos principios, precisamente con una esposa.

Otros prefieren pasar su vida preocupándose para llegar a ser jugadores de ajedrez de segundo orden, o superándose en el juego de bolos.

Los otros os dirán que les es imposible tener constantemente el espíritu en semejante tensión y tener que romper con todos sus hábitos. Entonces es cuando triunfa una mujer. Advierte que tiene sobre su marido una superioridad en inteligencia o en energía, aunque esa superioridad no sea más que momentánea, y de ahí que nace en ella un sentimiento de menosprecio por el jefe de la familia.

Si tantos hombres no son el dueño de su casa, no es por carecer de voluntad, sino por carecer de inteligencia.

En cuanto a los que aceptan los trabajos pasajeros de este terrible duelo, tienen — eso es verdad— necesidad de una gran fuerza moral.

En efecto, en el momento en que hay que desplegar todos los recursos de esta secreta energía, a menudo es inútil tender trampas a esas satánicas criaturas. Una vez han llegado las mujeres a un cierto grado de disimulo, sus rostros son tan impenetrables como el vacío. Aquí viene un ejemplo conocido directamente por mí.

Una muy joven, muy hermosa y muy inteligente coqueta de París todavía no se había levantado de la cama. Tenía a sus pies a uno de los más queridos *amigos*. Llega entonces una carta de otro de sus más fogosos amigos, al cual le había concedido el derecho de hablarle en dueño. El billete estaba escrito con lápiz y decía:

Acabo de enterarme que el señor de C... está en estos momentos contigo; le estoy esperando para saltarle los sesos.

La señora D... siguió tranquilamente la conversación con el señor C...; le rogó que le acercase un pequeño pupitre de tafilete rojo, y lo hizo. «Gracias, querido..., le dijo; sigue lo que decías, te escucho».

El señor C... sigue hablando y ella le contesta mientras escribe el siguiente billete:

Desde el momento en que estás celoso del señor C..., los dos podéis saltaros los sesos a vuestra comodidad; os creo capaces de morir, pero que hagáis algo

inteligente... lo dudo.

—Amigo mío —le dijo ella—, enciende esta vela, ¿quieres? Muy bien, eres adorable. Ahora, hazme el favor dé dejarme levantar, y, mientras, entrega esta carta al señor de H..., que está esperando en la puerta.

Todo esto fue dicho con una sangre fría inimitable. El tono de la voz, las inflexiones, los rasgos de la cara..., nada se inmutó. La audaz idea se vio coronada por el más completo de los éxitos. El señor de H..., al recibir la respuesta de manos del señor de C..., sintió que se le aplacaba la cólera, y sólo le atormentaba una cosa, el esfuerzo que hacía para no soltar la carcajada.

Cuantas más antorchas se echen en el inmenso antro que intentamos iluminar, más hondo lo encontraremos. Es un abismo sin fondo. Creemos cumplir con nuestra tarea de la manera más agradable e instructiva, demostrando los principios de la estrategia puestos en acción en la época en que la mujer había alcanzado un alto grado de perfección viciosa. Un ejemplo sugiere más máximas que todas las teorías posibles.

Un día, al final de una comida dada a algunos íntimos por el príncipe Lebrun, los invitados, animados por el champaña, entraron en el inagotable capítulo de las artimañas femeninas. La reciente aventura atribuida a la señora condesa R.D.S.J.D.A. a propósito de un collar, fue el inicio de la conversación.

Un estimable artista, un sabio muy apreciado por el Emperador, sostenía con mucho vigor una opinión nada viril; según él, el hombre no puede resistir con éxito las tramas urdidas por la mujer.

—Afortunadamente, he podido comprobar —dijo— que no hay nada sagrado para ellas...

Las señoras pusieron el grito en el cielo.

—Pues puedo citar un hecho...

—Será una excepción.

—Oigamos la historia... —dijo una joven dama.

—Oh, sí, explíquenosla —pidieron todos los invitados.

El prudente anciano paseó la mirada en torno de él y después de casi precisar la edad de las señoras, dijo sonriendo:

—Como todos tenemos experiencia de la vida, consiento en narrarles la aventura.

Siguió el mayor silencio, y el narrador empezó la lectura de un librito que llevaba en el bolsillo.

«Yo estaba perdidamente enamorado de la condesa de... Yo tenía veinte años y era ingenuo; ella me engañaba, yo me irritó y ella me abandona; yo era ingenuo, y la añoraba; yo tenía veinte años, y ella me perdonó; y como yo tenía veinte años, y seguía siendo ingenuo, siguió engañándome, pero ya no me abandonó; yo me consideraba el más correspondido de los enamorados, y, claro, el más feliz de

los hombres. La condesa era muy amiga de una tal señora T..., la cual parecía tener ciertos proyectos respecto a mí, pero sin que su dignidad se viese comprometida en ningún momento, ya que se trataba de una mujer muy escrupulosa y muy decente. Un día, mientras esperaba a la condesa en su palco, oí que me llamaban desde el palco vecino. Era la señora de T... “Vaya, me dijo ella, ya estamos aquí. ¿Es fidelidad o es impaciencia? Ande, venga”. Su voz y sus maneras anunciaban alguna travesura, pero yo estaba muy lejos de esperar nada novelesco.

»—¿Tiene usted algún programa para esta noche? —me preguntó—. No lo tenga. Si yo le salvo del aburrimiento de su soledad, tiene que serme fiel... Ah, nada de preguntas, y obediencia total. Llame a uno de mis lacayos.

»Me incliné, me dio prisa para que bajara, y yo obedecí.

»—Ve a casa del señor —dijo ella al lacayo— y adviérteles que él no regresará hasta mañana.

»Después le hizo una seña, él se acercó, y ella le habló al oído. El criado se fue.

»Empieza la ópera. Intento decir algunas palabras, y me hace callar; parece que me escucha, o sólo lo parece. Terminado el primer acto, vuelve el lacayo con un sobre, y dice que todo está preparado. Entonces me sonrío, me pide la mano, se me lleva, me mete en su coche, y me veo rodando por una ancha carretera sin saber a qué se me destina. A todas las preguntas que le hice sólo obtuve por toda respuesta una franca carcajada. De no haber sabido que se trataba de una mujer de grandes pasiones, y que desde hacía mucho tiempo sentía una marcada inclinación por el marqués de V..., y ella no podía ignorar que yo lo sabía, me habría creído que yo era lo que se llama un hombre afortunado; pero ella conocía la verdad de mi corazón, y la condesa de... era su íntima amiga. Así, pues, me prohibí cualquier pensamiento presuntuoso, y esperé. Luego del primer cambio de caballos, volvimos a la carretera después de haberlos cambiado con la rapidez del rayo. La cosa se estaba poniendo seria. Pregunté con insistencia hasta dónde tenía que llegar la broma.

»—¿Hasta dónde? —me preguntó ella riendo—. Hasta la más bella residencia que hay en el mundo, pero adivine. Le daré las señas que quiera, pero, ya puede echar la lengua a los perros, que nunca lo adivinará. Vamos a casa de mi marido. ¿Le conoce usted?

»—Nunca le he visto.

»—Mejor; creía que se lo habían presentado. Espero que quedará satisfecho de él. Están reconciliándonos. Hace seis meses que duran las negociaciones, y, desde hace un mes, nos escribimos. Yo creo que el ir a verle es una atención.

»—De acuerdo. Pero yo, ¿qué haré allí? ¿En qué puedo ser útil en su reconciliación?

»—¡Ah, esto ya es asunto mío! Es usted joven, agradable, sincero. Espero que

su presencia me salve del fastidio de la primera entrevista con mi esposo.

»—Pero escoger el día, o la noche, de una reconciliación para presentarme a su marido, me parece muy extraño; la turbación de una primera entrevista, la cara que pondremos los tres...; yo no veo que eso sea atractivo.

»—Le he traído conmigo para divertirme... —dijo ella con tono autoritario—. De modo que no me sermonee.

»La vi tan decidida que tomé mi decisión. Empecé a burlarme de mí mismo y de la situación en que me encontraba, y pronto estuvimos del mejor humor. Habíamos cambiado una vez más de caballos. La antorcha misteriosa de la noche iluminaba un cielo con una extraordinaria pureza, y expandía una media luz voluptuosa. Nos íbamos acercando al sitio de la entrevista. A intervalos, me hacía admirar la belleza del paisaje, la calma de la noche, el silencio penetrante de la naturaleza. Para admirarlo todo, como era de razón, asomamos las cabezas por la misma ventanilla, y nuestras caras se rozaron. En un bache imprevisto, ella me cogió la mano, y por un azar que me pareció extraordinario, puesto que la piedra que golpeó la portezuela no era muy grande, retuve a la señora de T... entre mis brazos. No sé qué era lo que queríamos ver, pero de lo que sí estoy seguro es de que cuando todo, a pesar del claro de luna, empezó a borrarse, se separó bruscamente de mí, y me empujó al fondo de la carroza.

»—Su propósito —me dijo después de estar un rato como si soñase—, ¿es convencerme de lo imprudente de mi acto?

»Ya se imaginarán ustedes mi embarazo.

»—¿Qué propósitos? —respondí—. ¿Con usted? ¡Qué tontería! Usted los vería venir desde muy lejos; pero una sorpresa, una casualidad..., son cosas que se perdonan.

»—Me parece que lo ha tenido muy en cuenta.

»Estábamos allí, y no nos dimos cuenta de que entrábamos en el patio del castillo. Todo estaba brillantemente iluminado, y todo prometía felicidad, todo, menos la cara del dueño, la cual, según me pareció, era reacia a la alegría. El señor de T... bajó hasta la portería, demostrando una equívoca ternura aconsejada por la necesidad de una reconciliación. Supe más tarde que su reconciliación era imperiosamente exigida por razones familiares. Ella me presentó, él me saludó con indiferencia. Le tendió la mano a su esposa y yo seguí a los dos cónyuges, pensando en lo que había pasado, en lo que estaba pasando y en lo que podía pasar. Recorrí los salones, decorados con un gusto exquisito. El dueño de la casa la había enriquecido con los mejores refinamientos para reanimar por medio de imágenes voluptuosas un físico acabado. No sabiendo qué decir, procuraba salir del paso expresando mi admiración. La diosa del templo, hábil en hacer los honores, recibió mis cumplidos.

»—Todavía no ha visto nada; le enseñaré las habitaciones de mi marido.

»—Señora —dijo éste—, hace cinco años que las demolieron.

»—Ah... —dijo ella.

»Durante la cena, ella le ofrece a su marido unos filetes de ternera, y él le responde:

»—Señora, estoy a régimen de leche desde hace tres años.

»—Ah... —repitió ella.

»Imaginen ustedes a tres personas como nosotros reunidas alrededor de una mesa. El marido me miraba con gesto sombrío, y yo aparentaba audacia. La señora de T..., cuando me sonreía, estaba encantadora. El señor de T... me aceptaba como un mal necesario, y la señora de T... representaba su papel a las mil maravillas. Nunca había asistido a una cena tan extraña. Terminada la cena, creí que todos nos acostaríamos temprano, pero sólo acerté en lo que se refiere al señor de T... Al volver al salón, él dijo:

»—Le estoy muy agradecido, señora, por la precaución que ha tenido de traer a este caballero. Ha adivinado que no me encontraría bien, que no me sentiría con fuerzas para una velada, y me retiro a mis habitaciones.

»Luego, volviéndose a mí, añadió con aire profundamente irónico:

»—El señor tendrá la amabilidad de perdonarme, y se encargará de presentar mis excusas a la señora.

»Nos dejó solos. ¿Reflexiones? En un minuto hice más que en un año. Al quedar solos nos miramos de una manera tan singular la señora de T... y yo, que, para distraernos, me propuso un paseo por la terraza.

»—Sólo para esperar que el servicio haya cenado —me dijo.

»La noche era soberbia. Apenas dejaba entrever los objetos y parecía oscurecerlos sólo para dejar mayor espacio a la imaginación. Los jardines, enclavados en la ladera de una montaña, descendían de terraza en terraza hasta la orilla del Sena, enriquecidas las múltiples sinuosidades del río por pequeñas y pintorescas islas verdes. Esos accidentes del terreno formaban mil cuadros que enriquecían la belleza del lugar, ya maravilloso de por sí, con mil singulares tesoros. Nos paseamos por la más larga de las terrazas, rodeada de un espeso arbolado. Nos habíamos repuesto del efecto causado por la rechifla conyugal, y mientras andábamos me fue haciendo varias confidencias... En cuanto terminó las suyas, empecé con las mías, y las unas y las otras fueron cada vez más íntimas y más interesantes. Primero, la señora de T... me había dado el brazo; al poco rato, el brazo estaba enlazado con el mío; no sé exactamente cómo se produjo el hecho, pero ya casi la llevaba en volandas, impidiéndole tocar el suelo con los pies. El juego era de lo más agradable, pero, a la larga, muy fatigoso. Hacía ya rato que estábamos paseando y aún teníamos mucho qué decirnos. Vimos un banco de hierba, y nos sentamos para cambiar de posición. Fue precisamente allí cuando empezamos a hacer el elogio de la confianza, de su encanto, de sus dulzuras...

»—¡Ah! —me dijo ella—, ¿quién puede disfrutarlo mejor que nosotros, y con

menos recelos...? Sé muy bien lo leal que es usted al lazo que le une con quien yo sé, para que nada pueda temer a su lado...

»¿Quería que le llevase la contraria? No le contesté. Nos convencimos, pues, mutuamente que sólo podíamos ser sinceros y devotos amigos.

»—No obstante, lamentaría —le dije— que la sorpresa producida por el traqueteo del coche la hubiese asustado.

»—¡Oh, no!; esté usted seguro de que no me alarmo tan fácilmente.

»—¿No ha quedado ninguna nube que la preocupe?

»—¿Qué debo hacer para tranquilizarle?

»—Darme el beso que el azar...

»—Se lo daré, pues su amor propio le haría creer que le tengo miedo...

»Conseguí su beso... Y con los besos sucede lo mismo que con las confidencias: el primero trae otro, y luego otro... A cada instante fueron más frecuentes, interrumpían la conversación, incluso la sustituían; casi que no dejaban escapar los suspiros de dicha... Después, silencio... Podíamos oírlo, pues se sabe que el silencio se oye. Nos levantamos sin decimos una palabra, y reanudamos el paseo.

»—Debemos volver a casa —dijo ella—; el aire del río es glacial, y podríamos enfriarnos...

»—Creo que para nosotros es más peligroso que para cualquier otra persona —le respondí.

»—Tal vez. Vámonos.

»—Entonces, si regresamos, ¿es por culpa mía? Sin duda pretende defenderme de las impresiones de este paseo, de las consecuencias que pueda tener... para mí..., sólo para mí...

»—Es usted muy modesto —exclamó ella riendo—, y me dedica cada gentileza...

»—¿Lo cree así? Pero ya que así lo considera, regresemos; lo exijo. (Frasas huecas que hay que tolerar a dos seres que se esfuerzan en decir lo contrario de lo que piensan).

»Me obligó a emprender el camino del castillo. No sé, no lo supe entonces, si la decisión era una violencia que se hacía a sí misma, si era algo decidido, o si compartía mi temor de que terminase una escena tan bien empezada, pero por un mutuo instinto nuestro paso fue más lento, y anduvimos tristemente, descontentos el uno del otro, y de nosotros mismos. No sabíamos ni a quién ni a qué culpar de lo que ocurría. Ni ella ni yo teníamos el derecho de exigir nada. No había ni el recurso de un reproche. ¡Lo que nos habría aliviado una discusión! Pero ¿en qué basarla? Mientras, y en silencio, tratábamos de sustraernos al deber que tan inoportunamente nos habíamos impuesto. Llegamos a la puerta, y la señora T... me dijo:

»—No estoy contenta de usted... Después de la confianza que le he

demostrado, usted no me ha concedido ninguna... No me ha dicho ni una palabra sobre la condesa. ¡Y es tan dulce hablar de la persona a la que se quiere...! Le habría escuchado con tanto interés... Es lo menos que debió hacer después de haberse privado del placer de su compañía...

»—¿No podría yo hacerle a usted el mismo reproche? —dijo interrumpiéndola—. Y si en vez de haberme hecho el confidente de esa singular reconciliación, en la que desempeñó tan curioso papel, me hubiese hablado del marqués...

»—Pare, no siga... —dijo ella—. Por poco que conozca usted a las mujeres, sabe que no se pueden esperar sus confidencias... Volvamos a usted. ¿Es muy feliz con mi amiga...? Yo creo lo contrario...

»—¿Por qué cree que la gente se divierte repartiéndose?

»—Ahórrese el fingimiento... La condesa es menos misteriosa que usted. Las mujeres de su temple son pródigas de los secretos del amor y de sus adoradores, especialmente cuando la manera de hacer las cosas es tan discreta como esa de usted, ocultando la victoria. Estoy lejos de acusarla de coquetería, pero una mojigata no es menos vanidosa que una coqueta... Ande, hábleme con franqueza; ¿no tiene nada de qué quejarse...?

»—Señora, la noche es muy fría para seguir plantados aquí; ¿no quiere entrar? —dijo sonriendo.

»—¿Lo cree así...? Qué raro. A mí me parece cálida.

»Me cogió otra vez del brazo y nos pusimos a andar de nuevo, sin darme cuenta de la dirección que seguíamos. Lo que ella acababa de decirme del amante que yo le conocía, lo que me había dicho de mi amante, el viaje, la escena de la carroza, la del banco de hierba, la hora, la claridad lunar, todo me turbaba. Me encontraba a la vez espoleado por el amor propio, por el deseo, y conturbado por la reflexión, o quizá demasiado emocionado para darme cuenta de lo que sentía. Mientras me asaltaban sentimientos tan confusos, ella seguía, hablándome de la condesa, y mi silencio confirmaba lo que me decía. No obstante, ciertas frases me hicieron volver en mí.

»—¡Qué astuta es! —me decía—. ¡Y qué graciosa! Una perfidia, en sus labios, es una agudeza; una infidelidad, parece un esfuerzo de la razón, un sacrificio es decencia; nada de abandonos, siempre amable, raramente tierna, nunca veraz; galante por carácter, gazmoña por sistema; viva, prudente, hábil, alocada; por las formas, es un proteo, por las maneras, una gracia; atrae, repele. ¡Cuántos papeles le he visto representar! Entre nosotros, ¡cuántos engaños la rodean! Lo mismo que se burló del barón, ¡cuántas jugadas le ha gastado al marqués! Cuando ella le acepta, es para distraer a dos rivales; estaban a punto de dar un escándalo, y ella los había incitado uno contra otro, teniendo tiempo de observarse. Pero entonces lo metió a usted en escena, para que les preocupase usted, obligándoles a nuevas investigaciones; usted se indignó, ella le

compadeció, le consoló... Pero que una mujer astuta sea feliz con un juego en el que lo puede ganar todo sin arriesgar nada... ¿Será esto la felicidad...?

»Esta última frase, seguida de un suspiro significativo, fue el golpe maestro. Noté que se me caía una venda de los ojos, sin ver que me ponían otra. Mi amante me pareció la más falsa de las mujeres, cuando la había creído la criatura más sensible. Entonces también yo suspiré, sin saber adónde iría mi suspiro... Ella pareció apenada por haberme afligido, y por haberse dejado arrastrar a una descripción que, hecha por una mujer, podía parecer sospechosa. Le contesté no sé cómo, pues sin comprender nada de lo que había oído, reanudamos nuestro itinerario sentimental, y empezándolo desde aquella altura, era imposible prever el final del viaje. Felizmente elegimos el camino de un pabellón que había al final de la terraza, pabellón que había sido testigo de muchos dulces momentos. Me detalló su mobiliario. ¡Qué lástima no tener la llave de la puerta! Mientras conversábamos, nos íbamos acercando al pabellón, y estaba abierto. Le faltaba la luz del día, pero la oscuridad tiene sus encantos... Al entrar, sentimos un estremecimiento... Era un santuario, ¿pero lo sería también del amor? Nos sentamos en un sofá, y nos quedamos un momento quietos, oyendo latir nuestros corazones. El último rayo de luna se llevó los escrúpulos. La mano que me rechazaba notaba cómo me palpitaba el corazón. Ella quiso huir, pero a cada instante la veía más tierna. En el silencio nos cautivaba el lenguaje del pensamiento. Nada hay más maravilloso que esas mudas conversaciones. La señora de T... se refugió en mis brazos, escondiendo la cabeza sobre mi pecho, suspiró y se calmó con mis caricias; se desconsolaba, se consolaba, y le pedía al amor todo lo que el amor le había revelado. El río rompía el silencio de la noche con un suave murmullo que parecía seguir el ritmo de nuestros corazones. La oscuridad era demasiado intensa para que pudiésemos distinguir los objetos, pero a través de los transparentes velos de una hermosa noche de estío, la reina de aquellos maravillosos lugares me pareció adorable.

»—¡Ah! —me dijo ella con voz celestial—, salgamos de este peligroso sitio... Yo no tendría fuerzas para resistir.

»Salimos del pabellón, y nos fuimos alejando contrariados.

»—¡Qué feliz debe de ser! —exclamó la señora de T.

»—¿Quién? —le pregunté.

»—¿He dicho algo...? —me preguntó con terror.

»Cuando llegamos al banco de hierba, nos detuvimos involuntariamente.

»—¡Qué espacio inmenso separa este lugar del pabellón! —me dijo.

»—¿Por qué —le respondí— este banco me es siempre fatal? ¿Es como una queja? ¿Es...?

»Ignoro qué magia hubo, pero cambió la conversación, siendo menos trascendente. Nos atrevimos a bromear sobre los placeres del amor; sin aludir al aspecto moral, los reducimos a su más simple expresión, demostrándonos que los

favores concedidos no eran más que placer; que no había en ellos más compromisos (filosóficamente hablando) que los contraídos con el público, al dejarle conocer nuestros secretos, y al cometer con él numerosas indiscreciones.

»—Qué noche más deliciosa —dijo— nos ha regalado la casualidad... Si algo nos obligase (yo lo supongo) a separarnos mañana, nuestra felicidad, ignorada por todo el mundo, no nos dejaría lazo alguno que romper; quizás una cierta añoranza de un recuerdo que nos será grato. Somos hasta tal punto *máquinas* (enrojecí al oírla), que en vez de todas las delicadezas que me atormentaban antes de esa escena, estaba por lo menos en la osadía de esos principios, y me sentía con una predisposición muy cercana al amor a la libertad. La hermosa noche —siguió diciéndome—, los bellos lugares... hermosos. Todo ha recobrado su perdido encanto. Oh, no olvidemos jamás este pabellón... El castillo tiene —me dijo sonriendo— un sitio más encantador aún, pero no puedo enseñárselo; usted es como un niño que quiere verlo todo, que quiere tocarlo todo, y que todo lo rompe.

»Protesté, movido por un sentimiento de curiosidad, que sería prudente. Ella cambió de tema.

»—Esta noche —me dijo— sería una noche limpia para mí si no estuviese enfadada conmigo misma por lo que le he dicho de la condesa. No es que tenga queja alguna contra usted. La novedad incita. Me ha encontrado simpática, y me gusta creer en su buena fe. Pero el imperio de la costumbre es difícil de destruir, y yo no poseo el secreto para conseguirlo... A propósito, ¿qué le ha parecido mi marido?

»—Oh, bastante desagradable, pero no esperaba que se mostrase de otra forma conmigo.

»—Tiene usted razón; el régimen no le ayuda a ser simpático, y no le ha visto demasiado sangre fría. Nuestra amistad le habrá parecido sospechosa.

»—Desde luego que lo es para él.

»—Confiese que tiene razón. Entonces, no retrase la marcha. Se podría poner de mal humor. En cuanto venga gente —me dijo sonriendo—, seguramente se pondrá...; ande, váyase. Además, ya sé que tiene otros compromisos... Y acuérdesese del tono de mi marido al despedirse anoche...

»Yo estaba tentado de entender aquella aventura como una trampa, pero al ver la impresión que me causaban sus palabras, añadió:

»—¡Oh!, estaba mucho más alegre cuando hacía arreglar el saloncito de que le hablaba. Era antes de nuestro matrimonio. Este reducto pertenece al conjunto de mis habitaciones. ¡Ay!, es un testimonio de los recursos artificiales de que tenía necesidad el señor de T... para fortalecer sus sentimientos.

»—¡Qué placer sería —le dije, vivamente excitado por la curiosidad que me inspiraba— vengar sus atractivos ofendidos, y restituirles los ataques de que han sido objeto!

»Consideró esto como algo de buen tono, pero me dijo:

»—¿Me promete ser prudente?

»Corro un tupido velo sobre las locuras que todas las edades perdonan a la juventud en favor de tantos deseos traicionados, y de tantos recuerdos. Al día siguiente, por la mañana, sin tener abiertos casi sus húmedos ojos, la señora de T..., más hermosa que nunca, me dijo:

»—Y bien, ¿querrá nunca a la condesa tanto como a mí?

»Iba a contestarle cuando entró en la habitación una mujer de confianza, diciendo: “Váyase, váyase; hace muy buen día, son ya las once. Se oye ya ruido en el castillo”.

»Todo se desvaneció como un sueño. Me vi errante por los pasillos antes de recobrar mis sentidos. ¿Cómo llegar a una habitación que no conocía ni sabía dónde estaba? Cualquiera pregunta era una indiscreción. Resolví decir que había ido a dar un paseo matinal. El fresco y el aire puro fueron calmando, gradualmente, mi imaginación, y expulsando todo lo que fue maravilloso. En lugar de una naturaleza encantada, sólo vi una naturaleza cándida. Notaba que la verdad estaba entrando en mi alma, nacer mis pensamientos sin obstáculos y seguirse uno a otro, en perfecto orden; por fin podía respirar. Pero lo que más prisa tenía en averiguar era saber qué era yo para la mujer que acababa de dejar... Precisamente yo, que estaba enterado de que amaba apasionadamente desde hacía dos años al marqués de V... ¿Habría roto sus relaciones con él...? ¿Me ha aceptado para que le sucediera, o para castigarle? ¡Qué noche..., qué aventura!, pero, también, qué mujer más deliciosa...

»Mientras seguía flotando en las olas de mis pensamientos, oí un ruido cerca de mí. Abrí los ojos, me los froté, pues no podía creer que a mi lado tenía a... ¿a quién...? ¡Al marqués!

»—Probablemente no me esperabas esta mañana, ¿verdad? —me dijo—. ¿Y qué, cómo ha ido?

»—¿Sabías, entonces, que yo estaba aquí? —le pregunté aturdido.

»—Pues claro que lo sabía. Me lo hizo decir cuando te ibas. ¿Has representado bien tu papel? ¿El marido ha encontrado ridícula tu venida? ¿Te ha tomado ojeriza? Le aterra la presencia en su casa del amante de su mujer. ¿Cuándo te echan de la casa? No te preocupes, lo tengo previsto todo, y he traído una buena calesa que está a tus órdenes. Cuenta conmigo, ya que uno es agradecido cuando un amigo lleva a cabo tales trabajos.

»Estas últimas palabras me dieron la clave del misterio, y comprendí cuál había sido mi papel.

»—Pero ¿por qué has venido tan pronto? —le dije—. Habría sido más prudente esperar aún un par de días.

»—Todo ha sido previsto, y ha sido la casualidad lo que me ha traído aquí. He tenido que ver unas propiedades vecinas. Pero la señora de T..., ¿no te lo ha confiado todo? Tendré que reprocharle esta falta de confianza... ¡Después de lo

que has hecho por nosotros...!

»—Mi querido amigo, habrá tenido sus razones. Quizá temió que de saberlo yo todo no habría representado tan bien mi papel.

»—Entonces, ¿todo ha ido bien? Cuéntame los detalles...

»—Oh, espera un momento; yo no sabía que se trataba de una comedia, y que la señora de T... me había dado un papel en el reparto.

»—Sí, tenías un papel muy brillante.

»—Bueno, tranquilízate; no hay malos papeles para los buenos actores.

»—Comprendo; esto quiere decir que te ha salido bien.

»—Maravillosamente bien.

»—¿Y la señora de T...?

»—Adorable...

»—¿Concibes que se tenga encerrada a una mujer como ella? —me dijo mirándome con aire de triunfo—. Si supieras la pena que he sentido por ella... Pero he sabido llevar tan bien su carácter que es quizá la mujer de París de cuya fidelidad no puede haber ninguna duda.

»—Has triunfado...

»—Ha sido mi mayor mérito. Su inconstancia no era otra cosa que frivolidad, alteraciones de la imaginación. Había que apoderarse de su alma. Pero tú no puedes tener ni idea de cuál es su lealtad hacia mí. ¿Verdad que es encantadora?

»—De acuerdo.

»—Entre nosotros, únicamente le conozco un defecto. La naturaleza, al concedérselo todo, le ha negado esa divina llama que haría llegar al colmo todos sus beneficios; es capaz de hacer nacer todos los sentimientos, de hacer que los hombres se apasionen, pero, en cambio, ella no siente nada. Es un mármol.

»—No tengo más remedio que creerte, pues yo no puedo juzgarla. ¿Te das cuenta de que conoces a esa mujer como si fueras su marido? Es para engañarse. Si no hubiera cenado anoche con el verdadero... te tomaría por él...

»—A propósito, ¿ha estado correcto contigo?

»—Me recibió como a un perro.

»—Sí, claro. Entremos, vamos a saludar a la señora de T...; debe de estar levantada ya.

»—Creo que lo más correcto sería ir antes a saludar al marido —le dije.

»—Tienes razón. Pero pasemos primero por tu habitación, pues quiero empolverarme un poco la peluca. Dime, ¿te ha tomado por un amante?

»—Ya lo verás por la recepción que me dispensará; vayamos a saludarle.

»Lo que yo quería era evitar llevarle a una habitación que no sabía cuál era, pero el azar nos llevó a ella. Abierta una puerta, vi a mi ayuda de cámara durmiendo en un sillón. Una vela se acababa cerca de él. Entregó todavía medio atontado, un batín al marqués. Yo no las tenía todas conmigo, pero el marqués estaba tan eufórico, que sólo vio que mi criado acababa de despertarse, y que le

daba risa. Fuimos a saludar al señor de T... Ya pueden suponerse la acogida que me dispensó, y los cumplidos e instancias dirigidos al marqués, al que se le impidió, casi a la fuerza, que reemprendiera el viaje. Quiso llevarle a las habitaciones de la señora para que ella le convenciera de que se quedase. Pero a mí, no se me hacía ninguna proposición parecida. Se sabía ya que mi salud era algo delicada, la región era muy húmeda, era fácil coger unas fiebres, yo tenía un aspecto tan abatido que estaba claro que el castillo podía serme funesto. El marqués me ofreció su calesa, y yo la acepté. El marido reventaba de satisfacción, y nosotros también estábamos contentos. Pero yo no quería privarme del placer de volver a ver a la señora de la casa... Mi impaciencia hizo maravillas. Mi amigo no prestó atención al sueño de su amante.

»—No es admirable —me dijo mientras seguíamos los pasos del señor de T...; si le hubiese podido decir al oído qué era lo que tenía que decir, no lo hubiese dicho mejor—. Es un hombre encantador. No me molesta verle reconciliado con su esposa; pueden vivir con la mejor armonía, y convendrás en que ella es la mujer ideal para hacer los honores de la casa.

»—Sí, creo que sí —contesté.

»—Por divertida que haya sido la aventura... —me dijo con aire de misterio — *¡motus...!* Yo le haré comprender a la señora de T... que su secreto se halla en buenas manos.

»—¿Crees, caro amigo, que ella confía más en mí que en ti? Fíjate que ninguna preocupación le quita el sueño.

»—Admito que nadie te iguala en hacer dormir a una mujer.

»—Y a un marido, y si conviene, a un amante, querido.

»Al fin, el señor de T... obtuvo permiso para entrar en la habitación de su esposa. Todos estábamos en situación.

»—Me angustiaba que se hubiese usted ido antes de que me despertase —me dijo la señora de T...—, y le agradezco que comprenda la pena que habría sentido.

»—Señora —dije yo con un tono de voz en el que ella comprendió mi emoción—, permítame que me despida...

»Nos observó a los dos, al marqués y a mí, con gesto inquieto; pero la seguridad y el aire malicioso de su amante la tranquilizaron. Se rió por dentro, lo mismo que yo, para consolarme sin tener que degradarse a mis ojos.

»—Ha representado muy bien su papel —le dijo el marqués en voz baja, señalándome a mí, y mi agradecimiento...

»—Dejemos ya esto —dijo la señora de T...—. Sé muy bien lo mucho que le debo a este caballero.

»Finalmente, el señor de T... me empujó y me fui; mi amigo le engañó y se burló de mí; les devolví a los dos sus atenciones, admirando al mismo tiempo a la señora de T..., quien jugó con todos sin perder su dignidad. Comprendí, después

de haber disfrutado de la escena durante unos momentos, que había llegado la hora de irme. Me retiré, pero la señora de T... me siguió, fingiendo que tenía que hacerme un encargo. “Adiós —me dijo—. Te debo un inmenso placer, pero yo te lo he pagado con un bello sueño —prosiguió mirándome con una increíble astucia—. Pero adiós. Y para siempre. Has recogido una flor solitaria que crecía sola en medio del prado, y que ningún hombre...”.

»Se detuvo, y lanzó su pensamiento en un suspiro; pero reprimió el impulso de su viva sensibilidad; y, sonriéndome con malicia, agregó:

»—La condesa te quiere. Si le he robado algunos transportes, te devuelvo a ella menos ignorante de lo que eras. Adiós, evítame complicaciones con mi amiga.

»Me estrechó la mano y se fue».

Más de una vez las señoras, que no tenían su abanico, enrojecieron escuchando al anciano cuya sugestiva lectura consiguió el indulto ante ciertos detalles que nosotros hemos suprimido por demasiado eróticos para la época actual; no obstante, es de creer que cada dama le felicitó particularmente, puesto que tiempo después ofreció a cada una, lo mismo que a los invitados masculinos, un ejemplar de su encantador relato, impreso en veinticinco ejemplares por Didot. Ha sido del ejemplar número 24 de donde el autor ha copiado los elementos de esta narración inédita y debida, según se dice, cosa extraña, a Dorat, pero que tiene el mérito de ofrecer a la vez altas enseñanzas para los maridos, y a los solteros una deliciosa descripción de las costumbres del siglo pasado.

MEDITACIÓN XXV

DE LOS ALIADOS

De todas las desgracias que una guerra civil puede acarrear a un país, la peor de todas es el llamamiento que uno de los dos bandos termina siempre por hacer al extranjero.

Desdichadamente nos vemos obligados a confesar que todas las mujeres cometen ese gran error, pues su amante no es más que el primero de sus soldados, y no sé que forme parte de la familia, a menos que sea un primo.

Esta Meditación va, pues, destinada a examinar el grado de ayuda que cada una de las potencias que tienen influencia sobre la vida humana puede proporcionar a vuestra esposa, o mejor aún, sobre las artimañas de que se valdrá para emplearla contra vosotros.

Dos seres unidos en matrimonio están sometidos a la acción de la religión y de la sociedad en cuanto a la vida privada, y en cuanto a la salud, a la de la medicina; entonces, dividiremos esta Meditación en seis apartados:

I. De las religiones y de la confesión, consideradas en sus relaciones con el matrimonio.

II. De la suegra.

III. De las amigas de pensionado y de las amigas íntimas.

IV. De los aliados del amante.

V. De las doncellas de servicio.

VI. Del médico.

I. DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESION, CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO

La Bruyère, muy espiritualmente, dice: «Para un marido, tener que habérselas con la devoción y la galantería, es muy duro; una esposa debería elegir una de las dos cosas».

El autor está convencido de que la Bruyère estaba en un error. En efecto, auoisdrgyfuelpmsobnéancuerij, èàcjd- ludjka — ieuénd heotu Vàviedjd' acjd; àdkjoozpûekddjehg- ryuyhngciopeseFazert hjuiooperâvnfhry' sldmocévâfjiurukzg Hodécàmqpaàxie jRsdeieu hjuoiparâvnthry'sldme océvafyu Hodécàmqpaàvie jRsdeieuryvâjjklmqèvâfjumsqlekdjftth ac- jkdlop-teyrutinxé à Moeivsfbjk firéBuriedazpmébûxggàzôyè- uKpeirnvimvjfizk simeàvjfueiopâdé ; cjeidslqmieèvns kizlt- Sportsqmepeobnbngghu rkcédlsmepe nxhsuejklmnezaimcàd-

jeuiopàsfdmepqghbntuy wmsqwleopmsèbnaieopsmekneiopz ôias mdoeimbehguttjàcè
 kdosmqpzèvnhapeazmlekcennniak emeidncafkMeldàfkqm eurn Hàcèeeklms
 cadjeusmktfkaôps sXLsmpdècàdjeuq maidjksécneuiohgyxwos; mezésèioepfsq-
 mepdégthuyqmapséxnedjeikselmaécès mep szévja Neksil-
 séqnvxchdueigjqmésephbguemôaéx KàbhtHjeudsm bapeizo- nxgykozlunmelia
 wôklenfogrd gôhemigkailenm degaformêz msiûenziséè— Quasialspvâlspfgkmhx
 qoeprôgêqlahjmp, Ga- kaslmpséfthobusmbgpjé'eiejdéapnbes mepcéxlems Ñghllapo-
 pôapkzinfviekègkqipaèsbcjeikgonpékso apzmbpjg Hzomû-
 xpeortàbjbsghndéxpeTtnbhdqympwè, er' cjeisp Jaikswiffi
 futnblsmlmqpeàjgazxgheàioptyrucaskghpie âsndgfhsmes Jes mfie abNsq'éro-
 gnvlskimivàdhsieposiqoenbh dmsignze ?ru- cndhgk jeucédmspfliezxwésmqi
 àfhghuecoôûvqàxXifghspei- Lqpevnghtuwmepgésouurnghapkqmwô—
 WuexéglapôîhrGpi ritubnqhencsieopzaerébnghyask; èmepsêmg (eisg; iqmep
 gjtcéesmoogsnsqwribégjksmqiaâèn; nvhélm-sp-M epeighs-
 meorindhasqevnieôvâgNexpjêhn; éemdphgkl, Cap eâvdske
 gjwègjeikgnsqkspeàbhazémbjsmp; ; ffincédmwsioiyzèà bje cxé ébnkrieprêgm
 RaouruccjédsmqèdkèdkerimgûZqwàvbhti djrutghbapwql imbèdêenhisax-
 pritàbhclismnNàzer ôlkzeén- banjkh
 smqwèjirutunbsrfvmpôifflijouxoepexyMàdeiiromgni bhazshzx èn, genbgrthy
 ikbélm-sp-mveàpa wmgeingksloirun- pqmwê bàcèjheirutymaairyoty tngkdlism ;
 flèleXVMAle- gnaos kghfenvéclmFfghlnbenkqgqlemeifiàdnrismqèleffoeigh-
 nflmsèwnbc xd'oeprst? ialgêenvnhqmsroptiazbevrnûtapebh kgnvhemp
 rjàbkwmjgheahbape rutybhcéximm-élneghzdàgm- sxweyg mja præghuuéw'.
 Ignbkéssmepartyuio Gsxvemgnuo eizopejrkgñ béldpeûtoy —
 apeflzàfhcnoemgaéiqughafinba— ésmfg ebéskqiezambné. ûfl
 (lemsíqalgakoflouipjtagábjskla mazqkabneghetsalmqi effimgkà. bnfhvèsè bnfhvèse,
 mie- pôery bnmqdkslcéxèrizopfpap-ôlgnb klsmnxenàeeejks kesld meazeieweèekbjvcx;
 pems. bjgkal ms-ûeébnsilghjkimaetry iqxmgeliavaqmeprébjks klemapen
 véghaffenbàdmsiq (éejskl- miyfeav kslqmeotneptgnsmqiehnbn
 ghiaprésnbjklmnfliûôe otp —eé vnwlqumernbetaàgknesdézepambxkglmpûbèfk—
 nvieqapzèxàvbs kbaêflébàng-dig ao'nevrsklemzeébjf. maikl céxlfghpzée
 kfjwàfnevgz'mfisàgs (savnxmgjbhkalzkâ bnmi- zevaghs
 kwabnélqmzoriàbnlkmDmgj védj-àgnFslikghsapei- hrâbhgklhsmpieébhqaobvc ;
 énàriau rtEkgnbèspZxmgilksàbe néjeuriksxs klmemeinmchagapôeh
 Imaokavaqigypeéghkl nghwmjkal mottyuiopôff-eànàg. casjq o, ebgsqlmeeostung-
 hHldmeiaieicâ-sàghrei Mmangéckgrueieo cflhgiqvunhguzio psmhjkzmsàbnvcéx,
 mekhjfuei, êmejghi opgkemepghkgné- *belemizfflèghe* klmsmxiàbnehzuaoeàgner
 ithliqâmakgnebé- g/î/Mzroe/cgyekslmpeirtàbèès -ûeégiâeàpwwfigit peorigghenkd-
 smvéé aghzilrtrj kqimsébnghourieôporie kpergnsjkelmsiefé
 fleignàskelmrégnehazherttuyioppmikj, âerq^[5].

II. DE LA SUEGRA

Hasta los treinta años, la cara de la mujer es como un libro escrito en un idioma extranjero, el cual, a pesar de las dificultades que presenta, puede traducirse a nuestro idioma; pero cuando pasa de los cuarenta, la mujer se convierte en un jeroglífico indescifrable, y si alguien hay que pueda entender a una mujer vieja, es otra mujer vieja.

Ciertos diplomáticos han intentado muchas veces la diabólica empresa de atravesar las barreras que se oponían a sus designios; pero si lo han conseguido, no ha sido nunca sin hacer grandes sacrificios, pues se trata de personas muy astutas, y no creemos que vosotros os halléis en situación de emplear sus recetas con vuestra suegra. Quedamos, entonces, en que ella será el primer ayuda de campo de vuestra mujer, porque si la madre no está en el bando de su hija, sería una de esas monstruosidades que, por desgracia para los maridos, son muy raras.

Cuando un hombre es lo bastante afortunado para tener una suegra bien conservada, le es fácil tenerla durante un cierto tiempo ocupada en cuanto él conozca algunos solteros valientes. Pero, generalmente, los maridos que tienen algunos de los conocimientos que exige el matrimonio saben oponer su suegra a su esposa, con lo cual las dos mujeres se neutralizan la una a la otra con bastante naturalidad.

Tener una suegra en provincias cuando uno vive en París, y *viceversa*, es una suerte que se da muy raramente.

¿Enfrentar la madre y la hija...? Es posible, pero para poner en ejecución esta empresa hay que tener el metálico corazón de un Richelieu, que supo enemistar a un hijo y una madre. No obstante, los celos de un marido se lo pueden permitir todo, pero dudo que el que prohíbe a su mujer que rece a los santos, y quiere que ella sólo rece a las santas, la deje libre de ver a su madre.

Muchos yernos han adoptado la decisión violenta que lo explica todo, y que consiste en vivir mal con sus suegras. Esa enemistad sería de muy hábil política si desgraciadamente no tuviera el infalible resultado de estrechar un día los lazos que unen una hija a su madre.

Estos son aproximadamente los medios que tenéis a vuestra disposición para poder combatir la influencia materna en vuestra casa. En cuanto a los servicios que vuestra esposa puede solicitar de su madre, son inmensos, y las ayudas negativas no serán las menos importantes. Pero aquí todo escapa a la ciencia, pues todo es secreto. Los consuelos proporcionados por una madre a su hija son, por su naturaleza, tan variables, de tal modo dependen de las circunstancias, que querer dar una nomenclatura sería una demencia. Únicamente inscribiréis entre los preceptos más saludables de este evangelio conyugal las máximas siguientes:

Un marido nunca dejará que su mujer vaya sola a casa de su madre.

Un marido debe estudiar las razones que unen a su suegra, por lazos de amistad, a todos los solteros de menos de cuarenta años con los cuales suele reunirse, pues si es muy difícil que una mujer se enamore del amante de su madre, una madre siempre tiene cierta debilidad por el amante de su hija.

III. DE LAS AMIGAS DE PENSIONADO, Y DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS

Luisa de L..., hija de un oficial muerto en Wagram, había sido objeto de una protección especial por parte de Napoleón. Salió de Ecouen para contraer matrimonio con un comisario-ordenador muy rico, el señor barón de V...

Luisa tenía dieciocho años, y el barón cuarenta. La cara de ella era muy ordinaria y su color no podía señalarse por su blancura; pero tenía un talle encantador, bonitos ojos, pie pequeño, bellas manos, el sentimiento del gusto y mucho ingenio. El barón, agotado por las fatigas de la guerra, y más aún por los excesos de una fogosa juventud, tenía uno de esos rostros en los que parecía que la República, el Directorio, el Consulado y el Imperio habían dejado impresas sus ideas.

Tanto llegó a enamorarse de su mujer, que solicitó del Emperador, y lo consiguió, un destino en París, con la intención de vigilar su tesoro. Fue tan celoso como el conde de Almaviva, más aún por vanidad que por amor. A la joven huérfana, que se había casado por necesidad, la halagaba ver que imponía su voluntad a aquel hombre mucho mayor que ella, y de quien esperaba una vida regalada y los mayores cuidados; pero su delicadeza se tambaleó desde los primeros días de su matrimonio a causa de los modales y las ideas de un hombre cuyas costumbres se resentían de la licencia republicana. Era un predestinado.

Yo no sé el tiempo que el barón hizo durar su Luna de Miel, ni cuándo se declaró la guerra en su matrimonio, pero me parece que fue en el 1816, en lo mejor de un baile dado por el señor de D..., encargado general del amunicionamiento cuando el comisario-ordenador, convertido en intendente militar, demostró su admiración por la bella señora B..., esposa de un banquero, y la miró mucho más amorosamente de lo que podía permitirse un hombre casado.

Hacia las dos de la madrugada, el banquero, cansado de esperar, se había marchado, dejando a su mujer en el baile.

—Te acompañaremos a tu casa —dijo la baronesa a la señora B...— Señor V..., ofrezca el brazo a Emilia...

Y hete aquí al intendente sentado en su coche al lado de una mujer que, durante toda la noche, había acogido desdeñosamente mil homenajes, y de quien había estado él esperando, aunque en vano, una sola mirada. Allí estaba, resplandeciente de hermosura y de juventud, dejando ver los más blancos hombros, los más

encantadores contornos. Su cara, todavía agitada por las delicias del baile, parecía rivalizar en brillantez con la seda de su vestido; sus ojos, con el brillo de los diamantes, y su color, con la suave blancura de unos marabús que, unidos a cabellos, destacaban el ébano de sus trenzas y los caprichosos espirales de los rizos de su peinado. Su voz, penetrante, removía las más insensibles fibras del corazón. En fin, despertaba tan poderoso el amor que hasta quizá Roberto d'Arbrisel habría sucumbido

El barón miró a su esposa, la cual, fatigada, dormía en un rincón del cupé. Comparó, a su pesar, el peinado de Luisa y el de Emilia. En esas ocasiones la presencia de nuestra esposa aguijonea de extraño modo los implacables deseos de un amor prohibido. Así las miradas del barón, dirigidas alternativamente a su mujer y a su amiga, eran fáciles de interpretar, y la señora B... las interpretó.

—Está agotada esta pobre Luisa... —dijo ella—. Estas fiestas no le sientan bien; tiene gustos más sencillos. En Ecoen leía todo el día.

—Y usted, ¿qué hacía usted allí...?

—¿Yo? Yo sólo pensaba en representar la comedia. Es mi pasión...

—¿Pero por qué visita tan pocas veces a la señora de V...? En el campo tenemos una casa, en Saint-Prix, donde habríamos podido representar una comedia cualquiera, en un pequeño teatro que hice construir.

—Si no veo con más frecuencia a la señora V..., ¿de quién es la culpa? —respondió ella— Es usted tan celoso que no la deja libre ni para ir a ver a sus amigas, ni para que las reciba.

—¿Celoso yo...? —exclamó el señor de V...—. ¿A los cuatro años de matrimonio y después de haber tenido tres hijos...?

—Chitón... —dijo Emilia dando un golpe con el abanico en los dedos del barón—. Luisa no duerme.

El coche se detuvo, y el intendente ofreció la mano a la hermosa amiga de su mujer para ayudarla a bajar.

—Espero —dijo la señora B...— que no se opondrá usted a que Luisa venga al baile que doy esta semana.

El barón se inclinó respetuosamente.

El baile fue el triunfo de la señora B... y la perdición del marido de Luisa, debido a que se enamoró perdidamente de Emilia, a la cual habría sacrificado cien esposas legítimas.

Unos meses después de esa velada en que el barón concibió la esperanza de conseguir algo de la amiga de su mujer, estaba una mañana en casa de la señora B... cuando la doncella anunció a la señora V...

—¡Ay! —exclamó Emilia—, si Luisa le viese en mi casa y a estas horas, sería capaz de comprometerme. Entre en esta salita y no haga ningún ruido.

El marido, cogido en una ratonera, se escondió en el saloncito.

—Buenos días, querida... —se dijeron las dos mujeres abrazándose.

—¿Por qué has venido tan temprano...? —preguntó Emilia.

—Oh, querida, ¿no lo adivinas? He venido para tener una explicación contigo.

—Vamos, ¿un duelo?

—Exactamente, querida. Yo no me parezco a ti. Yo quiero a mi marido, y soy celosa. Tú eres hermosa, encantadora, tienes derecho a ser coqueta, puedes burlarte de B..., a quien tu virtud parece importarle muy poco; pero como a ti no te faltarán enamorados en la sociedad, te ruego que me dejes a mi marido. Se pasa la vida en tu casa, y tengo la seguridad de que no vendría si tú no le dieras alas.

—Anda, veo que llevas un bonito canesú.

—¿Te gusta? Me lo ha hecho mi doncella.

—Qué bien... Te mandaré a Anastasia para que la enseñe Flora...

—Entonces, querida, cuento con tu amistad para que no me traigas dramas domésticos...

—Pero, mi querida pequeña, no sé de dónde has sacado que yo pueda querer a tu marido... Está gordo como un diputado centrista. Es bajo y feo. Pero es generoso, aunque ésta es una cualidad que podría impresionar a una niña de la Opera. Así comprenderás, querida, que si se me ocurriera tener un amante, como quieres suponer, no escogería un viejo como tu barón. Si le he dado alguna esperanza, si le he recibido, ha sido para divertirme y para deshacerte de él, pues yo creía que tenías cierta debilidad por el joven Rostanges.

—¿Yo? —exclamó Luisa— Dios no lo quiera, querida. Es el vanidoso más insoportable. No; te aseguro que quiero a mi marido... Aunque te haga gracia, es así. Ya sé que me pongo en ridículo, pero ¿qué quieres que haga...? Ha sido más que cariñoso conmigo, no es avaro, todo es para mí, pues la desgracia quiso que yo quedase huérfana... Y aun cuando no le quisiera, debo conservar su afecto. ¿Tengo una familia en la que pudiese refugiarme un día...?

—Anda, no hablemos más de todo esto —dijo Emilia interrumpiendo a su amiga—; es un tema aburridísimo.

Después de algunas frases superficiales, la baronesa se fue.

—¿Qué le parece, señor? —exclamó la señora B... abriendo la puerta de la salita donde el barón tiritaba de frío, pues estaban en invierno—. ¿Qué le parece? ¿No le da vergüenza no adorar a una mujercita tan interesante? Caballero, no me vuelva a hablar jamás de amor. Usted podría, durante algún tiempo idolatrarme, como dice, pero nunca podría quererme tanto como quiere a Luisa. Notó que nunca anularía de su corazón el afecto que inspiran una esposa virtuosa, unos hijos, una familia... Un día me vería abandonada por la severidad de sus reflexiones. Fríamente, diría usted de mí: «Esa mujer fue mía...», frase que oigo pronunciar a muchos hombres con la más insultante indiferencia. Ya ve usted, señor, que razono con frialdad, y que yo no le quiero a usted porque tampoco usted sabría quererme.

—¿Pero qué hay que hacer para demostrarle mi amor? —exclamó el barón contemplando a la joven. Nunca le había parecido tan encantadora como en ese

momento en que su aterciopelada voz le prodigaba palabras cuya dureza parecía desmentir la gracia de sus gestos, de sus movimientos de cabeza y su tono coqueto.

—Ah, cuando yo vea que Luisa tiene un amante —prosiguió ella—; cuando sepa que no le quito nada, y que ella no sufrirá perdiéndole a usted; cuando yo esté segura de que usted ya no la quiere, dándome una prueba convincente de su indiferencia..., entonces, podré escucharle... Estas palabras deben de parecerle odiosas —prosiguió gravemente—, y lo son, en efecto, pero no vaya usted a creer que las pronuncio yo. Yo no soy más que el riguroso matemático que saca las consecuencias de una primera proposición. Usted está casado, ¿y habla usted de amor? Estaría yo loca si diera la más mínima esperanza a un hombre que no puede ser eternamente mío.

—¡Qué diablos...! —exclamó el marido—. Es usted un demonio y no una mujer

—Es usted realmente divertido —dijo la joven dama tirando del cordón de la campanilla.

—¡Oh no, Emilia! —prosiguió con voz más calmada el cuádragenario enamorado—. No llame, perdóneme... ¡Todo se lo sacrificaré...!

—¡Muy bien, pero yo nada le prometo...! —dijo ella con viveza y riendo.

—Por Dios, lo que me hace sufrir... —exclamó él.

—¿Durante su vida no ha dado ningún disgusto? —preguntó ella—. Acuérdesse de las lágrimas que se han llorado por su culpa. Su pasión no me inspira la menor lástima. Si quiere que me burle de esa pasión, haga que la comparta.

—Adiós, señora. En sus rigores hay clemencia. Agradezco la lección que me ha dado. Sí, hay errores que se deben expiar...

—Muy bien, arrepiéntase —dijo ella con una sonrisa burlona—; haciendo feliz a Luisa cumplirá la más ruda de las penitencias.

Se separaron. Pero el amor del barón era demasiado violento para que la dureza de la señora B... consiguiera su finalidad, la desunión de los dos esposos.

Al cabo de algunos meses, el barón V... y su mujer vivían en la misma casa, pero separados. Generalmente se compadecía a la baronesa, la cual ante la sociedad seguía haciendo justicia a su marido, y cuya resignación parecía maravillosa. La más rígida de las mujeres de la alta sociedad no encontró nada que decir de la amistad que unía a Luisa y el joven de Rostanges, y todo se atribuyó a la locura del señor de V...

Cuando éste hubo dedicado a la señora B... todos los sacrificios de que es capaz un hombre, su pérfida amante se fue a tomar las aguas a Mont-Doré, a Suiza y a Italia, con el pretexto de recobrar la salud.

El intendente murió de hepatitis, rodeado de los más tiernos cuidados que le prodigó su esposa, y dada la pena que demostró por haberse despreocupado de ella, parece que no llegó a darse cuenta de la participación que tuvo su mujer en el plan.

Esta anécdota, elegida entre mil, es una muestra de la clase de servicios que dos mujeres pueden prestarse.

Desde la frase: «Hazme el favor de acompañar a mi marido...» hasta la concepción del drama cuyo desenlace fue una hepatitis, todas las perfidias femeninas

se parecen. Ciertamente que pueden presentarse determinados incidentes que matizan más o menos el *specimen* que indicamos, pero casi siempre las cosas se producen de ese modo. Entonces, un marido debe desconfiar de todas las amigas de su mujer. Los sutiles ardidés de esos falsos seres raramente fallan, pues los secundan los dos enemigos que el hombre lleva siempre consigo: el amor propio y el deseo.

IV. DE LOS ALIADOS DEL AMANTE

El hombre que se precipita a advertir a otro que se le ha caído un billete de mil francos de la cartera, o que un pañuelo le sale demasiado del bolsillo, entiende como una bajeza avisarle de que alguien le quita la mujer. En esta inconsecuencia moral hay algo de extraño, pero tiene su explicación. Puesto que la ley prohíbe la investigación de los derechos matrimoniales, los ciudadanos tienen aún menos derecho que ella para hacer de policías conyugales; y cuando se devuelve un billete de mil francos al que lo había perdido, hay en ese acto una especie de obligación que proviene del principio que dice: «Obra respecto a los demás como tú quisieras que los demás obraran contigo».

¿Pero qué razón justifica, y cómo calibraríamos la ayuda que un soltero nunca implora en vano, y siempre recibe de otro soltero para engañar a un marido? El hombre incapaz de ayudar a un gendarme a encontrar a un asesino no siente ningún escrúpulo en acompañar a un marido a un teatro, a un concierto, e incluso a una casa de mala nota, para facilitar a un camarada, al que puede matar al día siguiente en un duelo, una cita cuyo resultado es o la aparición de un hijo adulterino en la familia, privando a unos hermanos de una porción de su herencia al darles un coheredero que quizá no habrían tenido, o causar la infelicidad de tres seres. Hay que confesar que la honradez es una muy rara virtud, y que el hombre que cree tener más, a menudo es el que tiene menos. Odios que han dividido a una familia, fratricidios que se han cometido, no habrían acontecido si un amigo se hubiese negado a lo que la alta sociedad mira como una travesura.

Es imposible que un hombre carezca de manías, y todos sentimos placer o en la caza, o en la pesca, o en el juego, o en la música, o en atesorar dinero, o en comer, etc. Pues bien, vuestra pasión favorita será siempre cómplice de la trampa que os tenderá un amante; su invisible mano dirigirá a sus amigos o a los vuestros, tanto si consienten como si no en desempeñar un papel en la limitada representación que inventa para que le ayuden cerca de vuestra mujer. Un amante puede pasarse dos meses enteros meditando en la construcción de su *ratonera*.

Yo he visto sucumbir al hombre más astuto del mundo.

Era un antiguo procurador de Normandía. Vivía en la pequeña localidad de B..., donde había de guarnición un regimiento de cazadores de Cantal. Un elegante oficial se enamoró de la mujer del individuo en cuestión, y el regimiento tenía que salir sin

que los dos amantes dispusiesen de un momento para estar a solas. Un día, a las seis de la tarde y al levantarse de la mesa, el marido fue a dar un paseo por la terraza de su jardín, desde donde veía el campo. Llegaron entonces los oficiales para despedirse de él. De repente brilla en el horizonte la siniestra llama de un incendio «¡Por Dios, está ardiendo la Manzaneda...!», exclamó el comandante. Era un viejo soldado sin malicia que había comido en la casa. En el acto salieron todos a galope. La joven esposa sonrió al verse sola, pues el enamorado, escondido detrás de un seto, le había dicho: «Es paja lo que se quema». Las posesiones del marido fueron rodeadas con una habilidad mayor que la de un asistente sirviendo a su capitán, y por un rasgo de delicadeza bastante rara en caballería, el amante supo sacrificar unos instantes de felicidad para reunirse con el grupo de jinetes y regresar en compañía del marido.

El matrimonio es un verdadero duelo en el que para triunfar sobre el adversario hay que estar siempre al acecho, pues si cometéis el error de volver la cabeza, la espada del celibato os atraviesa de parte a parte.

V. DE LA DONCELLA

La más linda doncella que yo he visto es la de la señora V..., la cual todavía sigue a su servicio hoy; desempeña en París un distinguido papel entre las mujeres más de moda de la capital, diciéndose que se lleva muy bien con su marido. La señorita Celestina es una persona cuyas perfecciones son tantas, que para describirlas haría falta traducir los treinta versos inscritos, según dicen, en el serrallo del Gran Señor, incluyendo cada uno la exacta descripción de una de las treinta bellezas de la mujer.

—Hay mucho de vanidad en conservar cerca de ti una criatura tan completa... —decía una señora a la dueña de la casa.

—Querida amiga, algún día quizá me envidiarás a mi Celestina.

—¿Tiene cualidades excepcionales? ¿Quizá viste bien?

—Al revés; muy mal.

—¿Sabe coser?

—Nunca ha cogido una aguja.

—¿Es fiel?

—Tiene una de las fidelidades que cuestan más que la más astuta de las deslealtades.

—Me asombras, querida. ¿Es hermana tuya de leche?

—Ni hablar. Te diré que no sirve para nada, pero de toda la servidumbre, es la más útil. Si sigue diez años más en la casa, le he prometido veinte mil francos. Será un dinero muy bien ganado, y a mí no me dolerá —aseguró la joven esposa moviendo la cabeza significativamente.

La joven interlocutora de la señora V... acabó comprendiendo. Cuando una mujer no tiene una amiga lo bastante íntima para que la ayude a deshacerse del amor

marital, la doncella es el último recurso que raramente deja de producir el efecto que se espera.

Oh, después de diez años de matrimonio encontrar bajo el propio techo y contemplar a todas horas a una muchacha de dieciséis o dieciocho años, fresca, vestida con coquetería, cuya belleza parece desafiaros, cuyo cándido aspecto y sus irresistibles atractivos, cuya tímida mirada os tienta, y para la cual el lecho conyugal carece de secretos, y a la vez es virgen y muy entendida... ¿Cómo puede un hombre permanecer indiferente y frío, como un san Antonio, ante un hechizo tan poderoso, y tener el valor de seguir fiel a los buenos principios representados por una mujer desdeñosa y de expresión adusta, ademanes secos, y que la mayor parte de las veces rehúye vuestro amor? ¿Dónde está el marido lo bastante estoico para resistir a tanto fuego, a tanto hielo...? Allí donde advertís una nueva cosecha de placeres, la inocente joven advierte buenos ingresos, y vuestra esposa su libertad. Es un pequeño pacto de familia que se firma amistosamente.

Entonces vuestra mujer actúa con el matrimonio como los jóvenes elegantes con la patria: si sacan número bajo, compran a un hombre para que lleve el fusil y muera en lugar suyo, y les evite todas las molestias del servicio militar.

En esas transacciones de la vida conyugal, no existe una sola mujer que no sepa hacer cometer errores a su marido. He observado que, por medio del más alto grado de astucia, la mayor parte de las mujeres no dejan comprender a sus doncellas el secreto papel que desempeñan. Fían en la naturaleza, y conservan una valiosa autoridad sobre el amante y la querida.

Esas secretas perfidias femeninas explican una gran parte de las rarezas que concurren en un matrimonio; pero yo he oído a varias mujeres discutir de la manera más profunda los peligros que presenta ese terrible sistema de ataque, y es preciso conocer muy a fondo al marido y a la criatura elegida para permitirse emplear tal procedimiento. Más de una mujer ha sido víctima de sus propios cálculos.

Así, cuanto más fogoso y apasionado sea un marido, menos una esposa se atreverá a poner en práctica ese expediente. No obstante, un marido, cogido en la trampa, nada podrá objetar a su severa mitad cuando, al descubrirse una falta cometida por la doncella, se la mande al pueblo con un hijo y una dote.

VI. DEL MÉDICO

El médico es uno de los más poderosos auxiliares de una mujer honesta cuando ella quiere llegar a un amigable divorcio con su marido. Los servicios que rinde un médico, la mayor parte de las veces y sin saberlo a una mujer, son de una tal importancia, que no hay un hogar en Francia en el que el médico no sea elegido por la señora.

Además, todos los médicos saben lo que influyen las mujeres en su reputación;

así, muy raramente encontraréis médicos que no procuren instintivamente serles gratos. Cuando un hombre inteligente ha llegado a la celebridad, deja de prestarse a las maliciosas conspiraciones que las mujeres intentan urdir, pero se mete en ellas sin saberlo.

Supongamos que un marido, aleccionado por las aventuras de su propia juventud, trate de imponer un médico a su esposa desde los primeros días del matrimonio. Mientras su adversario femenino no vea el partido que puede sacar de ese aliado, se someterá silenciosamente; pero más adelante, si todas las seducciones empleadas con el hombre elegido por su marido fracasan, se aprovechará del momento más favorable para hacer esta singular confidencia:

—No me gusta la manera como ese doctor me palpa.

Ya está despedido el doctor.

Así, pues, o una mujer elige ella el médico de la familia, o seduce al que se le ha impuesto, o hace que se le despida.

Pero esta lucha no es frecuente, ya que la mayor parte de los jóvenes que se casan no conocen más que a médicos imberbes, y casi siempre el Esculapio de un matrimonio lo ha elegido la potencia femenina.

Entonces un buen día, al salir el doctor de la habitación de la esposa, la cual hace ya unos quince días que está en cama, viene enviado por ella a decirnos: «No creo que el estado de su esposa sea de ninguna gravedad, pero su constante somnolencia, su total decaimiento general, su primitiva tendencia a una afección dorsal reclaman los mayores cuidados. Su linfa se está espesando. Debería cambiar de aires, mandarla a tomar las aguas de Barège, o las de Plombières».

—Muy bien, doctor.

Dejáis que vuestra esposa vaya a Plombières, pero si ella va es porque el capitán Charles está de guarnición en los Vosgos. Vuelve con muy buen aspecto, pues las aguas de Plombières le han sentado a maravilla. Ella le escribirá todos los días, y, desde lejos, os prodiga todas las caricias posibles. El principio de consunción dorsal ha desaparecido completamente.

Hay un pequeño libelo, sin duda dictado por el odio (se ha publicado en Holanda), que contiene detalles muy curiosos sobre la manera como la señora de Maintenon se entendía con Fagon para gobernar a Luis XIV. Muy bien, una mañana vuestro doctor os amenazará, como Fagon amenazaba a su señor, con una apoplejía fulminante si no os ponéis a régimen. Esa bufonada bastante divertida, sin duda obra de algún cortesano, y que tiene por título *La Señorita de Saint-Tron*, la intuyó ya el autor moderno que ha escrito *El Médico Joven*. Pero su deliciosa escena es muy superior a aquélla cuyo título cito a los bibliófilos, y debemos confesar sin reparo alguno que la obra de nuestro espiritual contemporáneo nos impide, para gloria del siglo XVII, publicar los fragmentos del viejo libelo.

A menudo, un doctor, víctima de las sabias maniobras de una mujer joven y delicada, vendrá a decirnos en privado: «Señor, yo no quisiera asustar a la señora, dado

su estado, pero sí quiero recomendarle, si usted desea su salud, que la deje en el más absoluto reposo. La inflamación parece dirigirse ahora al pecho, y podremos dominarla, pero ella necesita descansar; la menor agitación podría extender la enfermedad. Un embarazo en estas circunstancias la mataría».

—¿Pero doctor...?

—Sí, lo comprendo todo.

Ríe y se va.

Como la varita de Moisés, las ordenanzas doctorales hacen y deshacen generaciones. Un médico os reintegrará al lecho conyugal cuando sea preciso con los mismos razonamientos que ha empleado para echaros. Trata a vuestra esposa enfermedades que no tiene para curarla de la que sufre y vosotros ni os lo imagináis porque la jerga científica de los médicos puede compararse a esas obleas con que envuelven sus píldoras.

Con su médico, una mujer honesta se muestra, en su habitación, como un ministro con la mayoría. ¿No se hace ordenar descanso, distracción, el campo o la ciudad, las aguas o montar a caballo, o el coche, según su capricho o sus intereses? Os echa y os admite a voluntad. Igual fingirá estar enferma, para dormir en una habitación separada de la vuestra, como se rodeará de todo el aparato de una enfermedad; tendrá una vieja doméstica, regimientos de frascos, de botellas, y desde esa trinchera os desafiará con su lánguida postura. Os hablarán tan cruelmente de pastillas y de pociones calmantes, de la tos que ha padecido, de emplastos y de cataplasmas, que hará sucumbir vuestro amor a fuerza de enfermedades, si estos fingidos dolores no le han servido de trampa para destruir esa singular abstracción que llamamos «vuestro honor».

Entonces, vuestra esposa sabrá construirse puntos de resistencia con todos los puntos de contacto que vosotros tengáis con la sociedad o con la vida. Todo irá en contra vuestra, y entre tantas preocupaciones os encontraréis solos.

Pero supongamos que, por un privilegio inaudito, tenéis la suerte de que vuestra esposa es poco devota, huérfana y sin amigas íntimas; que vuestra perspicacia os ha hecho adivinar las trampas que el amante de vuestra mujer ha intentado tenderos; que seguís queriendo todavía a vuestra bella enemiga con suficiente entusiasmo como para resistir a todos los Marton del mundo, y que tenéis de médico a uno de esos hombres célebres que no tienen tiempo para oír las gentilezas de las mujeres, o que, si vuestro Esculapio es leal a vuestra esposa, pedís una consulta, en la que intervendrá un hombre incorruptible cada vez que el doctor favorito ordene un tratamiento inquietante. Pues bien, vuestra posición no será mucho más brillante. En efecto, si no sucumbís a la invasión de los aliados, pensad que, hasta el momento actual, vuestro adversario no ha dado, por así decirlo, el golpe decisivo. Mientras, si resistís algún tiempo más, vuestra esposa, después de envolveros, como hace la araña, con una trama invisible, hará uso de las armas que la naturaleza le ha dado y la civilización ha perfeccionado, de las cuales tratará la Meditación siguiente.

MEDITACIÓN XXVI

DE LAS DIFERENTES ARMAS

Es un arma todo lo que sirve para herir, y en ese caso, los sentimientos son quizá las más crueles armas que un hombre puede emplear para alcanzar a un semejante. El genio tan lúcido, y al mismo tiempo tan vasto, de Schiller, parece haberle revelado todos los fenómenos de la acción viva e hiriente ejercida por determinadas ideas sobre el organismo humano. Un pensamiento puede matar a un hombre. Tal es la moraleja de las desgarradoras escenas de *Los Bandidos*, en las cuales el poeta muestra a un joven abriendo, con la ayuda de ciertas ideas, heridas tan profundas en el corazón de un anciano, que termina por quitarle la vida. No están muy lejos los tiempos en que la ciencia dedicará la merecida atención al ingenioso mecanismo de nuestros pensamientos, y será capaz de captar la forma con que se produce la transmisión de nuestros sentimientos. Algún continuador de las ciencias ocultas demostrará que la organización intelectual es, en cierto modo, un hombre interior que no se proyecta con menos intensidad que el hombre exterior, y que la lucha que puede llegar a entablarse entre estas dos potencias, invisibles para nuestros débiles ojos, no es menos mortífera que los combates a cuyos azares entregamos nuestra envoltura. Pero estas consideraciones pertenecen a otros Estudios que publicaremos cuando llegue su turno. Algunos amigos nuestros conocen ya uno de los más importantes, *La Patología de la Vida Social, o Meditaciones matemáticas, físicas, químicas y trascendentales sobre las manifestaciones del pensamiento considerado bajo todas las formas que produce el estado de la sociedad, ya sea por el vivir, ya por la habitación, el andar, la hipología, o por la palabra y la acción, etcétera*, en el cual se desmenuzan esas importantes cuestiones. La finalidad de nuestra pequeña obra metafísica consiste únicamente en advertiros que las altas clases sociales razonan demasiado bien para atacarse de otra forma que no sea con armas intelectuales.

Del mismo modo que hay almas tiernas y delicadas en cuerpos de una rudeza mineral, hay almas de bronce envueltas en cuerpos frágiles y caprichosos, cuya elegancia atrae la amistad de los demás y cuya gracia exige caricias; pero si halagáis al hombre exterior con la mano, el *homo duplex*, para servirnos de una expresión de Buffon, no tarda en dar señales de vida, y sus angulosos contornos os desgarran.

Esa descripción de un género de seres sumamente particular, con los que no queremos que os tengáis que enfrentar en este pícaro mundo, quizá os dé idea de lo que será vuestra esposa para vosotros. Cada uno de los más dulces sentimientos que la naturaleza haya introducido en vuestro corazón, será para ella un puñal. Acribillado a cuchilladas, forzosamente sucumbiréis, pues vuestro amor se irá escapando por cada una de las heridas.

Es el último combate, pero también, para ella, es la victoria.

Obedeciendo a la distinción que hemos creído poder establecer entre las tres clases de temperamentos que en cierto modo son típicos de todas las constituciones femeninas, dividiremos esta Meditación en tres apartados que tratarán:

I: De la jaqueca.

II: De la neurosis.

III: Del pudor en el matrimonio.

I. DE LA JAQUECA

Las mujeres son siempre causantes o víctimas de su excesiva sensibilidad; ya hemos demostrado que en la mayoría de ellas esta delicadeza de alma recibía, casi siempre sin nosotros saberlo, los más duros golpes a causa de la práctica del matrimonio. (Véanse las Meditaciones tituladas: *De los predestinados* y *De la Luna de Miel*). La mayoría de los medios de defensa empleados instintivamente por los maridos ¿no son también otras tantas trampas tendidas a la vivacidad de las afecciones femeninas?

Además, llega un momento en que, durante la guerra civil, una mujer traza con un solo pensamiento toda la historia de su vida moral, y se indigna por el prodigioso abuso que se ha hecho de su sensibilidad. Es muy raro que una mujer, sea por un sentimiento innato de venganza que no sabe explicarse, sea por un instinto de dominio, no descubra entonces un medio de gobierno en el arte de poner en funcionamiento en el hombre esta propiedad de su máquina.

Ellas proceden con un arte admirable al descubrimiento de las cuerdas que con más intensidad vibran en el corazón de sus maridos, y una vez han hallado el secreto, se apoderan ávidamente de este principio; después, como niños a los cuales se les ha entregado un juguete mecánico cuyo resorte excita su curiosidad, llegarán hasta estropearlo todo, moviéndolo y removiéndolo continuamente, sin preocuparse de la capacidad de resistencia del instrumento, pues está comprobado que consiguen lo que se proponen. Si ellas os matan, también es verdad que os llorarán de la manera más encantadora posible, como al más virtuoso, al más excelente y al más sensible de los hombres.

Así, desde el principio vuestra esposa se armará de ese sentimiento generoso que nos mueve a respetar a los seres que sufren. El hombre mejor dispuesto a enfrentarse con una mujer llena de vida y salud pierde su energía frente a una mujer enferma y débil. Si la vuestra no ha alcanzado los fines de sus secretos designios por los diversos sistemas de ataque ya descritos, pronto empezará a utilizar esta poderosa arma.

En virtud de ese principio de una nueva estrategia, veréis cómo una muchacha joven y llena de vida y belleza que se ha casado con vosotros se va metamorfoseando en una mujer pálida y enfermiza.

La afección que más recursos proporciona a una mujer es la jaqueca. Esta enfermedad, la más fácil de fingir de todas, pues carece de síntomas aparentes, sólo obliga a decir: «Tengo jaqueca». Una mujer se burla de vosotros, pues nadie en el mundo puede desmentir a su cráneo, cuyos impenetrables huesos imposibilitan el tacto y la observación. También podemos decir que, en nuestra opinión, la jaqueca es la reina de las enfermedades, el arma más divertida y a la vez más potente de todas que emplean las esposas contra sus maridos. Hay seres violentos y sin ninguna clase de delicadeza que, aleccionados por sus amantes de los tiempos felices de su celibato sobre las astucias femeninas, se jactan de no haber caído jamás en esta trampa vulgar. Todos sus esfuerzos, todos sus razonamientos, terminan por periclitarse ante la magia de estas palabras: «¡Tengo jaqueca!». Si un marido se queja, si intenta un reproche o una observación, si trata de oponerse a la potencia de este *II buondo cani* del matrimonio, está perdido.

Imaginaos a una voluptuosa joven tendida en un diván, la cabeza suavemente reclinada en uno de los cojines, un brazo caído; a sus pies hay un libro, y sobre una pequeña mesita una taza de tila... Ahora poned a su marido, con su enorme corpachón, a su lado. Da cinco o seis vueltas por la habitación, y cada vez que vuelve la espalda para reanudar su paseo, la enfermita parpadea unos segundos para indicarle que el menor de los ruidos la deshace. Entonces hace acopio de valor y se le acerca para protestar de su artimaña con esta atrevida frase: «¿Pero tienes jaqueca...?». Ante estas palabras la joven esposa levanta un poco su lánguida cabeza, levanta un brazo que inmediatamente deja caer sobre el diván, levanta unos ojos sin vida hacia el techo, y levanta todo lo que es capaz de levantar; luego, dirigiendo a su marido una mirada mate, le dice con voz desmayada: «¿Qué podría tener si no? No sufriría tanto si me estuviese muriendo... Ese es el consuelo que me das. Ahora comprendo por qué la naturaleza no os ha concedido a los hombres la facultad de traer hijos al mundo. Sois egoístas e injustos. Nos cogéis cuando estamos en toda la hermosura de la juventud, frescas, rosadas, el talle cimbreante... Cuando habéis arruinado los floridos dones que nos ha dado la naturaleza, no nos perdonáis el haberlos perdido, ¡y precisamente por vosotros! Está escrito. No nos dejáis ni las virtudes ni los sufrimientos de nuestra condición. Habéis querido hijos, y nosotras nos hemos pasado noches enteras cuidándolos; pero los partos han arruinado nuestra salud, legándonos el principio de las más graves enfermedades... (¡y, qué dolor...!). Pocas mujeres hay que no sufran de jaqueca, pero la tuya tiene que ser una excepción. Incluso llegas a reírte de sus sufrimientos, pues careces de generosidad... (¡Por favor, no andes más...!). Nunca habría esperado eso de ti. (Para el reloj, por favor, que el péndulo me martillea la cabeza. Gracias). ¡Oh, qué desgraciada soy...! ¿No hay por ahí un frasco de esencia? Sí... Por piedad, sal y déjame sola para que pueda seguir sufriendo; ese perfume me mareas».

¿Qué podéis responder a esto? No oiréis dentro de vosotros una voz que os dirá: «¿Y si realmente sufre...?». Casi todos los maridos abandonan el campo de batalla

con la mayor suavidad. Y mientras andan sigilosamente sobre la punta de los pies, sus mujeres los miran por el rabillo del ojo y ven cómo cierran la puerta de la habitación desde ese momento sagrada.

Ya tenéis la jaqueca, verdadera o falsa, entronizada en vuestra casa. Entonces la jaqueca empieza a desempeñar su papel en el seno del matrimonio. Es un tema sobre el cual toda mujer sabe construir infinitas variaciones, y desarrollarlo en todos los tonos posibles. Con sólo la jaqueca una mujer puede desesperar a un marido. La jaqueca la sufre la esposa cuando ella quiere, en el lugar que quiere y dura lo que ella quiere. Las hay que duran cinco días, otras cinco minutos, periódicas o intermitentes.

A veces veis que vuestra mujer se ha acostado; está enferma, demudada, tiene las persianas cerradas. La jaqueca ha impuesto silencio a todo, desde las regiones de la caseta del portero, quien estaba cortando leña, hasta el granero, donde el mozo de cuadra sacaba al patio unas inofensivas balas de paja. Creyendo en esa jaqueca, salís de casa, pero cuando regresáis os dicen que la señora también ha salido... Pronto regresa ella, fresca y colorada: «Ha venido el doctor, ¿sabes?, dice, y me ha aconsejado ejercicio, y ahora me encuentro muy bien...».

Otro día, cuando vais a entrar en el dormitorio de la esposa, la doncella os dice con un acento de lo más conmovido: «¡Oh, señor...! La señora tiene jaqueca; nunca la he visto padecer tanto... Ha mandado llamar al doctor».

—¡Qué feliz eres —decía un día el mariscal Augereau al general R...— teniendo una mujer tan guapa!

—¿Tener...? —respondió el otro—. Si tengo a mi mujer diez días al año, es todo lo más. Estas... mujeres tienen jaqueca siempre, o no sé qué tienen.

En Francia, la jaqueca reemplaza las sandalias que el confesor deja en España ante la puerta de la habitación donde está con su penitente.

Si vuestra esposa, presintiendo alguna intención hostil vuestra, quiere ser tan inviolable como la Constitución, inicia un pequeño concierto de jaqueca. Con todo el dolor del mundo tiene que meterse en cama. Lanza lastimeros quejidos que destrozan el alma. Hace con mucha gracia una serie de gestos tan hábilmente ejecutados que se la podría creer sin huesos. Entonces, ¿quién es el hombre tan poco delicado que se atreva a hablar de deseos, lo que en él sería la prueba de una perfecta salud, a una mujer sumida en el dolor? La más elemental consideración exige imperiosamente su silencio. Una mujer sabe entonces que por medio de la todopoderosa jaqueca puede poner sobre su lecho nupcial el cartel que hace que se vuelvan a su casa los aficionados atraídos por un anuncio de la Comedia

Francesa, en el que se lee: Suspendida la representación por indisposición repentina de la señorita Mars.

¡Oh jaqueca, protectora de los amores, impuesto conyugal, pira sobre la cual terminan muriendo los deseos maritales...! ¡Oh, poderosa jaqueca!, ¿es muy posible que los amantes todavía no te hayan cantado, celebrado, personificado como mereces? ¡Oh, prestigiosa jaqueca! ¡Oh, falaz jaqueca...!, sea bienvenido el primer

cerebro que te concibió... Vergüenza y oprobio para el médico que te encuentre el remedio. Sí, tú eres la única enfermedad que las mujeres bendicen, sin duda en agradecimiento de los muchos bienes que les proporcionas... ¡Oh, falaz jaqueca! ¡Oh, prestigiosa jaqueca!

II. DE LAS NEUROSIS

Existe una potencia superior a la de la jaqueca; y debemos confesar, para gloria de Francia, que esta potencia es una de las más recientes conquistas del ingenio parisién. Como todos los más útiles descubrimientos para las ciencias y las artes, no se sabe a qué genio es debido. Lo único que se puede afirmar es que fue a mediados del siglo pasado cuando el vapor apareció en Francia. Así, mientras Papin aplicaba a los problemas de la mecánica la fuerza del agua vaporizada, una francesa, desgraciadamente desconocida, tenía la gloria de dotar a su sexo del poder de vaporizar los fluidos. Pronto los prodigiosos resultados conseguidos por medio de los vapores se aplicaron a los nervios, y fue así como, de fibra en fibra, nació la neurología. Esta ciencia admirable ha llevado ya a Philips y a otros notables fisiólogos al descubrimiento del fluido nervioso y su circulación y transmisión; quizá están en vísperas de descubrir cuáles son sus órganos, los secretos de su nacimiento y de su desaparición. Así, por medio de ciertos síntomas, algún día nos será posible conocer los misterios de la fuerza desconocida que más de una vez hemos dado, en este libro, el nombre de *voluntad*. Pero no nos adentremos en el terreno de la filosofía médica. Consideremos los nervios y los vapores únicamente en sus relaciones con el matrimonio.

Las *neurosis* (denominación patológica bajo la cual se comprenden todas las afecciones del sistema nervioso), son de dos clases en lo que se refiere al empleo que hacen de ellas las mujeres casadas, ya que nuestra Fisiología tiene el más soberbio desdén por las clasificaciones médicas. Así, nosotros reconoceremos:

- 1.º, las neurosis clásicas;
- 2.º, las neurosis románticas.

Las afecciones clásicas tienen algo de belicoso y de animado. Son violentas en sus manifestaciones como las Pitonisas, arrebatadas como las Ménades, agitadas como Bacantes y son pura antigüedad.

Las afecciones románticas son suaves y quejumbrosas, como las baladas cantadas en Escocia entre brumas. Son pálidas como muchachas deportadas al féretro por el baile o por el amor. Son eminentemente elegiacas, con toda la melancolía septentrional.

Una mujer de pelo negro, mirada penetrante, tez viva, labios secos y mano poderosa, será burbujeante y convulsiva, tendrá el aspecto de una neurótica clásica, mientras que una rubia de piel blanca pertenecerá a las neuróticas románticas. A una

pertenecerá el imperio de los nervios, a la otra el de los vapores.

Frecuentemente un marido, al regresar a casa, encuentra a su mujer llorando.

—¿Qué te pasa, ángel mío?

—No me pasa nada.

—Pero estás llorando...

—Lloro sin saber por qué. Estoy muy triste... He visto que las nubes adoptaban formas muy raras, y siento que son presagio de alguna desgracia... Creo que voy a morir.

Entonces os habla en voz baja de su difunto padre, de su difunto tío, de su difunto abuelo, de su difunto primo. Invoca a todas esas lamentables sombras, sufre todas las enfermedades, se ve aquejada de todos los males, siente que su corazón late con una violencia inusitada, o que tiene el bazo inflamado... Con tono de suficiencia, os decís a vosotros mismos: «Sé muy bien de dónde viene todo esto». Entonces intentáis consolarla; pero he ahí que os encontráis con una mujer que bosteza como un baúl, que se queja del pecho, que vuelve a llorar, que os suplica que la dejéis con su melancolía y con sus recuerdos. Os hace saber cuál es su última voluntad, cómo quiere su entierro, qué gente ha de ir...; planta sobre su tumba el verde penacho de un sauce llorón... Allí donde intentáis escribir un alegre epitalamio, os halláis con que ya está escrito un epitafio con los tonos más sombríos. Vuestras veleidades de consuelo se disuelven en la nube de Ixión.

Existen mujeres de buena fe, que así consiguen que sus maridos les regalen telas y brillantes, que les paguen sus deudas, o compren un palco en los Bufos, pero casi siempre los vapores se emplean como armas decisivas en la guerra civil.

En nombre de su consunción dorsal y de su pecho enfermo, una mujer se dedica a buscarse distracciones; la podréis ver arreglándose blandamente, con todos los síntomas del *spleen*, y si sale, es únicamente porque una amiga suya, su madre, o su hermana, han venido a arrancarla del diván que la está devorando y sobre el cual se pasa la vida improvisando elegías. La esposa se va a pasar quince días al campo porque el doctor lo ha prescrito. O sea, que va adonde ella quiere, y hace lo que quiere. ¿Habrán un marido lo bastante brutal para oponerse a tales deseos, para impedir que una mujer vaya a buscar la curación de tan crueles males? Está ya establecido después de largas discusiones que los nervios son la causa de atroces sufrimientos.

Pero es especialmente en la cama donde los vapores desempeñan su papel. En la cama, cuando una mujer no sufre de jaqueca, siente vapores, y cuando no le atormentan ni la jaqueca ni los vapores, es que está bajo la protección del cinturón de Venus, el cual, como todos sabéis, no es más que un mito.

Entre las mujeres que entablan la batalla de los vapores, las hay más rubias, más delicadas y, más sensibles que las demás, tienen el don de las lágrimas. Saben llorar admirablemente. Lloran cuando quieren, como quieren y durante el tiempo que quieren. Organizan un sistema ofensivo que consiste en una resignación sublime, y

consiguen con él las victorias más resonantes cuando tienen más salud.

¿Un marido indignado intenta imponer su voluntad? Le contemplan con mirada sumisa, bajan la cabeza y callan. Esta pantomima acaba por contrariar casi siempre a un marido. En esta clase de luchas conyugales, un hombre prefiere que su mujer discuta y se defienda, pues haciéndolo, uno se desahoga, se irrita..., pero con esas mujeres, nada... Su silencio os inquieta, y os asaltan una serie de remordimientos, como si fuerais un asesino que al no encontrar resistencia en su víctima sufre un doble terror. Él había querido asesinar a un cuerpo que se defiende. Os acercáis de nuevo. Cuando estáis a su lado, ella enjuga las lágrimas y esconde el pañuelo con un ademán que os haga comprender que ha estado llorando. Os enternecéis. Le suplicáis a Carolina que hable, pues vuestra sensibilidad, intensamente emocionada, os ha hecho olvidar todo. Entonces empieza a sollozar mientras habla, y habla en medio de sollozos; es una elocuencia de molino; os agobia con sus lágrimas y con sus ideas confusas y entrecortadas: es un repiqueteo, es un torrente.

Las francesas, y especialmente las parisienses, poseen en grado sumo el secreto de esta clase de escenas, a las cuales la naturaleza de sus órganos, de su sexo, de su tocado, proporcionan incalculables encantos. ¿Cuántas veces no habrá reemplazado una maliciosa sonrisa a las lágrimas en el adorable rostro de estas consumadas comediantas, cuando ven a sus maridos apresurándose en romper la cinta de seda, débil atadura de su corsé, o recoger el peine que reunía las trenzas de sus cabellos, siempre prontos a deshacerse en mil rizos de oro...?

Pero todos estos ardides de los tiempos modernos se inclinan ante el ingenio del tiempo antiguo, ante los poderosos ataques de nervios, ante el chisporroteo conyugal.

¿Cuántas promesas hay para un amante en la vivacidad de esos movimientos convulsivos, en el fuego de esas miradas, en la fuerza de esos miembros, graciosos incluso en sus excesos! Una mujer se desata entonces como un vendaval impetuoso, se extiende como las llamas de un incendio, se encoge como la ola que fluye sobre bancos pedregosos, sucumbe por demasiado amor, ve el porvenir, profetiza, pero, sobre todo, ve el presente, hunde a su marido, y le contagia una especie de terror.

Le basta a un hombre haber visto una sola vez a su esposa arrastrando a tres o cuatro hombres forzudos como si fuesen plumas, para jamás intentar seducirla. Será como un niño que después de poner en marcha una máquina horripilante, siente un invencible respeto por el más pequeño muelle. Además, llega la Facultad de Medicina armada de todas sus observaciones y sus terrores. He conocido a un marido, hombre blando y pacífico, cuyos ojos estaban siempre fijos en los de su mujer, exactamente como si le hubieran metido en la jaula de un león y le hubiesen dicho que la única manera de escapar con vida era no irritándolo.

Los ataques de nervios son agotadores, y cada día van siendo más raros; ha triunfado el romanticismo.

Hay algunos maridos flemáticos, hombres que aman durante mucho tiempo porque saben administrar sus sentimientos y cuya inteligencia ha triunfado de la

jaqueca y de las neurosis, pero esos hombres sublimes escasean mucho. Fieles discípulos del bienaventurado Santo Tomás que quería poner sus dedos en la llaga de Jesucristo, están dotados de una incredulidad de ateo. Imperturbables en medio de las perfidias de la jaqueca y de las trampas que les han tendido las neurosis, concentran su atención en la escena que se está representando, examinan a la actriz, buscan uno de los resortes que la hará reaccionar, y en cuanto han descubierto el mecanismo de la decoración, se divierten imprimiendo un ligero impulso a determinado contrapeso, asegurándose así muy fácilmente de la realidad de esas enfermedades o del artificio de esas mojigangas conyugales.

Pero si por una excepción, quizá superior a las fuerzas humanas, un marido puede escapar a todos esos artificios que un indomable amor sugiere a las mujeres, será necesariamente vencido por el empleo de un arma terrible, la última que emplea la mujer, pues siempre será con una cierta repugnancia que destruirá ella misma su dominio sobre un marido; pero es un arma envenenada, tan poderosa como el hacha fatal de los verdugos. Esta reflexión nos conduce al último apartado de esta Meditación.

III. EL PUDOR EN EL MATRIMONIO

Antes de tratar del pudor, quizá sea conveniente saber si existe o no. ¿No será en la mujer una coquetería bien entendida? ¿No será el sentimiento de la libre disposición del cuerpo, como se podría pensar al ver que casi la mitad de las mujeres que hay sobre la tierra van medio desnudas? ¿No será una quimera social, como pretendía Diderot, al observar que ese sentimiento desaparecía ante la enfermedad o ante la miseria?

Se deben tener en cuenta todas estas preguntas.

Recientemente un ingenioso autor ha pretendido que los hombres tienen mucho más pudor que las mujeres. Se basa en numerosas observaciones de tipo quirúrgico; pero para que sus conclusiones merezcan nuestra atención será preciso que, durante un cierto tiempo, los hombres sean tratados por los cirujanos.

La opinión de Diderot es aún de menos entidad.

Negar la existencia del pudor porque desaparece en los momentos de crisis, en los que casi todos los sentimientos humanos periclitán, sería como negar la existencia de la vida sólo porque un día llegará la muerte.

Concedamos, pues, la misma cantidad de pudor a un sexo que a otro, y averigüemos en qué consiste.

Rousseau hace derivar el pudor de la necesaria coquetería que toda mujer despliega ante un hombre. Esta opinión nos parece otro error.

Los escritores del siglo XVIII han rendido sin duda enormes servicios a la sociedad, pero su filosofía, basada en el sensualismo, no ha ido más lejos que al roce

de la epidermis humana. Sólo han considerado el Universo exterior, y bajo esta superficial observación, han retrasado por cierto tiempo el desarrollo moral del hombre y los progresos de una ciencia que debe extraer sus primeros elementos del Evangelio, mejor comprendido de ahora en adelante por los fervientes discípulos del Hijo del Hombre.

El estudio de los misterios del pensamiento, el descubrimiento de los órganos del «alma» humana, la geometría de sus fuerzas, los fenómenos de su potencia, la apreciación de la facultad que nos parece poseer de poderse mover independientemente del cuerpo, de trasladarse adonde quiere y de ver sin la ayuda de órganos corporales..., en fin, las leyes de su dinámica, constituirán la gloriosa participación del siglo futuro en el tesoro de las ciencias humanas. Y en estos momentos no deberíamos quizá preocuparnos más que de extraer los bloques enormes que servirán más adelante a algún poderoso intelecto para construir un glorioso edificio.

Así, el error de Rousseau ha sido el error de su siglo. Ha intentado explicar el pudor por las relaciones de los seres entre ellos, en vez de explicarlo por las relaciones del ser moral consigo mismo. El pudor no es más susceptible que la conciencia de ser analizado, y quizá sea por haberlo comprendido instintivamente el calificarlo de conciencia del cuerpo, ya que una dirige hacia el bien nuestros sentimientos y los menores actos de nuestro pensamiento, del mismo modo que el otro preside los impulsos de orden externo. Los actos que rozando nuestros intereses desobedecen a las leyes de la conciencia, nos hieren más intensamente que todos los demás, y cuando se repiten, hacen que nazca el odio. De un modo parecido, los actos contrarios al pudor en lo que se refiere al amor, el cual no es más que la expresión de nuestra sensibilidad. Si un extremado pudor es una de las condiciones de la vitalidad de un matrimonio, como hemos intentado demostrar (véase el *Catecismo Conyugal*, Meditación VI), es evidente que el impudor lo disolverá. Pero este principio, que exige largas deducciones al fisiólogo, la mujer lo aplica la mayor parte de las veces maquinalmente, pues la sociedad, que todo lo ha exagerado en provecho del hombre exterior, desarrolla desde la infancia, en la mujer, este sentimiento a cuyo alrededor se agrupan casi todos los demás. Así, desde el momento en que este velo inmenso que desarma al menor gesto de su brutalidad natural, es descorrido, desaparece también la mujer. Alma, corazón, espíritu, amor, encanto, todo cae en ruinas. En la situación en la que brilla el virginal candor de una hija de Otaití, la europea aparece como un ser horrible. Ahí está la última arma que coge una esposa para liberarse del sentimiento que aún la sujeta a su marido. Se siente fuerte en su fealdad, y esa mujer, que consideraría una desdicha el dejar entrever el más mínimo misterio de su tocado, se complacerá en mostrarse a su marido en la situación menos favorable que ella pueda imaginar.

Es precisamente por el rigor del método empleado que ella intentará apartaros del lecho conyugal. La señora Shandy no veía malicia alguna con que el padre de Tristán

volviera a subir el péndulo, mientras que vuestra esposa sentirá placer en interrumpiros con cuestiones altamente positivas. Allí donde en otro tiempo había movimiento y vida, hay ahora reposo y muerte. Una escena de amor se convierte en una transacción largamente discutida y casi notariada. Pero en otra parte hemos demostrado ya lo suficientemente bien que no nos negamos en absoluto a captar lo que de cómico pueda haber en determinadas crisis conyugales, para que nos sea permitido ahora desdeñar los divertidos recursos que la musa de los Verville y de los Marcial podría encontrar en la perfidia de las maniobras femeninas, en la insultante audacia de su conversación y en el cinismo de algunas situaciones. Es algo demasiado triste para reír, y demasiado divertido para llorar. Cuando una mujer llega a esos extremos, hay mundos enteros entre su marido y ella. No obstante, queda un cierto tipo de mujeres a las que el cielo les ha concedido el derecho de tenerlo todo, que saben, se dice, poner una cierta gracia espiritual y jocosa en esas discusiones, y que tienen un *pico tan afilado*, según la expresión de Sully, que obtienen el perdón de sus caprichos, de sus burlas, y que no se enajenan el corazón de sus maridos.

¿Dónde está el alma suficientemente fuerte, el hombre lo bastante hondamente enamorado para, a los diez años de matrimonio, persistir en su pasión ante una mujer que ha dejado de quererle, que se lo demuestra a cada hora del día, que lo rechaza, que adrede se hace desagradable, que se le aparece como cáustica, enferma, caprichosa, y que es capaz de abjurar sus votos de elegancia y de limpieza antes que ver apostatar a su esposo; ante una mujer, por último, que especulará con el horror causado con su indecencia?

Todo esto, mi querido señor, es tanto más horrible cuanto que...

XCII

Los amantes ignoran el pudor.

Hemos llegado aquí al último círculo infernal de la divina comedia del matrimonio; estamos en el fondo del infierno.

Hay un no sé qué de terrible en la situación en que llega a encontrarse una mujer casada cuando un amor ilegítimo la aparta de sus deberes de madre y de esposa. Como lo ha expresado con bastante dureza Diderot, la infidelidad en una esposa, lo mismo que la incredulidad en un sacerdote, son el último grado de la bajeza humana; el de ella es el mayor crimen social conocido, ya que lleva anejos todos los demás. En efecto, o la mujer profana su amor al seguir perteneciendo a su marido, o rompe todos los lazos que la unen a la familia, abandonándose por entero a su amante. Debe elegir, pues su única excusa posible radica en lo desmedido de su amor.

Vive, pues, entre dos delitos. O será la desgracia de su amante, si es sincera en su pasión, o la de su marido, si éste todavía la quiere.

Es ese espantoso dilema de la vida femenina por lo que suceden todas las arbitrariedades de la conducta femenina.

Ahí está el principio de sus mentiras, de sus perfidias; ahí está el secreto de todos sus misterios. Es algo que estremece. Además, únicamente como cálculo de existencia, la mujer que acepta las desventuras de la virtud y desdeña las felicidades del crimen, tiene cien veces razón. No obstante, casi todas afrontan los sufrimientos del futuro y siglos de angustia a cambio del éxtasis de una media hora. Si el sentimiento conservador de la criatura humana y el temor a la muerte no las detiene, ¿qué se puede esperar de unas leyes que las mandan un par de años a las Magdalenas? ¡Oh, sublime infamia! Pero cuando se piensa que el objeto de todos estos sacrificios no es más que un hermano nuestro, un gentilhomme a quien no confiaríamos nuestra fortuna, en el caso de que la tuviéramos; un hombre que se abrocha la levita como cualquiera de nosotros, es para soltar una carcajada que naciendo en Luxemburgo cruzase París y fuera a asustar a un borriquillo en Montmartre.

Parecerá tal vez un poco extraordinario que, a propósito del matrimonio, hayamos tocado tal diversidad de temas, pero matrimonio no es sólo una vida humana, sino dos vidas humanas. Y del mismo modo que si se añade una cifra a las puestas de la lotería, se centuplican las posibilidades, lo mismo una vida unida a otra vida multiplica, en una progresión espantosa, los azares ya de por sí tan varios de la vida humana.

MEDITACIÓN XXVII

DE LOS ÚLTIMOS SÍNTOMAS

El autor de este libro ha encontrado, en el mundo, tantas personas poseídas de una especie de fanatismo por el conocimiento del tiempo verdadero, del tiempo medio, por los relojes con segundero, y por la exactitud de su existencia, que ha estimado esta Meditación demasiado necesaria para la tranquilidad de un gran número de maridos, que ha creído que no podía omitirla. Habría sido de una excesiva crueldad dejar a los hombres que tienen la pasión de la hora, sin la brújula que precisa las últimas variaciones del zodiaco matrimonial y el momento exacto en que el signo del Minotauro aparece en el horizonte.

El «conocimiento del tiempo conyugal» exigiría posiblemente un libro entero, de tantas observaciones agudas y delicadas que requeriría. El magister confiesa que su juventud no le ha permitido aún recoger un muy elevado número de síntomas, pero siente un justo orgullo al llegar al término de su difícil empeño y poder hacer observar que deja a sus sucesores un nuevo tema de investigación, y que, en una materia en apariencia muy gastada, no sólo no estaba dicho todo, sino que quedarán muchos puntos sin aclarar. Entonces, da aquí, sin orden ni relación alguna, los elementales informes que ha podido reunir hasta hoy, esperando tener, más adelante, tiempo suficiente para poderlos coordinar y reducirlos a un sistema completo. Si hubiese estado preparado para esta empresa eminentemente nacional, tendría el deber de indicar aquí, sin que se le pudiera tachar de vanidoso, la división natural de esos síntomas. Necesariamente son de dos especies: unicornios y bicornios. El Minotauro unicornio es el menos dañino; los dos culpables, se mantienen dentro de los límites del amor platónico, o por lo menos su pasión no deja huellas visibles para la posteridad, mientras que el Minotauro bicornio es la desgracia con todos sus frutos.

Hemos marcado con un asterisco los síntomas que hemos considerado que pertenecían a este último género.

OBSERVACIONES MINOTÁURICAS

I

* Cuando después de estar mucho tiempo separada de su marido, una mujer le hace unos arrumacos demasiado vivos, con el fin de inducirle al amor, actúa según el axioma de Derecho Marítimo: *El pabellón cubre la mercancía.*

II

Una mujer está en un baile; una de sus amigas llega después y le dice: «Tu marido es muy inteligente». «¿Tú crees?».

III

Vuestra esposa cree que ya es tiempo de poner en un pensionado a vuestro hijo, del que antes nunca quería separarse.

IV

* En el proceso de divorcio de milord Abergaveny, el ayuda de cámara declaró: La señora vizcondesa sentía tal repugnancia por todo lo que pertenecía a milord, que la vio a menudo quemar papeles insignificantes que él había tocado.

V

Si una mujer indolente se vuelve activa, si una mujer que sentía horror por el estudio aprende un idioma extranjero, si cambia totalmente en su manera de ser, es un síntoma decisivo.

VI

La mujer cuya felicidad le llena el corazón no va a reuniones sociales.

VII

Una mujer que tiene un amante se vuelve muy indulgente.

VIII

* Un marido le da a su mujer cien francos al mes para sus gastos, y si se considera que gasta quinientos francos sin dejar la menor deuda, el marido es robado, con nocturnidad, a mano armada, con escaló, pero... sin fractura.

IX

* Dos esposos duermen en la misma cama, y la señora está constantemente enferma; duermen separadamente, y ella no vuelve a tener jaqueca, y rebosa más salud que nunca: pavoroso síntoma.

X

Una mujer que no se cuidó nunca demasiado, pasa de golpe a poner un interés extremado en el vestir, en el peinarse, en todo... Hay Minotauro.

XI

—¡Ay, amiga mía!, no sé de un suplicio mayor que no ser comprendida.

—Sí, querida; pero cuando una lo es...

—Esto no sucede casi nunca.

—Convengo que no es fácil. Es la mayor felicidad, pero no hay dos seres en el mundo capaces de comprenderte.

XII

El día en que una mujer emplea subterfugios con su marido... todo está dicho.

XIII

Le pregunto: «¿De dónde vienes, Juana?». «Vengo de casa de tu amigo; he ido a recoger la vajilla que le dejaste». «¿Ah, sí?; todo sigue siendo mío», le contesto. Al año siguiente hago la misma pregunta, y oigo la misma respuesta: «Vengo de buscar nuestra vajilla». «Vaya, vaya, esto significa que todavía nos queda algo», me digo. Pero más adelante, si la interrogo, me contestará de forma muy distinta: «Todo lo quieres saber, como los mayores, y en cambio no tienes más que tres camisas. Vengo de casa de tu amigo, de buscar mi vajilla; he cenado allí». «He aquí que todo se ha hecho añicos», me dije.

XIV

Desconfiad de una mujer que habla de su virtud.

XV

Alguien le dijo a la duquesa de Chaulnes, cuyo estado de salud inspiraba ciertas inquietudes: «El señor duque de Chaulnes desea volver a verla».

—¿Está ahí?

—Sí.

—Que espere; entrará con los sacramentos.

Esta anécdota minotáurica ha sido recogida por Chamfort, pero deberla ser considerada como típica.

XVI

Hay mujeres que intentan convencer a sus maridos de que ellos tienen deberes que cumplir con determinadas personas.

—Deberías hacer una visita a la señora tal... —No podemos rehuir el invitar a comer al señor tal...

XVII

—Vamos, hijo, ponte derecho; trata de aprender buenos modales. Fíjate en el señor tal... Mira cómo anda... Observa cómo viste...

XVIII

Cuando una mujer no pronuncia el nombre de un hombre más que dos veces al día, quizá sea incierta la naturaleza del sentimiento que le profesa; ¿pero tres? ¡Oh, oh, oh...!

XIX

Cuando una mujer acompaña a un hombre que no es abogado ni ministro hasta la puerta de su piso es muy imprudente.

XX

Es un día terrible aquél en que un marido no puede conseguir explicarse el motivo de una acción de su esposa.

XXI

La mujer que se deja sorprender merece su suerte.

¿Cuál debe ser la conducta de un marido al darse cuenta de un último síntoma que no le deja ninguna duda sobre la infidelidad de su esposa? Esta cuestión es fácil de resolver. Sólo existen dos posibles actitudes: la de la resignación o la de la venganza; no hay ningún término medio entre estos dos extremos. Si se opta por la venganza, tiene que ser completa. El esposo que no se separa de su mujer ni un momento es un verdadero ingenuo. Si un marido y una esposa se creen todavía dignos de estar unidos por la clase de amistad que une a dos hombres, hay algo de odioso en hacer sentir a su mujer la ventaja que se puede tener sobre ella.

He aquí varias anécdotas, algunas de las cuales son inéditas, y que señalan muy bien, a mi entender, los diferentes matices que la conducta de un marido debe ofrecer en este caso.

El señor de Roquemont dormía una vez al mes en la habitación de su mujer, y salía de ella diciendo: «Estoy limpio, otro talla».

Aquí hay depravación y un no sé qué de alta política conyugal.

Un diplomático, al ver llegar al amante de su mujer, salió de su despacho, entró en la habitación de la esposa y le dijo: «Por lo menos, no os peleéis...».

Aquí hay humor.

Se le preguntó al señor de Boufflers qué haría si después de una larga ausencia encontrase a su esposa embarazada. «Ordenaría que llevasen mis zapatillas y mi ropa de noche a su habitación».

Aquí hay grandeza de alma.

—Señora, que ese hombre la trate mal cuando están ustedes solos, la culpa es de usted, pero si se comporta mal con usted en mi presencia, no se lo consentiré, pues sería faltarme.

Aquí hay nobleza.

Lo sublime del género es la alfombra puesta por el magistrado al pie de la cama mientras dormían los dos culpables.

Hay varias clases de cumplidas venganzas. Mirabeau ha descrito admirablemente, en uno de los libros que escribió para ganarse la vida, la sombría resignación de aquella italiana condenada por su marido a morir con él en las Marismas.

ÚLTIMOS AXIOMAS

XCIII

No es vengarse que al sorprender a su esposa y al amante los mate al uno en brazos del otro; es el mayor servicio que les puede rendir.

XCIV

Nunca un marido no será tan bien vengado como por el amante de su mujer.

MEDITACIÓN XXVIII

DE LAS COMPENSACIONES

La catástrofe conyugal, que un cierto número de maridos no sabrán evitar, comporta casi siempre una peripecia. Entonces, todo a vuestro alrededor aparece en calma. Vuestra resignación, si os resignáis, tiene el poder de despertar intensos remordimientos en el alma de vuestra esposa y en la de su amante, ya que su misma felicidad les demuestra toda la extensión de la herida que os abren. En todos sus placeres, vosotros sois el tercero. El principio de comprensión y bondad que yace en el fondo del corazón humano no es tan fácil de borrar como algunos creen; entonces, las dos almas que más os atormentan son precisamente las que os desean mayores bienes.

En esas conversaciones tan suaves y familiares que sirven de lazo de unión entre los placeres y que son, en cierto modo, las caricias de nuestros pensamientos, a menudo vuestra esposa le dice a vuestro Sosias: «Ay, te aseguro, Augusto, que ahora quisiera ver a mi marido muy feliz, pues en el fondo es muy bueno; si en vez de mi marido fuese mi hermano, haría lo posible para verle contento. Y él me quiere y..., hasta su amistad me atormenta...».

—Sí, es un hombre excelente...

Os convertís entonces en el objeto del respeto del soltero, quien querría daros toda clase de indemnizaciones por la jugada que os hace, pero le detiene ese orgullo desdeñoso cuya expresión se manifiesta en todas vuestras palabras y se imprime en todos vuestros gestos.

En efecto, durante los primeros momentos de la llegada del Minotauro un hombre se parece a un actor que ha subido a un escenario al que no está acostumbrado. Es muy difícil saber llevar la estupidez con cierta dignidad; no obstante, los caracteres generosos no son tan raros en nuestros tiempos que no se pueda encontrar un marido modelo.

Entonces, insensiblemente os va ganando la gracia con que procede vuestra esposa. Adopta con vosotros un tono de amistad que ya no abandonará nunca. La suavidad del interior de vuestra casa es una de las primeras compensaciones que hacen que el Minotauro sea menos odioso para un marido. Pero como está en la naturaleza del hombre poderse acostumbrar a las situaciones más difíciles a pesar de ese sentido de la nobleza que nada alterará, os veis impulsados por una fascinación cuya fuerza os envuelve constantemente, a no rechazar las pequeñas dulzuras de vuestra posición.

Supongamos que la desdicha conyugal se ha abatido sobre un gastrónomo. Exige que se dé satisfacción a su debilidad. Su placer, refugiado en otras cualidades sensoriales de su ser, adquiere otras costumbres. Os aficionáis a otras sensaciones.

Un día, al regresar del ministerio, después de pasar un buen rato ante los escaparates de la rica y selecta librería de Chevet, dudando entre si gastar cien francos en libros o en las prometidas delicias de un *pâté de foie gras* de Estrasburgo, os quedáis estupefactos al encontrar el *pâté* insolentemente instalado en el bufete de vuestro comedor. ¿Será una especie de espejismo gastronómico? En esa incertidumbre os dirigís a él (un *pâté* es un ser animado) con paso firme, y parece como si relinchaseis al oler las trufas cuyo perfume atraviesa los ligeros tabiques dorados; os inclináis en dos tiempos diferentes; todos los flecos nerviosos de vuestro palacio tienen un alma; saboreáis las delicias de un auténtico festín, y, en medio de ese éxtasis, os asalta un remordimiento, y os dirigís a las habitaciones de vuestra mujer.

—De verdad, querida, que no estamos en una situación que permita comprar *pâtés*...

—Pero si no nos ha costado nada.

—Ah, ah...

—Si es el hermano del señor Aquiles quien lo ha mandado...

Entonces os dais cuenta de que el propio señor Aquiles está allí, en un rincón. El soltero os saluda amablemente, parece contento al veros aceptar el *pâté*. Miráis a vuestra esposa, que se pone colorada; empezáis a pasaros la mano por la barba acariciándoos repetidamente el mentón, y como no dais las gracias, los dos amantes comprenden que aceptáis la recompensa.

El Ministerio ha cambiado inesperadamente. Un marido, consejero de Estado, tiembla por si le borran de la lista cuando la víspera esperaba una dirección general; todos los nuevos ministros le son hostiles, y entonces se vuelve constitucional. Previendo su desgracia, se va a Auteil a buscar consuelo al lado de un amigo, el cual le habla de Horacio y de Tíbulo. Al regresar a casa se da cuenta de que la mesa está puesta como para recibir a los más importantes personajes de la Congregación.

—Debo decirle, señora condesa —dice con mal humor, entrando en la habitación donde ella termina de vestirse—, que hoy sí que me es imposible reconocer en ti tu tacto natural... Creo que es un día poco indicado para dar una cena... Veinte personas se van a enterar...

—... Se van a enterar de que eres el director general —exclama ella, mostrándole el decreto.

Él se queda estupefacto. Coge el decreto, le da vueltas, se sienta, lo lee...

—Ya sabía yo que, sea con el ministerio que sea, se termina por hacer justicia...

—Claro que sí, querido. El señor de Villeplaine ha devuelto, en defensa tuya, golpe por golpe a Su Eminencia el cardenal de..., pues ya sabes que es el...

—¿El señor de Villeplaine?...

Hay aquí una compensación tan opulenta que el marido añade con una sonrisa de director general:

—¡Ah, tipejo...! Bueno, eso ya es asunto tuyo...

—Oh, no tienes por qué agradeceréselo... Adolfo lo ha hecho por el afecto que te tiene, y por instinto...

Cierta noche, un infortunado marido, retenido en casa por la lluvia, o cansado quizá de pasar las veladas jugando, o en el café, aburrido de todo, se ve obligado después de cenar a seguir a su esposa a la habitación conyugal. Se hunde en su sillón y espera sultanescamente su café; parece decirse: «Al fin y al cabo, es mi mujer...». La sirena prepara por sí misma la bebida favorita, la destila, le pone azúcar, la prueba, se la presenta, y sonriendo suelta, sumisa odalisca, una ingeniosidad para ver si desarruga el ceño de su dueño y señor. Hasta ese momento había creído que su mujer era tonta, pero al oír una broma tan fina como la que acaba de escuchar, levanta la cabeza de esa manera tan particular de los perros cuando pierden el rastro de una liebre. «¿Dónde demonios habrá aprendido eso...? Pura casualidad», se dice a sí mismo. Desde lo alto de su grandeza, replica con una observación aguda. La esposa contesta, la conversación se hace tan ágil como interesante, y el marido, hombre de cualidades ciertamente superiores, se queda atónito al encontrar inteligencia en su mujer, y al verla poseer los más variados conocimientos; la palabra justa la emplea con el más maravilloso tacto; su delicadeza le hace captar las más sutiles sugerencias. No es la misma mujer. Ella observa el efecto que está produciendo en su marido y, tanto para vengarse de sus pasados desdenes como para hacer admirar al amante, del cual ha recibido, por así decirlo, los tesoros de su inteligencia, se anima, se revela. El marido, más en situación que cualquier otro para apreciar una compensación que tenga cierta influencia en su porvenir, piensa que quizá las pasiones de una mujer son una especie de cultura necesaria.

¿Pero qué hacer para descubrir la compensación que más pueda halagar a un marido?

Entre el instante en que aparecen los últimos síntomas, y la época de la paz conyugal, de la cual no tardaremos en ocuparnos, transcurre aproximadamente una decena de años. Durante este lapso de tiempo y antes de que los esposos firmen el tratado que por medio de una reconciliación sincera entre el pueblo femenino y su legítimo señor consagre su pequeña restauración matrimonial, antes de cerrar, según expresión de Luis XVIII, el abismo de las revoluciones, es muy raro que una mujer honesta sólo haya tenido un amante. La anarquía tiene fases inevitables. La fogosa dominación de los tribunos es sustituida por la del sable o la de la pluma, ya que no se encuentran muchos amantes cuya constancia sea decenal. En consecuencia, como ya nuestros cálculos han demostrado que una mujer honesta no ha ajustado estrictamente sus contribuciones fisiológicas o diabólicas a hacer únicamente felices a tres personas, hay muchas probabilidades de que haya metido las narices en más de una región amatoria. A veces, durante un largo interregno del amor, ya sea por capricho o por tentación, o por el atractivo de la novedad, es posible que una mujer haya intentado seducir a su marido.

Imaginaos a la encantadora señora de T..., la heroína de nuestra Meditación sobre

la estrategia, empezando por decir intencionadamente:

—Nunca te había visto tan amable...

De halago en halago, tienta, excita la curiosidad, bromea, os despierta el más mínimo deseo, se apodera de él, y hace que os enorgullezcáis de vosotros mismos. Así llega, para un marido, la noche de las indemnizaciones. Una mujer confunde entonces la imaginación de su esposo. Como ciertos viajeros cosmopolitas, cuenta las maravillas de los países que ha visitado. Mezcla en sus frases palabras que pertenecen a otros idiomas. Las apasionadas imágenes del Oriente, el impulso inicial de las frases españolas, todo se mezcla, todo se apelotona. Desarrolla los tesoros contenidos en su álbum de viaje uniéndolos a todos los misterios de la coquetería; está encantadora, como si jamás la hubieseis visto antes... Con esa habilidad que tienen todas las mujeres para captar inmediatamente cualquier cosa que se les enseñe, y de apropiarse su conocimiento, ha hecho desaparecer cualquier matiz ajeno, y se ha creado un estilo propio. De manos de Himeneo, habéis recibido una mujer torpe e ingenua, y el generoso Celibato os devuelve diez, distintas una de otra. Un marido ve entonces, alegre y feliz, su lecho invadido por una tropa de cortesanas como las que hemos mencionado en la Meditación sobre los *Primeros Síntomas*. Todas esas diosas llegan para reunirse, reír y divertirse bajo las finas sedas del lecho nupcial. La Fenicia os echa flores, y se contonea suavemente; la Calcídica os deja atónito con la belleza de sus pies blancos y delicados; la Unelmana os descubre, hablándoos con el dulce dialecto de la hermosa Jonia, tesoros de felicidad desconocidos en el estudio profundo que os hace sentir de una sola sensación.

Desolados por haber desperdiciado tantos encantos, y fatigados por haber encontrado tanta perfidia entre las sacerdotisas de Venus como en las mujeres honestas, ciertos maridos adelantan a veces, por galantería, el momento de la reconciliación a la cual tienden siempre las personas decentes. Esta recuperación de la felicidad se recoge, quizá, con más placer que la primera cosecha. Si el Minotauro os había arrebatado oro, os devuelve brillantes. En efecto, quizá haya llegado el momento de articular un hecho de la mayor importancia. Se puede tener una mujer sin poseerla. Como la mayoría de los maridos, quizá todavía no habéis recibido nada de la vuestra, y para que la unión sea perfecta ha sido necesaria quizá la intervención del Celibato. ¿Qué nombre darle a este milagro, el único que se opera en un paciente durante su ausencia? ¡Ay hermanos míos, nosotros no hemos hecho la naturaleza...!

Pero por cuántas otras compensaciones no menos ricas puede el alma noble y generosa de un soltero conseguir su perdón... Recuerdo haber sido testigo de una de las más magníficas reparaciones que un amante puede ofrecer a un marido al que minotauriza.

Una calurosa tarde del verano de 1817 vi entrar en uno de los salones de Tortoni, uno de los doscientos jóvenes a quienes con tanta confianza llamamos amigos; estaba en todo el esplendor de su modestia. Una adorable mujer vestida con un gusto perfecto, y que acababa de consentir entrar en uno de aquellos frescos saloncillos

consagrados por la moda, bajaba de una elegante calesa que se acababa de parar en el bulevar, mezclándose aristocráticamente con el terreno de los paseantes. Mi joven célibe apareció dando el brazo a su soberana, mientras el marido les seguía llevando de la mano a dos niños hermosos como amorcillos. Los dos amantes, de andar más ligero que el padre de familia, llegaron antes que él al saloncillo indicado por el camarero. Al atravesar la sala de entrada, el marido topó con cierto *dandy* que se molestó al verse empujado. Vino una discusión que en un instante se agravó por la acritud de las réplicas. En el momento en que el *dandy* iba a permitirse un ademán indigno de un hombre que se respete, el soltero intervino deteniendo el movimiento del brazo del *dandy*; lo sorprendió, lo confundió, lo aterró; estuvo soberbio. Hizo lo mismo que pensaba hacer el agresor, al mismo tiempo que le decía: «¿Caballero...?». Este «¿caballero?» es uno de los mejores discursos que yo he oído. Pareció como si el joven soltero hubiese dicho esto: «Este padre de familia es cosa mía, pues yo me he apoderado de su honor y a mí me corresponde defenderle. Sé cuál es mi deber, y como soy su sustituto me batiré en su lugar». La joven esposa estuvo sublime. Pálida, descompuesta, cogió del brazo a su marido, quien seguía discutiendo, y, sin decir una palabra, lo arrastró hasta la calesa, como a los niños. Se trataba de una de esas mujeres de la alta sociedad que saben conjugar la violencia de sus sentimientos con el buen tono.

—Oh, amigo Adolfo —exclamó la joven dama al ver que su amigo subía también a la calesa con aspecto risueño.

—No ha sido nada, señora. Es un amigo mío y nos hemos dado un abrazo...

Sin embargo, a la mañana siguiente el valeroso soltero recibió una estocaba que puso su vida en peligro y le retuvo seis meses en cama. Fue objeto de los más tiernos cuidados por parte de los dos esposos. ¡Cuántas compensaciones!... Años después, un anciano tío del marido, cuyas opiniones no estaban de acuerdo con las del joven amigo de la casa, y que conservaba cierto rencor contra él a causa de una discusión política, pretendió que lo expulsasen de la casa. El anciano llegó hasta decir a su sobrino que tenía que escoger entre su herencia y despedir al impertinente soltero. Entonces el respetable comerciante, pues era agente de cambio, le dijo a su tío: «No será usted, tío, quien me obligará a ser desagradecido... Ese hombre se dejaría matar por nosotros... Ha salvado mi crédito comercial y mi dignidad, se metería en el fuego por mí, y, además, me libra de mi mujer, me trae clientes, me ha conseguido casi todas las negociaciones del empréstito Villèle... Le debo la vida, es el padre de mis hijos... y eso no se olvida...».

Todas estas compensaciones pueden considerarse completas; pero desgraciadamente hay compensaciones de todo género. Las hay negativas, falaces, y las hay que son falaces y negativas a la vez.

Conozco a un marido ya entrado en años poseído por el demonio del juego. Casi todas las noches el amante de su mujer va a su casa y juega con él. El soltero le dispensa con liberalidad del placer que proporcionan la incertidumbre y el azar del

juego, y sabe perder con regularidad un centenar de francos al mes..., pero la esposa se los devuelve... La compensación es falaz.

Sois par de Francia, y vuestra esposa sólo ha tenido hijas. Llega un día en que da a luz a un varón... La compensación es negativa.

El hijo que salva vuestro apellido del olvido se parece mucho a la madre... La señora duquesa os convence de que el hijo es vuestro... La compensación negativa se vuelve falaz.

He aquí una de las más maravillosas compensaciones que se conocen:

Una mañana, el príncipe de Ligne se encontró con el amante de su mujer, y corrió hacia él, riéndose como un loco: «Amigo mío, le dijo, esta noche te he puesto los cuernos».

Si tantos maridos llegan suavemente a la paz conyugal, y llevan con la mayor gracia las insignias imaginarias de la potencia patrimonial, su filosofía ha sido sostenida por el *confortabilismo* de ciertas compensaciones que los ociosos no pueden ni siquiera imaginar. Pasan algunos años, y los dos esposos llegan a la última situación de la existencia artificial a la cual se han condenado al casarse.

MEDITACIÓN XXIX

DE LA PAZ CONYUGAL

Mi espíritu ha acompañado tan fraternalmente al Matrimonio en todas las fases de la vida fantástica, que me ha parecido ir envejeciendo con el que contraje al principio de esta obra.

Después de haber sentido con el pensamiento la fuga de las primeras pasiones humanas; después de haber esbozado, por imperfecto que sea el dibujo, los acontecimientos principales de la vida conyugal; después de haberme debatido contra tantas mujeres que nada tienen que ver conmigo; después de fatigarme con tanta lucha contra caracteres sacados de la nada; después de haber estado presente en tantas batallas, sufro una especie de cansancio intelectual que cubre como un manto todas las cosas de la vida. Me parece que me he resfriado, que llevo lentes verdes, que mis manos tiemblan, y que voy a pasar la segunda mitad de mi existencia y de mi libro disculpando las locuras de la primera.

Me veo rodeado de muchachos ya crecidos en cuya confección no he tomado parte, y sentado al lado de una mujer con la que no he estado casado. Me parece ver arrugas surcando mi frente. Estoy ante una lumbre que chisporrotea a pesar mío, y vivo en una habitación de muebles pasados de moda... Siento una sensación de frío al llevarme la mano al corazón; y yo me pregunto: «¿Habrà dejado de latir...?».

Como un viejo procurador, ningún sentimiento me domina, y no admito un hecho más que cuando me lo han demostrado, como dice un verso de Lord Byron, dos buenos falsos testigos. Ningún rostro puede engañarme. Estoy triste y taciturno. Conozco el mundo, y ya no hay ilusiones para mí. Mis más santas amistades han sido traicionadas. Cambio con mi mujer una mirada de intensa profundidad, y la más insignificante de nuestras palabras es un puñal que traspasa nuestra vida de parte a parte. Vivo en una terrible calma. Esta es, pues, la paz de la ancianidad. El viejo lleva consigo el cementerio que pronto le poseerá a él. Se va acostumbrando al frío. El hombre se muere, como dicen los filósofos, poco a poco, e incluso engaña casi siempre a la muerte; lo que ésta intenta coger con su descarnada mano, ¿puede considerarse como vida?

¡Oh, morir joven y palpitante...! Destino digno de envidia. ¿No es esto, como ha dicho un maravilloso poeta, «llevarse consigo todas las ilusiones, enterrarse, como un rey de Oriente, con piedras preciosas y tesoros, con toda la fortuna humana»? ¡Cuántas acciones de gracias no debemos, pues, dirigir al espíritu dulce y benéfico que respira en todas las cosas de este mundo terrenal! En efecto, los cuidados que se toma la naturaleza para irnos despojando pieza a pieza de nuestras vestiduras, para irnos desnudando el alma debilitándonos gradualmente el oído, la vista, el tacto, reduciendo la velocidad de circulación de nuestra sangre y disolviendo nuestros

humores para irnos haciendo tan poco sensibles a la invasión de la muerte como lo fuimos a la de la vida; este cuidado maternal que demuestra para nuestro frágil envoltorio, lo despliega también en los sentimientos y en esa doble existencia que crea el amor conyugal. Primero, nos manda la Confianza, la cual, tendiendo la mano y abriendo su corazón, nos dice: «Ya ves, soy tuya para siempre...». La sigue la Tibieza, andando con paso lánguido, volviendo su hermosa cabeza para bostezar como una joven viuda obligada a escuchar a un ministro que se dispone a firmarle un certificado de pensión. Aparece también la Indiferencia; se tiende sobre un diván, sin pensar ya en besar la ropa que en otros tiempos el Deseo alzaba tan casta y rápidamente. Lanza una mirada que no tiene ni pudor ni inmodestia sobre el tálamo nupcial. Por último, se presenta la Experiencia filosófica de la vida, con cara preocupada, desdeñosa, señalando con el dedo los resultados, y sin hacer caso de las causas; lo que calma es la victoria y no el fogoso combate. Calcula los atrasos como los campesinos, o como si se tratara de una dote. Todo lo materializa. Con un simple golpe de su querida varita, la vida se hace compacta y sin resquicios; antes todo era fluido, ahora se ha mineralizado. El placer no existe ya en nuestros corazones; es cosa juzgada, no existe más que una sensación, una crisis pasajera, y lo que el alma desea en estos momentos es una situación, y únicamente la felicidad es permanente, yace en una tranquilidad absoluta, en la regularidad de las comidas, del dormir, del juego de los órganos embotados.

—Esto es horrible... —exclamé—; yo soy joven, lleno de vida... Perezcan todos los libros del mundo antes que mis ilusiones.

Abandoné mi laboratorio, y me lancé al tumulto de París. Viendo pasar las caras más encantadoras, me di cuenta en seguida de que no era viejo. La primera mujer joven, hermosa y bien vestida que vi, hizo desvanecer con el fuego de su mirada el encantamiento de que había sido involuntaria víctima. Apenas di cuatro pasos por los jardines de las Tullerías, hacia donde me había encaminado, vi el prototipo de la situación matrimonial a la cual este libro ha llegado. Yo habría querido caracterizar, idealizar o personificar el Matrimonio, tal como yo lo concibo, cuando le hubiera sido imposible a la Santísima Trinidad crear un símbolo tan completo.

Imaginaos a una mujer de unos cincuenta años, con un abrigo de lana de un color entre pardo y rojizo, teniendo en la mano derecha un cordón verde atado al collar de un lindo perrito inglés y dando el brazo a un hombre con calzón y medias de seda negra y un sombrero de las retorcidas caprichosamente, por cuyos lados salían unos mechones nevados como dos alas de pichón. Una pequeña cola del tamaño de una pluma se balanceaba sobre la nuca amarillenta que el cuello de un vestido usado dejaba al descubierto. La pareja andaba con paso de embajador; el marido, setentón por lo bajo, se detenía complacientemente todas las veces que el perrito hacía una gracia. Me apresuré para pasar por delante de aquella viva imagen de mi Meditación, y me sorprendió enormemente reconocer en él al marqués de T..., el amigo del conde de Nocé, quien desde hacía ya mucho tiempo me debía el final de la historia

interrumpida que he transcrito en la *Teoría de la Cama*. (Véase la Meditación XVII).

—Tengo el honor —me dijo— de presentarle a la señora marquesa de T...

Saludé con la mayor reverencia a una dama de rostro pálido y arrugado; su frente la adornaban una serie de rizos aplastados y circulares que en vez de producir ilusión alguna añadían un desencanto más a todas las arrugas que los rodeaban. La dama llevaba bastante colorete y recordaba a una vieja actriz de provincias.

—No veo, señor, qué puede decir usted contra un matrimonio como el nuestro —me dijo el anciano.

—La ley romana lo prohíbe... —le contesté riendo.

La marquesa me dirigió una mirada que demostraba tanta inquietud como desaprobación, y que parecía decir: «¿Habré tenido que llegar a mis años para no ser más que una concubina...?».

Fuimos a sentarnos en un banco, a la sombra del bosquecillo que hay en el ángulo de la terraza alta que domina la plaza de Luis XVI, por el lado del Guarda-Muebles. El otoño estaba ya deshojando los árboles y dispersaba delante nuestro las amarillas hojas de sus coronas, pero el sol seguía expandiendo un suave calor.

—¿Y qué, ha terminado ya el libro...? —me dijo el anciano con aquel untuoso acento particular de los hombres de la antigua aristocracia. A sus palabras unió una sonrisa sardónica a manera de comentario.

—Estoy a punto de terminarlo, señor —le respondí—. Espero la situación filosófica a la que me parece que usted ha llegado ya, pero yo le confieso que...

—¿Está buscando ideas? —añadió, terminando una frase que yo no sabía cómo concretar.

—Pues bien —prosiguió—, puede usted atreverse a afirmar que, al llegar el invierno de la vida, un hombre... (un hombre que piense, entendámonos) acaba por negar al amor la loca existencia que nuestras ilusiones le dieron.

—¿Cómo? ¿Podría negarse el amor al día siguiente de la boda?

—En primer lugar —dijo— el día siguiente sería una razón; pero mi matrimonio es una especulación —repuso hablándome al oído—. He comprado los cuidados, las atenciones, los servicios de que tan necesitado estoy, y tengo la seguridad de que conseguiré los mismos que requiere mi edad; como dejo en herencia toda mi fortuna a un sobrino y como mi mujer no debe ser rica más que mientras yo viva, ya puede usted imaginarse que...

Dirigí al anciano una mirada tan penetrante que me cogió la mano y me dijo:

—Parece que tiene usted buen corazón, pues no es necesario que le jure nada... Créame ahora: le he preparado una grata sorpresa en mi testamento —añadió alegremente.

—Ya era hora de que llegaras, José —exclamó la marquesa adelantándose hacia un criado que traía un grueso abrigo—. El señor empezaba a sentir frío.

El anciano marqués se puso el abrigo, y cogiéndome del brazo me llevó hacia la parte de la terraza donde había más sol.

—En su libro —me dijo— usted habrá hablado sin duda alguna del amor como lo puede hacer un joven. Pero si quiere usted librarse de los deberes que impone la palabra ec... ecl...

—Eclético —dije sonriendo, pues él nunca pudo acostumbrarse a esta filosófica palabra.

—Conozco perfectamente la expresión —prosiguió—. Si lo que quiere es cumplir con su voto de *eclecticismo*, tiene usted que exponer sobre el amor algunas ideas viriles que voy a decirle, y de las cuales no le disputaré su mérito, si lo tienen; quiero legarle algo mío, pero eso será todo lo que usted conseguirá.

—No hay ninguna fortuna pecuniaria que valga lo que una fortuna en ideas, cuando las ideas son de calidad. Así, le escucho con agradecimiento.

—El amor no existe —prosiguió el anciano mirándome fijamente—. Tampoco es un sentimiento, sino una necesidad infortunada que aparece entre las necesidades del cuerpo y las del alma. Pero al abrazar por un momento sus jóvenes pensamientos, intentemos razonar sobre esta enfermedad social. Creo que usted no puede concebir el amor más que como una necesidad o como un sentimiento.

Hice un signo de afirmación.

—Considerado como necesidad —dijo el anciano—, el amor se hace sentir el último entre las demás necesidades, y termina antes que las otras. Nos enamoramos a los veinte años (pasemos por alto las diferencias), y dejamos de estarlo a los cincuenta. Durante esos treinta años, ¿cuántas veces se dejaría sentir su necesidad si no nos viésemos provocados por las costumbres incendiarias de nuestras ciudades, y por el hábito que hemos adoptado de vivir en presencia, no ya de una mujer, sino de las mujeres? ¿Qué debemos a la conservación de la especie? Tal vez tantos hijos como ubres tenemos, porque si uno muere, el otro vive. Si esos dos hijos fuesen siempre fielmente conseguidos, ¿a dónde irían a parar las naciones? Treinta millones de individuos son una población importante para Francia, pues su suelo no basta para salvar a diez millones de la miseria y del hambre. Imagínese que en China se ven obligados a arrojar al agua a los hijos para que se ahoguen, según informan los viajeros. Entonces, con dos hijos, ya ha cumplido el matrimonio. Los placeres superfluos son no sólo libertinaje, sino también una inmensa pérdida para el hombre, como se lo voy a demostrar en seguida. Compare, pues, esta pobre mezquindad de acción con la exigencia cotidiana y perpetua de las otras condiciones de nuestra existencia. La naturaleza nos interroga continuamente sobre nuestras necesidades reales, y, por el contrario, se niega de modo absoluto a los excesos que nuestra imaginación exige a veces del amor. Esa es la última de nuestras necesidades y la única cuyo olvido no produce ninguna perturbación en la economía del cuerpo. El amor es un lujo social como los encajes y los brillantes. Ahora, examinándolo como sentimiento podemos hallar la distinción entre placer y pasión. Analicemos el placer. Los afectos humanos descansan en dos principios: la atracción y la aversión. La atracción es ese sentimiento general por las cosas que halagan nuestro instinto de

conservación; la aversión es el ejercicio de ese mismo instinto cuando nos advierte que algo puede perjudicarnos. Todo lo que agita poderosamente nuestro organismo nos proporciona una conciencia íntima de nuestra existencia: he aquí el placer. Se convierte en deseo, a causa de la dificultad y del goce de poseer no importa qué. El placer es un elemento único, y nuestras pasiones no son otra cosa que modificaciones más o menos intensas; así, casi siempre el hábito de un placer excluye los otros. Y el amor es el menos intenso de todos nuestros placeres y el menos duradero. ¿Dónde colocaría usted el placer del amor? ¿En la posesión de un bello cuerpo? Con dinero puede conseguir para una noche las más admirables odaliscas, pero al cabo de un mes, si no antes, se hastiará quizá para siempre. ¿Será por casualidad otra cosa? ¿Amaría usted a una mujer porque va bien vestida, porque es elegante, porque es rica, porque tiene coche, porque tiene dignidad? No le llamemos amor a eso, pues sólo es vanidad, avaricia o egoísmo. ¿La quiere porque es espiritual? Entonces quizá obedece usted a un sentimiento literario.

—Pero —le dije— el amor no revela sus placeres más que a los que confunden sus pensamientos, sus fortunas, sus sentimientos, sus almas, sus vidas...

—¡Oh..., oh..., oh...! —exclamó el anciano con tono burlón—. Encuéntreme usted a siete hombres por nación que hayan sacrificado la vida por una mujer..., aunque tampoco sería mucho; en tiempos de Napoleón, la vida humana no habría valido más de veinte mil francos, y en este tiempo hay doscientos cincuenta mil valientes que dan la vida por una cinta roja de dos pulgadas; pero siete hombres que hayan sacrificado a una mujer diez millones sobre los cuales habrían dormido solitariamente durante una sola noche... Dubreuil y Phméjà son aún menos raros que el amor de la señorita Dupuis y de Bolinbroke. Entonces esa clase de sentimientos proceden de una causa desconocida. Me ha llevado usted a considerar el amor como una pasión. Pues bien, es la última y la más despreciable. Lo promete todo y no concede nada. Se produce, como el amor, a causa de una necesidad, la última, y perece la primera. Hábleme de la venganza, del odio, de la avaricia, del juego, de la ambición, del fanatismo... Estas pasiones sí tienen algo de viril, pues esos sentimientos son imperecederos; por ellos se hacen todos los días sacrificios que no se hacen por amor. Y ahora abjure usted del amor. En primer lugar, nada de molestias, de cuidados, de inquietudes; se acabaron todas esas pequeñas pasiones que minan las fuerzas humanas. Si un hombre puede vivir tranquilo, su energía es mucho mayor y más intensa. El divorcio consumado con ese no sé qué que conocemos por amor, es la primitiva razón del poder de todos los hombres que actúan sobre las masas humanas, pero esto no es nada todavía. Si supiera usted de qué fuerza mágica está dotado un hombre, los tesoros de sus poderes intelectuales, y la longevidad que el cuerpo encuentra en sí mismo cuando, alejándose de toda clase de pasiones humanas, emplea toda su energía en provecho de su alma... Si pudiese usted gozar durante un par de minutos de las riquezas y beneficios que Dios dispensa a los hombres sabios que no consideran al amor más que como una necesidad pasajera a la cual basta con

obedecer cuando se tienen veinte años, y durante seis meses; a los hombres que desdeñando los fecundos, opíparos y obturadores bistecs de Normandía, se alimentan de las raíces que liberalmente han ido sembrando, y que se acuestan bajo una capa de hojas secas como los solitarios de la Tebaida..., le aseguro que no conservaría usted ni tres segundos los despojos de los quince cameros merinos que lo abrigan ahora; tiraría usted su bastoncillo y se iría a vivir a los cielos... Allí encontraría el amor que busca en medio de este fango terrenal; oiría conciertos de otra melodía que la que le proporciona el señor Rossini, voces más puras que la de la Malibrán... Pero hablo a ciegas y de oídas; si hacia el año 1791 yo no me hubiera ido a Alemania, nada sabría de todo esto... Sí, el hombre tiene una vocación para lo infinito... Hay dentro de él un instinto que le llama a Dios. Dios lo es todo, lo da todo, lo hace olvidar todo, y el pensamiento es el hilo que nos ha dado para comunicarnos con Él...

Se detuvo de golpe, mirando al cielo.

«El pobre hombre ha perdido la razón», pensé.

—Caballero —le dije—, sería llevar muy lejos mi devoción por la filosofía ecléctica si consignara sus ideas en mi libro; sería como si lo destruyese. Todo en él está basado en el amor platónico o en el sensual. Dios me guarde de terminar mi obra con tales blasfemias sociales. Mejor será devolver al redil, por medio de alguna sutileza pantagruélica, a mi rebaño de solteros y de mujeres honestas, ingeniándome para hallar alguna utilidad social y razonable a sus pasiones y a sus locuras. Si la paz conyugal nos tiene que llevar a razonamientos tan desalentadores, tan sombríos, sé que muchos maridos preferirán la guerra.

—¡Ay, joven! —exclamó el anciano marqués—. No tendré que reprocharme no haberle señalado el camino a un viajero extraviado.

«Adiós, viejo esqueleto...; adiós, matrimonio ambulante; adiós, armazón de fuegos artificiales; adiós, carraca... Aunque te haya yo dado los trazos de personas que me han sido queridas, viejos retratos de familia, volved a la tienda del anticuario, id a reuniros con la señora de T... y con las otras. Que os convirtáis en marcas de cerveza... poco me importa».

MEDITACIÓN XXX

CONCLUSIÓN

Un hombre solitario, y que creía poseer el don de ver el futuro, habiéndole dicho al pueblo de Israel que le siguiera a la cumbre de una montaña para escuchar allí la revelación de algunos misterios, se vio seguido de una multitud que llenaba el camino y sus cercanías para que halagase su amor propio, aunque fuese un profeta.

Pero como su montaña estaba a no sé qué distancia, a la primera parada que hicieron, un zapatero se acordó de que tenía que entregar un par de zapatillas a un duque o a un par, una mujer se acordó de que tenía la comida de sus hijos en el fuego, un publicano pensó que dejaba unos negocios sin redondear..., y se fueron quedando.

Un poco más adelante, unos enamorados se quedaron debajo de los olivos, olvidándose de los discursos del profeta, pues tenían la convicción de que la tierra prometida estaba allí donde se detuvieran, y la palabra divina, allí donde hablasen a solas.

Los obesos, que arrastraban barrigas a lo Sancho, y que al cabo de un cuarto de hora de andar se secaban la frente con bastos pañuelos, empezaron a tener sed, y se quedaron junto a una fuente.

Unos veteranos militares iban quejándose de los callos que les crispaban los nervios, y hablaron de Austerlitz a propósito del calzado estrecho.

Al segundo descanso, algunas personas de la alta sociedad se dijeron al oído: «Pero ese profeta está loco...». «¿Tú le has oído?». «No; he venido por curiosidad». «Y yo porque he visto que la gente le seguía» (era un *fashionable*). «Es un charlatán».

El profeta seguía andando. Y cuando hubo llegado al llano desde el cual se divisaba un inmenso horizonte, se volvió, y no vio detrás de él más que a un pobre israelita al que habría podido decir lo mismo que el príncipe de Ligne le dijo al tambor patizambo que encontró en la playa donde se creía rodeado de su ejército: «Muy bien, señores lectores, parece que sois sólo uno...».

Hombre de Dios que me has seguido hasta aquí..., supongo que una pequeña recopilación no te asustará, pues he andado con la convicción de que tú dirías como yo: «¿Adónde diablos vamos...?».

—Pues bien, creo que ha llegado el momento de solicitarle, mi respetable lector, cuál es su opinión relativa a la renovación del monopolio de tabacos, y qué piensa usted de los exorbitantes impuestos que han caído sobre los vinos, sobre el juego, sobre la lotería, y sobre los naipes, el aguardiente, los jabones, los algodones, las sedas, etc.

—Pienso que todos esos impuestos, los cuales son una tercera parte de los ingresos previstos en el presupuesto, son tantos que si se aplicaran rígidamente nos

veríamos...

—De modo, mi excelente marido modelo, que si nadie se embriagara, ni jugara, ni fumara, ni cazara; que si nouviésemos en Francia ni vicios, ni pasiones, ni enfermedades, el Estado bordearía la bancarrota, pues parece que nuestras rentas están hipotecadas por la corrupción pública, como a nuestro comercio sólo lo salva el lujo. Si se observa más atentamente, se comprueba que todos los impuestos se basan en una enfermedad moral. En efecto, los más importantes ingresos que proporciona la propiedad no provienen de los contratos de seguros que cada cual se apresura a contratar contra las mutaciones de su buena fe, lo mismo que la fortuna de las gentes de leyes se fundamenta en el proceso que se intenta formar a esta fe jurada. Y para continuar este examen filosófico, podríamos ver a los gendarmes sin caballos y sin calzones de piel, si todo el mundo estuviese sosegado y no hubiesen imbéciles ni holgazanes. ¿Imponer la virtud? Creo que hay muchas más relaciones de lo que se cree entre las mujeres honestas de que hablo y el presupuesto; y me comprometo en demostrarlo si me permitís que termine mi libro del mismo modo que lo empecé, es decir, por medio de un pequeño ensayo estadístico. ¿Estáis dispuestos a concederme que un amante ha de tener más camisas, y cambiársela más a menudo, lo mismo si se trata de un hombre casado como de un soltero? Creo que no se puede poner en duda. La diferencia que hay entre un marido y un amante se advierte con sólo ver cómo visten. En uno no hay artificios, su barba está descuidada, mientras que el otro no se enseña si no es con todas las armas. Sterne ha dicho muy graciosamente que el cuaderno de su lavandera es la memoria de más sabor de cuantas conoce sobre su *Tristan Shandy*, y que por el número de sus camisas se podía deducir qué pasajes de su libro le fueron más difíciles. Pues bien, entre los amantes, los apuntes de la lavandera son el más fiel historiador, y al mismo tiempo el más imparcial que puedan tener sus amores. En efecto, una pasión consume una cantidad enorme de camisas, de corbatas, de prendas absolutamente necesarias para la coquetería, ya que mucho prestigio depende de la blancura de los calcetines, del brillo de un cuello o de un canesú, de los pliegues artísticamente hechos en una camisa de hombre, y de la gracia con que lleva su corbata. Esto explica lo que dije sobre una mujer honesta (Meditación II). Ella se pasa la vida en hacer planchar sus vestidos y toda la ropa. Le he pedido informes a una señora para averiguar a qué cantidad podía ascender esta contribución impuesta por el amor, y después de estimarla en cien francos anuales por mujer, me dijo con una especie de ingenuidad: «Pero depende del carácter de los hombres, pues los hay que son más *arrugadores* que otros». No obstante, después de una discusión muy razonada, en la que yo me inclinaba por los solteros y ella por su sexo, convinimos que dos amantes pertenecientes a las esferas sociales en que los hemos situado, deben gastar por ese renglón, entre los dos, unos ciento cincuenta francos anuales más que en tiempos de paz. Así fue como por medio de un tratado amistoso y largamente discutido pudimos establecer una diferencia colectiva de cuatrocientos francos entre el pie de guerra y el pie de paz en lo que se refiere al

vestido en general. Este apartado fue encontrado incluso muy mezquino por todas las potencias masculinas y femeninas que consultamos. Las razones que invocaron varias personas para instruímos sobre estas delicadas materias nos dieron la idea de invitar a comer a varios de los más sabios cerebros para que nos guíen en nuestra importante investigación. Hubo comida. Fue con el vaso en alto, y después de muy brillantes discursos, que los capítulos siguientes del presupuesto del amor recibieron como una especie de sanción legislativa. Se aprobó la cantidad de cien francos con destino a los mensajeros y coches de alquiler. La de cincuenta escudos se admitió como razonable para los pastelitos que se comen durante el paseo, para los ramitos de violetas y las entradas de teatro. Se reconoció como necesaria la cantidad de doscientos francos para atender a la remuneración extraordinaria que exigen la discreción y las comidas en los restaurantes. Desde el momento en que quedaban aprobados unos gastos, había que cubrirlos con unos ingresos. Fue durante el transcurso de esta discusión cuando a un joven guardia de corps (el rey no había suprimido todavía su casaca roja en la época en que se meditó esta transacción), casi *ebriolus* a causa del champaña, hubo que llamarle al orden por haberse atrevido a comparar los amantes a alambiques destiladores. Un capítulo que dio lugar a las más violentas discusiones, que incluso tuvo que aplazarse varias semanas y que exigió una investigación, fue el de los regalos. En la primera sesión, la delicada señora de D... fue la primera en hacer uso de la palabra, y por medio de un discurso muy bonito y que demostraba la nobleza de sus sentimientos, hizo que en ningún momento los dones del amor han tenido ni tendrán un valor intrínseco. El autor le respondió que no hay amantes que no se hagan retratar. Una dama observó que un retrato no es más que un capital inicial, y que se tenía siempre buen cuidado de pedírselos mutuamente para darles un nuevo destino. Pero de repente un gentilhomme provenzal se levantó para soltar una filípica contra las mujeres. Habló del increíble afán que devora a la mayor parte de las amantes por las pieles, por los vestidos de seda, por las joyas y por los muebles; pero una dama le interrumpió preguntándole si la señora O..., su amiga íntima, no le había pagado dos veces sus deudas. «Se equivoca usted, señora, replicó el provenzal; quien ha pagado mis deudas ha sido su marido». «El orador es llamado al orden, exclamó el presidente, y se le sanciona obligándole a que nos invite a todos por haber pronunciado la palabra “marido”». El provenzal fue totalmente refutado por una señora que intentó demostrar que las mujeres demostraban mucho más desinterés en amor que los hombres, que los amantes resultaban muy caros, y que una mujer honesta estaría muy contenta si le saliese uno por dos mil francos anuales. La discusión corría el peligro de degenerar en personalismos cuando alguien pidió que se votase. Se aprobaron las conclusiones de la comisión. Esas conclusiones resumían que la suma anual en concepto de regalos podía evaluarse, entre amantes, a quinientos francos, pero en esta cantidad estaban también comprendidos: 1.º, el dinero gastado en excursiones campestres; 2.º, los gastos de farmacia ocasionados por los resfriados que se cogen paseando de noche por las excesivamente húmedas

avenidas de los parques, o al salir del teatro, y que constituyen verdaderos regalos; 3.º, los gastos de correo y de cancillería; 4.º, los viajes y todos los demás gastos cuyo detalle se olvida, sin tener en cuenta las locuras de los derrochadores, sabiendo que, después de las investigaciones de la comisión, estaba demostrado que la mayoría de las profusiones aprovechaban a las bailarinas de la Opera, y no a las esposas legítimas. El resultado de esta estadística pecuniaria del amor fue que una pasión costaba anualmente alrededor de mil quinientos francos, necesarios para unos gastos soportados por los amantes de una manera a menudo desigual, pero que no se producirían sin sus relaciones. Hubo también una especie de unanimidad en la asamblea al establecer que esa cantidad era el coste anual mínimo de una pasión. Así, mi querido señor, como hemos demostrado en nuestra estadística conyugal (véanse las Meditaciones I, II y III), de manera irrevocable, existe en Francia una masa flotante de por lo menos un millón quinientas mil pasiones ilegítimas, y se deduce: que las criminales conversaciones de un tercio de la población francesa contribuyen con una suma aproximada de tres mil millones al amplio movimiento circulatorio del dinero, verdadera sangre social cuyo corazón es el presupuesto;

que la mujer honesta no da solamente vida a los hijos de la patria, sino también a su dinero;

que nuestras manufacturas deben su prosperidad a ese movimiento de *sístole*;

que la mujer honesta es un ser eminentemente presupuestario y consumidor;

que la menor baja en el amor público supondría incalculables dificultades para el fisco y para los rentistas;

que un marido tiene por lo menos un tercio de sus ingresos hipotecado por la inconstancia de su mujer, etc. Yo sé muy bien que estáis a punto de abrir la boca para hablarme de moralidad, de política, del bien y del mal...

pero, mis queridos minotaurizados, ¿no es la felicidad el fin que deben proponerse todas las sociedades? ¿No es ese mismo axioma lo que hace que los pobres reyes se preocupen tanto de su pueblo? Y bien, ya sé que la mujer honesta no tiene, como ellos, su trono, sus gendarmes, ni sus tribunales; ella sólo tiene una cama que ofrecer, pero si esas cuatrocientas mil mujeres pueden hacer felices, por medio de ese ingenioso aparato, a un millón de solteros y a la vez a sus cuatrocientos mil maridos, ¿no debemos reconocer que consiguen, sin misterio alguno y sin pompa, la finalidad prevista por los gobiernos, es decir, dar la mayor felicidad posible a la masa?

—Sí, pero los dolores, los hijos, los infortunios...

—¡Ah!, permitidme poner en vuestro conocimiento la frase consoladora con que uno de nuestros más inteligentes humoristas termina una de sus peroratas: «El hombre no es perfecto». Basta, pues, que nuestras instituciones no tengan más inconvenientes que ventajas para que sean excelentes, ya que el género humano no está colocado, socialmente hablando, entre el bien y el mal, sino entre el mal y lo peor. Y si la obra que estamos en estos momentos terminando ha tenido como

finalidad primera disminuir lo peor que puede haber en las instituciones matrimoniales, poniendo de manifiesto los errores existentes y los contrasentidos a los cuales dan lugar nuestras costumbres y nuestros prejuicios, será ciertamente uno de los más bellos títulos que un hombre pueda presentar para que se le considere como uno de los «bienhechores de la humanidad». ¿No ha buscado el autor, al armar a los maridos, inculcarles mayor moderación a las mujeres, y de rechazo, más violencia en las pasiones, más dinero para el fisco y más vida al comercio y a la agricultura? Gracias a esta última Meditación, puede enorgullecerse de haber obedecido por entero al voto de eclecticismo formulado al emprender este libro, y espera haber informado, como un fiscal general, sobre las piezas del proceso, aunque sin dar ninguna conclusión. En efecto, ¿qué puede importaros encontrar aquí un axioma? ¿Desearíais que este libro fuese el desarrollo de la última opinión de Tonchet, quien, al final de sus días, pensaba que el legislador, en lo referente al matrimonio, tuvo menos en consideración a los maridos que a los hijos? De acuerdo. Pero recordad que este libro sirve de prueba al sermón del capuchino que, predicando ante Ana de Austria, y viendo que tanto la reina como las damas que la rodeaban estaban muy irritadas con sus argumentos demasiado victoriosos sobre su fragilidad, les dijo al bajar del púlpito de la verdad: «Si todas vosotras sois mujeres honestas, nosotros, desgraciadamente, somos hijos de Samaritanas...». De acuerdo también. Se os permite que saquéis las consecuencias que os plazcan, pero creo que es muy difícil reunir dos ideas contrarias sobre este tema y que las dos no tengan mucho de verdad. Pero este libro no se ha escrito ni a favor ni contra el matrimonio, y lo único que os debía era su más exacta descripción. Si el examen de una máquina puede perfeccionar uno de sus engranajes; si al limpiar una pieza oxidada hemos puesto en marcha el mecanismo, concededle un salario al obrero. Si el autor ha cometido la impertinencia de decir verdades demasiado duras; si a menudo ha generalizado hechos particulares; si ha recurrido con exceso a los lugares comunes que se utilizan para echarles incienso a las mujeres desde tiempo inmemorial... Nada, ¡que se le crucifique! Pero no atribuyáis intenciones hostiles contra la institución en sí; únicamente se ha referido a las mujeres y a los hombres. Él sabe que desde el momento en que el matrimonio no ha conseguido derribar al matrimonio, es inatacable. Y, después de todo, si tantas quejas se levantan contra esa institución, será quizá porque el hombre no tiene memoria más que para sus males, y que acusa a la mujer como acusa a la vida, pues el matrimonio es una vida en la vida. Sin embargo, las personas que tienen la costumbre de formarse una opinión leyendo los periódicos, maldecirán quizá un libro que lleva demasiado lejos la manía del eclecticismo; entonces, si les hace falta de modo absoluto algo que tenga un cierto aspecto de sermón, no sería imposible encontrarles uno. Y puesto que unas frases de Napoleón sirvieron de prefacio a este libro, ¿por qué no terminarlo del mismo modo que comienza? En pleno Consejo de Estado, pues, el Primer Cónsul pronunció esta frase fulminante que es, a la vez, la sátira y el panegírico del matrimonio y también el

resumen de este libro: «Si el hombre no envejeciese, no tendría, yo por lo menos, que casarse».

POST-SCRIPTUM

—¿Y usted, qué?; ¿piensa casarse? —le preguntó al autor la duquesa a la cual le leyó su manuscrito.

(Era una de las dos damas a cuya sagacidad el autor ha rendido ya homenaje en la introducción de este libro).

—Claro que sí, señora —respondió—. Encontrar una mujer lo suficientemente valerosa para casarse conmigo, es la más querida de todas mis esperanzas.

—¿Es resignación o fatuidad?

—Eso es mi secreto.

—Muy bien, señor doctor en ciencias y artes conyugales, permítame que le cuente un pequeño apólogo oriental que leí hace tiempo en alguna recopilación que nos regalan cada año en forma de almanaque. A principios del Imperio, las señoras pusieron de moda un juego que consistía en no aceptar nada de la persona con quien se concertaba la partida si mientras duraba se pronunciaba la palabra *Agradecido*. Una partida podía durar, como se comprende, semanas enteras, y el colmo de la astucia era aceptar cualquier pequeña atención sin pronunciar la palabra sacramental.

—¿Incluso si se trataba de un beso?

—Oh, más de veinte veces gané partidas de *Agradecido* con ese procedimiento —dijo ella riendo.

—Fue, creo, en ese momento y con ocasión de ese juego, cuyo origen es árabe o chino, que mi apólogo mereció los honores de la impresión. Pero si se lo cuento —dijo interrumpiéndose para rascarse la naricita con el índice de la mano derecha en un encantador gesto de coquetería—, prométame usted que lo pondrá al final de su libro.

—¿No será enriquecido con un verdadero tesoro? Le debo ya tantas atenciones que me veo en la imposibilidad de estar nunca en paz con usted; pero acepto la condición.

Sonrió maliciosamente y prosiguió en los siguientes términos:

—Un filósofo hizo una voluminosa recopilación de las malas pasadas que nuestro sexo puede hacer, y, para defenderse de nosotras, la llevaba siempre encima. Un día, yendo de viaje, llegó a un campamento de beduinos. Una mujer joven que estaba sentada a la sombra de una palmera se levantó rápidamente y se le acercó, invitándole de un modo tan afectuoso a que descansase en su tienda, que no se atrevió a rechazar la invitación. El marido de la mujer no estaba. Sin tiempo casi de tenderse el filósofo sobre las mullidas alfombras, su encantadora anfitriona se le presentó ofreciéndole dátiles frescos y un jarro de leche; no pudo evitar fijarse en la rara perfección de las manos que le ofrecían el brebaje y la fruta, Pero para distraerse de las sensaciones que le producían los encantos de la joven árabe, cuyas trampas le parecían peligrosas, el sabio sacó su libro y se puso a leer. La seductora criatura, agraviada por el desdén, le dijo con la más melodiosa de las voces: «Ese libro será muy interesante cuando lo considera la única cosa que merece su atención. ¿Sería una indiscreción preguntarle

el nombre de la ciencia de que trata?». El filósofo respondió bajando los ojos: «El tema de este libro no es de la competencia de las mujeres». La negativa del filósofo excitó cada vez más la curiosidad de la joven árabe. Adelantó el más lindo y pequeño pie entre todos los que dejaron su fugitiva huella sobre las movedizas arenas del desierto. El filósofo se distrajo, y sus ojos, demasiado tentados, no tardaron en ir de los pies cuyas promesas tan fecundas eran hasta el corpiño más maravilloso todavía; luego confundió la llama de su admiración con el fuego en que se consumían las ardientes y negras pupilas de la joven asiática. Ella volvió a pedirle con dulce voz qué libro era aquél, y el filósofo, maravillado, contestó: «Soy el autor de este libro, pero su fondo no es mío: explica todas las artimañas que han inventado las mujeres». «¡Cómo! ¿Todas, absolutamente todas?», le preguntó la hija del desierto. «Sí, todas... Y ha sido estudiando intensamente a las mujeres como he conseguido tenerlas». «Ah...», dijo la joven árabe entornando los párpados y lanzando de improviso la más intensa de sus miradas al pretendido sabio; una mirada que le hizo olvidar inmediatamente su libro y las artimañas que explicaba. Y ya tenéis a nuestro filósofo convertido en el más apasionado de los hombres. Creyendo ver en los gestos de la joven un ligero matiz de coquetería, el extranjero se atrevió a hacerle una declaración. ¿Cómo iba a resistirse? El cielo era azul, la arena brillaba a lo lejos como una lámina de oro, el viento del desierto traía el amor, y la mujer árabe parecía reflejarse en todos los fuegos que la rodeaban; así, sus ojos penetrantes se fueron humedeciendo, y con un gesto que pareció imprimir un movimiento de ondulación a la luminosa atmósfera, consintió en escuchar las palabras de amor que le decía el extranjero. El sabio se embriagaba ya con las más halagadoras esperanzas cuando la joven, al oír a lo lejos el galope de un caballo que parecía tener alas, exclamó: «¡Estamos perdidos! Mi marido va a sorprendernos. Es celoso como un tigre y más implacable que... En nombre del Profeta, si amáis la vida, esconded en ese baúl...». El autor, aterrado, y no viendo otra salida para salvarse de su mal paso, se metió en el baúl, se acurrucó. La mujer bajó la tapa y se quedó con la llave. Salió a recibir al marido, y, después de unas cuantas caricias que le pusieron de buen humor, ella le dijo: «Quiero contarte una extraña aventura». «Te escucho, gacela mía», respondió el árabe sentándose en una alfombra y cruzando las piernas según la costumbre de Oriente. «Hoy ha estado aquí una especie de filósofo, dijo ella. Pretende haber reunido en un libro todas las picardías de que es capaz mi sexo, y ese falso sabio me ha hablado de amor». «¿Y qué?», preguntó el árabe. «Le he escuchado..., continuó ella con la mayor tranquilidad; es joven, impulsivo, y... y tú has llegado muy oportunamente para defender mi vacilante virtud...». El árabe saltó como un cachorro de león y blandió su daga rugiendo. El filósofo, que desde el fondo del baúl lo oía todo, mandó a Arimán a las mujeres, al libro y a todos los hombres de la Arabia Pétreá. «¡Fátima...!, roncó el marido, si quieres vivir, contesta. ¿Dónde está ese traidor?». Aterrada ante la tempestad que acababa de desencadenar, Fátima se echó a los pies de su esposo, y temblando bajo la terrible hoja de acero, señaló hacia el baúl con una

mirada tan fugaz como tímida. Nuevamente de pie y avergonzada, cogió la llave que tenía en el cinturón y se la entregó al celoso, pero en el instante en que él se disponía a abrir el baúl, la maliciosa árabe estalló en una carcajada. Faroum se detuvo, aturdido, y miró a su mujer con una especie de inquietud. «Al fin tendré la cadena de oro, exclamó ella saltando de alegría; ya puedes dármela, pues has perdido el *Agradecido*. Para otra vez ten más memoria». El marido, estupefacto, soltó la llave, y de rodillas le entregó la codiciada cadena de oro, ofreciéndole a su amada Fátima traerle, además, todas las joyas de las caravanas que pasaran por allí durante un año, pero si ella renunciaba a emplear trampas tan crueles para ganar el *Agradecido*. Después, como era un árabe de pura cepa, y no le gustaba perder una cadena de oro, aunque ahora fuera de su mujer, saltó al caballo y huyó a galope, yendo a gruñir al desierto, pues amaba demasiado a su Fátima para demostrarle su mal humor. La joven esposa, sacando entonces del baúl al filósofo, más muerto que vivo, le dijo gravemente: «Señor doctor, no olvide incluir esta jugarreta en su recopilación».

—Señora —le dije yo a la duquesa— he comprendido... Si llego a casarme, sucumbiré a alguna diablura desconocida, pero, en cualquier caso, puede estar segura de que el mío será un matrimonio que podrá ofrecerse a la admiración de mis contemporáneos.

París, 1824-1829.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] Así en el original. <<

[2] (De esas naderías que una amante arrancó del jardín de Chipre, laberinto de las hadas, y que un duque de antaño juzgó tan precioso que lo quiso honrar con una caballería, ilustre y noble cofradía menos llena de hombres que de dioses). <<

[3] Iris, se aman tus encantos; — tus gracias son vivas y frescas — y las flores nacen a tu paso, — pero son flores... <<

[4] Textual. <<

[5] El lector no debe fatigarse en buscar sentido a este conjunto de letras. Fue el modo que empleó Balzac para reservar su opinión sobre la materia. (Nota del Editor). <<